NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

SUSAN HATLER



Amor en Christmas Mountain

(Morgan, Faith, Lacey)







RESEÑAS

¡Susan Hatler tiene un don para escribir libros que me atraen a partir de la primera página!"
— Books Are Sanity!!! en Amor a Primera Cita

"La Sra. Hatler tiene una forma de escribir diálogos ingeniosos que te hacen reír a carcajadas a lo largo de sus historias."
— Night Owl Reviews en Verdad o Cita

"Me hizo sonreír por completo."
— Getting Your Read On Reviews en Un fantástico festival

"Un fantástico festival es una publicación perfecta y maravillosa para un día estresante o loco."
— Cafè of Dreams Book Reviews

Susan tiene un don para los diálogos despreocupados desde el corazón y para describir la chispa que hay en la conexión entre Holly y Dave... ¡Hecha un vistazo a este delicioso bocado!"
— Tifferz Book Reviewz en Un fantástico festival

LIBROS DE SUSAN HATLER

La Serie: Mejor una Cita que Nunca

Amor a Primera Cita
Verdad o Cita
Mi Ultima Cita a Ciegas
Salva la Cita
Giros de una Cita
Licencia para Citas
Conducida a Citas
Arriba con la Cita
Déjà Cita
Cita y Corre

La Serie: Bahía de la Luna Azul

La Posada de las Segundas Oportunidades
Promesa de Mujeres Hermanadas
La Estrella de los Deseos
La Casita de Campo más Acogedora
La cabaña de Navidad
La isla de lo inesperado
La boutique de bodas
El emporio de Navidad

LIBROS DE SUSAN HATLER

La Serie: Cita para Rehacer

La Cita Millonaria
La Doble Cita Desastre
La Cita de al Lado
Cita al Rescate
Cita a la Moda
Érase una Vez una Cita
La Cita Isleña
Una Cita Falsa con el CFO
La Cita Accidental
La Cita de Mis Sueños

La Serie: La susurradora de bodas

La joya de boda
El ramo de boda
Mi cita de boda
La apuesta de boda
La promesa de boda

LIBROS DE SUSAN HATLER

La Serie: Amor en Christmas Mountain

Navidad con el Chico Malo
Navidad con el Jefe
Navidad con el Posadero
Navidad con Mi Esposo Falso
Navidad con el Hermano de Mi Mejor Amiga
Navidad con el Millonario
Navidad con el Doctor de al Lado
Navidad con el Padre Soltero
Navidad con Mi Ex

La Serie: Sueños en Montana

Un fantástico festival
Una cautivadora cena
Una brillante boutique
Una memorable montaña
Una bonita boda
Una especial excursión
Una sensacional sorpresa
Una novedosa Navidad

AMOR EN CHRISTMAS MOUNTAIN COLECCIÓN (MORGAN, FAITH, LACEY)

SUSAN HATLER

Amor en Christmas Mountain Colección
(Morgan, Faith, Lacey)
Derechos de Copia © 2025 por Susan Hatler

Navidad con el Chico Malo
Derechos de Copia © 2025 por Susan Hatler

Navidad con el Jefe
Derechos de Copia © 2025 por Susan Hatler

Navidad con el Posadero
Derechos de Copia © 2025 por Susan Hatler

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos del autor, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por en un sistema de recuperación de información, en ninguna forma o por ningún medio (sea electrónico, mecánico, por fotocopiadora, grabado o cualquier otro) sin el permiso previo y por escrito del propietario de los derechos de copia este libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios de comunicación y los incidentes, son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia.

Notas de licencia

Este libro electrónico tiene licencia sólo para su uso personal. No puede ser revendido o regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor, compre una copia adicional para cada persona con la que compartir. Si está leyendo este libro y no lo compró, o si no fue comprado para su uso exclusivo, por favor compre su propia copia. Gracias por respetar el trabajo del autor.

_____
Traducido del Inglés al Español por Raquel Górriz

_____
Diseño de portada Elaina Lee, For The Muse Design

**** Únete al boletín exclusivo para lectores de Susan Hatler haciendo clic en este enlace:**
http://susanhatler.com/newsletteres **

ÍNDICE

NAVIDAD CON EL CHICO MALO
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
NAVIDAD CON EL JEFE
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez

Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Epílogo
NAVIDAD CON EL POSADERO
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho

Navidad con el Chico Malo

(la historia de Morgan)

Una historia navideña conmovedora llena de segundas oportunidades, drama familiar y una química que no se puede negar.

Morgan Reed regresa a Christmas Mountain para abrir el salón de sus sueños, pero se lleva una sorpresa al encontrar su espacio ya ocupado por Dallas Parker—el mejor amigo de su hermano, su amor de infancia y el hombre que su madre culpa por una vieja herida familiar.

Obligados a compartir el lugar, las chispas comienzan a volar y una antigua amistad florece en algo más. Pero cuando el pasado vuelve a abrir viejas heridas, su incipiente amor corre peligro.

De una autora bestseller del New York Times, no te pierdas esta historia emotiva, optimista y romántica sobre el perdón, la sanación y el amor inesperado en **NAVIDAD CON EL CHICO MALO**.

Navidad con el Jefe

(la historia de Faith)

Una entrañable historia de amor navideña llena de encanto de pueblo pequeño, conexiones inesperadas y la magia de enamorarse en Navidad.

Faith Sterling adora su trabajo organizando excursiones de lujo al aire libre en el nevado Christmas Mountain, Montana. Con las fiestas a la vuelta de la esquina, tiene la esperanza de que la temporada salve el negocio que tanto le apasiona. Pero todo cambia cuando Adam Kline—su nuevo jefe y un ejecutivo formal de Manhattan—aparece con planes de vender la empresa.

Faith está decidida a mostrarle a Adam la magia de las montañas, el alma del pueblo y por qué vale la pena luchar por el sueño de su padre. Pero mientras pasan tiempo juntos, no solo caen los copos de nieve… también lo hacen sus barreras emocionales.

De una autora superventas del New York Times, no te pierdas esta historia acogedora y emotiva sobre segundas oportunidades, encontrar el verdadero hogar y dejarse llevar por el amor en **NAVIDAD CON EL JEFE.**

Navidad con el Posadero

(la historia de Lacey)

Una entrañable novela romántica ambientada en un pequeño pueblo, llena de magia navideña, conexiones inesperadas y la emoción de encontrar por fin un lugar al que llamar hogar.

Lacey Lane es una mujer de ciudad y una productora ambiciosa en busca del lugar ideal para grabar su exitoso reality show. Pero al llegar al encantador y nevado Christmas Mountain, está persiguiendo algo más que un simple escenario televisivo. Criada en el sistema de acogida, Lacey sueña con conseguir el bono que le permita, por fin, tener su propio hogar.

Jacob Curtis, el posadero del pueblo, adora su tranquila comunidad y está decidido a proteger su esencia de la invasión de las cámaras. Fingiendo ser un guía amable, intenta alejar a Lacey de todo lo que podría impresionar a sus productores. Pero ella no se deja engañar fácilmente… y cuanto más tiempo pasan juntos, más difícil resulta ignorar la chispa que crece entre ellos.

De una autora superventas del *New York Times*, no te pierdas esta historia acogedora y emotiva sobre creer en el amor, abrazar las segundas oportunidades y descubrir dónde está tu verdadero hogar en **NAVIDAD CON EL POSADERO**.

AMOR EN CHRISTMAS MOUNTAIN COLECCIÓN (MORGAN, FAITH, LACEY)

SUSAN HATLER

NAVIDAD CON EL CHICO MALO

Susan Hatler

Para Ann Rego,
mi maravillosa mamá.
Besos y abrazos

CAPÍTULO UNO

MIENTRAS CONDUCÍA por la carretera hacia mi ciudad natal, Christmas Mountain, mi corazón latía con expectación. Sin embargo, un segundo después, una sensación helada de temor recorría mis venas. Regresaba a Montana por mi propia voluntad para vivir mi propia vida, pero en cuanto mi madre se enterara de mi giro en mi carrera profesional, se produciría una guerra.

Se me secó la boca al pensar en la inminente conversación con mi madre. Le diría la verdad. Ella quedaría decepcionada. Me sentiría mal. Entonces volvería a complacerla…

Excepto que no. No esa vez.

Agarré el volante con fuerza. Tenía veintiséis años y tenía derecho a tomar mis propias decisiones. Además, no podía mantener en secreto mi nuevo salón de belleza en nuestra pequeña ciudad ni queriendo. Mientras viví en Florida, mantuve mi secreto durante dos años: el contundente hecho de haber rechazado el programa MBA y en su lugar hacer uso del dinero de mi herencia para asistir a una academia de belleza.

Pero no podía seguir viviendo una mentira. No era justo para mis padres ni para mí. Y ciertamente no era justo para mi hermano, Connor, a quien se lo había contado después de jurarme que guardaría el secreto. Además, estaba entusiasmada por abrir mi propio salón de belleza y quería compartir esa alegría con mi familia.

La decisión estaba tomada: les diría la verdad a mis padres esa noche durante la cena.

Mi estómago se revolvió. Ni en un millón de años mi madre aprobaría que yo fuera cosmetóloga. Preferiría prender fuego a sus extensiones de pestañas, ver su Cadillac Escalade caer por un acantilado o cambiar su cabaña de cientos de metros cuadrados con sus impresionantes vistas de las Montañas Rocosas por una tienda de campaña.

Y no estaba exagerando.

En realidad, si yo hubiera hecho las cosas a la manera de mi madre, me habría casado con mi novio de la secundaria, Thomas Brand IV, habría trabajado unos años en Reed Bank (del cual eran propietarios absolutos, las tres sucursales), habría tenido un par de hijos y luego me habría unido al club de campo de mis padres. Le llevó meses recuperarse cuando Tom me dejó justo antes de graduarse de la escuela secundaria. Me sentí herida por la ruptura inesperada, pero terminé teniendo que consolar a mi madre y no al revés.

Desde que perdimos a mi hermana mayor, Grace, en un terrible accidente cuando yo era pequeña, sentí que tenía que ser el doble de hija para mis padres, especialmente para mi madre, quien tenía en la más alta consideración a mi hermana mayor. Algo que yo nunca parecía capaz de alcanzar. Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en ese trágico día junto al acantilado, así que rápidamente lo saqué de mi mente.

En mi defensa, lo había intentado a la manera de mi madre la mayor parte de mi vida para hacerla feliz. Pero si hubiera optado por mi MBA como ella me había presionado a hacer, algo dentro de mí se habría marchitado y muerto. Necesitaba volver a casa y confesar. Habían pasado ocho años desde que marché a la universidad y no podía permanecer lejos de mi querida ciudad natal para siempre.

Echaba de menos Christmas Mountain.

Y recibí una señal de que era hora de volver a casa.

A finales de octubre, recibí una carta de la maestra del coro de mi escuela y mentora extraordinaria, Melody King. En sus propias palabras escritas a mano, había revelado la devastadora noticia de

que padecía una enfermedad terminal debido a un cáncer de riñón. Esa noche lloré hasta quedarme dormida. Me explico, la señora King no debía tener más de sesenta años. Demasiado joven para morir. Mis ojos comenzaron a arder al imaginar un mundo sin esa mujer vibrante en él.

Me sequé los ojos antes de volver a poner ambas manos en el volante. Necesitaba concentrarme en el camino o no llegaría a casa ni en poco tiempo ni en ningún momento. Pero dos minutos después, sentí que mi mente volvía a mi valiente mentora.

La Sra. King siempre había estado ahí para mí y para mis mejores amigas del coro de la escuela secundaria. ¿Y si su último deseo fuera que las siete cantáramos juntas «I'll be Home for Christmas» una vez más en la cita navideña anual? Bueno, yo por mi parte no la decepcionaría.

La culpa me golpeó en el pecho al pensar en mis mejores amigas del coro: Ashley, Emma, Faith, Lexi, Joy y Carol. A pesar de que habíamos jurado ser mejores amigas para siempre en una especie de ceremonia de pulseras cerca de Las Cataratas en sexto grado, no había quedado con ninguna de ellas desde que nos arrestaron tras graduarnos de la escuela secundaria (es una larga historia). Bueno, Lexi y yo solíamos mantenernos en contacto por teléfono, pero habían pasado años desde la última vez que había hablado con ella. Era una locura si lo pensabas bien. Probablemente ella pensaba que yo habría entrado al programa MBA como había planeado.

Sólo podía suponer que Lexi y el resto del grupo también iban a querer regresar para cantar para la Sra. King. Aunque no había hablado con ninguna de ellas porque había estado demasiado ocupada planeando mi propio regreso. Pero recordaba la ceremonia de pulseras de mejores amigas como si fuera ayer. También recordé que, después de graduarme, les había dado una gran charla a mis amigas sobre cómo iba a enfrentar a mi madre, negarme a estudiar contabilidad, confesarle mi verdadero sueño y pedirle que finalmente me aceptara tal como soy. En lugar de ser una decepcionante sustituta de Grace.

Pero nadie se había enfrentado a Ivy Reed y había ganado.

Así que cedí como una cobarde.

Conduciendo por la carretera, toqué la pulsera rosa tejida a mano de mis mejores amigas que llevaba puesta en mi muñeca izquierda, que estaba guardada de forma segura debajo del Rolex que mis padres me habían enviado para mi cumpleaños en agosto. En sexto grado había prometido nunca quitarme ese brazalete y nunca lo hice. Aunque llevábamos años separadas, mis amigas todavía significaban mucho para mí. Mi visión se volvió borrosa cuando mi mente volvió a nuestra ceremonia de pulseras junto a la cascada.

Se me encogió el corazón cuando sentí una lágrima caliente deslizarse por mi mejilla. Me la limpié y sacudí la cabeza con tanta fuerza que mi cabello oscuro cayó por detrás de mis hombros. Extrañaba a mis mejores amigas de la escuela secundaria y deseaba haber mantenido el contacto tras ir a la universidad para obtener un título en contabilidad (que fue pospuesto). Esperaba que supieran que las palabras que habíamos intercambiado esa noche todavía ocupaban un lugar especial en mi corazón.

Como si sintiera mi dolor, mi SUV dejó escapar un gemido en la pendiente, pero pensé que era más probable que fuera una reacción por no estar acostumbrado a esos empinados caminos de montaña. Me aclaré el nudo en la garganta y di unas palmaditas en el salpicadero.

—No te atrevas a morir por mí —le advertí—. Si puedes soportar la humedad y el aire salado de Florida, entonces podrás afrontar algunas subidas.

Eso esperaba.

Christmas Mountain, Montana, se encontraba justo encima de la siguiente colina y Miami estaba muy detrás de mí. Mi corazón latía en mi pecho. Casi en casa. Me encantaba Miami por muchas razones (el sol, la playa y el ambiente eléctrico del lugar), pero nunca me sentí arraigada a la ciudad.

Subí la siguiente elevación, luego bajé hasta una pequeña depresión y seguidamente el pequeño pueblo de Christmas Mountain se extendió ante mí, rodeado por las Montañas Rocosas. El camino bordeaba la ladera de la montaña cubierta de nieve como una delgada cinta gris. Los árboles tenían colores gloriosos y vi pinos y abetos Douglas. La ladera de la montaña se elevaba sobre la

carretera mientras ésta pasaba por una serie de curvas hasta que llegué a un tramo relativamente plano.

La zona centro de Christmas Mountain apareció a la vista y parecía sólo ligeramente diferente a pesar de los años que habían pasado. El camino se convirtió en una amplia avenida separada por un divisor central, que estaba decorado con arbustos cuidadosamente podados. En las aceras había bancos de madera y sabía que si seguía conduciendo por el centro me toparía con el Centro Comunitario Christmas Mountain, sede del espectáculo navideño anual en el que mis mejores amigas y yo habíamos actuado durante años.

Pintorescas tiendas se alineaban en la tranquila calle bajo alegres toldos. Pasé por la tienda de alimentos, la tienda de antigüedades, la librería, la floristería, la cafetería y más. Se me hizo la boca agua cuando vi el sitio de barbacoas a mi izquierda. No hay nada en el mundo como una buena barbacoa y en ese lugar se preparaba el mejor cerdo picado y el mejor guiso Brunswick que jamás había comido, servido con pan de molde y una salsa que te prendía fuego si le dabas un bocado demasiado grande. Mmm.

Hablando de la cena, mis padres probablemente se estarían preguntando si me había pasado algo, ya que llegaba bastante tarde. Pero pronto estaría en su casa y luego les contaría mi cambio de rumbo. Mi estómago se encogió. Oh, no.

No, ya no podía ocultarles ese secreto.

Como si fuera una señal, a mi derecha vi la antigua casa del Salón de Belleza Clásico de Coraline, que pronto sería reemplazado por mi propio Salón CM, donde ofrecería servicios completos de peluquería, manicura, pedicura y tratamientos faciales. Mi ritmo cardíaco se aceleró y mi mirada voló hacia la ventana del espacio comercial que había alquilado. El orgullo y la alegría me golpearon con intensidad. Miré la hora, suspiré y me encontré aparcando el SUV en un sitio vacío justo enfrente.

Había anochecido y pensé que mis padres tendrían mejores cosas que hacer un viernes por la noche que prepararme la cena. Definitivamente quería contarles lo del salón, pero de repente me pareció mejor esperar hasta que lo arreglara un poco. Cuanto más

profesional pareciera el salón cuando se lo mostrara a mi madre, más probable sería que ella se sintiera convencida de que había tomado la decisión correcta.

Le envié un mensaje de texto a mi madre diciéndole que el viaje me había llevado más tiempo de lo esperado, así que me reuniría con ellos al día siguiente. Ese nuevo plan funcionaría mucho mejor. Además, debía llegar a la casa de mi amiga Ruby, el lugar donde viviría, a una hora razonable. Pero bueno, no estaba de más echar un vistazo rápido a mi espacio comercial, ¿verdad?

Salté del coche y mis pies aterrizaron en la acera.

Había jugado una especie de Tetris guardando mis pertenencias en la parte trasera de mi SUV y sería más apropiado llegar a casa para sacarlo todo, pero ignoré el lado responsable de mi cerebro y corrí hacia el edificio, mi sonrisa se hacía más amplia con cada paso.

Mío. Todo mío.

Busqué en mi bolso las llaves que Coraline me había enviado por correo después de que le alquilara el local. Luego abrí la puerta. Las bisagras chirriaron, haciéndome hacer una mueca. Tenía que arreglarlo antes del día de la inauguración en dos semanas y media. También tenía que poner mi cartel de «próximamente» en la ventana para publicidad.

Pero primero necesitaba ver el espacio de mis sueños en persona. Pulsé el interruptor de la luz, pero no pasó nada. Eh. La bombilla debía haberse quemado. No importa. Las farolas del exterior enviaban suficiente luz a través de la ventana delantera para que pudiera echar un vistazo al lugar.

Crucé los dedos, esperando que las fotos que Coraline me envió por correo electrónico no hubieran hecho justicia al salón cerrado. Mi mirada recorrió la amplia y larga habitación, confirmando que las fotos habían sido precisas. Joder. Agregué «cambiar la decoración» a mi lista mental de «cosas por hacer» porque no podía dejar ese suelo de baldosas rayadas en blanco y negro a cuadros o las sillas de salón naranjas (sí, naranjas). Los pesados y anticuados espejos con adornos dorados me hicieron reír, pero las plantas de plástico caídas y polvorientas ciertamente no eran motivo de risa. Vaya.

Caminé por la sala hasta el almacén de atrás, tratando de imaginar los cambios que haría. El leve olor a desuso llenó mis fosas nasales mientras miraba un estante lleno de productos para el cabello abandonados que parecían haber escapado de los años cincuenta. Me quedé mirando las botellas, preguntándome si sería seguro tirarlas a la basura o si necesitaría un equipo de materiales peligrosos para desecharlas.

De repente, escuché un chirrido proveniente del frente del espacio comercial. Mi cuerpo se tensó. ¿Había cerrado con llave la puerta principal después de entrar? No podía recordarlo. Esa era una pequeña y dulce ciudad, no una gran ciudad, pero aun así… Mi mirada voló hacia la puerta del almacén y escuché con atención. Nada. Quizás me había imaginado el ruido. Dejé escapar un suspiro justo cuando se produjo un segundo chirrido.

Siguió el sonido definido de pasos.

Oh, no. Alguien estaba allí.

Luego se escuchó un extraño sonido chirriante y agudo, y se me puso la piel de gallina en el cuello. ¿Qué podría ser eso?

Me agaché en posición defensiva y miré a mi alrededor, esperando ver una escoba o algo que pudiera usar como arma. Coraline era una mujer mayor y soltera. Seguramente había tenido un bate de béisbol a mano, ¿verdad? Pero no había armas improvisadas a la vista. Sin otras opciones, agarré una botella de tónico polvorienta y la abrí. Tal vez podría arrojar el líquido a los ojos del intruso y cegarlo mientras salía corriendo. ¿Por qué, oh, por qué, no había practicado artes marciales cuando era niña?

Pero me negué a que me mataran en el almacén de un salón de belleza tristemente anticuado. Tenía que escapar. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras seguía la pared y caminaba de puntillas hacia el frente, sosteniendo la botella de tónico como un misil listo para ser lanzado. Era ahora o nunca.

Respiré profundamente y miré por la esquina de la habitación oscura justo cuando las luces se encendieron iluminando a un hombre bien formado con botas de vaquero que caminaba casualmente hacia una escalera en el centro de la habitación. Mis ojos se fijaron en los jeans ajustados sobre las piernas musculosas y

la complexión ancha debajo de una camiseta gris, con brazos nervudos para empezar. Al menos el hombre, intruso o no, no llevaba sombrero de vaquero o tendría que gritar: ¡Yija!

En cambio, la botella de tónico se me escapó y cayó al suelo, rebotando con un ruido sordo. La cabeza del hombre se giró en mi dirección y sus familiares ojos color marrón caramelo se encontraron con los míos. Seguidamente, la comisura de la boca del hombre se curvó lentamente hacia arriba.

—Morgan Reed —dijo, su tono bajo y ronco era una declaración y no una pregunta.

—¿Dallas Parker? —pregunté con mi barriga dando un vuelco. Conocía esa mirada que me estaba observando. Me aceleraba el corazón en la escuela secundaria y parecía tener el mismo efecto ocho años después.

—Ya hemos confirmado nuestros nombres —Él se rió, alejándose de la escalera y caminando hacia mí. Me miró, sacudiendo la cabeza —. La última vez que te vi llevabas falda a cuadros y cintas en la cabeza. Casi no te he reconocido.

—Soy yo —dije sin convicción. Luego miré mis jeans oscuros y mis botas negras de tacón alto. Sí, definitivamente un cambio de vestimenta con respecto a mis días en Christmas Mountain High. Dallas también parecía diferente. Todavía era alto, tonificado y esbelto, pero ahora la sabiduría brillaba en esos ojos color marrón caramelo. Su cabello oscuro estaba mucho más corto y estaba mayor, pero definitivamente era Dallas Parker, el mejor amigo de mi hermano mayor, mi amor secreto de la infancia y el hombre al que mi madre culpaba por la mayor tragedia de nuestra familia.

—¿Q-Qué estás haciendo aquí?

También era el tipo que había golpeado a mi novio en la mandíbula al final del último año cuando nos sorprendió besándonos en Kissing Bench justo al lado de la cascada.

—La pregunta es, ¿qué estás haciendo tú aquí? —Preguntó, deteniéndose a unos centímetros delante de mí—. Aparte de dejar caer una botella de… ¿Qué es eso, por cierto?

—Tónico para el cabello —Miré la botella tímidamente. Luego mi mirada se dirigió a la escalera en el centro de la habitación, me

percaté que estaba debajo de una lámpara. Había cambiado la bombilla. Ese era el ruido que había oído, no el de alguien a quien necesitaba rociar los ojos con tónico. Un momento, ¿por qué Dallas estaba cambiando la bombilla de mi nuevo salón? Tal vez se había convertido en una especie de administrador de propiedades o algo así.

—Escuché un ruido extraño y pensé que eras un intruso. Supongo que estabas cambiando la bombilla de mi tienda.

Sus cejas se alzaron.

—Espera un minuto. ¿Dijiste tu tienda?

—Sí —dije, con la voz tensa ya que podía ver la sorpresa escrita en su rostro. ¿Por qué estaba tan sorprendido? Era perfectamente capaz de administrar mi propio negocio, muchas gracias. ¿Y por qué me afectaba su aura sexy después de todo ese tiempo? Tan exasperante. Me aclaré la garganta, decidida a no dejarle ver cómo me afectaba. Recogí la botella del suelo y la tiré a un cubo de basura cercano—. Voy a abrir mi propio salón de belleza, así que he alquilado este espacio. ¿Supongo que eres el administrador de la propiedad? Gracias por cambiarme la bombilla.

—Vaya, espera, espera —dijo con tono repentinamente condescendiente mientras levantaba las palmas de las manos y sacudía la cabeza—. Debes estar en el edificio equivocado. Yo soy quien alquiló este lugar. Voy a abrir una tienda de muebles.

Escalofríos vibraron a través de mí. ¿Qué?

La ilusión de abrir mi propio salón de belleza se evaporó ante mis ojos.

—Mmm, no lo creo —Mis manos fueron a mis caderas—. De ninguna manera, debes estar en el lugar equivocado. Le alquilé este salón de belleza a Coraline del Salón de Belleza Clásico de Coraline y mira a tu alrededor, Dallas —Hice un gesto exagerado—. Esto es claramente un salón de belleza, no una tienda de muebles.

—Para ser honesto, no veo mucha belleza en ello —Miró a su alrededor, hacia la decoración llamativa—. Esas sillas son del mismo color que el antiácido que suelo tomar después de un plato de ensalada de repollo. Coraline claramente quería que dejara mi huella en este lugar.

Respiré profundamente. No se equivocó con su descripción del antiácido, pero esas sillas naranjas eran mías para usarlas, no suyas.

—Ya me preocuparé yo del color de mis sillas.

—No son tus sillas, Morgan. Yo alquilé este espacio comercial, no tú.

Me atraganté y agarré el bolso que había dejado en un pequeño mostrador al lado de una de las sillas de color antiácido. Busqué en él.

—Debes haber bebido demasiada cerveza con tu taco y ensalada, Dallas. No alquilaste este lugar. Mira, tengo el contrato de alquiler aquí mismo.

—Déjame leer eso —Tomó los papeles que le entregué, sus dedos rozaron los míos y provocaron un hormigueo en mi brazo. Su mirada se encontró con la mía mientras un escalofrío me recorrió y esperé con cada fibra de mi ser que no se diera cuenta. La comisura de su boca se alzó.

—Me echaste de menos, ¿eh?

—Eso quisieras —dije, lamentándome por no tener una mejor respuesta. Cualquier otra. Cualquiera con ojos podría decir que ese hombre era atractivo. No era culpa de mi cuerpo reaccionar de esa manera. Pero no iba a abalanzarme y abrazarlo y besarlo.

Aunque la idea no era precisamente desagradable…

—Quizás sí lo quiero —Su mirada hirvió mientras yo lo miraba fijamente, pero esto sólo pareció hacer el momento más divertido. Finalmente, desdobló las páginas y las leyó. Su frente se arrugó. Luego me entregó mis papeles y buscó en su bolsillo trasero—. Mira esto.

—¿Qué? —pregunté, asegurándome de no dejar que mis dedos rozaran los suyos mientras le quitaba los papeles. Los hojeé rápidamente, mi corazón se hundía con cada palabra. La dirección era correcta. Las fechas eran correctas. Lo que significaba que ambos le habíamos alquilado el mismo lugar a Coraline—. Esto no es posible.

—Es claramente posible —Se encogió de hombros y luego se acercó a un estante que estaba en el suelo y apoyado contra la pared. Cogió un martillo y empezó a clavar clavos en la madera.

¿En serio estaba decorando mi salón?

—Deja eso —dije, caminando hacia él—. No puedes poner ese estante en mi salón.

—Es mi tienda de muebles —replicó entre martillazos—. Mira, no sé qué ha pasado aquí, pero mi tienda abre en dos semanas y media y me va a costar mucho trabajo llegar a tiempo.

—Mi salón también abre entonces —dije, con el corazón a punto de hundirse. Golpeé el suelo con la punta del pie mientras terminaba de colgar el estante en la pared—. Bien, usaré ese estante para exhibir productos. Mascarilla para el cabello, champú y acondicionador.

—Estoy confundido —Se giró hacia mí y levantó la comisura de la boca—. ¿Cómo que vas a abrir exactamente un salón de belleza? ¿No fuiste a la escuela de contabilidad?

¡Ay! Llevaba media hora de vuelta en Christmas Mountain y ya me estaban haciendo las preguntas que más temía. Espera. ¿Él sabía en qué me había especializado? Mi corazón palpitaba en mi pecho. Estaría mintiendo si negara el enorme enamoramiento que había tenido por él durante la mayor parte de mi adolescencia. Pero ahora yo era una mujer adulta y su sexy sonrisa no funcionaría conmigo.

Me crucé de brazos.

—Sí, ¿y?

Sus cejas se alzaron.

—¿Por qué abres un salón de belleza si tienes un título en contabilidad?

—Yo… —Respiré profundamente y luego suspiré—. No es asunto tuyo. ¿Vale?

—No tengo tiempo para esto —Dejó escapar un suspiro y se giró de nuevo. No pude evitar notar lo bien que le quedaban los vaqueros. Se inclinó para coger otro estante y me quedé sin aliento. El sonido del martillo contra un clavo me devolvió a mis sentidos.

—Deja de martillear —dije, con los puños cerrados a los costados —. Es mi vida con la que estás jugando. Mi salón abre el dieciocho de diciembre. Ya pagué la publicidad y todo.

Dejó el martillo a un lado.

—Yo también he invertido dinero que no puedo permitirme perder.

—No sé qué hacer —dije, devanándome los sesos—. Quiero decir, claramente necesito este espacio en particular más que tú. Esto no se parece en nada a una tienda de muebles. ¿Y desde cuándo te dedicas a los muebles? Escuché que estabas en el ejército.

Oh, no. Su sonrisa sexy había vuelto.

—¿Has estado vigilándome, Morgan?

—No. Por supuesto que no —Balbuceé.

Me mostró una sonrisa malvada.

—¿Seguro? Parece como si estuvieras perdidamente enamorada de mí.

—Lo único que he estado pensando para ti es lanzarte este tónico a la cara. Obviamente debería de haberlo hecho. Eres… una amenaza.

Sus cejas se juntaron.

—Dime cuando fui yo una amenaza.

—¿Qué tal aquella vez que le diste un puñetazo a mi novio en la cara? —Solté.

Hizo una pausa por un momento y luego se encogió de hombros.

—Se lo merecía.

Me quedé boquiabierta.

—Tom era un estudiante sobresaliente, un buen atleta y agradable con todo el mundo. Quizás estabas celoso.

No parecía en lo más mínimo perturbado por mi acusación. De hecho, parecía divertirse.

—¿Te hubiera gustado que hubiera estado celoso?

—No, claro que no.

Bueno, tal vez un poco.

—Me gustaría decir que esto ha sido divertido, pero el ceño fruncido en tu cara me dice que no sientes lo mismo. Pero no puedo darme el lujo de retrasar la preparación de mi tienda de muebles. Entonces tendrás que fruncir el ceño mientras trabajo.

—Eres imposible —le dije, mientras él me daba la espalda nuevamente. ¿Qué hacía abriendo una tienda de muebles? Bueno, eso en realidad tenía sentido considerando que él y la mayoría de los

hombres de su familia habían trabajado en el aserradero hasta que ocurrió ese terrible incidente con su tío. Pero lo saqué de mi mente —. No puedes abrir tu tienda de muebles aquí.

Me miró de nuevo, dejando escapar un suspiro audible.

—¿Vale? —pregunté. Luego nos quedamos allí mirándonos fijamente durante lo que debieron ser varios minutos. No iba a ceder en mi sueño, pero estaba empezando a sentirme exhausta.

—Es tarde —Sacó un teléfono móvil de su bolsillo y miró la hora —. Pero esta es una confusión de Coraline, así que será mejor que la llamemos y ella pueda solucionarlo.

—Buena idea.

Esperé que ella se pusiera de mi lado una vez que se diera cuenta del error. Tomando la iniciativa para que ella escuchara mi voz primero, saqué mi propio teléfono móvil, marqué su número y luego encendí el altavoz. El teléfono sonó y contuve la respiración mientras esperábamos a que contestara.

Sonó un clic.

—Al habla Coraline. Lamento no poder atender su llamada, pero ahora estoy jubilada y en la aventura de mi vida. Un safari africano. Siéntase libre de dejar un mensaje. Volveré a la ciudad en Nochebuena. ¡Saludos!

No sonó nada bien.

Miré a Dallas. Él se giró para mirarme.

—Tiene que haber alguna solución —dije, mordiéndome el labio.

Se pasó la mano por el pelo.

—Se me ocurre una.

—¿Estás dispuesto a ceder y dejarme mi salón? —Entrelacé mis manos en posición de oración, puse mi sonrisa más linda y asentí con la cabeza haciendo que mi cabello cayera sobre mi mejilla.

—Eso no va a pasar —Sacudió la cabeza, extendió la mano y metió mi cabello detrás de mi oreja. Sus dedos rozaron mi mandíbula, dejando una estela de hormigueo a lo largo de mi sensible piel. Luego las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba—. Vamos a tener que llegar a un acuerdo y compartir el espacio por ahora.

—¿Vamos? —pregunté, mirándolo asentir. Quería no estar de acuerdo, pero como Coraline no iba a estar hasta Nochebuena, la solución obvia era abrir nuestros negocios juntos. Sólo tendría que ignorar su sonrisa sexy y establecer algunas reglas, como que no metiera el pelo detrás de la oreja.

Finalmente, en Nochebuena, uno de nosotros sería despedido.

CAPÍTULO DOS

Salí del salón esa noche y conduje a través de un conjunto de puertas de piedra y subí una pequeña colina en dirección a la casa de Ruby. Aparqué frente a un edificio de ladrillo con ventanas blancas que daban a un pequeño patio delantero lleno de nieve. Después de ese encuentro con Dallas, necesitaba una cara amiga.

Acababa de apagar el motor cuando la puerta principal de la casa se abrió de golpe y Ruby Curtis salió corriendo. Su cabello rubio estaba recogido en una coleta alta y vestía un suéter azul, jeans y botas. Su cara bonita y sus ojos azules se iluminaron mientras corría hacia donde yo salía, del lado del conductor, y luego me rodeó con un abrazo de bienvenida.

Ruby y yo éramos amigas desde la escuela primaria. Ella era tan querida para mí como mis mejores amigas del grupo del coro con quienes había intercambiado las pulseras de mejores amigas. Ruby iba dos años por delante de nosotras en la escuela e iba a clase con Dallas y con mi hermano Connor. Sus padres, Randall y Betty Curtis, eran dueños del Sugar Plum Inn, un *bed&breakfast* que existía desde siempre cerca de las cataratas.

La primera cita real de los padres de Ruby fue en el ballet, presenciando *El Cascanueces* y a su madre le encantó la «Danza del Hada de Azúcar». Desde esa noche, su padre apodó a su esposa su

«hada de ciruela dulce» e insistió en el nombre de la posada. Tan tierno.

—¡Por fin estás aquí! —Ruby me chilló al oído—. Me estaba preocupando, pero pensé que habías parado a ver a tus padres.

—En realidad, pasé por el salón —dije, abrazándola con fuerza mientras una sensación de temor se apoderaba de mí al pensar en la confusión del contrato de alquiler con Dallas. Luché para quitármelo de la cabeza.

Ruby me soltó y nos quedamos allí sonriéndonos la una a la otra. Finalmente, tomó el bolso que yo sostenía.

—Déjame ayudarte con eso… Guau —Hizo un gesto hacia mi SUV y la cantidad de cajas en su interior—. ¿Cómo encajaste todo eso ahí?

Le mostré una sonrisa triste.

—Bueno, tengo miedo de que si quito una cosa, el resto caigan en cascada.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rió.

— ¿Como aquella vez que abrimos la puerta del armario de los disfraces que había en el almacén de Christmas Mountain High?

—Te he echado de menos —Me reí de la historia y la abracé de nuevo—. Y recuerdo cómo casi abandonamos el club de teatro por el caos causado por el armario de los disfraces. No hay nada como quedar enterrada bajo una avalancha de pelucas y maquillaje antiguo.

Ruby me devolvió el apretón.

—Es genial tenerte en casa de nuevo. Me preocupaba que nunca pudiéramos sacarte de Florida. Aunque me divertí mucho las veces que te he visitado —Ella dio un paso atrás y me escudriñó con la mirada—. Esas botas son preciosas y estás increíble. Nadie te reconocerá de tus días de escuela secundaria.

—Tengo muchas ganas de ponerme al día con viejas amigas —dije, preguntándome qué pensarían de mi nueva apariencia. Cuando dejé Christmas Mountain, había estado haciendo todo lo posible para estar a la altura de la imagen perfecta de niña buena y las expectativas que mi madre tenía de mí. Todo eran faldas a cuadros, blusas blancas planchadas y cintas para el pelo. Nunca había usado

botas negras con tacón, jeans ajustados o el ahora estándar toque fucsia en mis labios.

—¿Cómo están tus padres? —pregunté.

—Lo mismo de siempre. Comen, duermen y respiran la posada. Las reservas han sido más escasas estos días debido a la disminución del turismo, pero está funcionando bastante bien.

—Me alegra oírlo —dije, con el estómago gruñendo. Mis mejillas se sonrojaron y puse una mano sobre mi vientre—. Lo siento, olvidé parar a cenar.

Se mordió el labio inferior.

—Entonces tal vez deberíamos relajarnos antes de sacar tus cosas. ¿Quieres un sándwich?

—Sí, por favor —dije, siguiendo a Ruby al interior de su casa.

La cocina y la sala de estar eran de concepto abierto y la personalidad de Ruby estaba estampada en todas partes. Sobre pequeñas mesas había jarrones con flores frescas. Había alfombras antiguas en los suelos de madera. Cuadros de montañas colgaban de las paredes junto a esas increíbles ventanas. Las encimeras de la cocina eran de granito, acentuadas por un protector de azulejos anti salpicaduras de un metro y electrodomésticos de acero inoxidable.

Ruby se acercó a la cocinilla.

—Acababa de terminar de hacer este queso asado cuando llegaste. Podemos dividirlo. Espero que todavía te guste la sopa de tomate y albahaca.

—Sí —Sonreí, encantada de que mi amiga me conociera tan bien.

—¿Quieres un poco de té helado?

Levanté una ceja.

—¿Es dulce?

—Oh, no —Hizo una pausa en el acto de servir sopa en tazones de gran tamaño que reconocí como los de Spode de su abuela—. Olvidé que eres sureña.

Parpadeé hacia ella.

—¿Ya estamos?

—Vivías en el sur, por lo que probablemente ya no bebes té helado.

—Me encanta el té helado —dije, dejándome caer en un taburete.

Dejó un cuenco humeante y un plato en la encimera, frente a mí.

—No es que Florida sea totalmente el sur. Es Florida.

Me quejé por dentro. El dilema acerca de si Florida era el sur o no seguía en pleno apogeo desde décadas.

—De todas formas, todavía bebo té helado simple y sin azúcar.

—De acuerdo —dijo, corriendo hacia el refrigerador y sacando una jarra blanca. Llenó dos vasos con hielo, sirvió el té y luego se sentó a mi lado.

Tomé una cucharada de sopa, que olía delicioso.

—Mmm.

—La hice casera —dijo, jugueteando con su servilleta durante un minuto—. ¿Ya le contaste a tu madre lo del salón?

Me moví en el taburete.

—Eh…

Ella suspiró y tomó un poco de sopa.

—Morgan, ella se sentirá dolida porque no se lo dijiste.

—Estoy tratando de evitar que ella salga dolida —Me retorcí. Tampoco les había dicho a mis padres que me mudaría con Ruby, pero eso era lo que menos les iba a molestar—. Sabes lo controladora que puede ser mi madre. Creo que se tomará mejor la noticia si primero preparo el salón de una forma que ella apruebe —Suspiré—. Ella podría disuadirme de mi sueño si no tengo cuidado de presentarlo de la manera correcta en el momento correcto.

Mi amiga me sonrió de forma comprensiva.

—Tu secreto siempre estará a salvo conmigo.

—Gracias —Bebí un sorbo de té helado, queriendo cambiar de tema—. Desafortunadamente, en este momento tengo mayores preocupaciones a que mi madre se enfadade conmigo.

—¿Cómo cuales? —ella preguntó.

Tragué un bocado de sándwich.

—No vas a creer lo que ha pasado cuando he ido a ver el espacio comercial que he alquilado.

Mojó la cuchara en el cuenco.

—No me digas que el techo se derrumbó. Ese lugar ha estado vacío durante meses.

—Peor —dije, secándome la boca con la servilleta.

—¿Qué es peor que un techo hundido?

—Dallas Parker —dije rotundamente.

Se atragantó con el té que estaba bebiendo.

—Lo siento, no es lo que esperaba que dijeras. Dallas, ¿eh? ¿Qué dices? Sabía que se había mudado a la ciudad, pero no lo he visto.

Levanté la cuchara de mi sopa y gemí.

—Él ha alquilado el mismo espacio comercial que yo alquilé para mi salón de belleza.

Ella parpadeó.

—Estoy confundida.

—Yo también —Revolví mi sopa lentamente—. Resulta que Coraline, la casera, de alguna manera cometió un error y nos alquiló el espacio comercial a los dos.

Ruby se agarró al borde de la isla como si temiera caerse del taburete.

—¿Ella os alquiló el mismo espacio a los dos? No puede ser.

—Sí puede ser —Asentí, tomando más de la deliciosa sopa.

Ella sacudió su cabeza.

—¿Qué podría querer Dallas con un salón de belleza?

—Su plan es convertir el clásico salón de belleza de Coraline en una tienda de muebles—. Apreté la cuchara en mi mano y luego la golpeé implacablemente contra el mostrador con un tin tin tin—. ¿Puedes creer que no me cederá el espacio comercial? Pensé que se había alistado en los marines.

—No descargues tu frustración con los cubiertos —Me quitó la cuchara, la dejó sobre la encimera y dio unas palmaditas en el mango—. ¿Ves? Todo mejor ahora.

Le lancé una mirada.

—No estás ayudando.

Se mordió la uña pensativamente.

—Dallas se fue a la Infantería de Marina al acabar la secundaria, pero ya hace casi un año que regresó a Christmas Mountain. Compró

una vivienda con cierta superficie en las afueras de la ciudad. Es reservado, así que no sé mucho sobre él. Tienda de muebles, ¿eh?

—Eso es lo que él dijo —Di el último bocado de mi sándwich, masticando lentamente—. Quiero decir, claramente el espacio no funcionará para sus necesidades. Está montado como un salón de belleza. Para mis propósitos, sólo necesito darle un lavado de cara al lugar. Ya pagué la publicidad y mi salón abre en dos semanas y media. No puedo permitirme el lujo de discutir con él sobre quién merece más el espacio, porque hay muchas cosas que tengo que hacer antes del día inaugural. Los sillones del salón son de color naranja. ¿Necesito decir más?

—¿Como un color naranja alegre o un color antiácido?

—Neutralizador de acidez —Gemí, pegando mi barbilla a mi pecho—. Sé que esta situación no es culpa de Dallas, pero mi salón actualmente está en color naranja. Oh, tan naranja…

—¡El naranja! —Ruby levantó las palmas de las manos y luego se echó a reír—. ¿No recuerdas cuando nuestras madres nos llevaron a Coraline esa vez que otro salón de lujo estaba reservado y teníamos que peinarnos para el teatro de la escuela? Casi me quedo ciega en ese lugar.

A pesar de todo me eché a reír.

— Sí, recuerdo que nos peinaron allí. No recuerdo que el naranja fuera tan abrumador.

Ella se acercó más.

—¿Cómo va a vender Dallas muebles en un salón de belleza de color naranja?

—¿Verdad? —asentí, terminando lo último de mi sopa—. Parece que alguien congeló los años cincuenta allí.

—Tienes que llamar a tu casera —dijo, apilando nuestros platos y tazones vacíos antes de llevarlos al fregadero.

Mis hombros se hundieron.

—Lo hicimos. Está fuera de la ciudad y de safari hasta Nochebuena.

—¿En serio? —Las cejas de Ruby se alzaron—. Eso es increíble. Quiero decir, es una aventura única en la vida. ¿Me pregunto dónde estará de safari?

—En algún lugar de África —dije, recordando que Ruby siempre había querido viajar—. ¿Sabes lo que sugirió Dallas? Dijo que deberíamos compartir el espacio y abrir nuestros negocios juntos.

Enjuagó los platos y luego los metió en el lavavajillas.

—¿El espacio es lo suficientemente grande para ambas empresas?

—Es un lugar grande —dije, recordando el diseño—. Pero no puedo dejar que martillee clavos mientras mis clientes se arreglan el cabello. O se hacen un tratamiento facial. Se supone que un salón es relajante. Dediqué tiempo y dinero para convertirme en esteticista, estilista y manicurista con licencia completa. Una tienda de muebles y un salón de belleza no se mezclan.

Rubí asintió.

—Tienes razón. Es mucho peor que un techo hundido.

Dejé caer la cabeza entre mis manos.

—¿Qué voy a hacer? No hay ningún otro espacio adecuado disponible para alquilar. Además, ya compré anuncios del periódico Christmas Mountain Herald y anuncios en línea. Pagué por mi propio sitio web e incluso las páginas de redes sociales están listas para lanzarse para mi gran inauguración. Además de esto, todavía tengo que lidiar con mis padres.

Ruby aplaudió.

—Sé lo que te animará.

—¿La noticia de que Dallas Parker ha huido de la ciudad? —pregunté, mirándola negar con la cabeza. Había sido una posibilidad remota—. ¿Entonces qué?

—¿Adivina quién escuché que va a venir a la ciudad esta Navidad? —dijo ella, usando una voz cantarina.

No estaba de humor para un juego de adivinanzas.

—Sólo dime.

—Te daré una pista —Ella sonrió, moviendo las cejas—. Alguien guapo con quien saliste en la escuela secundaria y por quien estabas totalmente loca…

Eso lo redujo a mi ex, Thomas Brand IV. Yo no había sido popular entre los chicos en la escuela secundaria. Me habían apodado Señorita Mojigata con razón.

— ¿Tom Brand? —pregunté, preguntándome cómo se suponía que el regreso de un ex que me dejó me alegraría. Tal vez para animarme más quemaría mis botas favoritas.

—¡Sí, Tom! —Ruby me rodeó con un brazo—. Hacíais tan buena pareja cuando eráis dos jóvenes enamorados. ¿No sería bonito que volvierais a retomar el contacto y te casaras con tu novio de la secundaria? He oído que tiene un trabajo bien remunerado. ¿Por qué volvisteis a romper?

—Él me dejó —dije con voz inexpresiva—. Justo después de que Dallas Parker le diera un puñetazo en la cara —De repente, me imaginé a Dallas y su sexy sonrisa. Temblé. Sacudí la cabeza, tratando de deshacerme de la imagen de Dallas que seguía rondando por mi cabeza—. Aaah, ser abandonada. Gracias por el paseo por el pasado. Me encuentro totalmente animada ahora.

—Lamento haber mencionado a Tom —Ruby me dio unas palmaditas en el hombro, claramente sin entender que estaba molesta por el hecho de que estaba mentalmente babeando por mi némesis, no porque Tom me hubiera dejado hace ocho años—. No quise mencionar algo doloroso —dijo.

Agité mi mano con desdén.

—Tom fue hace mucho tiempo. Está muy superado.

—¿Dallas realmente le dio un puñetazo en la cara? —ella preguntó.

Asentí.

—Cuando nos pilló besándonos en el Kissing Bench de Las Cataratas.

Los ojos de Ruby se abrieron como platos.

—No.

—Sí —Retorcí mis dedos—. Dallas arruinó mi relación y ahora está arruinando mi vida nuevamente. Tom nunca dijo realmente por qué quiso romper conmigo, pero creo que tenía miedo de que Dallas le volviera a pegar.

— ¿Por qué Dallas haría eso? —Ruby me vio encogerme de hombros y luego sacudió la cabeza—. Dallas siempre ha tenido cierta reputación de chico malo. Pero nos divertimos mucho con él en nuestra juventud. Y es el mejor amigo de tu hermano.

—Pasamos buenos momentos —dije, recordando cómo Ruby, Dallas, Connor y yo quedábamos y salíamos a caminar en busca de aventuras. Pero eso fue antes de que mi madre lo culpara por el accidente que le costó la vida a Grace. Sacudí la cabeza para aclarar el pensamiento—. No sé qué hacer con el salón, Ruby. Dallas tiene un contrato de alquiler firmado y por eso no puedo echarlo.

—No, a menos que él quisiera salir —dijo.

Una idea acertada.

—Espera un minuto… Su tienda de muebles probablemente será súper varonil, ¿verdad? ¿Como él? —Puse los ojos en blanco, incapaz de creer que acababa de decir eso en voz alta. Me lancé hacia adelante—. ¿Qué pasa si le pongo difícil querer estar allí? Puedo decorar el salón de belleza de forma súper femenina, por lo que querrá buscar un nuevo espacio. Quiero decir, los hombres normalmente no quieren estar cerca de un salón de belleza, ¿verdad?

Ella levantó un hombro.

—Estoy segura de que sí. No puedo imaginarme a tu hermano queriendo pasar por tu salón para hacerse una manicura o pedicura.

—¿Entones? —Me reí, tomando nota mental para hacerle saber a mi hermano que había llegado a la ciudad.

El teléfono de Ruby sonó desde donde estaba sobre el mostrador, conectado al puerto USB. Levantó su teléfono, miró la pantalla y gimió.

—Llegó el correo electrónico del trabajo. Configuré una alerta en mi teléfono. Es tarde, entonces debe ser importante. Será mejor que revise el correo electrónico.

Sentí una punzada de culpa.

—Ni siquiera te he preguntado si te gusta tu nuevo empleo.

—Nunca pensé que sería dueña de un spa para perros y un negocio de adiestramiento, pero me encanta. Aunque me mantiene ocupada prácticamente las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana —dijo, sosteniendo su teléfono como evidencia de su declaración.

—Siempre fuiste buena con los animales y siempre acogías a algún callejero, según recuerdo —dije, mirando por toda la cocina—.

Me sorprende que no tengas la casa llena.

—Lo haría si pudiera, pero es un alquiler con una política de no mascotas —Murmuró mientras revisaba su correo electrónico en su teléfono—. Odio dejarte con el SUV por descargar pero tengo que llamar a mi gerente de la residencia canina. Tiene un problema y quiere saber mi opinión al respecto. Al parecer algún perro necesita una clase de obediencia y buenos modales.

—Tal vez debería enviarte a Dallas para que reciba algunas lecciones de buenos modales —bromeé, pensando en cómo me había metido el pelo detrás de la oreja sin preguntarme. No es que lo hubiera odiado, exactamente.

Ella se rió.

—O una clase de agresión, ya que le dio un puñetazo en la cara a tu novio sin motivo alguno. Hablando de… Me pregunto qué le impulsó a hacer eso. Tal vez estaba enamorado de ti y te quería solo para él.

—Lo dudo —dije, recordando que Dallas nunca tuvo problemas para conseguir citas.

—Solo digo que no me sorprendería —Ella me miró con complicidad—. De todos modos, iré a ayudarte a descargar cuando termine con la llamada. Me alegro de tenerte en casa.

—Gracias, Ruby —dije, deseando que mi llegada a casa hubiera sido más fácil. Con la suerte que estaba teniendo, lo próximo que probablemente sufriría sería una conmoción cerebral al caer cajas de mi SUV. Tal vez si tuviera una lesión grave, Dallas sentiría lástima por mí y me permitiría recuperar mi espacio en el salón.

Mientras salía por la puerta principal, me imaginé con una venda blanca alrededor de la cabeza, mirando patéticamente a Dallas, tratando de apelar a su lado sensible. Una imagen de esos ojos color caramelo mirándome con preocupación hizo que mi estómago se agitara. Me lo imaginé colocando un mechón de mi cabello detrás de mi oreja, sus dedos recorriendo mi mandíbula antes de presionar sus labios en mi frente. Mi pecho se calentó y pude verme acercando mi boca a la suya…

De repente, mi pie se enganchó delante del otro en el camino helado y me encontré cayendo de cara al césped hacia adelante.

Aterricé con un *boom*. La humedad del pasto cubierto de rocío comenzó a filtrarse en el frontal de mis pantalones de una manera muy fría, sobretodo porque era diciembre. Inspiré el aroma terroso antes de levantar la nariz del suelo.

Esa tenía que ser la forma en que el universo me decía que dejara de pensar en Dallas Parker. Eso sería difícil de hacer si compartíamos el mismo espacio comercial. Tal vez se fuera si yo llevaba a cabo mi idea y empezaba a «embellecer» el lugar de una manera muy femenina. Si no quería volver a caer de bruces, ciertamente valía la pena intentarlo.

CAPÍTULO TRES

A LA MAÑANA SIGUIENTE, desayuné con Ruby antes de que ella se fuera a trabajar. Luego pasé el resto de la mañana desempaquetando y poniéndome al día con el papeleo de mi nuevo negocio. Esa misma tarde conduje hasta la ciudad, cuyas aceras estaban repletas de gente.

Me detuve en un sitio para aparcar a escasa distancia del salón y salí del coche agachando la cabeza mientras observaba a una pareja de pie cerca de una de las farolas de estilo antiguo que se encontraban dispersas a lo largo de las aceras. El hombre y la mujer sostenían cada uno una corona en sus manos, parecía que iban a empezar a decorar el centro para Navidad.

No reconocí a la pareja, pero nunca se sabía quién conocía a quién en el pueblo y no quería que nadie le dijera a mi madre que me habían visto en el centro. Vergonzosamente, le había enviado un mensaje de texto aquella mañana, inventando una excusa de por qué no podía reunirme con mis padres para desayunar en Prancer's Pancake House. La culpa se apoderó de mí, pero necesitaba mejorar mi salón para aumentar mis probabilidades de aceptación cuando les contara mi plan. Si veían que tenía potencial para un negocio próspero, habría mayor probabilidad de que apoyaran mi decisión de cambiar de ámbito profesional.

Pasé junto a la pareja en la acera y el viento me provocó un escalofrío mientras corría hacia la puerta, con la llave ya en la mano. Acababa de girar la llave en la cerradura cuando escuché una voz femenina familiar que gritaba:

—¿Morgan Reed? ¿Eres tú? Sí, eres tú, Morgan.

Oh, no. Me estremecí al reconocer esa voz nasal a pesar de que no la había escuchado en ocho años. Controlé mis nervios, aplicando lo que esperaba que pareciera una sonrisa y no una mueca cuando me volviera hacia Addie Wilcox.

Addie era madre de una chica con la que mi hermano había salido en la escuela secundaria. También era una gran chismosa y todos en la ciudad lo sabían, razón por la cual sus reuniones sociales siempre estaban llenas. Corrió hacia mí con una gran corona en las manos y una mirada curiosa en su rostro.

—Señora Wilcox, es un placer verle —mentí. Apreté los dientes cuando Addie se detuvo con un resoplido y examinó mis viejos jeans, mis zapatos de suela gruesa y mi sudadera con capucha oscura antes de que sus ojos se dirigieran hacia mi cabello largo y oscuro, que había recogido en un moño despeinado ya que planeaba estar de limpieza todo el día—. ¿Pertenece al comité de decoración navideña de la ciudad este año? —pregunté, esperando distraerla de hacer preguntas sobre mí.

—Difundiendo alegría, como siempre —dijo, mirando de mí hacia donde me dirigía. La mujer era demasiado astuta—. ¿Qué diablos podrías estar haciendo en el salón de belleza clásico de Coraline? Quiero decir… —Su mirada se posó en mi cabello e hizo un sonido de cloqueo—. Entiendo por qué viniste aquí, pero, cariño, Coraline ha cerrado. Lleva meses jubilada. Está de safari africano hasta Navidad, lo cual… ¡bien por ella! Se puede permitir un descanso siendo mujer soltera a su edad.

—Eh —Mi cerebro gritaba que corriera, corriera rápido, corriera a cualquier otro lugar menos allí. Lo último que necesitaba era que Addie Wilcox supiera algo sobre mi salón, porque si se enteraba, todos en la ciudad lo sabrían—. Yo… Me encanta su cabello, señora Wilcox. Está muy bien cuidado.

—Gracias, cariño —Se dio unas palmaditas en el peinado a lo Farrah Fawcett, que parecía demasiado cubierto de laca—. Tu madre estuvo en el club de campo la semana pasada, pero no recuerdo que haya dicho nada acerca de que regresarías a la ciudad en vacaciones.

—Eh… —Me tambaleé por un momento y mi horror aumentó cuando una camioneta negra se detuvo en el estacionamiento recientemente desocupado frente al salón.

Dallas salió por el lado del conductor luciendo inquietantemente atractivo con una chaqueta de cuero marrón oscuro. Mi barriga dio un vuelco y comencé a sudar. No pareció notar que Addie o yo estábamos en la acera. Simplemente caminó hacia la parte trasera del camión, abrió el portón trasero, sacó un artilugio monstruoso y luego comenzó a llevarlo hacia la puerta principal del salón.

Addie me dio un codazo en el brazo.

—¿No es ese Dallas Parker?

—Sí, eso creo —dije, esperando desesperadamente que no mirara en nuestra dirección. ¿Y si le dijera a Addie que voy a abrir un salón de belleza? Mis padres se sentirían muy dolidos si no se lo dijera primero a ellos y yo me sentiría totalmente culpable. Se me encogió el estómago.

Addie movió la corona en sus brazos.

—Sabía que había regresado a Christmas Mountain. Se dice que ha estado escondido en esa cabaña que compró en las afueras de la ciudad.

Mmm, no tan exacto. No se estaba escondiendo. Pero yo deseaba que estuviera escondido en ese momento en lugar de dirigirse directamente hacia nuestra posición. Tuve que hacer algo. Tomé la corona de Addie de sus manos y me escondí detrás de ella.

—Esta corona es preciosa. Y adoro este aroma —dije, hundiendo la nariz en las agujas de pino e inhalando, con la esperanza de ocultar mi rostro.

—Sí, bueno, será mejor que regrese a continuar con la decoración —Addie entrecerró los ojos alrededor de la corona, mirándome de forma extraña antes de apartarla justo cuando Dallas se acercaba. Addie se inclinó hacia mí— Oye, creo que tus padres

cenarán en The Chop House esta noche. Yo también cenaré allí. Tal vez pase por su mesa para hacerles saber lo bueno que ha sido encontrarme contigo —dijo.

—Encantada de verla a usted también —Se me hizo un nudo en el estómago. Necesitaba llamar a mi hermano rápido. Si alguien podía conseguir que mamá y papá aceptaran cenar en otro lugar, ese sería él. Dallas salió a la acera. Lo que llevaba parecía pesado y su gruesa chaqueta de cuero mostraba la fuerza en sus brazos mientras cargaba el artilugio.

Tuve el pensamiento más loco en ese momento. Un hombre que llevara esa carga probablemente también podría llevarme con bastante facilidad. Quizás tirarme sobre su hombro y marcharse conmigo.

Mi cara se calentó y mi pulso se aceleró alarmantemente. ¡No! Era mi némesis. No debía tener pensamientos calientes con él. ¿Qué me estaba pasando?

Dallas dejó el artilugio en la acera y lo empujó hacia la puerta principal, al lado de donde estábamos Addie y yo.

Nos miró por primera vez y su boca se estiró en una sonrisa.

—Buenos días, Morgan. ¿Podrías mantenerme la puerta abierta?

Miré a Addie, que observaba con ojos ávidos.

—Claro, Dallas. Me alegro de verte de nuevo —dije, encogiéndome ante la extraña mirada que me dirigió. Gruñendo para mis adentros, abrí la puerta y él entró en mi salón, lanzándome otra mirada extraña.

Para mi alivio, alguien llamó a Addie para que se diera prisa con esa corona y ella se fue corriendo con un rápido adiós. Esperé hasta que ella giró la cabeza, luego abrí la puerta del salón y entré a tiempo para ver a Dallas enchufando la máquina que había traído a una toma de corriente.

Caminé hacia él.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Qué es esa cosa?

—Es para levantar los azulejos —Me sonrió y noté que se había quitado la chaqueta, dejando al descubierto una de esas camisetas que mostraban sus brazos bien definidos. Sorprendentes—. A menos, por supuesto, que disfrutes del ambiente de restaurante

antiguo y quieras dejar el azulejo que hay en tu mitad del local —dijo.

—No exactamente —admití. Pero no quería que le hiciera nada a mi suelo excepto cruzarlo en su camino de regreso a la puerta—. Dudo que la casera nos permita arrancar las baldosas.

—Ella me dio permiso en mi contrato de alquiler. Puedo realizar las reparaciones y remodelaciones necesarias siempre que las pague. No tengo los fondos para contratar a alguien para que cambie el suelo o coloque otro, y de ninguna manera estoy dispuesto a vivir con esto.

Su mirada voló hacia el suelo rayado a cuadros blancos y negros, antes de mirarme rápidamente. No podía culparlo por apartar la mirada rápidamente. Ese azulejo era capaz de marear a cualquier persona.

—Está bien, tienes razón. El azulejo es horrible —estuve de acuerdo. Y ahora que lo pienso, también tenía esa clausula en mi contrato de alquiler. Sin embargo, no podía dejar que pusiera un suelo nuevo antes de expulsarlo de mi espacio porque le dejaría a deber una gran cantidad de dinero—. Puedo ayudar a renovar y así poner mi parte con otros trabajos que necesite el local. ¿Qué tal si limpio y desmonto esos espejos?

—Con lo que estoy haciendo, todo volvería a ensuciarse enseguida. Limpiar ahora no nos servirá de nada.

—Oh —Tragué saliva, mi estómago dio un vuelco por la forma en que había dicho "nos". Necesitaba controlarme. Después de todo, era sólo un hombre… Un hombre muy sexy que maneja maquinaria pesada con facilidad. Tiemblo de pensarlo.

—¿Deberíamos conservar esos espejos? —Se inclinó cerca de mí mientras los miraba.

Mi respiración se detuvo en la garganta. Todo mi cuerpo se tensó cuando sus dedos rozaron los míos. Sentí un cosquilleo a lo largo de mi piel, haciendo que me preguntara cómo se sentiría toda su mano contra mi carne. No era una buena idea, Morgan. Me distancié.

Retrocedí tan rápido que mis pies se enredaron y caí de espaldas en una silla naranja. Cuando mi trasero golpeó el asiento, una gran nube de polvo se levantó a mi alrededor, haciéndome toser. Moví la

nariz mientras las cosquillas recorrían mis fosas nasales hasta que finalmente estornudé fuertemente. Que embarazoso.

—¿Estás bien? —Extendió la mano, me puso de pie y luego miró nuestros dedos entrelazados. Levantó su mirada hacia mí—. Debes haberte acercado demasiado a la corona de Addie.

—Supongo que sí —Quité mi mano de la suya a regañadientes, la sentí cálida y acogedora, y luego me froté la nariz. Addie Wilcox y su corona. Primero, me había hecho preocuparme por si le decía a mi madre dónde estaba y ahora su corona había provocado mis alergias. Poco influía en mi su afirmación de difundir el buen humor mientras decoraba por Navidad—. Iré a buscar mis cosas al coche —dije, quitándome el polvo.

Me dirigí hacia la puerta, haciendo lo mejor que pude para actuar con dignidad después de mi caída en la silla de color antiácido. Me vi en un espejo y gemí. Era difícil ser digna cuando tenías mucho polvo en el trasero.

Fui al coche a buscar los artículos de limpieza que había traído conmigo, manteniendo un ojo atento a Addie todo el tiempo. El equipo de decoración se había movido calle abajo hacia la plaza del pueblo, pero no había garantía de que ella no me viera. La mujer tenía ojos de halcón. Sostuve la caja en alto para ocultar mi rostro mientras regresaba al salón.

Recordando el comentario de Addie sobre The Chop House, dejé las cosas, saqué mi móvil y marqué el número de mi hermano. Sin respuesta. Decidí no dejar ningún mensaje. La situación era demasiado complicada y necesitaba discutirla con él. Me metí el teléfono en el bolsillo y vi a Dallas toquiteando la máquina para quitar azulejos.

Me aparté del camino cuando él alcanzó un botón. La máquina se puso en marcha con un fuerte estruendo.

—¿Cuánto va a durar esto? —pregunté.

—Horas —gritó en respuesta.

Excelente. ¿Qué podría hacer? Decidí que debía salvar los espejos y utilicé un destornillador para quitar los marcos antiguos de la pared. Los pedazos de yeso se desmoronaron cuando quité el espejo. Solté un largo suspiro cuando me di cuenta de que tendría

que tapar los grandes agujeros de los tornillos. Luego podría pintar las paredes de un color neutro.

La máquina detrás de mí zumbaba y chirriaba, un sonido fino y agudo que me hacía rechinar los dientes. Todavía no estaba segura de que debiéramos conservar los espejos, pero no podía quedarme ahí parada mientras él trabajaba. Me incliné para comprobar la base de las sillas naranjas. Parecían estar bien. ¿Pero qué sabía yo? No necesitaban corte y color, que era para lo que yo estaba cualificada. Quizás podría reemplazar la parte superior de las sillas. Eso ahorraría dinero y tiempo ya que parecía que todavía funcionaban bien.

Ejercí presión sobre la palanca del pie para probarla. La silla se elevó con un áspero chirrido y de repente empezó a girar como un trompo.

Grité y me eché hacia atrás, sosteniendo el destornillador como si de alguna manera pudiera evitar un desastre. Pero la silla sólo giró más rápido. Un par de manos vinieron detrás de mí, acercándome a un cuerpo duro y delgado. Con el corazón acelerado, me tomó un minuto darme cuenta de que mi espalda descansaba contra el pecho de Dallas.

—¿Qué hiciste? —preguntó, con su boca presionada junto a mi oreja.

—Toqué aquí —dije, sonrojada. Presioné la palanca del pie y de repente me encontraba presionada contra el cuerpo de Dallas con sus manos agarrando mis brazos. ¿Hacía calor allí?

Me apartó de la silla, que giraba más rápido que nunca.

—¿Alguna idea de cómo pararla?

Miré hacia la palanca del pie.

—¿La palanca?

Me soltó y me llevé la mano a la frente, sintiéndome mareada por la situación. Dallas corrió hacia adelante, pisoteando la palanca. La silla dejó de girar y exhalé aliviada. Ese alivio duró poco cuando la silla comenzó a deslizarse hacia arriba y hacia abajo, chirriando fuertemente mientras un siniestro humo negro salía de la base. Oh, oh.

Miré horrorizada la silla naranja. Aquello era mucho peor que la acidez estomacal. Estaba tan segura de que todo el salón estaba a

punto de estallar en una nube de humo que ni siquiera podía moverme.

Con un chirrido agudo, la máquina se apagó sorprendentemente con un fuerte crujido y un pop y luego las luces se apagaron. De pronto todo quedó en silencio.

Dallas se volvió hacia mí y alzó las cejas.

—Creo que la silla está protestando por su color.

Aprecié que estuviera tratando de hacer una broma para aliviar el estado de ánimo ya que me sentí más que humillada. Se suponía que yo debía ayudar, no hacer que las sillas se asustaran.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

—No te preocupes por eso —Tocó mi brazo, mostrándome una sonrisa tranquilizadora—. Déjame revisar la caja de interruptores para ver qué está pasando.

Caminó hacia la trastienda con las piernas cubiertas con esos jeans ajustados y yo lo seguí, mirándolo abrir una caja de metal en la pared. Sus ojos se entrecerraron en concentración y había suciedad manchando su mejilla izquierda. Estaba todo rudo e increíblemente sexy. Mi corazón amenazó con saltar fuera de mi pecho mientras él se apoyaba contra la pared, su camisa apretando la parte superior de su cuerpo. Mmm.

—Esto no pinta bien —dijo.

Tuve que estar de acuerdo. Quiero decir, lo estaba comiendo con los ojos como si fuera un Dutch baby, uno de esos deliciosos pasteles que vendían en las barbacoas y a los que nunca podía resistirme. Glup.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con voz temblorosa.

—He reiniciado el interruptor automático pero sigue saltando. Probablemente un cortocircuito. Necesitamos que un electricista revise esto.

La ansiedad me golpeó como un tren de carga.

—¿Cuánto falta para que se pueda volver a conectar la electricidad?

Empezó a accionar interruptores.

—Depende de lo rápido que pueda venir alguien. Haré una llamada. Todo lo que necesito hacer requiere energía. Si no hay un

electricista disponible, hoy no habrá nada más que hacer aquí.

—Lo lamento —No quería admitirlo pero tenía razón. Suspiré. Mi dedo del pie golpeó el suelo. Se me ocurrió una idea y me animé—. Puedo revisar las sillas estando apagadas, pero ahora tengo un poco de miedo de tocarlas.

—Es una buena idea, especialmente si el cableado que las conecta es potencialmente peligroso. Cogeré mis herramientas después de llamar a alguien que nos pueda ayudar con la caja de interruptores —Caminó tranquilamente hacia la puerta, luciendo confiado e imperturbable a pesar del enorme desastre que había causado. Probó con varios electricistas y confirmó que no había nadie disponible a esas horas de un sábado. Por suerte, reservó a alguien para el día siguiente, pero el tipo nos iba a cobrar el doble por ser un domingo.

Decidida a arreglar mi propio desastre, corrí hacia una silla (no la que se volvió loca conmigo) y me arrodillé junto a la base. Clavé el destornillador en un tornillo y comencé a girarlo. No se movió. ¡Argh! El tornillo parecía haberse oxidado. Gruñí, empujando hacia abajo con todas mis fuerzas. Pero nada.

Las botas de Dallas aparecieron ante mí.

—Tengo herramientas eléctricas.

Lo miré y me mordí el labio.

—No hay electricidad.

—Funcionan con batería —Él sonrió y se arrodilló a mi lado—. Deja que te ayude.

—No, ya casi lo tengo —mentí, deseando poder solucionar el problema yo misma. El sudor me cubrió la frente cuando me incliné para girar el tornillo nuevamente, conteniendo la respiración mientras intentaba que girara aunque fuera un milímetro. Finalmente me rendí—. Está bien, hazlo.

Metió el taladro en un tornillo, presionó un botón y el tornillo giró como un pastel.

—Gracias —dije, mostrándole una sonrisa cansada. Aguanté las bases en su lugar mientras él sacaba los tornillos y cortaba los cables de las bases para poder sacarlas.

Mientras trabajábamos juntos, encontré su cabeza cerca de la mía mientras intentaba liberar un tornillo rebelde. Lo miré. No sólo era dulce, servicial y capaz, sino que también era atractivo. Tan increíblemente caliente. Siempre lo había sido. Cuando era adolescente, había fantaseado mucho con que estuviéramos juntos. Pero saber que mi madre lo culpaba por la muerte de Grace me hizo difícil salir con él después del accidente. Nunca culpé a Dallas, pero no quería traicionar a mi madre. Connor nunca tomó partido, pero no era la única hija viva como lo era yo.

Salió el último tornillo y él me ayudó a sostener la base mientras me ponía de pie. El salón se oscurecía a cada segundo y eché un vistazo a las ventanas. No me había dado cuenta de cuánto tiempo había pasado desde que estábamos trabajando.

—Creo que esto es todo lo que podemos hacer hoy —dijo.

Asentí, apartando los ojos de la ventana.

—Estoy de acuerdo —Mis preocupaciones volvieron a aparecer. Ese último acontecimiento no auguraba nada bueno. Tampoco que Addie me viera.

—Entonces, ¿qué tal si cenamos? —preguntó, pasando sus manos por la parte delantera de sus jeans.

Mi barriga dio un vuelco.

—¿Te refieres a una cita?

—¿Te gustaría que fuera una cita?

Sí.

—No.

—Bueno, entonces llamémoslo cena. Necesito comer. Necesitas comer. Vamos juntos.

—No sé… —Miré alrededor. Todavía necesitaba convencerlo de que me dejara tener ese espacio para mi salón. Pero me sentí demasiado tentada a decir que sí. Aunque, pensándolo bien, probablemente podría averiguar qué podía hacerle cambiar de local si aceptaba cenar con él y manteníamos una conversación informal durante la cena.

—Es sólo una cena, Morgan. Te llevaré a un lugar de barbacoas y te traeré un Dutch baby de postre.

Abrí la boca para protestar, pero podía imaginarme el montón de carne picada con una salsa dulce y picante y un poco de ensalada a un lado… y esos Dutch babies. Si dije que sí, era sólo por el negocio. Así podría averiguar lo que podría volverlo absolutamente loco hasta querer encontrar un nuevo local.

Respiré hondo.

—Está bien, una cita. Me refiero a la cena.

Sólo era una cena. Desafortunadamente, ya la estaba esperando con demasiadas ganas.

CAPÍTULO CUATRO

— ¿Estoy loca? —Le pregunté a mi reflejo en el espejo del baño—. Debo estarlo —dije, dejando escapar un suspiro mientras me cepillaba el cabello y luego lo arrojaba sobre mis hombros.

Hice una pose, lanzando una sonrisa coqueta al espejo. Mi sonrisa era tan amplia que mostraba cada diente y muchas encías. No exactamente sexy. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había tenido una cita? Demasiado. El último chico con el que salí había sido un cliente del salón de Miami. Tuvimos algunas citas, decidimos que no teníamos mucho en común y luego ambos seguimos por nuestro lado. Para mí, las citas siempre habían sido muy aburridas.

No es que la cena con Dallas fuera una cita real, me recordé.

Apliqué mi color fucsia favorito en mis labios y luego practiqué una sonrisa atenuada en el espejo. Menos aterrador. Mucho mejor. Me vestí con un suéter rojo con cuello barco, pantalones negros y mis botas negras favoritas con tacones afilados.

Ya preparada, me alejé del espejo justo cuando sonó el timbre. Gracias a Dios, Ruby todavía estaba en el trabajo. Probablemente estaría encantada de que yo fuera a cenar con Dallas y vería algo más en esa cena de lo que había. Era muy romántica, pero era sólo una cena de negocios. Agarré mi bolso y me dirigí hacia la puerta.

Abrí la puerta principal y mi barriga dio un vuelco. Dallas estaba allí, vestido con pantalones oscuros y una camisa de manga larga con botones. Llevaba su chaqueta de cuero y se había tomado la molestia de afeitarse. El aroma de su loción para después del afeitado flotó hacia mí con una brisa de aire fresco e inhalé el aroma amaderado y masculino que era todo Dallas.

Nuestras miradas se cruzaron y conectaron.

—Estás muy guapa —dijo en voz baja.

—Tú tampoco estás nada mal —dije, manteniendo mi respuesta breve para no dejar escapar lo bien que le quedaba esa ropa o cómo esa chaqueta resaltaba el color caramelo en sus ojos. Mis piernas se convirtieron en espaguetis cocidos y luché por recuperar la compostura.

—¿Nos vamos? —Se hizo a un lado y puso su mano en la parte baja de mi espalda mientras yo caminaba a su lado y caminábamos por el camino principal hacia su vehículo.

Me abrió la puerta del pasajero, haciendo que las mariposas se enloquecieran en mi estómago. Qué caballero. No es una cita, me recordé.

Saltó al lado del conductor, arrancó el motor y luego partimos.

Miré por la ventana a las montañas circundantes.

—Me encanta cómo la nieve parece azúcar en polvo en las cimas de las montañas.

El asintió.

—No hubo mucho invierno en Florida.

—No —Sonreí, mirando con deleite la belleza invernal—. ¿Huracanes? Sí. ¿Nieve? Lamentablemente no.

—Miami, ¿verdad?

—Sí —Asentí, mis cejas se juntaron cuando giró a la derecha en lugar de dirigirse al centro como esperaba—. El local de la barbacoa está en la otra dirección.

Él se rió entre dientes.

—Lo sé, pero vamos demasiado bien vestidos para el taco y la ensalada. Te llevaré a un lugar mejor.

—¿Más bonito? —pregunté, mordiéndome el labio. Eso sonó demasiado dulce y lo último que quería era que aquello fuera como

una cita real. Me inquieté pero decidí que estaba bien. Tenía un plan y necesitaba llevarlo a cabo pronto.

Giró bruscamente a la derecha y subimos una colina. Abrí la boca para comentar las bonitas luces navideñas de las casas, pero de repente me di cuenta de hacia dónde nos dirigíamos. Dallas entró en el aparcamiento de The Chop House, el mismo restaurante donde Addie Wilcox dijo que mis padres iban a cenar esa noche.

Fue entonces cuando me di cuenta de que me había olvidado por completo de volver a llamar a mi hermano. Estar con Dallas me distraía demasiado y él ya se había bajado de la camioneta y había abierto mi puerta.

Lo miré boquiabierta.

—Mmm, no esperaba venir aquí.

—Por lo que recuerdo, te gustaba lo inesperado —Tomó mi mano y antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando mis botas estaban en el suelo.

Su toque envió llamaradas cálidas por todo mi cuerpo y, para complicar las cosas, estaba tan cerca de mí que su loción para después del afeitado llenó mis sentidos nuevamente y me olvidé de protestar. Mantuvo mi mano en la suya, guiándome hacia la puerta de manera caballerosa.

Mi mirada recorrió el aparcamiento pero no vi el coche de mis padres. Respiré un poco más tranquila, pero no mucho. No tenía idea de a qué hora iban a cenar, o si habían aparcado al otro lado del estacionamiento. Tal vez Addie Wilcox se había equivocado, razoné.

Llegamos a la puerta principal, que era una losa de roble tallado empotrada en la entrada del restaurante. The Chop House se había inspirado en una típica cabaña de cacería, pero prometía una excelente experiencia gastronómica y, cuando entramos, quedó claro que eso era lo que ofrecían.

El vestíbulo estaba revestido de costosos azulejos. Pequeños sofás de cuero y sillones profundos se agrupaban informalmente, invitando a tomar asiento a quienes tenían que esperar. Olía a cuero combinado con el aroma de la comida y el perfume y colonia de las personas que estaban delante de nosotros en la corta fila.

Mientras esperábamos, Dallas mantuvo mi mano, lo cual me gustó demasiado. Para distraerme, miré hacia arriba y observé los altos techos con vigas. La recepción de comensales parecía tallada a mano en una madera rica y profunda y estaba configurada para parecerse a la recepción de un hotel de alta gama.

La acomodadora, una mujer elegante con el cabello rubio recogido en un moño francés, nos saludó y marcó el nombre de Dallas de una lista, evidenciando que él había llamado con anticipación y que el cambio a un buen restaurante definitivamente no había sido espontáneo. Seguidamente nos condujo por el restaurante.

El corazón me dio un triple vuelco en el pecho cuando vi a Addie y a un grupo de sus compinches igualmente chismosos sentados en una mesa cerca de la chimenea de piedra. Giré hacia el otro lado de Dallas, quien apretó mi mano mientras parpadeaba confundido.

Le mostré una sonrisa tímida.

Él levantó una ceja pero no preguntó. Yo muy agradecida de ello.

La acomodadora nos llevó a una mesa privada y sonrió.

—Su camarera estará con usted en breve.

—Gracias —Dallas me soltó la mano y esperó a que me sentara.

Me dejé caer en la silla y miré por encima del hombro para ver a Addie mirando por el pasillo en nuestra dirección. Dallas estaba justo a mi lado, así que no estaba segura de si podía verme o no. Desesperada, cambié de asiento y me acerqué al rincón más profundo y oscuro lo más rápido posible.

Dallas se deslizó en el asiento frente a mí.

—¿Qué pasa?

—Nada —mentí. Mi mirada recorrió la sala hasta la mesa frente a la chimenea (y la mesa de Addie) y fue entonces cuando las cosas fueron de mal en peor. ¡Mis padres estaban allí! Agarré el menú y lo posicioné en el lado derecho de mi cara, mirando por encima del menú hacia mis padres, que estaban charlando—. Sólo tengo hambre, eso es todo.

El dedo de Dallas enganchó la parte superior de mi menú y lo hizo hacia abajo. Volví a abrir el menú inmediatamente.

—Dime qué está pasando, Morgan.

Fingí una expresión inocente.

—¿Qué quieres decir?

Me niveló con sus ojos.

—Estás actuando raro y Addie Wilcox se está inclinando mucho de su silla para mirar hacia aquí —Su mirada viajó de mí a la mesa de Addie—. Corrección. Addie se ha inclinado tanto en su silla que se ha caído.

Gruñí.

—Por favor, dime que estás bromeando.

—Ojalá lo hiciera —Sacudió la cabeza.

Miré por el costado del menú y vi a Addie tirada sobre el hermoso suelo de madera. Una de sus amigas se agachó para ayudarla a levantarse. Mi mirada se dirigió a Dallas.

—¿Me ha visto? —pregunté, aterrorizada.

Abrió la boca para responder justo cuando una mujer uniformada apareció ante nosotros, colocando una carta de vinos forrada de cuero sobre la mesa.

—Buenas noches —Ella asintió hacia cada uno de nosotros —Soy Emily y les atenderé esta noche. ¿Puedo recomendarles una cata de vinos? Tenemos un encantador trío de tintos que combinan maravillosamente con bistec y chuletas, y también tenemos algunos blancos increíbles, más secos, que combinan bien con nuestros platos de pasta, mariscos y pollo.

Dallas me miró. Entonces me di cuenta de que ese lugar era sorprendentemente caro y él había comentado que no estaba exactamente ganando mucho dinero. La culpa me golpeó de repente. Estaba abriendo un negocio y, además, probablemente no podía permitirse una buena cena como esa.

Respiré hondo.

—Yo me encargo de una botella o la cata. Quiero decir, ya que te ofreciste a invitarme a cenar.

Sacudió la cabeza.

—No. Me encargo yo.

Emily juntó las manos frente a ella.

—¿Les gustaría tener algo de tiempo para revisar la carta de vinos?

Dallas me miró.

—¿Quieres que elija un tinto?

—Suena bien —dije, con los nervios de punta.

Pidió una botella y luego tosió en su mano.

—Ejem, alerta roja.

Agaché la barbilla, preguntándome si estaría haciendo algún tipo de broma sobre el vino. Si era así, no lo había entendido.

—¿Has tomado algún medicamento? No deberías mezclar eso con alcohol, ¿sabes?

Sus ojos brillaron e inclinó la cabeza en dirección a la chimenea.

—No, alerta roja. Es decir, Addie Wilcox se dirige hacia aquí.

—¿Qué…? —Jadeé y luego hice lo primero que me vino a la mente. Me sumergí debajo de la mesa. Mi mejilla se presionó contra la pantorrilla bien musculosa de Dallas por un segundo y luego me deslicé hacia atrás en el suelo, tratando de permanecer lo más escondida posible en las sombras.

—Dallas Parker —La voz nasal de Addie llegó desde arriba—. Qué alegría verte. ¿No vi a una mujer entrar contigo al restaurante?

Contuve la respiración.

—Buenas noches —dijo Dallas, y luego hubo una larga pausa—. No hay cita esta noche. Incluso si deseara tener una cita, me tendría que conformar con una simple cena.

Consideré seriamente morderle la pierna para detener su actuación exagerada. ¿Y estaba enfatizando la palabra cita para mi beneficio? Por supuesto, no podíamos tener una cita real cuando nos habían juntado involuntariamente en ese espacio comercial, y compartir un espacio comercial con Dallas Parker iba a asustar bastante a mi madre. Probablemente se desmayaría si me viera saliendo con él. Sin embargo, tuve que felicitar a Dallas por responder la pregunta de Addie sin mentir. Bravo.

Addie se puso de pie.

—Debo estar envejeciendo y mis ojos me deben estar jugando una mala pasada porque podría haber jurado que te vi entrar con una mujer, pero estaba demasiado oscuro para ver quién era…

—No hay cita para mí. Pobre de mí.

¿Pobre de mí? ¿En serio?

Miré los pies de Addie, que estaban sólidamente plantados en el suelo, y pronto se unieron a un par de tacones negros súper bonitos.

—¿Debería servirles un vaso a usted y a la dama, señor? —La voz de Emily sonó.

Me mordí el labio, ya que ella acababa de delatarme. Me quedé mirando el borde del mantel, esperando que Addie lo retirara y gritara: ¡Ajá!

¿Estresada? ¿Yo? Tal vez un poco.

—Sí —dijo Dallas, aclarándose la garganta—. Un vaso para mí y otro para Addie Wilcox, la encantadora dama que me visitó al verme solo en mi mesa.

Oh hombre. Iba a deberle mucho a Dallas si salía airosa de aquello.

—Eres guapo y solitario, Dallas —dijo Addie, riéndose—. Quizás pueda presentarte la hija de un amigo…

Dallas tosió ruidosamente y luego me golpeó el hombro con la rodilla. Le di un empujón, los celos me invadieron mientras esperaba su respuesta.

—No soy el tipo de persona que tiene citas a ciegas —dijo finalmente.

—Bueno, tal vez entonces tendré que organizar un encuentro casual —dijo Addie, y luego se rió profusamente como si hubiera contado el chiste más divertido—. Será mejor que regrese a mi mesa. Gracias por el vino, Dallas. Espero verte más por la ciudad.

—Adiós —dijo, y luego los zapatos de Addie se alejaron dejando solo el par de adorables tacones a su lado. Todos quedaron en silencio.

Me quedé allí, acurrucada a cuatro patas.

—¿A la señora que está debajo de la mesa también le gustaría una copa de vino? —preguntó Emily en voz baja.

Me deslicé hacia arriba y me senté en mi silla en la sombra, completamente humillada.

—Lo siento… mmm… —Realmente no había ninguna excusa decente que dar—. Llena mi copa de vino hasta el borde, por favor.

Emily asintió, manteniendo la cara seria mientras me servía un vaso lleno antes de tomar nota de nuestras preferencias y salir

corriendo. Muy profesional. Aunque apostaría dinero a que en el momento posterior se reiría con sus compañeros de trabajo en la cocina.

—Está bien, escuchémoslo —Dallas tomó un trago de vino y luego hizo un gesto circular con la mano—. ¿Tiene esto algo que ver con tus padres? Puedo esquivar a Addie Wilcox, pero ¿a tu gente?

—Es complicado —Extendí la mano hacia el centro de mesa improvisado a la luz de las velas y desenrosqué la bombilla de bajo vatio para hacer que nuestra mesa fuera aún más tenue. Luego me agaché en mi silla, bebí un sorbo de vino, deseando haber sido sincera con mis padres desde el primer día. El vino tinto tenía un sabor rico y aterciopelado, se pegó a mi lengua y envió calor en espirales por mi cuerpo. El silencio en nuestra mesa era ensordecedor. Levanté las pestañas y me encontré con unos ojos color marrón caramelo que me miraban con preocupación. Dejé escapar un suspiro.

—Mis padres no saben que voy a abrir un salón de belleza. De hecho, no saben que soy cosmetóloga autorizada.

Sus ojos se abrieron como platos. Se atragantó con el vino. Yo podía ver a mi madre y a mi padre desde allí. Afortunadamente estaban sentados con sus cabezas orientadas hacia otro lado, al menos por el momento y estaba bastante segura de que la distancia y la oscuridad evitarían que me vieran.

—¿Por qué no? Deberías estar orgullosa de ti misma.

El calor fluyó a través de mí, ya sea por sus palabras o por el vino, o por ambos.

—No les dije a mis padres cómo gasté la herencia de mis abuelos. Pensaron que estaba usando los fondos para obtener un MBA. En cambio, fui a la academia de belleza. Ahora voy a abrir mi propio salón.

Sus ojos brillaron.

—Has cambiado, Morgan. La chica que yo conocía nunca se habría defendido así. Glorioso.

—Gracias —Sonreí, sintiendo una repentina conexión con él. Hacía ocho años que no nos veíamos, pero él sí me conocía. Habíamos crecido juntos. Fue maravilloso sentirse comprendida—.

Me siento mal por ocultar este secreto. Había planeado decírselo anoche, pero luego pensé que se tomarían mejor la noticia si arreglaba primero el salón. Si me descubren en esta mentira, seré culpable de los cargos.

—Si necesito ayuda con una vida delictiva, te llamaré —bromeó, guiñándome un ojo.

Solté una carcajada.

—¿A mí? Pero si tú eras un delincuente juvenil total.

La llegada de nuestras comidas detuvo nuestra conversación. Miré un bistec glorioso, todavía chisporroteante y con una corteza perfecta. Dejé la servilleta sobre mi regazo y luego cogí el cuchillo y el tenedor.

Las manos de Dallas se detuvieron sobre sus utensilios.

—Mi comportamiento criminal es muy exagerado.

—¿Lo es? —Mastiqué mi bistec lentamente, recordando —. Déjeme ver. Recuerdo un año que robaste el trineo navideño y te lo llevaste de paseo…

—Está bien, culpable por eso —Cortó un bocado de su filete y asintió—. Pero ese año habían decidido no ofrecer viajes en trineo, ¿recuerdas? Había un grupo de niños de acogida que vivían en el asilo y que estaban entusiasmados por ir, pero luego anunciaron que los viajes habían terminado. Entonces robé el trineo. Sí, eso estuvo mal. Pero mis motivos eran buenos y no delaté a ningún niño cuando me atraparon, porque esos niños ya lo tenían bastante difícil. No necesitaban un expediente además de todo lo que llevaban encima.

—Eso fue muy dulce de tu parte —Mi corazón se derritió. Siempre me habían dicho que había robado el trineo por pura locura. No tenía idea de que había llevado a los niños del asilo a dar los paseos que estaban esperando ansiosamente.

Mi corazón pasó de derretirse a latir con fuerza cuando vi a Addie caminando por el comedor, dirigiéndose directamente hacia mis padres. El bocado que intenté tragar se me quedó atrapado en la garganta cuando Addie abrazó a mis padres y empezó a charlar con ellos, agitando las manos frenéticamente en el aire.

Bebí el resto de mi vino.

—Oh,oh.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Addie —dije, graznando la palabra.

Miró por encima del hombro.

—¿Quieres que intente detenerla?

—¿Harías eso por mí? —pregunté, conmovida mientras veía a Addie alejarse. Vi morir lentamente la sonrisa de mi madre, que había sido amplia y cálida. Cogió su bolso. Mi corazón dio algunos latidos fuertes y rápidos. Luché por respirar normalmente—. Tal vez no haga falta. Quizás Addie no les ha dicho que me había.

Mi madre estaba buscando algo y yo esperaba que fueran las llaves del coche. En cambio, sacó un teléfono y tocó la pantalla.

Un fuerte timbre salió de mi bolso. Me lancé hacia él, mis manos se deslizaron hacia adentro para agarrar mi teléfono y cortar el timbre. Oh, por favor, que no haya oído mi teléfono sonar en el otro lado del restaurante. Por suerte, ella no miró en mi dirección.

—La costa está despejada —Dallas se volvió hacia mí y tomó su vino.

Mi mirada se cruzó con la suya mientras tomaba un sorbo

—Lamento mucho arruinar tu cena, pero tengo que salir de aquí ahora mismo —dije, esperando que no se enfadara.

Para mi sorpresa, aceptó y fue a buscar la cuenta.



Salimos de The Chop House minutos más tarde y cuanto más nos alejábamos de la ciudad, más lejanos parecían mis problemas y más se me escapaba de la mente el casi encuentro con mis padres. La distracción me hacía bien en ese momento. Tenía más que curiosidad por saber dónde vivía Dallas.

Giró por un camino privado hasta que apareció una pequeña casa, enclavada en una colina alta, rodeada de acres de pinos y abetos. Me imaginé lo hermosa que se vería el área cuando estuviera cubierta por un manto de blanco puro, pero aún no hacía

suficiente frío para que nevara mucho, incluso en esa altura y época del año.

Dallas se detuvo en el camino de entrada. La modesta casa estaba hecha de piedra y madera, con altas ventanas iluminadas con luz dorada que salía desde el interior. El porche parecía el lugar perfecto para sentarse y disfrutar de ese entorno idílico con sus impresionantes vistas a la montaña.

Me volví hacia Dallas.

—Tu hogar es hermoso. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Casi un año —Apagó el motor y agarró nuestra comida «para llevar» de The Chop House, que Emily había empacado rápidamente para nosotros cuando descubrió que nos íbamos de allí con solo un minuto de aviso. Esperaba que le hubiera dado una gran propina—. Me encantó esta casa desde el momento en que la vi —dijo—. Me sentí como en casa desde el primer momento en el que estuve aquí, por muy loco que parezca.

—Es un lugar especial, remoto y tranquilo. Puedo entender por qué te encanta —Salí de la camioneta y caminé por el corto sendero junto a él—. ¿Son ventanas con parteluces?

—Buen ojo —dijo, su tono indicaba su sorpresa de que hubiera nombrado ese tipo de ventana—. Alguien iba a tirarlos, así que los compré y los instalé yo mismo.

—Son increíbles —dije, mientras abría la puerta principal. Mi mirada volvió a las encantadoras ventanas. Los marcos y las tiras decorativas de metal y madera discurrían en largas piezas verticales y horizontales, manteniendo los pequeños paneles de vidrio en su lugar. Hermoso.

—Las ventanas con parteluces ya casi no se fabrican, ya que la gente generalmente prefiere un panel de vidrio grande con un marco simple —Abrió la puerta, esperando a que yo entrara primero antes de seguirme y cerrar la puerta detrás de nosotros—. Tuve la suerte de encontrarlas.

— ¿Encontraste las ventanas en la ciudad? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Estuve en Idaho hace unos seis meses, entregando muebles a una tienda que acepta piezas en depósito. Al salir de la ciudad, pasé

por una casa estilo Tudor centenaria. La casa fue derribada porque estaba demasiado deteriorada para salvarla. Me encanta trabajar con cosas recuperadas. Cuando vi que iban a derribar la casa, les ofrecí comprar las ventanas y me las vendieron.

—Qué gran historia tienen tus ventanas —dije admirando su pasión y cómo persiguió sus sueños. Mi asombro creció a medida que caminábamos por el pasillo hacia una gran sala con suelos anchos y entarimados. Miré la madera reluciente y luego observé la acogedora sala de estar, las increíbles ventanas y los hermosos muebles. Pasé los dedos por el respaldo de un sofá de cuero marrón junto a la chimenea—. Vi este sofá en una tienda de muebles en Miami.

—No es posible —dijo, colocando las bolsas de la cena en una mesa de comedor rústica que parecía hecha de pino recuperado, con nudos e imperfecciones—. Yo mismo hice ese sofá.

Mi boca se abrió.

—¿En serio?

El orgullo iluminó su rostro.

—Hice todos los muebles aquí.

—Vaya, eso es impresionante —dije, girando en un círculo lento para observar la mesa del comedor con cuatro sillas y un banco largo a juego, una mesa baja de café con patas talladas y un sillón tapizado con un patrón geométrico que destacaba contra el resto del mobiliario rústico—. Tu trabajo es increíble, Dallas.

—Gracias —Su boca se curvó hacia arriba y me guiñó un ojo antes de dirigirse a la cocina. Abrió un cajón, buscó dentro y luego regresó a la mesa con tenedores y cuchillos.

Inspeccioné la sala y fruncí el ceño, tratando de descubrir qué faltaba. Finalmente, chasqueé los dedos.

—Ningún árbol.

—¿Eh? —Estaba de pie junto a la mesa, mirándome como si hubiera hablado un idioma extranjero.

—No tienes árbol de Navidad —Me uní a él en la mesa y me hizo un gesto para que tomara asiento—. Tu árbol quedaría perfecto al lado de esas ventanas. ¿Por qué no tienes un árbol todavía?

Llenó nuestros platos y luego se sentó, con expresión impasible.

—No tengo árbol.

—¿Desde cuándo? —pregunté, sumergiéndome en lo que quedaba de mi filete mientras él llenaba nuestros vasos de vino tinto —. Siempre estuviste loco por la Navidad. Tú y mi hermano — Entonces me asaltó un recuerdo—. ¿No recuerdas aquella vez que construisteis un trineo con viejos karts?

Dallas se tragó el bocado y luego se echó a reír.

—No puedo creer que recuerdes eso. Connor y yo teníamos unos doce años, así que tú sólo tenías diez.

—¿Cómo podría olvidarlo? —Me incliné hacia él, con el tenedor en una mano y la otra apoyada en la sedosa superficie de madera de la mesa—. Olvidasteis tener en cuenta que habría nieve y que los frenos iban delicados. Cuando girasteis esquina, debiste pisar el freno con fuerza porque te vi salir volando de esa cosa y aterrizar en un banco de nieve —dije, riéndome de la escena en mi mente.

Dallas se rió y le dio un mordisco al filete.

—Sí, según recuerdo, tu hermano aterrizó justo a mi lado. Y fuiste corriendo a casa para delatarnos. De nuevo.

Ambos nos reímos hasta que me dolió el estómago. Dallas fue el primero en recuperar la sobriedad y se secó los ojos antes de terminar su bistec con patatas. Su mirada se dirigió a las ventanas y me pregunté si se estaría imaginando un árbol allí como yo. También recordé que no había respondido a mi pregunta.

—Entonces, ¿por qué no hay árbol? —Di el último bocado de bistec y luego dejé el tenedor. Cogí mi copa de vino y nuestros ojos se encontraron, la cómoda energía entre nosotros de repente se volvió tensa.

—Demasiados malos recuerdos —Levantó su copa de vino. El gran trago que tomó me hizo intuir lo incómodo que se sentía con ese tema. Me pregunté de qué malos recuerdos estaba hablando, pero no estaba segura de si debía entrometerme.

Torcí mis labios hacia un lado.

—Me encanta esta mesa de comedor. ¿Es este el tipo de muebles que venderás en la tienda? —pregunté, recordando vagamente que mi plan era sacarlo de mi espacio comercial, no animarlo a quedarse allí.

El asintió.

—Tengo existencias acumuladas que guardo en un edificio trasero de mi propiedad. Ya que ambos hemos terminado de cenar, ¿por qué no nos sentamos junto a la chimenea y enciendo un fuego?

La idea de sentarme a su lado en ese sofá, frente al fuego y con una copa de vino sonaba tan... increíblemente romántica. Mi cerebro me dijo que dijera que no, pero debí haberme entregado demasiado al vino. O tal vez esa situación en el restaurante me había trastornado. De cualquier manera, me mordí el labio, incapaz de resistirme.

—Suena reconfortante. Déjame ayudarte a recoger primero.

Recogimos la mesa y luego llevamos nuestros vasos al sofá. Me senté en el borde y lo observé encender el fuego. Luego presionó un interruptor de atenuación y la habitación se oscureció en las esquinas, pero el fuego ardía de un alegre color rojo anaranjado. Me quedé mirando esas llamas, hipnotizada.

Se sentó a mi lado y el aroma de su colonia amaderada hizo que mi vientre se agitara. El ambiente era íntimo y romántico, con sombras en las paredes proyectadas por la luz parpadeante del fuego. Su muslo rozó el mío, provocando que se me pusiera la piel de gallina en los brazos.

La comodidad de la habitación y la lujosa suavidad del sofá me adormecieron por un momento, invitándome a fantasías de un largo beso y la sensación de sus brazos a mi alrededor. La atracción de esa fantasía era tan fuerte que en realidad me incliné más cerca de él, mi hombro encontró su sólido cuerpo con un roce que envió revoloteos de excitación a través de mí.

Eso no era nada bueno.

Retrocedí y me alejé de él, mi mirada se posó en una fotografía con marco plateado que estaba sobre la repisa de la chimenea.

—¿Eres tú cuando era niño? —pregunté, reconociendo una versión más joven de Dallas que debía haber sido de sus primeros días en la escuela secundaria sentada junto a un caballero mayor con una camisa a cuadros—. ¿Quién está contigo? ¿Tu padre?

Él contuvo el aliento.

—Mi tío.

El dolor en su voz era claro, lo que tiró de la fibra sensible de mi corazón.

—¿Mantenéis el contacto? —pregunté, asumiendo que diría que sí. Después de todo, la gente generalmente no guardaba fotografías en la repisa de la chimenea si no eran de alguien cercano a ellos.

—Supongo que el tío Richard y yo estamos lo máximo en contacto que podemos estar.

Se pasó una mano por el pelo y luego se levantó del sofá. Aunque acababa de encender el fuego, se acercó a la chimenea, levantó el atizador y lo clavó en los leños, que ardían alegremente y no mostraban señales de disminuir en un corto plazo. Me puse de pie, sin estar segura de por qué parecía tan molesto.

—¿Dallas? —Me acerqué a él y coloqué mi mano sobre su brazo, que sentía rígido y tenso bajo mis dedos. Mi mirada voló hacia la foto del niño feliz, haciendo preguntarme qué estaba pasando—. ¿Estás bien? No quise remover sentimientos.

—No es tu culpa —Volvió a dejar el atizador en el estante, se apoyó contra la pared y se metió las manos en los bolsillos—. Normalmente no hablo de él.

Me sentí más confundida que nunca. ¿Eso significaba que nunca había invitado a nadie que le preguntara sobre la foto? Addie Wilcox había mencionado que había estado escondido en esa casa. Quizás tenía razón.

—Obviamente estás molesto —Apreté su brazo y me apoyé contra la pared para que estuviéramos uno frente al otro—. Podemos hablar de ello si quieres…

El fuego delineó su cuerpo rudo, pero dejó su rostro en las sombras. Aun así, pude ver que su frente se arrugó y las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo.

—Todavía estoy intentando olvidarlo todo —dijo con voz ronca.

Un escalofrío me recorrió. Me acerqué a él. Mi pulso se aceleró y algo hizo clic en mi memoria

—¿Tiene esto que ver con lo que pasó en secundaria?

Me miró a los ojos:

—Tiene todo que ver con ello.

Mis dedos se entrelazaron.

—Escuché rumores, pero nunca conocí la verdadera historia. Hubo un accidente, ¿verdad?

Apretó la mandíbula

—El accidente fue culpa mía. Si eso es lo que escuchaste.

—Prefiero escuchar la verdad directamente de ti —Levanté el marco de la repisa y miré la fotografía—. Parecéis estar muy felices juntos.

—Sabes que mi padre es alcohólico, ¿verdad? —Esperó y finalmente asintió cuando no respondí—. Se le conoce como el borracho del pueblo, eso ya lo habrás oído. Incluso me llegan peores rumores. Pero eso es cierto. Mi padre empezó a beber después de que mi madre nos abandonara. No pudo soportar criarme solo. El tío Richard intervino y me llevó bajo su protección.

Se me hizo un nudo en la garganta

—Tu tío parece un buen hombre.

—El mejor —dijo, apretando la mandíbula—. Una noche, durante mi último año, mi padre me pidió que lo despertara temprano en la mañana para ir a trabajar al aserradero. Mi tío también trabajaba allí. Incluso yo tuve contratos a tiempo parcial allí. Pero ese fin de semana salí de fiesta hasta tarde y olvidé poner la alarma.

—La gente olvida cosas. Sucede. ¿Faltó al trabajo ese día?

—Sólo la mañana. Pero eso fue suficiente —Sus ojos marrones se tornaron tormentosos por la emoción—. Hay una regla en el aserradero que dice que si vas a revisar la cinta transportadora, tienes que cerrar con candado la sala de control donde está el botón de apagar y encender las máquinas. De esa manera todos sabrán que hay una persona en la cinta. Es una cuestión de seguridad. El día que mi padre no se presentó a trabajar, uno de sus compañeros de trabajo, un tipo llamado Brian, entró y encontró que la máquina estaba apagada. No había candado, así que supuso que no había nadie en la zona y la encendió. Mi tío sí estaba.

Una sensación de hundimiento llenó mis entrañas

—¿Qué pasó?

Cerró los ojos por un momento y respiró lentamente

—Uno de los troncos se atascó en la cinta transportadora. La presión aumentó hasta que giró y golpeó al tío Richard en la cabeza.

El accidente le dejó con daño cerebral severo. Ahora vive en un centro de atención especial en la ciudad y apenas reconoce quién soy.

—Lo siento mucho —Mi visión se volvió borrosa. Alcancé su mano y la apreté—. Qué accidente tan terrible, pero no es culpa tuya.

—Mi tío probablemente no puso el candado porque tenía prisa, haciendo el trabajo de dos hombres para que mi padre no se metiera en problemas por llegar tarde al trabajo.

Sentí presión en mi pecho.

—No tienes la culpa de eso.

—Si hubiera despertado a mi padre como se suponía que debía hacer, ambos habrían estado en el trabajo. Mi tío no se habría apresurado ni se habría saltado las precauciones de seguridad.

—No sabes qué le hizo olvidar poner ese candado, pero esa no era tu responsabilidad —Puse mi mano sobre su hombro y lo miré a los ojos, esperando que me creyera—. Podría haber estado distraído por algo más que tenía en mente. Hay tantas variables. Quizás el accidente hubiera ocurrido de todos modos.

Sus labios se volvieron planos.

—Tal vez no.

Me dolía el corazón por él.

—Eras sólo un niño y no debías ser el responsable de despertar a un hombre adulto por la mañana.

—El tío Richard había actuado como un amortiguador entre mi padre y yo. Después del accidente, el problema de mi padre con la bebida empeoró. Él empeoró. El accidente ocurrió justo antes de Navidad. Ese año decoré un árbol de Navidad para nosotros como regalo para mi padre. Lo cogió y me lo tiró encima.

Jadeé. Mi mano voló hacia mi boca. Yo había estado muy preocupada por mi relación con mis padres y Dallas había pasado por cosas mucho peores de las que jamás podría imaginar. Aparté la mirada, dejando que mi cabello cayera sobre mi mejilla para ocultar el horror que seguramente era visible en todo mi rostro.

—Después de graduarme, me uní a la Marina. Cumplí cuatro años, luego conseguí un trabajo en Idaho y no hablé con mi padre

durante siete años —Sus dedos se deslizaron por mi cabello, metiéndolo detrás de mi oreja y jugando con las puntas hasta que lo miré—. Cuando mi tía falleció el año pasado decidí que era hora de volver a casa. Alguien necesitaba estar aquí para mi tío.

Me tragué el nudo en la garganta

—¿Has visto a tu padre?

—Nos vimos en el funeral. Él me saludó, pero no fue exactamente una reunión familiar feliz. Está retirado del aserradero y no tiene mucho de qué vivir. Voy una vez cada dos semanas para asegurarme de que su nevera esté llena. En eso consiste nuestra relación.

—Lo lamento —Sacudí la cabeza, sabiendo que esas dos palabras no transmitían lo mucho que mi corazón estaba roto por él. Cuánto admiraba su lealtad hacia su tío e incluso hacia su padre, especialmente después de cómo lo habían criado—. No sabía que por eso regresaste a casa.

—¿Por qué volviste aquí, Morgan? —Sus dedos recorrieron mi mandíbula y el dorso de ellos rozó mi mejilla—. Estás corriendo un gran riesgo con tus padres, especialmente porque no puedes esconderte para siempre. Podrías haber montado tu propio salón en Miami. Entonces, ¿qué te trajo a casa?

Casa. La palabra se posó bajo mis costillas, fue directa a mi corazón.

Lo miré a los ojos

—Echaba de menos Christmas Mountain.

Era la verdad más simple y la única que se me ocurrió dar.

—Yo te eché de menos a ti —susurró. Luego su expresión se suavizó y tomó mi rostro entre sus manos, inclinando la cabeza mientras se acercaba. Contuve la respiración y él se inclinó hacia delante hasta que nuestras bocas estuvieron cerca, a sólo un susurro de distancia.

Bajo su hechizo, me puse de puntillas y presioné mis labios contra los suyos. Su boca estaba cálida. El beso fue suave y dulce, conteniendo toda la emoción de lo que acababa de compartir conmigo. Luego su boca se abrió y su lengua conectó con la mía, con un sabor cálido y aterciopelado como el vino que ambos

habíamos tomado. Las mariposas bailaban en mi vientre y sentí que flotaba.

Durante la mayor parte de mi juventud, había soñado con besar a Dallas, y ahora todos esos sentimientos me invadieron, cubriéndome con un mar de calidez que me decía que no había vuelto a Christmas Mountain sólo por mi mentora, o por mi trabajo, o por mi familia, sino por él también.

La chimenea crujió mientras nos besábamos una y otra vez. Todo mi cuerpo se iluminó con esa fuerte corriente eléctrica que pasaba de un lado a otro entre nosotros, aumentando a medida que los besos se alargaban y profundizaban. Oh Dios.

En algún lugar del fondo de mi mente sabía que no había posibilidad de llevar a cabo el complot para sacarlo de mi espacio comercial feminizando excesivamente el salón. Daba igual. De todos modos me gustaban más los tonos neutros.

De repente se apartó y me estudió con los ojos entrecerrados. Dejé escapar un suspiro celestial y le sonreí. Sus labios se curvaron hacia arriba y la tristeza en sus ojos desapareció. Sus brazos se deslizaron alrededor de mí y me acercaron, haciéndome derretirme contra él.

Los dedos de mis pies literalmente se curvaron dentro de mis zapatos mientras él continuaba besándome hasta dejarme sin sentido.

CAPÍTULO CINCO

A LA MAÑANA SIGUIENTE, estaba disfrutando de un tazón de cereales y café cuando escuché que se cerraba la puerta principal de la casa. Un instante después Ruby entró a la cocina con una bolsa grande en una mano y una sonrisa en su rostro. Deseé parecer tan feliz como ella esa mañana.

Me quedé en casa de Dallas hasta demasiado tarde. Al final nos trasladamos al sofá y hablamos hasta que se apagó el fuego. Tuve que admitir que también hubo más besos. Me desmayo de pensarlo. Pero cuando llegué a casa, escuché un mensaje de voz de mi madre y la realidad me golpeó fuerte. Llevaba dos días en casa y todavía no les había contado mis planes profesionales. O que mi nuevo negocio compartía espacio con el hombre al que mi madre culpó de la muerte de mi hermana. Además de eso, parecía haberme enamorado de él.

¿Pero qué se suponía que debía decir?: «¡Sorpresa! Voy a peinar pelos en lugar de trabajar en tu banco. Pero te haré un gran descuento. ¿Y Dallas Parker? Él estará trabajando conmigo y besándome justo al lado. ¡Feliz navidad!»

Sí, eso no funcionaría bien.

—¿Hola? Tierra llamando a Morgan, conecta por favor…

—¿Eh?—Miré a Ruby y me di cuenta de que había dejado caer la barbilla sobre el puño y había derramado una cucharada de avena

con miel en mi regazo—. ¡Oh, no!

Me pasó un paño de cocina. Limpié la avena, pero dejó una mancha húmeda no tan sexy en mi rodilla. Maravilloso.

—Supongo que alguien necesita una segunda taza de café —Ella rió.

—Lo siento —Bajé la cabeza avergonzada, preguntándome qué me había estado diciendo. Seguidamente me distraje con su bolsa—. ¿Qué diablos estabas comprando tan temprano esta mañana? —pregunté.

La bolsa se arrugó cuando metió la mano en su interior. Su sonrisa se volvió traviesa

—No es tan temprano. Dormiste hasta tarde, probablemente porque saliste hasta tarde. O al menos eso creo, ya que no te oí llegar a casa antes de acostarme.

—Sin comentarios —Bebí un trago de café, ganando tiempo para pensar en una respuesta a dónde había estado. Ruby me lanzó una mirada sospechosa antes de sacar bolas de árbol de Navidad de la bolsa y alinearlas sobre la mesa. Dejé la taza—. ¿Vas a pintar adornos navideños?

Ella asintió y rebuscó un poco más en la bolsa.

—Espero que me ayudes. Pintas ángeles como nadie.

—Los ángeles siempre han sido mis favoritos —dije, y mi estado de ánimo mejoró momentáneamente.

Dejó una bandeja con pinturas y un paquete de pinceles sobre la mesa y se dirigió a la cafetera. Se sirvió una taza y regresó

—¿Entonces…?

—Sí, pintaré un ángel —dije, sabiendo que eso no era lo que ella realmente quería saber. No pude evitar envidiar lo alegre que se veía esa mañana. Llevaba un bonito suéter rojo, una falda de lana negra con medias negras debajo, botines de tacón bajo y un par de aretes con forma de Papá Noel colgantes. Su cabello rubio estaba recogido en un moño, mostrando esos aretes festivos.

Miré mis pantalones de pijama de franela, una vieja camisa de manga larga y unas pantuflas peludas. Puaj. Necesitaba sentir más el espíritu navideño. Llevé mi cuenco al fregadero, lo enjuagué y lo metí en el lavavajillas. Luego serví más café y regresé a la mesa.

—Pinta tantos como puedas —Ruby empujó hacia mí algunas bolas plateadas y rojas, y un juego de pinturas y pinceles—. La ceremonia de encendido del árbol de Navidad es esta noche. Me obligaron a ayudar con los adornos.

Saqué un pincel del paquete.

—La ceremonia de encendido del árbol de Navidad es una tradición maravillosa.

Ruby mojó un pincel en pintura y asintió

—Sin embargo, voy muy retrasada. El trabajo ha sido una locura desde que anunciaron que este año querían hacer un desfile de perros por Main Street.

Mis cejas se alzaron

—¿Otra vez?

Rubí se rió

—Ojalá fuera broma. Me han llovido personas que están desesperadas por entrenar a sus perros para que dejen de comerse las astas, las orejas y otras cosas de los disfraces que sus perros usarán en el desfile. Sin mencionar que quieren asegurarse de que se porten bien mientras caminan frente a una multitud de espectadores vitoreándolos.

—Suena súper festivo —Empecé a pintar un ángel con un vestido azul.

—A Addie Wilcox le están dando ataques porque está segura de que los dos perros grand danés de Bertie Grier eclipsarán su pequeño pomerania en el desfile.

—Eh —murmuré, porque esa información era demasiado para mi cerebro sin cafeína. Mojé un pincel en la pintura y le pinté el cabello oscuro al ángel—. Bueno, eso sería una tragedia.

Ruby dijo:

—Ya ves. Ni siquiera sé si el Pom de Addie sabe caminar. Cada vez que veo al pobre perro va en brazos de ella. Pero todavía no has respondido a mi pregunta.

Agregué alas brillantes al ángel

—¿Qué pregunta?

—Entonces… ¿Qué hiciste anoche? —Su tono era juguetón y una sonrisa se dibujó en su rostro—. No puedes haber estado en el salón

de belleza hasta tan tarde.

Llegó la hora de confesar.

—Fui a cenar con Dallas.

—¿En serio? —Ruby dejó caer la bombilla que había estado sosteniendo, que rodó desde la mesa hasta el suelo. Hice una mueca ante el sonido del vidrio rompiéndose. Ruby se puso de pie de un salto y sacó una escoba del armario—. Cuéntamelo todo. ¿Probaste costilla asada especial? ¿Fue increíble?

—Fue horrible.

Ruby comenzó a barrer los pedazos

—¿Por qué?

—Mis padres estaban en el mismo restaurante y también Addie Wilcox, quien ayer me vio en la puerta de mi nuevo espacio comercial —Gemí, recordando lo fuerte que había latido mi corazón. Fue un milagro que no necesitara un cardiólogo después de ese episodio—. Addie se lo habría contado a mis padres y casi me vio allí. Tuve que esconderme debajo de la mesa.

—¡No lo hiciste!

—Lo hice —dije, recordando lo bien que se había portado Dallas durante todo el asunto—. Creo que Addie podría haberle dicho a mi madre dónde me vio. Se acercó a la mesa de mamá y papá y les dijo algo. Un minuto después mi madre me llamó. Silencié el teléfono y luego Dallas tuvo que sacarnos a mí y a nuestras cenas del restaurante.

Ruby terminó de deshacerse de la bombilla rota y tomó asiento

—Deberías llamar a tu madre y contarle todo. Ella lo descubrirá tarde o temprano y cuanto más esperes...

—Lo sé —Miré por la ventana de la cocina. Los árboles y las casas estaban decorados con luces parpadeantes de colores, que parecían sacadas de un cuento de hadas—. Les diré que primero solo quiero arreglar un poco el lugar. Así lo tomarán mejor. Además, a mi madre no le va a encantar que comparta el espacio con Dallas —Suspiré, pensando en el inminente bombazo—. ¿Recuerdas los rumores sobre Dallas en la escuela secundaria?

—Los recuerdo —Ruby secó su pincel y luego me miró—. Decían que era problemático. Pero él siempre fue amable conmigo.

¿Recuerdas lo bien que lo pasábamos juntos cuando éramos niños?

—Sí, lo recuerdo.

La punta del pincel de Ruby se elevó en el aire en mi dirección

—Recuerda cómo casi mata a tu hermano con ese truco del kart.

—Para ser justos, Connor fue igualmente culpable. Hizo su propio trineo kart.

—Verdad —Las cejas de Ruby se alzaron—. Pero Dallas se ganó su reputación de chico malo de manera justa. Hubo una vez que robó las ranas del laboratorio de biología y las alineó en la cafetería bajo un gran cartel antiguo que decía víctimas de asesinato.

Tomé un sorbo de café y comencé a trabajar en un segundo ángel

—Para ser justos, nadie debería tener que diseccionar una rana. Es simplemente asqueroso. Y no es justo para las ranas. Además, no te oí quejarte cuando la escuela decidió que no podíamos usarlas y renunció a la prueba de disección de ese año.

—Parece que te gusta defender a Dallas Parker —Ruby sonrió con complicidad—. Pero ¿cómo puedes defenderlo de que tomara el carrito de golf del entrenador Borden para dar un paseo? También fue quien desafió a los muchachos del equipo de atletismo a saltar desde el depósito de agua.

—Sin embargo, ninguno de ellos lo hizo —señalé—. Él lo hizo. Según recuerdo, se rompió la pierna.

—Lo que demuestra que si no puede convencer a otra persona para que haga locuras, se compromete totalmente a hacerlo él mismo.

No pude discutir eso. Le di al ángel unas mejillas sonrosadas y luego mi mirada se posó en la de ella.

—¿Qué has oído acerca del accidente en el que se vio involucrado su tío?

—Déjame pensar —Ruby terminó su bola y la dejó secar sobre una pañuelo de papel—. Hubo varias historias circulando. Principalmente escuché a su padre decir que el accidente fue culpa de Dallas. Quiero decir, ¿por qué su padre diría eso si no lo fuera?

—¡Porque su padre es un borracho malvado! —Grité y luego me encogí. Le lancé una mirada de disculpa, pero pensé que era terrible

la forma en que había descuidado a Dallas y luego lo había culpado por el accidente. Me dolía el corazón por él. Ya se culpaba a sí mismo, lo cual ya era bastante horrible. ¿Pero hacer que todo el pueblo creyera que él era el culpable de esa tragedia? No era de extrañar que se hubiera marchado de la ciudad después de graduarse—. El accidente no fue su culpa. Ni siquiera estuvo allí ese día.

—¿No estuvo dónde? —ella preguntó.

—En el aserradero el día del accidente. Dallas trabajaba allí a tiempo parcial, pero ese era uno de sus días libres. No estaba por ningún lado cuando sucedió —Me levanté y fui hasta la encimera, mirando por la ventana de nuevo. El sol brillaba entre los árboles, enviando un resplandor de luz alrededor de cada rama—.¿Por qué la gente cree tan fácilmente en los rumores?

—Espera un minuto —Ruby hizo un chasquido con la lengua—. Suenas muy protectora con Dallas. Pensé que lo querías fuera de tu salón.

—Lo quería fuera de mi salón —Me di la vuelta, imaginando todos los escenarios locos que implicaría mantener nuestros negocios juntos en el mismo espacio—. Quiero decir, vamos, ¿abrir una tienda de muebles y un salón de belleza? Justo lo que todo pequeño pueblo necesita. Eso no va a funcionar de ninguna manera. ¿Cuál sería nuestro lema? ¿Ven a hacerte la permanente y quédate un sofá?

Ruby se secó los dedos con una toalla de papel

—Eso es realmente pegadizo.

Gruñí

—No. No lo es. Es…

¡Din don! ¡Din don! El timbre de Ruby me cortó. Miré mi pijama y le mostré a Ruby una sonrisa tímida y suplicante

—Bueno, obviamente no es para mí.

Ella captó la indirecta y se puso de pie

—Probablemente sea un vendedor. Ya voy yo.

—Gracias —Respiré profundamente mientras ella salía de la habitación.

¿Por qué todos se apresuraron a culpar a Dallas por el accidente de su tío? Podría hacer una larga lista de razones por las que no fue culpa suya. El enamoramiento de mi infancia se había vuelto mucho más grande después de la noche anterior. Estaba concentrada pensando en mis complicados sentimientos por Dallas y al principio ni siquiera identifiqué la voz familiar hablando con Ruby.

Entonces me di cuenta.

Salí de mis pensamientos sobresaltada y levanté la vista para ver a mi hermano, Connor, caminando hacia mí. Tenía los mismos ojos verde pera que yo, su cabello oscuro estaba cuidadosamente peinado hacia atrás y llevaba lo que parecía un suéter muy caro con media cremallera. También lucía una sonrisa de complicidad.

—Hola, hermana. Mamá acaba de llamarme. Estás metida en muchos problemas.

Y con esas palabras, mi corazón comenzó a latir con fuerza contra mis costillas nuevamente.

Miré las bolas de ángeles que me miraban con sus grandes ojos azules y bocas rosadas. Era como si estuvieran tratando de decirme que se me había acabado el tiempo y que todo el lío que había creado con mis secretos (demasiados para contarlos en este momento) estuviera a punto de estallarme en la cara.

CAPÍTULO SEIS

Salté de la mesa y corrí hacia Connor, abrazando a mi hermano mayor

—Eh, tú. No nos hemos visto desde que viniste a Miami el año pasado para nuestro crucero familiar.

Connor me devolvió el abrazo

—¿Te alegras de verme incluso si soy portador de malas noticias?

—No estoy exactamente entusiasmada con esa parte —Lo solté y di un paso atrás.

Me echó un rápido vistazo.

—Vaya, mírate. Ni siquiera estoy seguro de querer saber la historia completa de lo que está pasando.

Miré mi pijama, imaginando los círculos oscuros que debían haber bajo mis ojos.

—No, probablemente no quieras saberlo —Connor hizo un gran espectáculo mirando su reloj y tosiendo en su mano. Puse los ojos en blanco—. Lo sé. Me quedé dormida hasta tarde. Demándame.

Connor se frotó el cuello con una mano, una señal segura de que estaba nervioso por algo.

—Escucha, lo más probable es que mamá sepa que estás aquí. En casa de Ruby, quiero decir. No has respondido sus mensajes de texto esta mañana y ya ha llamado o ha ido a visitar a todos los

viejos amigos que tienes aquí. Probablemente sea una buena idea salir de este lugar durante un rato. ¿Quieres dar un paseo?

—Déjame vestirme —Corrí a mi habitación y cogí ropa, me puse una camiseta azul de manga larga, un par de vaqueros, mi abrigo y mis botas. Regresé después de recogerme el cabello en un moño despeinado, sabiendo que probablemente debería maquillarme en caso de que nos encontráramos con mamá para que ella pensara que tenía mi vida totalmente en orden (sí, claro). Pero estaba más preocupada por salir de la casa antes de que ella pudiera aparecer y acorralarme que por encontrarme con ella en la ciudad.

Connor no se equivocó acerca de nuestra madre. Ivy Reed era imparable una vez que decidía hacer algo y lo que aparentemente había decidido hacer en ese momento era localizar a su descarriada hija. No tenía ninguna duda de que ella ya había hecho tal y como mi hermano dijo. Lo único que me había salvado hasta ese momento era que la casa de Ruby era la más alejada de la de mamá, por lo que sería la última que probaría.

Nos despedimos de Ruby y salimos por la puerta principal

—Vamos a por mi SUV —dije.

—De ninguna manera — Connor negó con la cabeza—. Si mamá encuentra mi coche aquí, sabrá que te ayudé a escapar de sus garras. O pensará que Ruby y yo estamos saliendo y entonces todo habrá terminado para mí. Ella me dirá que Ruby es la mejor pareja que podría encontrar y luego comenzará a dar pistas no tan sutiles sobre cuánto quiere tener nietos y una gran boda. Créeme. Es implacable.

No pude evitar reírme mientras caminábamos por el pasillo. Últimamente mi madre parecía estar insistiendo en la idea de sentar cabeza.

—Me alegra que encuentres divertida mi desgracia —Me lanzó una mirada—. No me importa salvarte el pellejo, hermana, pero de ninguna manera quiero que ella intente casarme. Y sabes que lo haría si cree que estoy saliendo con alguien especial, lo cual no es el caso. Dado que tu SUV está a salvo en el garaje de Ruby, tu ubicación seguirá siendo un misterio por un tiempo más.

Resoplé.

—Hasta que decida irrumpir en el garaje de Ruby…

Connor presionó un botón en su llavero, abriendo el costoso sedán estacionado en la acera.

—Tú te provocaste esto, hermana.

—Espero que te case para primavera —respondí, abriendo el lado del pasajero y deslizándome en el asiento de cuero—. Guau. Esto es lujoso. ¿Cuándo te compraste un coche nuevo?

Encendió el motor y sonrió

—Coche de empresa.

—Debe ser agradable ser el niño estrella —Parpadeé hacia él mientras nos alejábamos de la casa—. ¿Sigues dirigiendo el departamento de préstamos del Reed Bank?

—Sí —Se retorció, lanzándome una mirada molesta—. Sólo porque no quisiste entrar en el negocio familiar no significa que tenga que rebelarme. Quería trabajar en el banco. De hecho, me gusta trabajar para papá.

—Mi vida sería mucho más sencilla si yo también hubiera querido eso —Miré por la ventana mientras caminábamos por el sinuoso camino que conducía hacia el centro.

En la mayoría de los barrios, la gente se encontraba en la calle decorando la Navidad. Mi espíritu se vino arriba ante tal visión. Sabía que el aire exterior era lo suficientemente frío como para enrojecer una mejilla. Consideré bajar las ventanillas para sentir el aire fluyendo por mi cara, pero también me gustó la sensación de estar calentita y cómoda en el interior.

Desconecté del paisaje.

—¿Entonces las cosas van bien en el banco?

—Sí —Mantuvo una mano en el volante y me miró—. El turismo ha disminuido últimamente en Christmas Mountain. El *Herald* publica un nuevo artículo al respecto cada semana. Por eso, muchas empresas están solicitando préstamos para salir adelante. ¿Cómo van las cosas en el negocio de la esteticista renegada?

Tuve que reírme de su acertada descripción

—No, es genial, en realidad —Me mordí el labio inferior—. Se presentan muchos desafíos en ese local. ¿Dallas Parker y tú todavía sois amigos?

—¿Dallas? —Connor giró el volante y pasó junto a un lote de árboles de Navidad—. Perdimos el contacto después de que se uniera al ejército. No lo he visto desde que regresó. He estado trabajando mucho.

—Eso es muy malo —Hice una pausa, mordiéndome la uña del pulgar—. No puedo creer que el propio padre de Dallas les dijera a todos que él era el culpable del accidente con su tío.

Connor me lanzó una mirada

—Sabes que su padre bebe, ¿verdad? No es de tomar muy buenas decisiones.

—Sí, pero aún así. Se supone que un padre debe estar ahí para protegerte. No venderte.

—Eso ha sido bastante duro —Connor entró en el estacionamiento vacío que estaba al lado de las cataratas—. No siempre fue un padre tan malo. La madre de Dallas se largó cuando él tenía alrededor de ocho años y fue entonces cuando su padre comenzó a beber. A partir de ahí todo fue cuesta abajo.

—No recuerdo nada de eso.

—Eras más joven que nosotros —Connor tomó las llaves y abrió la puerta—. Igualmente, Dallas solía esperar que él y su padre se reconciliaran y que volvieran a lo mismo que había antes de que ella se fuera, pero nunca sucedió. El tío de Dallas intervino como figura paterna hasta el accidente.

Tiré del pomo de la puerta y salí a la acera.

—Qué horrible.

—Sí, su tío fue el único buen modelo a seguir en su vida. Dallas se tomó muy mal el accidente de su tío y que lo culparan por ello lo devastó. Es el tipo de persona que guarda silencio cuando está sufriendo. Probablemente por eso se fue de la ciudad. Debería haberme esforzado más con él.

—Todos deberíamos habernos esforzado más para estar ahí para él —dije, pensando en cómo yo misma había evitado a Dallas tras la muerte de Grace. Me sentí culpable estando a su lado sabiendo que mi madre lo culpaba por la terrible caída de Grace. Aprovechaba momentos en los que mi madre no estaba merodeando para salir

con Dallas y Connor, pero no como cuando todavía teníamos a Grace.

Subimos las escaleras que conducen a la zona junto a la cascada. Las cataratas caían a cántaros con un sonido relajante, chapoteando contra las rocas grises y negras en la piscina natural del fondo. Rodales de pinos cubrían las laderas de la montaña, enmarcando las cataratas. La felicidad volvió a golpear. Miami era asombrosa y maravillosa, pero no tenía la sensación de estar en casa.

Pasamos por The Sharing Tree y The Kissing Bench, lo que me recordó ese día con Tom cuando Dallas se había encarado con él. Discutieron y se empujaron el uno al otro, antes de que Dallas finalmente lo golpeara en la mandíbula. Recordé mi asombro y confusión. Después del incidente, mi madre me recordó que Dallas siempre había estado unido a malas noticias, imprudencias y planes poco seguros. Yo realmente nunca lo vi de esa manera, pero a veces me preguntaba si ella tenía razón.

—¿A qué se debe el interés en Dallas? —Connor me dio un codazo—. No me digas que todavía estás enamorada de él.

—Nunca estuve enamorada de él —mentí.

—No puedes engañarme, hermana. Recuerdo claramente que lo acosabas cuando éramos niños.

Dejé escapar un grito indignado

—No lo acosé.

Quizás lo seguí desde una distancia respetable…

—En serio que lo hiciste —Connor se apoyó contra la barandilla junto a las cataratas, agarrando la barra de metal con sus dedos enguantados—. Prácticamente esperabas junto a la puerta cuando sabías que él vendría y luego nos seguías en nuestras aventuras. Siempre estabas merodeando.

—Tu memoria es un desastre —dije, y luego resoplé. Mi aliento creó largas columnas de hielo en el aire que se elevaban y se alejaban—. Estaba cuidando de los dos alborotadores que eráis. Menos mal, ya que siempre estabas haciendo cosas que podían hacerte daño. Como ese truco del kart.

Sus ojos bailaron

—Nunca se lo digas a mamá, pero por más aterrador que haya sido ese día… Sigue siendo lo más divertido que he hecho en mi vida. Tengo muchos buenos recuerdos con Dallas.

—Solíais ser mejores amigos —Miré a mi hermano, que parecía sumido en sus pensamientos—. Es Navidad. ¿Qué mejor motivo para renovar las amistades?

—Quizás tengas razón —Inclinó la cabeza pensativamente—. ¿Has visto Dallas desde que llegaste? Debes haberlo hecho ya que no paras de hablar de él.

Gemí un poco.

—Cuando llegué al pueblo, fui al local que he alquilado para mi salón y lo encontré allí. Resulta que él también tiene un contrato de alquiler del lugar.

La boca de Connor se torció

—¿Que qué?

—Quiere abrir una tienda de muebles —Me volví para mirar las aguas rompiendo debajo—. ¿Cómo se supone que voy a promocionar un salón de belleza profesional con la mitad del espacio ocupado por una tienda de muebles?

—¿Tal vez podrías llegar a un acuerdo para vender sillas en lugar de acondicionador mientras los clientes se peinan? Apuesto a que se obtienen mayores ganancias con una silla que con una botella de champú o lo que sea.

—Eso no es útil, gracias.

Él se encogió de hombros

—¿Qué vas a hacer entonces?

—No lo sé —admití sombríamente—. De hecho, ha sido de gran ayuda tenerlo cerca. Ayer logré quemar un fusible o algo de eso. Se fue toda la electricidad. Dallas llamó y contrató a un electricista para que se ocupara del problema, que quizás ya esté solucionado. Probablemente debería estar en el salón ahora mismo. Cuanto antes lo arregle, antes podré intentar que mamá y papá se entusiasmen con mi nueva empresa, el Salón CM.

—¿No son las iniciales un poco pretenciosas, hermana ? —preguntó, arrojándome unas gotas de agua de la barandilla a la cara.

Le devolví una buena cantidad.

Connor gritó:

—Frío. ¡Qué frío!

Saqué mi barbilla

—Así que estás diciendo que el nombre de mi salón es pretencioso.

—Salón CM… —Él soltó una risilla—. ¿Las iniciales significan cardado y moldeado? ¿Corte y mechas? ¿Calidad y magnificencia?

—Christmas Mountain, tonto —Busqué un charco para tirarle más agua.

Levantó las manos

—¿Tregua?

—Por ahora. Y sólo porque necesito ir al salón y empezar a trabajar en él antes de que Dallas decore todo el lugar como la sala de exposición de una tienda de muebles.

—Dallas es un buen tipo. Él no haría eso —dijo, tomando la iniciativa mientras nos dirigíamos de regreso a las escaleras. Entonces Connor hizo una pausa y me agarró del brazo—. En serio, Morgan. ¿Por qué estás tan en contra de contarles a mamá y papá tu nuevo devenir profesional?

Solté una carcajada y luego levanté una mano para marcar las razones con mis dedos

—Primero, se enfadaran porque mantuve en secreto cómo gasté mi herencia. Me presionaron para que obtuviera un MBA, ¿recuerdas? Segundo, se sentirán decepcionados porque dejé mi carrera empresarial para abrir un salón de belleza. Tres, no hay manera de que vean ser esteticista como algo impresionante, aunque a mí me encanta. Básicamente, sentiré que los he decepcionado y… No quiero que me disuadan de abandonar mi sueño.

—Se molestarán más cuanto más esperes. Pero es tu herencia y la puedes gastar como quieras. No es que la abuela y el abuelo le pusieran condiciones. Entonces, díselo. No estés tan segura de que se sentirán decepcionados hasta que lo intentes.

Toda mi felicidad se volvió apagada y rancia.

—Mamá nos controlaba a los dos. Pero ella siempre me ha presionado más —Aparté la mirada de él y se me hizo un nudo en la garganta—. Siempre supe que era la segunda hija. Eres el primer y único hijo pero yo fui la segunda hija. Tuve que estar a la altura de eso y de todas las cosas que Grace nunca pudo hacer.

El rostro de Connor se torció

—¿Estás cargando ese tema sobre tus hombros? Entiendo que crecimos con su fantasma. Es triste que la hayamos perdido. Es terrible. Pero por mucho que la amemos, nunca debes sentir que eres su relevo.

Dejé que sus palabras fluyeran por mi mente una y otra vez. Tenía sentido. Pero no sabía toda la verdad sobre el accidente de Grace. Había otro secreto que me había guardado para mí y que me perseguía. Miré a mi hermano mayor, quien me miró de manera protectora. Una gran carga colgaba de mi pecho. Tal vez si se lo dijera, entendería por qué me sentía tan desgarrada. Abrí la boca…

¡Riiin, riiin! ¡Riiin, riiin! Mi teléfono móvil sonó con una melodía familiar.

—Conozco ese tono de llamada —dijo Connor.

—Sí —Suspiré. Mi madre me estaba llamando. No más mensajes de texto. No más excusas. Sabía que era la hora de enfrentarme a ella. Pero en ese momento más que nunca me preocupaba lo decepcionada que estaría ella de mí.

CAPÍTULO SIETE

AL DÍA SIGUIENTE, al llegar al salón de belleza y tienda de muebles, Dallas apareció con dos cafés con leche de Sleigh Café y me ofreció dar una vuelta en coche. Agradecida por el café tras una noche en la que apenas había dormido debido al estrés provocado por mis problemas, acepté sin ningún inconveniente.

De nuevo, habíamos trabajado mucho el día anterior con el tema de la electricidad, pero no lo suficiente como para que me sintiera cómoda contándole todo a mi madre. Como una cobarde, le envié un mensaje de texto diciéndole que no me encontraba bien (lo cual era totalmente cierto) y que cuando me sintiera mejor tenía algunas novedades que quería compartir con ella. Al menos, era un pequeño paso en la dirección correcta.

Subimos a lo alto de las montañas. La nieve cubría el suelo y el viento golpeaba la camioneta de Dallas, haciéndola tambalearse ligeramente a medida que subíamos. No tenía ni idea de adónde me llevaba. Y no me importaba. Simplemente estaba disfrutando del viaje, las vistas y el café.

Me quedé mirando los pinos y abetos desprovistos de hojas y, de vez en cuando, entre la nieve polvorienta, veía rocas. El aire era frío y claro allí arriba y se podía ver kilómetros a la redonda. Sentí calidez en mi corazón. Mi hogar estaba donde estaba mi corazón y

en ese preciso momento me encontraba exactamente donde quería estar.

Los últimos días habían sido muy tensos a pesar de lo genial que había sido volver a ver el día anterior a mi mejor amiga de pulseras, Ashley Brooks (que me pilló en su día llorando en un banco junto a las cataratas después de que Connor me dejara). Y todavía tenía que enfrentarme a mi madre en algún momento.

Y sí, había sido increíble encontrarme con Lexi Townsend durante la gran ceremonia de iluminación del árbol de Navidad en la montaña, y estar con ella y Ash hizo que fuera aún más agradable estar en casa, pero no podía contarles lo de Dallas y todos esos besos cuando ni siquiera sabía qué pensar al respecto. Dallas y yo tampoco habíamos hablado de ello.

Dallas cambió a una marcha más baja y el motor arrancó y nos hizo subir aún más antes de aterrizar en una carretera espeluznante que discurría en una delgada franja a lo largo de la ladera de la montaña. Mis uñas estuvieron en verdadero peligro de romperse mientras me agarraba al asiento.

—¿A dónde vamos? —pregunté finalmente.

—Dijiste que un árbol quedaría bien junto a la ventana de mi casa —Me miró de reojo e intercambiamos una mirada que me calentó el estómago—. También necesitamos un árbol para la ventana de la tienda.

—Pensé que iríamos a Tinsel Tree Farm a comprar uno, no al Polo Norte —bromeé, y luego lo miré de soslayo. Sus vaqueros tenían pegotes del pegamento que estaba usando para colocar la primera parte de los listones de madera que habíamos acordado para el local. Iba despeinado de una manera sexy. Olía a serrín y madera, un aroma al que me estaba acostumbrando fácilmente. Mmm.

Me dio un vuelco el corazón. No me había vuelto a besar desde el sábado por la noche, pero yo tampoco había intentado besarlo. Lo último que necesitaba hacer era ponerme blanda y floja de rodillas cuando estaba cerca de él, cuando no sabía qué significaban nuestros besos. Para evitar emociones confusas, me concentré en limpiar el salón y logré muchos avances.

—Comprar un lote de árboles no es mi forma de hacer las cosas —dijo.

—Ya lo veo —respondí, mientras nos deteníamos en un pequeño claro que tenía una suave colina en medio de un anillo de árboles. Apagó el vehículo y se quitó más pegamento de la manga, o lo intentó. Parecía que se había pegado bastante rápido. Me invadió más preocupación. Habíamos acordado lo de los listones, pero ¿cómo le pagaría a Dallas si Coraline me daba el salón?

—¿Estás lista? —Abrió la puerta y yo hice lo mismo. El aire frío me golpeó la cara, me escoció en las mejillas y me hizo cosquillas en la sangre. Saqué los guantes del bolsillo del abrigo y me los puse. Él metió la mano en la gran caja de herramientas de metal que había en la parte trasera de la camioneta y sacó una motosierra—. Ahora, busquemos un árbol.

—El árbol perfecto —respondí, queriendo el árbol perfecto en la ventana bajo el cartel de «próximamente» de Salón CM y Muebles Parker que habíamos colocado el día anterior. Partimos hacia la parte boscosa del otro lado del claro. El clima era mucho más frío a esa altura. Mis dedos de los pies estaban helados a pesar de las botas y los calcetines gruesos que llevaba. Incliné la cabeza hacia atrás y miré hacia las imponentes copas de los árboles—. Necesitamos un árbol que sea lo suficientemente pequeño para pasar por la puerta y no golpear el techo.

Dallas hizo un gesto hacia mi derecha.

—¿Qué tal ese?

Miré el árbol achaparrado que había señalado, que medía unos sesenta centímetros de alto.

—Um, no —me reí—. Es demasiado Charlie Brown.

Soltó una sonrisilla mientras caminábamos con dificultad. Mis pies crujieron al pisar un trozo de hielo y resbalé. Como un rayo, Dallas me agarró y me ayudó a no caer.

—Ten cuidado —dijo.

—Lo intentaré —respondí. Pero sus manos sobre mis brazos habían provocado pequeñas descargas eléctricas en mi sistema nervioso, lo que me hizo querer resbalar otra vez.

Caminamos en un silencio amistoso. Se levantó viento y trajo consigo el aroma de los pinos. Temblé mientras atravesábamos la línea de árboles y nos adentrábamos en el bosque que se extendía más allá del claro.

—Vi a Connor ayer —solté.

—¿Sí? —Se detuvo frente a un árbol, golpeó el tronco, sacudió la cabeza y siguió adelante. No tuve ni idea de lo que eso significaba, pero supuse que él lo sabía mejor que yo—. ¿Cómo está Connor?

—Está bien —Me detuve junto a un árbol y le di un buen golpe, lo que no me ofreció una mejor idea de si el árbol era adecuado para nosotros o no. Básicamente, me hice daño en los nudillos. Hice una mueca—. Hablamos de ti.

La mirada de Dallas se fijó en la mía.

— ¿Qué hablasteis?

—No mucho —dije, asegurándole que no había contado nada personal que me hubiera dicho. Luego miré hacia la copa del árbol, que medía unos dos metros de alto y tenía ramas anchas y tupidas. Era el mejor árbol de Navidad que había visto en mi vida—. Puede que sea éste.

—A mí también me gusta —Se arrodilló para estudiar el tronco del árbol y apartó algunas ramas. Empezó a jugar con el botón y la cuchilla de la motosierra—. Buena elección.

Mientras miraba a Dallas observando la base del árbol, entrecerré los ojos.

—¿Sabes lo que dijo Connor sobre mí? Dijo que yo estaba enamorada de ti.

Me miró con expresión de sorpresa.

—Él también lo cree, ¿eh?

Me reí y sentí un escalofrío en el estómago.

—Dijo que te acosaba.

Dallas parpadeó. Luego las comisuras de su boca se levantaron.

—Siempre estabas por ahí rondando.

Le di un golpecito en el brazo.

—Quizá estaba asegurándome de que ninguno de los dos se hiciera daño.

Se puso de pie, dejando la motosierra en el suelo. La nieve caía de sus vaqueros y su sonrisa se hizo más amplia a medida que se acercaba.

—Tenías muchos amigos, Morgan. Podría creer que estabas preocupada por la seguridad de Connor. Pero no había ninguna razón para que te preocuparas por la mía. Connor tiene razón. Definitivamente me estabas acosando.

Me mordí el labio y levanté las pestañas.

—Tal vez sí me enamoré de ti.

Extendió la mano para cogerme las manos.

—¿Tal vez?

Me encogí de hombros.

—No confirmaré nada.

—Dilo —De repente me hizo cosquillas y me eché a reír a carcajadas. Estiré de las manos y lo tiré hacia el suelo. Caímos en un montón de nieve. Grité cuando un trozo de nieve se deslizó por el cuello de mi abrigo y otro trozo se me metió en una manga. Continuó haciéndome cosquillas en las costillas y dijo:

—Admite que te enamoraste de mí.

—¡No me acuerdo! —Me reí a carcajadas, adorando la sensación de su cuerpo contra el mío. Me di la vuelta y lo sujeté contra el suelo, con las manos apoyadas a ambos lados de su cabeza. Entonces me quedé sin aliento—. Vale, sí que me enamoraste. Y bastante.

Se le formaron arrugas a ambos lados de sus ojos y la comisura de la boca se le curvó hacia arriba. Luego levantó la cabeza y yo bajé la mía al mismo tiempo. Nos besamos una vez antes de que me apartara. Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho mientras lo miraba fijamente y soltaba sus manos.

—¿Estabas enamorado de mí, Dallas? ¿Por eso le pegaste un puñetazo a mi novio en las cataratas?

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Merecías algo mejor que él.

—No respondiste a mi otra pregunta.

Me acarició la mejilla con los dedos.

—Sí, estaba enamorado de ti.

La alegría revoloteó en mi corazón.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Yo tampoco era lo suficientemente bueno para ti.

Apoyé mis manos sobre sus hombros.

—No sé por qué pensabas eso…

—Vamos —se movió, de modo que quedó apoyado sobre un codo y yo quedé a su lado. Me acomodó el cabello detrás de la oreja—. Te merecías algo mucho mejor que yo. Yo era un gamberro y tú eras una buena chica.

—No soy una buena chica ya que he desarrollado mi vida profesional a espaldas de mis padres —dije. Y contigo, casi añadí.

—Pero eres una Reed.

—Soy la oveja negra, la esteticién.

Sus ojos brillaron.

—¿Cómo pude olvidarlo? Quiero decir, después de todo, estás en mi tienda.

—¿«Tu» tienda?

Ugh. Abrí la boca para responder, pero antes de que pudiera hacerlo, su boca se posó sobre la mía. Entonces me olvidé de la nieve fría debajo de mí, del hecho de que necesitaba que se fuera de mi salón e incluso del árbol de Navidad que fuimos a buscar.

En ese momento sólo estábamos nosotros.

Lo besé con todo mi ser mientras su boca reclamaba la mía. Sentí escalofríos de arriba a abajo por mi columna vertebral. Mi vientre dio un vuelco. Abrí la boca y nuestras lenguas se fundieron. Podía sentir su calor a través de cada poro de mi cuerpo. No había forma de que pudiera resistirme más a ese hombre. Ni siquiera quería hacerlo. Envuelta en sus brazos y rodeada de la belleza natural que me rodeaba, sentí una paz que nunca había conocido. Era el momento más perfecto de mi vida y no quería que terminara jamás.

CAPÍTULO OCHO

TRAS TRABAJAR toda la semana en la remodelación de mi salón, decidí visitar a la Sra. King el viernes. Accedí a su entrada y apagué el motor. La copa del árbol que le había llevado cayó hacia abajo sobre el parabrisas como si dijera «¡Hola!».

Salté del todoterreno y observé el pequeño árbol atado al techo que había comprado en el Vivero Tinsel. Desenganché las cuerdas que sujetaban el árbol al portaequipaje y luego lo bajé al suelo. Me llegaba hasta el pecho y tenía frondosas ramas. No era demasiado grande ni demasiado pequeño. Arrastré el árbol por el camino de entrada y noté que una de las cortinas de encaje de la ventana delantera se abría. Admiré la puerta principal, que estaba pintada de un azul pavo real que contrastaba marcadamente con la casa blanca, y la puerta se abrió un instante después.

La señora King salió.

—Hola, Morgan. ¡Qué árbol tan magnífico!

—Hola, señora King —saludé con entusiasmo a mi profesora de coro. Esa mujer siempre podía ponerme una sonrisa en la cara—. Me alegra que le guste.

Llevé el árbol hasta el porche y lo apoyé contra la casa antes de mirar a mi amada mentora. Llevaba una blusa blanca suelta que se ceñía a su estrecha cintura con un cinturón ancho y pantalones de un llamativo tono violeta. Llevaba el pelo plateado peinado hacia

atrás, mostrando unos pendientes de ópalo, que no era su piedra de nacimiento, pero sí su piedra favorita a pesar de su reputación de ser de mala suerte para quienes no habían nacido con ella como piedra de nacimiento. Ella desdeñaba tales afirmaciones.

Me dio un rápido abrazo y luego dijo:

—Me alegro tanto de verte.

La respuesta se me quedó atascada en la garganta mientras la abrazaba y luchaba por controlar la emoción que me embargó al sentir su cuerpo demacrado. Ocho años atrás, era mucho más grande. Ahora estaba tan delgada que podía sentir las alas salientes de sus omóplatos y su clavícula.

Sus manos hinchadas apretaron las mías.

—¿Qué te hizo traerme un árbol?

-Se me partió el corazón cuando me enteré de que no tenía árbol de Navidad. No tenía hijos aparte de las que habíamos sido sus alumnas, la mayoría de las cuales la consideraban una segunda madre. Pero yo no estaba dispuesta a seguir ese camino porque estaba allí para animarla, no para deprimirla.

Entonces di un paso atrás y puse mis manos en mis caderas.

—El árbol parecía solitario y sentí su llamada. Como no parecía ser un árbol común, pensé que necesitaba un hogar extraordinario.

La señora King se echó a reír. Sus ojos brillaban.

—Genial, entonces. Llevemos el árbol a casa y veamos qué podemos hacer para que sea feliz.

—Buen plan —Sonreí y llevé el árbol al interior. Su casa era un paraíso, llena de estanterías repletas de libros y baratijas de sus viajes, así como de su colección de porcelana fina, ninguna de ellas a juego, pero toda ella usada con cariño. A veces colocaba la vajilla durante sus legendarias cenas. Mi mirada se detuvo en una taza rosa y dorada que se encontraba en un estante alto, exactamente donde la había dejado yo hacía tantos años.

Conocíamos a Melody King desde que éramos pequeñas, desde que ella ayudaba a organizar la extravagante Navidad del pueblo todos los años. A Grace siempre le había encantado esa taza y la Sra. King siempre le había dejado usarla. Después de que Grace muriera, la puse en un lugar alto, diciendo que no quería que nadie

más la usara. La Sra. King me dio una palmadita en el hombro, aceptándolo. La taza todavía estaba en el estante alto con su delicada asa dorada reluciente y las flores rosas alrededor del borde.

Aparté la mirada de esa taza y de los recuerdos que la acompañaban. Grace era lo último en lo que quería pensar en ese momento. Había sido bastante duro volver a casa. No necesitaba revivir recuerdos dolorosos.

La señorita King juntó las manos.

—Mis adornos navideños están en el dormitorio de invitados. Déjame ir a buscarlos.

Ella dobló la esquina y mi mirada volvió a vagar por las habitaciones. La parte delantera tenía un diseño antiguo y tradicional, con las habitaciones separadas unas de otras. Los ventanales de la parte delantera de la sala de estar eran enormes y estaban cubiertos con cortinas. Sus muebles habían llegado de todas partes y eso se notaba. Había aparadores ingleses y sillas francesas, antiguas y muy delicadas, así como biombos con hermosos paneles de China y Japón.

—Encontré las bolas —dijo la Sra. King, mientras regresaba con un soporte para árboles y una caja de madera. Puso la caja sobre la mesa, mientras yo colocaba el árbol en el soporte y cerraba el tornillo de banco sobre el tronco para asegurarme de que el árbol permaneciera en su lugar.

—¡Listo! Esto funciona perfectamente —Forcé una sonrisa, pero no pude evitar notar que su color no era bueno y que su cabello plateado parecía más seco de lo habitual.

Ella sonrió y abrió la caja de madera.

—Mmm… También tengo otra caja de adornos. Antes de ir a buscarla, ¿qué tal un café y un sándwich BLFGT?

—Me encantaría —sonreí, sabiendo que la Sra. King tiene una inclinación por servir comida sureña. Me encanta la forma en que el Sur tiene de elegir cualquier comida y convertirla en algo sureño. Un BLT clásico era maravilloso. Pero, ¿quitarle las rodajas de tomate maduro y ponerle unas rodajas de tomate verde frito? Obtienes una porción de paraíso—.¿Puedo ayudar a prepararlos?

Se sacudió el polvo de las manos.

—¿Por qué no cortas y tuestas el pan y cocinas el tocino mientras preparo los tomates?

—Trato hecho —La seguí hasta la cocina y sonreí al ver que no había cambiado nada. Las mismas cortinas de cretona colgaban en la ventana de la cocina, la vieja mesa seguía apoyada contra una pared y las sillas todavía llevaban los mismos cojines, de cretona a juego con las cortinas—. ¿Dónde guardas el pan?

La señora King hizo un gesto hacia la despensa y allí encontré una hogaza de pan francés grueso y suave. Salí de la despensa y ella me señaló un armario.

—La sartén para el tocino está ahí.

Abrí el armario y saqué la sartén. Luego tomé el paquete de tocino que había dejado sobre la encimera y lo abrí, colocando las tiras con cuidado antes de ponerlas junto al pan en el horno.

La señora King rebozó las rodajas de tomate y las dejó caer en unos centímetros de aceite caliente. Serví café para las dos y le di uno a ella.

—Cuéntame qué está pasando en tu mundo, Morgan.

Bebí un sorbo de café y luego me aclaré la garganta.

—Bueno, volví a casa. Eso sí que es nuevo..

Ella se rió.

—Ya veo. O al menos espero estar viéndolo. De lo contrario, eres un producto de mi imaginación. Eso no puede ser bueno.

Tuve que reírme a pesar de lo terrible de la situación.

—Estoy aquí de verdad, pero está siendo un poco surrealista. Me voy escondiendo de mis padres mientras pongo a punto el salón, con la esperanza de que aprueben mi elección profesional una vez que vean como queda. Ha sido mucho trabajo.

La señora King dio vuelta a los tomates verdes que se estaban friendo.

—¿Vas a contarles pronto a tus padres lo de tu cambio de rumbo profesional?

Arrugué la nariz.

—Define «pronto».

La Sra. King dejó la espátula a un lado y tomó un sorbo de café.

—¿Sabes que no puedes esconderte de ellos para siempre?

—No pretendo esconderme para siempre, sólo el tiempo suficiente para arreglar el salón de una manera que les parezca bien —Me incliné para mirar dentro del horno y ver cómo el tocino burbujeaba agradablemente y el pan se tostaba—. He trabajado mucho esta semana.

La señora King revisó la sartén.

—¿Cuánto falta para que abras?

— El lunes dieciocho de diciembre. Así que faltan diez días, mucho antes de lo que me gustaría. El lugar aún tiene un largo camino por recorrer. En retrospectiva, debería haberle pedido a Ruby que hiciera una visita al local por mí para poder hacerme una mejor idea. Pero esa es la menor de mis preocupaciones en este momento.

—¿Qué quieres decir? —La Sra. King sacó los tomates de la sartén y los puso en un colador forrado con papel de cocina para que se enfriaran y escurrieran.

Me moví nerviosa.

—Hubo una confusión con el espacio comercial que le alquilé a Coraline, del salón de belleza de Coraline. Resulta que no soy la única a la que le alquiló el lugar.

La señora King hizo una pausa mientras espolvoreaba sal marina sobre los tomates que olían delicioso. Su mirada se posó en la mía.

—Lo siento, ¿qué ha pasado?

Gemí en voz alta.

—Coraline es mi casera y de alguna manera nos alquiló el espacio comercial a mí y a Dallas Parker. ¿Lo recuerdas?

La Sra. King dejó la sal a un lado y tomó el pimentero.

—Sí, lo recuerdo. Imposible de olvidar —Fue al refrigerador y sacó mayonesa y rúcula—. Recuerdo que estabas loca por él.

Torcí los labios.

—Todo el mundo sigue diciendo eso —Cogí una agarradera y saqué con cuidado el pan y el tocino del horno. Sequé la parte superior del pan para asegurarme de que estuviera lo suficientemente crujiente y que conservara su interior masticable—. Y sí, tal vez era cierto que estaba enamorada de Dallas. De hecho, mis sentimientos por él solo parecen haber aumentado.

—Bueno, entonces... —La Sra. King dejó la mayonesa y la lechuga en la encimera y se secó las manos. Su tono fue de complicidad, yo cortaba el pan en rodajas gruesas mientras ella lavaba la rúcula. Luego, pusimos los sándwiches en capas. Sus ojos bailaron mientras me miraba—. ¿Cuál es el problema de compartir un espacio comercial con Dallas?

—Sabes que mi madre lo culpa por la muerte de Grace —suspiré, admitiendo finalmente la verdad mientras nos sentábamos a la mesa para almorzar—. Ignoré mis sentimientos por Dallas cuando éramos jóvenes. ¿Ahora que nos hemos visto obligados a compartir el mismo espacio? Nos hemos acercado mucho más de lo que jamás creí posible.

No había planeado enamorarme de alguien a quien mi madre jamás podría aceptar, pero eso fue exactamente lo que pasó. Me enamoré perdidamente de Dallas. No quería hacerle daño a mi madre. Desafortunadamente, era solo cuestión de tiempo hasta que se enterara de lo nuestro.

Confiar en la señora King me había resultado reconfortante. Me había mostrado una cálida sonrisa, me había apretado la mano y me había dicho que estaba segura de que las cosas iban a salir como debían. Era sencillamente asombroso que una mujer que se estaba muriendo de cáncer de riñón pudiera ser tan optimista. Sin embargo, ella era ese tipo de persona, alguien que hacía que el mundo brillara más. Me sentí agradecida de haberla tenido en mi vida y la extrañaría cuando ya no estuviera.

CAPÍTULO NUEVE

Al día siguiente, Dallas y yo trabajamos diez horas seguidas en nuestro salón de belleza y tienda de muebles. Los suelos estaban limpios, las sillas de color naranja antiácido y los viejos espejos dorados de mal gusto habían sido desmontados y donados, las paredes estaban recién pintadas y los muebles viejos y combados que habían estado en la entrada ya no estaban allí, y el espacio estaba limpio y reluciente.

Sin embargo, todavía quedaba mucho por hacer y el árbol, colocado en un soporte de metal, era lo siguiente en nuestra lista. Había quitado las viejas persianas sucias y polvorientas y había colgado luces alrededor de las ventanas, pero ese árbol desnudo no tenía muy buena pinta en ese momento. Se me habían acabado las excusas con mis padres para evitarlos, pero, sorprendentemente, no se habían puesto en contacto conmigo en toda la semana.

Me pregunté si mi madre tenía alguna obligación de voluntariado en Navidad o si estaba esperando el momento oportuno, porque ya se había enterado de que me iba a quedar con Ruby. Pero no quería pensar en nada de eso en ese momento. Ya habíamos decorado el árbol de Dallas en su casa y el que le había regalado a Ruby. Ahora, quería decorar el árbol para la ventana de nuestro negocio.

Dallas sacó un trozo de espumillón de una de las bolsas de compra llenas de adornos que habíamos adquirido el día anterior.

—¿Qué es esto exactamente? —preguntó.

Me volví para mirarlo y mi corazón se agitó levemente al observarlo. Se había quitado la chaqueta de cuero. Su camisa de manga larga y sus jeans se ajustaban a su cuerpo de una manera atractiva. Levantó una ceja mientras miraba con desconfianza el hilo de oro. Una cálida sensación de amor me invadió.

Tragué saliva con fuerza.

—Se coloca alrededor del árbol. Puedes cubrirlo y envolverlo y cuando se te acabe el cordón, coloca otro al lado para que toda la tira parezca una sola pieza.

Llamaron a la puerta principal y me sobresalté. Vaya. No esperaba a nadie. Me asomé por la ventana para ver quién estaba allí. Fruncí el ceño ligeramente.

—Mmm, hay un repartidor ahí fuera. ¿Has pedido algo? —pregunté.

Dallas arrojó la tira de adornos al árbol. Se enganchó y quedó colgando de una rama.

—Sí. Pensé que nos vendría bien algo de cenar después de nuestro duro trabajo.

Sonreí.

—Guau, gracias.

—De nada —Se dirigió a la puerta y se ocupó del repartidor mientras yo quitaba el espumillón para poder colocarlo mejor. El olor a queso caliente y pegajoso, tocino y aceitunas me golpeó la nariz y me olvidé por completo de la moldura y del árbol cuando Dallas entró con una pizza.

Mi estómago rugió:

—Eso huele increíble.

Puso la caja de pizza sobre una mesita que habíamos preparado para guardar herramientas y cosas. Colocó un paquete de seis cervezas al lado de la caja y miré las botellas.

—¿La pizzería entrega cerveza a domicilio?

—En realidad, es una cervecería artesanal que elabora la mejor pizza de la ciudad. Esta es su pale ale.

—Vaya —dije, dirigiéndome a la mesa—. El local debe ser nuevo.

Dallas destapó dos cervezas y me pasó una. Bebí un sorbo y el líquido helado me llegó a la garganta con sabor a lúpulo y malta. Tragué.

—Refrescante.

Levantó la tapa de la caja y me quedé mirando con deleite la pizza horneada en horno de leña. Me entregó un plato de papel.

—Aquí tienes.

—Gracias —dije, encantada de que se hubiera ocupado de prepararnos la cena con tanta naturalidad. Nos servimos la pizza y luego volvimos al árbol con platos y cervezas en la mano.

Me quedé mirando el árbol, imaginando cómo se vería todo decorado.

—Esto atraerá a los clientes —dije, y luego hinqué los dientes en un delicioso queso derretido y salsa de tomate.

Dallas mordió una rebanada de pan crujiente y asintió.

—Me alegro de haberte convencido.

—Creo que lo has entendido al revés —Lo miré de reojo y lo vi guiñándome el ojo. Luego, volví a morder la pizza y suspiré feliz cuando los sabores del ajo asado, el pimiento rojo y el queso llegaron a mis papilas gustativas. Hice una pausa antes de dar otro bocado—. Yo fui quien sugirió este árbol en particular.

—Así lo hiciste —Me guiñó un ojo, sus ojos brillaron y mi corazón se aceleró. Estaba esperando que pudiéramos hablar sobre lo que estaba sucediendo entre nosotros, ya que no iba a poder obligarlo a salir del salón hasta que Coraline regresara en Nochebuena y tampoco podía mantenerlo fuera de mi corazón.

Entonces me di cuenta de que habíamos pasado mucho tiempo juntos, con bromas divertidas y fáciles (sin mencionar los besos que nos hacían temblar), pero sabía poco sobre el tiempo que había pasado entre su graduación de la escuela secundaria y aquel momento. Dejé mi plato y tomé una caja de bolas de Navidad y comencé a enhebrar los ganchos que los acompañaban a través de ellos mientras Dallas bebía un sorbo de cerveza y luego comenzó a acomodar los adornos de extremo a extremo para hacer un lindo bucle continuo alrededor de la parte inferior del árbol.

Me arrodillé a su lado y le rodeé los hombros con el brazo.

—Bueno... tengo una pregunta incómoda para ti.

—Quizás pueda darte una respuesta incómoda —Se volvió hacia mí y levantó las comisuras de los labios mientras rozaba los míos con sus labios—. ¡Qué rico!

—¿Has estado saliendo con alguien? —Mis mejillas se calentaron al darme cuenta de cómo sonaba eso—. No es que crea que estés saliendo con alguien más en este momento. Quiero decir, estamos juntos todo el día y no creo que te hayas escapado a otra habitación para revisar tu teléfono o algo así —Puse los ojos en blanco, deseando poder retractarme de todo lo que acababa de salir de mi boca—. La última chica con la que te vi fue Nina Abbott cuando te llevó a su fiesta de graduación. Volviste a la ciudad para ir con ella, así que solo tengo... curiosidad por tu vida amorosa —dije, y luego bebí un largo trago de cerveza—. Soy muy buena en esto, ¿no?

Se rió entre dientes, jugando con el pelo que estaba junto a mi mejilla.

—He tenido citas, pero nunca tan serias.

—¿Por qué no? —pregunté, intentando sonar despreocupada mientras sacaba un adorno de la bolsa y colocaba la bola azul y dorada en espiral sobre el árbol, justo encima del borde. Silencio. Me asomé y lo vi allí de pie, con una bola apoyada en una palma.

Se encogió de hombros.

—No tuve muchas citas mientras estuve en el ejército. Después de salir, conocí a una mujer que me gustó y por un tiempo estuvo bien. Pero no vi que aquello fuera a durar.

Se encendieron las alarmas:

—¿Entonces eres tímido a la hora de comprometerte?

—¿A qué viene todo esto? —intercambió una mirada conmigo. Cuando no respondí, enganchó la bola en el árbol—. Ella era una buena persona. Pero simplemente... no parecía la adecuada. Ella necesitaba que estuviera más tiempo con ella y yo no podía estar. Justo en esa época, mi tía enfermó. Estaba tan ocupado volviendo a visitarla que no me quedaba mucho tiempo. Luego no mejoró y decidí regresar a Christmas Mountain —dijo, llevándose la cerveza a los labios y tomando un trago.

No tenía que decir que no le había pedido que se fuera con él. Yo ya lo entendía. Era, como había dicho Connor, el tipo de hombre que se calla cuando las cosas le duelen. Había hecho eso con esa mujer, lo que me hizo preguntarme cómo sería conmigo si las cosas se ponían difíciles.

Coloqué otro adorno.

—¿Así que rompisteis?

—Sí, pero mantenemos el contacto de vez en cuando.

Hice una mueca.

—¿La echas de menos?

—Me siento mal por cómo terminamos, pero ella no era la persona indicada para mí. Ahora está casada y es feliz. Me alegro porque es una muy buena persona —Hizo otra pausa y luego se formó una línea entre sus cejas—. ¿Y tú?

Ups. No había caído en eso.

Me encogí de hombros.

—He estado ocupada tanto tiempo, tratando de ser la hija perfecta, la que mis padres quieren que sea, que las citas solían ser lo último en lo que pensaba. Salía con alguien de vez en cuando, pero no con nadie en especial.

—Bien —dijo. Sus músculos faciales se relajaron mientras me miraba, haciéndome derretir.

Pasé mis dedos por su cabello corto y oscuro, disfrutando de la sensación de suavidad bajo mis dedos. Habían pasado ocho años sin que nos viéramos y ya no podía imaginar cómo sería mi vida sin él.

—¿Ves a tu tío a menudo?

Él asintió y luego se puso de pie, recogiendo un recipiente lleno de espumillón plateado.

—Está en Sunny Acres. Se supone que es el mejor lugar de la zona y allí tiene atención especializada —Abrió el recipiente lleno de espumillón—. ¿Por qué intentas ser quien tus padres quieren que seas? En algún momento, tendrás que vivir tu propia vida. ¿Verdad?

Ay.

—Si todavía lo intentara, tendría mi MBA y estaría trabajando en su banco con Connor. En lugar de estar aquí haciendo esto —Pero, ¿qué era esto? ¿Qué estaba pasando entre nosotros? ¿Duraría?

Nuevas preocupaciones comenzaron a surgir. Si esa relación entre nosotros se volvía amarga, ¿dónde nos dejaría eso, especialmente si compartíamos un espacio comercial? —. Pero hice lo que ellos querían durante mucho tiempo. Supongo que no quería decepcionarlos ni hacerles daño. Seguía sin querer hacérselo... Son mis padres. Los quiero.

Dallas se sentó en una silla. Secó el agua que había dejado su botellín, pero no respondió. Terminé mi cerveza, preguntándome si estaba pensando en sus padres, su madre, que se había ido, y su padre, que todavía no había resuelto su vida.

No sabía qué le habían puesto a esa cerveza. Coraje líquido, tal vez, porque dejé mi botella vacía y me senté en su regazo. Pasé mis dedos por la parte de atrás de su cabello.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? Nos conocemos de toda la vida, así que sabes que no voy a hacerte daño, ¿verdad? Nunca.

—Debería comprarte pizza más a menudo —Había risa en su voz, pero también había un tono serio debajo de ella y deslizó su brazo alrededor de mi cintura, acercándome a él—. Me alegro de que hayas vuelto, eres un ángel.

Se me derritió el corazón.

—Yo también —No tenía idea de si lo que estaba pasando entre nosotros duraría, pero quería averiguarlo. Hice un gesto hacia el árbol—. Formamos un gran equipo de decoración.

Sus piernas se movieron debajo de mí.

—Creo que también seremos un buen equipo en la tienda. Eso si no se te ocurre algún plan malévolo para que me echen.

Me quedé con la boca abierta. ¿Cómo había sabido lo que estaba pensando?

—Tienes que admitir que un salón de belleza y una tienda de muebles no parecen la mejor combinación.

—Nunca se sabe —dijo encogiéndose de hombros—. No puedo creer que decidieras ser esteticista. Ahora que lo pienso, siempre llevabas una muñeca encima. Recuerdo una vez que le cortaste el pelo y lloraste porque no le volvió a crecer.

—Sí, la señorita Kitty Lee quedó devastada por su corte de pelo definitivo al rape cuando quiso que creciera de nuevo —Me reí, conmovida de que él hubiera relacionado mi pasión con el lugar donde comenzó—. ¿Cómo empezaste a fabricar muebles? —pregunté.

Cogió una segunda cerveza, manteniendo un brazo alrededor de mi cintura.

—Hice mi primera silla cuando era niño.

Arqueé las cejas.

—Nunca te escuché decir nada al respecto en ese entonces.

Sus dedos se apretaron sobre mi cintura, enviando llamaradas de calor que se deslizaron por mi piel.

— Lo sé. Dejé de hacerlo por un largo tiempo. Tenía unos ocho años la noche que les mostré a mis padres la silla que hice con pegamento, restos de madera y una almohada de cama. Se rieron a carcajadas. Pensé que era increíble en ese momento y juraron que lo era, pero ¿en qué estaba pensando con una almohada de cama?

Me reprimí para no reírme.

—Parece un buen comienzo.

Él asintió.

—Recuerdo cada minuto de esa noche. Saqué la silla del garaje donde había estado trabajando en ella. Mi madre estaba cocinando la cena. Se detuvo y dijo: «Es hermosa, cariño», cuando debió ser la silla más fea que se haya fabricado jamás.

Le sonreí.

—Seguro que no fue tan malo.

—Utilicé la almohada que tenía puesta una funda de superhéroe.

Solté una carcajada.

—Pero a tu madre le encantó, ¿verdad?

Él asintió.

—Parecía muy emocionada. Se sentó y juró que era la silla más cómoda en la que se había sentado jamás.

—Seguro que era por la almohada —dije con una sonrisa—. Tenía un nivel de comodidad de superhéroe.

Se rió a carcajadas.

—Llamó a mi padre para que viniera a la cocina y él se arrodilló, comprobó los palos y la almohada y luego dijo que estaba perfecta. Dijo que lo siguiente que debía de hacer era una mesa que pudiéramos usar en el comedor, ya que la nuestra se estaba haciendo vieja.

Nunca había visto a Dallas cobrar tanta vida y desprender energía. Estuve pendiente de cada palabra que decía, sobre todo porque su padre había cambiado mucho desde que se fue su madre.

—¿Qué pasó después? —pregunté, con el cuerpo vibrando de ganas de saber.

Se movió inquieto.

—Mamá insistió en sentarse allí y después de la cena comimos postre. La semana siguiente, hizo las maletas y se fue. Nunca regresó.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Te dijo por qué?

—Ella y mi padre discutieron, más fuerte de lo habitual —dijo, frunciendo el ceño—. Pero no sabía que una madre podía irse para siempre —dijo, con la voz entrecortada—. Una vez le pregunté a mi padre adónde había ido y si volvería o no.

Esperé a que continuara, pero tenía la mandíbula apretada.

—¿Qué dijo tu padre?

Su mirada se cruzó con la mía.

—Dijo que no perdiera mi tiempo pensando en esa mujer.

—Ay —Mi corazón se encogió de dolor por él—. Lo siento, Dallas.

Él asintió lentamente.

—Nunca antes le había contado esta historia a nadie.

—Gracias por confiar en mí —dije, sabiendo lo mucho que significaba viniendo de alguien que había sido herido por aquellos a quienes más amaba. También sabía que se tomaba las cosas muy en serio y que probablemente se había sentido culpable tanto del abandono de su madre como del accidente de su tío. Sospeché que su padre tenía algo que ver con la culpa que sentía Dallas. No era justo.

—Mi hermana murió —solté.

—Lo sé, mi ángel —susurró.

Por supuesto que lo sabía. Había estado allí cuando sucedió.

—Tras ello, mi madre se quedó muy desconsolada —dije con un nudo en la garganta mientras compartía lo que más me atormentaba —. Se quedaba en su habitación y rara vez salía a comer. Eso duró meses. No quiero volver a verla así de triste. Es como si me hubiera convertido en la hija sustituta, intentando ser todo lo que mi madre pensó que Grace podría haber sido. Mis padres siempre estuvieron muy orgullosos de ella.

La comisura de su boca se curvó hacia abajo.

—Eres una persona increíble, Morgan. No importa lo que Grace haya logrado, tienes que vivir la vida que sea adecuada para ti. No puedes intentar reemplazar a alguien que ya no está. Nadie debería esperar eso de ti.

Había una mirada angustiada en sus ojos. Las lágrimas brotaron de los míos. Me levanté y caminé hacia el árbol con todo mi cuerpo temblando.

—En cierto sentido, lo sé —mi voz estaba ronca—. Pero quiero ser suficiente para mis padres. Soy la única hija que tienen y una parte de mí quiere ser más que eso, llenar ese vacío que Grace dejó... —Mis dedos se dirigieron a una pila de adornos que había pintado antes con las pinturas sobrantes de Ruby. Tomé uno al azar y lo sostuve mientras él se acercaba a mí.

—Morgan...

—Solo quisiera… —Las lágrimas nublaron mi visión y lo hicieron todo borroso—. Que esa noche nunca hubiera sucedido. Que Grace todavía estuviera con nosotros. Mi madre nunca habla de ella excepto para señalar algo que estoy haciendo mal.

Llevé el adorno hasta el árbol y lo enganché en una rama resistente para que el ángel de ojos azules y labios rosados colgara allí. Me recordaba a mi hermana. Los ángeles siempre me recordaban a Grace. Saqué otro adorno de ángel de una bolsa.

Dallas me rodeó la cintura con sus brazos. Me giré hacia él con la intención de decir algo, pero en lugar de eso lo besé. Sabía a una combinación de pizza, cerveza y él. Sus labios firmes se separaron contra los míos y me saboreó. Oh, qué rico.

Mi pulso se aceleró, cada vez más rápido, y me olvidé de todas las preocupaciones que tenía por mis padres y el salón mientras mis brazos rodeaban su cuello y me inclinaba hacia ese beso con todo mi ser. Las lágrimas que se derramaban por mis mejillas le dieron sabor a nuestro beso, pero él me abrazó fuerte, besando el triste pasado y trayéndome al momento presente.

—Morgan Reed —dijo una voz femenina familiar, sacándome de mi niebla celestial. Las dos palabras fueron firmes, como una advertencia sin tan siquiera elevar el tono.

Dallas interrumpió el beso tan rápido que me dejó sin aliento mientras giraba la cabeza hacia la puerta principal y la mujer que estaba allí de pie. Mi corazón se desplomó como una piedra directamente en mi vientre.

Logré gritar:

—¿Mamá?

Mi madre estaba de pie en la puerta, con su cabello castaño oscuro elegantemente peinado en un simple moño francés, gruesas extensiones de pestañas enmarcando sus ojos verdes y su esbelto cuerpo elegantemente vestido con un elegante par de pantalones y un suéter de cachemira blanco.

Ella avanzó unos pasos:

—¿Qué está pasando aquí?

Su tono indicaba desconcierto y desaprobación, el tipo de tono que usaba cuando algo no cumplía con los estándares o la aprobación de Ivy Reed.

Ese algo era yo.

CAPÍTULO DIEZ

El adorno que tenía en la mano emitió un pequeño traqueteo mientras mis manos empezaban a temblar. Mi madre avanzó hacia el interior del espacio y miré por la ventana hacia el Cadillac Escalade aparcado justo enfrente. No había visto su todoterreno detenerse porque había estado absorta en Dallas, el árbol y nuestra sincera conversación.

Mi madre inclinó la cabeza.

—Dallas Parker. Había oído que habías vuelto.

Su voz le dio un nuevo significado a la palabra «frialdad» mientras le hablaba y fue un milagro que la ventana no se congelara ni un milímetro. Tragué saliva y miré la distancia hasta el almacén, que tenía una puerta trasera. Consideré la posibilidad de salir corriendo, pero sabía que, a pesar de que ella llevaba botas de tacón alto, estaría dispuesta y sería capaz de perseguirme.

Cuando Ivy Reed fijaba un objetivo, nada la detenía. Además, mi madre usaba tacones como la mayoría de las mujeres usan perfume. Probablemente podría correr una maratón con esas cosas y no sentir ni un ápice de dolor en la pantorrilla. Daba miedo, pero a la vez era impresionante.

—Hola, señora Reed —Dallas asintió y pareció sentirse a gusto, pero pude ver que la vena de su sien latía. Se secó un poco de

humedad del labio inferior, que obviamente había sido obra mía. Ups.

—Qué historia más divertida —dije, logrando hablar a pesar de la piedra que tenía en la garganta. Estaba metida en tantos problemas que tendrían que inventar una nueva palabra para referirse a ellos—. De alguna manera, Dallas y yo hemos alquilado el mismo espacio comercial. ¿No es una locura?

Entrecerró los ojos.

—¿Cómo dices?

—La casera nos alquiló el espacio a los dos —dijo Dallas.

—Parece un asunto legal —Mamá frunció el ceño mientras yo colocaba el ángel de decoración en el árbol, con la esperanza de que me trajera buena suerte—. Supongo que eso explica lo que estás haciendo aquí con él. Además de lo obvio, claro está.

Me ardía la cara. Que me pillaran besando a un chico ya habría sido bastante vergonzoso. ¿Que me pillaran besando a Dallas Parker? Eso podría obligarme a dejar la ciudad.

—Me he enterado de que Morgan va a abrir un salón de belleza. Pero por el cartel de fuera, ¿vendes muebles usados en depósito, Dallas?

Se me hizo un nudo en el estómago y miré a Dallas. Habían pasado muchos años desde que había golpeado a Tom Brand, pero una parte de mí temía que pudiera arremeter contra el tono condescendiente de mi madre. Y eso no mejoraría mi situación. Por suerte, su rostro parecía neutral.

—Yo mismo fabrico los muebles —explicó con sencillez.

—Interesante —dijo mientras inspeccionaba la tienda. Hacía un momento, me había parecido que nuestro arduo trabajo era visible. En ese otro momento, solo era capaz de ver lo que no se había hecho, incluido nuestro árbol a medio decorar.

—Obviamente, todavía tenemos mucho que hacer —dije con voz temblorosa. Vi que la decepción inundaba su rostro y me enviaba una punzada de dolor al corazón. Le decepcionaba mi salón. Estaba decepcionada conmigo. Nunca sería la hija que ella realmente quería. Las lágrimas amenazaron con salir. Necesitaba ponerme a

trabajar para mantenerlas a raya—. Hablando de tener mucho que hacer, será mejor que termine de decorar nuestro árbol.

Mamá miró fijamente una de las ramas.

—¿Eso es espumillón?

Ella había dicho «espumillón» como si fuera una palabra maldita.

Observé los mechones plateados.

—Sí.

—Vaya, no sabía que alguien pudiera poner algo así en su árbol. Es de muy mal gusto y se mete por todas partes —Escudriñó el árbol y su mirada se detuvo a mitad. Alargó la mano hacia una bola—. Esta está descentrada —La ajustó un poco—. También tienes dos rojas una al lado de la otra y demasiados verdes al lado de los dorados.

Me quedé allí, irritada, mientras ella comenzaba a reorganizar los adornos. No importaba que me gustara como estaban...

Me miró mientras trabajaba.

—Me decepciona que no hayas tenido tiempo para visitarnos a tu padre y a mí, Morgan. Parece que ya te has recuperado de la enfermedad que te atacó de repente.

—Lo siento, pero he estado muy ocupada —Agarré la caja de cartón que contenía el espumillón y agarré uno grueso. Lo coloqué sobre las ramas del árbol y mi madre inmediatamente comenzó a quitarlo mientras yo avanzaba—. Cariño, si tienes que usar espumillón, hazlo con moderación, así —Dejó un solo hilo y luego lo tapó con un adorno de casa de jengibre.

—¿Señora Reed? —gritó Dallas, haciéndome estremecer. Yo deseaba que mi madre se hubiera olvidado de que él estaba allí y de que había estado besando a su hija antes, pero se hizo difícil con él levantando la voz—. Me vendría bien una perspectiva diferente de este sofá. Suelo fabricarlo para que sea cómodo, pero tal vez este necesite más estilo. ¿Qué opina?

Él estaba tratando de ayudar, de que ella no se centrara tanto en mí y de darme espacio para ordenar mis pensamientos. Agradecí su intento de ayudar, pero no sirvió de mucho. Los dedos de mi madre se cernían sobre una bola roja, que estaba decorada con una ráfaga de copos de nieve blancos.

—No es mi estilo, pero supongo que no me sorprendería que se vendiera. Hoy en día, todo el mundo parece querer algo moderno.

Ella también logró hacer que «moderno» sonara como una mala palabra, cuando yo sabía muy bien que el cuadro que había comprado en nuestro crucero por el Caribe encajaba con esa definición.

Me sentí irritada.

—Dallas fabrica muebles preciosos en muchos estilos diferentes. Creo que su tienda va a ser un éxito.

Dallas sacudió la cabeza lentamente, diciéndome que lo dejara. Pero mi comentario había sido como un reflejo. No podía defenderme, pero no toleraría que ella se metiera con él.

Mi madre me miró con cara de cansancio. Tocó con el dedo los adornos que Dallas había colocado entre las ramas y arrugó la nariz.

—No sé cómo es posible que haya un salón de belleza y una tienda de muebles en el mismo lugar. Creo que es la combinación más extraña que he visto en mi vida.

Su mirada se dirigió a Dallas mientras hablaba, sin dejar lugar a dudas de que su comentario se refería a algo más que la tienda. Mi irritación aumentó.

—Creo que es una combinación estupenda —dije señalando el espacio que, admito, todavía necesitaba mucho trabajo—. Mira cómo esa mesa acentúa el suelo de madera. Dallas colocó la madera él mismo, ahorrándonos gastos de mano de obra. Y no creo que haya visto nunca un suelo tan bonito ni una mesa tan impresionante. Deberías ver su casa también. Los muebles que hizo para ella son increíbles. Me encantó todo lo que hay allí.

Ups. Me encogí. ¿Qué posibilidades había de que mi madre no se diera cuenta de lo que acababa de admitir? Vi que entrecerraba los ojos. Sí, eso sería entre casi nulo. Tragué saliva.

Sacó más espumillón del árbol y lo volvió a colocar en la caja de cartón.

—¿Tienes tiempo para visitar a Dallas en su casa pero no para tu padre ni para mí?

La culpa se instaló en lo más profundo de mis huesos, espesa y sofocante. Sabía que había cometido un error al no haberles contado

lo del salón o al no haber ido a verlos de inmediato. Pero tenía mis razones y la principal estaba frente a mis ojos en ese mismo instante. Quiero decir, aquella era exactamente la situación que había estado evitando.

Mi madre era tan controladora que ni siquiera me dejaba decorar mi propio árbol de Navidad. Saqué la caja de espumillón de la mesa y saqué las cosas de nuevo. Tiré un montón de espumillón al árbol, con los nervios tan destrozados que lo único que podía hacer era intentar recuperar el control sobre alguna parte de la situación y de mi vida. Es cierto que el espumillón no era la mejor solución (y la cantidad que había puesto parecía un poco de mal gusto), pero puse más igualmente.

Dallas se aclaró la garganta.

—Voy a dejaros hablar en privado.

—Qué idea más maravillosa —dijo mi madre.

—No... —empecé a decir, pero mi voz se apagó porque él ya se había dado la vuelta y se había ido. Traidor. Había salido por la puerta antes de que yo pudiera siquiera formular una protesta, y mucho menos pronunciar una razón inteligente por la que no debería quedarme sola en la habitación con mi propia madre.

Mi madre esperó tres segundos.

—¿Tengo que enumerar las razones por las que estoy molesta?

—No, puedo adivinarlo —Me froté la cara con las manos y tomé aire profundamente—. Lamento haberte mentido sobre cómo gasté mi fondo fiduciario. Debería haberte dicho que no quería un MBA, pero... no, no hay excusas. Al menos debería habértelo dicho nada más llegar a la ciudad.

Ella alisó un conjunto de carámbanos de cristal en el árbol y los olió.

—Estoy preocupada por ti.

Bueno, no me esperaba eso.

—¿Por qué?

—No te comportas como la Morgan que conozco —Se volvió hacia mí y pude ver la preocupación en sus ojos—. Me encanta la Navidad. Disfruté de aquel crucero el año pasado, pero, bueno,

Miami no es mi hogar. ¿O sí? Esperaba que volvieras a casa este año. Y lo hiciste. Pero no has querido verme.

—No es que no quisiera verte —dije, mientras las lágrimas amenazaban con ahogarme—. Una de las razones por las que volví a casa fue porque te echaba de menos a ti, a papá y a Connor. He querido volver durante años, pero no quería trabajar en el banco. Quiero esto —dije, haciendo un gesto a mi alrededor, que no parecía tan impresionante—. Bueno, no en su estado actual. Pero el salón será increíble cuando termine con él.

Se llevó las manos a las caderas.

—Morgan Reed, no puedes abrir y dirigir un salón de belleza. Piensa en tu educación. Qué desperdicio. ¿Cómo la aprovecharías?

Bueno, esa era la reacción que esperaba.

—Para dirigir un negocio rentable —respondí—, para asegurarme de aumentar mis ahorros y poder comprar una casa. Se me ocurren mil maneras de utilizar mi título en la vida práctica.

Ella dejó escapar un suspiro y se dio unas palmaditas en las mejillas, obviamente tratando de recomponerse. Entonces se distrajo con algo que pasaba por encima de mi hombro. De repente, se arrodilló y tiró del fieltro verde de la base del árbol para ocultar el pequeño trozo de metal que quedaba expuesto.

—No es solo que hayas mentido sobre cómo gastaste tu herencia. Algo que obviamente me preocupa. Estás usando los fondos para algo que tus abuelos nunca tuvieron en mente. El fideicomiso se creó para tu educación. Si detienes esta locura, tu padre probablemente podría reinvertir lo que te quede y ayudarte a recuperar tus pérdidas. Creo que es la mejor idea.

Apreté los puños y dije:

—La abuela y el abuelo nunca pusieron ninguna condición sobre lo que Connor y yo podíamos hacer con nuestros fondos. Voy a abrir este salón y voy a ser esteticista.

Las palabras salieron rugiendo de mi boca, rompiendo el silencio que se había acumulado en la tienda.

Mamá se retorció los dedos.

—Sé que crees que esto es lo que quieres, pero el banco sería mucho mejor para ti. Allí tendrías una carrera estable. Pasarías

cuatro años en la universidad aprendiendo lo que necesitas para lograr el éxito en la banca. Trabajarías con tu padre y ayudarías a mantener el legado de esta familia. Estoy segura de que eso es lo que quieres.

Respiré tres veces con fuerza para no estallar.

—No, no quiero eso. Ni siquiera me estás escuchando. Tengo derecho a vivir mi vida de una manera que me haga feliz. Crees que sabes lo que es mejor para mí, pero no quiero trabajar en el banco y no lo haré. Nunca.

Su boca se abrió con una expresión de sorpresa y una disculpa voló a mis labios, pero la retuve. No quería lastimarla ni decepcionarla, pero en algún momento tenía que vivir mi vida. Había estado hundida durante tanto tiempo. Ahora que había descubierto lo feliz que podía ser, no habría forma de que quisiera perderlo, de lo contrario, mi alma se marchitaría y moriría.

Levantó las palmas de las manos en ese gesto de detención que había conocido toda mi vida.

—¿Cómo puedes decirme estas cosas? Siempre has querido trabajar en el banco. Desde que eras joven lo quisiste.

Negué con la cabeza.

—Siempre quise ser dedicarme a la belleza ¿No recuerdas cómo jugaba con las muñecas? Les cortaba el pelo, o se lo rizaba, o les pintaba las uñas, y te quitaba el maquillaje para ponérselo.

Su rostro se puso del mismo color que la leche cuajada.

—Esta rebelión tuya, o lo que sea, tiene que parar. Connor trabaja en el banco. Grace habría trabajado en el banco. Tú trabajarás en el banco como tu hermano y tu hermana.

Todo dentro de mí se derrumbó. Sus palabras sobre cómo Grace habría trabajado en el banco me golpearon como un puñetazo en el estómago. Justo detrás de ese dolor vino ese pesado manto de culpa. Culpa por haber vivido y porque ella había muerto. Por no haber estado a la altura. Por no haber sabido ser la hija que ella habría sido.

El sentimiento de culpa era tan complejo y delicado que me di cuenta de que esa culpa era la verdadera razón por la que me había quedado en Miami durante tanto tiempo. Allí nadie sabía nada de mi

hermana. Nadie la había conocido nunca y no tenían forma de compararme con ella.

Esa culpa, el dolor y la ira que siempre corrían por debajo de todo me hicieron decir:

—¿Por qué nunca puedes verme como soy? ¿Por qué siempre tienes que ver a Grace en todo lo que hago?

Mamá se lamió los labios. Levantó la mano y se acarició el pelo.

—Veo que estás demasiado molesta para hablar de esto ahora y yo también. Mañana por la noche cenaremos en el club. Tu padre, Connor y yo estaremos allí. Es nuestra cena habitual. Sería bueno que vinieras para que podamos hablar de esto de una manera más civilizada como familia.

En otras palabras, tenía que ir. Sin opciones. No había forma de decir que no. Yo lo sabía y ella sabía que yo lo sabía. Era la clásica tarjeta de presentación de Ivy Reed como madre. Suspiré.

—Está bien. Estaré allí.

Mamá asintió con energía.

—Bien. A las siete en punto.

—Llegaré a las siete —dije, suspirando de nuevo. Vale, le había ocultado cosas, lo cual no estaba bien, pero ¿cuándo había sido yo puntual?

Su expresión se suavizó.

—Te quiero, cariño.

Aunque me sentía como si me hubiera atropellado un camión, forcé una débil sonrisa.

—Yo también te quiero.

Ella me quería, pero más a Grace.

—Buenas noches entonces —Se fue y me giré para mirar el árbol. Las lágrimas volvieron a nublar mi visión y esta vez dejé que las lágrimas resbalaran por mis mejillas.

Por supuesto, el árbol lucía fabuloso tal como lo había arreglado mi madre. La Navidad era la fiesta favorita de mi madre y siempre había dejado la decoración del árbol para el final porque disfrutaba muchísimo con ello. La única actividad que le gustaba más era poner la mesa. Abordaba tanto la decoración del árbol como la de la mesa

con gusto por la belleza y la elegancia, y eso se notó en ese momento.

Más allá del árbol de Navidad, las farolas de la calle brillaban y pude ver que habían instalado la caseta donde Papá Noel se sentaría para escuchar a los niños susurrar sus deseos navideños. Cuando era pequeña, siempre pedía lo mismo todos los años. Que Papá Noel trajera de vuelta a mi hermana, para que mi madre ya no estuviera triste. Para que ella tuviera la hija que realmente quería y luego yo pudiera seguir mi propio camino en lugar de intentar llevar los zapatos de Grace.

Zapatos que nunca podría llenar aunque lo intentara durante el resto de mi vida.

CAPÍTULO ONCE

Al final del día siguiente, Dallas y yo nos alejamos del centro y subimos las escaleras hasta The Sharing Tree, que se encontraba junto al Kissing Bench, en las cataratas. The Sharing Tree había estado allí desde que tenía memoria: era un árbol alto con un cuerpo ancho cubierto de agujas verdes y ramas largas y también verdes, que tenían la longitud perfecta para decorar.

Y el pueblo decoraba el árbol todos los años. Todo el pueblo se reunía y convertía ese árbol en una especie de mascota de la montaña de Navidad, que se tornaba una creación gloriosamente adornada que gritaba alegría y júbilo navideño. Las parejas colgaban adornos para jurar su amor y otros también colgaban adornos en recuerdo de un ser querido.

Sin embargo, no había nadie más allí en ese momento. Dallas y yo estábamos de pie junto al árbol en esa fría y ventosa tarde de sábado, observando cómo se agitaban las ramas y escuchando las notas melódicas de los adornos tintineando, un contrapunto al sonido impetuoso de las cataratas.

—¿Estás lista? —preguntó Dallas, rodeándome con su brazo.

—Sí —Asentí y miré el ángel de adorno que sostenía y que pensaba poner en el árbol. El ángel tenía cabello oscuro, ojos azules y una boca con forma de rosa, lo que me recordaba a mi hermana mayor.

Todos los años, después de que Grace muriera, colgaba un ángel en su memoria. Por lo general, compraba un adorno de ángel cuando iba de compras al centro de la ciudad. Ese año, había pintado mi propio ángel para ella en la casa de Ruby. La cena familiar en el club de campo de esa noche se cernía sobre mi cabeza y esa discusión con mi madre nubló todo entre Dallas y yo.

—Ten cuidado —dijo, colocando su mano debajo de mi brazo para ayudarme a estabilizarme mientras me tambaleaba—. Aquí está resbaladizo. Hay rocío en las rocas que se ha congelado.

Sus palabras me detuvieron en seco y despertaron algo en mi memoria. El día del accidente de Grace había sido muy húmedo. No tuvo cuidado por dónde pisaba. Todos los músculos de mi cuerpo se pusieron rígidos y me encontré reviviendo ese terrible accidente en mi mente.

Grace había sido la hija mayor de nuestra familia, unos años mayor que Connor. Mamá la había puesto a cargo de nosotros esa tarde cuando invitamos a Ruby y Dallas a jugar. Pero había sido Dallas quien nos había convencido para salir de casa cuando se suponía que debíamos quedarnos en ella. Había sugerido que fuéramos a dar un paseo por la naturaleza, y ¿qué mejor lugar para ir que las cataratas?

Tragué saliva mientras los recuerdos inundaban mi cabeza. No había estado prestando atención a por donde pisaba durante el transcurrir de ese paseo por la naturaleza, solo seguí a los demás alegremente mientras caminábamos por la parte trasera de las cataratas. Me había estado divirtiendo mucho con Ruby, Grace y Connor. Además, mis ojos estaban pegados a Dallas, de quien había estado enamorada desde los siete años.

Andaba muy cerca del borde del acantilado mientras caminábamos y debería haber prestado atención a dónde pisaba, pero me moví y resbalé en el granito resbaladizo bajo mis pies.

Se me hundió el estómago cuando empecé a caer por el borde…

—¿Morgan? —preguntó Dallas, devolviéndome al presente. Podía oír el suave rugido de las cataratas al estrellarse junto a nosotros. Puso su mano alrededor de la mía y la apretó—. ¿Estás bien?

—No lo sé —mentí, pero sí lo sabía. No estaba bien. Ni de cerca. ¿Cómo podía estarlo? Había vivido con esa culpa durante tanto tiempo... algo que nunca le había dicho a nadie.

—Estás pensando en Grace —Fue una afirmación, no una pregunta.

—Sí —asentí, pero no era solo eso. Mis labios temblaron. Todo en mi infancia hasta ese momento había sido dorada y color de rosa. Nunca le había dicho a nadie la verdad sobre por qué todo había cambiado. Pero al mirarlo a los tiernos ojos color caramelo, supe que era hora de ser honesta—. El accidente fue culpa mía. Grace murió por mi culpa.

—¿De qué estás hablando? —dijo suavemente.

—Debería haber tenido más cuidado ese día —Mi visión se volvió borrosa. Cerré los ojos y me trasladé al pasado mientras una lágrima caliente se deslizaba por mi mejilla—. Me resbalé, Dallas. Empecé a caer hacia atrás. Me habría caído por el precipicio. Todo sucedió tan rápido. Pero todavía puedo sentir la mano de Grace en mi brazo, tirándome de vuelta hacia un lugar seguro. Y cuando me di la vuelta, ella ya no estaba detrás de mí. Se había caído por el borde.

Su mirada sostuvo la mía, pero no había culpa en ella.

—Si hubiera estado atenta a por donde pisaba, Grace seguiría viva —dije, tratando de hacerle entender. Después de admitirlo finalmente en voz alta, el peso de mi culpa se levantó de mis hombros y fue reemplazado por un dolor tan fuerte que amenazó con aplastarme. Mis rodillas se doblaron—. Ella seguiría viva.

Me dejé caer sobre el cemento y sollocé en fuertes y desgarradores estallidos. Un enorme agujero se abrió en mi pecho, dejándome abierta y vulnerable. Grace había muerto salvándome, porque no había tenido cuidado. Fue mi culpa. En lo más profundo de mi dolor, unas manos cálidas me ahuecaron las mejillas.

—Escúchame —dijo Dallas con voz suave, pero firme, mientras me acercaba la cara a la suya—. Me dijiste que el accidente con mi tío no fue culpa mía y que tenía que olvidarlo...

—Esto es diferente —espeté, mirándolo fijamente. ¿No entendía que aquello era diferente? Tragué saliva con fuerza, luchando por

respirar—. Si hubiera estado prestando atención, Grace no habría muerto.

—Si hubiera puesto la alarma, mi tío no habría sufrido esa lesión.

Negué con la cabeza.

—No lo sabes. Hay demasiadas variables. El accidente podría haber ocurrido de todos modos... —Mi voz se apagó cuando mis propias palabras me impactaron.

—¿Hay algo que no hubieras hecho para salvarla? —susurró, rozando mis mejillas con sus pulgares.

—No —dije con voz entrecortada, antes de que mi respiración comenzara a hacerse más lenta.

—Yo tampoco —Dejó caer su frente sobre la mía—. Tienes que dejar atrás la culpa. Ambos lo haremos.

Lo rodeé con los brazos y hundí la nariz en su cuello. Respiré lentamente. Olía a madera. Su aroma me hizo sentir cálida y segura, como si no estuviera sola. Éramos un equipo.

—Mi madre te culpa por la muerte de Grace —murmuré, dejándolo acercarme más a su firme pecho.

—Lo sé —Se apartó y suspiró—. Yo también me he sentido así muchas veces. Si no hubiera sugerido el paseo por la naturaleza...

—Todos queríamos ir —dije, sollozando y frotándome la nariz—. Grace también. Siempre fuiste el divertido de nuestro grupo.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Entonces, con el rabillo del ojo, vi a una pareja subiendo las escaleras. Dallas se puso de pie, tirando de mí con él. Un minuto después, pasaron a nuestro lado y se sentaron en el banco para besarse, abrazados y luciendo muy enamorados. Tan dulces. Después de hablar con Dallas, me sentí más aliviada, pero agotada. Y el día aún no había terminado.

—Esta noche cenaré en el club con mis padres.

Él sonrió.

—He oído que allí se come bien.

Lo miré de reojo.

—¿Es un comentario jocoso o es que quieres venir conmigo?

—Solo lo digo —Su sonrisa se hizo más amplia y dejó ver los dientes. Levantó mi mano, moviéndola de un lado a otro—. Y de

ninguna manera voy a ir a esa cena sin una invitación apropiada. Tu madre me da miedo. Y eso que he estado en la Marina.

Mi sonrisa lució triste.

—Sí, ella puede ser aterradora. Pero siento que no es su intención. Ella solo quiere... controlar todo y a todos —Me reí amargamente—. Pero lo hace con buena intención. Ella cree que está haciendo lo mejor.

—Después de lo que pasó con Grace, no debería haber hecho tantas locuras con Connor. Probablemente tenía miedo de que matara a otro de sus hijos —Su mano se posó en mi hombro, el toque fue leve pero muy presente—. Aunque tu madre tenga algunos defectos, al menos sigue estando ahí para ti.

Sus palabras me dieron escalofríos.

—Tienes razón. No puedo imaginarme cómo sería no tener madre —dije en voz baja.

Apartó la mirada y miró al árbol, el árbol de todos, con expresión de dolor. Sus hombros se levantaron y cayeron como si quisiera ignorar ese comentario.

—Dejó un vacío que nunca podrá llenarse.

—Lo siento, Dallas —sacudí la cabeza. La muerte de mi hermana también había dejado un vacío en nuestras vidas, pero ella no había elegido dejarnos. No podía imaginar el vacío que su madre había creado—. Estoy segura de que tu madre tenía problemas, pero desearía que hubiera tomado una decisión diferente, por tu bien y por el de ella. Ella también se perdió estar contigo.

—A mi madre le encantaba la Navidad —señaló el árbol de Navidad—. Decoraría este árbol y el de casa. Todos los años, compraba casas de jengibre y las montábamos. Mi padre se comía los techos y robaba el glaseado, comportándose como un niño —Se rió al recordarlo—. Una vez, se comió un puente hecho de plástico.

Me llevé la mano a la boca.

—¿Y qué pasó?

—¿Después de la visita a urgencias o antes? —Sonrió, mostrando alegría al principio, pero luego su sonrisa se desvaneció. Me colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja—. Echo de menos esos momentos.

—Es extraño cómo sigue la vida —observé su expresión triste y volví a pensar en Grace—. Parece que todo el mundo ha olvidado que Grace murió al otro lado de las cataratas. A veces desearía que hubiera algún tipo de placa para que la gente supiera que ella ha estado allí. A veces visito su tumba, pero prefiero pensar en ella en un lugar donde estuvo viva.

Se dio la vuelta y miró hacia la cima de las cataratas.

—Podría construir un banco y ponerlo allí, para que puedas ir y sentarte cuando quieras.

Parpadeé y le dije:

—¿Harías eso por mí?

—Sí —dijo, y sus cejas se juntaron de una manera que indicaba que eso ni siquiera debería ser una pregunta—. Incluso me sentaría allí contigo.

Lo rodeé con mis brazos en un acto impulsivo y apreté mi mejilla contra su pecho. Permanecimos así, abrazados, durante un largo rato. Luego, mis ojos se desviaron hacia el banco que la pareja acababa de dejar libre. Pensé en la noche en que él había golpeado a mi novio y todavía me preguntaba por qué había sido eso. Abrí la boca para preguntarle...

Antes de que pudiera hablar, me besó.

El beso me tomó por sorpresa y me dejó sin aliento. Presioné mis manos contra su pecho mientras le devolvía el beso. El latido constante de su corazón debajo de su camisa y abrigo me resultó reconfortante. Me olvidé de aquella noche con Tom y de la pregunta que había estado a punto de hacerle, especialmente cuando nuestro beso se volvió apasionado, acalorándome y manteniendo a raya el frío de la tarde.

Finalmente nos separamos. Le sonreí y su boca se curvó hacia arriba en respuesta.

—Estoy lista para colgar este adorno de ángel para Grace —Miré al pequeño ángel que todavía tenía en mis manos—. Cuando hago esto, siento como si un ángel estuviera cuidando a mi hermana. Tal vez el ángel también cuide a tu madre, donde sea que esté.

—Tienes el corazón más grande que conozco —dijo, y la tierna expresión de sus ojos me hizo derretir. Sonrió mientras sus dedos se

cerraban sobre los míos.

Luego nos acercamos juntos y colgamos el dulce ángel de la rama más alta que pudimos alcanzar. Cuando lo miré, casi pude sentir como sonreía.

CAPÍTULO DOCE

El club de campo se encontraba en lo alto de una colina, escondido entre hectáreas de pinos y abetos antiguos. El edificio, bajo y desgarbado, había sido construido para mimetizarse con la naturaleza, por lo que el revestimiento de cedro y las tejas de madera hacían que pareciera que el lugar había crecido allí.

Todas las ventanas emitían una cálida luz ámbar, había pequeñas luces titilantes a lo largo del tejado y los pinos que bordeaban la entrada habían sido decorados por Navidad. Las luces blancas y las estrellas brillaban y me habrían hecho sonreír si no fuera por mi gran inquietud sobre cómo iría esa cena «familiar».

Aparqué el coche, salí y me apresuré a recorrer la acera que daba al edificio, ya que llegaba un poco tarde. ¡Ups! Un portero uniformado de rojo y negro me abrió la puerta y me hizo pasar con una sonrisa. Cuando entré, una ráfaga de aire cálido me golpeó junto con el encantador sonido de «Silver bells» que sonaba suavemente por los altavoces.

El vestíbulo contaba con impresionantes sofás de cuero para quienes esperaban una mesa y cómodas sillas dispuestas en acogedoras agrupaciones cerca de la chimenea de piedra que iba del suelo al techo. Junto al fuego crepitante, había un árbol imponente decorado con luces centelleantes y rodeado de pilas de regalos exquisitamente envueltos con cintas rojas perfectamente anudadas.

La anfitriona, una mujer mayor de pelo rojo llamada Elizabeth que llevaba allí toda la vida, me saludó.

— Hola, Morgan. Tu madre dijo que te unirías a la familia esta noche. Ya están sentados en su mesa habitual. Te llevaré allí.

—Gracias —asentí, sintiéndome ya incómoda.

Mientras la seguía fuera del vestíbulo, vislumbré mi reflejo en un espejo. Me había esmerado mucho en mi atuendo: un vestido de cachemira de manga larga en un tono azul eléctrico, botas altas de tacón alto y pendientes de diamantes. Me había secado el pelo con secador después de un buen champú y un enjuague con brillo, y luego me había aplicado una cuidadosa cantidad de maquillaje, además de extensiones de pestañas para darle a mis ojos un toque adicional. Se me ocurrió que me había esmerado tanto en peinarme y maquillarme para mostrarle a mi madre lo buena que era en esas cosas.

Vi a mi madre, a mi padre y a Connor sentados a una mesa escondida en un rincón que tenía ventanas desde las que se veían las colinas circundantes y el brillo resplandeciente de las luces y las decoraciones del centro de la ciudad. La mesa del comedor estaba cubierta con un fino mantel blanco, las servilletas estaban colocadas en portavasos y los cubiertos tenían bordes dorados.

Respiré profundamente mientras me acercaba.

—Hola a todos.

—¡Morgan! —Papá se puso de pie y me dio un fuerte abrazo. El familiar aroma de su colonia y el susurro de su ropa de noche: una chaqueta y unos pantalones negros lisos, una camisa impecable con olor a almidón y una corbata festiva de rayas rojas y azules, me trajeron muchos recuerdos—. Te ves muy bien, cariño. Me alegro de verte, aunque te hayas escondido un tiempo.

¡Ay! Me encogí y le mostré una sonrisa sincera.

—Lo siento, papá.

Mamá se puso de pie y me dio un fuerte abrazo que indicaba que no había olvidado nuestra discusión. Su perfume era de la misma marca que había usado desde que yo era niña y llevaba el pelo recogido y apartado de la cara, sujeto con elegantes broches que tenían una pequeña hilera de perlas. Llevaba pendientes de perlas a

juego y una sola tira de perlas alrededor del cuello que contrastaba maravillosamente con su vestido negro de lana de manga larga.

—Me encanta tu vestido, Morgan. ¿Lo compramos la última vez que estuviste en casa?

Ella sabía muy bien que no había estado en casa en ocho años.

—No, me lo regalaste la Navidad pasada —dije, aunque ella sabía que nunca usaría ese vestido en Florida. Lo había usado esa noche para demostrarle que la apreciaba. Pero ella ya me estaba volviendo loca. Bien podría haber usado jeans y mi top de «hago peinados».

Connor me dio un abrazo y murmuró en mi oído:

—Si tienes que enfrentarte al pelotón de fusilamiento, entonces es mejor que te vistas elegantemente para dejar un cadáver con buen aspecto.

Reprimí una carcajada y tomé asiento, sacando la servilleta del soporte y poniéndola sobre mi regazo mientras estudiaba atentamente a mi familia.

La camarera se acercó a nuestra mesa y me quedé mirando su rostro familiar. Era hermosa, delgada y alta, con una piel perfecta. Nina Abbott. Había estudiado en mi escuela, era una esquiadora ávida y, ah, sí, había llevado a Dallas al baile de graduación.

—Buenas noches... —Su voz se fue apagando a medida que sus ojos se agrandaban al reconocerme—. ¡Oh, Morgan! Has vuelto. Es genial volver a verte.

—Me alegro de verte a ti también —Le sonreí a Nina, que debió ser íntima de Dallas para haber logrado que volviera para su fiesta de graduación. Una imagen de ellos bailando juntos en la fiesta de graduación apareció en mi cabeza. Se me revolvió el estómago al imaginarlo con otra chica, aunque la fiesta de graduación había sido hace mucho tiempo. Nina siempre había sido una chica agradable y no era su culpa que a ella y a mí nos hubiera gustado el mismo chico —. Creo que la última vez que te vi fue cuando decidí empezar a practicar snowboard y me diste algunas lecciones.

Connor se rió disimuladamente.

—¿Fue ese el año en que te deslizaste por la montaña de morros?

Le lancé una mirada fulminante.

— Gracias por recordarlo, hermano.

Nina sonrió.

—Morgan lo estaba haciendo bastante bien hasta que ese esquiador la derribó.

La miré agradecida. En realidad, me había caído más veces de las que había practicado snowboard, pero era agradable tener una aliada.

—Gracias. Me di un buen golpe.

Me dirigió una sonrisa amable.

— A todo el mundo le pasa una primera vez. ¿Aún practicas snowboard?

Negué con la cabeza.

—He estado viviendo en Miami los últimos ocho años, pero tus lecciones me ayudaron a aprender a surfear con mayor facilidad.

Connor me dio un codazo.

—Parece que llevas una vida muy dura, hermana. Todo es mar, sol y surf.

Levanté una ceja y él me devolvió la sonrisa. Luego Nina tomó nota de nuestros pedidos y se fue.

Papá se reclinó en su silla, tocándose la barbilla.

—Morgan, tu madre me ha contado lo del lugar que alquilaste en el centro. ¿Hablas en serio de esa cosa de cortar el pelo?

—Por supuesto que no —dijo mamá.

Me puse rígida. Oh, genial. Había comenzado.

—Lo suficientemente en serio como para invertir su dinero en un negocio —dijo Connor, acudiendo a mi rescate—. Yo diría que ha reflexionado mucho la apertura de CM Salon.

Guau. Se había acordado de las iniciales y ni siquiera se había burlado de mí. Le daría a mi hermano un abrazo extra grande más tarde.

—Gracias, hermano —dije agradecida.

—Parece algo totalmente fuera de lo común en ti —dijo papá, luciendo completamente desconcertado, como si hubiera aceptado un trabajo como bailarina de danza del vientre o algo así.

Nina regresó, colocó con cuidado una canasta de pan, sirvió un vino blanco y se marchó nuevamente previo verificar si

necesitábamos algo más.

Cogí un panecillo bien caliente y lo unté generosamente con mantequilla.

Mamá tomó su copa de vino y me dedicó una sonrisa repentina.

—Quería decirte que Thomas Brand pasó por nuestra mesa antes de que llegaras a las siete y cuarto —Bajó el tono en la última parte, dejando claro que había notado mi llegada tardía—. Está en la ciudad por vacaciones y disfrutó de una cena temprana con sus abuelos. Preguntó por ti.

—Qué rico —Hundí los dientes en el pan tierno y la mantequilla fresca y cremosa, masticando lentamente mientras mi madre esperaba una mejor reacción. No iba a obtener nada de mí. ¿De verdad pensaba que cambiaría a Dallas por un ex novio porque estaba de vuelta en la ciudad? Tom me había dejado sin ningún motivo y yo hacía tiempo que lo había olvidado.

Mamá se giró para mirar por la ventana.

—¿Recuerdas la primera vez que te trajimos aquí, Morgan? ¿Tras unirnos al club?

Sentí una opresión en el pecho.

—Sí, tenía nueve años.

Papá habló por encima del borde de su copa de vino:

—Estabas tan decidida a comportarte como es debido. Te quedaste tan quieta que me sorprendió que no te quedaras congelada y así para siempre.

Bebí un gran trago de vino.

—Quería ser una buena hija.

—Siempre fuiste un amor. Grace y tú erais las mejores... —Se detuvo y miró hacia otro lado, dirigiéndose a las ventanas—. Le habría encantado el club. Solía pedirme prestado mi brillo de labios transparente porque pensaba que era un lápiz labial. No puedo imaginar por qué pensó que necesitaba brillo en los labios para que nos uniéramos al club, pero era tan dulce...

Ella guardó silencio. Los sonidos apagados del club nos rodeaban: conversaciones y risas, el tintineo de vasos, platos y cubiertos, y villancicos de fondo.

Me moví inquieta en mi asiento cuando Nina apareció y sirvió nuestras cenas. Se me revolvió el estómago al mirar la lubina que había pedido. Se veía increíble en el menú y también se veía increíble en el plato, pero no tenía apetito.

—¿Esos guisantes tienen menta? —preguntó Connor.

Asentí.

—Eso decía el menú.

Él clavó su tenedor en mis guisantes.

Levanté una ceja.

—¿Por qué no pediste el tuyo?

Me sonrió mientras comía con la boca llena de comida robada.

—Quería patatas.

Puse los ojos en blanco y luego metí el tenedor en sus patatas Yukon, sacando un montón de ellas cremosas y mantecosas—. Yo hubiera pedido las mías. Pero, ya sabes.

Papá se rió.

—Siempre os ha encantado robaros comida.

Mamá se rió y sonó sincera, lo que me hizo sonreír. Me metí las patatas en la boca y empecé a relajarme por primera vez esa noche.

Entonces mamá levantó su copa de vino.

—Estaba pensando en el problema del salón de Morgan. Cariño, dijiste que la casera accidentalmente alquiló el espacio a ti y a Dallas Parker. Pero ¿qué pasaría si ella regresa y decidiera cederle el alquiler a él?

De repente, el apetito que había acumulado desapareció. Dejé el tenedor y el cuchillo.

—No lo sé —respondí con sinceridad.

Papá me señaló con el dedo.

— Ella debería devolverte el dinero. Esa situación de doble alquiler no ha sido tu culpa.

No quería que me devolvieran el dinero. Quería mi salón y que tuviera éxito.

Mamá asintió.

—Sigo pensando que sería mejor reducir tus pérdidas aquí y ahora. Tal vez Dallas te devuelva una parte, dado que él se quedará con todo el espacio. Entonces, podrías venir a trabajar al banco y

estar con tu familia y no tener que preocuparte por las fluctuaciones de tus ingresos y todo eso. Ya tienes veintiséis años. Es hora de empezar a pensar en comprar tu primera casa y asentarte —Sonrió como si el asunto hubiera quedado zanjado—. Espero que veas a Tom mientras esté en la ciudad —dijo, y el significado no se me escapó.

—Lo dudo —Se me revolvió el estómago. Conseguí separar un trozo de pescado de las espinas y me lo llevé a la boca, pero no noté ningún sabor.

Connor me tocó el brazo.

—Bueno, no me importa si eliges ser esteticista, banquera o carnicera, Morgan. Me alegro de que estés en casa.

Papá asintió.

—Estoy de acuerdo. Es agradable tener a toda la familia reunida nuevamente.

Mamá miró su plato por un momento.

—Sí, es bueno tenerte en casa, cariño —dijo con voz suave y triste.

Me di cuenta de que no había repetido: «Toda la familia estaba reunida de nuevo». Por supuesto, nunca diría eso. Grace no estaba aquí y, por lo tanto, nuestra familia nunca volvería a estar completa.

Y eso era mi culpa.

—Ya era hora de volver a casa —dije, mientras el cansancio me invadía. Sabía que volver a casa sería difícil, que abrir mi propio salón era algo por lo que tendría que luchar y que sería una lucha difícil. Pero no me había dado cuenta de lo difícil que sería en realidad.

CAPÍTULO TRECE

La semana siguiente pasó volando, con todas las horas que pasé decorando el salón, almacenando todos los suministros y evitando las indirectas de mi madre acerca de la firma del contrato de alquiler con Dallas cada vez que la veía. De repente, era el viernes anterior a mi gran inauguración. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y definitivamente también se notaba en el ambiente. Las aceras estaban repletas de compradores y de gente que miraba los escaparates decorados del centro.

Había comprado varios libros de peluquería en la librería ese mismo día y me encontré con Carol Bennett, una de mis «compañeras de pulsera de mejores amigas del equipo del coro», que ahora trabajaba allí a tiempo completo. Nos pusimos al día un poco sobre lo que habíamos estado haciendo desde la graduación. Según parecía, ella había estado trabajando de modelo por todo el mundo, pero había dejado de hacerlo porque era demasiada presión. Sin embargo, parecía feliz de trabajar en la librería.

Una de las mejores cosas de volver a Christmas Mountain fue volver a ver a mis viejos amigos. Por eso me emocioné mucho cuando Ruby me invitó a hacer las compras navideñas.

—Ahí está la tienda de la que te hablé el otro día —dijo Ruby, mientras nos acercábamos a una tienda con un toldo rojo y plateado —. Moxie acaba de abrir. De todos modos, busquemos aquí el regalo

de amigo invisible que necesito para mi intercambio de regalos en el trabajo.

—Suena bien —sonreí, mientras mis pies se desaceleraban en la acera observando el adorable escaparate que tenía una serie de cajas de regalo envueltas cuidadosamente en papel rojo y moños verdes—. Dallas y yo acabamos de agregar regalos falsos debajo del árbol en el escaparate de nuestra tienda —dije.

—¿Las cosas siguen yendo bien entre vosotros? —preguntó, mientras me veía asentir—. Tal vez este año intercambiéis regalos de verdad, en lugar de solo cajas vacías debajo del árbol en el trabajo.

—Muy graciosa —dije, pensando que nuestra relación era demasiado temprana para recibir regalos. Entonces miré un objeto que había en un rincón del escaparate y se me ocurrió una idea—. De hecho, creo que le compraré un regalo a Dallas.

—Vaya. Ha sido fácil —Ruby abrió la puerta y entramos—. Hablando de tu tienda... ¿Estás lista para la gran inauguración? Es el lunes, ¿no?

—Sí —dijo mi corazón con fuerza—. Creo que estamos listos. Eso espero. Pero siempre pienso que justo antes se romperá algo, o explotará una tubería, o el suelo decidirá moverse. Las cosas tienden a salir mal conmigo. Ejem, la silla naranja —Levanté las cejas e intercambié una sonrisa burlona con ella—. ¿Y si algo sale mal?

Ella hizo un gesto con la mano con desdén.

—No pienses en problemas.

—Lo intentaré —suspiré, mirando el árbol de Navidad de Moxie y a los niños reunidos a su alrededor, todos sonriendo y disfrutando mientras sus padres estaban de compras.

De repente, me imaginé a varios niños pequeños de ojos color caramelo reunidos alrededor de un árbol decorado en Nochebuena. Dallas lo habría cortado él mismo, por supuesto. Instalaríamos el árbol junto a su ventana con esas increíbles vistas a la montaña. Me traería un café con leche del Sleigh Café, colocaríamos un ángel en la parte superior del árbol y luego nos besaríamos, mientras nuestros hijos bailaban a nuestro alrededor...

—Mira esa bufanda. ¿Es de cachemira? —preguntó Ruby.

Parpadeé y salí de mis pensamientos. ¿Realmente había imaginado un futuro con Dallas? ¡Me había precipitado! Nuestra relación estaba apenas en la etapa inicial, aunque nos conocíamos de toda la vida. Se me hizo un nudo en el estómago. La víspera de Navidad era la noche especial en la que mi familia intercambiaba regalos, pero mi madre nunca pasaría unas vacaciones con Dallas Parker. Apenas pudo mirarlo la única vez que lo vio. Buf.

—Es de cachemira —Ruby pasó los dedos por la bufanda de hombre y asintió mientras sostenía la suave bufanda para examinarla más de cerca—. ¿Crees que a mi jefe le gustaría esto?

Asentí.

—Um, sí. Pero ¿no es ese un regalo caro para un amigo invisible? Siempre recibo una botella de vino o una de esas latas llenas de palomitas de maíz.

Ruby soltó la bufanda.

—¿Crees que es demasiado?

—No, si hay algo entre tú y tu jefe que no me estás contando —dije, levantando las cejas.

—Bueno, me ha invitado a salir, pero no estoy segura de si me gusta de esa manera... —Su voz se fue apagando, lo que me hizo preguntarme en qué estaba pensando. O, mejor dicho, en quién.

—Mmm —decidí no insistir más y me dirigí hacia un cartel que anunciaba casas de jengibre. Sin embargo, cuando llegamos a la mesa, estaba vacía, salvo por unas cuantas casas de exhibición—. Oh, no. Esperaba conseguirle a Dallas un kit de casas de jengibre. Me pregunto si tendrán alguno en el almacén.

Ruby miró a su alrededor, pero los dos vendedores estaban ocupados cobrando a la gente o corriendo al almacén para buscar algo.

—Dales un minuto y les preguntaremos. ¿Por qué quieres un kit de casitas de jengibre? Son muy difíciles de hacer.

—Lo sé —Me aparté de la mesa y examiné una mesa llena de cajas de regalo—. Quiero hacer una casa de jengibre con Dallas. Su madre solía hacerlas con él cuando era pequeño y le encantaba la tradición. No creo que haya hecho una desde que ella se fue.

Ruby dejó de hurgar entre los regalos y se quedó boquiabierta.

—Vale, guau. Montar una casa de jengibre es todo un compromiso. Son muy difíciles y pueden acabar en un montón de migajas y glaseado si cometes un error. Una no hace algo con tanto potencial de desastre a menos que estés comprometida con un hombre. Así que cuéntamelo. Ahora.

Eché un vistazo rápido a la tienda, la agarré del brazo y la guié hacia un rincón tranquilo. Respiré profundamente.

—Anoche me llevó a Overlook. Me encantan las increíbles vistas de la ciudad desde allí arriba. Todas las luces centelleantes. Bajamos las ventanillas y escuchamos las campanas de la iglesia. Muy romántico. Mucho mejor que la vez que fui con Tom Brand cuando tenía diecisiete años y tuve que defenderme constantemente de sus manos de pulpo.

La expresión de Ruby se ensombreció.

—Dallas no te besó, ¿no?

—Oh, han habido muchos besos. Créeme. Pero es más que eso. Él es amable y divertido y tenemos esa conexión. Sé que al principio quería que se fuera del local, pero ahora no puedo imaginar el salón sin su tienda al lado. Deberías ver la pared divisoria que hizo para separar nuestros negocios. Es impresionante. Ni siquiera tuve que preguntar. Simplemente lo hizo.

—Sí, Dallas —dijo Ruby, alzando las cejas. Luego se puso a juguetear con un expositor—. ¿Qué opina tu madre de que os veáis?

Gemí.

—No le he contado esa parte. Está intentando emparejarme con Tom Brand —Ruby abrió mucho los ojos. Me lancé hacia delante—. Parece una propuesta interesante sobre el papel y me gustó mucho en la escuela secundaria. Pero lo que él y yo teníamos no era nada comparado con lo que siento por Dallas. Mi madre nunca lo entenderá. Nos vio besarnos, pero creo que lo ha dejado pasar como un accidente o un error o algo así. Si supiera que me he enamorado de él, la destrozaría.

Ruby puso una mano sobre la mía.

—Lo siento, Morgan.

Sabía exactamente cuánto lo sentía. Había estado allí el día en que Grace se cayó y murió. También había estado allí cuando mamá

se abalanzó sobre Dallas, gritando que era su culpa. Que mi madre nunca lo había perdonado no era ningún secreto. Que nunca lo perdonaría era un hecho.

En lo que a mi madre respecta, Dallas era el último hombre del mundo que quería en su familia. En su mente, él ya le había costado el único miembro de su familia al que más amaba. No sabía qué parte de eso me dolía más.

CAPÍTULO CATORCE

La noche anterior a nuestra gran inauguración, estuve en el CM Salon, que también es la tienda de Muebles Parker, y sonreí al ver lo que vi. El espacio delantero albergaba los muebles de Dallas, todos ellos dispuestos en grupos elegantes que invitaban a la gente a sentarse en hermosos sofás, en sillas talladas y pulidas, disfrutar de una de las revistas dispuestas en abanico sobre las mesas de café o sentarse en una mesa de comedor con sillas.

Habíamos colocado un segundo árbol cerca de uno de los sofás y en ese momento me di cuenta de que ese era el hogar que algún día quería tener para mí. Mi mirada se posó en el biombo alto y ancho, que estaba diseñado de manera inteligente para que la parte delantera quedara oculta a la vista y los clientes de mi salón pudieran relajarse en la privacidad y la decoración tranquila de la parte del espacio comercial que era mío.

Mío. Todo mío. Por fin.

La mitad trasera, mi mitad, tenía paredes neutrales y suelo de madera, espejos y sillas modernas, y una pequeña sección aún más privada que tenía una habitación diminuta con una camilla para masajes y algunas plantas en macetas, un estante con limpiadores faciales y ceras y otras cosas para el cuidado de la piel.

El divisor que Dallas había construido también servía como estante en la parte trasera y pasé unas cuantas felices horas

organizando todos los productos que esperaba vender a mis clientes.

Dallas colocó más espumillón en las ramas de nuestro segundo árbol.

—Estás sonriendo.

—Lo estoy —Coloqué un montón de ramas de abeto en la parte alta y dije—. No puedo parar.

Me miró y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—Me acabo de enterar de que ser feliz no es algo malo.

Mi sonrisa se desvaneció de inmediato.

—¿Qué pasará si mi madre odia el lugar? ¿Qué pasa si cree que debería haber decorado con colores vibrantes en lugar de colores neutros? Siento que todo está en juego para que yo demuestre a mis padres que puedo tener éxito. Si fracaso, eso demostrará que tenían razón y que debería haberme puesto a trabajar para ellos en el banco.

—¿Dónde está esa sonrisa que vi hace un minuto? —Dallas tomó mi mano, la apretó y la movió de un lado a otro de esa manera suya que me resultaba tan relajante—. Abrir tu propio negocio se supone que es divertido. No se trata de demostrarles nada a tus padres. No dudes de cómo decoraste este local. Debes confiar en ti al cien por cien. Este es tu sueño y eso es algo maravilloso.

—Tienes razón —dije, pero mi felicidad todavía estaba empañada por la preocupación de que mis padres no lo aprobaran. No había sido tan feliz en mucho tiempo, pero los viejos hábitos eran difíciles de eliminar. Tomé una tira de luces que había dejado sobre la mesa y le sonreí. Parpadeaban y se encendían, sus brillantes colores brillaban. No había luces blancas simples para nosotros—. ¿Dónde deberíamos colgarlas ahora que finalmente hemos logrado ubicar el otro árbol donde nos gusta? —pregunté.

—Pensé que podríamos colgarlas en el techo —Arqueó las cejas, pero no se movió hasta que asentí—. Déjame agarrar la escalera. Apágalas, ¿quieres? No quiero electrocutarme.

—Claro —dije, mientras las apagaba. Sostuve la tira de luces para él mientras las colgaba con cuidado, colocándolas en el techo y usando cinta adhesiva de doble cara para mantener las tiras en su lugar.

Saltó de la escalera y me sonrió.

—Cierra los ojos.

Ni siquiera pregunté por qué. Cerré los ojos con fuerza y me quedé allí, con el corazón palpitando con fuerza y los oídos atentos a cada sonido, para poder entender qué estaba haciendo. Pasos. Un clic. Y luego pasos de nuevo.

—Abre los ojos —dijo a mi lado.

Los abrí y jadeé mientras inclinaba la cabeza hacia atrás para poder ver nuestra obra. La habitación estaba a oscuras, las luces de techo apagadas y las luces navideñas brillaban y bailaban como estrellas brillantes contra el techo.

Grité:

—Es precioso.

—Muy bonito —dijo con voz ronca, pero me miraba a mí y no a las luces. Mi vientre se revolvió un poco—. Espera —dijo, levantando el dedo índice.

—¿Esperar? ¿Para qué? —pregunté, pero él ya se había dado la vuelta y se había acercado al equipo de música que habíamos instalado.

Jugueteó con el control remoto y luego una música suave llenó la habitación. De repente, la voz de Martina McBride se escuchó a través de los altavoces cantando «White Christmas». Mi sonrisa se hizo más amplia y mi corazón se aceleró cuando él se acercó a mí, una figura fuerte incluso en la penumbra.

—Me encanta esta canción —admití tímidamente—. Ojalá pudiéramos tener una Navidad blanca este año. Me encantaría, pero haría falta un milagro para que la temperatura bajara a tiempo.

—Nunca se sabe —dijo, extendiendo la mano—. ¿Me concedes este baile?

—Por supuesto —dije.

Me abrazó con fuerza. Sentí la fuerza de su cuerpo firme contra el mío mientras me guiaba por el suelo de madera con una mano en la parte baja de mi espalda y la otra sosteniéndome la mano. Juntos, nos movimos en un círculo lento y giratorio bajo las luces.

De repente, sintiéndome tímida, levanté las pestañas.

—Esto me recuerda al baile de graduación.

—Me hubiera gustado llevarte al baile de graduación.

Mi vientre se agitó.

—Ojalá lo hubieras hecho.

—Ojalá —Me acercó aún más, tanto que podía sentir los latidos de su corazón y ver el pulso constante en el hueco de su garganta—. Fuiste con Tom en el último año. Llevabas un vestido blanco largo con una falda de princesa.

Me eché a reír ante la acertada descripción y él me hizo girar con destreza.

—Nunca lo olvidaré —gemí—. Yo era la novia del baile, así me llamó Ruby. En mi defensa, mi madre eligió ese vestido. Dijo que el vestido que yo quería era demasiado corto y demasiado ajustado.

Él se movió y dio un paso y yo lo seguí, cada punto de contacto entre nosotros alimentaba las emociones que brotaban entre nosotros. Sentí mariposas en el estómago. Mi piel se estremeció y mi cuerpo se apoyó contra el suyo para estar aún más cerca de él.

—Estabas preciosa —dijo sonriendo y luego me guiñó el ojo—. Incluso cuando tu vestido tiró la mesa de aperitivos.

Ambos nos reímos al mismo tiempo.

Me incliné y dejé que me guiara.

—¿Recuerdas eso?

Su pecho vibró bajo mi mejilla.

—Es difícil olvidarlo.

Hice una mueca, pero me reí al mismo tiempo.

—Creo que el contenido de ese ponche todavía estaba atrapado en la enagua cuando llegué a casa.

Nuestras risas se fueron sucediendo al compás de otra canción navideña. Bailar con Dallas me pareció puro, dulce y real. No quería que terminara nunca. Dejé escapar un suspiro celestial antes de levantar mi rostro hacia el suyo. Me miró a los ojos. Luego su boca descendió sobre la mía.

La música suave, las luces en la oscuridad, la sensación de su boca y su cuerpo, el roce de su mano, firme y seguro, todo ello combinado con su aroma a madera hizo que mis rodillas se debilitaran. Mis emociones se agitaron bajo el dulce poder de ese

beso. Cada respiración, cada segundo, se fundieron en un momento perfecto, que me hizo olvidar todo menos nosotros.

Finalmente nos separamos. Me miró con los párpados entrecerrados. La música cambió de nuevo, esta vez a «Noche de paz», que era mi canción navideña favorita. Seguimos bailando, balanceándonos hacia adelante y hacia atrás, dejando que nuestros cuerpos se tocaran mientras la música se derramaba sobre nosotros en suaves oleadas.

—Ojalá hubiera sido lo suficientemente bueno para ti en ese entonces. Si así hubiera sido, tal vez nunca hubieras ido al baile de graduación con ese sapo.

Entrelacé mis dedos con los suyos.

—Si pudiéramos volver atrás en el tiempo, haría las cosas de otra manera. ¿O tal vez es por aquello que estamos así ahora? —sugerí.

—Me gusta cómo estamos ahora —susurró, levantando las comisuras de los labios mientras colocaba un mechón de pelo detrás de mi oreja—. ¿Cómo estuvo la cena en el club?

—Ojalá hubieras estado allí. Habría sido bueno tener un aliado. Aunque tal vez no hubiera sido buena idea —dije, mirando hacia mis pies.

Me levantó la barbilla y me preguntó:

— ¿Por qué no?

Suspiré, me costaba mirarlo a los ojos.

—Mi madre.

Sus dedos se extendieron sobre mi espalda.

—Ella no me aprueba.

—Ni con suerte —dije, apoyando la cabeza contra su pecho otra vez. La canción siguió sonando, pero él hizo una pausa y me abrazó fuerte bajo el manto de luces alegres y hermosas—. No sé qué hacer con ella, Dallas.

—Morgan...

—Sé lo que vas a decir, así que por favor no lo hagas —Negué con la cabeza, porque no quería que me volviera a decir que el accidente no había sido culpa mía. Porque sabía que no era cierto.

—Morgan, necesito decirte algo.

—¿Qué pasa? —susurré.

—Necesito responder a tu pregunta anterio.

Su voz era baja y tensa, perfectamente audible. De repente, mi estómago burbujeó de preocupación. ¿Estaba a punto de decirme que se había vuelto a encontrar con Nina? ¿Que nunca la había superado? ¿O que había conocido a otra persona?

Me preparé.

—Simplemente dilo.

Bajó su frente hacia la mía.

—Tú eres la razón por la que nunca me enamoré de nadie.

Mi visión se nubló.

—¿Yo?

—Ninguna de las personas con las que salí podía compararse contigo —Me tomó la cara entre las manos y me sostuvo allí, con la voz temblorosa—. Me fui de aquí porque no era lo suficientemente bueno para ti. Estaba amargado y preocupado. Sabía que tenía que convertirme en alguien digno de ti.

Sus palabras hicieron que mi corazón pareciera a dos segundos de explotar.

—Oh, Dallas... —Me puse de puntillas y presioné mi boca contra la suya.

Quería decirle que lo amaba y que siempre lo había amado. Quería decírselo tanto que me dolía. Pero tal vez tuviera que elegir entre mi familia y él, así que me quedé callada. Me di cuenta de que eso era exactamente lo que me esperaba. Pero ¿qué podía hacer?

Como un millón de veces en mi vida, deseé que Grace estuviera allí. No porque su presencia cambiaría algo entre mi madre y yo, sino porque añoraba a mi hermana mayor. Cuando era niña, siempre que estaba triste, ella me abrazaba y me aseguraba que todo iba a ir bien. Pero por mucho que la necesitara, ella ya no estaba. Así que simplemente besé a Dallas con todo mi amor, esperando nunca tener que romperle el corazón.

CAPÍTULO QUINCE

El lunes por la noche, día dieciocho de diciembre, cambié el cartel que colgaba de la puerta principal del Salón CM y Muebles Parker de abierto a cerrado. Nuestro primer día había sido un éxito rotundo. Justo cuando abrí la boca para decírselo a Dallas, se dirigió a nuestro sistema de sonido y puso a todo volumen «Jingle Bell Rock» por los altavoces.

Me di la vuelta para alabar su elección de canción, pero desapareció por una esquina. Parpadeé, preguntándome dónde había ido. Antes de que pudiera llamarlo por su nombre, alguien tocó a la puerta principal. Me giré y miré hacia la misma para encontrar la nariz de Ruby presionada contra la ventana.

Señaló el pomo de la puerta cerrada. Sonreí y señalé el cartel de cerrado. Levantó una caja con el logotipo de Jingle Bells Bakery en los laterales y luego abrió la tapa para revelar gloriosos rollitos de canela dorados y glaseados dentro de la caja.

Abrí la puerta y dije:

—Bien jugado.

—Nadie puede resistirse a los rollitos de canela de Jingle Bells Bakery —Ruby entró corriendo, luciendo un grueso abrigo color camel sobre un suéter de manga larga, una falda de tartán sobre leggings negros y botas de gamuza roja brillante con suela gruesa.

Comenzó a bailar al son de la música fuerte, chasqueando los dedos mientras saltaba.

—¡Enhorabuena por el éxito de tu primer día! —dijo.

—¡Gracias! —Volví a cerrar la puerta de entrada con llave y luego inhalé profundamente y con placer el aroma de masa con canela, vainilla y mantequilla—. ¿Cómo conseguiste que los trajeran a esta hora del día y, además, calientes? Pensaba que cerraba temprano los días laborables.

—Tengo contactos —dijo Ruby, haciendo una reverencia y bajando la cabeza—. Yo me ocupo del cuidado de su perrita schnauzer, que es una auténtica diva. Y eso sin mencionar que muerde. Mucho.

Volví a inhalar los aromas que salían de la caja.

—Esa es la verdadera diferencia entre depilar a un perro y a un humano. La mayoría de los humanos no muerden.

Los ojos de Ruby brillaron de risa.

—¿Solo la mayoría? ¿No todos?

Hice una mueca.

—Hay un niño en el pueblo cuya discrepancia a que le corte el pelo ha pasado hoy de los gritos a los mordiscos.

Ruby exhaló un largo suspiro.

—Ay. ¿Y cómo te las arreglaste?

—Resolviendo el problema —dije, dándome un golpecito en la sien—. Resultó que tenía miedo de que las tijeras le cortaran las orejas. Así que le hice protectores de orejas con rulos de espuma. Tras ese invento, todo fue bien.

Ruby me dio una palmadita en el brazo.

—Algún día serás una gran madre.

—¿Mamá? ¿Yo? —Mi mente se desvió hacia esa escena imaginaria con Dallas y los niños en Nochebuena. Se me cerró la garganta. Quería formar una familia. Mucho. No sabía cuánto hasta que había vuelto a casa y me había enamorado. Nunca antes los niños habían estado en mi radar.

Se escuchó un fuerte rap-rap-rap en la puerta, desvaneciendo mis pensamientos.

—¿Qué está haciendo Connor aquí? —pregunté, abriendo la puerta principal y girando el pomo por segunda vez esa noche.

Connor entró en medio de una ráfaga de viento helado. Llevaba una bufanda anudada de manera informal alrededor del cuello, tenía las mejillas rojas por el frío y llevaba un gran ramo de flores variadas.

—¿Son para mí? —pregunté chillando.

—No —dijo Connor, sacudiendo la cabeza. Su abrigo lucía una capa de nieve artificial que la gente estaba rociando en los escaparates de sus tiendas—. Son para Dallas. ¿Crees que le gustarán?

Me eché a reír.

—Dame eso.

—Felicidades, hermana —Connor me arrojó las flores.

Me volví hacia el divisor y vi a Dallas salir caminando por la parte de atrás con una enorme sonrisa en su rostro y una botella de champán en su mano. Se detuvo en seco, olfateando el aire.

—Algo huele bien. ¿Son rollitos de canela?

Asentí.

—Nada menos que Jingle Bells Bakery. Ruby los trajo. Y debes tener una nariz de sabueso. Espera que busque un florero para ponerlas. ¿Te importa si las coloco en esa mesa junto al árbol?

Dejó la botella sobre la mesa por la que le había preguntado

—Para nada —Dallas le dio un cálido abrazo a Ruby. Luego él y Connor intercambiaron uno de esos incómodos abrazos con un solo brazo que se dan los chicos—. Me alegro de verte, hombre. Déjame traer más vasos.

Dallas fue a buscar vasos mientras Ruby y Connor se sentaban. Ruby se puso a arreglar las servilletas y algunos utensilios de plástico, mientras yo colocaba las flores en un bonito florero. Dallas volvió y descorchó la botella. El champán se derramó y él soltó un alegre grito mientras llenaba los vasos y seguidamente se sentaba a mi lado en el sofá.

—Sois la comidilla de la ciudad —dijo Ruby—. Escuché a Addie Wilcox decir que su esposo tiene que hacerse una pedicura en el Salón CM. Sus palabras exactas fueron que él tiene las peores uñas

de los pies del mundo y que si ella trata de convencerlo para entrar a ver un mueble, será un pequeño paso más hacia la silla de pedicura.

Nuestra risa resonó, la de los cuatro al mismo tiempo.

Dallas se rio.

—No puedo imaginarme a un hombre haciéndose la pedicura.

Connor lo golpeó en el brazo.

—Yo me la hago, varias veces al año, de hecho.

Dallas se quedó boquiabierto.

—Estás bromeando.

Lo interrumpí:

—No. Muchos hombres se hacen la pedicura. Es bueno para los pies.

Dallas arqueó las cejas y bajó la mirada hacia sus zapatos, como si no pudiera imaginarlo.

—¿En serio?

Sonreí dulcemente.

—Y también te vendría bien una manicura.

Sus labios se torcieron.

—¿Me estás ofreciendo una?

Estudié su rostro.

—¿Estás dispuesto a dejar que te haga la manicura?

Soltó una alegre risa.

—Mejor esfuérzate con tu clientela habitual. Aunque me gusta la parte en la que me cogerías de la mano.

Después de ese comentario, Connor miró a Dallas y luego a mí, y luego su expresión facial cambió como si reconociera que Dallas y yo éramos más que simples vecinos amistosos de negocios. Si eso le molestaba, no se le notaba.

—Tú te lo pierdes —Le sonreí a Dallas, pensando que encontraría otra forma de cogerle la mano. Le di un mordisco a mi rollito de canela y gemí de placer. El dulce y pegajoso dulce se me pegó a la lengua y a la garganta, aportando otra capa de dulzura al día. Había sido un buen día, y también rentable. La felicidad chisporroteó por todo mi ser al pensar en los ingresos obtenidos y en cuánto compensarían lo que había gastado para poner en marcha el salón.

Ruby se metió un trozo de rollito en la boca y masticó pensativamente.

—He oído que las chicas que organizan los recorridos en autobús por Christmas Mountain están planeando incluir tu salón de belleza/tienda de muebles en su recorrido. El turismo ha bajado, como sabes, pero tu local es toda una novedad. Reciben turistas que se cansan y se ponen de mal humor por estar en un autobús todo el día y dicen que quieren comprar cosas que no son el tipo de souvenir habitual, así que podrías captar nuevos clientes de esa manera.

Dejé que el champán se asentara en mi lengua y el delicioso líquido burbujeó y estalló antes de tragarlo.

—Es una noticia maravillosa, Ruby. Me acordaré de pasar por su puesto y agradecerles que se hayan acordado de nosotros. Les ofreceré un descuento en algunos servicios por ponernos en su ruta.

Connor aplaudió.

—Ahí se nota tu título en negocios, hermana.

—Muy gracioso —levanté una ceja—. Solo estaba siendo amable. ¿Cómo van las cosas en el banco? Aparte del coche nuevo.

—No me puedo quejar —dijo, lamiéndose las migas de los labios antes de secarlas con una servilleta por si acaso—. Dallas. ¿Cómo te fue con las ventas de muebles hoy?

Dallas dejó su copa sobre la mesa. Su rostro irradiaba orgullo.

—Genial. Vendí un comedor completo y una mesa de cocina, además de algunos armarios. Fue un buen día de apertura.

—Felicitaciones, Dallas —Ruby levantó su copa de champán en su dirección antes de volverse hacia mí—. Escuché que hoy has tenido todo ocupado, Morgan.

Me tragué otro bocado de rollito tibio y esponjoso.

—¡Sí! Probablemente porque la ubicación es muy buena.

—No creo que sea solo eso —Ruby se inclinó hacia delante y su mano libre tocó mi pierna—. La ubicación ayuda, pero eres muy buena en lo que haces. Todo el mundo lo sabe.

Mi estado de ánimo decayó de inmediato.

—En realidad, no todo el mundo piensa eso.

Aparte de redecorar el árbol (cosa que no le había pedido que hiciera), mi madre no había hecho nada para ayudarme o apoyarme. Hasta mi padre se había relajado lo suficiente como para pasar a darme un abrazo y desearme buenos deseos durante la hora del almuerzo, pero ¿mamá? No.

Ivy Reed tenía una columna vertebral de acero y de ninguna manera estaba dispuesta a rebajarse para admitir que podía estar equivocada en algo, mucho menos en que yo era una esteticista estupenda.

—No dejes que los problemas de mamá arruinen tu día de inauguración —dijo Connor.

—Pero ¿por qué no puede apoyarme? Quiero decir, Emma Winters, de mi grupo de coro, llamó hoy y concertó una cita para enero. Y Joy Evans, del grupo de coro, pasó por el salón hoy para apoyarme y no había hablado con ella en años.

—¿Joy? —preguntó Ruby—. No sabía que había vuelto a la ciudad. Es un detalle de su parte que se pasase en este día tan especial para ti.

—¿Verdad? —Sonreí. Aunque no debería haberme sorprendido. Joy siempre estaba cerca cuando la necesitábamos, escuchándonos en silencio. Nunca juzgando. Nos abrazamos y retomamos las cosas donde las habíamos dejado como si no hubiera pasado el tiempo—. Incluso concertó una cita en la peluquería para ella y Carol Bennett para este jueves. Quieren que su pelo luzca fabuloso para la gran fiesta de Navidad.

Dallas se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Es genial que las siete volváis a actuar para la señora King en el espectáculo. Es como en los viejos tiempos.

—Desde luego —estuve de acuerdo—. Y aunque no he hablado con Joy ni con nadie en años, mis mejores amigos de la escuela secundaria han mostrado su apoyo a mi nuevo negocio. Pero mi propia madre no. Realmente duele.

—Te apoyamos —Dallas se acercó y tomó mi mano. Giré la cabeza para mirarlo y, a pesar de mi desánimo, se me formó una

sonrisa—. Nunca en mi vida había visto a tanta gente con un pelo digno de un anuncio de champú —dijo.

El cumplido hizo que mi sonrisa se ensanchara, pero luego dudé. Me dolió el corazón y mi estado de ánimo volvió a decaer. ¿Mi madre llegaría a ver alguna vez que estaba haciendo lo que amaba? ¿Que era buena en eso y que me enorgullecía mucho? ¿Que era mi pasión?

Probablemente no.

De alguna manera, se las había ingeniado para imponerme los sueños de juventud de Grace. Sinceramente, ella no podía recordar que había sido Grace la que había entrado al banco y no yo. O no lo veía o no le importaba recordarlo de esa manera.

A Grace le encantaba el banco, y yo no era Grace. Nunca podría ser Grace. Hasta yo había admirado a mi hermana mayor, que realmente me había parecido perfecta en todos los sentidos. No sabía cómo ser la única hija que le quedaba a mi madre sin ser una gran decepción.

—Mira qué tierno, Connor —De repente, Ruby chocó su copa con la de mi hermano—. Dallas y Morgan están cogidos de la mano.

—Oooh —Connor nos miró con una sonrisa burlona.

—Ya basta, parad los dos. Por favor —Me quejé.

Connor bebió un trago de champán.

—Veo que el acoso de mi hermana finalmente funcionó contigo, Dallas.

Me quedé con la boca abierta.

—No lo acosé —dije con voz entrecortada.

Ruby movió las cejas.

—Tal vez no esta vez. Pero cuando eras más jovencita...

—¿No se supone que deberías estar de mi lado? —le pregunté mirándola boquiabierta.

Ruby se rio y se sacudió las migas del suéter.

—Estoy de tu lado, Morgan. Por eso dije que tal vez no esta vez.

Dallas me apretó la mano.

—Puedo dar fe de que no hubo acoso.

Lo miré de reojo.

—Gracias.

Bebió el último sorbo de champán que le quedaba en la copa. La música navideña se arremolinaba a nuestro alrededor, las luces del techo titilaban y el árbol brillaba. Quería ser feliz en ese momento, pero faltaba algo.

Mi madre estaba enfadada conmigo, seguía negándose a aceptar mis decisiones de vida. Probablemente nunca pondría un pie en el salón ni nos aceptaría ni a Dallas ni a mí. Odiaba que esas cosas se interpusieran en mi felicidad tras la gran inauguración, pero quería a mi madre.

Dallas aplaudió.

—Tengo una idea. Vamos a Flat Rock.

—¿Dónde? —preguntó Ruby.

—Conoces el lugar —Connor le dio un codazo a Ruby de una manera que me hizo preguntarme qué estaban ocultando—. Esa gran losa de granito... En esa curva del río Christmas en el lado sur de la ciudad…

Las mejillas de Ruby se sonrojaron.

—Ah, cierto.

—Traeré otra botella de champán —dijo Dallas, aparentemente ajeno a su curioso intercambio—. Pongámonos en marcha.

Me mordí el labio inferior.

—Hace bastante frío esta noche.

—Allí hay para hacer fuego —dijo Dallas—. Tengo leña. Podemos hacer una fogata y beber champán mientras contemplamos las estrellas. Será una noche para recordar.

Mi boca se estiró en una sonrisa.

—Está bien, me apunto.

Después del día que había tenido, una noche para recordar sonaba perfecta.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El lugar para hacer fuego en Flat Rock se encontraba junto a la enorme roca plana que le daba el nombre al lugar, y la vista desde justo encima del río era impresionante. El agua brillaba bajo la luz menguante, como una ancha cinta oscura que recorría las orillas. El ocasional chapoteo, el croar y el chirrido de los insectos y otras cosas brindaban un suave contrapunto a la música del río que fluía entre las rocas.

El fuego estaba encendido y ardía, las llamas brillaban de un color naranja rojizo. La luna flotaba en el cielo, gruesa y plateada, y las estrellas punzaban el cielo. Aunque las rocas detrás de nosotros bloqueaban el viento, un frío atravesó el aire y me hizo estremecer.

Dallas me rodeó con el brazo y me acercó más a él. Mucho mejor.

Connor arrojó una pequeña piedra por el borde y luego se volvió hacia Dallas.

—¿Recuerdas la vez que convencimos a Morgan y Ruby para que se deslizaran por las rocas en ese viejo trineo?

—Por supuesto —dijo Dallas riéndose y dándome un apretón.

—¿Eso fue aquí? —preguntó Ruby riéndose—. Lo había olvidado por completo.

—¿Dices que esa cosa era un trineo, hermano? —Me eché a reír ante la descripción—. Era solo la parte inferior de un trineo,

¿recuerdas? Alguien había roto el trineo y os lo había dado, qué locos. Luego, nos convencisteis a Ruby y a mí para que nos subiéramos a ese artilugio.

Ruby levantó su copa de champán y señaló el río.

—Le echo la culpa al calor por haberme obligado a aceptar deslizarme en esa cosa. Hacía como cuarenta y cinco grados ese día. Claramente, el calor nos había provocado un caso de locura temporal.

Connor se inclinó hacia ella.

—Parece que ese chapuzón en el río curó tu calor.

—Yo diría que sí —Ruby le dirigió una mirada burlona—. Incluso en verano, esa agua estaba helada.

—Estaba muy fría —concordé, recordando ese día y los recuerdos que todos habíamos compartido.

—No puedo creer que vosotras, pollitas, estéis de acuerdo —dijo Connor, riendo.

—En nuestra defensa, tengo que decirte que nos desafiaste dos veces a que lo probáramos —Bebí un sorbo del líquido espumante en mi vaso, el delicioso sabor bailaba en mi lengua. Luego levanté mi vaso vacío—. ¿Quién tiene la botella?

—Aquí mismo —dijo Dallas, levantando la botella y sirviéndome otra copa. —¿Alguien más?

Ruby negó con la cabeza.

—Ese fue el último desafío que acepté, muchas gracias.

—Una decisión inteligente, probablemente —Connor le guiñó un ojo, bebió el resto de su bebida y luego se la ofreció a Dallas para que la volviera a llenar.

Sentarme allí con Ruby, Connor y Dallas me hizo sentir una cálida sensación de bienestar.

—¿Sabes qué es raro? —pregunté, sabiendo que el champán estaba afectando mi estado de ánimo y me estaba poniendo sentimental—. Iba a la playa de Miami y me encantaba la arena, el surf y el sol… ¿A quién no le gustaría? Pero extrañaba este río. Extrañaba mi hogar.

—En casa te hemos echamos de menos —dijo Ruby, mientras me apretaba el brazo—. Nos alegra que hayas vuelto.

—Por supuesto —Connor levantó su vaso y lo chocó contra el mío.

—No puedo discutir eso —Dallas chocó su vaso con el mío y luego rozó mis mejillas con sus labios, provocando un hormigueo en mi piel. Ais.

Sentí que mi corazón se encontraba mejor y que mi estado de ánimo mejoraba. Pero, de repente, recordé que mi madre no había aparecido en mi salón ni había hablado conmigo el primer día que me embarcaba en mi sueño. Las lágrimas nublaron mis ojos. De repente, me sentí abrumada por la emoción, pero no quería arruinar el buen humor de todos. Necesitaba un respiro para recomponerme.

Mientras Dallas y Connor empezaban a hablar sobre un problema de financiación del centro comunitario donde se celebraría la gran fiesta de Navidad, le dije a Ruby que volvería en un minuto. Dejé mi copa vacía sobre el tronco dado vuelta que habíamos estado usando como mesa y caminé hacia el río.

—¿A dónde vas? —preguntó Dallas con voz inusualmente preocupada.

—Solo quería observar el agua con más atención —Puse los ojos en blanco ante su sobreprotección. Aunque me pareció completamente adorable. Mi corazón se desmayó. Con mis botas negras de tacón, caminé sobre el duro granito y me tambaleé un momento cerca del borde.

—Morgan, ten cuidado —la voz de Dallas resonó con un tono agudo desde algún lugar detrás de mí que de repente parecía muy lejano.

—No te preocupes —Levanté los brazos para asegurarle que estaba bien y que podía volver a su conversación. Me giré para mirarlo, pero debí moverme demasiado rápido porque mi pie resbaló y me hizo retroceder. Afortunadamente, tenía los brazos extendidos, así que recuperé el equilibrio y di un paso hacia atrás para estabilizarme.

Pero lo único que toqué con mi pie trasero fue el espacio vacío.

Mis brazos volaron hacia arriba y se agitaron a mi alrededor, pero no había nada a lo que agarrarme. Abrí la boca y las palabras que me esforcé por decir (no, ayuda, esto no es bueno) se convirtieron

en un grito corto y agudo. El pie, que colgaba en el espacio más allá de las rocas, cayó de repente.

Luego el resto de mi cuerpo también cayó hacia un lado.

Mientras caía de Flat Rock, el tiempo se notaba extraño. Se extendía como un caramelo caliente. Mi cuerpo se arqueó y quedó suspendido en el aire durante una eternidad y luego se desplomó hacia el río a una velocidad desgarradora. Podía ver las estrellas plateadas y definidas sobre mí, la forma de la cara de la luna, los lados de las rocas a medida que pasaba por ellas, y me llegó el olor del río: todo barro cargado de minerales y agua en movimiento.

Me estaba cayendo.

Me quedé sin aire en los pulmones. Aunque no podía hablar, la sensación de impotencia que vibraba en mi pecho hizo que mi mente gritara que hiciera algo para detener la caída, pero no había nada que hacer. Me gustara o no, me estaba hundiendo.

Un dolor terrible me atravesó el cráneo cuando caí al agua. El río helado empapó mi ropa y me enfrió hasta los huesos. Mi cabeza se hundió y pataleé frenéticamente hasta llegar a la superficie. Cuando mi cabeza salió del río, tomé aire y vi a los demás al borde de la roca plana, mirándome boquiabiertos.

Entonces el agua se me metió en la nariz y la boca y desaparecieron de mi vista. Tosí y farfullé, escupiendo agua. El frío era tan absoluto que mi cuerpo se entumeció. Me sumergí de nuevo, pero esta vez el agua fría me arrastró hacia abajo. Todo dentro de mí gritaba que luchara, que volviera a la superficie, pero el agua helada y entumecedora me tenía atrapada y no me dejaba salir.

—Todo va a ir bien, hermana —dijo una voz femenina familiar.

Contuve la respiración y parpadeé. Esa voz... conocía esa voz. Yo seguía bajo el agua y notaba mi ropa empapada gruesa y pesada, agobiándome. Mi cráneo estaba dolorido, pero esa voz me envolvió en un manto de consuelo.

Me obligué a abrir los ojos. Mis labios formaron una sola palabra que también era una pregunta mientras miraba a la joven que flotaba frente a mí. ¿Grace?

Sus ojos azules me consolaron mientras me regalaba su cálida sonrisa: «No te preocupes. Todo va a ir bien».

Las lágrimas querían brotar, pero el agua, el dolor, la extrañeza de volver a ver a mi hermana, me retuvieron mientras la miraba. Era la Grace de joven que había conocido. La hermana mayor a la que admiraba. Nunca había estado tan asustada en mi vida, pero al mismo tiempo nunca me había sentido tan consolada.

—Te echo de menos —susurré. Sentía un latido lento en el pecho, pero se estaba calmando.

—Siempre estoy contigo —Grace se acercó a mí. Su cabello flotaba sobre sus hombros y tenía una sonrisa en el rostro. Quería extender la mano y tocarla, pero ya no podía moverme—. Espera unos segundos más, hermana —dijo, y luego la imagen que tenía frente a mí desapareció.

Unos brazos fuertes me agarraron y me levantaron con firmeza. Salí del agua, aspirando la dulce sensación del aire. Sentía todo el cuerpo flácido y tenía los ojos muy abiertos mientras miraba las estrellas. Abrí la boca y dije: «Grace…»

—¿Morgan? —La voz de Dallas era baja y aguda. Me abrazó fuerte contra su pecho mientras nos dirigíamos hacia la orilla, sus piernas se esforzaban por moverse. Su rostro era un óvalo pálido bajo la luz de esa luna creciente, pero parecía un ángel—. ¿Morgan? ¡Quédate conmigo, Morgan! —dijo.

Aparté la mirada de él y miré hacia la orilla. Connor apareció sobre nosotros, extendiéndome los brazos. Mis ojos parpadearon, abriéndose y cerrándose. Encontré aire y lo inhalé de nuevo. Connor me agarró por debajo de los brazos y me llevó hasta la orilla.

Ruby estaba de pie junto a él, con un teléfono en la oreja. Gritó:

—Está fuera del río. ¡Por favor, dense prisa!

Envuelta en los brazos de mi hermano, temblé sin control mientras él me murmuraba las mismas palabras una y otra vez entre sollozos.

—Todo va a ir bien, hermana. Todo va a ir bien…

Estaba tan confundida que me giré para mirar el río, preguntándome si Grace también se lo habría dicho.

CAPÍTULO DIECISIETE

Me senté acurrucada en la estrecha cama del hospital, apretando mis brazos cerca de mi cuerpo. Las enfermeras se habían llevado mi ropa mojada, cambiándola por una bata y unos calcetines extraños que se enrollaban hasta mis rodillas. Los calcetines me picaban como si llevaran hormigas y me rascaba sin piedad. Como los calcetines eran un poco mejores que sufrir la sensación de tener los pies congelados dentro de las botas, no me quejé.

En la orilla del río, Dallas me había envuelto en su chaqueta de cuero para abrigarme y en ese momento la misma estaba sobre una silla cerca de la cama. A Dallas no le habían permitido entrar a verme porque no era de la familia. Pero Connor estaba sentado en otra silla junto a la cama en la habitación.

— ¿Te encuentras mejor? —preguntó.

Me llevé una mano a la cabeza e hice una mueca.

—No especialmente.

Connor dejó escapar un largo suspiro.

—Nos asustaste.

—Yo también me asusté —admití, dejando caer mi mano de nuevo sobre las sábanas.

En la habitación con cortinas todo olía a lejía y detergente fuerte y los sonidos que provenían del otro lado de la cortina no eran alentadores. Podía escuchar a alguien llorando a lo lejos y el chirrido

de un zapato contra el suelo, además de un montón de ruidos provenientes de equipos y monitores.

—Me alegro de que estés bien —Me apretó la mano justo cuando sonó su teléfono. Sacó el móvil del bolsillo y lo miró—. Es papá. Está de camino de vuelta a la ciudad tras de una reunión de negocios en Helena. Lo siento, déjame llamarlo para que no se asuste. Vuelvo enseguida —dijo, esperando a que asintiera antes de salir de la habitación.

Me hundí en las almohadas, exhausta y con ganas de echarme una siesta. Justo cuando empezaba a quedarme dormida, la cortina se abrió. Abrí los ojos de golpe, sorprendida por lo que vi.

Mi madre estaba allí, mirándome boquiabierta. Ninguna de las dos habló. Yo no podía hablar, porque Ivy Reed nunca, repito, nunca, salía de casa luciendo menos que arreglada. Así que me quedé en silencio, sorprendida. Mi madre iba desaliñada, por decirlo suavemente. Ya se había quitado el maquillaje y su pelo, siempre tan cuidadosamente peinado, estaba recogido en un moño bajo en la nuca. Llevaba un suéter grande y un abrigo y sus zapatos no combinaban con lo demás. Y tampoco combinaba que llevara un zapato de cada color. En un pie llevaba una bota hasta el tobillo de cuero negro liso. En el otro llevaba lo que sospechosamente parecía una de sus botas de goma para jardín.

Ella se quedó allí, con el rostro tan pálido que podía ver los finos trazos de las venas azules en sus sienes y su mano levantada hacia su boca. Bajó esa mano y caminó el resto del camino de la habitación hasta la cama.

—Morgan, ¿estás bien? ¿Dónde está el médico? ¿Te han hecho una radiografía? ¿Una resonancia magnética? ¿Pruebas para asegurarte de que estás bien? ¿Que no te estás muriendo? O...

—Estoy bien —dije, interrumpiéndola para que dejara de bombardearme con preguntas.

Sus ojos se abrieron de par en par y se volvió hacia la puerta, gritando:

—¡Que alguien llame a la Dra. Blake! ¡La quiero en la habitación de mi hija ahora! —Se volvió para mirarme de frente. Avanzó y luego dio unos pasos hacia el espacio abierto más allá de la cortina. Su

boca se movió y mi corazón se tensó y tartamudeó—. Me estaba preparando para acostarme. Había dejado mi picoteo nocturno junto a la cama y estaba abriendo mi libro cuando la hija de Cora, Maggie, llamó porque el hermano de su novio trabaja con un tipo que tiene un segundo empleo como paramédico. Lo recuerdas, estoy segura. Fue a la escuela contigo.

Parpadeé, sin tener idea de quién estaba hablando.

—Sí…

Mamá asintió con firmeza.

—Bueno, él escuchó... y luego me dijo... Bueno, en fin. Tú... —tartamudeó y se detuvo, finalmente caminando hacia la cama. Sus ojos se abrieron y luego tragó saliva con un glup audible—. ¿Estás bien, cariño? Quiero decir, ¿en serio...?

La culpa me golpeó con tanta fuerza que me dolió más que la cabeza. Había asustado a mi pobre madre. Ya había enterrado a una hija y ahora la había asustado de nuevo.

—Estoy bien, mamá. No te preocupes —dije.

Ella retorció los dedos y luego comenzó a estirar las sábanas y las mantas, alineando los bordes hasta que quedaron perfectamente derechos. Entonces su mirada se encontró con la mía.

—¿En qué estabas pensando al ir a Flat Rock tan tarde en esta época del año?

—Estábamos de celebración —dije, sorprendida de que hubiera pasado de estar preocupada a regañarme tan rápido—. El río estaba precioso y me acerqué para verlo mejor y... —Y había bebido demasiado champán y no estaba prestando atención a lo cerca que estaba del borde. Estúpida, estúpida, estúpida de mí. Miré hacia otro lado—. No era mi intención preocuparte.

—Bueno, lo hiciste —el grito de mamá me partió el corazón—. Yo... pensé...

—Lo siento —dije, sabiendo lo que ella había pensado. Intenté alcanzarla, pero ella se dio la vuelta y se llevó las manos a la cara.

Cuando volvió a hablar, su voz sonó apagada y ronca.

—¿En qué estabas pensando? ¿Por qué estabas ahí? Flat Rock ya es peligroso a la luz del día. Deberían acordonar ese lugar, todas esas rocas se mojan y hacen que la gente se resbale y caiga.

—Lo siento —repetí, tragándome el dolor que no tenía nada que ver con mis heridas. Entendía por lo que estaba pasando y yo había causado ese dolor y preocupación después de todo lo que ya había pasado con Grace—. Fue un accidente.

Se giró para mirarme. Tenía la punta de la nariz roja.

—En primer lugar, no deberías haber ido allí. ¿Qué demonios te ha llevado a ir allí de noche?

—Habíamos tenido un día tan bueno que Dallas sugirió…

—Dallas Parker —la voz de mamá denotaba ira y agonía—. Por supuesto que fue él quien lo sugirió. Siempre ha sido imprudente y lo sigue siendo. ¿Por qué no puedes ver que te va a hacer daño? Necesitas a alguien que no te ponga en peligro.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Nos va bien juntos, mamá. Todo el mundo habla de nuestros negocios…

—¿Una tienda de muebles y un salón de belleza? —Sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro—. Eso no tiene sentido. Tú deberías estar en el banco con tu familia —dijo, deslizándose sobre la cama a mi lado y rodeándome con su brazo.

Completamente agotada, apoyé mi cara en su cuello, que olía como la crema con aroma a lirios que usaba por las noches, un aroma que conocía desde que era pequeña.

—Tengo veintiséis años, mamá. Me encanta mi salón y lo que hago. No quiero trabajar en el banco. No lo disfrutaría. ¿Por qué no puedes aceptarlo?

No recibí respuesta de ella y yo sabía que no la habría. Las lágrimas corrieron por mis mejillas y lloré, deseando nada más que abrazarla y que ella me devolviera el abrazo y que todo estuviera bien entre nosotras. Pero no podía ser. No mientras mi corazón estuviera lejos del banco y en mi salón y con Dallas.

—¿No puedes intentar trabajar en el banco, cariño? —Mamá resopló a mi lado, con lágrimas corriendo por su rostro—. Significaría mucho para mí tenerte cerca. Lejos de cualquier sugerencia de Dallas Parker que pueda hacerte daño.

Suspiré. La sensación de sus brazos a mi alrededor me hizo sentir segura y estaba asustada en muchos sentidos. No podía negar que

Dallas tenía antecedentes de accidentes. Sin embargo, no me haría daño. Bueno, no a menos que se hubiera precipitado demasiado conmigo. O hubiera decidido que no era suficiente para él, como había hecho con su última novia. Eso me dolería mucho.

Suspiré, terriblemente agotada.

—Mamá…

Ella se apartó, sosteniendo mi rostro entre sus manos.

—Sería mejor para ti estar con papá y Connor, cariño. Puedes vender tu mitad de la tienda a Dallas o algo así. El resto de tu fideicomiso será suficiente para que puedas dejar este pequeño sueño tuyo.

Un pequeño sueño. No era un pequeño sueño. Era todo un sueño.

Hice mi sueño realidad.

Mi corazón emitió un latido bajo y dañino que hizo que el dolor resonara en mi cráneo. El dolor de cabeza lo nublaba todo y también lo hacía el miedo. ¿Me haría daño Dallas? ¿Le diría que lo amaba solo para que después me rompiera el corazón?

—¿Al menos lo pensarás, cariño? —preguntó.

—Está bien, mamá —Me hundí en ella y cerré los ojos mientras mi cuerpo se apagaba para pasar la noche—. Lo pensaré.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Una vez que en el hospital me dieron de alta más tarde esa noche, mi madre me dejó en casa de Ruby, donde encontré una nota que decía que habían llamado a mi amiga a trabajar porque su gerente tenía otra «emergencia perruna». Tenía mucho en qué pensar y me sentía agobiada.

Aunque era tarde, conduje hasta el centro y aparqué cerca de las cataratas. Subí los escalones y me senté en el banco de los besos frente al árbol. Mi mirada se fijó en el árbol, tratando de apreciar su belleza, pero sentía mi corazón pesado como un ladrillo de cemento en mi pecho.

El viento había aumentado y se había vuelto más fuerte. Era tarde, estaba oscuro y solitario, pero me quedé donde estaba, sin poder moverme ni un centímetro. Todo lo que había soñado había sido mío por un tiempo. Me dolía perderlo todo, pero no sabía qué más hacer. No podía seguir teniendo la misma discusión con mi madre y no podía decepcionarla.

Resultó que volver a casa había sido la peor decisión que jamás había tomado. Había arruinado mi vida. Debería haberme quedado en Miami y haber abierto el salón allí. O haber vuelto a casa y haber trabajado en el banco y no haber querido hablar de Dallas. El mero hecho de pensarlo me partió un poco el corazón.

Me había lanzado de cabeza a la vida que quería y ¿adónde me había llevado eso? Había sido imprudente esa noche en Flat Rock. Había hecho daño a mi familia y la culpa me estaba carcomiendo.

Una camioneta negra se detuvo en un sitio para aparcar un poco más abajo. Se me secó la boca y se me aceleró el corazón. Miré hacia mis pies, sin saber si debía correr hacia él o alejarme de él.

Dallas subió apresuradamente las escaleras.

—Esperaba encontrarte aquí.

—Oye —dije, sintiéndome miserable cuando se acercó. No quería hacerle daño, pero cualquier decisión que tomara iba a lastimar a alguien.

Se sentó a mi lado.

—Te llamé una docena de veces, pero no recibí respuesta. Fui a casa de Ruby y me dijo que dejaste una nota diciendo que habías salido a caminar.

Tragué saliva y levanté la vista hacia el cielo, que estaba oscuro y repleto de estrellas parpadeantes que brillaban como los sueños que había tenido una vez.

—Sí, necesitaba salir.

—Escuché que quieres cerrar tu parte de la tienda.

—No necesariamente —Tenía los labios entumecidos por el frío y la tristeza, pero no me sorprendió lo rápido que Ivy Reed podía difundir la noticia, aunque yo todavía no había tomado una decisión.

—¿Por qué se te ha pasado por la cabeza hacer eso? —Me tomó la mano, pero yo las metí en los bolsillos de mi abrigo.

—Le dije a mi madre que me pensaría lo de trabajar en el banco. Eso es todo —dije.

—Pero eso no te gustaría —dijo con voz suave y sus dedos tiraban suavemente de mi barbilla para que pudiera mirarlo de frente. Mi cabeza se giró, pero mantuve la mirada baja—. ¿De qué va esto, Morgan?

Me mordí el labio.

—Se trata de que necesito a mi madre en mi vida y no tenerla enfadada conmigo todo el tiempo. Ella tiene miedo de que tú hagas algo que me lastime y… puede que lo hagas. Te gusta correr riesgos y convences a todos de que hagan esas cosas contigo —dije,

repitiendo las palabras de mi madre que estaban dando vueltas en mi cabeza.

Frunció el ceño y se le formó una línea entre las cejas.

—Ya no soy ese tipo.

—Al menos admites que solías causar problemas —dije, y mi mirada se dirigió a Kissing Bench y desencadenó el recuerdo de aquella vez que Tom y yo nos habíamos estado besando junto a las cataratas—. ¿Por qué golpeaste a Tom?

—Olvídalo, Morgan.

—No —dije, queriendo saber qué lo impulsó a hacer eso—. Tom me dejó después de que lo golpearas. Quiero saber por qué lo hiciste. ¿Te dio celos vernos juntos?

—Sí, pero no fue eso por lo que lo golpeé —Se pasó una mano por el pelo corto y oscuro y soltó un suspiro. Luego se volvió hacia mí—. Lo había pillado besando a otra chica ese mismo día. Cuando lo vi allí contigo... me volví loco.

Parpadeé.

—¿Me engañó?

—Sí —parecía que no le gustaba hacérmelo saber.

—Qué idiota —Negué con la cabeza, contenta de que me hubiera dejado plantada y de que no hubiera perdido más tiempo con él—. Pero no puedes ir por ahí golpeando a la gente. Y esa no es la única fechoría que has hecho.

Se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas antes de mirarme de reojo.

—¿Quieres saber por qué solía hacer todas esas cosas?

Las lágrimas empañaron mi vista.

—Sí.

—Yo era un niño asustadizo que parecía no importarle a nadie. Quería atención. Dada mi situación en casa, la ansiaba. Así que la conseguí de cualquier forma que pude. Era estúpido, inmaduro y peligroso. Lo sé. Pero ya no soy ese tipo.

—¿Qué ha cambiado? —pregunté.

Hizo una pausa y dejó escapar un suspiro.

—Después de la graduación, volvimos a las aulas para recibir nuestros diplomas. Tras obtener el mío, tu maestra de coro, la

señora King, me llevó a un lado.

Sentí un escalofrío.

—¿Lo hizo?

Él asintió.

—Recuerdo sus palabras como si fuera ayer. Ella dijo: «Veo fuego ardiendo en tus ojos, Dallas. Como si la vida te hubiera dado sufrimiento y estuvieras enfadado por eso, así que vas a demostrarle a todos que no eres tan malo como dicen».

Sentí más escalofríos en mi columna cuando hizo una pausa.

—Continúa...

Él respiró profundamente.

—Ella continuó diciendo: «Mucha gente no espera mucho de un niño que viene de un hogar complicado. Pero no puedes dejar que las bajas expectativas de la gente te impidan alcanzar tus sueños. ¿Qué es importante para ti, querido muchacho? ¿Qué amas? Descúbrelo y ve por ello. Porque nadie puede detenerte si crees en ti mismo. Recuérdalo».

Una lágrima caliente rodó por mi mejilla mientras lo miraba, la luz de la luna delineaba los ángulos de su hermoso rostro. Sus ojos marrones estaban en las sombras, pero aún podía ver la fuerza en ellos. Me sequé las lágrimas que caían por debajo de mi barbilla.

—Me alegro de que hayas encontrado tu fuerte.

Él asintió.

—¿Y el tuyo?

Agité las manos y dije:

—Déjame en paz, por favor.

Él negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? —Me levanté y comencé a retroceder—. ¿Por qué no puedes dejarme?

Se puso de pie y se puso frente a mí.

—Porque te amo.

Levanté las pestañas y me encontré con esos cálidos ojos marrones, abiertos y vulnerables frente a mí. Se me encogió el corazón, pero me sentí abrumada. Quería acurrucarme contra él, respirar ese olor a madera que era tan suyo y sentir la fuerza de sus

brazos rodeándome. Quería creer que lo nuestro podía perdurar, que juntos éramos más fuertes que nada en el mundo y que él nunca me haría daño. Pero mis emociones se arremolinaban y no sabía qué creer.

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No puedo dejar que te alejes de mí y de lo que tenemos juntos. Sé que sientes que tienes que elegir entre tu familia y yo. Nunca te pediría que hicieras eso.

—Sé que no lo harías —dije, y un sollozo se me escapó de la garganta. Quería decirle a Dallas que yo también lo amaba. Que lo amaba con toda mi alma, que me sentía rota y hecha jirones. Pero no podía decírselo. Si lo hacía, podría ceder y eso lastimaría a mi madre, y yo estaba muy confundida. Una parte de mí sabía que mi madre me estaba obligando a elegir entre él y mi familia. Pero mis emociones se debatían dentro de mí y no podía tomar una decisión.

Mi madre le tenía miedo a Dallas y a su extraña capacidad para propagar tragedias, lo quisiera o no. Yo sabía por qué le daba miedo y sabía que yo no era Grace. El horrible accidente no había sido culpa de Dallas, sino mía. El accidente en el río también fue culpa mía. Tal vez yo era quien propagaba la tragedia a su paso. O tal vez ambos estábamos malditos de alguna manera.

—Sea lo que sea lo que decidas sobre nosotros, por favor no vendas tu salón —dijo con voz firme—. No renuncies a tus sueños, Morgan.

—Necesito a mi madre en mi vida —protesté, deseando que él comprendiera el tormento que sentía por dentro—. Ella me ha dejado claro que nunca aceptará mi salón. Ni mi relación contigo.

Él negó con la cabeza.

—Prométeme que no volverás a comportarte como una hija de Stepford conmigo. Que no dejarás que ella destruya tu vida.

—Es mi elección —espeté, sintiéndome presionada por el peso de sus palabras. Mi rostro se puso rojo. Di un paso atrás, con la intención de huir, pero él me agarró de las manos y me mantuvo en el lugar.

—No, es su elección —dijo, sus ojos castaños clavados en los míos—. Te conozco, Morgan. No quieres el banco ni esa vida. Sé que

amas tu negocio con una pasión que la mayoría de la gente nunca llega a poner en práctica en su carrera. No renuncies a eso.

No quería renunciar a eso, pero no tenía otra opción. Era eso o mi madre. Ella no lo había dicho con esas palabras exactas, pero siguió insistiendo y siempre lo haría. Porque solo quería que estuviera donde sabía que estaba a salvo bajo su cuidado. Sintiéndome más culpable y más confundida que nunca, di un paso atrás y Dallas no intentó retenerme. Me dejó ir.

Inhalé y exhalé, enviando nubes blancas y heladas de mi aliento a través de la corta distancia que nos separaba.

—Tal vez deba estar en el banco. No lo sé.

Dallas dejó escapar un suspiro.

—Tú perteneces a ese banco tanto como yo. No te mientas a ti misma y, por favor, no me mientas a mí.

—No miento —dije, apretando los dientes. Sentí un calor eléctrico en el interior—. Lo estoy reconsiderando, eso es todo. Tengo derecho a cambiar de opinión.

Se acercó a mí y me dijo:

— No estás pensando con claridad.

—¡Deja de presionarme! —grité, porque sus palabras me estaban obligando a tomar una decisión, la misma decisión que mi corazón quería que tomara, pero mi mente estaba sumida en el caos en ese momento. Di otro paso hacia atrás y me alejé de él—. Necesito un descanso de ti. De nosotros.

Él se estremeció.

—No puedes estar diciendo eso en serio.

—Sí, lo hago —dije asintiendo. La cabeza me daba vueltas y sentía un vacío en el pecho. Me estaba ahogando en un mar de estrés y emociones. Tenía que salir de allí, así que me di la vuelta para marcharme.

—¿Me estás dejando? —Su voz me llegó en una pequeña ráfaga de viento, áspera y llena de una emoción desgarradora.

Bajé la cabeza. No quería que termináramos, pero necesitaba espacio. Me mataba pensar que podría estar causándole dolor, que podría sentirse abandonado como lo había dejado su madre, pero estaba en modo supervivencia. Necesitaba espacio para decidir lo

que era mejor para mí. Incluso si eso significaba dejar mi salón de belleza y trabajar en el banco.

—Necesitamos tiempo separados. —Mi voz sonó entrecortada mientras una ráfaga de viento soplaba y me hacía balancear.

Se acercó a mí y me rodeó la cintura con los brazos.

—No puedes renunciar a nosotros.

Sus palabras me acribillaron. Mi visión se nubló y me presioné las sienes para alejarme de sus brazos.

—Sigues condicionándome. Mi madre dice que no estaré segura contigo.

—Nunca te haría daño —dijo con firmeza.

—Ya lo has hecho —dije. Luego me di la vuelta y comencé a alejarme, queriendo mi espacio, queriendo tiempo para pensar.

Amaba a Dallas, pero el amor no significa estar a salvo, significaba estar dispuesta a correr el riesgo de que me hicieran daño y no podía correr ese riesgo en ese momento, además de todo lo demás. Tenía que pensar en mi familia y en cuánto les afecta lo que hago.

Por mucho que necesitara espacio, una parte de mí esperaba que él viniera a buscarme y me dijera otra vez que me amaba. Otra parte de mí esperaba que no viniera a buscarme, porque si decía que me amaba una vez más, podría derrumbarme y decirle cuánto lo necesitaba también. De cualquier manera, él no vino a por mí, lo cual me dije a mí misma que era algo bueno. Necesitaba tomar una decisión por mí misma, aunque sentía que acababa de perderlo todo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El día siguiente pasó como un torbellino, Dallas y yo nos mantuvimos ocupados sin apenas hablarnos. Le devolví la chaqueta de cuero que me había prestado en un intercambio muy incómodo.

Tampoco estaba más cerca de tomar la decisión de trabajar en el banco.

El miércoles por la mañana, me puse a llorar al ver la caja vacía de rollitos de canela de Jingle Bells Bakery en la basura y supe que era hora de pedir consejo. Así que llamé a la única mujer que siempre había estado ahí para mí.

La señora King abrió su puerta de entrada azul brillante con una sonrisa, pero tenía una expresión cansada y nuevas líneas se habían marcado alrededor de su nariz y labios. Mi corazón se hundió de preocupación mientras le entregaba el regalo de productos de belleza que había envuelto para ella.

Ella abrió más la puerta.

—Qué alegría verte, Morgan. Entra.

—Te traje algo para que lo pongas debajo del árbol —dije.

Extendió la mano, sus dedos hinchados rozaron los míos y la preocupación me carcomió el corazón. Ella era una de las razones por las que había vuelto a casa, una de las razones por las que quería estar en casa, y pronto nos dejaría. Apreciaría cada minuto con ella antes de que llegara ese momento.

Ella tomó el regalo y el placer iluminó sus ojos.

—Esto es muy considerado de tu parte.

Entré en su casa y la seguí hasta la sala de estar. Dejó el regalo debajo del árbol de Navidad.

—¿Quieres un poco de té caliente? Acabo de poner la tetera.

Observé su rostro cansado.

—Yo voy a por ella. ¿Dijiste que la tetera estaba encendida?

Ella asintió y pasó apresuradamente a mi lado.

—No estoy tan enferma como para no poder atender a una invitada en mi casa. Siéntate y te traeré una taza.

Me senté como me había indicado y me quedé mirando el árbol de Navidad. Aunque habían pasado menos de dos semanas, parecía que había pasado una vida desde el día en que había traído el árbol hasta ese momento. La Sra. King regresó con una bandeja exquisitamente arreglada que dejó sobre la mesa de café.

Tomó asiento, se acomodó el cabello plateado y alisó las arrugas invisibles de su blusa de seda y su falda larga antes de decir:

—Me enteré de tu accidente. ¿Estás bien?

Suspiré.

—Sí, estoy bien. Déjame servirte, por favor.

Tomé la tetera envuelta en un suave protector y llené dos tercios de la taza antes de pasársela. También me serví una taza y la aderecé con crema y azúcar.

La señorita King no era nada corriente ni predecible. Esa era una de las cosas que atraía a los demás. Hacía las cosas a su manera y siempre lo había hecho. Incluso el té. Sin embargo, admito que la primera vez que se puso a preparar té caliente, yo estaba bastante segura de que estaba arruinando un té perfectamente bueno y me resistí a beberlo. Más tarde, me llevé una grata sorpresa al descubrir que me gustaba el té de distintas maneras. Siempre había sido una maestra y una mentora para mí. Necesitaba su consejo más que nunca.

Me llevé la taza a los labios y dejé que un trago del humeante, dulce y lechoso líquido fluyera por mi boca y garganta.

—Mi madre ha estado más controladora que nunca desde el accidente. Yo soy la culpable de caerme al río el lunes por la noche.

Debería haber prestado más atención cuando estaba tan cerca del borde —Suspiré—. Pero mi madre culpa a Dallas. Como siempre.

La Sra. King tomó un plato que contenía galletas de azúcar y me lo ofreció hasta que tomé una. Luego dejó el plato en la mesa.

—Estoy segura de que tu madre está molesta por no haber podido protegerte.

—¿De verdad lo crees? —Las lágrimas me nublaron la vista—. Siento que no puedo estar a la altura de sus expectativas. Ella no me ve como nadie más que como la hija que no es Grace.

La señora King negó con la cabeza.

—Estás interpretando mal sus acciones.

Me quedé con la boca abierta.

—No me equivoco, señorita King. Me caí al río y ella solo hablaba de Grace y de que quería trabajar en su banco, así que yo también debería querer trabajar en el banco. Quiere que yo sea la hija que más amó.

La señora King tomó un sorbo de té. Me miró por encima del borde de la taza y, cuando la dejó, se inclinó hacia delante.

—¿Es eso lo que realmente piensas, Morgan? Tu querida madre perdió a una hija en un terrible accidente. Durante el resto de tu vida, ella también va a tener miedo de perderte a ti. Ese es el control que estás sintiendo, sus intentos de protegerte.

Bajé la mirada.

—No lo entiende, señora King...

—Escúchame —dijo la señora King, y su mano gentil se posó sobre mi brazo—. ¿Qué está pasando ahora? Abriste tu propio salón de belleza. También estás saliendo con Dallas... y sí, me enteré de eso. Ambas cosas son pruebas de que te estás alejando de ella.

La miré aturdida.

—Continúa.

—Aún no eres madre, así que no sabes lo que se siente al perder a un hijo, y no es necesario que muera un hijo para perderlo. Se van y crecen, porque eso es lo que se supone que deben hacer. Toman sus propias decisiones y viven sus propias vidas, dejando el control de sus padres. Ella no quiere perderte.

La observé mientras se sentaba y mordía su galleta. Su mirada no vaciló. Reflexioné sobre lo que había dicho. ¿Podría ser ese el quid de la cuestión? ¿Mi madre estaba tratando de controlarme porque tenía miedo de perderme?

Levanté la vista.

—No sé cómo hacer para que deje de compararme con Grace.

—Ella hará lo que quiera, pero tú no tienes por qué reaccionar ante ello —La Sra. King volvió a coger su taza. Sus finos dedos estaban pálidos cuando se llevó el borde a los labios y tomó un sorbo—. Sé tú misma, Morgan. Tu madre se adaptará.

Mordisqueé la galleta, que estaba dulce y crujiente.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces, ese es su problema —La señora King se puso de pie y vino a sentarse a mi lado en el sofá. Me rodeó con sus brazos y me incliné hacia ella—. Morgan, tienes que vivir tu vida y vivirla para ti. No basta con despertarte por la mañana y seguir con tu día, viviendo para otra persona. Tienes que hacer lo que te dicta el corazón. Todos lo hacemos.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No sé…

Me dio un apretón en el hombro antes de soltarme.

—¿Serías feliz si hicieras exactamente lo que quiere tu madre y fueras a trabajar al banco?

Me sequé los ojos.

—No.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —preguntó, sacando un pañuelo de encaje y entregándomelo—. Tu madre perdió a su hija. Tú perdiste a una hermana. Pero nadie está tratando de vivir su vida para compensar tu dolor, ¿verdad? Nadie puede aliviar tu pérdida, al igual que tú no puedes aliviar la pérdida de tu madre. No importa cuánto lo intentes. Tu madre está viviendo su vida como quiere, ¿verdad?

Mi madre amaba su vida. Era feliz en ella. Todo lo que hacía lo hacía porque la hacía feliz. Yo quería hacer exactamente lo mismo. No había estado viviendo mi vida para mí. Había pasado la mayor parte de mis veinte años haciendo exactamente lo que la Sra. King

había dicho, viviendo mi vida para intentar compensar la pérdida de mi madre. Había organizado cuidadosamente mis días de la manera que ella quería, pero no había estado viviendo la vida que yo quería. No había sido verdaderamente feliz.

Por fin había descubierto lo que me hacía sentir viva: mi relación con Dallas, dirigir mi salón de belleza y estar de nuevo en casa, en Christmas Mountain.

Todas estas cosas me hacían verdaderamente feliz. Me había sentido más viva estas últimas semanas que en los últimos veinte años. No quería perder esa sensación. Y la única que podía garantizar que no perdiera la vida que había elegido era yo misma.

CAPÍTULO VEINTE

MÁS TARDE ESA NOCHE, mi hermano me recogió para cenar en el club de campo con mis padres. Lo último que quería hacer era cenar en el club otra vez, pero sabía que mi madre le estaba diciendo a todo el pueblo que iba a ir a trabajar al banco. Los clientes que habían entrado al salón ese mismo día me habían preguntado cuánto tiempo más estaría abierto y tuve que asegurarles que no iba a cerrar.

Ya no podía evitar a mi madre.

Connor y yo atravesamos el vestíbulo y la acomodadora, Elizabeth, nos saludó.

—Buenas noches, Connor, Morgan —Nos saludó con la cabeza a cada uno de nosotros—. Sus padres ya están sentados. Los llevaré a su mesa.

—Gracias —dijimos Connor y yo al unísono.

Yo vestía un vestido negro hasta las rodillas y un chal de cachemira de colores, unos pequeños pendientes de aro y un poco de maquillaje. Me había dejado el pelo largo y suelto, con las puntas rizadas. No iba vestida exactamente para la ocasión, pero en cualquier caso iba vestida para mí.

—¿Cómo estuvo tu día? —preguntó Connor mientras caminábamos por el comedor.

—Interesante —dije, enarcando las cejas—. Cuando fui a buscar mi café con leche al Sleigh Café esta mañana, me encontré con Brandon Wallace, que era vecino de Faith Sterling. Ya sabes, una de mis mejores amigas del coro.

—Recuerdo a Faith de la fiesta navideña —dijo.

Asentí.

—Había oído que Faith había vuelto a la ciudad, así que le pregunté a Brandon si la había visto y sonrió tímidamente cuando dijo que sí. Me pregunto por qué. De todos modos, Brandon mencionó que el centro comunitario tiene problemas y necesita fondos para salvarse. Le dije que haría una subasta en línea ofreciendo servicios del Salón CM para recaudar dinero.

—Me aseguraré de que Reed Bank también contribuya —dijo.

—Qué detalle por tu parte —dije, sabiendo que mi hermano tenía un corazón de oro. Grace se habría sentido orgullosa del hombre en el que se había convertido su hermano pequeño. Había sentido su presencia en mi corazón desde que me caí al río. Esperaba que Grace también se sintiera orgullosa de mí, especialmente sabiendo lo que tenía que hacer esa noche. Miré a mi hermano, pensando en su oferta—. He visto a la Sra. King dos veces desde que regresé y no puedo creer que no me haya contado sobre los problemas del centro comunitario cuando tenía que saber que estaría dispuesta a ayudar.

—Tal vez pensó que ya tenías suficiente con lo tuyo y no quería que te estresaras más.

— Sería muy propio de ella hacer eso. A veces siento que es como una segunda madre para mí —dije, agradecida de tener a esa mujer extraordinaria en mi vida.

Cuando llegamos a la mesa, mis padres estaban pidiendo una botella de Chardonnay a Nina. Un escalofrío de dolor y celos me carcomió el corazón cuando la vi. Sabía que Nina y Dallas habían salido juntos muchos años atrás, pero no podía evitar pensar que tal vez él volvería a salir con ella ahora que yo había exigido tan estúpidamente que necesitaba distanciarme de él.

Mamá se puso de pie y me abrazó.

—Parece que estás mejor —dijo.

—Me siento totalmente bien, mamá —dije, mirando rápidamente a Nina.

Connor me dio un codazo en el codo.

—Dicen que el agua fría es excelente para la piel, ¿no?

—Eso no tiene gracia —espetó mamá, aunque rara vez regañaba a su niño mimado.

Papá se puso de pie y me abrazó.

—Tu madre dice que vendrás a trabajar en el banco. Mañana hablaré con recursos humanos para que te despejen una oficina.

Una oficina. En. El. Banco.

Abrí la boca para corregirle diciéndole que sólo le había prometido a mamá que lo pensaría.

—Hola de nuevo, Morgan —Nina me dedicó una sonrisa radiante y señaló la bufanda que llevaba alrededor del cuello—. Esa bufanda es estupenda.

—Gracias —Miré mi bufanda, que era una mezcla de verde esmeralda brillante y azul suave. Todavía quería corregir a mi padre sobre el banco, pero no quería ser grosera con Nina, que siempre había sido dulce conmigo. No era culpa suya que yo estuviera paranoica de que ella pudiera conquistar a Dallas ahora que lo había distanciado—. Me encanta tu peinado, Nina —dije.

—Gracias —sonrió, dándose unas palmaditas en su elegante mechón—. He oído que haces magia con el pelo y estoy deseando visitar el Salón CM en cuanto pueda.

Mamá se puso de pie de golpe.

—Me temo que Morgan no...

—¿Me podrías traer un poco de té? —pregunté, interrumpiendo a mi madre antes de que arruinara por completo mi negocio—. Además de una copa de vino, por supuesto —dije, esperando que trajera más de una de las botellas que mis padres habían pedido.

—Enseguida —Nina asintió y salió corriendo.

Me senté, tomé la servilleta de lino blanca del portavasos y la coloqué sobre mi regazo. Estaba nerviosa y me empezó a doler la cabeza de nuevo. Había llorado tanto esos dos últimos días que tenía los ojos hinchados.

Quería mi salón de belleza, no quería el banco y necesitaba decírselo a mis padres con urgencia.

—Perdón por interrumpir —dijo Nina, volviendo a la mesa, con un gesto incómodo hacia atrás—. Pero dice que se unirá a ustedes…

Sentí un regusto amargo en la boca cuando vi a Tom Brand de pie junto a nuestra mesa con todo su rubio cabello nórdico. Parecía mayor, pero también tan guapo como siempre, tan en forma y bien vestido con una chaqueta de rayas grises y pantalones de vestir. Llevaba una camisa azul y una corbata a rayas.

—Me alegro de veros a todos —dijo Tom, y me regaló la sonrisa más grande de todas—. Me alegro de estar con vosotros esta noche. Gracias por invitarme, señora Reed.

¿Mi madre había invitado a Tom Brand a nuestra cena «familiar»?

Apreté la mandíbula mientras miraba fijamente a mi madre, que parecía imperturbable ante ese giro de los acontecimientos. Ella me había tendido una trampa. Además, sabía que yo sentía algo por Dallas. ¿Cómo podía haberme tendido una trampa con Tom? Ese tipo era un embustero y un mentiroso. Supongo que mi madre no lo sabía.

Mi padre le dio a Tom un firme apretón de manos y Connor murmuró algo ininteligible mientras yo levantaba mi mano en un gesto cortés.

Tom me mostró lo que sólo podría describir como una sonrisa amable y se sentó a mi lado, presionando su pierna contra la mía. ¡Qué asco! Aparté mi pierna de inmediato. Colocó su servilleta en su regazo, inclinándose más cerca de mí y contuve del impulso de ponerme una mano sobre la nariz. El tipo usaba demasiada colonia.

Sin mencionar que nada se compara con el olor de la madera en esos días.

De repente, Connor sacó su teléfono y me pregunté si estaba a punto de hacernos una foto. Eso sería el broche de oro de mi velada. Una foto mía y del imbécil infiel, que usaba demasiada colonia, mi humillación inmortalizada para siempre. Oh, qué alegría.

Mamá se aclaró la garganta.

—Connor, tenemos una regla: no se permiten teléfonos en la mesa.

—Lo siento, esto es importante —Los dedos de Connor recorrieron la pantalla y luego volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de su chaqueta—. Era una situación de vida o muerte. No volverá a suceder.

Miré a mi hermano de forma extraña, ya que normalmente él era la estrella y no el regañado.

—Estás increíble, Morgan —Tom se volvió hacia mí y me miró de arriba abajo de una manera que me molestó—. No puedo creer que haya pasado tanto tiempo desde la última vez que nos vimos.

Le dirigí mi mirada más severa y mi sonrisa más dulce.

—Ha pasado mucho tiempo. Creo que la última vez que nos vimos fue en las Cataratas, justo antes de la graduación.

Tuvo la decencia de sonrojarse.

—Te equivocas, cariño —intervino mamá, obviamente sin saber que yo había estado haciendo referencia a la vez que Dallas había golpeado a mi ex—. Tom estaba en la graduación. Recuerdo claramente que estaba allí. Tú también estuviste a punto de ser el mejor alumno. ¿No es así, Tom? Las notas de Morgan también fueron excelentes. Ambos habéis sobresalido académicamente.

—Gracias, señora Reed —asintió y levantó la copa de vino que Nina acababa de llenar. Luego me miró a mí antes de mirar a mi madre y a mi padre—. Creo en el trabajo duro y valoraría eso en una esposa, incluso si se quedase en casa para criar a los niños.

Me atraganté con mi sorbo de vino al mismo tiempo que Connor tosía con fuerza. ¿Estaba insinuando que yo podría ser su futura esposa? ¿En casa con sus hijos? Tenía que estar hablando de otra mujer.

La mano de Tom se posó en mi rodilla y me dio un apretón.

Oh, genial. O tenía a otra mujer en mente o todavía no creía en la monogamia. Cualquiera que fuera la verdad, puro asco. Bajé mi mano hacia la suya y la quité rápidamente de mi rodilla mientras lo miraba fijamente.

Mamá asintió como si aprobara su declaración. Luego se volvió hacia mí.

—Morgan, ¿sabías que Tom es director de fondos de alto riesgo en Bozeman? Viaja a Nueva York por trabajo. ¿No es impresionante?

—Simplemente genial —dije, preguntándome si ella se quedaría igual de impresionada por el tocamiento de rodillas no deseado que había realizado. Tomé mi bebida de un trago, preguntándome si debía delatarle. No, Connor probablemente le daría un puñetazo. La idea me animó momentáneamente—. Personalmente, nunca volvería a irme de Christmas Mountain. He crecido mucho desde la graduación y si pudiera volver atrás en el tiempo no tomaría las mismas decisiones que cuando era joven —miré a Tom de forma significativa.

La mirada de papá se dirigió a Tom.

—Entonces, Bozeman... No está lejos de nosotros, ¿no? Solo unas horas en coche si mis cálculos mentales no me fallan.

—Sí —dijo Tom, dejando el menú sobre la mesa—. Y trabajo mucho desde casa —Me dedicó otra sonrisa, tan amplia que pude ver los empastes titilantes de sus muelas traseras—. Parece que ahora tengo más motivos para volver.

Se me hizo un nudo en el estómago y fue un milagro que no tirara mis galletas.

Connor intervino:

—Eh, Morgan. Estoy pensando en llamar a Dallas para ver si quiere venir más tarde. ¿Por qué no me acompañáis Ruby y tú?

Mamá negó con la cabeza.

—Morgan no necesita estar cerca de ese hombre. Es imprudente y...

—El accidente en Flat Rock fue culpa mía —espeté, ya harta por fin—. No puedes culpar a Dallas porque tuve la tonta idea de caminar por las rocas en la oscuridad. Esa fue mi decisión. Yo fui quien se resbaló y no hay nadie a quien culpar más que a mí.

Era cierto. Yo lo había hecho, no Dallas, y sabía que, si no hablaba en su defensa, mi caída se habría convertido en un rumor más sobre lo peligroso y salvaje que era, rumores que ya le habían costado caro en esa ciudad.

Papá se aclaró la garganta.

—El risotto de trufas y guisantes tiene buena pinta. Y el bistec también. ¿Alguien ha probado la combinación?

Silencio.

Apreté los puños sobre la mesa y me quedé mirándolos, tratando de recomponerme. Mi mirada se desvió hacia la manicura recién hecha que me había hecho antes, lo que me hizo pensar en lo mucho que había trabajado para poder colgar ese cartel de mi salón para hacer lo que más amaba en el mundo.

—Morgan no volverá a ver a Dallas —dijo mamá, tan rígida que hasta su cabello parecía rígido. Sus dedos se veían blancos en los nudillos mientras agarraba el menú—. Va a cerrar el salón, así que tampoco compartirán más el espacio. Gracias a Dios.

Ya no podía más. No podía sentarme allí y dejar que mi madre alabara las virtudes del cretino mentiroso que estaba a mi lado. La Sra. King me había sugerido que siguiera mi corazón y viviera a mi manera mientras pudiera, y ya era hora de que empezara.

—Volveré a ver a Dallas en cuanto pueda después de esta cena —Las palabras salieron de mi boca tan fuerte que mi madre dejó caer el menú, que se abrió sobre la mesa. Connor arqueó las cejas y sonrió. Mi padre se movió nerviosamente y tiró de su corbata mientras me miraba a mí y a mi madre. Nunca le había hablado así a mi madre.

—Morgan —dijo con firmeza.

—No —levanté una mano para detener lo que pudiera salir de su boca—. Esta es mi vida y puedo vivirla como quiera. No soy Grace y nunca lo seré. Tienes que dejar de fingir que si me conviertes en ella será como si nunca hubieras perdido a tu hija favorita.

Mamá jadeó:

—¿Cómo puedes decir algo así?

—¿Por qué, si no, seguirías intentando convertirme en ella? —pregunté, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta. Sabía que estaba haciendo una escena, pero no me importaba. Era hora de decirle la verdad a mi madre, aunque me odiara por el resto de mi vida—. El accidente de Grace aquel día en las cataratas fue culpa mía.

Connor se acercó a mí.

—Morgan...

—¡No! —Se me hizo un nudo en la garganta cuando toda la culpa que había estado reprimiendo desde ese día salió a la superficie y

necesitaba sacarla—. Ella necesita saber la verdad.

Mamá sollozó y papá le pasó el brazo por los hombros. Connor me miró como si quisiera decir algo más, pero yo negué con la cabeza. Tom se quedó mirando el restaurante que nos rodeaba, probablemente porque la gente empezaba a mirarme. Pero a mí ya no me importaba ser la niña buena. Nunca sería la hija perfecta y estaba agotada de tanto intentarlo.

—Todos queríamos ir a dar un paseo por la naturaleza ese día, pero yo estaba bailando y no prestando atención al camino. Me resbalé… —Mi voz se apagó cuando se me escapó un sollozo al admitirlo—. Y comencé a caer por el acantilado, pero Grace se acercó y me agarró. Me puso a salvo y ella cayó en mi lugar. Tu hija favorita murió por mi culpa.

Odiaba haberla herido, pero no tenía otra opción. Tenía que dejar atrás el pasado. No podía seguir viviendo con la culpa, incluso si perdía a mi madre en el proceso.

—Morgan —dijo mamá, poniéndose blanca.

—Debería haberte dicho que había cometido un error—dije, sollozando, sabiendo que había perdido a mi madre para siempre. Ella nunca me perdonaría por el resbalón que nos había costado nuestra familia, pero yo tenía que aprender a perdonarme a mí misma—. Guardé ese secreto para mí todos estos años. Sabía que me odiarías si descubrías que había cometido una equivocación y...

—Ya lo sabía —dijo en voz baja—. Y amo a mis hijos por igual. A ti, a Connor y a Grace, que descanse en paz. Sois parte de mí. Nunca debéis tener miedo de decirme nada. Soy vuestra madre.

Me estremecí.

—¿C-cómo lo supiste?

—Se lo dije —dijo Connor, con los ojos verdes llenos de lágrimas —. Te vi resbalar, hermana. No tenía idea de que te lo habías estado guardando. Tampoco nunca te culpé por la caída de Grace. Ella te salvó porque te quería. Si hubiera podido llegar a ti a tiempo, habría sido yo quien se hubiera caído.

Mi madre se quedó sin aliento y me di cuenta de que las lágrimas caían por su rostro perfectamente maquillado. Mi padre la acercó más a él mientras le acariciaba el hombro con cariño.

—Tienes razón —dije, y la idea de perder a Connor me revolvía el estómago—. Si hubiera visto a Grace o a ti caer, habría hecho cualquier cosa para salvaros a los dos también. Nunca supe que me habías visto resbalar y me he sentido culpable todo este tiempo.

—Nunca te culpé por la muerte de Grace, Morgan —dijo mamá con tono firme.

—No —sacudí la cabeza—. Has culpado a Dallas todo este tiempo. Él sugirió que fuéramos a dar ese paseo por la naturaleza, pero todos queríamos ir. Hasta Grace. No fue su culpa.

—Lo sé —dijo, sorprendiéndome. Se llevó la mano al pecho y se mordió el labio inferior, un hábito que yo tenía habitualmente—. No debería haber culpado a Dallas, cuando fui yo quien os dejó solos ese día. Si alguien tiene la culpa, soy yo.

—Ivy... —preguntó papá, con la voz quebrada por la sorpresa—. No voy a permitir que tú o Morgan hablemos de eso. ¿Tengo la culpa de haber estado trabajando ese día? ¿De no haber protegido a mi hija como debía hacerlo un padre? —Su tono dejaba claro que él también había sopesado esa culpa—. La caída de Grace fue un accidente terrible. Nadie tiene la culpa. Te he dejado culpar a Dallas, Ivy, y probablemente debería haberle puesto fin. Pero estabas de luto y ninguna familia debería tener que sufrir una pérdida como la nuestra.

Miré a mi madre, que me devolvió la mirada con los ojos enrojecidos.

—He estado intentando compensar la muerte de Grace siendo quien tú quieres que sea, mamá. Siendo infeliz. ¿Es eso lo que quieres para mí?

—No... —Se inclinó sobre la mesa, pero sus dedos se detuvieron justo antes de tocar los míos—. Quiero que seas feliz. Eso es todo lo que siempre he querido. Pareces estar tambaleándote. Quiero ayudarte a retomar el rumbo.

—Todos queremos eso —La mano de Tom volvió a posarse sobre mi rodilla.

—Para, de verdad, Tom —Apreté los dientes mientras apartaba su mano—. No me he desviado del camino, mamá. He vuelto a Christmas Mountain y estoy haciendo lo que me hace feliz.

Tom bebió un trago de vino y luego dejó la copa.

—Morgan, seguramente debes saber que abrir un salón de belleza no es la forma más rentable de gastar el dinero que te dejaron tus abuelos. Yo podría ayudarte con algunas inversiones lucrativas.

Miré a Tom, quien me devolvió la sonrisa, lo que me revolvió el estómago.

—¿Crees que no sé que me engañaste cuando estábamos juntos? —pregunté, señalando a Tom—. Así es, familia. Este chico de oro me dejó porque Dallas lo descubrió engañándome y luego le dio un buen puñetazo.

Tom se atragantó con su bebida.

—Oh, Dios mío —Los ojos de mamá se abrieron y se puso una mano en el pecho.

Papá entrecerró los ojos mientras dejaba el menú sobre la mesa con un fuerte golpe.

—¿Qué le hiciste a mi hija? —preguntó.

—Mmm... —Tom se retorció en su asiento y estiró la mano para aflojarse la corbata. Probablemente estaba tratando de encontrar una manera de salir de aquella situación. ¡Ja!

—¡Dallas! —gritó Connor, agitando la mano en dirección a donde yo estaba—. Ya era hora de que llegaras, hombre. Me alegro de que hayas recibido mi mensaje. ¿Te gustaría acompañarnos?

CAPÍTULO VEINTIUNO

Mi corazón dio un vuelco al ver a Dallas. Su cabello castaño oscuro estaba despeinado, había serrín en la camiseta que llevaba debajo de su chaqueta de cuero y las rodillas de sus vaqueros tenían manchas rígidas y brillantes que me indicaban que estaba trabajando con barniz y sellador cuando recibió el mensaje de Connor.

Al parecer, Nina había acompañado a Dallas hasta nuestra esquina y se alejó con indiferencia para atender una mesa cercana. Al principio tuvimos un poco de público, pero en ese momento la gente fingía educadamente no mirarnos.

Me sorprendió tanto ver a Dallas allí que no podía ni pensar, pero cuando pude hacerlo me pregunté si estaba soñando. Con su atuendo de trabajo, parecía tan fuera de lugar allí en el club de campo y, sin embargo, tan absolutamente perfecto al mismo tiempo.

La acomodadora pelirroja, Elizabeth, se acercó corriendo, visiblemente nerviosa.

—Señor, necesita un esmoquin para estar aquí. Tenemos algunos en la parte de atrás y... —gritó.

—No, gracias, señora —dijo, señalándola con la cabeza—. No estoy aquí para cenar. Estoy aquí por ella. No necesito una chaqueta para lo que estoy a punto de hacer.

Me quedé con la boca abierta. ¿Me iba a sacar a cuestas, al estilo macho alfa?

Sí, por favor.

Mi mente se aclaró después de parpadear un par de veces. Vi a Dallas allí de pie, mirándome a mí y a mis padres, y su mirada se desvió brevemente hacia Tom, con expresión impasible.

Connor sonrió y se reclinó, levantando ligeramente las cejas.

Dallas respiró profundamente.

—Morgan, lamento interrumpirte, pero necesito hablar contigo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—De acuerdo…

La acomodadora juntó las manos en posición de oración.

—Pero, señor, llevar esmoquin es una de nuestras normas.

Me atraganté con una mezcla de risa y sollozos.

—A Dallas nunca le han importado mucho las normas.

—Creo que tenemos uno de su tamaño, señor —dijo, retorciéndose las manos, antes de salir corriendo.

—¿Vino? —Connor levantó una copa en dirección a Dallas, pero Dallas negó con la cabeza. Connor soltó una carcajada antes de llevarse la copa a la boca—. Espero que a nadie le importe si me doy un capricho.

—¿Qué estás haciendo aquí, Dallas? —preguntó mamá, con un tono frío y ligeramente confuso.

—Lamento interrumpir su cena de esta manera, señor y señora Reed —Dallas levantó las palmas de las manos, con un tono de disculpa, pero firme—. Sé que me culpan de muchas cosas y lo entiendo. Yo era joven, estúpido e imprudente. Hice muchas cosas en el pasado que pusieron en peligro a sus hijos.

Me mordí el labio y miré a Dallas con asombro.

—Lo siento por ello. Les juro que, si pudiera volver atrás en el tiempo y cambiar las cosas, lo haría. No solo por ustedes o por mí, sino por Morgan, porque ella ha sufrido mucho a lo largo de los años y daría cualquier cosa por compensar eso.

Mamá bajó la mirada y se le puso la cara blanca.

—Creo…

—Por favor, déjeme terminar, señora —dijo, acercándose a la mesa—. Sé que cree que no soy el indicado para Morgan, pero le juro que nadie amará ni cuidará a su hija como yo lo haré. Ella podría elegir a otros hombres adecuados para ella, pero ella es la única persona adecuada para mí. Todos los buenos recuerdos que tengo están relacionados con ella. Todas las malas decisiones que tomé cuando era joven fueron para intentar llamar la atención de todos ya que mi madre se había ido y mi padre se pasaba el día borracho.

—¡Así es! —Tom se puso de pie, con el rostro tan rojo que le brillaban las orejas—. No eras lo suficientemente bueno para Morgan entonces y no eres lo suficientemente bueno para ella ahora. No perteneces a este club de campo y estás avergonzando a esta buena familia.

—Ahí es donde te equivocas —Dallas lo miró con enojo y lo señaló con el dedo—. Tú eres el que no eres lo suficientemente bueno para ella. No me importa si tienes un trabajo de alto nivel o miles de millones de dólares en el banco. Porque, a fin de cuentas, nada de eso importa. Lo que importa es cómo tratas a las personas que amas.

—Dices eso porque no tienes nada —espetó Tom.

—Lo que más me preocupa es lo que atañe a Morgan. Eso es más de lo que puedo decir de ti.

Los labios de papá se apretaron mientras se ponía de pie.

—¿Le fuiste infiel a mi hija mientras salíais juntos, Tom? ¿Esa es tu idea de ser lo suficientemente bueno para ella?

—Ni de lejos —dijo Connor tosiendo en su mano—. Puede que Dallas haya cambiado lo suficiente como para no golpearte ahora mismo, Tom. Pero no puedo decir lo mismo de mí. Es hora de que te vayas de paseo.

—No voy a aguantar más esto —balbuceó Tom, mirándonos a cada uno con incredulidad, como si pensara que estábamos cometiendo un gran error. Pero no fue hasta que moví los dedos en dirección a él y le dije en silencio «adiós» que finalmente se fue furioso.

Me levanté, me dirigí hacia Dallas y me detuve frente a él.

—No puedo creer que hayas venido aquí esta noche después de todo lo que te dije en las cataratas.

Levantó mis manos.

—Te amo, Morgan. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Lamento no haber impedido que te cayeras al río la otra noche.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero te lanzaste detrás de mí y luego me sacaste. Eso fue bastante heroico.

—No fue suficiente —dijo, y aspiró profundamente mientras sacudía la cabeza—. Pero haré lo posible para protegerte de ahora en adelante. No dejaré que te pase nada.

Las lágrimas me resbalaban por el rostro.

—Puedo cuidar de mí misma.

—Lo sé —dijo, levantando la comisura de los labios—. Me llevó un tiempo ser lo suficientemente bueno para merecerte, pero siempre he sido tuyo. Siempre lo seré.

Sonreí entre lágrimas.

—Siempre he sido tuya también.

Mamá se puso de pie.

—Dallas…

Se volvió hacia mi madre.

—Juro que no le haré daño, señora Reed. Deme la oportunidad de demostrárselo.

—Llámame Ivy —Le hizo un gesto con la cabeza y luego le hizo un gesto a alguien que estaba detrás de nosotros—. Si vas a cenar con nosotros, necesitarás una chaqueta que te dé la acomodadora. Las reglas del club de campo son las que son.

Dallas hizo una pausa por un momento, aparentemente ahogado, antes de decir finalmente:

—Sí, señora.

—Gracias, mamá —dije, sintiendo una alegría pura que me invadía. Dallas me apretó las manos, moviéndolas de un lado a otro mientras yo miraba fijamente sus hermosos ojos color caramelo. Luego lo envolví con mis brazos y lo abracé fuerte—. Te amo —susurré. Cuando finalmente me aparté, me mostró una sonrisa antes de inclinarse y depositar un suave beso en mis labios.

Nos besamos suave y dulcemente delante de mi familia, de los camareros y de todos los miembros del club de campo. Se oyeron aplausos de algún lugar y supe que debía apartarme porque, ¿hola?, mis padres estaban sentados allí. Pero ya no había secretos en esa familia. Amaba a ese hombre e iba a mostrar mi verdadero yo. Por fin.

Dallas fue quien se echó atrás:

—Gracias por dejarme arruinar tu cena.

La acomodadora, claramente confundida por la salida apresurada de Tom y esa muestra pública de amor, jadeó:

—¿Señor? ¿Podría levantar los brazos, por favor, para que pueda ponerle su chaqueta?

Me eché a reír. Me tenía entre sus brazos y dudé que quisiera soltarme. Yo tampoco quería soltarle. Le sonreí.

—Será mejor que te pongas esa chaqueta antes de que a todos los viejos del lugar les dé un ataque al corazón. Estaríamos matando a la mitad de su base de clientes.

—No podemos permitirlo —dijo, levantando la comisura de los labios. Se puso la chaqueta y quedó increíblemente atractivo.

Papá levantó la mano y le hizo un gesto a alguien:

—Nina, ¿podrías traerle a nuestro invitado un vaso de té fresco y un juego de cubiertos nuevo?

La sonrisa de Nina era amplia y sus ojos estaban húmedos. Por un momento, me pregunté si era porque sentía pena de que Dallas me hubiera elegido, pero luego me di cuenta de que estaba conmovida por todo el maravilloso momento. Se apresuró a irse y Dallas se sentó en el asiento que Tom había dejado libre apresuradamente.

Papá se aclaró la garganta.

—Ojalá hubiera sabido la verdad sobre por qué golpeaste a ese Tom hace mucho tiempo. Te habría ahorrado la molestia y lo habría hecho yo mismo.

—¡William! —Mamá negó con la cabeza, pero la mirada que le dirigió a papá era cariñosa—. Cariño, eres demasiado mayor para ese tipo de cosas.

La miró y su sonrisa se tornó radiante.

—Creo recordar que le di un puñetazo a un chico que te había tratado mal en nuestros tiempos.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿Lo hiciste, papá? ¿En serio?

Mamá agitó las manos.

—Es una antigua historia. Bueno, ¿a qué estamos esperando para un aperitivo?

Mientras sonaba «I'll be Home for Christmas» en los altavoces y estaba rodeada por mi familia, le sonreí al hombre que amaba. Su mano encontró la mía debajo de la mesa y entrelazamos nuestros dedos. Por fin había llegado a casa.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

En Nochebuena, el salón de mis padres rezumaba alegría festiva. El enorme árbol de Navidad brillaba con luces y adornos perfectamente dispuestos. La habitación estaba llena de muebles de diseño y obras de arte caras en las paredes. Los regalos debajo del árbol habían sido ordenados y apilados para maximizar la belleza de los envoltorios y las cintas.

Le guiñé un ojo a Dallas y saqué unos cuantos mechones de espumillón de mi bolsillo y luego los coloqué en la parte trasera del árbol, mientras contenía la respiración para que mi risa no nos delatara.

—Si ella me culpa por eso, te delataré —dijo, haciéndome cosquillas hasta que me reí y luego atrayéndome hacia sus brazos.

—Está bien —dije, riéndome mientras acariciaba su cuello con la nariz e inhalando el delicioso aroma a madera tan propio de él. Mmm.

Connor entró en la habitación con una jarra de sidra humeante.

—¿Espumillón, Morgan? Sabes que mamá me va a echar la culpa, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Ella nunca lo verá.

Mamá entró en la habitación, vestida con un suéter rojo y pantalones negros, y llevaba una bandeja de galletas de azúcar que

despedían un aroma celestial.

—¿Qué es lo que no veré?

—¡Nada! —dijimos Connor, Dallas y yo al mismo tiempo.

—Oh, chicos. Tarde o temprano lo descubriré, ¿sabéis? —Mamá dejó las galletas en la mesa auxiliar, junto a una foto de Grace enmarcada en plata. Sonrió con cariño al ver la foto y luego acomodó algunos almohadones en el sofá de cuero.

—¿Oigo risas aquí? —preguntó papá al entrar en la habitación. Había dejado de lado su traje y corbata habituales y se había puesto un jersey verde con un reno marrón en el centro, una nariz roja y cascabeles dorados colgando de sus astas—. ¿Qué me estoy perdiendo?

Los labios de mamá se torcieron.

—No puedes hablar en serio, William. ¿De dónde diablos sacaste ese suéter?

—Amigo invisible en el trabajo —Papá tiró del dobladillo—. ¿No te encanta? Es perfecto para la Nochebuena, ¿verdad?

Me eché a reír.

—Papá, ese suéter es horrible.

Él suspiró.

—Creí que no lo apreciarías.

Connor gimió:

— Tendré que averiguar quién fue tu amigo invisible y devolvérsela el año que viene regalándole un suéter de reno.

—Eso parece justo lo que hay que hacer, Connor —Mamá asintió como si ese tipo de venganza fuera perfectamente aceptable. Tomó la jarra de sidra en sus manos y la colocó junto a las tazas que ya estaban en la mesa de café—. ¿A quién le apetece una taza de sidra?

Connor levantó la mano.

—Me encantaría, mamá.

—Me encantaría, Ivy —dijo Dallas.

Ella le dedicó una cálida sonrisa.

—¿Alguien más?

Papá y yo comentamos que nos encantaría una taza.

Dallas se sentó a mi lado en el sofá, entrelazando sus dedos con los míos. Mis padres lo habían invitado a nuestra tradicional apertura de regalos en Nochebuena y su presencia allí significaba todo para mí. Significaba que finalmente lo habían aceptado, y sentía mi corazón tan ligero y libre que me sorprendió que no se me saliera del pecho y golpeara el techo.

Mamá le dio un golpecito a Connor en el brazo.

—Cariño, ¿podrías avivar un poco el fuego, por favor? Me encanta ver las llamas mientras abrimos los regalos.

Connor se dirigió obedientemente a la chimenea mientras mamá servía cinco vasos de sidra. Nos acomodamos en el sofá cerca del árbol. Tomé una galleta y la mordisqueé, dejando que la cosa dulce y desmenuzable se rompiera entre mis dientes. Delicioso.

En ese momento sonó el timbre y mamá frunció levemente el ceño.

—Es Nochebuena. ¿Quién será?

Me puse de pie.

—Lo comprobaré.

Me dirigí hacia la puerta y miré por la mirilla.

—Es Coraline.

Dallas se acercó a mí y me preguntó:

—¿Nuestra casera?

—Sí —Abrí la puerta y me quedé boquiabierta al ver a la mujer que estaba allí de pie. Coraline tenía un pelo alborotado y rizado que ni siquiera el bombín marrón que se había puesto a la fuerza sobre la cabeza podía domar. La miré, tratando de no reírme mientras observaba su atuendo, que incluía el bombín, un par de pantalones de montar beige, botas altas y un abrigo grueso sobre una blusa de seda azul acentuada por pañuelos de colores.

—Hola, Morgan —dijo con voz ronca, abrazándome—. ¡Ah! Y, Dallas Parker, estás aquí en Nochebuena. Qué interesante...

El tono burlón de su voz me hizo detenerme y di un paso atrás.

—Eh, entra, Coraline, por favor —dije, sintiendo curiosidad por la expresión de suficiencia en su rostro.

Coraline entró en el vestíbulo, arrastrando pañuelos.

—Hola, Ivy. Me encanta tu manicura. ¿Eso que veo son muñecos de nieve?

—Sí —dijo mamá, poniéndose una mano en el pecho—. Morgan me la hizo. Es un poco más festiva que mi manicura habitual, pero pensé que sería divertido. Ella me peinará el mes que viene.

—Qué maravilloso —Coraline agitó una mano bronceada—. He oído que me he perdido muchas cosas interesantes aquí en la ciudad mientras estaba de safari. No es que me importe. No tienes idea de lo gloriosa que fue África, el viaje de mi vida, te lo aseguro. Los leones intentaron comernos una noche, y se comieron una de las tiendas, y cómo eso afectó a sus sistemas digestivos es un misterio que no quiero resolver. Luego estaba ese molesto rinoceronte que pensó que nuestro jeep era su juguete, pero... Me he desviado del tema sobre por qué estoy aquí esta noche. Recibí muchos mensajes de Morgan y Dallas. Parece que cometí un error y les alquilé el espacio de mi negocio a ambos.

—Sí —dijo Dallas, lanzándome una mirada interrogativa.

Me mordí el labio. ¿Quería el espacio comercial solo para él? Era tan varonil que posiblemente el olor a champú y otros productos durante todo el día no era lo suyo. Pero me encantaba el olor a madera que llegaba a mi lado de la tienda. Lo extrañaría mucho si él no estuviera.

Tragué saliva.

—Sí, fue una equivocación.

La palabra tenía un sabor amargo y desagradable en mi lengua.

—Bueno, qué mala suerte —Coraline se tiró del sombrero con tanta fuerza que fue un milagro que el pelo no se le volara por la parte superior—. Entonces, ¿alguno de vosotros quiere romper el contrato de alquiler?

Me volví hacia Dallas, mordiéndome el labio. No quería romper mi contrato de alquiler y tampoco quería que él rompiera el suyo. Hubo un tiempo en que hubiera hecho cualquier cosa para sacarlo de mi espacio alquilado y ahora no podía imaginar mi negocio sin él en el espacio de al lado. Arrastró los pies, lo que me puso más nerviosa que nunca por esa pregunta. ¿Y si quería irse?

Frunció el ceño.

—No estoy seguro de qué piensa Morgan, pero sería difícil desmantelar mi tienda en este momento. Esos muebles son pesados y no sé si algún otro espacio sería tan perfecto. Y su parte del espacio también parece ser bastante perfecta.

Asentí con entusiasmo.

—Estoy de acuerdo. Nuestros negocios están bien como están. No sé cómo cometiste semejante error, Coraline, pero te llamé para preguntarte y... —Un pensamiento extraño me detuvo y parpadeé—. Ahora que lo pienso, ¿cómo te las arreglaste para cometer un error tan grave? Acabo de recordar que miré su contrato de alquiler ese primer día y tenía una fecha mucho anterior a la mía.

Coraline intentó demostrar su inocencia.

—¿Lo tenía? Qué tonta soy.

Me acerqué a ella.

—Sí, y no por un día o dos. Casi dos semanas antes que yo.

Coraline se echó a reír. Sus ojos bailaron.

—Bueno, quizá mi buena amiga Melody King me dijo que Morgan iba a volver a la ciudad y mencionó que tal vez haríais una bonita pareja, pero que ambos erais testarudos y que tal vez necesitarais un empujón.

—¿La señorita King te lo dijo? —pregunté, mirando a Dallas, cuya boca se había curvado hacia arriba. Debería haberlo sabido. Tendría que acordarme de darle las gracias a mi querida mentora la noche de Navidad, cuando todas las chicas cantáramos para ella en el espectáculo.

—¡Feliz Navidad a todos! —Coraline se echó una bufanda al hombro—. Ahora que ya está arreglado el asunto del alquiler, tengo que irme. Tengo mucho que deshacer. No os creeríais la cantidad de cosas que se pueden acumular en un safari africano.

Dallas y yo acompañamos a Coraline hasta su coche y ella se fue entre un revoloteo de bufandas y palabras sobre lo bien que iban los negocios que habíamos abierto juntos. Nos quedamos en la entrada mirándonos. Sus ojos se arrugaron en las comisuras.

—Bien, entonces.

Me eché a reír otra vez.

—Ni siquiera sé qué decir.

Abrió la boca para responder, pero luego la cerró y se inclinó hacia mí. Me tocó el pelo, dando vueltas a algunos mechones con los dedos. Luego miró al cielo.

—Parece que estás consiguiendo ese milagro.

Parpadeé.

—¿Qué dices?

—Nieve —dijo, y luego me atrajo hacia sus brazos.

—¿En serio? —Miré hacia arriba y vi diminutos copos blancos que caían del cielo nublado—. La primera nevada del año —dije, riéndome de alegría.

—Me gustaría hacerte un regalo ahora, si te parece bien —dijo, rozando mi mandíbula con el dorso de sus dedos y haciendo que mi piel vibrara—. Es privado.

—Ah, ¿sí? —Sonreí y mi barriga dio una voltereta—. ¿Sabes que mi madre probablemente ha sacado los prismáticos y nos está mirando por las ventanas ahora mismo?

—Espero que no. Si se acerca demasiado a la parte trasera del árbol, seguramente verá el espumillón —bromeó, sacando un pequeño paquete de su bolsillo y luego entregándomelo.

—No tenías que comprarme nada —dije, esperando que le encantara el kit de pan de jengibre que había envuelto debajo del árbol para él. Toqué la caja plateada antes de abrir la tapa. Entonces se me hizo un nudo en la garganta al ver lo que había dentro: un adorno de ángel de madera tallado a mano. Era delicado y hermoso, con una pequeña placa dorada debajo de sus pies con la inscripción «Por siempre tuyo». Mi visión se nubló.

—Es tan bonito.

—Siempre has sido mi ángel —susurró, metiendo mi cabello detrás de mi oreja y luego apoyando su frente en la mía—. Pensé que podrías poner ese adorno en nuestro árbol el año que viene. Tal vez algún día, incluso tengamos nuestros propios angelitos.

—Oh, Dallas —dije, levantando las pestañas y mirando fijamente esos cálidos ojos color caramelo—. No hay nada en el mundo que me apetezca más.

La nieve empezó a caer con más fuerza, espolvoreando nuestro mundo con una capa de glaseado de color azúcar. Sentí calidez en

mi corazón y dejé que mis labios encontraran los suyos. Ese beso contenía todo lo que quería decir. Que lo amaba. Que siempre lo había amado. Y que no había vuelto a casa solo por Christmas Mountain. Había vuelto a casa también por él y nunca volvería a irme.

Fin

NAVIDAD CON EL JEFE

Susan Hatler

Para mi madre,
que me regaló un oso de peluche
en Navidad cuando era pequeña
y que durante muchos años
esperé que cobrara vida.
Resulta que lo hizo,
en la magia de mi imaginación.

PRÓLOGO

La Navidad pasada...

Mientras bailaba en el escenario del Centro Comunitario de Christmas Mountain con mi traje rojo y blanco y el gorro a juego de Papá Noel, no pude evitar pensar que quien dijo "el espectáculo debe continuar" también debería haber dado consejos sobre qué hacer una vez que terminara la función. ¿Habría sido mucho pedir? Vamos, déjame en la estacada, ¿por qué no?

Había regresado inesperadamente a mi pueblo natal, Christmas Mountain, Montana, un pequeño pueblo construido hace más de cien años por colonos que llegaron en Navidad y decidieron establecerse allí (de ahí el nombre de la montaña y el pueblo). Me había criado en esta pintoresca zona a las afueras del Parque Nacional de Glacier, con sus montañas, lagos y pinos y abetos. Después me fui a la universidad y nunca regresé (larga historia) hasta que mi profesora de coro de la infancia y mentora, Melody King, me pidió que volviera para actuar en El Espectáculo Navideño, un evento anual.

La señora King me informó de que padecía un cáncer de riñón terminal y su último deseo era que nuestro grupo de coro de la infancia —las siete habíamos sido las mejores amigas inseparables— interpretara nuestra rutina de "I'll Be Home for Christmas" para ella una última vez. Se me humedecieron los ojos mientras miraba más

allá del escenario y la veía dirigiéndonos, con la batuta en la mano. Su cabello plateado estaba recogido hacia atrás, pero no se veía tan brillante como antes y tenía oscuras ojeras.

Su mirada se cruzó con la mía y me sonrió, haciendo que todo mejorara por una fracción de segundo.

La señora King nunca se casó ni tuvo hijos y en mi corazón sabía que sentía que Ashley, Lexi, Morgan, Emma, Joy, Carol y yo éramos como sus propias hijas. Habíamos interpretado esta rutina cada Navidad desde la escuela secundaria hasta el instituto y me sentía honrada de que quisiera que la interpretáramos para ella una vez más.

Joy se apartó el gorro de Papá Noel de los ojos, colocó los dedos sobre las teclas de ébano y marfil del piano y comenzó a tocar las primeras notas de "I'll Be Home for Christmas". El resto nos distribuimos por el escenario con nuestros gorros de Papá Noel y no pude evitar pensar en cómo las siete nos habíamos dispersado por todo el país después del instituto, perdiendo el contacto algunas de nosotras.

Pero ninguna había dicho que no a la petición de la señora King. ¿Cómo podríamos después de todo lo que había hecho por nosotras a lo largo de los años? En Washington, mi jefe no pareció entender este razonamiento y se negó a darme el tiempo libre para venir aquí, ni siquiera después de contarle que mi querida amiga se estaba muriendo y que esto era lo único que me había pedido jamás. No, dijo que las vacaciones eran demasiado ajetreadas.

Estoy bastante segura de que no entendía el *significado* de la Navidad.

Así que dejé mi trabajo, empaqué mis cosas y me mudé de vuelta a Christmas Mountain hace tres semanas. Mis padres se divorciaron mientras estaba en la universidad y se mudaron, así que no había tenido razón para volver hasta ahora. Papá vivía en Palm Springs con su nueva esposa. Mamá vivía en Florida con su nuevo marido. Y en lugar de decidir con qué progenitor pasar la Navidad este año, estaría con la señora King.

Antes de este mes, no había visto a la señora King en persona desde que me fui a la Universidad de Washington, donde obtuve un

título en sociología. Me llevó seis años graduarme —el divorcio de mis padres me afectó mucho y mi motivación para estudiar se resintió. Después de la graduación, pasé dos años trabajando como patrullera de esquí y como instructora en la Estación de Esquí de Crystal Mountain, lo que disfruté enormemente... hasta que mi jefe se convirtió en un sapo desalmado.

Ahora, mis cosas estaban en un trastero y me había estado alojando en el Sugar Plum Inn (con un gran descuento ya que los padres de mi amiga eran los dueños). Aunque mis escasos ahorros estaban casi agotados, estaría aquí para la señora King sin importar lo que me costase —el espectáculo debía continuar.

Canté a pleno pulmón la letra de "I'll Be Home for Christmas" con mis amigas, pensando: *Sí, estoy en casa por Navidad. Pero, ¿y ahora qué?* Necesitaba un trabajo, unos ingresos, ¡y no tenía ni una sola perspectiva!

Respiraciones profundas, Faith. Respiraciones profundas.

—*Estaré en casa por Navidad aunque solo sea en mis sueños...* —canté, lanzando besos a la señora King después de la última nota, e intentando no desmayarme por el estrés de tener solo cuarenta y siete dólares en el banco y una pila de cartas de rechazo a los currículums que había enviado. Los aplausos resonaron por todo el centro comunitario mientras las chicas hacíamos nuestras reverencias y luego bailábamos fuera del escenario, reagrupándonos entre bastidores.

—Ha sido como en los viejos tiempos —dijo Ashley, juntando las manos.

—Si fuera como en los viejos tiempos, Brent Donnelly no estaría fuera esperándote ahora mismo —bromeó Emma, dándole un abrazo a Ash—. Me alegro mucho por vosotros dos.

—Lexi y Kevin también parecían muy acaramelados antes de la actuación —dijo Carol, y una sonrisa se apoderó del rostro de Lexi.

—También vi a Dallas Parker entre el público —dijo Joy, pasando un brazo alrededor de Morgan—. Siempre supe que Morgan y Dallas acabarían juntos algún día.

—¿Cómo podías saberlo cuando ni yo misma lo sabía? —rio Morgan, sacudiendo la cabeza mientras abrazaba a Joy antes de

soltarla—. Seguro que a ninguna os sorprende saber que la señorita King tuvo algo que ver en mi reencuentro con Dallas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, volviéndome hacia Morgan—. Pensaba que os habíais reencontrado porque Coraline alquiló por error el mismo local comercial a los dos, a ti *y* a Dallas.

—Resulta que no fue un error —dijo Morgan, con sus ojos verde pera iluminándose—. La señorita King le dijo a Coraline que Dallas y yo necesitábamos un empujoncito en cierta dirección, y así es como ocurrió el "error".

—¿La señorita King haciendo de celestina? —me reí, ajustándome el gorro de Papá Noel para que no se me cayera—. ¿Por qué no me sorprende?

—Porque conoces a nuestra profesora de coro tan bien como nosotras, Faith —dijo Morgan, enlazando su brazo con el mío.

—Gracias a Dios por la señorita King —dije, mi sonrisa desvaneciéndose mientras todas nos quedábamos en silencio. Sabía lo que todas estaban pensando, aunque ninguna lo dijera en voz alta: *¿Qué haremos sin ella?*

Ash puso primero su muñeca hacia delante, mostrando la descolorida pulsera de la amistad rosa fucsia que todavía llevaba después de todos estos años. Luego Lexi puso su muñeca encima de la de Ash, mostrando también su pulsera. Morgan la siguió, y después yo, Emma, Joy y Carol.

Habíamos tejido e intercambiado estas pulseras de la amistad después de nuestra primera actuación de "I'll Be Home for Christmas" en sexto curso, cuando la señorita King nos llevó a un lugar especial junto a Christmas Falls y nos contó cómo ella había intercambiado pulseras con sus amigas de toda la vida a nuestra edad. Las siete queríamos ser ese tipo de amigas también. Así que nos atamos las pulseras a las muñecas, prometimos estar siempre ahí las unas para las otras, y supimos que seríamos mejores amigas para siempre.

—Recuerdo aquella tarde junto a Las Cascadas —dijo la señorita King, sobresaltándome al aparecer detrás de nosotras—. Erais unas niñas entonces y ahora sois mujeres. Estoy muy orgullosa de todas vosotras.

Mis ojos se humedecieron y mi corazón se enterneció. —Gracias, señorita King.

Nuestros brazos la rodearon en un abrazo grupal que me hizo sentir como si tuviera once años otra vez, una época en la que mis padres estaban casados y las preocupaciones económicas no figuraban en mi radar. Cuando nos separamos, charlamos sobre la actuación y luego cada una se fue por su lado.

Sola entre bastidores, me quité el gorro de Papá Noel, me miré en el espejo con forma de árbol de Navidad que colgaba en la pared, me alisé el pelo oscuro y vi la desesperación en mis ojos de color marrón almendrado que me devolvían la mirada. Mis ojos se humedecieron, se me hizo un nudo en la garganta y mi nariz pecosa se puso rosada. No había tenido más remedio que dejar mi trabajo, pero no es que me hubiera hecho rica trabajando en el servicio de vigilancia de las pistas y dando clases de esquí. Mis ahorros solo habían sido suficientes para llegar hasta aquí y sobrevivir las últimas tres semanas.

El espectáculo debe continuar. Pero, ¿cómo?

—¿Faith Sterling? —sonó la voz de un hombre detrás de mí.

—¡Oh! —Mi mano voló a mi pecho y me giré para encontrarme con el hombre más jovial que jamás había visto. Tenía mechones de pelo blanco, una gran y espesa barba blanca, y ojos azul hielo con arruguitas a ambos lados. Sus mejillas estaban sonrosadas cuando me sonrió—. Sí, soy Faith —dije.

—Larry Kline —dijo, extendiendo una mano enguantada de blanco—. Has hecho una actuación maravillosa esta noche.

—Gracias —dije, estrechando su mano. Puede que esté sin blanca pero, oye, al menos había actuado bien—. ¿Nos conocemos? Me resulta familiar...

—Jo-jo-jo —se rio con una risa de anciano jovial—. Quizás hayas estado en la Gruta de Papá Noel. Ahí es donde tienen lugar *mis* actuaciones.

—Ah, sí, por supuesto —dije, recordando que ahí era donde le había visto antes. Había hecho la visita guiada unos días atrás al pie de la Montaña de Navidad. Una explosión de alegría recorrió mi pecho—. Usted es *Papá Noel*.

—En realidad, soy el propietario de Silver Bells Luxury Tours —dijo, tocándose el lateral de la nariz—. La Gruta de Papá Noel es nuestro tour más popular, especialmente en diciembre. Aunque mantenemos los tours de lujo durante todo el año, y no me estoy haciendo más joven. Un amigo me sugirió que contratara ayuda para la oficina. He oído por el telegrama navideño que estás buscando trabajo.

—Sí, señor Kline —dije, agarrando su mano de nuevo y moviéndola arriba y abajo mientras la esperanza fluía por mi cuerpo —. Sin duda alguna.

Se rio, con la barriga rebotando, y se inclinó hacia mí.

—Entonces estás contratada.

—¿Estoy contratada? —pregunté, con lágrimas quemándome el fondo de los ojos. Pero entonces mi estómago se encogió—. ¿No necesita ver mi currículum? ¿Entrevistarme? ¿Llamar a mi antiguo empleador?

Negó con la cabeza.

—Tengo buenas referencias de que eres justo la persona que necesitamos en Silver Bells. Te veo el lunes, Faith.

—Gracias, señor Kline —dije, viéndole desaparecer por la puerta que daba al auditorio. Con la mandíbula caída, junté las manos y luego lancé la mirada al techo, agradeciendo a mis bastones de caramelo de la suerte que volvía a tener trabajo. Justo a tiempo, además.

Pero, espera. ¿Por qué me había contratado así sin más? Había dicho que tenía buenas referencias de que encajaría. Mi mirada voló hacia la puerta por la que acababa de desaparecer y le vi dando un abrazo a una mujer, antes de asentir hacia ella y marcharse.

La mujer se giró hacia mí, con su pelo plateado peinado hacia atrás, las ojeras bajo sus ojos parecían más grandes que antes. Se tambaleó, se agarró al respaldo de una silla para mantener el equilibrio y se enderezó. Su mirada se encontró con la mía y me lanzó un beso.

—Gracias —dije, articulando las palabras sin sonido y poniendo una mano sobre mi corazón.

—De nada —respondió ella, también sin sonido.

La señora King me había traído a Papá Noel, y él me había dado un trabajo. No debería haberme sorprendido encontrarla detrás de mi buena fortuna. Aunque apenas podía mantenerse en pie, seguía siendo un ángel que cuidaba de sus chicas. Mi corazón se encogió en mi pecho. Solo podía esperar que le hubiéramos dado tanta alegría a lo largo de los años como ella nos había dado a nosotras.

CAPÍTULO UNO

1 de diciembre, Actualidad. . .

Mientras abría la puerta principal de Silver Bells Luxury Tours donde trabajaba, hice un pequeño bailecito de alegría para celebrar que Papá Noel venía a la ciudad. Vale, en realidad no creía que Papá Noel fuera a venir. Tenía veintisiete años, no doce. Pero la canción sonaba por los altavoces y había empezado a cantar (y bailar) por el camino de entrada y, bueno, metafóricamente hablando, Papá Noel venía a la ciudad... en forma de Adam Kline.

Además, llegaba justo a tiempo, como San Nicolás.

—Buenos días, Faith —dijo Harmony Harris, saludándome con la mano desde la recepción cuando entré al vestíbulo. Su alegre sonrisa había sido el comienzo perfecto para mis jornadas laborales durante este último año y temía bastante que esos días estuvieran a punto de terminar. Pero ahora que Papá Noel... es decir, Adam, estaba a punto de llegar, nos salvaríamos—. Hoy es el día —añadió.

—Sí, desde luego-luego —respondí.

Arqueó una ceja.

—¿Has vuelto a ver reposiciones de *Friends*?

—Es diversión fiable y animada —Me encogí de hombros, sacudiendo la nieve de mis botas en la elegante alfombra de entrada antes de pisar el suelo de madera trabajada a mano. Me acerqué al

escritorio de Harmony, desabrochándome el abrigo mientras caminaba—. Hoy es un día precioso en Christmas Mountain. El sol brilla, hace frío y el ambiente está despejado, y no hay ni una nube en el cielo. ¿Con qué frecuencia ocurre eso en Montana a principios de diciembre? Es una señal, te lo digo yo.

—Estás muy segura de que esta reunión con Adam irá bien, ¿verdad? —Harmony se rio y juntó las palmas en posición de oración. Como recepcionista de Silver Bells, era la primera impresión que tenían nuestros visitantes cuando entraban y siempre llevaba una sonrisa. Por eso, me sorprendió cuando las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo y sus cejas se juntaron—. Oh, Faith. ¿Estamos poniendo demasiadas esperanzas en esta reunión?

—No te preocupes —dije, tratando de mantenerme optimista y positiva. Me encantaba mi trabajo aquí en Silver Bells Luxury Tours y, aparte de Papá Noel y sus elfos, ¿quién más tenía la oportunidad de hacer realidad los sueños navideños de la gente? Cuando empecé a trabajar aquí el año pasado, estaba haciendo el trabajo de Harmony y rápidamente asumí más responsabilidades. Ahora, me encargaba de la parte empresarial y ayudaba a los clientes a reservar nuestras exclusivas excursiones de lujo para sus vacaciones. Los locales recibían un descuento y teníamos clientes que volvían cada año con sus amigos y familiares. Estas excursiones combinaban lujosas aventuras al aire libre y la magia de la Navidad. Este era el trabajo perfecto para mí. Solo esperaba poder conservarlo—. ¿Algún cambio en el horario de hoy?

—No —Harmony negó con la cabeza, su cabello rubio platino rebotando alrededor de sus hombros, antes de volver a teclear en su ordenador.

Me quité el abrigo y el gorro y sacudí mi largo cabello oscuro antes de cambiarme a los tacones que guardaba detrás del mostrador. Mirando por encima del hombro de Harmony, revisé el calendario. *10:00 a.m., Adam Kline.* Comprobé la hora en su ordenador: 9:45.

Si Adam Kline se parecía en algo a su padre, Larry Kline, entonces llegaría unos veinte minutos tarde a la reunión, entraría con paso despreocupado, una sonrisa en la cara y alguna historia

sobre haberse sentado en la nieve con un niño que decía no creer en Papá Noel. Por supuesto, para cuando mi antiguo jefe hubiera terminado con el niño o la niña, este no tendría ninguna duda de que Papá Noel era real.

No muy diferente del propio Papá Noel, el Sr. Kline había sido un hombre corpulento con un corazón igualmente grande y una barba blanca que, sospechaba, había cultivado deliberadamente para poder interpretar el papel a la perfección. Organizábamos excursiones al aire libre durante todo el año, pero varias de las excursiones especiales destacaban durante la temporada navideña. Tan pronto como llegaba diciembre, Larry se ponía sus jerséis rojos y no se planteaba siquiera vestir otro color hasta después del 25de diciembre. O eso había oído de los otros empleados.

Este era el primer año desde que Larry fundó la empresa que él no estaría aquí. De hecho, no volvería a estar nunca más. Había fallecido repentinamente la primavera pasada tras un ataque al corazón. Dejó el negocio a su hijo urbanita, que trabajaba en una agencia de relaciones públicas en Nueva York. Nunca había tenido noticias directas del hijo de Larry, ni siquiera cuando le informé sobre el servicio conmemorativo local que habíamos celebrado en honor a su padre. En su lugar, había intercambiado correos electrónicos con el asistente del nuevo propietario y la responsabilidad de las operaciones diarias recayó sobre mí. Desafortunadamente, sin las habilidades de marketing de Larry el negocio no había ido bien.

—Disculpe, ¿Sra. Sterling? —preguntó una voz masculina profunda.

—¡Ay! —Di un respingo y mi corazón se aceleró, en parte porque estaba sumida en mis pensamientos, en parte porque no esperaba oír mi nombre, pero principalmente porque la voz era exactamente igual a la de mi Sr. Kline, profunda y cautivadora. ¿Qué demonios...?

—No pretendía asustarla. Soy Adam Kline. ¿El nuevo propietario de Silver Bells Luxury Tours? Me dijeron que usted me estaría esperando.

—Sí, por supuesto... —Me giré, me enfrenté a Adam Kline y al instante olvidé lo que estaba a punto de decir. Se me cortó la

respiración. El hombre era increíblemente atractivo. Llevaba un traje oscuro de negocios que se ajustaba perfectamente a su complexión atlética. Sus labios eran carnosos y estaban entreabiertos lo justo para revelar una línea de dientes blancos y rectos. Su mandíbula cuadrada estaba perfectamente afeitada y su cabello oscuro y corto peinado hacia atrás. Y lo que realmente me impactó fueron sus ojos. Dos pozos de un azul gélido, enmarcados por un espeso conjunto de pestañas negras. Vaya, qué guapo.

Harmony me dio un codazo y una mirada significativa.

—Eh, ¿Srta. Sterling? —preguntó, extendiendo su mano.

—Por favor, llámeme Faith —dije, intentando recuperarme y esperando sonar profesional. Tomé la mano que me ofrecía y cuando sus dedos se cerraron alrededor de los míos, mis rodillas flaquearon. No era una buena reacción al conocer a mi nuevo jefe. Para nada buena—. Lo siento. Es solo que su voz... —Mi voz se apagó y me mordí el labio inferior.

—¿Suena igual que la de mi padre? Sí, me lo dicen mucho. O me lo decían —dijo, cambiando su expresión a una mirada indescifrable.

—Lo siento —dije, pensando que este debía ser el encuentro más incómodo de la historia. Miré a Harmony, que parecía observar nuestro intercambio con interés. Cuando Adam se agachó para recoger su maletín, ella me guiñó un ojo e hizo un gesto con el codo como diciendo "lánzate". Logré agarrarle el codo justo cuando Adam se enderezaba de nuevo.

—¿Comenzamos con un recorrido? —dijo, moviéndose a un lado y dándome espacio para salir de detrás del escritorio de Harmony.

—Desde luego —dije, colocándome a su lado y ofreciendo un silencioso agradecimiento al universo por haberme puesto los tacones y al menos parecer una gerente de negocios a pesar de mi extraño saludo.

—Me gustaría empezar echando un vistazo a los terrenos, si le parece bien. Hay tiempo de sobra para visitar la oficina y la tienda de al lado más tarde, pero me gustaría ocuparme del exterior mientras aún hay luz —dijo, consultando su reloj como si ya fuéramos con retraso y quisiera ponerse en marcha *pronto*.

—De acuerdo —dije, deseando que Adam no tuviera prisa. Silver Bells tenía tanto que ofrecer que se necesitarían días para mostrarle a mi nuevo jefe todas sus delicias, y quería que saboreara todo y se enamorara del lugar de inmediato—. Vamos a conseguirle algo de ropa para exteriores.

Le llevé al almacén de equipamiento y le pedí a Tim —que estaba a cargo de prestar esquís, trajes de nieve y todo el demás material para la diversión invernal— que equipara a Adam, mientras yo iba a mi oficina a cambiarme y ponerme mis propias botas de nieve y un gorro abrigado.

Esperé a Adam en la entrada, preguntándome cómo le sentaría la ropa de Montana después de tantos años. Yo estaba acostumbrada a vestirme para el frío clima de montaña, pero Adam había estado viviendo en Manhattan, así que estaría habituado a vestirse para la vida urbana. Sin embargo, cuando se reunió conmigo fuera, parecía todo un montañero experimentado con una chaqueta acolchada de un azul profundo que hacía que sus ojos destacaran aún más mientras entornaba la mirada bajo el sol.

Juntó las manos enguantadas. —¿Empezamos?

—Nuestro transporte está llegando ahora —sonreí, mientras un trineo tirado por caballos aparecía desde detrás de los establos, con los cascabeles tintineando y el sonido de los cascos resonando en el suelo.

—¿Ese es nuestro transporte? —Adam miró del trineo a mí, y luego de nuevo al trineo mientras arqueaba las cejas.

Asentí y él me ofreció su mano para ayudarme a subir, antes de que yo trepara. Se sentó a mi lado y extendió la manta de terciopelo rojo sobre nuestras piernas, un gesto que nunca me había parecido íntimo hasta ahora. El conductor sentado en el asiento delante de nosotros hizo una señal a los caballos, que comenzaron a caminar por la nieve mientras yo le señalaba diferentes cosas a Adam.

—¿Ve aquel árbol de allí? Ahí es donde su padre solía sentarse a tallar coches de madera para el carro de juguetes de Papá Noel. ¿Y ve ese establo a la derecha? Ahí es donde dijo que dormía cuando su caballo favorito enfermaba. ¿Cómo se llamaba?

—Blitzen —Adam contempló el edificio de madera mientras pasábamos lentamente—. Recuerdo ese caballo de antes de mudarme a Nueva York. Lo nombró como el reno. No quiso llamarlo Rudolph porque decía que sería demasiado obvio —dijo Adam, con voz baja y triste, casi como si hablara consigo mismo.

Le toqué el brazo. —Lo siento mucho por su padre, Adam. Era un hombre maravilloso, tan amable y generoso, y adoraba la Navidad. Cuando le perdimos, fue como si una luz se hubiera apagado en Silver Bells. Pero ahora que usted está aquí...

Adam abrió la boca para hablar pero luego la cerró, sus ojos escrutando mi rostro y calentando mi piel a lo largo de este sendero. Si esto fuera una película romántica, se inclinaría ahora mismo y rozaría suavemente sus labios con los míos, mis ojos cerrándose mientras besaba...

Aclaró su garganta. —Parece que va a desmayarse. ¿Está todo bien?

—Sí —dije, dándome cuenta de que mi mente había ido claramente a un lugar donde la suya no había llegado. Mentalmente puse los ojos en blanco, maldiciendo mi excesiva imaginación—. Estoy bien, gracias. Solo tenía algo en el ojo —dije, tratando de disimular lo que yo había creído que era un momento. Recordándome a mí misma que estaba trabajando y con mi nuevo jefe, miré a nuestro alrededor, con el edificio principal muy atrás mientras nos dirigíamos hacia el bosque de abetos cargados de nieve—. Ya casi llegamos.

Pasamos un cartel de madera, que había sido clavado en el tronco de uno de los árboles que bordeaban el camino y que decía: *La Gruta de Papá Noel*. Adam sacó una libreta, quitándose el guante con los dientes, y anotó algo.

—Ese cartel necesita repintarse. ¿Puede conseguir que el encargado de mantenimiento lo haga a primera hora de la mañana? —preguntó.

—¿Repintarlo? —Miré el cartel, el primero de muchos carteles rústicos y antiguos, que señalaban el camino hacia la propia Gruta de Papá Noel de Silver Bells Luxury Tours.

—Sí, cuanto antes mejor.

—Adam, ese cartel lo hizo su padre hace más de una década cuando construyó Silver Bells por primera vez —dije, elevando mi voz mientras señalaba el árbol que habíamos pasado—. Me contó que talló ese cartel mientras estaba sentado bajo ese árbol de allá. Su padre nunca cambió nada y mantuvo la Gruta de Papá Noel exactamente como la construyó, por eso ahora forma parte de la historia de la Montaña Navideña.

Adam frunció el ceño mientras escuchaba, y por un momento me pregunté si había sido demasiado brusca. Después de todo, él *era* mi jefe, y aunque prácticamente dirigía este lugar, seguía siendo solo una empleada.

—Lo siento, no quería sonar tan consternada. El encanto histórico es parte de lo que amamos de los carteles.

Él estaba escribiendo mientras yo hablaba, y se detuvo. —¿Cuántos carteles hay entre aquí y la Gruta de Papá Noel?

Conté con los dedos mientras recorría mentalmente el sendero, sonriendo al pensar en el pequeño pueblo anidado en el bosque. —Cinco, creo, ¿o quizás seis?

Él asintió, subrayó algo en su libreta y luego la cerró de golpe cuando el carruaje se detuvo. —Tiene razón.

—¿La tengo? —pregunté, pensando que eso había sido fácil. Un suspiro de victoria se escapó de mi boca mientras pisaba el suelo nevado, volviéndome para ver la tienda de Silver Bells Luxury Tours a lo lejos, con sus letras doradas en el escaparate—. Otro día, otro dólar, Sr. Kline —dije, repitiendo lo que solía decirle a mi jefe como si la tienda fuera el hombre mismo.

Adam bajó a mi lado. —Otro dólar será difícil en este mercado y por eso—

—¿Pero qué...? —Di un salto hacia atrás y giré, con la intención de enfrentarme a Adam, pero pisé un parche de hielo y me precipité hacia atrás en dirección a la acera. ¿Y qué me dictaron mis brillantes instintos? ¿Me dijeron que intentara recuperar el equilibrio? ¿Me sugirieron extender los brazos para amortiguar la caída? No, por supuesto que no. Eso habría tenido sentido. En cambio, solté un chillido agudo y cerré los ojos con fuerza, como si no ver pudiera protegerme del dolor que estaba a punto de sufrir.

Excepto que nunca llegué a sentir dolor alguno.

Alguien me había cogido.

Cuando abrí los ojos, estaba a salvo, envuelta en un par de brazos firmes, con mi nariz a la altura del pecho de mi salvador mientras me levantaba hasta ponerme en posición vertical. Temblorosa y notando el calor en mis mejillas, di un paso atrás —asegurándome de evitar el parche de hielo— y miré hacia arriba, a Adam. Se me cortó la respiración cuando sus ojos azul hielo me miraron intensamente.

Si mi corazón no hubiera estado ya latiendo a mil por hora por mi casi caída, se habría acelerado en el momento en que nuestras miradas se encontraron. Sus labios se transformaron en una sonrisa, mostrando dos profundos hoyuelos en sus mejillas que lo hacían parecer aún más atractivo. Por un fugaz momento, realmente tuve que detenerme y considerar si en realidad me había caído y golpeado la cabeza contra el suelo y estaba soñando que me encontraba en una película romántica. Una de esas cursis de Navidad que veía compulsivamente todos los fines de semana de diciembre con un cartón de helado y una sidra caliente.

Pero no, esta escena no era el resultado de un golpe en la cabeza. Estaba sucediendo de verdad. El momento en que me di cuenta de eso fue también el momento en que me percaté de que había estado mirando a Adam durante al menos treinta segundos con una expresión de asombro en mi cara. Palabras. Necesitaba formar palabras.

—Eh... gracias. Muchas gracias —dije, metiendo las manos en los bolsillos de mi chaqueta—. No suelo ser tan torpe.

—No hay problema —dijo, con voz baja y sensual, y su rostro aún cerca del mío. Seguía sujetándome por el codo como si temiera que volviera a caerme.

Aparté un mechón de pelo que había caído frente a mi cara y luego le dediqué una leve sonrisa. —¿Qué decías antes de que hiciera el ridículo?

Parpadeó una vez como intentando recordar. —Ah, sí. Estaba diciendo que no tiene sentido volver a pintar los carteles cuando van

a ser desechados de todos modos. A menos que quieras quedarte con uno como recuerdo.

Fruncí el ceño y una sensación de temor me recorrió la espalda. —¿Un recuerdo? ¿De qué? Lo siento, no entiendo a qué se refiere.

—Un recuerdo de Silver Bells, para recordarlo. Parece que amas este lugar, Faith. Así que quizás te gustaría conservar un recuerdo antes de que los nuevos propietarios se hagan cargo.

—¿Qué? —pregunté, alzando la voz, pero sin importarme lo más mínimo.

—Supuse que lo sabías. —Me lanzó una mirada de reojo, junto con una expresión curiosa—. Solo estoy en la ciudad durante tres semanas para vender Silver Bells Luxury Tours. Tengo que volver a Manhattan lo antes posible.

Mis labios se movieron pero no salió nada. Adam Kline no era para nada Papá Noel. De hecho, podría ser el anti-Papá Noel, dispuesto a arruinar la Navidad para todo Christmas Mountain (incluida yo) vendiendo Silver Bells sin parecer importarle lo más mínimo. Bueno, no si yo podía evitarlo.

—Larry *adoraba* este negocio. Y sé que le encantaría verle dirigiéndolo. Siempre hablaba de lo mucho que deseaba que viniera a visitarle. Él querría que *usted* tuviera Silver Bells.

En el momento en que las palabras salieron de mi boca deseé poder retirarlas. Hubo un cambio en el ambiente, adquiriendo una rigidez que no estaba allí antes. Adam retiró su mano de mi codo y se rascó la nuca mientras bajaba la mirada al suelo. Las comisuras de su boca se tornaron hacia abajo.

Un silencio se instaló entre nosotros y aunque lo único que quería hacer era disculparme por haberme puesto tan personal, no pude hacer otra cosa que morderme el labio y esperar a que volviera a mirarme. El sonido de su móvil cortó el aire y él lo sacó de su bolsillo para comprobar la pantalla.

—Debería contestar. Le veré mañana en la oficina para revisar los libros contables. Un placer conocerla, Faith —dijo, con su voz aún amistosa pero el indicio de intimidad que había estado convirtiendo mis piernas en gelatina un minuto antes había sido reemplazado por un tono más profesional.

—Sí —dije, con un poco más de entusiasmo del que había pretendido—. Ya, eh, nos *veremos* después.

Suspiré, incapaz de creer que hubiera hecho un chiste tan malo después de haber metido la pata. Me di una palmada en la frente. La visita con mi nuevo jefe no había ido exactamente como esperaba. Sin embargo, solo fueron unos segundos antes de que me sacudiera la inseguridad y enderezara los hombros mientras me giraba una vez más para mirar a Silver Bells Luxury Tours.

Adam estaría en la ciudad durante tres semanas, lo que significaba que tenía tres semanas para convencerle de que *no* vendiera el negocio de su padre. Se preocupaba mucho por su padre, lo cual era obvio por su reacción cuando mencioné a Larry. Eso tenía que significar que había una oportunidad. Si vendía el negocio, no tenía ninguna duda de que acabaría arrepintiéndose, y no iba a permitir que eso ocurriera.

—Voy a arreglar esto, Sr. Kline —le hablé al nombre en el escaparate—. Lo prometo.

Larry Kline me había ofrecido un trabajo cuando más lo necesitaba, así que no había forma de que me rindiera con el negocio en el que había puesto su corazón y alma. Sin importar lo que costara, encontraría la manera de mantener vivo su sueño convenciendo a su hijo de que nunca vendiera Silver Bells Luxury Tours.

CAPÍTULO DOS

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Adam Kline llegó a la tienda de Silver Bells Luxury Tours con un aspecto aún mejor del que había soñado anoche, con esos labios carnosos y esos ojos increíbles. Uf, ¿por qué fantaseaba con mi nuevo jefe? Me recordé a mí misma que era el tipo que quería vender el negocio que tanto significaba para mí. También era el tipo al que necesitaba hacerle cambiar de opinión. Dudaba que pudiera lograrlo saliendo con él.

Aunque una gran parte de mí no le importaría intentarlo.

Mi vida amorosa no había sido muy buena últimamente, de todos modos. No hacía falta destrozarla aún más. A decir verdad, no había sido buena en varios años. Mi último novio se había enfadado tanto cuando lo dejé que me llamó despiadadamente independiente. Em, ¿qué significaba *eso*? No era precisamente un cumplido destinado a recuperar mi afecto. Pero, en fin. Había desperdiciado cuatro meses de mi vida con él y superé esa relación haciendo senderismo por un sendero alrededor del monte Rainier.

Ah, felicidad extrema y sin insultos.

Mis padres son muy organizados y no pudieron hacer funcionar su matrimonio. Entonces, ¿por qué mi vida amorosa debería ser diferente? Las únicas cosas con las que podía contar eran mis amigos, las montañas, este encantador pueblo y mi trabajo. Excepto

que Adam me haría perder mi trabajo si vendía el negocio. ¡Argh! Bueno, de ninguna manera. No va a suceder, colega.

—Buenos días, Faith —dijo Adam, desde la puerta que conducía a la trastienda—. Necesito algo de ti.

¿El nombre de mi restaurante favorito, mi flor favorita o mi vino favorito? ¿Qué tal mi opinión sobre dónde deberíamos ir en nuestra primera cita? Sacudí la cabeza. Contrólate, Faith. Realmente necesitaba empezar a escuchar música de meditación menos romántica antes de dormir.

—¿Necesitas algo, eh? —pregunté, pensando que yo también necesitaba algo de él. Mi trabajo, *no* una cita. Aparté la silla en la que estaba sentada y me levanté. La parte trasera de la oficina era utilitaria y aburrida. No había nada en la habitación sencilla excepto dos escritorios, armarios, ordenadores y notas adhesivas—. Necesito comprobar algunas cosas en la tienda. ¿Podemos hablar mientras caminamos?

—Poseo ese talento, sí —dijo y esperó a que yo saliera primero.

Al pasar junto a él, capté el leve aroma de una colonia especiada que me dio ganas de acurrucar mi cara en su cuello. Oh, vaya. Realmente necesitaba dejar de fantasear con mi jefe. Bueno, mi próximo ex jefe si no jugaba bien mis cartas.

Pasé por la puerta que separaba las oficinas de la tienda y entré en un glorioso tributo al lujo y la diversión al aire libre. ¿Quién dice que no puedes disfrutar de las montañas con estilo? Nosotros no. Raquetas de nieve colgaban de la vasta red de pesca sujeta al techo. Esquís y bastones estaban dispuestos como si fueran a salir volando por la puerta en cualquier momento por sí solos. Había costosos conjuntos para hombres y mujeres, exhibidos en maniquíes.

Largos estantes se situaban bajo repisas que mostraban fotos de anteriores grupos de excursionistas y del Sr. Kline haciendo lo que mejor sabía hacer: ofrecer a la gente un viaje de lujo a la naturaleza. Algunos estantes bien colocados ofrecían artículos turísticos, pero nada demasiado kitsch. Mis favoritas eran las bolas de nieve de Christmas Mountain que contenían una réplica perfecta del Árbol de los Deseos adornado en todo su esplendor. De hecho, esas habían sido idea mía.

Si tan solo empezaran a venderse mejor...

Teníamos equipos de pesca de alta gama ordenadamente dispuestos bajo un kayak colgante. Un pequeño rincón a un lado albergaba una barra de café para nuestros clientes, y generalmente algunos de los famosos rollos de canela de Jingle Bells Bakery. Esos pasteles podían mejorar hasta el peor de los días. Lo que daría por un rollo de canela en este preciso momento. O cinco.

Las grandes ventanas ofrecían una amplia vista de la pintoresca y adorable calle principal del pueblo. Y había fotos del Sr. Kline con nuestros huéspedes haciendo senderismo, pescando, esquiando, con raquetas de nieve, acampando y visitando la gruta de Papá Noel.

Chasqueé los dedos y luego señalé las fotos. —Por cierto, debería preguntarte qué quieres hacer con esas fotos. Probablemente el nuevo propietario no las querrá.

La mirada de Adam se dirigió a las fotos y se quedó fija. Se formó una línea entre sus cejas. —Crucemos ese puente cuando lleguemos a él.

—¿Eres consciente de que esa es la peor ruta a seguir en este negocio, verdad?

—Yo no estoy *en* este negocio. Estoy aquí para venderlo. Ya lo sabes, Faith.

—Por eso no sabes que nunca se cruza un puente sin considerar todos los riesgos. Lección número uno —dije, con un tono que sonaba más humorístico que mandón, aunque estaba bastante segura de que no lo estaba consiguiendo.

—No necesito una lección —dijo, y su profunda voz de barítono me hizo estremecer. Esos escalofríos se intensificaron cuando se acercó a mí—. Solo tengo tres semanas. Lo que necesito son los datos.

—¿Te refieres a la parte del negocio? ¿Ganancias y pérdidas, contabilidad, proveedores y todo eso? —pregunté, dándole una palmada en el antebrazo como si fuéramos mejores amigos. El calor me calentó la palma a través de la manga de la camisa abotonada en la que probablemente había gastado demasiado dinero. Examiné la expresión de su rostro. Habría sido el candidato perfecto para una de nuestras excursiones.

—Exactamente —dijo, sus ojos volviendo a iluminarse mientras sonreía—. Cifras que me permitan saber cuánto pedir por este negocio.

—Entendido. —Levanté un dedo al tener una inspiración. Adam no sabía mucho sobre el negocio y necesitaba saber por qué esta tienda era tan importante. No solo para mí, sino para el señor Kline —. Nunca vas a entender el valor de este negocio simplemente leyendo las hojas de contabilidad.

Su sonrisa desapareció. —Permíteme disentir. Se puede entender mucho sobre un negocio a través de su contabilidad.

Se refería a los beneficios. De los cuales había muy pocos.

—No. —Negué con la cabeza—. Quiero decir, sí, pero gran parte del valor de este negocio está en el factor de los clientes que repiten y en los lazos que los clientes crean con las personas que les acompañan en las excursiones, normalmente familia, y en encontrarse a sí mismos. En desafiarse a hacer algo que no pueden hacer en casa en la ciudad y que quizá nunca tengan la oportunidad de hacer de nuevo.

Su sonrisa volvió. —Te refieres a algo como un momento de lista de deseos.

—Sí, exactamente así. Se trata de salir ahí fuera y lanzarse.

—¿Y crees que yo no sé nada de eso?

Me encogí de hombros. —Si quieres conocer la razón por la que este negocio es tan bueno, entonces necesitas echarle un vistazo en profundidad.

Él dio un paso atrás, su mirada se desvió hacia las fotos. —Lo que necesito es preparar una presentación de venta, rápido.

—¿Un qué?

—Presentación de venta. El pitch comercial. Algo que explique por qué los compradores deberían y querrían este negocio.

Vaya, eso sonaba tan frío.

—Primero, tienes que hacer una excursión. Necesitas experimentar lo que hacemos. —Nosotros. Ya no había un nosotros. El señor Kline se había ido y Adam quería vender el lugar. Lo vendería a menos que yo pudiera encontrar la manera de hacerle cambiar de opinión.

Él retrocedió. —¿Crees que hacer una excursión me ayudará a entender mejor cómo vender el lugar?

A veces, realmente se puede justificar una gran mentira. —Sí.

—De acuerdo. Lo haré.

Parpadeeé. Espera. ¿Qué acababa de pasar? ¿Había dicho que sí, o era mi imaginación? —¿Quieres hacer una excursión?

Asintió. —Si ayudará a vender este negocio, por supuesto.

¡Yupi! Feliz Navidad para mí.

—Lo organizaré. Te va a encantar —dije, frotándome las manos mientras iba a hacer algunas llamadas. Tenía que disfrutar tanto de la excursión que se enamorara de Silver Bells. Tenía que ser así. No podía fallarle al señor Kline.

No podía permitir que Adam Kline vendiera el negocio, arruinando mi Navidad y mi vida.

CAPÍTULO TRES

La canción "Have Yourself a Merry Little Christmas" sonaba por los altavoces del C.M. Salon, donde me estaba cortando el pelo mi buena amiga Morgan Reed. Abrió este salón el invierno pasado y aún no me había cobrado por ninguno de los servicios que me había proporcionado —a pesar de mis protestas y las numerosas veces que había dejado mi tarjeta de crédito en el mostrador— así que me he resignado a dejar propinas de tamaño ridículo.

Luces parpadeantes rojas y verdes contorneaban el espejo en el que me miraba y un aroma a manzana especiada llenaba el aire mientras la canción navideña afirmaba que mis problemas estarían a kilómetros de distancia —ojalá fuera cierto. Todo en lo que podía pensar era en el trabajo que estaban a punto de quitarme.

—Vale, suéltalo —dijo Morgan, sosteniendo un peine en una mano y unas tijeras en la otra mientras miraba mi reflejo en el espejo.

Parpadee varias veces. —¿Soltar qué?

—Lo que sea que tengas en la cabeza —dijo, señalando la silla en la que estaba sentada—. Estás inquieta, lo cual no es normal en ti. Diría que es por la canción, pero no es precisamente música para bailar. Además, pareces estar a un millón de kilómetros de aquí ahora mismo. Algo te pasa. Así que... *suéltalo*.

Me moví un poco más. —Ni siquiera sé por dónde empezar.

Morgan me lanzó una mirada. —Empieza por el principio.

—Caí en los brazos de un chico muy atractivo el otro día —dije, recordando la sensación reconfortante de los brazos de Adam a mi alrededor—. También puede que hubiera algo de flirteo. Al menos por mi parte, batiendo las pestañas. Ahora voy a llevarlo de tour.

—Suena prometedor —dijo Morgan, con los labios fruncidos—. No necesitas solo un corte de pelo. Necesitas un peinado completo, seguido de un brillo, y que te depilen las cejas con hilo. Quizás también unas extensiones de pestañas ya que estamos.

—Podría usar una depilación de cejas con hilo —dije, entrecerrando los ojos ante mi reflejo en el espejo—. Pero nada de peinados ni extensiones. No estoy tratando de impresionar a este chico.

—¿A quién intentas engañar? Acabas de hablar de batir pestañas y tú no eres así, aunque hace mucho tiempo que no estás a distancia de besar a un chico guapo. Además, te encanta arreglarte y vas a tener una cita con él.

—No es una cita, es un tour.

Morgan pasó el peine por mi pelo y luego cortó un poco. —Cita, tour, ¿qué más da? Esta es tu oportunidad para impresionar al chico que obviamente te interesa y ambas sabemos lo exigente que eres. Deberías intentarlo. Además, eres mi única clienta durante la próxima hora y cuando te vayas tengo que teñir el pelo de una mujer de plateado, como del color del oropel.

—Estás de broma.

—No. Algunas personas se vuelcan totalmente en la Navidad.

Reflexioné sobre cómo se vería mi pelo oscuro de color plateado y luego negué con la cabeza. —Es atractivo, simpático, y definitivamente hay algo dulce escondido detrás de su exterior amurallado, pero no es mi tipo. Es el típico hombre de negocios serio, de esos que no se toman vacaciones en años. Tiene el móvil pegado a la mano, si entiendes lo que quiero decir. Como, oh, lo siento, tengo que coger esta llamada. De todos modos, no estoy tratando de salir con él. Estoy tratando de salvar Silver Bells y mantener mi trabajo.

Las cejas de Morgan se elevaron. —¿Cómo dices?

—El chico es Adam Kline.

—¿El hijo perdido de Larry Kline?

Asentí. —Va a vender el negocio a menos que pueda encontrar una manera de impedirlo. —Mis dedos tamborileaban a un ritmo rápido en el brazo de la silla—. Por eso vamos a hacer el tour.

—¿Y crees que un tour será suficiente para convencerle de que no lo venda?

—La idea sonaba mucho más plausible en mi cabeza —admití, retorciéndome de nuevo.

Morgan se quedó paralizada con las tijeras suspendidas sobre mi cabeza. —Faith, si no quieres volver a lucir ese flequillo que te hiciste en sexto curso, tienes que quedarte quieta.

Me obligué a permanecer completamente quieta. —Pero quizás un tour sea suficiente para que vea lo especial que es Silver Bells Luxury Tours. Tiene que verlo, Morgan, o no sé qué haré.

Ella emitió un sonido pensativo. —Creo que deberías dejar que te haga un tratamiento completo. Limpieza facial, depilación de cejas, un peinado, incluso una manicura. Ah, y definitivamente deberíamos hacer un tratamiento de labios. Dejemos esos labios bien suaves para los momentos de besos.

Le lancé una mirada fulminante. —Mis labios están bien. Uso montones de protector labial. Y no tengo ninguna intención de besar a Adam Kline, muchas gracias.

—Claaaaro.

Vale, eso había sido mentira. Besar a Adam Kline era algo en lo que había pensado mucho desde que nos conocimos. Sus labios eran absolutamente besables, después de todo. —Además, quiero que mire el paisaje y a las otras personas del tour, no a mí. Esta es su oportunidad para conocer realmente una faceta de su padre que no pudo ver antes de que falleciera.

Morgan cortó más de mi pelo oscuro. —Creía que habías dicho que vosotros dos no encajaríais, ni siquiera en una cita.

Fijé la mirada en el centelleo brillante de las luces navideñas. —No encajaríamos.

—Entonces, ¿por qué te importa si llega a conocer esa faceta de su padre o no? Quiero decir, a la mayoría de los empleados no les

importan los sentimientos de su jefe. A menos que dicha empleada esté interesada en dicho jefe, en cuyo caso estamos hablando de otra historia.

—Estoy interesada —repliqué—. Muy interesada... en mantener el negocio abierto.

—¿Y también interesada en el chico que te salvó de caerte de bruces? ¿El guapo con el que coqueteabas, batiendo esas pestañas como nunca lo has hecho en los dieciséis años que te conozco?

—Uf. —Levanté las manos—. Vale, de acuerdo. He estado pensando en él y quizás estaba interesada, hasta que empezó a actuar como si su teléfono fuera su dispositivo personal de salvación. El tío es un adicto al trabajo, el hijo del señor Kline, y está intentando destrozar toda mi vida vendiendo Silver Bells. Y tengo tantas ideas para mejorar el negocio. Sé que podría ayudar a transformar el lugar, hacerlo realmente rentable, si tan solo me escuchara.

Morgan se apartó a un lado y dejó las tijeras. —Entonces haz que te escuche.

Fruncí el ceño. —Estoy intentando que me escuche, pero la única forma de que entienda por qué el negocio es tan increíble es que experimente de primera mano lo que hacemos —dije, agotada de tanto pensar en Adam Kline. Mi vida parecía tan sencilla hasta que él llegó al pueblo. Necesitaba cambiar de tema—. ¿Cómo van las cosas entre tú y Dallas?

Me miró distraída. —Las fiestas son difíciles para él. Su relación con su padre está tensa por el alcoholismo de su padre. Ojalá supiera qué hacer para ayudar.

La empatía me invadió. —Estoy en una situación similar. Ojalá supiera cómo llegar a Adam.

Morgan alcanzó y descolgó la manzana con clavo. Se la acercó a la nariz e inhaló profundamente. El aroma llegó hasta mí y chasqueé los dedos. —Ahora recuerdo quién adoraba esas cosas.

—La señora King —dijimos al unísono.

La pena se abrió paso en mi corazón. Perder a nuestra profesora de coro y mentora había sido duro para todos nosotros. La actitud positiva del señor Kline había ayudado, pero ahora él también se

había ido. —Ojalá la señora King estuviera aquí. Ella sabría exactamente qué hacer.

Morgan volvió a colgar la manzana. —Ella lo sabría, y diría que lo sabía, también.

—La echo de menos —dije.

—Yo también —dijo, dirigiéndome una mirada de comprensión.

Si la Sra. King estuviera aquí me diría que fuese a por lo que quiero. La determinación me invadió. Adam Kline iba a quedarse tan impresionado con esta próxima visita que nunca sería capaz de vender Silver Bells. Y salvar el negocio era lo único en lo que estaba pensando, por supuesto, cuando me giré hacia Morgan. —Vale, vamos a por las extensiones de pestañas.

CAPÍTULO CUATRO

La noche siguiente, llegué a la tienda de Silver Bells Luxury Tours y vi mi reflejo en el escaparate. Las extensiones de pestañas y el delineador de ojos resistente al agua a lo largo de mis párpados superiores realzaban mis ojos marrones almendrados. Me había recogido el pelo en un moño que resultaba tanto elegante como funcional. Mi atuendo: pantalones ajustados con forro interior térmico, un jersey rojo de cachemira bajo un chaleco acolchado negro de alta gama y encima un abrigo de plumas, botas de montaña diseñadas para cubrir terrenos difíciles y verse bien al mismo tiempo.

Todo era perfecto para comenzar el tour de lujo que (con suerte) impresionaría a Adam.

Abrí la puerta principal y entré corriendo, ansiosa por comenzar la excursión. Me dirigí a la barra de café y empecé a organizar todo cuidadosamente. Ni una mota de polvo, ni un grano de café perdido o de azúcar que pudiera estropear la perfección de la experiencia de lujo de los invitados.

Coloqué los esponjosos bollos de canela glaseados con azúcar de la Pastelería Jingle Bells en un plato de porcelana, dejando que el aroma decadente de mantequilla auténtica, vainilla y dulces pasteles me inundara la nariz. Mmm. Mis dedos se movieron instintivamente

hacia los bollos. Se me hacía la boca agua mientras disponía las servilletas de lino, las tazas de porcelana y los cubiertos de plata.

A continuación, encendí la tableta electrónica que tenía en las manos y me aseguré de que todo estuviera configurado y listo, y de que no hubiera retrasos a la vista. Todo estaba en orden. La puerta se abrió y la campanilla tintineó cuando el grupo del tour llegó apresuradamente. Me acerqué a ellos con una sonrisa.

Diane Burkhart llevaba un conjunto elegante similar al mío. Su pelo rubio ceniza estaba recogido en una coleta impecable, y sus labios brillaban intensamente con gloss. Al igual que Diane, el Sr. Burkhart vestía ropa de la tienda. ¿Dónde estaba Adam? Necesitaba que notara a nuestros felices clientes que habían comprado ropa en la tienda, aumentando así los ingresos más allá del tour en sí.

Una mujer mayor llamada Sharon Straw me sonrió. Llevaba equipo menos moderno y sus botas de montaña desgastadas indicaban que hablaba en serio y tenía experiencia en los senderos, aunque fueran de un tono rosa que alguna vez fue brillante y ahora estaba descolorido, en lugar del habitual tostado o marrón.

Trevor Peak fue el siguiente. ¿Sabes cómo algunos hombres mayores transmiten ese aire rudo de vaquero? Trevor era uno de ellos y con buenos motivos. Había interpretado a un vaquero en una serie de películas populares hechas en Hollywood. Se había retirado de la actuación hace años y se había mudado a Christmas Mountain, pero todavía parecía el personaje que había interpretado. Me saludó con un gesto de cabeza y yo le respondí de la misma manera.

—Es una noche gloriosa, ¿verdad? —Sharon se dirigió hacia el plato de pasteles que había dispuesto pulcramente—. ¿Y eso que huelo es canela?

—Sí, Sra. Straw. Tenemos los mundialmente famosos bollos de canela de la Pastelería Jingle Bells como tentempié para ustedes junto a la barra de café. Por favor, sírvanse.

El grupo fue a por los bollos y el café. Miré la hora. ¿Dónde estaba Adam? ¿Me había dejado plantada? ¿Había decidido que un tour era lo último que necesitaba? Se me encogió el estómago ante la idea. No se atrevería. ¿O sí?

Justo cuando estaba segura de que había abandonado el tour, la puerta se abrió y él entró. Parecía pegado a su móvil, enviando mensajes frenéticamente. El teléfono en su mano seguía pitando y chirriando, y estaba tan absorto que ni siquiera levantó la vista hasta que chocó directamente con un elegante maniquí femenino con ropa de esquí y lo envió al suelo estrepitosamente.

Sharon se acercó a mí. —Vaya por Dios. No será nuestro guía, ¿verdad?

—No, él está haciendo el tour —dije, usando un tono tranquilizador mientras reprimía una risa. Me apresuré hacia Adam, quien mantenía el teléfono en una mano mientras levantaba el maniquí sujetándolo por uno de sus brazos. Mala idea. El brazo se desprendió y el maniquí cayó al suelo de forma poco digna.

Adam se quedó allí, sosteniendo un brazo de maniquí en la mano e hizo una mueca. A pesar del drama y la esquiadora sin brazo, de alguna manera lograba verse adorablemente mono y atractivo al mismo tiempo.

Cogí el brazo que me tendía. —Buenas tardes, Adam. Déjame solo... —¿Qué? ¿Qué debía hacer con el brazo? El maniquí herido parecía patético tirado en el suelo, así que lo apoyé en una silla de camping, equipada con portavasos, cargador USB y asientos calefactables. Luego coloqué el brazo en su regazo—. Haré que mantenimiento le practique una cirugía más tarde.

—Gracias —dijo Adam, sonriendo—. Nunca imaginé que escribir mensajes mientras caminas pudiera ser peligroso.

—Menos mal que no estabas en el bosque con un puma —bromeé, preguntándome si haría falta un animal salvaje para separarlo de su móvil.

—Tú resbalas en el hielo y yo arranco un brazo —dijo, negando con la cabeza mientras la comisura de su boca se elevaba—. Menuda pareja formamos, ¿eh?

—Sí, totalmente —dije, notando el calor en mis mejillas. La idea de que nos llamaran pareja resultaba bastante atractiva. Me alegré de que Morgan no estuviera aquí para presenciar mi reacción, o se habría burlado de mí sin piedad. Me aclaré la garganta e intenté concentrarme en el trabajo volviéndome hacia el grupo—. Gracias

por formar parte de esta experiencia hoy. Soy Faith Sterling, vuestra guía del tour Silver Bells.

Se escucharon murmullos de saludo.

—Nuestro Tour Stargazer nos llevará hasta la cima de la Montaña Navidad y luego de regreso a la tienda. Por el camino veréis El Árbol Compartido, las Cascadas Navidad, el Banco de los Besos y mucho más. Disfrutaremos de una deliciosa cena en la cima de la montaña, con todas las comodidades, os lo prometo.

Los Burkhart se rieron. Trevor se apoyó, con aire de vaquero, contra la pared. Sharon sonreía radiante. Adam parecía poco impresionado, y fue entonces cuando me fijé en lo que llevaba puesto: un abrigo de lana de aspecto caro, una bufanda de diseñador metida por dentro del abrigo, guantes de piel y botas negras de cuero italiano propias para calles urbanas, no botas impermeables para senderismo.

Adam preguntó: —¿Tienes algo en el ojo?

—¿Qué? —pregunté, dándome cuenta de que había estado entrecerrando los ojos mientras examinaba su atuendo. Vaya. Me froté debajo del ojo con un dedo—. Eh, sí. Creo que ya me lo he quitado.

El sonido de campanillas tintineó desde fuera, avisándome de que nuestro transporte había llegado.

Incliné la cabeza. —Oigo cascabeles. Esa es nuestra señal.

Salimos y vimos unos caballos tirando de un gran trineo. Tres filas de asientos, tapizados en terciopelo rojo, se encontraban bajo un techo negro que ofrecía cierta protección contra los elementos, pero permitía a los invitados mirar por los laterales abiertos para disfrutar del paisaje.

—¡Oh, qué adorable! ¿Es cómodo? —preguntó Diane.

—Mullido y confortable —le aseguré—. Hay cargadores para móviles en el trineo, y en el techo hay un panel solar que, aunque no se ve, también calienta los asientos.

Diane juntó sus manos. —Es increíble. ¿Cuánto tiempo estaremos en el trineo?

—Solo hasta que lleguemos al Árbol Compartido. También hay mantas de piel para las piernas y chocolate caliente a bordo. ¿Todos

listos?

Adam me lanzó una mirada que decía que no estaba en absoluto preparado para esto y miró su móvil. Sin embargo, los demás expresaron su entusiasmo. Con eso me conformaba.

El conductor del trineo llevaba un largo abrigo negro sobre unos pantalones para el frío, y bajó con sus altas botas para ayudarnos a subir. Las suaves pieles eran el colmo del lujo y el chocolate, que se guardaba en termos plateados, se repartió en tazas calientes. Un momento después, partimos, con las campanillas sonando y la mayor parte de mi grupo exclamando sobre el paseo, los caballos y el impresionante paisaje... mientras Adam hablaba en voz baja por su móvil.

Sentí frustración. Tenía que dejar el móvil o nunca se enamoraría del tour y de Silver Bells. ¿Debería coger el móvil y lanzarlo por un lado? Probablemente no sería apropiado hacerle eso a mi jefe, así que decidí emplear una táctica menos invasiva.

Me incliné hacia él y susurré: —Adam, necesito que te conectes con el tour ahora mismo... por el bien del negocio. Si tú estás con el móvil, el resto de los invitados también querrán estarlo. Hacer una excursión al aire libre consiste en desconectarse y experimentar la naturaleza.

Levantó un dedo. —Un minuto.

—Vale —dije, y conté hasta veinte. Cuatro veces. Luego le di un codazo en el costado.

Me dedicó una sonrisa avergonzada, pero guardó el móvil en su bolsillo justo cuando volvía a sonar. La frustración se apoderó de mí e intenté ignorar el timbre señalando los lugares de interés mientras rodeábamos la parte trasera del pueblo para subir por la Calle Principal y ver todas las encantadoras tiendas independientes mientras pasábamos frente a ellas: Excursiones de Aventura al Aire Libre Overlook (nuestro competidor más reciente), Pastelería Jingle Bells, Café Sleigh, la librería Rudolph's Reads, el Salón C.M./Mueblería Parker. Luego pasamos por el gigantesco árbol de Navidad en la plaza del pueblo, seguido por el juzgado, el Prancer's Pancake House, el Sugar Plum Inn y el centro comunitario donde mis

mejores amigas y yo habíamos actuado para la Sra. King la Navidad pasada.

El sonido de Las Cataratas se hizo más fuerte a medida que nos acercábamos, respirando el aire limpio y contemplando el cielo al anochecer y la vista de la nieve que cubría la montaña sobre nosotros. Miré a Adam para ver su reacción y lo encontré hundido en su asiento, con los dedos volando sobre el teclado de su móvil. Quizás él era lo que debería arrojar fuera del trineo. Su muslo rozó el mío, y el calor se filtró en cada fibra de mi ser.

—¿Adam? Te lo estás perdiendo —examiné su perfil. Concentrado. Enfocado. ¿Por qué no podía concentrarse así en esta excursión? Empujé mi pierna contra la suya para llamar su atención.

—¿Qué? —Me miró, captó mi expresión y guardó el móvil de nuevo—. Lo siento, un asunto de trabajo en Nueva York.

Sharon estaba sentada delante de nosotros junto a Trevor y se dio la vuelta, mirándome por encima del hombro. —Ojalá mi marido siguiera aquí —lanzó una mirada a Adam—. Era un adicto al trabajo. Lo quería muchísimo, pero viajar con ese hombre podía ser agotador.

La indirecta no tan sutil no pasó desapercibida para Adam, cuyo teléfono sonó de nuevo. Esbozó una sonrisa avergonzada mientras sus dedos se deslizaban en su bolsillo. El teléfono quedó en silencio. Le di a Sharon una sonrisa de agradecimiento.

El río Christmas se deslizaba y serpenteaba por la base de la montaña, una hermosa cinta de azul oscuro. Las Cataratas Christmas, de 25 metros de altura y espumosas, brotaban por encima de los pequeños acantilados y giraban hacia abajo de una manera vertiginosa y fantástica, toda espuma blanca, tonos líquidos y majestuosidad. Siempre había amado Las Cataratas, y su belleza siempre me encantaba.

El trineo se detuvo y todos bajamos y subimos las escaleras hacia Las Cataratas.

—¿Es ese El Árbol de los Deseos? —preguntó Sharon.

—Sí —dije, guiándolos hacia el grandioso árbol, adornado con luces de colores, sus adornos balanceándose y bailando con el viento. El aire era más frío aquí arriba y el rugido de Las Cataratas

más notable. Elevé la voz y dije—: Las parejas vienen aquí cada diciembre para colgar adornos y prometerse su amor —dije, lanzando una mirada significativa a los Burkhart—. Y otros cuelgan adornos en recuerdo.

—¿En recuerdo? —preguntó Sharon.

—Por aquellos que hemos perdido —dije, pensando en la Sra. King y el Sr. Kline.

Abrí una bolsa de terciopelo negro y saqué los adornos sorpresa que siempre traía para los invitados en estas excursiones. —Tengo adornos si alguien quiere colgar uno.

—Oh, qué detalle tan bonito, Faith —Sharon cogió un adorno—. Colgaré uno en honor a mi marido.

—Yo tomaré uno para mi esposa —dijo Trevor, con su voz áspera y arrastrada—. Gracias, Faith.

Los Burkhart se miraron el uno al otro y luego ella tomó el adorno en forma de corazón que yo sostenía entre mis dedos.

Le tendí el último a Adam. —Quizás te gustaría...

—No, gracias. —Se apartó de mí, ajustándose la bufanda al cuello mientras observaba a los demás colgar sus adornos. Fruncí el ceño mientras sus risas y murmullos llegaban hasta nosotros con el viento. Él asintió con la cabeza hacia ellos—. Los huéspedes parecen estar disfrutando. Por cierto, ese chocolate caliente estaba delicioso.

—Gracias —dije, un poco desconcertada por su reacción tras rechazar el adorno. Él había vivido aquí, así que conocía la tradición. No podía creer que no quisiera colgar un adorno en recuerdo de su padre. Yo planeaba colgar uno por la señora King, pero no esta noche durante la visita. Quería hacerlo en privado y supuse que quizás Adam también. Me acerqué a la barandilla y contemplé Las Cascadas mientras Adam se situaba a mi lado.

Me miró atentamente. —¿Tú hiciste el chocolate caliente?

—No, pero fue idea mía servirlo a los huéspedes. Tu padre era genial pensando en cosas como el trineo, pero una vez que los invitados estaban dentro, era como aguantar hasta llegar.

Me miró un momento. —Tú añades esos pequeños detalles que hacen más personal la visita.

—¿Eso es un cumplido? —pregunté.

La comisura de su boca se elevó. —El mejor.

Me acerqué un poco más. El viento le alborotó el pelo, despeinándolo ligeramente. Quería alargar la mano y arreglárselo, o simplemente tocar ese cabello para comprobar su textura. Sus ojos se fijaron directamente en los míos. Mi corazón se aceleró un poco. Tuve que recordarme que era mi jefe, el hijo del señor Kline, y que intentaba vender el negocio que yo quería salvar. Por no mencionar que él era un chico de ciudad mientras que yo prosperaba aquí en las montañas. Los polos opuestos pueden atraerse, pero nuestros objetivos eran diferentes.

Después de unos veinte minutos, un SUV de lujo se detuvo al pie de las escaleras para llevarnos a la siguiente parada de la visita.

Adam metió las manos en los bolsillos. —¿Es eso un Cadillac Escalade?

—Lo es —dije, guiando al grupo hacia nuestro lujoso transporte. Entramos y nos dirigimos montaña arriba. Miré el perfil de Adam. ¿Cómo podría hacerle entender lo mucho que Silver Bells significaba para mí, para la gente que venía a la tienda a comprar, para los huéspedes que hacían las visitas que les proporcionaban los momentos especiales que la mayoría estábamos experimentando ahora? ¿Por qué Adam no podía ver que todo en la vida consistía en momentos? Pequeños y grandes, y que debemos atraparlos cuando vienen, y crearlos cuando no lo hacen?

—Necesito algo de ayuda ahora mismo, señor Kline —susurré.

Y justo así, se encendieron las luces.

No en mi cerebro. En la montaña. El antiguo complejo de esquí, "Todo Cuesta Abajo Desde Aquí", tenía miles de suaves luces solares colgadas en su albergue y por todos los árboles. El resplandor, blanco y brillante, hacía que los árboles parecieran estar cubiertos por un manto de estrellas. Más luces perfilaban la yurta a rayas rojas y doradas a la que nos dirigíamos, que ondeaba con la suave brisa.

A Adam se le abrió la boca. A mí se me dibujó una sonrisa. Me incliné y susurré: —Te pillé.

Los demás estaban mirando, riendo y exclamando. Adam los miró y luego a mí mientras nos deteníamos. Nuestro conductor abrió las puertas. Salimos al aire fresco.

Me volví hacia el grupo. —Seguidme, por favor.

Caminamos por un sendero iluminado con más luces solares. Los pinos desprendían su aroma dulce y picante. La vista era fantástica. Abajo se extendía nuestro encantador pueblo, una resplandeciente manta de luces de colores. Las Cascadas caían y el río era una larga franja plateada. La ladera de la montaña estaba salpicada de pequeños árboles, y atrajeron mi mirada de vuelta al Árbol de los Deseos.

Fuimos a la yurta. Dentro, la estufa de leña, adorable pero robusta, nos lanzaba aire caliente. El interior de la tienda era rojo y dorado con un techo alto en pico y un marco superior que sostenía luces navideñas que parpadeaban y guiñaban. «Jingle Bell Rock» sonaba a través de altavoces ocultos. La mesa estaba colocada a baja altura junto a los asientos acolchados, cubiertos de tela plateada y azul. Un chef, con delantal y gorro alto, esperaba listo, con una sonrisa en su rostro.

La pierna de Adam presionó contra la mía cuando nos sentamos. Pequeños hormigueos recorrieron mi pierna donde su muslo había rozado. El festín fue delicioso. Salmón rojo salvaje, cortado muy fino y ahumado, servido con lonchas de venado salvaje poco hecho e igualmente tierno. Un risotto perfecto con solo un toque de queso. Elegante ensalada al estilo italiano, hecha con mozzarella y tomate fresco, y albahaca recién cogida de la planta viva en la estación del chef, junto con un chorrito de aceite y vinagre. Buen vino, pan delicioso, compañía increíble. ¿Qué más se podía pedir en un Tour de Lujo Silver Bells?

Salimos de la yurta a tiempo para ver cómo se agrupaban y formaban las constelaciones a través de los telescopios, aunque realmente no eran necesarios en una noche tan despejada.

De camino bajando la montaña cantamos villancicos. Cuando terminamos uno, Sharon se volvió hacia mí.

—Eres una chica de coro, ¿verdad?

Mis mejillas se sonrojaron.

—Lo era antes. ¿Cómo lo supiste?

—Antes daba clases de coro —dijo tocándose la oreja y sonriéndome—. Siempre reconozco a una cantante de coro.

Sonreí, acordándome de la señora King mientras bajábamos lentamente por la calle principal. Las tiendas, pintorescas y encantadoras, estaban en su mayoría cerradas, pero aún lucían hermosas, con sus largos rectángulos de luz dorada que se derramaban como un pasillo a lo largo de la calle.

Cuando regresamos a la tienda de Silver Bells Luxury Tours, todos me dieron las gracias, dejaron propinas generosas y luego se marcharon. El Escalade se alejó.

Me quedé allí, mirando a Adam.

—¿Qué te ha parecido?

—El Tour de Observación de Estrellas es una de las experiencias más increíbles que he tenido nunca —dijo, mirándome directamente mientras hablaba.

Mi corazón se aceleró. ¡Lo entendía! ¡Por fin entendía lo especial que era Silver Bells! Mi pecho se llenó de alegría y abrí la boca para hablar...

—Tenías razón. Tenía que experimentarlo por mí mismo para entender realmente lo que lo hace tan especial —dijo, su mirada fijándose en la mía mientras sonreía—. Ahora sé exactamente cómo voy a presentar este negocio. Y conozco a un hombre que podría querer comprar algo así.

Y justo así, mi corazón se me cayó al estómago.

CAPÍTULO CINCO

El camino de vuelta a la oficina anoche había sido dolorosamente incómodo. Adam probablemente pudo notar lo devastada que estaba al saber que aún quería vender el negocio en lugar de honrar el sueño de su padre haciéndose cargo de Silver Bells. Todas las cosas que había querido mostrarle fueron olvidadas mientras luchaba por contener las lágrimas que me escocían los ojos.

Cuando Adam sugirió almorzar al día siguiente para hablar de las cosas, no tuve más remedio que aceptar, ya que él *seguía* siendo mi jefe (aunque no sabía por cuánto tiempo más). A mediodía del día siguiente, me encontré sentada frente a él en BBQ, uno de los lugares favoritos de los habitantes locales.

Aunque el turismo había aumentado ligeramente este año respecto al anterior, el local no estaba demasiado lleno. Pippa, la camarera, echó un vistazo a su atractivo rostro y consiguió encontrarnos una mesa para dos escondida en una esquina. No tuve energía para decirle que se trataba de una comida de negocios. Me pregunté si siempre recibía un trato especial por su aspecto, pero luego me sentí poco amable, ya que parecía genuinamente afectado por cómo se habían desarrollado los acontecimientos anoche.

Vestido con su habitual traje de negocios, parecía fuera de lugar en BBQ, pero si no fuera por la expresión preocupada de su rostro,

casi parecía a gusto en este ambiente informal. Un chisporroteante fuego ardía en la chimenea y añadía calor a mi rostro ya sonrojado.

—Faith, lamento mucho que te lo estés tomando tan mal. Pensaba que mi padre, o al menos su abogado, te habría hablado sobre mi intención de vender el negocio. No puedo quedarme en Christmas Mountain, no es mi hogar.

Sentí ganas de hacer pucheros como cuando era una adolescente malhumorada, pero me obligué a sentarme erguida y mantener una expresión profesional en mi rostro. —Pero esto *fue* tu hogar una vez. ¿Por qué no puede volver a serlo? —pregunté, de forma racional.

Adam dio un sorbo a su refresco y dejó el vaso antes de inclinarse hacia delante. —Faith, dejé Christmas Mountain cuando tenía dieciséis años, lo que significa que he pasado casi tanto tiempo fuera de aquí. Solo tengo un puñado de recuerdos de mi tiempo aquí. —Trazó con el dedo el largo de su vaso, creando un camino para la gota de condensación que corría detrás. —No es mi hogar —repitió, con las comisuras de la boca hacia abajo.

Sentí una punzada de compasión por él ya que parecía realmente afligido. Masqué pensativamente una rodaja de mi pechuga de ternera y tomé un sorbo de agua antes de hablar. —¿Por qué te fuiste?

Adam se recostó en su silla y apartó su plato, pasándose los dedos por su cabello oscuro con la otra mano.

Intenté reprimir una sonrisa. —Tienes un... tienes un poco de... salsa barbacoa en el pelo.

Me miró y luego miró su mano, antes de agarrar una servilleta y limpiarse la frente. —Perdona, hoy soy un desastre.

—No has acertado. —Le quité la servilleta y me incliné sobre la mesa, limpiando la salsa que no había conseguido quitar a pesar de haber pasado la mano varias veces. Mientras lo hacía, él mantuvo mi mirada, sin hablar y sin embargo diciéndome que tenía un mundo de dolor en su alma. No me había dado cuenta de que seguía limpiándole la piel hasta que tomó mi mano y la bajó hasta la mesa, antes de soltarla. Ups.

—Mis padres se separaron cuando era adolescente —dijo, mirando fijamente su vaso—. Papá luchó por mi custodia, pero

mamá dijo que esta zona no era un buen lugar para criar a un niño. Encontró a un abogado de primera que ganó el caso. En ese momento yo estaba en plena fase de angustia adolescente y vivir en Nueva York sonaba genial. Supongo que me dejé llevar por el sueño de las luces brillantes y la gran ciudad.

—¿Pero fue un error? —le animé.

Por un momento, permaneció en silencio. —No puedo decir que fuera un error. Hice amigos, fui a un gran instituto y luego a la universidad. Mamá se casó con un tipo rico así que no nos faltaba de nada. Fue una buena vida.

Esperé. —¿Pero...?

Me miró. —No hay peros.

—Definitivamente había un pero ahí, Adam. Pero si no quieres contármelo... —Quería presionarle para que me dijera más, pero parecía tan vulnerable y triste que cambié de tema—. La previsión dice que nevará maña...

—Faltaba algo.

Parpadee. —¿Perdón?

—Pero... algo faltaba —Adam me miró, sus ojos azules brillaban como si estuviera conteniendo las lágrimas—. A pesar de todo el dinero y los privilegios que teníamos, algo faltaba, pero nunca pude admitirlo. Al menos, no en voz alta.

Inclinó un poco la cabeza y me partió el corazón que un hombre tan guapo tuviera un alma tan atormentada. —¿Y en privado? —pregunté.

Se enderezó. —En privado, echaba de menos a mi padre, con sus locas ideas sobre la Navidad, sus juguetes tallados a mano y sus sueños. Todos esos rasgos de su personalidad que volvían loca a mamá eran las cosas que yo añoraba.

Fruncí el ceño, tratando de entender. —¿Por qué no volviste? Cuando fuiste lo suficientemente mayor, quiero decir. Por lo que entendí, tu padre te visitaba, pero tú no venías a verle aquí. He estado trabajando en Silver Bells desde la Navidad pasada y las únicas fotos tuyas que vi fueron las que tu padre tenía en su escritorio, donde parecías tener unos diez años.

—¿Tenía fotos mías? —preguntó, con la voz entrecortada.

—Por supuesto —dije, preguntándome cómo podía no saberlo—. Te quería y siempre le contaba a la gente lo orgulloso que estaba de su exitoso hijo.

—Vaya. —Respiró hondo y se inclinó apoyándose en los antebrazos—. Nunca volví de visita. ¿Cómo podría? Lo había abandonado. Me daba demasiada vergüenza volver al lugar que solía am... —Se detuvo bruscamente, agachando la cabeza.

Un destello de esperanza iluminó mi corazón. —¿El lugar que amabas?

Dejó escapar un suspiro y asintió. —Y luego, a medida que crecí, ya no había razón para volver, hasta que... —Su voz se apagó mientras sus ojos buscaban los míos.

—Hasta ahora —concluí, sintiéndome terrible porque hiciera falta el fallecimiento de su padre para traerle de vuelta a su ciudad natal.

El silencio se instaló pesadamente entre nosotros durante unos instantes, hasta que Adam carraspeó. —Cuando volvamos a la oficina, ¿podrías preparar las cuentas del último año para mí, por favor?

Fruncí la frente. ¿Cómo podía pasar de abrirse de verdad a centrarse solo en los negocios? —Por supuesto que puedo hacerlo, pero los últimos doce meses no reflejan realmente el verdadero potencial de ingresos de Silver Bells. El turismo ha estado pasando por dificultades en los últimos años y hemos tenido una temporada bastante tranquila desde que falleció tu padre, pero con un Kline de nuevo al timón estoy segura de que...

—Por favor, *para*. —Levantó bruscamente la cabeza y me miró—. Voy a vender Silver Bells, ya lo sabes. De hecho, tengo posibles compradores que vendrán el lunes a echar un vistazo y quieren ver las cuentas de los últimos doce meses.

Mi estómago se revolvió. —Quizás debería imprimir también nuestros años más rentables.

—A los compradores no les interesa lo que ocurrió antes, solo lo que el lugar está generando ahora. Si no produce un beneficio decente, planean cerrarlo y construir un spa.

—¿Un spa? —pregunté, con tono incrédulo. Un nuevo propietario ya sonaba bastante traumático—. ¿Venderías a alguien que planea

cerrar Silver Bells por completo?

—Tengo mucho trabajo que hacer hoy, así que no volveré a la oficina. —Se puso de pie, con tono frío mientras colocaba la servilleta sobre la mesa—. Por favor, utiliza la tarjeta de la empresa para pagar el almuerzo. ¿Nos vemos en la oficina el lunes a eso de las once y media?

—Tú eres el jefe —dije, preguntándome cómo nuestra profunda conversación había salido tan mal.

CAPÍTULO SEIS

Después del tumulto del día, invité a Morgan a cenar y a pasar un rato de chicas. No solo estaba triste y decepcionada porque Adam iba a vender Silver Bells, sino que nuestra conversación me hizo dudar de que estuviera completamente seguro de su decisión. Los sentimientos de culpa que tenía dentro no podían permitirle pensar con claridad. También había habido un poco de nostalgia en la forma en que había hablado de Christmas Mountain antes de mudarse a Nueva York.

Vale, sí, estaba siendo un poco insistente con lo de no vender el negocio, especialmente teniendo en cuenta que yo era la empleada y no la jefa. Pero si Adam vendía el lugar y se arrepentía, sabía que me reprocharía no haberle ayudado a asegurarse de que estaba tomando la decisión correcta, tanto para él como para su padre. El señor Kline había sido un jefe maravilloso y quería hacer lo correcto por él.

Me sequé los ojos con el dorso de la mano y fui a la cocina para comprobar el asado que había preparado para la cena. Había abierto una botella de Burdeos y el vino estaba respirando sobre la mesa. Cogí un par de copas del armario, haciendo una mueca al notar la fina capa de polvo en los tallos. No solía beber sola, así que la cristalería solo hacía su aparición cuando tenía invitados. Nueve de cada diez veces, mis amigos y yo salíamos a comer al Sleigh Café, o

a The Chop House en ocasiones más elegantes. Por eso, mis copas de vino no se usaban a menudo. Acababa de terminar de lavar y secar las copas cuando sonó un golpe en la puerta.

—¡Hola! —abrí la puerta y le di un gran abrazo a mi amiga, manteniéndola un poco más tiempo de lo habitual—. Ha sido un día difícil. Me alegro de que hayas podido venir.

—Me alegro de que me hayas invitado —dijo, quitándose la chaqueta de invierno y colgándola en el perchero junto a la puerta principal—. ¿Dónde está Ruby?

También había invitado a Ruby, la compañera de piso de Morgan, cuyos padres eran los dueños del Sugar Plum Inn. Las tres éramos amigas desde primaria. —Ruby ha tenido una crisis en el trabajo.

—¿Más drama en el Divine Doggie Spa and Training? ¿Por qué no me sorprende?

Me reí. —Hay un problema con el traje de un King Charles Spaniel para el desfile canino de este año. Allí es una crisis canina tras otra.

—Me siento identificada —dijo Morgan, y luego negó con la cabeza—. No con los problemas de los dueños de perros, pero he estado hasta arriba con todas las mujeres de Christmas Mountain queriendo arreglarse el pelo y las uñas para la temporada navideña.

—Tu negocio va tan bien —comenté, sintiendo una punzada al pensar que el peculiar negocio de los Kline no iba tan bien económicamente.

—Definitivamente no puedo quejarme. El turismo aquí va un poco mejor que el año pasado, aunque nada para celebrar, así que tengo suerte.

—También es merecido por tu talento. —Serví vino en ambas copas y le entregué una a Morgan—. La cena estará lista en un momento, solo estoy esperando a que se cocinen las verduras. Ven a sentarte.

Morgan se sentó frente a mí en el sofá, tomando un sorbo de vino y luego dejando su copa en la mesa de centro. Extendió las manos hacia el fuego con aprecio. —Has encendido el fuego... ¿Qué ocurre?

Sonreí. Morgan me conocía demasiado bien, sus palabras me recordaron que raramente enciendo el fuego, optando por los más simples radiadores en el apartamento. Por mucho que adorara el brillo y el crepitar de un fuego real, era mucho más rápido, por no mencionar más fácil, pulsar un interruptor para obtener calor casi al instante. Pero necesitaba el confort de lo auténtico después del día que había tenido.

—Deja que sirva nuestros platos y te contaré todo durante la cena.

Mientras comíamos, le conté a Morgan sobre la visita y el plan de Adam de vender Silver Bells de todos modos. Ella fue soltando gemidos y suspiros en todos los momentos adecuados, a pesar de que era una astuta empresaria y sabía que los planes de Adam tenían sentido financieramente, al menos para él.

—Así que supongo que las extensiones de pestañas no le convencieron de quedarse con Silver Bells y permanecer en Christmas Mountain, ¿eh?

—Ni de lejos. —Negué con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa ante su broma—. En serio, Morgan, no soporto la idea de que el sueño del viejo señor Kline sea derribado y convertido en un spa. Puedes encontrar al menos uno de esos en cualquier resort, pero nunca encontrarás otro Silver Bells. Es decir, ¿dónde más puedes dar un paseo en trineo por la Gruta de Papá Noel y toda la aldea de elfos escondida en el bosque?

Sus ojos se arrugaron. —¿En el Polo Norte?

—¡Exacto! —Dejé mi copa con demasiada fuerza al enfatizar mi punto, lo que provocó que se derramara vino sobre la mesa. Limpié el charco de color burdeos antes de chuparme el dedo—. Eso es *exactamente* lo que hace tan especial a Silver Bells. Es lo más parecido que hay a lo auténtico, y no existe otro lugar así. Sería un crimen destruirlo.

Morgan dejó el cuchillo y el tenedor en su plato, y lo apartó mientras apoyaba los codos sobre la mesa. —Mi madre me mataría por sentarme así. *No pongas los codos en la mesa Morgan, no es propio de una señorita,* diría.”

Siempre me hacía reír cuando Morgan imitaba a su madre. Me caía bien la señora Reed, pero era lo que mi propia madre llamaría *gente de sociedad*—su manera de decir que tenían dinero, lo que por supuesto era cierto, dado que eran propietarios del Banco Reed.

—Vale, entonces Adam quiere vender y tú no quieres que venda, ¿verdad? —Morgan cogió la botella de vino y la sostuvo frente a mí para preguntar si quería más. Asentí y sirvió otro chorrito en cada una de nuestras copas antes de sonreír.

—Morgan Reed, conozco esa sonrisa. Estás tramando un plan.

Dejó la botella y se inclinó hacia mí. —Quizás podrías asegurarte de que *no pueda* venderlo. Como, coser pescado crudo en el dobladillo de las cortinas o algo así.

—Tenemos persianas de madera. —Arrugué la nariz, otra de las manías de la madre de Morgan: *Las arrugas te dan líneas, querida*, me diría—. Además, ¿por qué metería el pescado en la ecuación?

Morgan puso los ojos en blanco. —Bueno, *¿tú* comprarías una tienda que oliese a vida acuática en descomposición? Yo desde luego no. —Se recostó en su silla, con sus ojos verde pera brillando con picardía mientras me observaba por encima del borde de su copa—. Mete un pescado en las persianas. Haz que Silver Bells sea imposible de comprar.

Cogí mi copa y me levanté. —Vamos fuera, está empezando a nevar.

Morgan agarró un par de mantas del sofá y me siguió hasta el porche, antes de entregarme una y envolverse con la otra. —Estaba bromeando con lo del pescado. Bueno, más o menos. Pero en serio, Faith, hay cosas que podrías hacer para fastidiar sus planes. Como mínimo, te dará tiempo para convencer a Adam del encanto de Silver Bells.

Me senté en una de las mecedoras que me había dejado mi abuela, un recuerdo de mi infancia cuando me sentaba en su regazo y me leía cuentos antes de dormir. —Vale, olvidemos lo del pescado, pero ¿qué más podríamos hacer?

Morgan se dio golpecitos en la mejilla durante un minuto. —¿Podrías comprar bombas fétidas en la tienda del viejo señor Hardy y hacerlas explotar en la tienda?

—¿O podría llenar los zapatos de pijos urbanos de los posibles compradores con caca de reno mientras andan por ahí fuera con botas para la nieve? —sugerí, entrando en el juego.

Morgan dio una palmada en el brazo de la otra mecedora mientras se entusiasmaba con el tema. —Ya lo sé, ya lo sé... podrías conseguir que se quedaran a pasar la noche y luego colarte en su habitación, ya que tienes una llave maestra. Podrías ponerte una sábana blanca y asustarlos, diciéndoles que todo el lugar está embrujado por los antepasados de los Kline, que juraron atormentar a cualquiera que amenazara con destruir el lugar.

—¿Así? —Me puse la manta sobre la cabeza, extendí los brazos y me levanté, cirnéndome sobre la silla de Morgan y dejando escapar lamentos fantasmales mientras lo hacía.

Ella gritó. —Sí, pero prescinde de la manta multicolor, Faith. ¡No hay nada aterrador en un fantasma arcoíris! —Morgan se levantó y colocó su manta sobre la silla que acababa de dejar—. Se te ocurrirá algo, Faith, siempre lo haces. —Me besó en la mejilla—. Mañana tengo que madrugar, así que debería irme. Mi madre viene a arreglarse el pelo. —Puso una cara de falsa sorpresa y luego se dio la vuelta para marcharse—. Hasta pronto.

Cuando oí cerrarse la puerta delantera de su todoterreno, sonreí al pensar en la velada. Morgan y sus planes absurdos de sabotaje. ¿En qué estaba pensando? Demasiado gracioso. Pero mientras me apoyaba en la barandilla del porche, contemplando el paisaje nevado que tanto amaba, un plan empezó a formarse en mi mente. Desanimar a los posibles compradores quizás no fuera una idea tan descabellada después de todo.

No es que tuviera otras estrategias bajo la manga de mi anorak, y los tiempos desesperados exigían cualquier cosa que pudiera funcionar. ¿Verdad? Tenía una o dos ideas rondándome la cabeza, pero tendría que pedir ayuda a cierta persona. Con eso resuelto, entré para hacer una llamada telefónica.

CAPÍTULO SIETE

El lunes por la mañana, justo pasadas las once, Connor Reed, el hermano mayor de Morgan, entró en la tienda Silver Bells Luxury Tours a petición mía. La familia Reed era un distinguido grupo aquí en Christmas Mountain y Connor parecía encajar perfectamente con ese perfil. Dirigía el departamento de préstamos en el Banco Reed, conducía un BMW plateado y se vestía para el trabajo como si fuera el dueño del banco. Tenía los mismos ojos verde pera que Morgan, su pelo oscuro estaba perfectamente peinado hacia atrás, y llevaba un jersey de diseñador que se ajustaba a su musculosa complexión. Sin duda, era un buen partido.

Cuando yo estaba en segundo de secundaria, fui con Connor a su baile de graduación. Habíamos salido en pareja doble con su mejor amigo Dallas y su cita Nina, bailamos hasta el agotamiento y lo pasamos de maravilla. Corrieron rumores de que éramos pareja después de aquello, pero nada más lejos de la realidad. Con cero química entre nosotros, nos mantuvimos en la zona de amistad, razón por la cual había aceptado este favor que le pedí.

Mientras se acercaba, me enderecé junto al maniquí recién arreglado, que volvía a tener dos brazos, ¡yupi! Me hizo recordar lo mono que Adam se había visto después de desarmar el maniquí la semana pasada, lo que me hizo sentir un poco culpable por mi plan

para sabotear a sus compradores potenciales. Pero me recordé a mí misma que esto era por una buena causa.

—Buenos días, Faith —los ojos verde pera de Connor me miraron con picardía—. Sabes que me debes una muy grande por esto. Ahora dime cuál es mi papel.

—Solo quédate aquí en la tienda y actúa como si fuera algo normal para ti. Ponte en el camino de los compradores potenciales. Sé un poco molesto —entrelacé mis manos—. Actúa como si sintieras que este es tu hogar y no estuvieras seguro de que ellos deban estar aquí, como si no fueran dignos.

La risa escapó de su boca.

—¿Qué?

Le di unas palmaditas en el brazo.

—Solo sigue lo que yo diga, ¿vale? Por favor.

Asintió.

—Te entiendo. Creo que puedo manejarlo.

—Genial. Solo, mmm... —miré alrededor buscando a Harmony, sabiendo que necesitaba que dejara en el escritorio de Adam los papeles que quería—. Ponte cómodo.

—De acuerdo —se dejó caer en una silla de camping justo cuando Harmony entró.

Ella arqueó las cejas.

—No voy a preguntar por qué estás sentado en esa silla de camping. Ni siquiera quiero saberlo. Bueno, quizás quiero saber un poco. ¿Qué haces aquí, Connor?

—Solo soy un tío en una silla de camping —se reclinó, cruzando las manos detrás de la cabeza. Colocó un pie con bota sobre una caja que contenía artículos nuevos que había que colocar. La estaba usando como un improvisado reposapiés. Me dije a mí misma que estaba *bien*.

—Adam pidió estas cifras, si no te importa llevárselas —le entregué a Harmony los documentos que quería para sus compradores potenciales y los números no auguraban nada bueno para evitar que Silver Bells se convirtiera en un spa (¡qué horror!).

—Lo haré —dijo Harmony, y asintió, volviendo a la oficina.

Metí los dedos en un termo que había llenado con nieve, dejando caer trocitos de nieve aquí y allá por el suelo, lo que me llevó unos minutos ya que hice un trabajo minucioso. Luego cogí una revista y se la lancé a Connor justo cuando la puerta se abrió y Adam entró por la puerta principal con los compradores potenciales.

La pareja que caminaba detrás de él parecía digna de la portada de una revista de lujo. Hablo de pelo perfecto, ropa de diseñador que parecía recién sacada de las pistas de Aspen —si lográbamos esto, necesitaba añadir esa línea a nuestra tienda—, con rostros bronceados y piel radiante. ¿Sus sonrisas? La próxima vez que se fuera la luz, quería a alguien con dientes tan grandes, blancos y perfectos cerca.

¿Pero quién era el hombre detrás de ellos? ¿El hermano menor un poco bobo que estaban obligados a llevar? El joven llevaba un traje arrugado, gafas de montura metálica, y su abrigo parecía que se lo había puesto a toda prisa. También parecía dos tallas más grande.

Adam se dirigió hacia mí con paso decidido. —Faith, aquí estás.

—¿Quién es ese tipo? —susurré.

—Otro comprador —susurró, abriendo mucho los ojos.

—¿Estás enseñando el negocio a varios compradores a la vez? —pregunté, pensando que era una táctica estúpida y que quizás no necesitaría mucho sabotaje para arruinar estos posibles acuerdos.

—No intencionadamente —susurró, haciendo un teatro de estrecharme la mano, presumiblemente para engañar a los compradores haciéndoles creer que intercambiábamos información profesional, pero en realidad su contacto solo consiguió revolverme el estómago—. El tipo que está detrás apareció sin avisar e insistió en venir. Es de Nueva York y debía llegar el miércoles. No estoy contento, pero no hay mucho que pueda hacer. Agradecería tu ayuda.

—Por supuesto. —Hice una mueca, recordando mi conversación con Harmony esta mañana y que este tipo de Nueva York era el que quería convertir el negocio en un spa si no resultaba rentable. Tendría que avisar a Connor para que asustara de verdad a este panoli.

Adam me presentó primero a la pareja, el señor y la señora Johnson. Él trabajaba en finanzas y les encantaban los pueblos turísticos; habían visitado Christmas Mountain muchas veces a lo largo de los años. El otro tipo era Miles Wilson, de Nueva York.

—Faith es nuestra gerente y puede ayudaros con cualquier cosa que necesitéis —dijo Adam, haciéndome sentir especial y apreciada antes de que recordara que quería que trabajase contra los intereses de Silver Bells.

—Encantada de conocerles —dije, forzando una sonrisa mientras les estrechaba las manos.

Connor levantó la vista de su revista cuando Harmony volvió a entrar con dos cajas llenas de bollos de canela.

—Por favor, sírvanse de nuestra maravillosa barra de café, que también tiene chocolate. La pastelería es fresca de la Pastelería Jingle Bells —dije.

—¡Qué rico! —Connor se puso de pie de un salto, prácticamente apartando a codazos a los Johnson mientras cogía un bollo. Luego se sirvió un café grande, volvió a su silla y se dejó caer.

Me mordí el labio superior, tratando de contener la carcajada que quería escapar.

Todas las miradas observaron cómo Connor daba un buen mordisco, un trago aún más grande, y luego volvía a sumergirse en la revista. Fue entonces cuando me di cuenta de que era el último número de una revista femenina. La portada mostraba a una mujer con un jersey brillante y prometía "¡Los dulces navideños bajos en calorías más deliciosos que jamás hornearás!"

A Harmony se le cayó la mandíbula por un momento, antes de agachar la cabeza y escapar de vuelta a la oficina.

Adam lanzó una mirada de reojo a Connor, se volvió hacia mí y arqueó las cejas.

—No hay de qué preocuparse —susurré, haciendo un gesto con la mano—. Está aquí constantemente.

Si los Johnson y Miles Wilson parecían molestados por el extraño hombre en la silla, no lo demostraron. En cambio, se acercaron a la barra de café y volvieron con tazas y dulces en mano. Maldición.

Pero entonces Connor bostezó ruidosamente, elevando los brazos por encima de su cabeza antes de rascarse la barriga.

Miles Wilson estaba mirando de reojo a Connor con cierta seriedad, así que tal vez el plan estaba funcionando. Decidí presionar un poco más.

—La tienda es conocida por ser acogedora, incluso para aquellos con almas menos aventureras. Nunca rechazo a un cliente, y realmente creo que podríamos conseguir una excursión con este tipo hoy —dije, usando un tono animado digno de vendedora.

Adam lanzó una mirada a Connor que decía que deseaba que encontrara su acogida un poco menos... cálida. Tuve que contener la risa. Le iba a deber un gran favor a Connor, pero merecería la pena. Connor parecía haberse instalado para quedarse. No me habría sorprendido que se quitara los zapatos y fuera a por algunas de las lujosas zapatillas forradas de piel que vendíamos.

Connor levantó la mirada justo a tiempo. —Me preguntaba, ¿qué tan preparados para la supervivencia están esos todoterrenos que utilizáis para las excursiones? Quiero decir, imagina que nos lleváis a la cima de la montaña, pero ¿y si hay una avalancha?

—¿Una avalancha? —preguntó la señora Johnson.

—Es lo que ocurre cuando una gran placa de nieve se forma sobre nieve más suelta. —Connor extendió los brazos y parecía estar usando una especie de voz de surfista, como si fuera un extra en *Point Break*—. La nieve más suelta no puede sostenerla. La gran placa cae, arrastrando todo lo que encuentra a su paso. Puede haber rocas enormes, escombros...

—Ramas de árboles caídas —añadí.

—Rocas más pequeñas y mucha nieve suelta —continuó Connor.

Miles, claramente un hombre que consideraba los riesgos, intervino: —Pueden derribar una casa y destrozar los tejados y las paredes también.

Connor levantó la barbilla. —Una avalancha podría arrasar todo el pueblo. En cualquier momento.

No estaba segura de si quería abrazarle o darle un puñetazo. Estaba exagerando más de lo que yo había esperado. Quizás demasiado catastrófico.

—Bueno, una avalancha puede ocurrir —dijo el señor Johnson—. Pero suele ser en zonas fuera de pista. Nunca hemos visto una en toda una temporada de esquí, ¿verdad, cariño?

La mejilla de la señora Johnson se hundió formando un hoyuelo. Pero parecía nerviosa.

—No hemos tenido una en mucho tiempo, gracias a Dios —dijo Connor, y pude oír el suspiro audible que dejó escapar la señora Johnson—. Pero cuando las tenemos, no paran de venir. Es como si la montaña hubiera decidido organizar una tremenda batalla de bolas de nieve.

A Adam se le abrió la boca. Levantó un dedo, lo bajó y cerró la boca.

—¿Los todoterrenos? —preguntó Connor.

La mandíbula de Adam se tensó. —Nuestros todoterrenos están muy bien equipados y en el caso muy improbable de que fuéramos fuera de la carretera y cerca de una avalancha, deberíamos ser capaces de alejar a todos nuestros clientes del peligro mucho antes de que hubiera nada de qué preocuparse.

—Deberíamos —murmuró Connor.

Me coloqué junto a Adam, para que no sospechara de mi plan. —Nuestros todoterrenos están equipados con tracción a las cuatro ruedas. Llevan botiquines médicos de emergencia y todas las demás cosas que podríamos necesitar. Los guías están formados para reaccionar ante situaciones de emergencia, sin importar qué las haya causado.

Adam pareció aliviado.

—Bueno saberlo —dijo Connor, y luego volvió a leer su revista.

Adam mostró una gran sonrisa. —Vamos a otra sección de la tienda.

Nos siguieron hacia la pared de calzado.

—¿Qué es esto? —preguntó Miles.

Adam miró la nieve en el suelo. —Oh, alguien debe haberla traído al entrar...

—No —suspiré, negando con la cabeza—. Es el techo.

La cabeza de Adam se sacudió y me dirigió una mirada penetrante. —¿Qué?

Señalé hacia arriba y me encogí de hombros. —El techo tiene goteras de vez en cuando.

—¿Gotea *nieve*? —preguntó Miles.

¡Glups! No había pensado que la nieve ya debería haberse derretido si hubiera caído del tejado, así que asentí. —Sí, a menos que esté lloviendo.

—¿Y qué ocurre entonces? —preguntó la señora Johnson.

—Gotea lluvia —le lancé una mirada con los ojos muy abiertos.

Adam se atragantó un poco.

—Pero no es un problema tan grave —dije, mirando de reojo a Adam, que se había puesto pálido—. He estado atrapada aquí durante una ventisca y solo hizo charcos.

Miles soltó un chillido: —¿Ventiscas?

La señora Johnson murmuró: —¿Atrapada? ¿En la tienda?

—Oh, estuvo bien —junté las manos—. En serio. Tenía un montón de pasteles y café. Los tenemos siempre a mano. Quedarse atrapado en una ventisca no es tan malo, a menos que se vaya la luz. Aunque tenemos fuentes de energía de reserva aquí en el edificio. Todo el mundo en el pueblo las tiene. Hay que estar preparado. *Es* Montana, ya sabéis. La red eléctrica está muy dispersa y si se cae en un punto, bueno, los cortes se extienden. Las montañas dificultan que los equipos arreglen las cosas rápidamente —hice una pausa—. Pero al final todo se acaba arreglando.

La señora Johnson dejó escapar una especie de gemido. Connor se acercó hacia nosotros con la revista en la mano. A Adam se le agrandaron los ojos. Las cejas del señor Johnson se elevaron hasta la línea del cabello.

Miles señaló otro montón de nieve estratégicamente colocado. —¿Eso también es una gotera?

Estudié la nieve. —Quizás.

Adam negó con la cabeza. —La nieve no se filtraría por un tejado en esa forma. Debe haberse metido con las botas. Los clientes han estado entrando y saliendo todo el día. Deberíamos recogerlo antes de que tengamos un accidente.

—Los resbalones y caídas dispararán vuestro seguro —dijo Connor con voz afligida.

—Sí, voy a coger una fregona —me apresuré a buscarla y cuando volví, encontré a Connor acribillando a Adam con preguntas sobre el palo central de una tienda de campaña que usábamos. Adam tenía sorprendentes conocimientos.

Estaba limpiando la nieve de mi fallida idea del agujero en el tejado cuando Connor se acercó y me rodeó con un brazo. —Debes de ser la mejor empleada del mundo —dijo.

Se formó una línea entre las cejas de Adam y su mirada se desplazó de Connor a mí. Oh-oh, ¿sospechaba que estábamos compinchados?

—Señor, espero que tenga previsto reservar una excursión con Silver Bells hoy —dije, sintiéndome muy satisfecha por haber reconducido esto hacia una presentación de venta.

—Déjame pensarlo —dijo, quitando su brazo de mi cintura y volviendo a su silla en la zona de camping.

Miles le siguió, examinando los palos centrales de las tiendas.

La señora Johnson se acercó a mí. —Tiene usted un peinado estupendo, Faith. ¿Puedo preguntar dónde se lo hicieron?

—En el Salón C.M. de la calle Main —dije, y le conté todo sobre el negocio de Morgan.

—Ese salón no estaba aquí la última vez que visitamos Christmas Mountain —dijo la señora Johnson, volviéndose hacia su marido—. Qué gran incorporación.

Se acarició la barbilla. —Había oído que el pueblo estaba en declive, pero parece que las cosas están cambiando.

La señora Johnson sonrió a su marido. —Creo que deberíamos considerar hacer una oferta, querido.

Con esas palabras, el corazón se me cayó hasta el estómago y se quedó allí. ¿Dónde estaba un alud cuando lo necesitabas?

CAPÍTULO OCHO

PARA EL MIÉRCOLES por la tarde, aún no había llegado ninguna oferta de los Johnson, así que fui a trabajar y convencí a Adam para hacer una última Visita de Lujo Silver Bells. Esta vez sacaría toda la artillería llevándole al recorrido favorito del señor Kline, que también era el mío.

Me quedé sonriendo en la entrada mientras Adam doblaba la esquina, sus largas y firmes piernas se abrían paso fácilmente entre la nieve que había caído durante la noche. Mi estómago dio un pequeño vuelco cuando se acercó con la primera vestimenta informal que le había visto. Llevaba unos vaqueros ajustados y, aunque parecían desgastados, apostaría lo que fuera a que algún diseñador los había hecho así a propósito. Su chaqueta de esquí roja estaba desabrochada, mostrando el jersey negro que llevaba debajo, que se estiraba sobre su amplio pecho y se estrechaba hacia su cintura esbelta.

Literalmente empezaron a cantar ángeles cuando se acercó y sinceramente no podía culparles, el hombre estaba buenísimo. Can-can-cantaban, con música tintineante para rematar. Mi cabeza se elevó a las nubes y su mirada se encontró con la mía.

Se detuvo frente a mí.

—Faith, ¿es tu móvil?

—¿Mi móvil? —pregunté, dándome cuenta de que los sonidos no eran ángeles cantando sino el timbre de mi teléfono. Esta revelación no hizo nada para calmar las mariposas en mi estómago, mientras me disculpaba para contestar mi móvil (y bajar de las nubes).

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Estoy muy bien, gracias. ¿Y tú? Supongo que te pasa algo en el dedo para marcar, ya que no he sabido de ti en todo el mes.

—Apenas estamos en la segunda semana de diciembre, mamá —dije, poniendo los ojos en blanco—. Pero escucha, estoy a punto de hacer una visita guiada. ¿Puedo llamarte más tarde?

—Seguro que tienes unos minutos para dedicarle a tu madre, Faith. Te di a luz y veintitrés horas de dolor ciertamente merecen dos minutos de conversación. ¿No crees?

Suspiré. Conseguir que mi madre colgara nunca era fácil.

—Dos minutos, mamá. ¿Qué pasa?

—Tu padrastro y yo quisiéramos que vinieras a casa por Navidad, Faith —dijo, como si fuera una idea fabulosa y no una invitación extremadamente incómoda de última hora dado el estado inestable de mi trabajo—. Pagaremos el billete de avión. Ven a Florida y recupera el bronceado y coge algo de vitamina D.

Suspiré.

—Me encanta la nieve en Navidad, mamá. Ya lo sabes. Pero incluso si quisiera volver al calor, no puedo. Vuelvo a cantar en El Espectáculo Navideño este año en honor a la señora King. Y tengo... —miré a Adam por debajo de mis pestañas—. Compromisos laborales en marcha. Mira, te llamaré mañana, ¿vale? Te quiero.

Cedió y se despidió, así que colgué. Adam arqueó las cejas cuando me giré y le miré.

—Ya me tienes aquí —dijo, sonriendo y mostrando el hoyuelo de su mejilla—. ¿Ahora qué vas a hacer conmigo?

Oh, había tantas cosas que quería hacer con él que no tenían nada que ver con el trabajo.

Sacudí la cabeza, con las mejillas ardiendo.

—Te marchaste antes de que abrieran las Visitas de Lujo Silver Bells, ¿verdad?

Asintió.

—Papá apenas estaba empezando a organizarlo todo cuando nos mudamos. Pero, ¿cuál es tu punto? No quiero parecer grosero, Faith, pero tengo mucho que hacer antes de poder terminar aquí y volver a Nueva York.

Cada vez que aludía a vender el negocio me golpeaba como un puñetazo en el estómago. Tenía que emplear todos mis recursos esta vez.

—Lo mínimo que puedes hacer antes de vender es echar un vistazo real al lugar en acción. Has vivido en Manhattan durante años, Adam. Ahora es el momento de ver Christmas Mountain en todo su esplendor navideño.

Hizo una pausa por un momento.

—De acuerdo, muéstrame lo que Silver Bells tiene que ofrecer. Pero, Faith, es precisamente porque he vivido en Manhattan durante tanto tiempo que sé *exactamente* de qué se trata la Navidad. ¿Has estado alguna vez en la ciudad en diciembre? Está llena de Papás Noel de pared a pared. El árbol y la pista de patinaje del Rockefeller Center, el Winter Village de Bryant Park, por no mencionar Macy's. En serio, Faith, nadie vive la Navidad como los neoyorquinos.

Me incliné hacia delante y acerqué mi boca a su oreja. —Ah, pero ellos no tienen la magia de Christmas Mountain, Montana —me aparté y coloqué mi dedo sobre mis labios en un gesto de *shhh*, sonriendo ampliamente porque realmente me emocionaba tanto esta excursión.

Él se rio. —Vale, me tienes para todo el día, pero esta noche necesito trabajar.

Asentí, esperando que un día fuera suficiente.

Un perro ladró detrás de nosotros y Adam se giró mientras aparecía toda una jauría de huskies, ladrando emocionados. Tomé el brazo de Adam y lo atraje suavemente tras ellos.

—¡Bienvenidos al tour Safari de la Magia de la Navidad! Ahora, antes de comenzar, hay algunas cosas que debemos repasar con vosotros...

Dejé que el guía explicara las instrucciones. Había ido a este tour innumerables veces, así que conocía la rutina, pero estaba ocupada observando la cara de Adam mientras asimilaba la escena ante él.

Los huskies estaban atados a trineos de dos plazas en los que viajaríamos Adam y yo.

Además, estaban ayudando a un grupo de niños más pequeños a subir a un magnífico y reluciente trineo delante de nosotros, lo suficientemente grande como para acomodar cómodamente a diez niños. El trineo rojo cereza tenía suaves curvas, que estaban ribeteadas en oro, y asientos de cuero verde oscuro con mantas forradas de suave vellón, que los niños se colocaban sobre las piernas. Los caballos, que esperaban pacientemente frente al trineo, tenían oropel trenzado en sus colas y crines, y pequeñas campanillas plateadas colgando de sus riendas.

Adam se volvió hacia mí. —Vamos, Faith. Soy un hombre adulto. ¿No esperarás en serio que me crea esto? Este tour es para niños.

Llevé a Adam a uno de los trineos para dos personas, ignorando sus protestas. —Si te caes, *no* sueltes las riendas, o estarás persiguiendo a tus perros durante horas. Mantén la vista en el instructor y cuando te haga la señal para detenerte, te detienes. Cuando te diga que reduzcas la velocidad, reduces la velocidad. Y cuando te diga que sigas, tú...

—No me lo digas, ¿sigo? —dijo, con la comisura de la boca elevándose.

Le di un codazo en el hombro mientras subíamos al trineo. —Lo has pillado. Y Adam...

Él levantó la manta de terciopelo verde sobre nuestros regazos. —¿Sí, Faith?

—Cree —dije, sonriendo.

No hubo más tiempo para hablar cuando el trineo de caballos partió, después el primer equipo de perros salió con otros invitados, y luego nuestro trineo les siguió de cerca. Delante podíamos oír el emocionado parloteo de los niños en el trineo. Adoraba absolutamente este tour, y normalmente me unía al menos una vez por semana durante toda la temporada navideña. Esta alegría mágica era de lo que se trataba Silver Bells y esperaba poder hacer que Adam también lo sintiera.

A medida que los equipos se separaban, dejamos el resplandor de los edificios de Silver Bells muy atrás. Había poca contaminación

lumínica aquí, así que las pequeñas luces doradas, que estaban entrelazadas entre los árboles, centelleaban y brillaban como luciérnagas sobre nuestras cabezas. Mientras nos adentrábamos en el bosque, nos encontramos con el primer letrero, el letrero que Adam me había dicho que necesitaba ser repintado. Pero esta vez sonrió al pasar deslizándose y sus ojos se iluminaron. Lo tomé como una buena señal.

El frío viento nos mordía las caras mientras avanzábamos y aparecieron más letreros, señalando el camino hacia la Gruta de Papá Noel, el Pueblo de Papá Noel, los Aposentos de los Elfos y otros lugares mágicos. Desde el trineo tirado por caballos delante de nosotros, escuchamos los jadeos colectivos de los niños, y vislumbramos un destello rojo y verde cuando un elfo se escabulló entre los árboles, llevando un farol para iluminar su camino.

Adam miraba en todas direcciones, y cada vez que oía gritar a los niños estaba atento, mientras divisábamos un elfo por aquí, un reno por allá, y a través de los árboles un vistazo de una casa de pan de jengibre.

Detuvimos los perros, y la puerta de la casa de pan de jengibre se abrió, con una bonita elfa de pie en el umbral con una bandeja de chocolate caliente humeante y galletas de aspecto suave. Los troncos de los árboles se habían transformado en asientos con forma de seta alrededor de la cabaña, y nos sentamos, sosteniendo agradecidos el chocolate mientras bebíamos, el calor ahuyentando el frío.

Del bosque salió Papá Noel, una montaña de hombre que había tomado el relevo del Sr. Kline este año, haciéndome llorar, incluso mientras hacía realidad los sueños de los niños. Mientras los niños clamaban por contarle sus deseos, Adam se volvió hacia mí.

Sus ojos brillaban. —Dime, Faith. ¿Cuál es tu deseo de Navidad?

—Tendría que sentarme en tus rodillas para decírtelo —solté de golpe, con las mejillas ardiendo inmediatamente. ¿De verdad había dicho eso en voz alta? Bueno, ¿a quién le importaba ya a estas alturas? —Quiero decir, si fueras Papá Noel...

Se le arrugaron las comisuras de los ojos. —Por supuesto.

Una vez que los niños quedaron satisfechos de que Papá Noel tenía sus pedidos, comenzamos el viaje de regreso. Miles de luces marcaban ahora el camino, algunas en forma de faroles para señalar la ruta, y otras salpicadas por las extensiones de nieve que se extendían entre los árboles. Si después de haber hecho el recorrido un millón de veces yo seguía sintiéndome afectada por la magia, seguramente Adam también lo estaría.

Al llegar frente al edificio de Silver Bells Luxury Tours donde habíamos comenzado, me di cuenta de que el coche de Dallas Parker estaba fuera. Dallas era el novio de Morgan y también el dueño de la tienda de muebles Parker's en la calle principal. A menudo hacía trabajos de carpintería por el lugar para nosotros, frecuentemente sin cobrar porque sabía que el negocio estaba pasando apuros.

—Hola, Faith, ¿cómo va todo? —Me dio un abrazo después de que bajara del trineo—. Sé que no llamaste, pero mantenimiento necesita ayuda con...

Parpadeé, esperando a que continuara ya que se había detenido bruscamente. Mi mirada se deslizó hacia Adam, después de que Dallas hiciera lo mismo.

—Hola, Dallas —dijo Adam, con la expresión más incómoda que le había visto desde que llegó.

Dallas asintió. —Adam.

Vaya, esto era incómodo.

Adam cambió el peso de un pie al otro, pero ninguno de los dos hombres habló mientras el resto de los perros y los caballos recibían agua y eran llevados. Dallas miró a Adam y sacó las manos de los bolsillos mientras caminaba hacia él. Oh, no. Que no me digan que iba a haber una pelea. Recordaba vagamente que Dallas le había dado un puñetazo a un novio de Morgan años atrás y esperaba que no fuera a repetirse.

En cambio, Adam estrechó la mano de Dallas, antes de que Dallas lo atrajera para darle un abrazo de oso.

—Dallas, tío, ha pasado demasiado tiempo —dijo Adam.

—Sí, así es. —Dallas se apartó, mirándolo con cautela—. Desapareciste y nunca escribiste. ¿Qué te pasó?

Adam se giró para incluirme en la conversación. —Dallas y yo éramos buenos amigos antes de que me mudara a Nueva York.

—Oh —dije, sorprendida de no haberlo sabido. Pero entonces, no había conocido a Adam antes de que se mudara. Había estado en mi propio mundo con mis amigos del coro.

—Siento no haber llamado nunca —dijo Adam, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta—. Cuando me fui después del divorcio, era más fácil olvidarme por completo de casa.

Dallas asintió. —Lo entiendo.

—Gracias —dijo Adam, con una expresión de visible alivio. Miró a su viejo amigo un momento—. Espero que podamos arreglar las cosas. ¿Unas cervezas? ¿Esta noche?

—Por supuesto —dijo Dallas, sonriendo.

Sentí un destello de esperanza. —¿Entonces no tienes que trabajar esta noche, Adam?

Negó con la cabeza. —Algunas cosas son más importantes.

Una oleada de felicidad irradió por todo mi pecho. De alguna manera, Montaña Navidad había obrado su magia después de todo.

CAPÍTULO NUEVE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, entré a toda prisa por la puerta principal de Prancer's Pancake House, que estaba situada en el lado opuesto de la plaza del pueblo respecto a la calle principal. Divisé a Morgan en una mesa y me apresuré hacia ella. De repente, Addie Wilcox se interpuso en mi camino y mis pies se detuvieron en seco. Addie era la cotilla del pueblo y mucha gente asistía a sus cócteles solo para enterarse de los entresijos de lo que ocurría en el pueblo.

¿Quería yo formar parte de sus habladurías? Um, eso sería un gran no. Pero no veía forma de esquivarla y claramente estaba en una misión, ya que había bloqueado mi camino. Forcé una sonrisa y, en respuesta, ella levantó un transportín con forma de trineo que contenía su pequeño pomerania rubio.

Perro mono aparte, miré alrededor buscando ayuda, pero todos en el restaurante o bien se inclinaban en nuestra dirección para oír lo que se iba a decir, o evitaban el contacto visual prácticamente zambulléndose en sus platos de humeantes y esponjosos tortitas. Cobardes.

—Ahí estás, Faith.

—Sí. Aquí estoy —metí las manos en los profundos bolsillos de mi anorak relleno de plumas—. Y llego tarde a una cita con una amiga. Así que, si me disculpa...

Se movió rápidamente hacia un lado, bloqueando mi escapatoria.

—He oído que el hijo de Larry Kline está en el pueblo para hacerse cargo de Silver Bells Luxury Tours. ¿Es eso cierto?

Apreté los dientes. Addie se había enterado porque se ocupaba de escuchar, y contar, cada pedacito de cotilleo que flotaba por Christmas Mountain.

—Así es. Oh, mira. Morgan ya ha pedido mi café. Lo siento, pero realmente tengo que irme.

En un movimiento impresionante, me lancé hacia la derecha, la esquivé y ya estaba deslizándome en una silla antes de que Addie pudiera reaccionar.

—Alerta roja —articulé en silencio a Morgan.

—¿Estás hablando de Addie o te refieres al hecho de que mi fabulosa idea de sabotaje finalmente te consiguió una cita con el Señor Bombón? —susurró Morgan, con las comisuras de la boca temblando mientras me observaba por encima del borde de su taza de café.

—Me refería a Addie —dije, mirándola de reojo y descubriendo que había acorralado a otra persona. Luego le dirigí a Morgan una mirada significativa—. Supongo que también hay alerta roja ya que sigue queriendo vender. Y no hay ninguna cita.

—Deberías haber optado por el facial.

Puse los ojos en blanco.

—Esto es serio.

La camarera se nos acercó entonces y nos pidió nuestro pedido. Yo me decidí por una triple pila de tortitas de arándanos y nueces con mantequilla extra y sirope aparte, bacon y patatas fritas caseras.

—Vaya —dijo Morgan, mirándome de reojo.

Levanté un dedo.

—Ni se te ocurra intentar negarme mis caprichos hoy. Son lo único que tengo ahora mismo.

—Ni lo soñaría —dijo, antes de pedir huevos y tostadas con una guarnición de fruta. Esperó hasta que la camarera se fue y luego se volvió hacia mí—. ¿No hay esperanza de que mantenga el negocio?

—Ninguna que yo pueda ver. Cada excursión a la que lo llevo para ayudarle a entrar en razón, de alguna manera se convierte en un tour que le hace ver signos de dólar —negué con la cabeza y

luego di un sorbo a la taza de café que Morgan había pedido para mí —. Pensé que si veía nuestra operación en acción, eso le haría entender por qué no puede vender el sueño de su padre. Tu idea del sabotaje tampoco funcionó.

Algo me rondaba por la cabeza, pero no podía captarlo del todo. La puse al día con los detalles de las excursiones hasta que la camarera trajo nuestras comidas. Entonces me lancé a por las tortitas con verdadero entusiasmo y mojé una patata frita crujiente, tierna y humeante en abundante kétchup.

—No puedo entender a Adam —dije, levantando otra patata frita —. Es el hijo del señor Kline, después de todo. Pensarías que le tendría cariño al negocio en el que su padre puso su corazón y alma.

Morgan se encogió de hombros. —No era *su* sueño, sino el de su padre. ¿Recuerdas lo difícil que fue para mí convencer a mis padres de que me dejaran seguir mi sueño y abrir mi salón de belleza? Solo querían que trabajara en el banco familiar como mi hermano santurrón.

—Tienes razón. El señor Kline y Adam parecen tan diferentes que ni siquiera parecen estar emparentados. Fue tan fácil hablar con el señor Kline. Él y yo compartíamos los mismos intereses y nos entendíamos mutuamente —mis ojos se humedecieron al pensar en mi amistad con el señor Kline. Esperaba que estuviera recorriendo muchas montañas hermosas en el cielo—. ¿Hablar con Adam? Las pocas veces que ha despegado el móvil de su oreja, ha sido como hablar con una calculadora humana. No podía ver lo especiales que eran las excursiones para todos. Lo único que ve son márgenes de beneficio y presentaciones comerciales.

Morgan alcanzó su taza de café. —¿Eso es una referencia al béisbol?

—Ojalá —mis hombros se hundieron mientras le explicaba el término que Adam usaba para una presentación de ventas. De repente, me di cuenta de algo y gemí—. Oh, *no*. Todo esto es culpa mía.

Se recostó en su silla. —No, no lo es. Lo intentaste. El señor Kline estaría orgulloso de tus esfuerzos. Pero si Adam está decidido a vender, no vas a hacerle cambiar de opinión.

Levanté un dedo. —Hice la excursión equivocada. Ese es el problema.

—¿Cómo dices?

La emoción llenó mi pecho. —Le llevé a una excursión, intentando hacerle entender por qué este lugar era importante para las personas que participan en los tours. Pero él no es una de esas personas. En el fondo, en lugares que ha bloqueado u olvidado, es del tipo de gente del señor Kline.

Mi amiga me miró con expresión vacía. —Estoy confundida.

—¡Debería haberle llevado a un lugar que fuera especial para el señor Kline! —exclamé, mientras la idea se formaba en mi mente—. Ese fue mi error.

—Vaya. —Extendió la mano y cogió mi tenedor—. Frena ese subidón de carbohidratos y bacon por unos segundos. Me he perdido.

—El señor Kline fundó Silver Bells por su amor a la Navidad, ¿verdad? Necesito llevar a Adam a conectar de nuevo con su padre. Quiero decir, ni siquiera vino al servicio conmemorativo. —Respiré hondo, sabiendo exactamente lo que debía hacer—. Adam se sienta en la antigua oficina del señor Kline, rodeado de hojas de cálculo. Pero eso no es la Navidad. El señor Kline *adoraba* decorar su oficina. También tenía muchas cosas personales allí. Adam necesita ver la oficina decorada, para que pueda ver que su padre amaba Silver Bells con el corazón y no solo como un negocio. Entonces lo entenderá.

Era tan sencillo. ¿Por qué no lo había visto antes? Adam no necesitaba ver con sus ojos por qué vender el negocio de su padre sería algo terrible, necesitaba sentirlo con su corazón.

Junté las manos. —Esta es la manera perfecta de mostrárselo. Es un plan que no puede fallar.

—Famosas últimas palabras —dijo Morgan, guiñándome un ojo.

CAPÍTULO DIEZ

OTRA VEZ HABÍA dormido intranquila anoche y esta vez no era solo mi trabajo (o su posible pérdida) lo que me mantenía despierta, sino mi sorprendente atracción por Adam. Mi cerebro seguía reproduciendo la sensación de su pierna contra la mía bajo la manta en el trineo, aunque mi trabajo, que tanto amaba, estaba en juego. En serio, ¿qué le pasaba a mi subconsciente?

Incluso tuve un sueño en el que había dos Adams. Estaba mi jefe Adam, que me entregaba una bolsa de arpillera diciéndome que me estaba despidiendo, y estaba el Adam de la sonrisa dulce y los ojos hermosos, que me decía que todo estaría bien.

Aunque todo *no* estaría bien a menos que Adam mantuviera Silver Bells Luxury Tours. Era hora de implementar mi nueva táctica en el plan "Salvar Silver Bells". Esto tenía que funcionar o... simplemente tenía que funcionar.

Sacando mi caro gel de ducha solo-para-ocasiones-especiales, me empapé con el jabón perfumado con notas de frangipani y sándalo. Me tomé más tiempo del habitual en arreglarme, peinándome con un moño "desaliñado", diseñado para parecer que acababa de hacérmelo al descuido (como si fuera posible). Luego complementé mis vaqueros con un jersey esponjoso de color rosa bebé que me hacía parecer mona (según Morgan), y opté por unas

botas de tacón alto. Un toque de brillo de labios y un par de capas de rímel me dieron un aspecto fresco y arreglado. Estaba lista.

—Buenos días, Faith —Harmony me saludó con la mano desde detrás de su escritorio cuando entré en el vestíbulo de Silver Bells Luxury Tours—. Hoy estás muy guapa. ¿Tienes alguna reunión o algo?

—¿Reunión? No —Colgué mi abrigo, revisé el correo y luego le pregunté casualmente si Adam ya había llegado. Mi estómago dio un pequeño vuelco cuando dije su nombre y quise darme una patada a mí misma.

—Sí, Adam está en el despacho de su padre. Quiero decir, en el antiguo despacho de su padre. Quiero decir... —Por un momento pareció triste y supe cómo se sentía. Sabíamos que el Sr. Kline se había ido, pero a veces todavía parecía irreal. Pero luego entrecerró los ojos, escrutó mi cara y su mirada se dirigió de nuevo a mi atuendo—. ¡Dios mío! ¡Te *gusta*!

Abrí los ojos como platos. —¿Quién?

—No te hagas la inocente —Agitó la mano hacia mí, señalando mi jersey esponjoso rosa—. Hoy estás más arreglada de lo habitual. Te has sonrojado cuando has dicho el nombre de Adam. Y sigues mirando hacia su puerta. ¡Te *gusta* Adam!

—¡Shhh! Te va a *oír* —dije, considerando brevemente mandarla a casa un día libre si no podía bajar la voz—. Y eso es ridículo. No me gusta Adam —Utilicé los dedos para hacer comillas en el aire alrededor de la palabra "gusta"—. En serio, Harmony. Es mi jefe. Nuestro jefe.

—Oye, no estoy juzgando. Quizás yo misma me habría interesado en él si no estuviera saliendo con el novio más perfecto del mundo.

—¿Perfecto? —pregunté, arqueando una ceja—. ¿No dijiste la semana pasada que Dave tiene cera permanente en los oídos y siempre sientes que estás hablando con una pared?

—Me trajo flores después del trabajo ayer, así que estamos bien otra vez —Se encogió de hombros, señalando hacia el nuevo despacho de Adam—. Pero Adam, por otro lado...

—Solo necesito consultarle algo, eso es todo —dije, sin querer saber cómo planeaba terminar esa frase.

Harmony soltó una risita. —Ajá. Claaaaro.

Le lancé una mirada de "lo que tú digas", respiré hondo y caminé por el pasillo hacia el despacho de Adam.

La puerta de su despacho estaba cerrada, pero podía ver a través de la pequeña ventana que estaba sentado tras el antiguo escritorio de su padre, estudiando unos documentos con atención. Le observé durante unos instantes, intentando calmar las involuntarias mariposas en mi estómago, antes de llamar a la puerta.

—Adelante —dijo Adam y levantó la vista cuando entré. Nuestras miradas se cruzaron y pareció hacer un gesto de sorpresa antes de volver a sus papeles—. No hace falta que llames, Faith.

—Oh, es la costumbre. Siempre llamaba cuando estaba tu padre. Y hablando del señor Kline... —me detuve frente al escritorio de Adam.

Adam levantó la mirada. —¿Sí?

—Siempre decorábamos su despacho por Navidad. De hecho... —hice como que miraba mi reloj, aunque ya había despejado mi agenda para la mañana—. Tengo algo de tiempo ahora, si no te importa. Sé dónde guardaba tu padre las decoraciones. Iré a buscarlas y podemos hacerlo juntos, si quieres.

Se reclinó en su silla y me miró. —Te has hecho algo diferente en el pelo. Te ves... —su voz se apagó.

Mi estómago revoloteó. —¿Me veo...?

—Diferente —me miró un momento más antes de aclararse la garganta y volver a su ordenador. Comenzó a teclear—. En cuanto a tu pregunta anterior... no, gracias. Estoy demasiado ocupado para decorar. Además, con suerte pronto estaré fuera de aquí, así que, honestamente, no te molestes.

—Es tradición, Adam. A tu padre le encantaba decorar este despacho para Navidad, así que si te parece bien, lo haré yo misma en su honor. No te molestaré, de verdad —dije, sonriéndole.

Dudó un momento antes de devolverme la sonrisa. —Está bien, Faith. No querría romper con la tradición.

—Genial. Vuelvo en un minuto —abrí la puerta y me dirigí por el pasillo. La caja de decoraciones se guardaba en el trastero. Cuando la bajé de la estantería, me sentí un poco triste. Había tantos

recuerdos dentro de esta caja, y la idea de que esta pudiera ser la última Navidad que la usaría me parecía incorrecta. Ofrecí una silenciosa oración al padre de Adam: "Señor Kline, si está mirando, *por favor* haga su magia una vez más".

Adam levantó la vista cuando volví a entrar en el despacho y le vi despejando un espacio en el escritorio para mí, antes de volver a centrar su atención en los papeles que tenía en la mano. Coloqué las dos cajas en el escritorio.

—Oh, espera... —revisé la etiqueta en la caja verde y roja y la leí dos veces. Definitivamente no eran adornos navideños. Agité la caja, que parecía estar cargada principalmente con papeles—. Esta caja está marcada como 'personal', pero estaba junto a la caja de decoraciones. ¿Quieres que la abra...?

—No —dijo, con un tono enérgico. Luego se aclaró la garganta y levantó la caja—. Gracias por ofrecerte, pero la guardaré en el armario por ahora.

—Vale —dije, sintiéndome mal porque la caja personal obviamente había tocado una fibra sensible. Abrí lentamente la caja etiquetada para decoraciones, y el aroma a pino y canela inmediatamente llenó la habitación. Oh, sí. Esta era la caja que necesitaba—. Mmm... el aroma de la Navidad —levanté la vela de pan de jengibre de la parte superior del montón y se la ofrecí—. Huele esto, Adam. ¿No es el olor más acogedor?

Olió la vela y luego estornudó. —Perdona. El pan de jengibre siempre me hace estornudar.

—¿Ah, sí? —limpié el polvo del recipiente de cristal antes de dejarlo a un lado—. Entonces, ¿nada de acurrucarse en el sofá con galletas de jengibre y chocolate caliente? —solté, abriendo los ojos de par en par cuando me di cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Levantó la cabeza, mirándome a los ojos. —¿Eso ha sido una invitación?

Mis mejillas se acaloraron. —¿*Quieres* que sea una invitación?

Hizo una pausa. —¿*Quieres* que quiera que sea una invitación?

Di lo que quieras de mí, pero ser directa con un chico no está en mi naturaleza. Así que, simplemente le di un pequeño encogimiento

de hombros como respuesta y luego volví a prestar atención a la caja, sacando un trozo de espumillón rojo. Era grueso y exuberante, y se solía usar para adornar la parte delantera y los laterales del escritorio del Sr. Kline.

—Oh, mira... —Desenvolví un adorno de búho del papel de seda en el que el Sr. Kline lo había envuelto cuidadosamente. Pintado en oro rosado, el búho tenía unos brillantes ojos ámbar y estaba cubierto del purpurina más fina. Lo levanté por su lazo y dejé que girara lentamente, destellando al reflejar la luz.

Adam lo tomó de mi mano y lo miró, antes de darle la vuelta y señalar una pequeña zona en su espalda, que estaba pintada en un tono diferente de dorado. —Lo dejé caer un año, y se desprendió la pintura. Pensé que papá se enfadaría, así que intenté repararlo yo mismo, pero la pintura no coincidía. Cuando papá lo vio, ¿sabes qué dijo?

Negué con la cabeza.

—Dijo que en Japón reparan las cosas con oro, para que todas las grietas y defectos queden a la vista. Se llama Kintsugi. —Me miró —. Creen que las cicatrices son algo bello, así que deben mostrarse y no ocultarse.

—Vaya —dije, sintiendo que mi corazón se enternecía—. Creo que nunca he oído nada más hermoso.

—Así que lo colgaba en nuestro árbol cada año justo en la parte delantera, y me decía que la parte dorada era la mejor de todas —dijo, y me devolvió el búho.

—Tu padre era un hombre extraordinario.

Asintió. —Sí, lo era. Ojalá hubiera pasado más tiempo con él.

Los siguientes minutos transcurrieron en un silencio agradable, con Adam tecleando en el ordenador y yo colocando los adornos sobre el escritorio, comentando sobre cada uno mientras los desempaquetaba, esperando despertar algo de interés nuevamente.

—¿Me ayudarías con una cosa, Adam?

Asintió. —Claro, solo estoy esperando una llamada de la oficina. Ten paciencia.

Adam había vuelto al modo trabajo. Vaya por Dios. Cogí una silla del rincón de la habitación y la arrastré hasta el escritorio, antes de

coger una estrella blanca que brillaba con colores iridiscentes. Sosteniendo la estrella con una mano, me subí a la silla; mis tacones hacían un poco difícil mantener el equilibrio mientras intentaba alcanzar el gancho que todavía estaba en el techo sobre la silla de Adam. Me estiré y me tambaleé un poco cuando sentí unas fuertes manos que me sujetaban por la cintura.

—Vaya —dije con el corazón acelerado.

—Faith, ¿qué...? —Las cálidas manos de Adam me enviaron ondas de choque mientras sujetaba mi piel donde mi jersey se había subido un poco—. ¿Por qué no esperaste un segundo?

—Esperar a que tú hicieras un descanso del trabajo sería esperar eternamente —dije, tardando más de lo necesario en colgar la estrella antes de soltarla. Necesitaba recomponerme, y también disfrutaba mucho de la sensación de las manos de Adam sobre mi piel. Puse una mano en el hombro de Adam para mantener el equilibrio, y él me levantó de la silla y me depositó en el suelo. Incluso con mis tacones, apenas le llegaba al pecho, y de cerca podía oler su colonia.

—¿Estás bien? —Inclinó la cabeza para mirarme a la cara, y yo asentí.

—Sí, gracias. Solo me sentí un poco mareada por un momento. —Bueno, no era mentira.

Todavía tenía sus manos en mi cintura cuando sonó el teléfono, y no me avergüenza decir que los refunfuños en mi cabeza no fueron muy propios de una dama.

Adam me soltó con lo que pareció reluctancia, ¿o era yo la que mantenía la esperanza? —¿Diga? Adam Kline al habla. —Me hizo un gesto indicando que tenía que atender la llamada, antes de volver a sentarse detrás del escritorio. Me ocupé con las decoraciones, intentando calmar los latidos de mi corazón.

Adam se rio al teléfono. —Vale, ¿cuándo llega? ¿La semana que viene? Claro, dime qué día y a qué hora y me aseguraré de que todo esté listo. ¿Cena? Ah, ¿te debo una? —Giró la silla dándome la espalda, bajando la voz conforme lo hacía—. Cenemos entonces. ¿Qué te parece ese restaurante de sushi que tanto te gusta? Perfecto, es una cita.

No pude evitar sentir una punzada de celos. Probablemente Adam ni siquiera recordaba mi apellido, y mucho menos mi restaurante favorito.

Se volvió hacia mí. —Era Tiffany de la oficina de Nueva York. Habló con el posible comprador, Miles Wilson, y le hizo una buena presentación del Silver Bells Day Spa.

Suspiré. No fue deliberado, pero no pude evitarlo. Deseé que Tiffany se atragantara con su sushi. Después me sentí mal por pensarlo, porque... *karma*.

—¿Podrías pasarme ese marco, Adam?

Adam sacó un marco dorado de la caja, pero en lugar de dármelo, se sentó en la esquina de su escritorio mirándolo fijamente. Frotó sus dedos sobre las palabras y creí ver que sus ojos se humedecían un poco.

—¿Qué es? —pregunté.

—Este era mi poema favorito cuando era niño —dijo con la voz entrecortada, y tragó saliva—. "Era la noche antes de Navidad..."

—Oh, claro. Todo el mundo conoce ese. *Y en toda la casa*...

Asintió. —Cada año, papá sacaba el poema y yo se lo leía a mis padres en Nochebuena, hasta que se divorciaron. No puedo creer que enmarcara este poema.

—No me sorprende. Tu padre era un tipo bastante sentimental.

Adam miró el poema más de cerca, luego quitó la parte trasera del marco y examinó el trozo de papel. —Oh, Dios mío... Este es exactamente el mismo papel que usaba para leer el poema. Mira, esas son mis huellas dactilares de cuando estaba comiendo monedas de chocolate y me manchaba todo... ¡y ahí! Ahí es donde rasgué la página porque la giré demasiado rápido. —Suspiró—. La Navidad era tan buena hasta que se separaron.

Tomé el marco de sus manos y lo coloqué sobre el escritorio, antes de poner mis manos sobre las suyas. —Lo siento, Adam. No importa cuánto tiempo haya pasado, todavía duele, ¿verdad? Cuando mis padres se divorciaron quedé devastada, y la Navidad nunca ha sido la misma. Bueno, no hasta que vine a trabajar aquí. Tu padre volvió a poner la magia en la Navidad para mí, con un poco de ayuda de mi mentora, la Srta. King. Ella me presentó a tu padre.

Adam mantuvo mi mirada y pasó su pulgar por mi mejilla. —Tienes purpurina... —Su voz se apagó y, por un momento, el tiempo se detuvo mientras me miraba a los ojos. Aún sosteniendo sus manos, le devolví la mirada, y allí estábamos como si el tiempo fuera eterno.

—¡Faith! ¿Sigues ahí? —La voz de Harmony cortó el silencio cargado—. Acabo de encontrar esta otra caja de adornos y pensé que podrías utilizarlos.

Y así, sin más, el hechizo entre Adam y yo se rompió.

Entró en la oficina, obviamente sin darse cuenta del momento que había interrumpido. Me guiñó un ojo mientras me entregaba la caja, antes de volver a la recepción.

—Deja que te eche una mano —dijo Adam, siendo el primero en encontrar su voz—. El trabajo puede esperar. —Cogió un martillo y clavó un clavo en la pared para el marco—. ¿Qué sigue?

Encontré un ramito de muérdago que estaba en la parte superior de la caja, con sus bayas de plástico perdiendo color, y sonreí. —Tu padre siempre insistía en tener esto sobre su puerta cada año. Intentábamos convencerle para que colgara muérdago fresco, pero decía que fue bajo este mismo ramito donde le robó su primer beso a tu madre.

Lo mantuve en posición, y Adam se estiró para clavarlo en su sitio. Estando tan cerca de él podía oler su colonia otra vez, y respiré profundamente, deseando poder conservar su aroma para siempre. Con el muérdago colocado, Adam bajó el martillo y yo solté la ramita, devolviendo mis brazos a los costados, pero ninguno de los dos se apartó.

Ya fuera por el muérdago, o su colonia, o la pura emoción del momento, no lo sabía, pero me puse de puntillas y rocé suavemente sus labios con los míos. Sus labios eran suaves mientras me devolvía el beso, sorprendiéndome cuando sostuvo mi rostro con una mano, antes de apartarse con suma delicadeza.

Durante un segundo pareció un ciervo deslumbrado por los faros y pude notar que el beso le había sorprendido tanto como a mí. Ninguno se movió, hasta que las comisuras de los ojos de Adam se arrugaron. Un escalofrío recorrió mi vientre.

Dios mío. ¡Acababa de besar a mi jefe! El sentido común inundó mi cuerpo, y di un paso atrás, intentando parecer casual y como si no hubiera sido el mejor beso que jamás había recibido.

—¿Por qué ha sido eso? —preguntó, sonriéndome, con los ojos llenos de calidez pero también teñidos de incertidumbre.

Me encogí de hombros e intenté (sin éxito) parecer indiferente. —¿Eso? Oh, ya te lo dije, un beso bajo el muérdago es tradición —dije, mientras colgaba el poema enmarcado en su lugar habitual—. El beso antes de Navidad... bajo el muérdago. —Sonreí, mirando alrededor de la oficina—. En fin, creo que ya hemos decorado suficiente por hoy. Gracias por tu ayuda.

—¿Faith? —dijo, con voz baja y ronca.

Me di la vuelta. —¿Sí?

Adam miró fijamente el poema, antes de volverse hacia mí. —Gracias.

Las comisuras de mis labios se elevaron. —De nada, Adam.

Mientras cerraba la puerta tras de mí, me llevé los dedos a los labios, con la sensación de ese beso aún vívida, haciéndome preguntarme qué demonios iba a pasar ahora.

CAPÍTULO ONCE

¡Estaba. Completamente. Avergonzada! ¿En qué estaba pensando al besar a mi jefe bajo el muérdago? Si mi trabajo ya estaba en peligro antes del beso, ahora estaba muchísimo más allá del límite. De hecho, estaba tan lejos del límite que ya ni siquiera podía *ver* dónde estaba ese límite. Y para empeorarlo todo, había besado a Adam justo después de su llamada con la Señorita Reina del Sushi.

Pero, ohhhh, ese *beso*. No podía dejar de reproducirlo una y otra vez en mi cabeza. *Qué pasada*.

Cuando una mujer está en crisis solo hay una cosa que desea. No, no es helado... Bueno, vale, quizás hay dos cosas que una mujer quiere. Helado (de pistacho, por favor) y sus amigas o, en este caso, amiga en singular (ya que Morgan tenía una cita con Dallas esta noche), y esa sería Ruby.

Tras intercambiar unos cuantos mensajes, quedó todo arreglado. Ruby y yo nos encontraríamos para cenar en el Sugar Plum Inn, un acogedor bed and breakfast cerca de Las Cascadas que los padres de Ruby, Betty y Randall Curtis, habían abierto hace décadas. En el instituto, Ruby me contó que su padre siempre llamaba a su madre su "hada de azúcar" desde su primera cita, que había sido para ver el ballet de El Cascanueces, y la escena favorita de su madre era la Danza del Hada de Azúcar. De ahí el nombre del alojamiento.

Me asombraba que los padres de Ruby hubieran mantenido una relación tan estrecha y llena de amor durante todos estos años, mientras que mis padres básicamente se habían aguantado mutuamente hasta que me fui a la universidad. Un sentimiento de culpa me invadió ante ese pensamiento. ¿Por qué mis padres me habían hecho la causa de su evidente infelicidad?

En ausencia de mis propios padres en Christmas Mountain ahora, la madre de Ruby cuidaba de mí y se aseguraba de que comiera/durmiera/saliera lo suficiente. Si tan solo dejara solteros elegibles en mi porche de la misma manera que dejaba sus deliciosas cacerolas, al menos tendríamos dos de tres. El pensamiento sobre un soltero elegible me hizo recordar a Adam. Su pelo oscuro. Sus ojos azul hielo que brillaban durante el paseo en trineo.

Y ese *beso*.

Realmente necesitaba dejar de pensar en ese beso.

Pero me resultaba prácticamente imposible dejar de pensar en ello.

—Hola, señora Curtis —permití que la madre de Ruby me diera un fuerte abrazo antes de sujetarme a la distancia de un brazo para examinarme.

Aparentemente satisfecha de que no me estaba muriendo de hambre (al contrario que de vergüenza), la señora Curtis me soltó. —No pensaba que vendrías, Faith, con Ruby retenida en el trabajo.

—¿Ruby no viene a cenar? —pregunté, con visiones de un enorme bol de helado con una sola cuchara flotando ante mis ojos.

—¿No te lo dijo? Ha habido un pequeño desastre con uno de los perros. Al parecer, había un Bichón Frisé que estaba allí para arreglarse. La dueña le preguntó a Ruby si podía hacerle un corte de osito de peluche. Pensando que era una buena oportunidad para que su aprendiz aprendiera un nuevo estilo, Ruby le pidió que empezara con el corte. Pero esta chica pensó que la dueña quería decir R.A.P.A.D.O en vez de O.S.I.T.O, y afeitó todo el pelo del pobre perro mientras Ruby estaba fuera de la habitación. La dueña estaba histérica, por lo visto. ¡Imagínate, sin pelo con este tiempo!

Me llevé la mano a la boca, imaginando la cara de Ruby cuando se dio cuenta. —No se preocupe, señora Curtis... —saqué el móvil del bolsillo, notando el pequeño símbolo de sobres parpadeando en la esquina de la pantalla. Abrí el mensaje: *Atrapada en el trabajo... ¡un desastre total! ¿Dejamos la cena para otro día? Te quiero. -R.* — Estoy agotada de todas formas. Ya veré a Ruby en otra ocasión.

Cuando me di la vuelta para irme, me fijé en un hombre sentado solo en una mesa pequeña del comedor: Adam Kline. Todavía no podía creer que le hubiera besado. Y que él me hubiera correspondido. Y que no pudiera dejar de pensar en ese beso o en el hecho de que me hubiera besado también. Al girarme rápidamente, tropecé con una silla, tirándola al suelo con un fuerte *¡plas!* Bueno, ahí va mi salida discreta. Todas las miradas, incluida la de Adam, se dirigieron hacia mí, y sonreí disculpándome, levantando la mano en el saludo más torpe de la historia.

Adam me miró con incertidumbre mientras yo permanecía de pie en el arco entre el mostrador de recepción y el bonito comedor iluminado con velas. Lo único que quería era salir corriendo, pero eso sería de mala educación, por no mencionar infantil. Además, ya sabes, me habían pillado.

—Hola, Faith —se levantó y me hizo un gesto para que me acercara.

—Oh, hola, Adam —dije, maldiciéndome por *no* haber sido infantil y haber salido corriendo cuando tuve la oportunidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Me quedé torpemente junto a su silla, notando que la mesa solo estaba puesta para uno y sintiéndome ridículamente complacida por ello. —Había quedado con mi amiga Ruby aquí, pero ha tenido un desastre perruno y ha tenido que cancelar. Así que ahora me voy a casa.

Sonrió. —Oh, me alegro.

Fruncí el ceño. —¿Te alegras de que me hayan dejado plantada?

—No, solo quería decir que tú estás sola y yo estoy solo... —Tomó aire profundamente y sonrió—. Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Me encogí de hombros. —Quizás un poco.

—Déjame empezar de nuevo. Faith, ¿te gustaría acompañarme a cenar?

Lo que quería era ponerme a saltar de alegría. Pero todo lo que podía oír en mi cabeza eran las inmortales y profundamente vergonzosas palabras *Érase un beso antes de Navidad*. Yo había dado el primer paso con un chico y nunca había hecho eso en mi vida. Hice una mueca.

—No me di cuenta de que la perspectiva de cenar conmigo fuera tan horrible —dijo, sacándome de mi flashback.

Me reí, a pesar de mi incomodidad. —Lo siento, no, es que estaba en otro sitio... —Me toqué el lado de la cabeza—. Creo que voy a coger algo para llevar, ponerme el pijama y ver una película. Pero gracias por la oferta —dije, girándome para irme.

—Faith. Quizás debería usar mi rango —dijo, apareciendo ese hoyuelo—. Como tu jefe...

—No por mucho tiempo —se me escapó antes de poder contenerme.

El más leve ceño cruzó su apuesto rostro. —Como tu jefe *por ahora*, agradecería mucho que me acompañaras a una cena de trabajo. Hay algunas cosas que me gustaría comentar contigo. No lo consideres una cita.

—Qué pena.

—¿Perdón?

Vaya, realmente no había perfeccionado el arte de no pensar en voz alta. —He dicho *tarta*. De caza. La tarta de caza, está muy rica.

Su hoyuelo volvió a aparecer, y sacó una silla. —Por suerte aún no he pedido.

Me senté y coloqué la servilleta sobre mi regazo, sin mirar a Adam a los ojos, pero podía sentir que me observaba en silencio. El cansancio y el hambre me golpearon, y agradecí la luz de las velas, que resultaba mucho más favorecedora que la iluminación artificial.

La señora Curtis se acercó presurosa y le entregué el menú sin haberlo abierto. —Tomaré la ensalada niçoise, por favor, señora Curtis.

Adam arqueó las cejas y luego le sonrió. —Yo tomaré el pastel de caza, por favor, señora Curtis. He oído que está delicioso.

La señora Curtis soltó una risita como una colegiala. —Oh, somos famosos por él. Y por favor... llámame Betty. Que un hombre tan apuesto como tú me llame señora Curtis me hace sentir mayor.

Adam se rio. —Una dama tan bella como usted nunca será mayor, Betty.

La señora Curtis... Betty (quien nunca me había pedido a *mí* que la llamara así) se sonrojó mientras se apresuraba a volver a la cocina, algo que nunca antes había visto. Así que no solo era yo quien sufría este efecto por su parte.

—Dime, Faith. ¿Por qué recomendarías el pastel de caza y luego pedir una ensalada?

Sonreí. —Espera a que lo veas. Además, estoy cuidando mi figura.

—¿No lo hacemos todos?

Dijo la última frase entre dientes, pero cuando lo miré estaba ocupado intentando llamar la atención de la señora Curtis, señalando su copa y luego la mía, indicando que le gustaría que trajera una segunda copa. Cuando llegó la botella, me sirvió una generosa cantidad de vino tinto, del cual me bebí la mitad en dos tragos. Al menos ahora tendría algo más que mi vergüenza para justificar mi cara sonrojada.

Aclaré mi garganta. —¿De qué te gustaría hablar?

Tomó un sorbo de vino. —De ti.

La llama de la vela entre nosotros centelleaba en sus ojos, llamas gemelas danzando mientras me miraba.

Mi estómago dio un vuelco. —¿No dijiste que era por negocios?

Asintió. —Lo es. Quiero saber qué significa Silver Bells para ti.

Fue interrumpido por la llegada de la señora Curtis, quien colocó mi ensalada frente a mí, antes de regresar a la cocina por el plato de Adam, y cuando volvió quedó claro por qué le había tomado dos viajes. El plato de Adam era enorme y definitivamente necesitaba las dos manos para llevarlo, el pastel en sí mismo se elevaba sobre sus guisantes y patatas, como las Montañas Rocosas se elevan sobre Montana.

Cuando clavó su cuchillo en la masa, una nube de vapor escapó con un suspiro. Sabía cómo se sentía.

—Entonces, ¿por dónde íbamos? —preguntó.

Tomé un bocado de mi ensalada, mientras el hambre luchaba contra el cansancio (y también contra el miedo a derramarme el aliño por delante). —Dijiste que querías hablar de negocios.

—Cierto, sí. Quería que me contaras qué es lo que hace que Silver Bells sea tan especial. Tan... ¿mágico?

Lo miré con agudeza, pero no había ningún rastro de sarcasmo en su rostro mientras esperaba que hablara. Me encogí de hombros. —Es simple... Amo Christmas Mountain. Adoro Silver Bells. No quiero perder mi trabajo.

Adam masticó pensativo. —No exagerabas con este pastel, es increíble. Podrías conseguir cualquier trabajo, Faith. Estoy seguro de que hay muchos lugares que te interesarían. De hecho, hoy recibí una llamada telefónica sobre ti.

Levanté las cejas. —¿Ah, sí?

Asintió. —Una mujer llamada Bernice de It's All Downhill From Here.

Di un sorbo al vino y asentí. —La estación de esquí que está más arriba en la montaña. ¿Qué quería Bernice?

—Dijo que había oído que podrías estar buscando un nuevo puesto, y quería tener prioridad. Preguntó cuántas semanas de preaviso necesitarías dar a Silver Bells.

Vaya, las noticias vuelan. —Es bueno saberlo, pero no quiero trabajar en otra estación de esquí, Adam. No me malinterpretes, Downhill es una estupenda pequeña estación que ha aguantado durante la mala racha que ha tenido este pueblo. Ruby y yo hemos esquiado allí algunas veces, pero Silver Bells significa mucho más. Me siento halagada, pero no es para mí.

—¿Qué es lo que tiene Silver Bells que te atrapa tanto? No me complazcas con que es un gran lugar para trabajar, bla, bla, bla. Háblame desde el corazón, no desde la cabeza.

Vaya por Dios. Me estaba pidiendo que lo soltara todo.

Dejé el cuchillo y el tenedor uno al lado del otro y aparté ligeramente mi plato. Adam volvió a llenarme la copa y di un sorbo, saboreando las deliciosas notas de bayas en mi boca antes de tragar. —Silver Bells es mi hogar, Adam. Y no me refiero al tipo de ladrillos y

cemento. Dicen que el hogar está donde está el corazón. Pues bien, mi corazón está en Silver Bells.

Su mirada se encontró con la mía. —Continúa.

—Cuando regresé de Washington la Navidad pasada, fue a petición de mi amiga y mentora, Melody King. Fue mi profesora del coro en secundaria y bachillerato. Éramos siete en ese grupo coral y nos pidió que cantáramos para ella en La Extravaganza Navideña una última vez.

Él asintió. —Recuerdo a la señorita King. A todos los niños les caía bien.

—Le diagnosticaron cáncer de riñón el año pasado.

Se formó una arruga entre sus cejas. —Qué terrible. No lo había oído.

Asentí, sabiendo que las noticias solo empeoraban. —Creo que llevaba la esperanza de que se recuperaría, de alguna manera, porque un mundo sin la señorita King simplemente no parecía posible.

—Significaba mucho para ti —dijo, como una afirmación y no como una pregunta.

—No tienes ni idea, Adam. Era como una segunda madre para mí. Le contaba cosas que nunca le conté ni a mi propia madre. Estuvo ahí durante rupturas, reconciliaciones, problemas con amigos, problemas con las notas... era mi mayor animadora. Cuando murió, la única persona a la que necesitaba acudir para consolarme ya no estaba. Cuando Melody King murió, una luz se apagó en Christmas Mountain.

Me quedé en silencio, pensando en la maravillosa vitalidad que mi antigua mentora había aportado a todo lo que hacía. Adam extendió la mano por encima de la mesa y tomó la mía, sin decir nada, esperando a que yo continuara. Mi mano hormigueó bajo su contacto, calentando mi corazón.

—Tu padre me ayudó a superar mi duelo, Adam —dije, apretando su mano—. Si no hubiera sido por él, no sé cómo habría sobrevivido. Silver Bells era el único lugar que podía calmarme. Me desmoroné después de su muerte, y tu padre me llevaba a largas caminatas por

el bosque, enseñándome los entresijos, dejándome unirme a las excursiones con él.

Mis ojos se humedecieron y el pulgar de Adam comenzó a acariciar el dorso de mi mano, de un lado a otro.

—No lo sabía en ese momento, pero el señor Kline me estaba introduciendo lentamente a la magia de la vida otra vez, y sin yo saberlo, la estaba dejando entrar, a pesar de luchar contra ella. Era tan amable y tan paciente.

El pulgar de Adam se detuvo y asintió.

Tomé un gran trago de vino. —Fue un hombre muy especial, Adam. Silver Bells *es* Larry Kline, y no puedes tener uno sin el otro. Destruir Silver Bells es destruir su memoria.

Las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo y me maldije por permitir que el vino soltara mi lengua. Soltó mi mano y se quedó mirando la luz de las velas. —Tengo envidia, Faith. Tú tuviste la relación que yo quería con mi padre.

Abrí la boca para interrumpirle, para disculparme.

—No, no me malinterpretes... —Su agarre se tensó en el tallo de la copa mientras su rostro se llenaba de emoción—. Me alegro de que lo tuvieras, pero desearía haberlo conocido mejor.

—¿Nunca volviste a Christmas Mountain después del divorcio?

Negó con la cabeza.

—Sé que iba a visitarte.

—Venía a Nueva York de vez en cuando, pero era como un pez fuera del agua. Nueva York simplemente no era para él. Él pertenecía aquí, en la montaña, rodeado de amigos, nieve y Navidad. Mi mayor arrepentimiento es no haber vuelto aquí para verle cuando tuve la oportunidad. —Sus ojos azules brillaron—. Ahora es demasiado tarde.

Quería decirle a Adam que nunca era demasiado tarde para el amor. Que si salvaba Silver Bells, la memoria de su padre seguiría viva, pero eso habría sonado como si estuviera aprovechándome de sus sentimientos por el bien de mi trabajo, aunque realmente pensaba que Silver Bells *era* Larry Kline.

—Sabes que estaba orgulloso de ti, ¿verdad?

Sus cejas se elevaron, pero luego negó con la cabeza. —No me conocía, Faith, y eso fue culpa mía. ¿Cómo podía estar orgulloso de un hijo al que no conocía?

—Veamos. Hace cinco años, ganaste el premio al empresario del año y lo recibiste en The Plaza. Por cierto, esa corbata roja quedaba genial con el traje gris. Hace tres años empezaste a trabajar como voluntario en una organización benéfica para sacar a los niños sin hogar de las calles y devolverlos a la escuela.

Me miró fijamente, con la confusión escrita en todo su rostro. —¿Cómo sabías...?

Sonreí. —El señor Kline seguía tu carrera, Adam, y guardaba cada recorte de periódico, cada artículo de revista, cada fragmento de información que podía encontrar sobre ti. ¿Todos esos ganchos vacíos en tu despacho? Eran para las docenas de fotos que tenía de ti, desde cuando eras un niño pequeño montado en su espalda hasta una tomada en Nueva York poco antes de que falleciera.

Los ojos de Adam brillaron, y por un momento me pregunté si había dicho demasiado. La señora Curtis había retirado nuestros platos sin que yo me diera cuenta, y regresó con un gran cuenco de helado y dos cucharas. Los colocó en la mesa con una sonrisa cómplice. Adam acercó su silla para estar más cerca de mí y me entregó una cuchara.

—Gracias, Faith. No sabía nada de eso.

Sonreí y acerqué una cucharada de helado a su boca, y cuando sus labios se cerraron alrededor, me recordó nuevamente nuestro beso. Él parecía estar en la misma sintonía, ofreciéndome una cucharada de helado y luego limpiando con su pulgar una pizca de helado de la comisura de mi boca antes de inclinarse cada vez más cerca.

Cerré los ojos, preparándome para sentir su boca sobre la mía de nuevo...

—¡Ya estoy aquí! —chilló Ruby.

Di un respingo al oír su voz.

Adam se incorporó de golpe, dejando caer su cuchara sobre la mesa.

—Oh, lo siento. ¿Interrumpo algo?

—No, no, no. Es decir, por supuesto que no —dije, pensando que en realidad tenía el peor sentido de la oportunidad—. Adam, ¿conoces a Ruby Curtis?

Negó con la cabeza. —Encantado de conocerte, Ruby.

—Igualmente —dijo ella.

—Rubes, pensaba que estabas atrapada en el trabajo.

Ruby miró las dos cucharas sobre la mesa, luego a mí y después a Adam antes de responder.

—Lo estaba, pero no pasa nada. Veo que habéis cenado sin mí.

Negué con la cabeza.

—No, bueno, sí, más o menos... solo estoy cenando con mi jefe.

Adam me lanzó una mirada extraña, y luego se levantó, limpiándose la boca con la servilleta antes de doblarla y colocarla sobre la mesa.

—De todas formas, tengo que terminar de leer algunas cosas. Por favor, ocupa mi sitio, Ruby. Faith, nos vemos el lunes.

Y entonces se marchó.

CAPÍTULO DOCE

El fin de semana pasó en un abrir y cerrar de ojos entre limpiezas de la casa y compras navideñas. El lunes, estaba trabajando hasta tarde cuando recibí una llamada frenética de Joe, el encargado de los renos en la Gruta de Santa. Uno de los renos más jóvenes, Rudy, se había escapado y nadie podía encontrarlo. Aunque Adam había estado trabajando para terminar algunas figuras para su segunda reunión con Miles Wilson, no dudó ni un segundo en coger su chaqueta y venir conmigo.

Al acercarnos a los establos, vimos luces de linternas ya que muchos de los trabajadores de Silver Bells habían salido en masa para encontrar al pequeño reno desaparecido. Agarré a Joe por la manga cuando pasó corriendo junto a mí. —¿Qué ha pasado, Joe? No es propio de Rudy escaparse así.

—Lo sé —asintió Joe—. Algo debió asustarlo. A juzgar por las huellas en la nieve, creo que un puma anduvo merodeando.

Adam se volvió hacia mí. —¿Rudy? ¿Como en Rudolph?

Asentí. —En realidad, es Rudolph tercero, pero para nosotros es simplemente Rudy.

—Bueno, entonces deberíamos encontrarlo fácilmente, ¿no? —Adam juntó las manos y se frotó las palmas—. Tiene una nariz que brilla.

—Ojalá —dije, negando con la cabeza. Quizás estaba intentando aligerar el ambiente entre los voluntarios a nuestro alrededor, pero esto no era un caniche perdido en un edificio de Nueva York. El pequeño Rudy podría ser devorado por un animal salvaje aquí fuera y cuanto más tardáramos en encontrarlo, menos posibilidades tendría de sobrevivir—. Necesitamos recuperar a Rudy, Adam. No solo porque le queremos, sino porque es nuestro reno principal en las visitas de la Gruta y mañana viene un montón de niños de cinco años que esperan que su trineo sea tirado por el reno favorito de Santa.

Adam me miró de reojo. —¿No podéis usar otro reno en su lugar? Es decir, un reno es un reno, ¿no?

Los voluntarios se quedaron tan callados que se podría haber oído caer un adorno. Luego empezaron las protestas.

—No se puede mentir a los niños.

—No sería Rudy.

—¿Hablas en serio, tío?

Me estremecí ante ese último comentario. Por muy despistado que fuera, Adam seguía siendo nuestro jefe. —Centrémonos todos en encontrar a Rudy. Tenemos que mantener el optimismo —dije.

—Lo siento, estaba intentando pensar desde un punto de vista empresarial para que los niños no se decepcionaran mañana. —Se puso la mano sobre el corazón en señal de disculpa—. Soy nuevo en esto, pero quiero ayudar. ¿Qué puedo hacer?

Joe asignó secciones de terreno que cubrir a cada pareja de voluntarios. Minutos después, armados con una linterna y un silbato, Adam y yo nos adentramos en el bosque nevado.

—Pensé que me iban a golpear con una linterna allí atrás —dijo Adam.

Casi le contesto con una respuesta ingeniosa, pero me di cuenta de que no conocía ni quería a Silver Bells como el resto de nosotros. —Tienes suerte de ser nuestro jefe, o lo habrían hecho.

Se puso delante de mí y se detuvo, quedando cara a cara. —¿Es así como todavía me ves, Faith? ¿Como tu jefe?

Miré en sus ojos azul hielo, recordando cómo los había cerrado cuando me besó bajo el muérdago, sus oscuras pestañas

descansando sobre sus pómulos altos. Y recordando cómo casi me besó el viernes por la noche en el Sugar Plum Inn. De repente tuve el impulso de besarle ahora. Pero este no era el momento ni el lugar. —Tú *eres* mi jefe, Adam.

Se puso a caminar a mi lado cuando comencé a andar de nuevo. —Vale, sí, pero ¿es *todo* lo que ves en mí?

—Ahora mismo, solo puedo pensar en el pobre Rudy. Tengo miedo, Adam. Si un puma lo asustó, puedes apostar a que sigue por aquí. Si encuentra al pequeño Rudy, no tendrá ninguna posibilidad. Las lágrimas me picaron en los ojos al pensar en él ahí fuera, solo y asustado.

Caminamos un rato, llamando a Rudy y alumbrando con las linternas en la oscuridad.

—Bueno, cuéntame sobre él. Sobre Rudy. Parece ser un animal muy especial —preguntó, con un tono que indicaba que realmente quería saberlo.

—Perdimos a la madre de Rudy durante el parto y tuvimos que criarlo a mano. Joe pasó noche tras noche durmiendo en los establos con él, para asegurarse de que no estuviera solo. Todos nos turnamos para alimentarlo con biberón hasta que cumplió doce semanas y pudo mantenerse con forraje —dije, y volví a llamarlo por su nombre. Levanté la linterna, pero no había señal de él, así que seguí avanzando—. Sin embargo, Joe notó que algo iba mal con Rudy. Se chocaba continuamente con las cosas. Lo llevamos a revisar y descubrimos que estaba ciego de un lado y su visión estaba comprometida en el otro. Creemos que la infección que mató a su madre debió afectar a su vista. El veterinario dijo que era un milagro que sobreviviera, así que eso es lo que es, nuestro pequeño milagro. Todos queremos a Rudy y, a pesar de sus dificultades, siempre es dulce y de buen carácter.

Adam se ofreció a llevar la linterna. —Pero si está casi ciego, ¿cómo puede ser el reno guía?

—Porque conoce estos bosques como la palma de su mano —dije, elevando la comisura de mi boca. Pero entonces mi visión se nubló otra vez mientras me preocupaba por si no lo encontrábamos —. Pasó horas siguiéndonos cuando era pequeño, como un perro de

familia. Se acostumbró tanto al lugar que podría recorrerlo literalmente con los ojos vendados.

—Suena muy especial. —Puso una mano en mi espalda y me dio un rápido apretón en el hombro mientras ambos nos deteníamos—. No te preocupes. Lo encontraremos, Faith.

Me apoyé contra él por un momento antes de que una fuerte sensación de irritación me invadiera y me apartara. —No puedo creer que quieras vender este lugar, Adam. No tienes ni idea de lo especial que es para tanta gente, incluida yo.

Sus ojos azules se fijaron en los míos, con muchas emociones atravesándolos. Entonces abrió la boca...

En ese momento mi walkie-talkie crepitó y me aparté de un salto de Adam.

—¿Hola? ¿Joe? ¿Lo has encontrado? —pregunté.

—Negativo, Faith. Solo comprobaba si habíais visto algo.

Suspiré. —Negativo. Seguiremos buscando.

—Corto y cierro —dijo Joe.

—Tenemos que encontrarlo, Adam —dije, enganchando la radio de nuevo a mi cinturón mientras Adam agitaba la linterna en la oscuridad—. Rudy representa todo lo bueno de Silver Bells. Representa la esperanza, la magia, la aceptación, los milagros, la fe... y cuando miro a los ojos de ese pequeño reno, ¿sabes lo que veo?

—¿Qué? —preguntó, con voz suave.

—Veo el espíritu de tu padre y toda su bondad que sigue viva en Rudy. —Parpadé rápidamente, conteniendo las lágrimas que amenazaban con derramarse.

Permaneció en silencio durante varios minutos. —Lo encontraremos —dijo, con voz decidida.

—Lo haremos. —Asentí, forzando una débil sonrisa—. Cuéntame algo para distraerme del pensamiento de que le pueda pasar algo a ese dulce renito. Háblame de Nueva York. Háblame de tu trabajo. Trabajas en relaciones públicas.

—Sí —dijo, pasando por encima de una gran raíz en nuestro camino. Extendió su brazo para ayudarme, pero yo la salté con facilidad. Abrió la boca para hablar, pero luego la cerró, obviamente

cambiando de opinión sobre lo que estaba a punto de decir. Después de un momento volvió a hablar—. Cuando nos mudamos por primera vez a la ciudad, me asombraba el bullicio de los empresarios que veía, apresurándose por las aceras con sus maletines.

—¿Quieres decir que te *gustan* las multitudes? —pregunté, sorprendida.

—¿Todo ese ajetreo? Ya lo creo. —Se rio, sacudiendo la cabeza —. Quería *ser* uno de esos hombres de negocios. Después de graduarme en la universidad, me uní a una empresa de relaciones públicas.

—Suena... ajetreado —dije.

Asintió con la cabeza. —Pero trabajar para otra persona no es suficiente. Quiero más. Quiero tener *mi* propio negocio, ser socio.

—Pareces muy motivado —dije, mirando hacia la oscuridad y observándole. Tenía una expresión tan decidida que no me quedaba duda de que conseguiría lo que quería. Me revolvió el estómago. Desgraciadamente, lo que él quería no era Silver Bells—. Estoy segura de que tendrás éxito.

—Gracias, Faith —dijo, sonriéndome—. Parte de la razón por la que no volví a Christmas Mountain a visitar a mi padre fue porque estaba trabajando muchas horas. He trabajado duro para progresar y rara vez me tomo un día libre. Ojalá...

Percibí el dolor en su voz. —¿Qué?

—Siempre pensé que habría más tiempo para volver y visitar este lugar —dijo, con expresión seria—. Supongo que me siento más cómodo con traje que con estribos.

Instintivamente, miré el traje que llevaba bajo el abrigo de invierno que se había puesto. —Te ves igual de bien con vaqueros, chico de ciudad.

La comisura de su boca se elevó. —¿Tú crees?

—Lo sé —dije, mirándole a los ojos.

Llegamos a un denso grupo de árboles y él mantuvo su mirada en la mía mientras sujetaba una rama para que yo pasara primero. Al pasar junto a él, mi cadera rozó su pierna y mi estómago dio un vuelco. Algo estaba pasando entre nosotros. Aunque debían de hacer unos dos grados fuera, me sentía acalorada por todas partes.

Me agaché para esquivar las ramas más bajas y entonces noté algo en la nieve.

—Mira, Adam —mi corazón dio un brinco y señalé las huellas uniformes en la nieve del suelo—. Huellas de reno.

—Pensaba que habías dicho que Rudy era joven. Estas huellas son *enormes*.

—Realmente eres un chico de ciudad —me reí y le di un codazo en el brazo—. ¿Nunca has caminado con raquetas de nieve? Cuanto más grandes son los "pies", más fácil es caminar. Los renos tienen pezuñas especiales para no hundirse en la nieve. No te preocupes. Haremos de ti un hombre de montaña todavía. ¡Oh, no!

Justo adelante las huellas cambiaban, estaban más separadas entre sí.

—Debe estar corriendo. Oh, Adam, ¿de qué huye? Tenemos que encontrarlo —grité nuestras coordenadas por el walkie-talkie, informando a Joe de que había encontrado las huellas de Rudy.

Empecé a avanzar de nuevo cuando Adam tomó mi mano enguantada, deteniéndome. Me giré hacia él y se llevó un dedo a los labios y luego señaló a su izquierda. En el claro nevado estaba Rudy, mordisqueando alegremente un poco de liquen. Mi corazón se llenó de alegría mientras susurraba su nombre. Levantó la cabeza, se volvió hacia mí y ¡juro que ese animal peludo sonrió!

Luego volvió al liquen como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, sin importarle el gran grupo de búsqueda que lo estaba buscando.

—Lo hemos encontrado —dije por el walkie-talkie—. Rudy está a salvo. Repito, lo hemos encontrado.

—Te dije que lo encontraríamos —dijo Adam, con los ojos azules arrugándose en las comisuras.

—¡Sí, lo dijiste! —exclamé, con una oleada de alegría en el pecho mientras le rodeaba con mis brazos—. Gracias por ayudarme. Gracias, gracias, gracias.

—Cuando quieras, Faith. Cuando quieras —dijo, y luego me levantó del suelo y me apretó con fuerza mientras me hacía girar.

Me reí en voz alta, con los pies volando mientras me hacía girar en la nieve. Después me dejó en el suelo, con su brazo aún apretado

a mi alrededor mientras sus ojos se clavaban en los míos. Durante un largo rato solo me miró a los ojos mientras mi corazón latía con fuerza.

Luego su mirada bajó a mis labios. Me dio una última mirada a los ojos antes de inclinar la cabeza y presionar sus labios contra los míos. La electricidad recorrió mis venas mientras me besaba. Tampoco era un casto beso bajo el muérdago. Era un beso absoluto, que buscaba el alma y calentaba cada poro de mi cuerpo.

Habíamos buscado a Rudy por los bosques de Christmas Mountain y lo habíamos encontrado, juntos. Mientras nos besábamos una y otra vez, la capucha se me deslizó de la cabeza y Adam enredó sus manos en mi pelo. Abrí la boca y su lengua exploró la mía, llenándome por completo de una manera que nunca antes había sentido. Saboreé sus labios una y otra vez, incapaz de creer que esto estuviera ocurriendo. Que estuviera conectando con este hombre que quizás me quitaría el trabajo que tanto conocía y amaba.

Con ese pensamiento, la realidad me golpeó y me aparté. Levanté las pestañas para encontrarlo mirándome con ojos entornados. Me apartó el pelo de la cara y susurró mi nombre, haciendo que mi vientre volviera a estremecerse.

En la distancia podía oír los gritos de otros rescatadores y luego sus silbatos. Los sonidos se hacían cada vez más fuertes, indicándome que llegarían en cualquier momento. Con una rápida mirada a Rudy, que me dedicó de nuevo esa sonrisa tonta, hice lo único que podía hacer antes de que llegaran los demás. La rama de un abeto se dobló bajo el peso de la nieve sobre nuestras cabezas mientras me ponía de puntillas y besaba a Adam otra vez, con la fría neblina arremolinándose a nuestro alrededor y el calor de su beso derritiendo mi corazón y abriéndolo hacia él.

CAPÍTULO TRECE

Después del estrés y la tensión de las últimas semanas, decidí que Adam y yo necesitábamos un poco de diversión. La búsqueda de Rudy me había dejado exhausta y una vez que la adrenalina desapareció, sentí que podría haber dormido durante una semana. Pero el sueño se me escapaba, porque aquellos besos en el bosque seguían reproduciéndose una y otra vez en mi cabeza a todas horas, sin parar. Entre mi necesidad de dormir y mi insomnio inducido por los besos, estaba hecha un desastre.

Una vez que dejamos a Rudy encerrado de forma segura en su establo, y con la promesa de Joe de que reforzaría la puerta para que ni el mismo Houdini pudiera escapar, Adam me acompañó a casa, donde compartimos otro beso en mi puerta.

—Entonces, ¿quieres mostrarme lo que este pueblo tiene para ofrecer? —me había preguntado Adam, interpretando muy bien el papel de chico tímido, con su hoyuelo pareciendo profundizarse cada vez que sonreía.

—¿Te refieres a, aparte de renos fugitivos, un trineo tirado por perros, un paseo en carruaje y el pueblo real de Papá Noel? —le había tomado el pelo.

—Sí, aparte de esas cosas. En serio, si fuéramos a tener una cita, ¿adónde me llevarías? Soy el chico nuevo del pueblo, no lo olvides.

—¿El chico nuevo-viejo, quieres decir?

Había cogido un puñado de nieve y me lo había tirado. —Tengo veintinueve años, así que menos de lo de viejo, si no te importa.

Me quedé pensando un momento. —¿Me estás pidiendo una cita?

—Sí, así es. —Puso sus manos detrás de la espalda y me miró desde debajo de sus pestañas—. ¿Te gustaría salir conmigo? ¿Mañana por la noche?

Bueno, ¿cómo podía negarme? Con un casto beso en la mejilla, cerré la puerta de mi casa, dándole instrucciones a Adam de que se arreglara para nuestra cita después del trabajo el martes.

La noche siguiente después del trabajo, Adam llegó a mi casa con dos vasos de chocolate caliente para llevar y dos rollos de canela. —Recién salidos del horno. O eso me han dicho. —Dio un sorbo a su bebida y pasó el siguiente minuto intentando hablar con la boca escaldada—. ¿Adónde me vas a llevar esta noche?

Una foto que solía colgar en la oficina del señor Kline me había dado la idea: un Adam joven, sonriendo ampliamente con un hueco en los dientes delanteros, cogiendo de la mano a su padre en la pista de patinaje del pueblo. Recordaba que el señor Kline me había contado cómo solía llevar a su hijo allí cada sábado por la mañana, donde pasaban un par de horas felices deslizándose por el hielo antes de compartir un chocolate caliente y luego volver a casa. No importaba lo ocupado que estuviera el señor Kline, nunca se perdía un sábado por la mañana con su hijo.

Mi puerta principal tenía la costumbre de atascarse cuando hacía mucho frío, así que le di un portazo extra fuerte, desprendiendo un montón de nieve que había estado acumulada sobre el porche. Para desgracia de Adam, él estaba justo debajo y la nieve cayó sobre su bebida con un chapoteo.

—Bueno, esa es una forma de enfriarlo —dije, riendo mientras le tomaba del brazo y nos dirigíamos a mi coche, ya que me había ofrecido a conducir. Tras la nieve fresca de anoche, agradecí los neumáticos con clavos de mi coche mientras conducía con cuidado colina abajo en dirección al pueblo. Estirándome hacia detrás del asiento delantero, le entregué a Adam una bolsa, de la que sacó un par de patines de hielo.

—¡Ta-chán! Pensé que podríamos ir a patinar.

Me miró, con una gran sonrisa en la cara. —¿En serio? ¿La pista de patinaje Copo de Nieve sigue ahí? Solía ir con mi padre todo el tiempo.

Mientras el coche avanzaba, asentí. —Todos los sábados sin falta. Lo sé.

—No me digas, ¿te lo contó todo? —preguntó.

Puse una cara de fingida seriedad. —Sí, y me dijo lo bueno que eras, así que espero algunos movimientos elegantes de tu parte, jovencito.

Adam gimió. —Me temo que mis habilidades para patinar pueden haber sido muy exageradas. Puedo mantenerme en pie, y eso es todo.

Me reí. —Ya veremos.

La pista de patinaje Snowflake no era enorme, con más de diez personas ya estaría abarrotada, pero era lo suficientemente grande para al menos coger una velocidad decente sobre el hielo. Mientras Adam y yo nos atábamos las botas, me contó sobre aquella vez que se cayó y se rompió los dientes delanteros.

—Ah, ¿así que por eso tenías esos huecos en la foto? Yo pensaba que el ratoncito Pérez se había ahorrado un viaje de vuelta y se había llevado dos de golpe.

Frunció el ceño. —¿Qué foto?

—Sí, la tenía en la pared frente a su escritorio —dije, dándome cuenta de que había muchas cosas que Adam no sabía sobre su padre—. Decía que esa foto siempre le hacía sonreír, porque estabas tan orgulloso de tus "heridas de guerra", como él las llamaba. —Me levanté y le tendí la mano a Adam—. Venga, vamos a ver qué tal se te dan estas preciosidades.

Adam tomó mi mano y caminamos hacia la pista, donde di un primer paso tentativo y luego otro. Agarrándome a la barandilla, esperé a que se uniera a mí y, una vez que encontró su equilibrio, arrancamos. Patinamos dando vueltas y más vueltas. Vale, me caí una vez, pero tener a un hombre guapo y dulce ayudándome a levantarme me hizo querer caerme otra vez.

En serio, hacía mucho que no me divertía tanto, y fue gratificante ver a Adam relajarse, con la cara resplandeciente por el frío y los ojos brillantes. Era un patinador mucho más competente que yo, y mientras se deslizaba podía ver en él a ese mismo niño feliz, cuya vida había sido destrozada por el divorcio de sus padres. Me dolía el corazón por él.

Todas las miradas estaban puestas en él mientras se relajaba. Un grupo de mujeres, que patinaban peor que yo, se quedaron quietas observándolo pasar volando junto a ellas, ajustándose el pelo y sonriéndole con la esperanza de que las notara.

Se lanzó hacia mí, salpicándome con hielo en polvo al girar las cuchillas para detenerse. —Vamos, deja que te enseñe. —Me tendió ambas manos, pero dudé, sin querer abandonar la seguridad de la barandilla—. Ten fe, Faith.

—¡Tus juegos de palabras son cada vez peores! —Me agarré a sus manos, y mientras él se deslizaba hacia atrás con maestría, me fue arrastrando, contando en voz alta para que moviera primero un patín y luego el otro. A medida que crecía mi confianza, comencé a relajarme, casi demasiado, porque se me enganchó la punta de la cuchilla en el hielo y caí hacia delante, desequilibrando a Adam, por lo que acabé en un montón muy poco digno encima de él. Sin aliento momentáneamente, me reí antes de incorporarme sobre mis rodillas y tenderle una mano para ayudarle a levantarse.

—Pensaba que ibas a cuidarme, no a tirarme al suelo. —Adam se levantó y me puso en pie, bloqueando mi bota con la suya para evitar que me deslizara, pero cuando me levanté no me soltó, me atrajo hacia él—. Creo que esa caída solo fue una estratagema para acercarte.

—No me hagas caer más —dije, mientras él presionaba sus labios contra los míos.

Con la caída y las risitas de buena fe de otros patinadores aún frescas en mi mente, decidimos tomar un descanso. Adam me condujo fuera del hielo y encontramos una mesa fuera del *Rinky Dink Café*, que nos daba unas vistas estupendas de los otros patinadores.

—Toma, envuelve tus manos alrededor de esto, te calentará. —Me entregó una taza de vino caliente, cuyo vapor especiado me hizo la boca agua antes incluso de probarlo—. Gracias por esta noche, Faith. No me he divertido tanto desde... bueno, desde hace años.

—¿Desde que dejaste Christmas Mountain? —pregunté esperanzada.

—Es fácil, estar aquí contigo. —Dejó caer un beso en la punta de mi nariz antes de tomar otro sorbo de su vino—. La vida es sencilla y tranquila. Podría acostumbrarme.

Mi corazón dio un vuelco. —No necesitas dinero ni restaurantes elegantes para divertirte, Adam. Cuando quitas todo el brillo y el glamour, ¿qué tiene Manhattan que no tenga Christmas Mountain? —pregunté, consciente de que estaba haciendo campaña para que se quedara después de solo unos besos y una cita. No era propio de mí enamorarme tan intensamente, tan rápido.

—Mi negocio está en Manhattan, Faith. Y necesito el dinero de la venta de Silver Bells para...

—¿Para qué, Adam?

—Nada. ¿Estás lista para volver a patinar? —señaló con la cabeza hacia la pista.

—Aún no. —Puse mi mano en su brazo, deseando que se abriera conmigo—. ¿Para qué necesitas el dinero? Si estás metido en algún tipo de problema...

—No, claro que no. —Negó con la cabeza, sonriéndome—. Mejor no estropeemos la cita hablando de negocios. —Tomó mi mano entre las suyas y la acercó a su boca, soplando en mis dedos para calentarlos. De alguna manera, se sintió incluso más íntimo que la forma en que me había sostenido sobre el hielo.

—Adam, sea lo que sea, puedes contármelo.

Se volvió para mirarme, escudriñando mi rostro como si buscara respuestas. —Vale, te estoy dejando sin nada, así que lo mínimo que mereces es la verdad.

—¿Que es?

—Me han dado la oportunidad de entrar como socio en la agencia de relaciones públicas. Es por lo que he estado trabajando tan duro y finalmente está dando sus frutos.

Me sentí destrozada. Él no *tenía* que vender Silver Bells, él *quería* hacerlo, lo cual era peor. Si fuera para salvar su negocio, por ejemplo, podría entenderlo. O si el dinero de la venta fuera para conseguir la paz mundial, o para salvar a los osos polares, podría haberlo entendido. Pero, ¿vender el negocio de su padre, el sueño de su padre, solo para expandir el trabajo que ya tiene y ganar más dinero? Es decir, ¿de qué sirve tanto dinero y éxito si no tienes con quién compartirlo ni tiempo para disfrutarlo?

—Por esto no quería contártelo ahora —dijo, después de que el silencio entre nosotros se volviera incómodo. Luego inclinó mi rostro hacia el suyo, su mano acunando mi barbilla, sus ojos llenos de preocupación—. Cuando tomé la decisión de vender Silver Bells, fue una decisión fácil. Me había distanciado de lo que representa este lugar y pude compartimentar las cosas. Pero ahora... las cosas son más difíciles. No había planeado disfrutar mi tiempo aquí. Y desde luego, no había planeado conocerte a ti.

Me mordí el labio inferior. —Siento complicarte las cosas.

—No digas eso. —Dejó su vino caliente a un lado y giró todo su cuerpo hacia mí para que estuviéramos frente a frente—. Estoy muy feliz de haberte conocido. Me has enseñado a soltarme un poco, a ver las cosas a través de los ojos de un niño, a maravillarme con las cosas, y me has enseñado a creer en la magia.

Levanté las pestañas. —¿En serio?

—Tienes razón, Faith. Este lugar *es* mágico.

Quería enfadarme con él por querer vivir en Nueva York, pero no podía. Era imposible enfadarme con él, aunque perdería al hombre del que me había enamorado. Le echaría terriblemente de menos cuando se marchara.

—Me alegro de que por fin lo entiendas —susurré.

—Disfrutemos de mi última semana aquí. —Apoyó su frente contra la mía—. Tengo que cerrar este trato cuando llegue el comprador. Si no se firma antes del 24 de diciembre, perderé la oportunidad y el siguiente en la lista firmará en su lugar.

No sabía qué más decir. Ahora que Adam me había explicado sus motivos, podía ver que realmente no tenía más opción que vender,

lo que significaba que esta Navidad sería mi última en Silver Bells. Solo un milagro podría salvarlo ahora.

CAPÍTULO CATORCE

Al día siguiente, alrededor del mediodía, caminaba por la acera de la calle principal, flanqueada por tiendas pintorescas, altas y estrechas, ubicadas en edificios de ladrillo con escaparates expuestos. Me detuve en la pastelería Jingle Bells para reunirme con Morgan y Ruby y tomar un café durante mi hora de comida (es decir: un rato de chicas).

Realmente necesitaba un descanso de pensar en Adam y el trabajo y de echar de menos a la Sra. King, y también de estar triste por no poder pasar la Navidad con mis padres. Entré en la pastelería y busqué a mis amigas, pero parecía que aún no habían llegado.

El lugar estaba abarrotado, pero divisé una última mesa libre, así que me apresuré y me la agencié. Tenía sentido que el turismo estuviera aumentando. Faltaba poco más de una semana para Navidad, por lo que los compradores siempre aprovechaban al máximo el ambiente festivo de nuestro pueblo y nuestras maravillosas tiendas independientes para adquirir regalos únicos para sus seres queridos.

Por lo que se veía, también estaban aprovechando al máximo los deliciosos pasteles de la pastelería Jingle Bells, un placer del que yo también estaba feliz de participar. Mmm.

—¿Qué pasa con esta avalancha de gente? —preguntó Morgan, deslizándose en el asiento frente a mí justo después de que me

hubiera sentado. Dejó sus bolsas de la compra bajo la mesa y echó un vistazo a la cafetería abarrotada—. Parece que todo Montana y su madre han estado vaciando las tiendas.

Incliné la cabeza.

—No sabía que los estados tuvieran madres.

—Dato curioso —dijo Morgan, riéndose—. Espero que no esté volviendo loca a su hija como mi madre lo está haciendo conmigo —Levantó ambas palmas cuando abrí la boca—. Ni siquiera puedo hablar de ello.

—¿Evitando a tu madre con un atracón de compras? —señalé las numerosas bolsas que aún intentaba meter bajo la mesa.

—No hay suficientes compras en el mundo para eso —estiró el brazo por encima de la mesa para coger el menú y comenzó a examinar los productos—. Gracias por organizar esto. Realmente necesitaba un rato de chicas.

—Sí, sé cómo te sientes —dije, contenta de poder relajarme con mis mejores amigas y olvidarme de todos mis problemas por un rato. Froté la condensación de la ventana y miré afuera, esperando a Ruby. Era la hora de comer y el día estaba gris, gracias a las nubes espesas y pesadas que flotaban sobre el pueblo. Sin embargo, le daba al pueblo un ambiente maravillosamente acogedor.

Contemplé las tiendas del centro, que estaban engalanadas con luces de colores que se extendían de un lado a otro. Los árboles que bordeaban la acera brillaban como si tuvieran mil luciérnagas, y cada escaparate tenía una decoración diferente. Play it Again, Sam, la juguetería, tenía un tren de madera rodeando un árbol de Navidad en su escaparate. El salón C.M. de Morgan tenía maniquíes con peinados fabulosos en una escena de fiesta.

De repente, apareció un rostro al otro lado del cristal y di un respingo en mi asiento, me llevé una mano al corazón y luego sonreí cuando Ruby me sacó la lengua antes de abrir la puerta y entrar. Menuda bromista.

—Ahí fuera es una locura hoy —Ruby se quitó el gorro y su pelo rubio cayó sobre sus hombros mientras se sentaba a mi lado. Me dio un abrazo lateral y el aire frío que se aferraba a su abrigo templó el calor dentro de la cafetería. Hizo un gesto hacia las bandejas ahora

vacías en la vitrina del frente, que normalmente estaban llenas de pasteles y bollería—. Por favor, dime que quedan algunos rollos de canela que no puedo ver.

—Créeme, no iba a arriesgarme —me toqué la nariz y le guiñé un ojo. Mientras decía esto, Tabitha, la adolescente que trabajaba aquí, llegó a la mesa y dejó una bandeja con una sonrisa—. Tres rollos de canela y tres cafés con leche, según tu pedido por teléfono, Faith.

—Gracias, Tabitha —dije.

—Nunca deberíamos haber dudado de ti —Morgan dejó su menú y juntó las manos—. Tienen una pinta deliciosa.

—Vale, entonces... ¿Adam Kline? —Ruby fue directa al grano, como de costumbre—. ¿Qué está pasando entre vosotros dos? Sabemos lo del beso bajo el muérdago. ¿Algo nuevo desde entonces? Te he dejado dos mensajes desde que te vi en la posada y ni una sola llamada de vuelta. ¿Qué pasa?

—He estado ocupada —suspiré, sonando como el pequeño tren de la juguetería de Sam. Vale, puede que haya estado evitando hablar con Ruby sobre mi vida amorosa. Pero solo quería olvidarme de todo eso ahora y tomarme un descanso—. ¿Qué tal las compras, Morgan? ¿Has encontrado algo bueno?

—Ah, no. —Ruby meneó su dedo antes de coger un bollo de canela—. No intentes escaparte de hablar sobre Adam. Os vi bastante acaramelados en el Sugar Plum Inn el viernes.

Los ojos verde pera de Morgan se abrieron de par en par. —Um, ¿qué?

—Adam y yo solo estábamos hablando de trabajo. He estado esforzándome tanto para salvar Silver Bells para el Sr. Kline, pero Adam todavía planea vender el negocio.

—¿El comportamiento insoportable de mi hermano no ahuyentó a todos los compradores? —preguntó Morgan, alcanzando un café con leche—. ¿Este es el mío?

—Connor fue un cielo intentando ayudarme, pero no —dije, asintiendo al café con leche que tenía levantado. Arranqué un trozo del bollo de canela y me lo metí en la boca, con la dulzura impregnando mis papilas gustativas. Oh, qué rico—. A decir verdad, me siento culpable por intentar sabotear la venta.

—¿Por qué? —preguntó Morgan—. Para mí sonaba como un buen plan.

—Era por una buena causa —concedí, pero entonces recordé mi conversación con Adam. Suspiré, sabiendo que las chicas no iban a dejarme hablar de ninguna otra cosa ahora mismo—. Sabéis lo duro que he estado trabajando para salvar Silver Bells. Pero, ¿ahora? Simplemente... no estoy segura de que sea justo para Adam. Impedir la venta destrozaría sus planes.

—¿Y cuáles son sus planes? —preguntó Ruby, moviendo las cejas arriba y abajo.

—Por favor —dije, con las mejillas ardiendo. Les había contado sobre mi beso espontáneo bajo el muérdago, pero nada más todavía. Principalmente porque mis sentimientos habían crecido como un torbellino—. Adam tiene una ventana de oportunidad para entrar como socio en la firma de Nueva York donde trabaja. Es una oportunidad increíble para él. Necesita una gran inyección de dinero para poder hacerlo.

—Vendiendo Silver Bells —dijo Morgan, arrugando la nariz.

—Exactamente —dije, con el estómago encogiéndose.

Morgan nos miró detenidamente a Ruby y a mí. —Parece una gran oportunidad para él, pero ¿qué pasa con Christmas Mountain? Odio sonar egoísta, pero visité la Gruta de Papá Noel el fin de semana pasado y es un tesoro. No puedo imaginar qué haríamos sin ella. ¿Ya tiene un comprador? Todavía no puedo creer que el Plan Sabotaje no funcionara.

—En realidad, salió un poco mal, pero no fue por culpa de Connor interpretando el papel. Lo interpretó demasiado bien, si me preguntas. No sé cómo pude mantener la cara seria. Mira... —cogí mi móvil y abrí la galería de fotos—. Algunas fotos encubiertas que tomé.

Pasé por las fotos. Morgan y Ruby se rieron disimuladamente al ver al hermano de Morgan "dormido" en una silla, abrazando a Harmony, e incluso bailando vals con una de las potenciales compradoras mientras ella intentaba escribir en su libreta. Parecía un payaso total.

Después de una buena risa con las fotos, me sequé los ojos y di un sorbo a mi café, que tenía unas campanitas preciosas dibujadas en la cremosa espuma de la superficie. —Me encanta cómo decoran la espuma así. Siempre parece una pena estropearlo.

—Mmhmm, pero sabe incluso mejor de lo que parece —dijo Ruby, espolvoreando azúcar moreno sobre el suyo. Luego lo recogió todo con la cuchara y se lo metió en la boca, cerrando los ojos mientras lo hacía. Crujió el azúcar y luego nos miró a Morgan y a mí mientras arrugábamos la nariz hacia ella—. ¿Qué? Es lo mío. Dejadlo estar.

Ruby siempre era tan consciente de la salud que siempre la tomábamos el pelo cada vez que veíamos su peculiar hábito de comer espuma de café con azúcar.

Me reí antes de volverme hacia Morgan. —Entonces, en serio, ¿cómo está tu madre? Lo que me recuerda que todavía no he devuelto la llamada a mi madre del otro día. Quiere que vaya a Florida para Navidad. No os preocupéis —añadí apresuradamente, viendo sus caras horrorizadas—, no voy a ir. Le hablé del homenaje a la Sra. King. Además, será mi última Navidad en Silver Bells.

Nos quedamos en silencio por un momento antes de que Morgan levantara la mirada hacia mí. —Ayer tuve otra discusión con mi madre.

Gemimos, aunque era lo normal con la Sra. Reed. —¿Sobre qué, esta vez?

—Le dije que estaba dándole vueltas a la idea de cortarme el pelo corto —dijo, retorciendo un largo mechón de su pelo oscuro—. Ya no estoy pensando en cortármelo. Solo estaba teniendo un día horrible con mi pelo, ¿sabes? Pero se puso histérica y me dijo que nunca atraería al hombre adecuado si parecía un chico —Morgan puso cara de bizca.

Ruby me miró confundida.

—Pero si ya estás con el hombre adecuado... ¡Dallas!

Morgan asintió.

—¿Verdad? Y ella lo sabe, pero a veces creo que se olvida de que le cae bien y vuelve a su mentalidad de "necesitas casarte con un banquero/abogado/estirado". ¿Qué puedo decir? Sigo siendo la

decepción —dijo Morgan, sin un ápice de amargura. Hubo un tiempo en que Morgan *había* creído eso de sí misma después de que su hermana muriera por una terrible caída. Pero cuando Morgan tuvo un accidente el año pasado, se dio cuenta —tras unas sabias palabras de la Sra. King— de que su madre simplemente tenía miedo de perder también a su otra hija—. Es mucho más divertido ser la oveja negra —añadió con una expresión traviesa en su rostro.

—¿Y cómo está el apuesto Dallas? —pregunté.

El rostro de Morgan se iluminó con una sonrisa.

—Está maravilloso, como siempre. Sabes, pensaba que nos cansaríamos de trabajar juntos todo el tiempo, pero no es así.

—Y pensar que querías que renunciara al alquiler y se fuera a otro sitio con su negocio —bromeó Ruby—. En fin, volvamos a ti, Faith. Adam parecía agradable en los dos minutos que tuve para evaluarlo. Y después de los desastres con los que has salido desde que volviste, es agradable verte con alguien decente. ¿Recuerdas a aquel tipo con los dientes postizos?

Todas nos reímos.

—Diente. Solo uno, y no era postizo, era suyo... solo que modificado.

Ruby empezó a reír demasiado fuerte, atrayendo miradas divertidas de los otros comensales.

—¿Pero recuerdas cómo nos contaste que intentó besarte al final de la noche? —preguntó Morgan, estallando en risas tan fuerte como Ruby.

Me estremecí.

—¿Os lo podéis imaginar?

—Menos mal que llevo rímel resistente al agua —Morgan se secó los ojos con el dorso de la mano—. Entonces, ¿realmente te gusta Adam, eh?

Miré a mis amigas y asentí.

—Realmente sí. Por eso he decidido dejar de intentar arruinar sus planes. Si necesita vender Silver Bells, pues que así sea.

—Pero, ¿y tu trabajo?

Les conté a las chicas sobre la llamada que Adam había recibido de Bernice, de "It's All Downhill From Here".

—La llamé y me ofreció la oportunidad de dirigir el lugar. Es decir, no es Silver Bells, pero significaría unos ingresos estables y es un resort agradable. Quizás podría llevar algo de la magia del Sr. Kline al lugar de Bernie.

Las tres nos quedamos en silencio por un momento, cada una tomando un sorbo de café al mismo tiempo. Si todo lo demás fallaba, supuse que podríamos ganar dinero como equipo sincronizado de bebedoras de café.

Ruby dejó su taza.

—Sabes, creo que estás haciendo lo correcto, Faith. Si Adam va a vender, lo hará con o sin tu bendición. Si sigues enfrentándote a él, lo más probable es que pierdas lo que sea que tenéis juntos —miró a Morgan, que había abierto la boca—. ¿Quizás necesita perder Silver Bells para encontrar campanas de boda?

—Oh, qué mono —dijo Morgan, volviéndose hacia mí—. ¿Te gusta lo suficiente como para renunciar a Silver Bells?

Asentí lentamente.

—Necesita hacer lo que sea mejor para él.

Morgan entrecerró los ojos mirándome.

—¿Realmente lo crees?

Respiré hondo y luego exhalé lentamente por la boca antes de responder.

—Sí, lo creo.

Morgan jadeó.

—Te has enamorado de él.

Dos caras expectantes me miraron, esperando que continuara.

—Lo que me presenta otro problema —dije, mirando a cada una de ellas mientras confesaba mis sentimientos por Adam a mis mejores amigas (y a mí misma)—. Si la venta se realiza, entonces él no tendrá ninguna razón para quedarse en Christmas Mountain.

Si la idea de perder Silver Bells había sido como una puñalada en mi corazón, entonces la idea de perder a Adam era como si ese cuchillo se retorciera y girara también. No podía soportar perderlos a ambos. Pero parecía que eso era exactamente lo que iba a ocurrir. Pronto.

CAPÍTULO QUINCE

A PESAR de que las grandes puertas de madera de Silver Bells eran muy pesadas, una ráfaga de viento me las arrancó de las manos con un estruendo cuando regresé al trabajo. Bueno, como siempre dice la madre de Morgan, una mujer siempre debe hacer una entrada. Aunque, en este caso, fue más bien como arrancar la entrada de sus bisagras. Harmony levantó la vista de su ordenador, fijándose en la nieve que había metido accidentalmente en mi prisa por resguardarme de los elementos.

—Buenas tardes, Faith. ¿Ahora ofrecemos esquí de interior? —preguntó, acercándose con un puñado de servilletas de papel.

—Aquí, dámelas, lo haré yo —las dejé caer al suelo y usé mi pie para limpiar la nieve que se derretía rápidamente, antes de amontonarlas todas y devolvérselas a Harmony—. No digas que nunca te regalo nada.

—Vaya, gracias —Harmony cogió el bulto mojado y volvió a su escritorio, tirándolas a la papelera antes de sentarse de nuevo.

Recogí el correo y lo hojeé, preguntando casualmente por Adam.

—Ah, sí, iba a decírtelo cuando entraras, pero tu imitación de la Reina de las Nieves me despistó —dijo, pestañeando mientras sonaba el teléfono de su escritorio—. Adam se ha ido... ¿Diga? Silver Bells Luxury Tours, le habla Harmony, ¿en qué puedo ayudarle?

Todo mi cuerpo se quedó entumecido. ¿Adam se había ido? ¿Qué significaba eso? ¿Había vendido el negocio mientras yo estaba almorzando? No había estado esta mañana, pero supuse que nos veríamos esta tarde. ¿Qué estaba pasando? Esperé mientras Harmony terminaba la llamada, imaginando toda clase de escenarios, y ninguno de ellos bueno.

Ni siquiera había colgado el auricular por completo cuando le pregunté:

—¿Qué quieres decir con que Adam se ha ido? ¿Adónde?

Miró mi cara, que debía estar tensa, y una sonrisa de complicidad cruzó su rostro.

—Ha vuelto a la ciudad, pero no temas, bella doncella, tu príncipe regresará mañana.

Le lancé una mirada.

—Oh.

—¿No te lo dijo? —preguntó, esperando a que negara con la cabeza antes de hablar de nuevo—. Los hombres. Son tan buenos comunicadores. Que va.

—¿Dave está otra vez en la caseta del perro? —pregunté.

—Al parecer es demasiado esfuerzo enviar un mensaje para avisarme de que había un partido en la tele y que no vendría como habíamos planeado anoche —puso los ojos en blanco y grapó un par de papeles—. Me he enterado de la oferta de trabajo por Bernice. ¿Vas a aceptarla?

Hice una pausa.

—Todavía no estoy lista para renunciar a Silver Bells. Quizás el nuevo comprador quiera mantener todo como está —dije, mientras las palabras "spa de día" destellaban en mi cabeza con luces de neón.

—Intuyo que necesitamos aperitivos —Harmony abrió un cajón del escritorio y sacó una bolsa de galletas, tomando una ella misma antes de pasarme el paquete y acomodarse de nuevo en su silla.

Me reí.

—¡Me sorprende que no tengas palomitas ahí dentro!

Sus ojos se abrieron.

—¿*Moi*?

Adoraba a Harmony, pero le encantaba el cotilleo, aunque nunca era maliciosa.

—Realmente no hay nada que contar. Creo que Adam venderá, pero espero que el nuevo comprador lo dirija como siempre se ha hecho.

—Oh, Faith. ¿De verdad crees que eso es posible? —preguntó Harmony, justo cuando la puerta principal se abrió y una mujer entró a zancadas como si fuera la dueña del lugar. Llevaba un abrigo de piel blanco largo, tacones altos, y ni un solo mechón de su cabello rojo liso estaba fuera de lugar. Parecía feroz.

Extendí mi mano hacia la mujer.

—Bienvenida a Silver Bells Luxury Tours.

—Busco al gerente —metió su abrigo en mi mano extendida y pisoteó con sus zapatos de aspecto muy caro en el suelo del vestíbulo, en lugar de en la alfombra, mientras la nieve se derretía formando un pequeño charco. Me miró expectante y luego chasqueó los dedos—. ¿Hola?

Parpadee, sorprendida por su grosería.

—Yo soy la gerente de Silver Bells. ¿En qué puedo ayudarla?

Dio un paso atrás y me miró de arriba abajo. —¿En serio? *¿Tú eres* Faith? No eres en absoluto lo que esperaba.

Me preguntaba quién era ella y qué exactamente había estado esperando (y por qué esperaba algo en absoluto) cuando me entregó una tarjeta de visita: Tiffany Preston.

Le pasé la tarjeta a Harmony, quien la miró antes de murmurar entre dientes. —Cruella De Vil, asesina de cachorros y agriadora de leches.

Contuve una risita, transformándola en tos, e inmediatamente Tiffany se cubrió la boca con la mano. Detrás de ella había otra mujer vestida con un traje elegante, totalmente inadecuado para los elementos al aire libre de Christmas Mountain.

—Lo siento, no entiendo en qué puedo ayudaros.

Tiffany suspiró teatralmente. —Estamos aquí por Kline. ¿Tu jefe?

—Ah, lo siento, pero el señor Kline está fuera de la ciudad en este momento. Si queréis habl-

—Sí, *ya sé* que está fuera de la ciudad en este momento. —Tiffany levantó la mano y habló como si se dirigiera a una niña—. Le dejamos en Nueva York hace varias horas antes de volar aquí en un jet privado.

La otra mujer dio un paso adelante. —Hola, soy Cass. Trabajamos con Adam, y nos pidió que echáramos un vistazo al negocio para ver dónde se pueden hacer mejoras. —Sonrió amablemente, claramente todavía en posesión de un alma, a diferencia de Tiffany.

—¿Mejoras? No entien-

Tiffany suspiró de nuevo. Con suerte hiperventilaria y tendría que volver a la ciudad.

—¿Sabes que Adam está vendiendo este lugar? —preguntó, como si quisiera ponerme al día—. Bueno, quiere conseguir el mejor precio posible, obviamente, así que estamos aquí para ver dónde está fallando el negocio y cómo podemos mejorarlo. No tardaremos mucho. Estoy deseando volver a la civilización. Así que, si pudieras mostrarnos dónde está su despacho, programar una visita para nosotras, y nos traes cuatro cafés.

Las llevé a la cafetería y luego al despacho de Adam.

—Deberíamos tener esto resuelto hoy, o mañana como máximo —dijo Tiffany, bebiendo su café expreso—. Adam está tanteando la idea con algunos de sus colegas corporativos en Manhattan, que siempre están buscando pequeños proyectos para emprender e invertir.

Me puse una sonrisa en la cara. —Una pena que no podáis quedaros más tiempo.

Tiffany se echó su brillante pelo rojo por encima del hombro y se sentó en el escritorio de Adam. —Necesitamos una venta rápida para que Adam pueda estar de vuelta para el Baile de Navidad de Plaza. Vamos juntos todos los años, y prefiero tener toda su atención.

Mientras dedicaba *su* atención exclusiva a la documentación del escritorio de Adam, oí que sonaba el teléfono en mi despacho. Me apresuré por el pasillo y me hundí en mi silla, con la cabeza dándome vueltas. *Vamos juntos todos los años.*

—¿Diga? —pregunté, olvidando mi saludo habitual; así de desconcertada estaba por la aparición de Tiffany.

—¿Faith? Soy Adam.

Mi estómago revoloteó al oír su voz. —Hola, Adam.

—Siento haberme marchado sin avisarte, pero recibí una llamada en mitad de la noche y no quería despertarte.

Le interrumpí. —Está bien. Harmony me lo explicó.

Hubo un momento de silencio. —¿Estás bien?

—Sí. —Mmm, *no*.

—Mira, un par de miembros de mi equipo llegarán hoy. No deberían molestarte, solo están ahí para...

—Sí, Tiffany y compañía. No la joyería, por supuesto. Ya he tenido el placer.

Silencio de nuevo. —Quería avisarte, pero aquí ha sido una cosa tras otra. ¿Cómo va todo?

—Todo bien —dije, excepto que él iría al Baile de Navidad de la Plaza con esa mujer insoportable cuando supuestamente estaba interesado en mí—. Debería ir a ver si necesitan algo.

—Vale —dijo. Oí a Adam decirle a alguien que estaría allí en un momento—. Otra crisis. Volveré mañana. Faith... te echo de menos.

Se me humedecieron los ojos. —Yo también te echo de menos.

El silencio llenó mi oído, y deseé tener un botón de rebobinado para poder escuchar esa última parte otra vez. Sonreí. Las cosas no podían ser tan serias con Tiffany si me estaba diciendo que me echaba de menos.

Regresé a la oficina de Adam, después de pasar por el escritorio de Harmony para desarrollar un plan para la operación "no al balneario" para que el equipo de Adam pudiera informar que el negocio estaba mejorando aquí. Justo a tiempo, sonó el teléfono de Adam y contesté, poniéndolo en altavoz.

—¿Hola? —la voz de Morgan sonó a través de la línea—. He reservado un tour con Silver Bells Luxury Tours y estoy *tan* emocionada. Pero acabamos de llegar al aeropuerto y no hay transporte disponible. No sé cómo vamos a llegar a tiempo para el tour.

Reprimí una sonrisa. —¿Señora Simmons? Sí, la estábamos esperando. No hay problema. Déjelo en mis manos y le enviaré un coche de inmediato.

Marqué el número del móvil de Ruby y lo mantuve en altavoz. —Christmas Mountain Rental Cars, ¿cómo puedo satisfacer todas sus necesidades?

—Hola, soy Faith de Silver Bells —dije, queriendo poner los ojos en blanco ante la exageración de Ruby—. Necesito que enviéis un coche al aeropuerto inmediatamente para recoger a unos invitados, ¿el señor y la señora Simmons? Perfecto, gracias.

Durante la siguiente hora, un desastre tras otro ocurrió, cortesía de Morgan, Ruby, el hermano de Morgan, Connor, e incluso la propia Harmony, que se escondió en el baño mientras hacía la llamada, todos ellos tratados profesional y rápidamente por una servidora.

Cass negó con la cabeza. —No me di cuenta de lo ocupado que estaba el negocio aquí, Faith. Estoy impresionada. Claramente eres el pegamento que mantiene unido este lugar.

Le sonreí agradecida, sintiéndome contenta de que pudiera transmitir a un posible comprador que yo era indispensable. Si podía quedarme como gerente de Silver Bells, entonces podría salvaguardar los trabajos de todos y, con suerte, mantener las cosas más o menos como estaban.

—Faith, pareces ser la fuerza motriz aquí —dijo Cass—. Cuéntanos cómo crees que podemos mejorar las cosas.

Tiffany le lanzó una mirada. —No creo que necesitemos la opinión de Faith. Las cifras están todas aquí y nuestros tours de más tarde son todo lo que necesitamos.

Cass negó con la cabeza. —Adam dejó muy claro que *quería* la opinión de Faith.

—Bueno, cuando Adam regrese, entonces puede pedir la opinión de Faith. Pero mientras tanto tenemos dos días para arreglar este desastre antes de que vuelva.

—Adam volverá mañana —dije.

La cara de Tiffany se arrugó. —¿Y cuándo exactamente te dijo esto?

—Cuando llamó esta tarde —dije, molesta porque claramente la tenía tomada conmigo.

Pasé la tarde con Tiffany y Cass señalando áreas que, según yo, podrían mejorarse para atraer más visitantes, y Cass asentía, tomaba notas y hacía preguntas. Tiffany nos seguía en un silencio sepulcral.

Al final del día, los asuntos de trabajo habían concluido y Tiffany pasó a zancadas junto a mí mientras Cass me daba las gracias y se despedía.

—No te preocupes por Tiffany. Está celosa de ti, ¿sabes?

Me quedé atónita. —¿De mí? ¿Por qué?

Cass sonrió. —Porque Adam habla muy bien de ti. Él y Tiffany salieron hace un par de años.

—Tenía la impresión de que aún seguían juntos —dije, recordando lo que Tiffany había dicho sobre el Baile de Navidad de la Plaza—. Dijo que van juntos al mismo baile todos los años.

Cass se rio. —Ja, ya quisiera ella. Bueno, ambos van al baile de Navidad cada año, pero definitivamente no juntos. Su relación duró poco. Tiff es muy exigente. No debería estar diciendo esto, pero Tiffany ha tenido a Adam en su punto de mira desde que él rompió con ella. Ahora que sabe que él está interesado en ti...

—¿En mí? —pregunté, con el corazón acelerado.

—Conocemos a Adam lo suficiente como para notarlo en su voz —dijo Cass, sonriéndome—. Pero cuando Tiffany pone el ojo en algo o alguien, normalmente lo consigue. Nada se interpone en su camino. Solo estate preparada.

—Ha sido un placer tenerte aquí —dije, sintiendo que Cass era una nueva amiga.

—Tenemos todas tus ideas aquí, Faith. Has construido un argumento sólido. Me aseguraré de que tus ideas sean presentadas, lo prometo. Cuídate.

Nos estrechamos las manos y me quedé mirando a Cass mientras se alejaba, reflexionando sobre lo que había dicho y sintiéndome bastante preocupada. Tiffany era el tipo de mujer que conseguía lo que quería, sin importar el coste. No podía evitar preocuparme de

que estuviera a punto de perder a Adam, incluso antes de tenerlo oficialmente.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Por mucho que me encantara la Navidad, perder a la Sra. King y al Sr. Kline trajo consigo un nuevo matiz de tristeza. Ambos habían sido la personificación del espíritu navideño: la Sra. King con sus conciertos de Navidad, y el Sr. Kline... bueno, el Sr. Kline *era* la Navidad en sí. Sabiendo cuánto habían disfrutado ambos de esta época tan especial del año, quería concederme un día especial para recordarlos, por eso planeé colgar adornos en el Árbol de los Recuerdos.

El Árbol de los Recuerdos se alzaba junto a las Cataratas Navideñas —la cascada de dieciocho metros que alimentaba el Río Navidad— y colgar un adorno en ese abeto Douglas había sido durante mucho tiempo una tradición en Montaña Navideña, así que no tuve que explicárselo a Adam cuando le pedí que me acompañara el jueves por la tarde tras su regreso. El Árbol de los Recuerdos llevaba allí desde que tenía memoria, y había sido una parte importante de los preparativos navideños del pueblo. Todos venían a recordar a sus seres queridos y a colgar un adorno en una de sus cientos de ramas, y había un banco cercano llamado el Banco de los Besos donde podías sentarte y hablar por encima del rugido de las Cataratas.

—Por supuesto que iré contigo —dijo Adam cuando se lo sugerí tras su regreso de Nueva York—. Pero entendería si prefieres ir sola.

No quiero entrometerme en tu duelo.

Negué con la cabeza, recordando cómo había evitado todo lo relacionado con el Árbol de los Recuerdos cuando vinimos con el grupo de turistas hace un par de semanas. Pero esta vez parecía interesado en la idea y abierto conmigo.

—El Árbol de los Recuerdos puede ser un lugar feliz, Adam —dije, sintiéndome contenta de que hubiera vuelto—. Un lugar donde te sientas y hablas con las personas que has querido, y recuerdas las Navidades pasadas.

—Me temo que no tengo muchas Navidades pasadas. Rara vez las celebraba en Nueva York.

—Vaya, hasta Ebenezer Scrooge tenía Navidades pasadas —dije, dándole un ligero codazo en las costillas.

—¡Bah, paparruchas! —respondió con una sonrisa, antes de rodearme con el brazo mientras caminábamos.

Había nevado durante la noche, y subir las escaleras hacia el Árbol de los Recuerdos resultaba mágico. Nubes salpicaban el interminable cielo azul, tan blancas y perfectas en contraste con los días grises anteriores. El sol brillaba con intensidad, iluminando la nieve con un resplandor de destellos iridiscentes como luces de hadas naturales.

Adam deslizó su mano sobre la mía, haciendo que fuera fácil olvidar las cosas que me preocupaban. Llegamos al Banco de los Besos y limpié la fina capa de nieve con mi guante antes de sentarme y sacar un pequeño paquete de mi bolsillo. Me quité los guantes con los dientes y luego desenvolví el papel de rayas rojas y blancas antes de sacar un adorno de Navidad.

—Elegí este para la Sra. King —lo sostuve en el aire y dejé que girara en el hilo dorado unido a un gancho dorado—. En cuanto lo vi pensé en ella.

—Una corista —me dio un beso en la sien y me acercó más a él —. Estoy seguro de que a la Sra. King le habría encantado.

Apoyé la cabeza en su hombro y contemplé a la pequeña corista vestida con un vestido azul claro, la falda bellamente esculpida para parecerse a los pliegues de la tela. Su rostro angelical tenía largas pestañas que adornaban sus mejillas sonrosadas y su dulce boca

abierta en pleno canto. El cabello oscuro caía sobre sus hombros en tirabuzones, y sostenía un libro abierto con la letra de "Noche de Paz" grabada en las páginas, con un texto tan minúsculo que tuve que entrecerrar los ojos para leer las palabras.

La luz del sol captaba el fino brillo del adorno, recordándome el destello siempre presente en los ojos de mi antigua mentora. Sonreí. De mi otro bolsillo saqué otra caja y se la entregué a Adam. —Te he traído algo —dije.

—¿Para mí? —preguntó, pareciendo conmovido. Me miró un momento antes de coger el pequeño paquete, envuelto en el mismo papel de rayas de bastón de caramelo—. ¿Qué es?

Me reí. —Ábrelo y averígualo.

Desenvolvió el papel y sacó otro adorno navideño, dándole vueltas entre las manos. Estaba tan absorto mirándolo que ni siquiera se dio cuenta de que le quitaba el papel de seda para guardarlo en mi bolsillo.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Nadie me ha hecho nunca un regalo como este... —Me miró con expresión atónita un momento, antes de volver su atención al adorno: un libro de porcelana pintado con detalles intrincados. La portada mostraba una casa con un fuego que ardía intensamente en una de las ventanas y una corona navideña en la puerta principal. La nieve cubría el suelo, el tejado y la chimenea, y a través de la gran luna llena, el trineo de Santa volaba hacia la noche con nueve pequeños renos tirando de él. El título del libro decía: *La noche antes de Navidad*—. Mi poema favorito de cuando era niño —susurró, mientras se le humedecían los ojos.

—Pensé que quizás te gustaría colgarlo en El Árbol de los Recuerdos —dije con un nudo en la garganta mientras señalaba detrás de nosotros—. Por tu padre.

Exhaló lentamente antes de volverse hacia mí.

—No puedo creer que recordaras el poema que solía leer con mis padres cada año.

Asentí.

—Me lo contaste en tu despacho.

—Me encanta, Faith. Gracias —dijo, curvando la comisura de su boca en una triste sonrisa que no llegó a iluminar sus ojos—. Pero creo que no debería colgarlo en el árbol.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no?

Me lanzó una mirada de reojo.

—Soy alérgico a los abetos de Douglas.

—Espera, ¿qué? —pregunté, pero entonces la comisura de su boca se elevó aún más—. ¡No es verdad!

—Lo soy —asintió, apretando mi hombro—. Me salen enormes y feas ronchas y tengo que quedarme dentro de casa todo el invierno. ¿Quieres cargar con eso en tu conciencia?

Levanté una ceja.

—Adam Kline, me estás diciendo mentiras.

—Vale, no soy alérgico a los abetos de Douglas —dijo, con una pequeña risa antes de que su expresión se volviera seria—. Pero no creo que a mi padre le gustara que colgara un adorno en su honor.

—¿Por qué no? —pregunté, tomando la cara de Adam entre mis manos—. Adam, tu padre te adoraba. No pasaba un día sin que hablara de ti. Sea lo que sea que creas que tenía en tu contra, te prometo que... no era así.

—No sabes lo de cuando me comí la última galleta de azúcar en quinto curso —dijo, abriendo mucho los ojos como si hubiera atracado un banco o algo así—. Él estaba deseando comerse una galleta después de arreglar las luces de Navidad, pero yo me las comí todas las del plato de todas formas.

—¿En serio? Adam, te las habría dado de todas formas. Es lo que hacen los padres.

Hizo una pausa por un momento.

—Una vez, cogí sus botas nuevas para vestir a mi muñeco de nieve para una fotografía. Olvidé devolverlas a casa y cuando se levantó para ir a trabajar al día siguiente estaban llenas de nieve y mordisqueadas por los mapaches. Tuvo que llevar sus botas viejas con un agujero y cogió un resfriado. Estuvo sonándose la nariz durante toda la cena de Navidad aquel año.

—Oh, Adam... —Quería abrazar al niño pequeño que había guardado todas estas cosas dentro, sintiéndose culpable por un comportamiento normal de niño—. Estas son las cosas que los padres recuerdan y de las que se ríen. Tu padre era la persona más indulgente que he conocido jamás. Te quería. Deberías oír algunas de las cosas que yo hice de pequeña. Te dejarían alucinado. Pero mis padres me quieren de todas formas —dije, dándome cuenta de lo afortunada que era y de cómo necesitaba dejar de permitir que el divorcio se interpusiera entre mis padres y yo.

Apoyó su frente en la mía.

—No sé qué haría sin ti, Faith. No me extraña que papá te quisiera tanto.

Mi pecho se calentó.

—El sentimiento era mutuo. Ahora, dime... ¿De qué se trata realmente?

—Le fallé —dijo, cerrando los ojos—. Sabía cuánto me quería y cómo había iniciado este negocio, Silver Bells Luxury Tours. Pero me quedaba en Nueva York cada año. Puse el trabajo por encima de todo, y no soporto pensar en cuánto dolor le causé.

—Oh, Adam... —Presioné mis labios contra su mejilla, conmovida de que se hubiera abierto conmigo. Tomé su mano y lo llevé hasta el árbol. Los adornos colgados por otras personas brillaban con la luz del sol, y pequeñas campanas doradas tintineaban con la brisa fría —. Necesitas hablar con él.

Se formó una línea entre sus cejas.

—¿Cómo? Ya no está.

—Te lo enseñaré —colgué mi pequeña corista en una rama vacía y cerré los ojos—. Gracias, señora King. Por enseñarme a cantar, por estar ahí durante la secundaria y el bachillerato y por presentarme al señor Kline. Aunque la echo de menos, sé que está donde debe estar. Feliz Navidad.

Un dolor me invadió, pero entonces una mano fuerte me acarició la espalda haciendo pequeños círculos lentos, reconfortándome. El dolor pasó, reemplazado por una ola de consuelo gracias a Adam.

—Tu turno —dije, parpadeando para contener las lágrimas mientras abría los ojos. Le di un apretón en el brazo—. Te daré

espacio para que hables con él, para que le digas todas esas cosas que desearías haberle dicho mientras estaba vivo. Te escuchará, te lo prometo —dije, poniéndome de puntillas y besándole suavemente, antes de volver al banco y sentarme.

Adam suspiró, su aliento calentó el aire frente a él formando una pequeña nube que pronto se disipó. Le dio vueltas al adorno varias veces antes de estirarse y colocar su adorno de libro en una rama más alta. Metió las manos en los bolsillos del abrigo y dio un paso atrás, negando con la cabeza.

—Papá, siento haber estado tanto tiempo alejado de Christmas Mountain —miró hacia mí y le sonreí para darle ánimos antes de apartar la mirada para dejarle algo de intimidad—. Me fui porque Nueva York sonaba emocionante, pero eso no es excusa para no haber vuelto.

Una pareja de adolescentes subió por las escaleras, nos miró al pasar y luego se detuvo junto a la barandilla del extremo opuesto. Adam los observó mientras contemplaban Las Cascadas con grandes sonrisas en sus rostros, y luego volvió a mirar El Árbol de los Deseos.

—Cuando viniste a visitarme a Nueva York, yo ya formaba parte de la vida de Manhattan, siempre corriendo de un lado a otro. Cuando llegaste, tan tranquilo y relajado, parecía que no encajabas conmigo. Tú realmente *elegías* viajar en metro, o ir andando a los sitios, en lugar de coger un taxi. Me decías: «Es bueno para el alma, hijo» y ahora, por fin, estoy empezando a entender lo que querías decir.

Me escocían los ojos.

—A veces quería volver, pero luego conseguí mi trabajo y siempre había más cosas que hacer, ¿sabes? —su voz tembló y miró hacia sus zapatos—. Me arrepiento de no haberte visitado aquí después de irme. Me arrepiento de no haber visto este negocio que creaste mientras estabas vivo. La Navidad nunca fue igual después de que nos mudáramos. Mamá lo intentó a su manera, pero tú eras quien la hacía mágica para mí, del mismo modo que hacías la Navidad especial para tanta gente. Espero que puedas perdonarme por vender el negocio.

Miré hacia arriba y vi una lágrima solitaria caer por su mejilla antes de que la apartara de un manotazo.

—Faith dijo que me perdonarías por no volver mientras estabas vivo, pero no estoy seguro de creerle —dijo, limpiándose la nariz—. Quizás suene una locura, pero... si pudieras enviarme, no sé, una señal... algo que me haga saber que tengo tu bendición, y que me perdonas —su voz se quebró y negó con la cabeza—. Sé que es imposible. Pero *estoy* arrepentido. Te quiero, papá. Siempre te he querido y siempre te querré.

Tocó el adorno una última vez, cerrando los ojos mientras lo hacía, antes de venir al banco y sentarse a mi lado.

—Sabes que te ha escuchado, ¿verdad? —pregunté.

Se encogió de hombros. —Eso espero. Gracias por traerme hasta aquí, Faith.

Puse mis brazos a su alrededor y le abracé con fuerza. Mientras permanecíamos abrazados con solo el sonido de Las Cascadas detrás de nosotros, un profundo y gutural *uuu-uuu* resonó en el aire. *¡Uuu-uuu!*

—A mi padre le encantaban los búhos —dijo, con la voz apenas un susurro en mi oído.

Abrí los ojos, mirando por encima de su hombro y luego me eché hacia atrás. —Mira, Adam.

Un hermoso búho nival estaba posado en un poste cercano, observándonos con sus grandes ojos color ámbar. Unas manchas negras adornaban sus plumas blancas como la nieve. Cuando batió sus alas, preparándose para alzar el vuelo, noté algo y solté un grito ahogado.

—Oh, Adam —dije, señalando su parte trasera y recordando nuestra conversación en su oficina mientras decoraba para Navidad. También recordé lo que me mostró.

—Lo veo. —Los ojos de Adam se llenaron de lágrimas mientras asentía. Allí, justo en medio de la espalda del búho, había una inusual calva rellena de dorado—. Se parece al adorno que dañé y reparé cuando era niño.

El búho nos miró una vez y luego echó a volar. Apoyé mi cabeza en el hombro de Adam. —Esa fue tu señal, Adam. Tu padre te ha

perdonado y tienes su bendición para vender Silver Bells —dije, y luego vacilé—. Y... también tienes la mía.

—Faith... —Me miró y mi estómago se calentó. Habíamos conectado a un nivel más profundo del que jamás había creído posible, y la expresión de su rostro me decía que él también lo sentía. Con sus dedos bajo mi barbilla, se inclinó y me besó con tanta ternura que supe que ya no podía luchar contra él.

Tenía todo mi corazón y si necesitaba vender Silver Bells, entonces yo lo apoyaría hasta el final.

CAPÍTULO DIECISIETE

—Cuando dije que estaba dispuesto a cualquier cosa, no esperaba *esto*—Adam miró a los elfos mientras se afanaban en la Gruta de Papá Noel—. No pienso ponerme este traje.

El traje de elfo consistía en unas mallas a rayas rojas y verdes, una chaqueta de terciopelo verde, botas de duende y un alegre gorrito. Me mordí el labio para no reírme.

—Yo también tengo que llevar uno. Venga, Adam. Están tan faltos de personal hoy y los colegios de la zona vienen a ver a Papá Noel. No querrías decepcionarles tan cerca de Navidad, ¿verdad? —le pregunté.

—No, y tampoco quiero decepcionarte a ti —dijo, robándome un beso a espaldas del elfo jefe—. Ya me pusiste esa mirada triste tuya cuando te dije que los compradores potenciales volverían este fin de semana para echar otro vistazo.

—Lo siento —dije, sabiendo que debía ser más comprensiva—. Trabajaré todo el fin de semana y haré lo que sea necesario para ayudarte. Sé lo importante que es la venta para ti.

—Gracias, Faith —dijo.

El elfo jefe, Robin, corría de un lado a otro en estado de pánico. Hoy era el día más ajetreado del año en la Gruta de Papá Noel porque era el viernes antes de Navidad y el último día de colegio. Desafortunadamente, la mitad de los elfos estaban en casa

enfermos con la gripe. Hoy todos tenían que arrimar el hombro, y eso incluía las manos de Adam, que sostenían el ofensivo traje delante de él.

Le cogí el traje y lo coloqué contra su pecho. —Tienes más o menos la misma altura que tu padre, y él llevaba este traje todos los años. ¿Por favor?

Tomó el traje. —Sabes que no puedo decepcionar a los niños.

—Gracias —dije. Con tantas bajas por enfermedad, había estado allí toda la mañana, ayudando con la elaboración de pasteles de frutas y alimentando a los renos vivos que teníamos, pero cuando otros dos habían enfermado, había tenido que traer refuerzos disfrazados en forma de Adam y yo.

Unos minutos después, Adam salió del vestuario. Por un momento, me impresionó lo mucho que se parecía a una versión más joven de su padre con el mismo traje que el Sr. Kline había usado, tanto en el desfile anual como en días como hoy.

Adam puso las manos en las caderas. —Me siento ridículo.

—Estás increíble. El elfo más sexy que he visto nunca —dije, guiñándole un ojo—. ¿Todavía está el muérdago en tu despacho?

Antes de que Adam pudiera responder, Cookie (la pastelera) entró, con la nariz más roja que la de Rudolph.

—¿No me digas que tú también estás enferma? —pregunté con simpatía, viéndola asentir con la cabeza y luego sonarse la nariz—. Vete a casa y métete en la cama. Nos las arreglaremos aquí. Que te mejores pronto.

Adam se volvió hacia mí. —Entonces, ¿nos toca hacer pasteles?

Asentí. Había algunas tareas que podían pasarse por alto en la Gruta, pero la elaboración de pasteles de frutas no era una de ellas. Mientras caminábamos por la nieve hacia la cocina de Cookie, le señalé varias partes del pequeño pueblo que el Sr. Kline había construido en el bosque.

—Bueno, ahí delante está la cocina de Cookie, y al lado está el taller —dije. El pueblo estaba formado por una serie de cabañas de troncos, todas muy diferentes y llenas de carácter. La de Cookie estaba hecha al estilo de una casa de jengibre, con glaseado blanco en los aleros y postes de bastón de caramelo sosteniendo la valla.

El taller era donde Tinker hacía juguetes de madera, y estaba construido para parecerse a un vagón de tren antiguo. Al otro lado de la casa de jengibre estaba la oficina de correos de Scrib, que tenía la apariencia de un paquete envuelto en papel marrón.

—Y allí, en el medio, está la Gruta de Papá Noel.

El lugar de Papá Noel era mágico y me dejaba sin aliento cada vez que subía hasta aquí. Más grande que el resto de las cabañas, era cálido y acogedor, con la luz de las velas parpadeando en las ventanas y un enorme árbol de Navidad en el jardín. Dos mecedoras —una roja y otra verde— descansaban en el porche delantero, y unas huellas permanentes de reno habían sido incrustadas en el tejado, que se rociaba diariamente con un suave brillo iridiscente para que centelleara y brillara, desde cualquier ángulo que lo miraras y sin importar cuánto nevara.

Niños venían de todos lados para experimentar la magia, y cada cabaña era funcional, lo que significaba que los visitantes podían entrar y salir, e incluso ayudar a hornear tartas o martillear un juguete. El Sr. Kline había pasado años perfeccionándolo, y la atención al detalle era asombrosa.

—Puedo ver por qué te encanta tanto este lugar —dijo Adam.

—¿Qué quieres decir? —Me di la vuelta y le miré, e intenté mantener la cara seria. Pero ver a Adam de pie en la nieve vestido con una chaqueta de terciopelo verde y mallas a rayas era más de lo que podía soportar, y empecé a reír—. Tengo que hacernos un selfie, ven aquí.

—¿Quieres decir un elfie? —bromeó. Mi móvil hizo un *clic* justo cuando hice una mueca ante su terrible chiste, lo que nos hizo reír aún más fuerte a los dos.

—Vale, ya estamos aquí —dije, mientras el olor a humo me llegaba a la nariz al abrir la puerta. Uy, eso no era habitual. Además, el humo salía a bocanadas del horno.

—No soy muy bueno cocinando, pero...

—¡Oh, no! ¡Cookie ha dejado tartaletas de frutas en el horno! —Abrí las ventanas de par en par y empecé a abanicar el aire con un paño de cocina, mientras Adam sacaba las ofensivas tartas del horno

y las tiraba a la basura. Le sonreí—. Vale, elfo, es hora de ensuciarte las manos.

No recordaba haberme divertido tanto como cuando Adam y yo nos manchamos de harina hasta los codos, y preparamos tanda tras tanda de tartaletas de frutas frescas. Era sorprendentemente hábil en la cocina para ser un aficionado, y así se lo dije.

—Tengo muchos talentos, jovencita —murmuró, robándome otro beso antes de que entrara el siguiente grupo de niños emocionados.

Miré encima de mí—. No hay muérdago.

—¿Y qué?

Sonó un golpe en la puerta y Adam se levantó de un salto para abrir, haciendo pasar al siguiente grupo de niños. Con ojos bien abiertos e inocentes, se sentaron mientras Adam les contaba historias, cuentos que inventaba en el momento, tal como el Sr. Kline solía hacer. Mientras servía chocolate caliente en las tazas, le observaba. Había comenzado el día tan fuera de su zona de confort, pero la forma en que se había metido en el papel hizo que me enamorara un poco más de él.

Me miró por encima de las cabezas de los niños y sonrió, derritiendo mi corazón. Me sentí un poco triste, pensando en cuánto se habían perdido tanto el Sr. Kline como Adam al no actuar así juntos.

Uno de los niños pilló a Adam mirándome—. ¿Es tu hermana? —preguntó, mirando de Adam a mí y luego otra vez a él.

Adam sonrió de nuevo, y se inclinó hacia los niños—. No, no es mi hermana, es mi novia —Los niños se rieron, y mi estómago dio una voltereta ante la declaración.

Cuando finalmente cerré la puerta después de que el último niño se marchara, solté un suspiro de alivio. Había sido muy divertido, pero también agotador, y estaba lista para una noche tranquila con una cena precocinada y una copa de vino. Adam deslizó sus brazos alrededor de mi cintura y me giró para quedar frente a él.

—¿Qué te parece? —preguntó en voz baja.

Alcé las cejas—. ¿Qué me parece el qué?

—¿Ser mi novia? —preguntó. Su expresión se volvió seria y enderezó el gorro puntiagudo en lo alto de mi cabeza—. Sé que esto

parece una situación imposible, Faith, pero... me he enamorado de ti.

Y allí, en la cocina de Cookie, la elfa le dijo al elfo que también se había enamorado de él. Luego compartieron un beso largo y prolongado, mientras los cascabeles en las puntas de sus botas de duende tintineaban alegremente cuando ella se puso de puntillas de nuevo para encontrarse con sus labios.

CAPÍTULO DIECIOCHO

MÁS TARDE ESA NOCHE, conduje hasta la pequeña cabaña de mi amiga Emma a las afueras de Pine Tree Lodge y toqué el timbre, lista para pintar adornos navideños para la subasta silenciosa de La Gran Celebración Navideña. El dinero recaudado se donaría al centro comunitario en honor a la Sra. King, ya que había sido una parte tan importante de su vida. Un momento después, la puerta principal se abrió y Emma estaba allí sonriendo, pero la sonrisa no parecía llegar a sus ojos.

—Tengo chocolate caliente, nubes, pizza y vino —dijo Emma, inclinándose para darme un abrazo.

Me reí, apretándola. —Has cubierto todos mis grupos de alimentos favoritos.

Sus ojos brillaron. —Bueno, entonces, adelante.

La alegría estalló en mi pecho. Esta era una de las razones por las que había regresado a casa el año pasado. Por mis mejores amigas del grupo del coro y la cercanía que viene con haber conocido a alguien desde siempre. No había podido ver a Emma con mucha frecuencia durante el año, pero el vínculo entre nosotras no podía separarse por el tiempo que pasáramos sin vernos. Siempre retomábamos justo donde lo habíamos dejado.

El salón de Emma era cómodo y perfecto. Ya había preparado una bandeja y un hervidor eléctrico humeante que desprendía el

aroma a leche caliente, canela, vainilla, nuez moscada y chocolate. Respiré ese olor. —La receta súper secreta de la Sra. King.

Ella sonrió. —Sí.

Mi boca se abrió de par en par. —No me lo creo.

—Sí, créetelo. Me la dio antes de fallecer.

Estuve a punto de exigirle que me revelara el secreto de ese chocolate caliente. Podía enumerar cada ingrediente, pero sin importar cómo los combinara, nunca me salía bien. Pero no le pedí la receta. La Sra. King siempre tenía una razón para lo que hacía y dejaba de hacer.

Emma vertió chocolate en dos tazas rojo brillante para nosotras. Di un sorbo lento. El líquido rico, dulce y ligeramente picante cubrió mi lengua.

Gemí. —Oh, esto está tan bueno.

Sonrió. —¿Verdad que sí?

Dejé la taza y miré alrededor. El árbol de Navidad brillaba y resplandecía. Un fuego ardía en la adorable chimenea eléctrica. —Ojalá fuera tan organizada y centrada como tú, Emma. Ni siquiera he puesto un árbol todavía. He puesto uno en la tienda, por supuesto, pero no en casa.

El dolor se hinchó en mi pecho al mencionar mi hogar. La Navidad debería ser con la familia, pero la mía se había separado y esparcido por todos los rincones del país. No habría regalos bajo el árbol para mí. No habría una familia feliz disfrutando de la compañía mutua. Y pronto Adam se habría ido, para siempre. Mi Navidad se veía cada vez más desoladora.

Me acerqué a la mesita que Emma había preparado con las pequeñas esferas de cristal y las pinturas, el brillo y los adornos. —Estos van a quedar preciosos.

Ella asintió. —Eso espero. Quiero que sean perfectos para la subasta.

—Lo sé. —Todos lo sabíamos. Las siete cantaríamos en La Gran Celebración Navideña en la noche del día de Navidad, tal como lo habíamos hecho a petición de la Sra. King el año pasado.

Examiné las bolas de cristal transparentes. —Es una pena que Adam no esté aquí. Es un pintor estupendo.

Las cejas de Emma se alzaron. —¿Adam? ¿Te refieres al hijo de Larry Kline? Pensaba que era corredor de bolsa o algo así.

—Trabaja en una empresa de relaciones públicas en Nueva York. Pero también pinta. O solía hacerlo, por las fotos que el Sr. Kline solía tener por toda su oficina. Desearía... —Se me formó un nudo en la garganta. Deseaba demasiadas cosas, y ninguna de ellas podría hacerse realidad—. No importa.

Emma ahogó un grito. —Te *gusta* Adam.

—¿Se nota tanto? —Tomé aire temblorosamente y agarré un pequeño tubo de pintura. Eché el azul turquesa brillante sobre la pequeña tira de papel y lo removí con un pincel. Después suspiré—. Se va a marchar de la ciudad. Así que, ¿qué sentido tienen todos estos sentimientos?

Ella apretó un poco de pintura roja del tubo y tapó cuidadosamente tanto el suyo como el mío. —Quizás podríais tener algún tipo de relación a distancia. ¿Ver si lo que tenéis merece la pena intentarlo? Para algunas parejas eso podría funcionar.

¿Merecería la pena intentarlo? Sus besos me ponían la piel de gallina, encendían todos mis sentidos. Su sonrisa me derretía el corazón. Podíamos hacer senderismo juntos, pescar juntos, y él me entendía de una manera que nadie más había conseguido nunca. Pero éramos completos y totales opuestos.

Negué con la cabeza. —Aunque intentáramos una relación a distancia, nunca funcionaría al final. Él nunca se mudaría a Christmas Mountain. Es un chico de ciudad. Yo no puedo mudarme a Nueva York. Soy una chica de aire libre. Estamos condenados.

—Entiendo lo de ser una chica de aire libre —Emma aplicó cuidadosamente una fina capa de carmesí en la parte inferior de su bola de cristal—. Ashley también lo entendería, desde que comenzó la empresa de actividades al aire libre. Pero, vamos, Faith. Las buenas relaciones son difíciles de encontrar. Debe haber algún tipo de solución.

Pinté un patrón de zigzag azul y luego me encogí de hombros. —He vivido en una ciudad antes. El ruido, las multitudes, los gases... no va conmigo. Necesito respirar el aroma fresco de los árboles y el

aire limpio. Adoro Christmas Mountain. Es mi hogar. Adam siente lo mismo por Nueva York.

—Espera —cogió mi bola y tomó un paño, lo mojó en aguarrás y luego limpió cuidadosamente una mancha de pintura. Después me la devolvió—. ¿Ves? Solo necesitaba un pequeño ajuste. Como la solución para ti y Adam necesita algunos retoques. Vamos, Faith. Si quieres algo, tienes que ir a por ello. Tú me enseñaste eso en el instituto cuando yo quería liberarme del control de mi madre y convertirme en chef y me preocupaba que nunca lo lograría.

—Esto es diferente... —metí el pincel en la pintura e intenté conseguir una capa uniforme de azul en la parte inferior de la bola. Se corrió y chorreó hacia abajo—. Es inútil, igual que parece serlo esta bola. ¡Vaya!

Emma aplicó el paño de nuevo, sopló un poco sobre la bola y dijo: —¿Sabes qué? Esta está húmeda por el aguarrás. Prueba con una nueva.

Cogí otra bola, extendiendo la pintura con facilidad. Me giré para ver a Emma fijando cuidadosamente estrellas plateadas por encima de su línea de pintura. Hmm. Buena idea. Cogí algunas estrellas y pegamento.

—Gracias por tu apoyo —dije, torciendo los labios hacia un lado —. Pero Adam va a vender Silver Bells Luxury Tours y nadie puede detenerlo. Es un hecho. Él sabe lo importante que es el negocio para mí y para este pueblo. Pero no lo quiere. Eso es lo único que importa —dejé la bola y fruncí el ceño, y luego agité los dedos. Las estrellas estaban pegadas justo ahí, en las yemas de mis dedos. Uf. ¿Cómo había ocurrido eso? Intenté limpiármelas con un paño. Entonces el paño se me quedó pegado a los dedos. ¿Qué diablos...?

—Es un pegamento bastante fuerte —Emma contuvo una risa y luego cogió una sustancia de olor extraño y la echó sobre mis dedos. Me limpié y las estrellas se desprendieron, cayendo sobre la mesa.

—¿No puedes hacerle cambiar de opinión sobre el negocio? —preguntó.

Le di un resumen rápido de los compradores potenciales que habían pasado por allí y lo que había sucedido. —Nuestra mejor apuesta es que quien compre el negocio lo mantenga como está.

Ella hizo una mueca. —No puedo imaginarlo como un spa diurno.

—Yo tampoco —respiré hondo y luego sumergí mi pincel en la pintura de nuevo—. Quería ayudar a salvar el negocio del Sr. Kline, pero Adam va a venderlo —se me nubló la vista—. Y me hice las pruebas para ver si era compatible para una donación de médula para la Sra. King, pero no lo era. Nada parece salir bien, pero desearía que Adam y yo pudiéramos seguir juntos.

—Nunca te había oído decir algo así sobre un chico —dijo, sonriendo mientras limpiaba el exceso de purpurina de mi bola—. ¿Sabes? Una de las mejores cosas de ti es lo mucho que te preocupas por la gente. Cuéntame por qué te gusta este chico, me encantaría saberlo.

Levanté las pestañas. —Es amable, inteligente, divertido, y me entiende. A veces me besa como si me estuviera dando un salvavidas justo cuando estoy a punto de ahogarme.

Un escalofrío me recorrió al recordar sus besos.

—Suena a que hay algo especial entre vosotros dos que está destinado a durar.

—Lo sé —admití, deseando que no fuera tan perfecto para mí—. Pero vive en Nueva York, Em. Y va a vender el negocio. Simplemente no sé qué hacer. Me ha invitado a cenar mañana por la noche. Tengo miedo de que acabe siendo una cita de despedida.

Colocó mi bola terminada con cuidado sobre una lámina de plástico para que se secara. —Pensaba que habías dicho que besaba bien.

—Besa *genial*. Ojalá supiera cómo podría funcionar todo esto.

Puso su bola terminada junto a la mía. —Podrías intentar preguntárselo.

—Podría...

—¿Qué diría la Sra. King? —preguntó Emma.

Sonreí. —Quien no se arriesga, se queda estancado en el mismo sitio.

Exprimió pintura naranja sobre el papel. —Supongo que entonces será mejor que te pongas a arriesgarte, Faith.

No podía pensar ni hablar. —No sé cómo.

—¿Estás de broma? Eres guía. Eres líder. No empezaste a hacer eso sin ninguna razón. Sabes cómo aventurarte. Sabes que hay riesgos en cada cosa de la vida. Y sabes cómo navegar esos riesgos. ¿Por qué tienes tanto miedo con este chico? Nunca te había visto así.

—Lo sé. Normalmente soy...

—Valiente —sugirió Emma—. Pero no con Adam. ¿Por qué crees que es así?

Respiré hondo. Todas las cosas que quería decir se me pegaban a la lengua. Tenía que decirle la verdad. Tenía que decirme a mí misma la verdad. —Creo que es el indicado.

—Entonces, ¿*por qué* no se lo dices?

—Ya sabes la razón. —Miré fijamente mi bola mal pintada—. Mi madre pensaba que mi padre era el indicado. Apostó por ello. Él pensaba que ella era la indicada. Apostó por ello. Se enamoraron y tuvieron un matrimonio que no funcionó. ¿Y si pienso que Adam es el indicado pero resultamos ser completamente incorrectos el uno para el otro?

—Te estás adelantando demasiado, chica. Quizás deberías intentar estar con él, a distancia o no, para averiguar si es el indicado.

—Buen punto. Pero ¿y si lo es y aun así no funciona entre nosotros?

—Nadie quiere salir herido. —Emma cogió mi bola y limpió una mancha de pintura del pequeño gancho plateado de la parte superior. Sopló en su bola para que la pintura se secara más rápido —. Pero ¿y si nunca preguntas? ¿Puedes vivir dejándole marchar sin intentarlo siquiera?

No podía. Tenía que intentarlo. Estudié mi bola. —Si necesito un hombro sobre el que llorar y una amiga dispuesta a pagar los tortitas, ¿estarás ahí?

—Sabes que sí.

—Entonces voy a por ello —asentí, decidiendo hacérselo saber mañana. Teníamos que trabajar ya que los compradores potenciales estarían allí este fin de semana, así que quizás tendríamos la oportunidad de hablar antes de nuestra cita.

Iba a lanzarme con Adam. Iba a decirle que quería estar con él, sin importar lo que eso significara. Iba a abrirle mi corazón, darle un beso maravilloso, o quizás dos o tres besos, y luego esperar que todo saliera bien para nosotros.

CAPÍTULO DIECINUEVE

¡Toc-toc-toc!

Di un respingo, arrancada bruscamente de un sueño en el que perseguía a todos los elfos para sacarlos del pueblo. Corría tras ellos, pero eran rápidos y siempre escapaban de mi alcance. Con la cabeza martilleándome, me incorporé en la cama, intentando averiguar qué hora del día era.

¡Toc-toc-toc!

—¡Faith, abre la puerta! —dijo una voz masculina familiar.

Espera, ¿era ese... Adam? ¿Qué estaba haciendo en mi casa? Había llamado a *Harmony* para que me trajera provisiones en mi debilitado estado, gracias a la gripe que me habían pegado los elfos. Adam *no podía* verme así. No-no-no. Además, debería estar en el trabajo. Hoy era un día importante con los compradores potenciales que vendrían a echar un segundo vistazo a Silver Bells Luxury Tours.

Ese pensamiento hizo que me sintiera aún peor.

—Ahora me estoy preocupando, Faith. ¡Por favor, abre la puerta! —llamó Adam.

—Un momento —dije, sintiendo como si el estómago se me fuera a salir por la garganta. Me levanté de la cama con esfuerzo y logré llegar a la puerta agarrándome a los muebles por el camino. Abrí la puerta apenas un cuarto de pulgada y miré a través de la rendija—. ¿Qué pasa?

Los ojos de Adam se abrieron como platos. —¿Qué pasa? ¿Qué, ahora eres de Brooklyn? Déjame entrar, Faith. Harmony me ha llamado y me ha dicho que estabas enferma. He traído limón y miel.

Vale, lo primero que haré cuando vuelva a la oficina será despedir a Harmony. Miré la bolsa que sostenía en alto y sonreí débilmente. —Gracias, Adam. Déjalo ahí y lo cogeré en un momento.

—Déjame entrar para prepararte un poco de limón caliente con miel. —Apoyó una mano en el marco de la puerta. Cuando empecé a protestar de nuevo, dijo—: Sé que no tienes a nadie aquí cuidándote. Así que, si no me dejas entrar, me obligarás a conseguir el número de teléfono de tu madre de los archivos de empleados en la oficina y llamarla. Estoy seguro de que estaría encantada de volar hasta aquí y...

Abrí la puerta de par en par. —Vale, pasa. Pero no me mires. Siento como si mi cabeza pudiera explotar y eso no puede ser una imagen impresionante para nadie.

—Gracias —dijo, guiándome hasta el salón de mi apartamento—. Ahora, túmbate y descansa un poco mientras te preparo el limón caliente. Después podrás dormir.

Me recosté en el sofá mientras Adam cantaba suavemente para sí mismo en la cocina, sonriendo a pesar de sentirme tan mal. Pensé en lo agradable que sería si este fuera *nuestro* hogar, lo que rápidamente me hizo llorar porque sabía que pronto volvería a Nueva York.

—Faith, tu teléfono está parpadeando con un mensaje. —Me trajo el móvil y pulsé reproducir:

Hola, estaba buscando a una mujer llamada Faith. Solía ser mi hija, pero supongo por su silencio que se ha mudado, se ha unido a un convento o ha encontrado una nueva mamá. ¡LLÁMAME!

Oh, no. *Todavía* no había devuelto la llamada a mi madre. Pero hoy tampoco iba a suceder. Dejé caer el móvil sobre la mesa de café y me puse el dorso de la mano en la frente.

—Aquí tienes. —Adam se sentó en el sofá y me entregó la mezcla para beber. Tomé un sorbo y la dulce miel alivió mi garganta de

papel de lija. Me quitó suavemente la taza de la mano y la colocó en la mesa, examinando un adorno navideño que estaba allí.

—Pinté eso anoche con mi amiga Emma —dije, incorporándome de repente—. ¡Oh, no! ¡Espero no haber contagiado a Emma!

—¿Quién es Emma?

Le conté sobre mi noche pintando adornos navideños con Emma, para prepararnos para La Extravagancia Navideña. —Emma es una de mis amigas más antiguas, que también estaba en el coro de la señorita King —levanté la muñeca para mostrarle mi pulsera de la amistad—. Todas llevamos una de estas. Nunca me he quitado la mía. Morgan también tiene una —dije, y giré las piernas y me puse de pie.

—Eh, ¿adónde crees que vas?

—Por mucho que te encante mi pelo hecho un nido de pájaros, mi nariz de Rudolph y este look de pijama demasiado grande, a mí no. Así que voy a ducharme y... —mi voz se apagó cuando la habitación comenzó a dar vueltas. Sentí que me caía hasta que unos brazos fuertes me sujetaron y me guiaron de vuelta al sofá.

El jarabe para la tos que me había traído también me estaba mareando. —Me has cogido —suspiré felizmente—. ¿Sabes quiénes podríamos ser? Rhett Butler y Scarlett O'Hara. —Le di un toquecito suave en el pecho con el dedo—. Tú eres mi galán protagonista.

Se rio. —Bueno, ahora mismo este galán protagonista te está pidiendo que descanses. —Me arropó con la manta que hizo mi abuela hasta la barbilla antes de coger mi taza y volver a la cocina.

—Apuesto a que Scarlett O'Hara nunca hacía lo que le decían —murmuré entre dientes—. ¿Cómo van las cosas en Silver Bells? —pregunté, levantándome, yendo a mi habitación y buscando mis vaqueros. Me los puse y por poco evito un desastre cuando un pie se quedó atrapado en la pernera. Dar saltos no le estaba haciendo ningún bien a mi pobre cabeza. Esos duendes tenían mucho que explicar.

—No pienses en el trabajo, Faith. Tenemos que hacer que te mejores.

—Mmhmm —dije, y metí el brazo en la manga de mi camisa. Empecé a cepillarme el pelo, lo que resultó una tarea dolorosa,

tirando de las raíces. Decidí hacerme un moño despeinado en su lugar. No intencionalmente despeinado, pero era más respetable que el aspecto de arrastrada por un seto al revés que tenía actualmente.

Adam salió de la cocina y me encontró vestida en la sala de estar. —Creía haberte dicho que descansaras. Mira, te he calentado un poco de sopa.

Negué con la cabeza, y entonces me arrepentí inmediatamente cuando mi cabeza empezó a latir. —Tengo que ir a trabajar —dije, notando que la palabra me había salido como *babajar*.

La cara de Adam se suavizó mientras observaba mi aspecto. Caminando hacia mí, dejó el cuenco de sopa humeante sobre la mesa de café y se paró frente a mí, con las manos en mis hombros.

—Faith, tienes la camisa del revés.

Miré hacia abajo y vi la etiqueta en el exterior de la camisa. —Vaya.

—Y llevas dos zapatos diferentes en los pies.

Miré hacia abajo otra vez, el vértigo haciéndome sentir mal. —En mi defensa, tengo varios pares de botas que parecen similares.

—Sí, pero llevas una negra y una marrón claro. —Me acarició la mejilla con el dorso de la mano, haciendo que mi estómago se calentara de buena manera esta vez. Luego tomó mi mano y me ayudó a acomodarme en el sofá antes de levantar el cuenco de sopa.

Sosteniendo una cuchara cerca de mi boca, mantuvo mi mirada. —Eres tan dulce, Faith. Nunca había conocido a nadie como tú. Siempre estás haciendo tanto por los demás, desde cuidar el negocio de mi padre, hasta buscar un reno perdido, hasta trabajo benéfico. Solo por una vez, deja que alguien te cuide, deja que *yo* te cuide —dijo, en un susurro.

—Adam Kline, soy una mujer adulta, y no *necesito* que me cuiden. Soy toda una defensora del poder femenino. —Mi pequeño discurso perdió credibilidad, sin embargo, porque: a) tenía la nariz totalmente congestionada y en realidad sonó como si hubiera dicho algo sobre gorilas, y b) mientras decía poder femenino, había levantado la mano en un gesto de superhéroe, golpeando el cuenco

de la mano de Adam y derramando un poco de sopa en el suelo—. Vale, quizás tengas razón.

Me acomodé en el sofá, con la cabeza apoyada en su hombro mientras él me acariciaba suavemente el pelo. Al relajarme y abandonar mi determinación de trabajar, sentí que Adam me cubría con la manta.

Abrí los ojos ligeramente. —¿Me leerías algo?

—No tengo ningún libro, cariño —dijo, acariciándome la mejilla antes de sacar su móvil y buscar algo. Tras un momento, comenzó —: *Era la noche de Navidad, y en toda la casa, no había un ser que se moviera...*.

Una sensación de paz me invadió, haciéndome sentir segura y querida mientras me quedaba dormida.

CAPÍTULO VEINTE

—¡Faith, has vuelto! —Harmony parecía especialmente festiva cuando llegué al trabajo el domingo después de una terrible gripe de veinticuatro horas. Llevaba una corona de espumillón y pendientes de reno con una nariz roja intermitente—. ¿Cómo te encuentras?

Sonreí.

—Me encuentro mucho mejor, gracias por enviar a Adam.

—Sí, perdona por eso —dijo, aunque no parecía sentirlo en absoluto—. He acompañado al señor y la señora Johnson al despacho de Adam. Han llegado hace media hora.

Miré mi reloj.

—Pensaba que venían ayer.

—Adam me pidió que lo reprogramara ya que estabas enferma —dijo, dedicándome una sonrisa cómplice.

—¿Lo hizo? Vaya. —Se me enterneció el corazón. No podía creer que hubiera arriesgado la venta de su negocio cuando tenía una fecha límite tan ajustada. Recogí el correo del escritorio de Harmony y me dirigí al despacho de Adam. Podía oír el profundo rumor de su risa antes incluso de haber girado la esquina. Suspiré, pensando en lo mucho que me encantaba escucharla.

—Buenos días a todos. —Empujé la puerta y sonreí con mi sonrisa más profesional, pero la señora Johnson se levantó de un salto y me agarró, abrazándome con fuerza.

—Estoy tan emocionada con esta aventura, Faith. No tienes ni idea.

—Me alegro mucho —dije, deseando que me hubieran puesto al día. Estreché la mano del señor Johnson y luego me senté, cruzando la mirada con Adam.

—¿Cómo te encuentras, Faith? —preguntó.

—Mejor, gracias. —Le sonreí y luego dirigí mi atención a los Johnson.

—Esperamos que no le importe, pero queríamos echar otro vistazo antes de tomar una decisión final —dijo el señor Johnson, a lo que su mujer le dio un puñetazo juguetón en el brazo.

—¿A quién pretendes engañar, Walter? —Se volvió hacia mí y sonrió—. Tenemos el corazón puesto en este lugar. Hace que la Navidad sea mágica y nos encanta.

Me mordí el labio para no sonreír ante su entusiasmo. La señora Johnson claramente nunca había oído el término "cara de póker". Aunque su entusiasmo era contagioso.

Mientras les conducía por el vestíbulo, la señora Johnson soltó una risita.

—Recuerdo a aquel tipo que estaba aquí antes. ¿Te acuerdas, Walter? Era tan divertido y excéntrico. Tiene ese encanto de pueblo pequeño.

Adam alzó las cejas y me di cuenta de que no le había contado lo de convencer a Connor para que interpretara ese papel tan alocado, así que simplemente sonreí y mantuve la puerta abierta para que salieran. Me aparté para dejarles pasar y Adam sostuvo la puerta para mí cuando se acercó. La señora Johnson seguía charlando sin parar, exclamando sobre el trineo y los caballos, y la nieve, y los árboles. Esta mujer estaba desbordando felicidad y mientras recorríamos Silver Bells, mi ánimo comenzó a subir.

Por primera vez, sentí que había luz al final del túnel. Los planes del señor y la señora Johnson para el negocio eran simples: mantener las cosas exactamente como estaban. Si todo salía bien, todos podríamos conseguir lo que queríamos. Adam podría vender el negocio y comprar la sociedad que tanto deseaba; el señor y la señora Johnson podrían comprar el negocio de sus sueños; y yo

podría seguir en el trabajo que amaba y mantenerlo justo como el señor Kline lo había creado. El único pero, y era un gran pero, era que una venta significaría que Adam se mudaría de nuevo a Nueva York. No quería pensar en esa parte todavía.

—Señor y señora Johnson, ¿les gustaría dar un paseo en trineo? Los caballos están listos, y no hay ninguna visita prevista durante los próximos noventa minutos. —Esto provocó otro fuerte abrazo y un grito ensordecedor por parte de ella, y una mirada de disculpa por parte de él. Sonreí mientras acomodaba a la pareja y tomaba las riendas, esperando a Adam, pero cuando subió al trineo, sonó su teléfono.

—Lo siento, disculpadme —dijo, alejándose unos metros. Regresó con la mano cubriendo el auricular—. Perdón, ha surgido algo y realmente debo atender esta llamada. ¿Puedo dejaros en las capaces manos de Faith y reunirme con vosotros aquí en aproximadamente una hora?

—Por supuesto —dije, mirando hacia atrás una vez mientras nos dirigíamos en dirección al bosque, pero Adam ya había desaparecido de la vista.

El entusiasmo de la señora Johnson era contagioso, e incluso yo, que adoro Silver Bells, vi todo con una nueva mirada mientras ella señalaba cosas: un elfo escondido aquí, un vistazo a la Gruta de Papá Noel allá, e incluso un reno hurgando en la nieve en busca de musgo.

Adam nos esperaba después del recorrido cuando detuvimos el trineo frente a Silver Bells. —Parece que os habéis divertido —dijo, ayudando a los Johnson a bajar antes de extenderme ambas manos, sujetándome por la cintura y bajándome. Los recuerdos de la primera vez que sus manos estuvieron allí mientras decorábamos su despacho volvieron a mi mente, haciendo que mi sonrisa fuera aún más amplia.

—Lo hemos pasado genial —dije.

Mientras los Johnson se dirigían al interior, Adam me retuvo. —Tengo algo que decirte. No sabía de esto antes, pero...

—¡Adam, cariño! —La voz cortante de Tiffany atravesó el aire tan bruscamente como una grieta en el hielo. Vestida esta vez con un

abrigo de piel negro, se contoneó desde un elegante coche hasta Adam, rodeándolo con sus brazos y plantando un beso en su mejilla. Sin apartarse de él, me miró—. Hola, Fiona.

—Es Faith —dije, frunciendo el ceño.

Adam se apartó de ella. —Tiffany vino en el jet, trayendo a Miles Wilson para una segunda visita.

Tiffany miró por encima de su hombro al hombre que estaba detrás de ella y puso los ojos en blanco. —Siento que hayas tenido que ver esto, Miles. Es exactamente de lo que estábamos hablando. Paseos en trineo y muñecos de nieve, muy tedioso y tan pasado de moda. Pero esta es una ubicación privilegiada para tu spa.

Me giré hacia Adam sorprendida y susurré: —Pero el señor y la señora Johnson...

Miles se adelantó. —¿Estamos listos para hacer esto?

Las lágrimas llenaron mis ojos, mientras una sensación de decepción me invadía. Además de Adam, los Johnson serían perfectos para Silver Bells. Y Adam prácticamente me había prometido que los Johnson tendrían prioridad.

Me llevó a un lado. —Lo siento, Faith. Miles está aquí, así que necesito escuchar lo que tiene que decir. Los Johnson me dijeron que no pueden superar el precio de venta y Tiffany me dice que Miles sí puede.

Mi estómago se hundió. —Todo se reduce a los beneficios, entonces.

Podía entender *tener* que vender a alguien que pudiera derribar Silver Bells, pero *elegir* hacerlo era otra historia. Le lancé una mirada dura a Adam antes de abrir la puerta de un tirón y correr hacia el interior. Esperaba a medias que Adam viniera tras de mí, pero cuando miré hacia atrás, estaba de pie hablando con Miles, y Tiffany estaba justo a su lado.

~

Más tarde esa misma tarde, me masajeé las sienes y miré a Adam al otro lado de mi escritorio. Aunque solo había unos tres pies de

caoba entre nosotros, la distancia nunca había parecido mayor.

—No tenía ni idea de que Miles iba a venir hoy, te lo prometo —Adam extendió la mano a través del escritorio para tomar la mía, que yo aparté. Hoy temprano, era la persona más feliz que había sido en mucho tiempo, y ahora me habían quitado la alfombra de debajo de los pies.

—Vale, pero lo que no entiendo es por qué prácticamente acordaste que los Johnson comprarían el lugar, y ahora estás pensando en vendérselo a Miles.

—Faith, sé lo mucho que significa este lugar para ti —dijo, mirando por la ventana. Ligeros copos de nieve caían y se arremolinaban—. A decir verdad, yo también le he cogido cariño. Pero los negocios son negocios. Solo tengo unos días para tomar una decisión. Después de eso, la oferta de socio ya no estará sobre la mesa.

—Pero los Johnson están interesados —razoné.

—Su oferta está por debajo del precio de venta, Faith. Si acepto su oferta, tendré que pedir un préstamo para cubrir la diferencia. Por otro lado, Miles está hablando del precio completo e incluso ha insinuado ofrecer por encima del precio de venta para una venta rápida. Si eso funciona, podría comprar la participación en la sociedad y aún me quedaría capital para invertir.

Me puse a la defensiva. —Bueno, parece que ya has tomado una decisión —dije, conteniendo las lágrimas que me llenaban los ojos.

Adam se levantó y caminó hacia mi lado del escritorio, y sacó una silla. Sentándose a mi lado, tomó mis manos entre las suyas. —Faith, lo último que quiero es hacerte daño. Les he pedido tiempo a Miles y a los Johnson para pensar sobre sus ofertas.

Le miré. —¿Por qué la demora? Vas a vender a Miles, ¿verdad? Como dijiste, tiene más sentido desde el punto de vista empresarial.

—Tiene más sentido aquí —dijo, tocándose la sien. Luego tomó mi mano y la colocó sobre su pecho, con su corazón latiendo fuertemente bajo mis dedos—. Pero vender a los Johnson tiene más sentido aquí.

Sin mover la mano, miré a los ojos de Adam. —¿Qué estás diciendo?

La mirada de Adam se posó en el poema enmarcado *'Twas the Night Before Christmas* y luego en el muérdago sobre la puerta. Sonrió, apartando el pelo de mi cara y limpiando la lágrima que resbalaba por mi mejilla. —Estoy aprendiendo a escuchar más a mi corazón. Nada está decidido aún, y tengo mucho en qué pensar.

—Me alegro de que lo estés pensando —dije, esperanzada de que aún hubiera una posibilidad.

Caminó hacia la puerta y le seguí, pensando que la reunión había terminado. Pero en lugar de abrir la puerta, señaló hacia arriba. —Muérdago. Ya sabes lo que eso significa.

Escuchando a mi corazón, pensé que la tradición era la tradición. Así que, rodeé su cuello con mis brazos y le besé poniendo todo mi ser.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Después de cenar aquella noche, Adam y yo caminamos por la acera a lo largo de la calle principal. No sabía qué me hacía más feliz: las vistas y los sonidos del Carnaval y Desfile de Navidad, o la cara de Adam iluminándose con una sonrisa de mil vatios mientras intercambiábamos miradas.

No todo el mundo en Christmas Mountain sabía quién era él, ya que habíamos mantenido la venta de Silver Bells con discreción. No tenía sentido alterar a los vecinos hasta que pudiéramos darles información concreta. Pero el hecho de que la mayoría de la gente no conociera a Adam significaba que todas las mujeres que pasaban intentaban captar la atención de este apuesto desconocido.

Pero su sonrisa era solo para mí. De hecho, nos detuvimos en la acera y dejé que me atrajera hacia él para abrazarme y luego plantarme un beso en los labios. El salón de Morgan sería un hervidero de cotilleos por la mañana, pero este beso *realmente* valía la pena.

—Tengo noticias —dijo Adam, y se rio cuando volví a besarle.

—¿Buenas noticias? —pregunté, esperanzada.

Asintió con la cabeza—. He recibido una llamada de Miles. Ha decidido que quiere comprar Silver Bells y está de camino para cerrar el trato.

Me aparté y di un paso atrás, escrutando sus ojos—. ¿En qué sentido es eso una buena noticia?

Me atrajo de nuevo hacia él—. Porque, tonta, me ha ayudado a tomar mi decisión final. Voy a vender a los Johnson, así que Silver Bells seguirá funcionando durante años.

Grité de alegría, salté a sus brazos y llené su cara de besos—. Esta es la mejor noticia navideña de todas.

—Ahora que todo está bien en el mundo, vamos —dije, desenredándome de sus brazos y tirando de su mano—. El desfile de perritos está a punto de empezar. Ven a ver cómo es un desfile navideño de perritos en un pueblo pequeño.

Sentía como si mi corazón fuera a estallar. Silver Bells estaba a salvo y, al menos por el momento, tenía a un hombre al que adoraba y que, según su confesión vestido de elfo, sentía lo mismo por mí. Le apreté la mano cuando la música empezó a sonar, con las primeras notas de *Deck the Halls* flotando en la brisa fría y nítida.

Una ligera neblina flotaba en el aire, creando pequeños halos multicolores alrededor de cada luz que iluminaba la noche, un tributo perfecto al coro infantil que comenzó a cantar con voces angelicales, algunos de ellos con apenas dos años. Adam compró castañas asadas, y al morder una, el dulce sabor llenó mi boca. Suspiré, sintiendo que el momento era perfecto.

Las carrozas con perros pasaban delante de nosotros, cada una más grande y mejor que la anterior. Había un perro de nieve, vivo y respirando, con su dueño lanzando bolas de nieve a la multitud mientras pasaba, seguido por un carruaje de calabaza tirado por huskies, con Cenicienta sentada en un trono de oro reluciente.

Luego vino el desfile de héroes, con el cuerpo de bomberos de Christmas Mountain paseando a sus perros, tanto dálmatas como perros de rescate adornados con espumillón, seguidos por agentes de policía paseando a sus perros: un pastor alemán, un labrador negro e incluso un caniche rociado con purpurina (el spa canino de Ruby estaría limpiando esos cuerpos por la mañana), paramédicos vestidos de elfos con sus perros, y veteranos militares caminando codo con codo con los suyos.

Hubo una pausa en el desfile, y me volví hacia Adam—. ¿Y cómo se compara esto con la Navidad en la Gran Manzana? —pregunté, medio en serio y medio en broma. Había visto el Desfile de Acción de Gracias de Macy's en la tele, así como la gala de iluminación del árbol del Rockefeller Center, y sabía que Christmas Mountain no tenía decorados extravagantes, pero lo compensábamos con originalidad, entusiasmo, amor y espíritu comunitario.

Me colocó ligeramente delante de él, rodeándome la cintura con sus brazos por detrás, y me susurró al oído: —Estoy justo donde debo estar.

—Yo también —dije con un escalofrío antes de recostarme contra él, sin querer que hubiera ningún espacio entre nosotros.

El desfile continuó, y la siguiente carroza arrancó suspiros de deleite entre la multitud. Pero el mayor aplauso llegó con la última carroza, que era el mismísimo trineo de Silver Bells, tirado por renos con Rudy (o Houdini como le apodábamos ahora), y los empleados con sus perros en el regazo.

El trineo, bellamente elaborado, había sido pulido hasta el extremo, y su brillante superficie reflejaba las pequeñas luces blancas que habían sido cuidadosamente colocadas a lo largo de sus bordes, con montones de regalos perfectamente envueltos apilados en la parte trasera. En cualquier otro desfile, esas cajas estarían vacías, usadas solo como decoración, pero yo sabía que estaban llenas de juguetes y regalos donados por negocios locales y residentes de buen corazón para dar a las familias menos afortunadas una Navidad decente.

Sentado delante de los regalos, y sujetando las riendas, estaba el mismísimo Papá Noel, y sentí un momento de tristeza al recordar que el Sr. Kline había hecho de Papá Noel el año pasado. Miré a Adam, quien parecía perdido en felices pensamientos, con los ojos brillantes y una pequeña sonrisa en los labios.

—Esto me trae muchos recuerdos felices. Solía bajar a ver el desfile de Navidad, no este obviamente, con mis padres cada año, sentado sobre los hombros de mi padre para poder verlo todo. Comíamos castañas y perritos calientes, y papá siempre me compraba palomitas con caramelo para llevar a casa. Mamá siempre

le regañaba porque no quería que comiera demasiado azúcar —se rió—. El desfile era el verdadero comienzo de la Navidad para mí.

Me di la vuelta y le abracé, encantada de que ahora compartiera historias de su familia y sonriera mucho más. —Gracias por elegir a los Johnson, Adam.

Él levantó mi rostro, con su dedo bajo mi barbilla. —Gracias por ser tú —dijo, y entonces sus suaves labios se posaron ligeramente sobre los míos.

Cerré los ojos, deseando poder embotellar este momento.

—¿Sr. Kline? ¿Podríamos hablar con usted un momento? —La voz del Sr. Johnson interrumpió nuestro beso, y mi cara se acaloró—. Siento interrumpir, pero esto es importante...

—Por supuesto. Faith, ¿me disculpas un momento? —Me apretó la mano y se dirigió hacia donde estaba la Sra. Johnson. Con un ojo en la banda de música, que cerraba el desfile, intenté ver qué estaba pasando con Adam y los Johnson, pero con la multitud moviéndose por la acera solo podía ver fragmentos. Se me encogió el corazón cuando vi a la Sra. Johnson limpiándose los ojos antes de darse la vuelta.

Adam volvió a mi lado y me tomó de la mano. —Malas noticias.

—¿Qué?

Adam me miró y tomó aire profundamente. —Los Johnson no han podido recaudar suficiente dinero para comprar Silver Bells, pero... —Su voz quedó ahogada cuando comenzó la cuenta atrás y un gran aplauso dio paso a las primeras notas de la canción "Silver Bells" y vecinos y amigos se abrazaban y cantaban "*Es Navidad en la ciudad*..."

—Espera, necesitamos algo... —Adam miró un puesto de flores y desapareció entre la fila para conseguir un ramo, pero las flores no podían alegrarme después de esas malas noticias.

Un par de brazos me agarraron por detrás, haciéndome saltar. Me giré para ver a Morgan y a su hermano, Connor. Morgan me abrazó y me ofreció un bocado de su perrito caliente. Negué con la cabeza, sintiéndome un poco mareada y queriendo escuchar el resto de lo que Adam tenía que decir sobre los Johnson.

Connor me dio un codazo juguetón en las costillas. —Entonces, ¿funcionó?

Fruncí el ceño. —¿Que si funcionó qué?

—¿Te suena de algo esto? —preguntó Connor, y luego comenzó a tambalearse frente a mí—. ¿Yo, haciendo de merodeador de tienda? Espero que ahuyentara a los compradores como querías. Fue hilarante. Si alguna vez necesitas que vuelva a actuar como un loco, soy tu hombre.

—Difícil creer que tuvieras que actuar, tío... —la voz de Morgan se apagó mientras miraba por encima de mi hombro.

Me giré para ver a Adam de pie con un ramo de claveles rojos y blancos, adornados con puntas de abeto noble, piñas brillantes y acebo, mirando alternativamente a Connor y a mí. —¿Conoces a este tipo fuera de la tienda? ¿Intentaste sabotear a los compradores a mis espaldas? ¿Faith?

Mis brazos se erizaron de pánico. —Puedo explicártelo, Adam.

Me miró con dolor visible en sus ojos. —¿De verdad conoces a este tipo?

Asentí y cogí la mano de Adam. —Sí, es el hermano de Morgan. Pero, por favor, déjame explicarte...

Adam apartó mi mano y luego se dio la vuelta y se marchó, tirando el ramo de flores en la papelera verde que encontró a su paso. Todo el aire salió de mis pulmones al darme cuenta de que lo había estropeado todo y que mi engaño me había costado todo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Llevaba tanto tiempo esperando con ilusión la fiesta navideña de Silver Bells, pero ahora, al entrar, solo me sentía fatal. No podía quitarme de la cabeza la expresión de traición en el rostro de Adam cuando descubrió que había intentado sabotear a sus compradores. Connor se había disculpado conmigo y estaba horrorizado cuando se dio cuenta de lo que había soltado delante de Adam, pero no era culpa suya. Además, quizás necesitaría que me enseñara cómo ser una vagabunda si me despedían.

No es que pudiera culpar a Adam si me echaba.

La fiesta estaba en pleno apogeo cuando llegué, pero necesitaba encontrar a Adam primero y aclarar las cosas. Estaba segura de que una vez le explicara por qué había hecho lo que había hecho, lo entendería. Nos habíamos vuelto tan cercanos durante las últimas semanas que seguro que lo entendería. ¿Verdad? Me deslicé por el vestíbulo y me dirigí a la oficina de Adam, pero al acercarme, pude oírle hablando por teléfono.

—Volveré pronto a Nueva York. Solo tengo que atar unos cabos sueltos —levantó la mirada cuando llamé a la puerta abierta, antes de entrar—. Te llamo luego.

Adam me miró, sus ojos bajando hacia mi vestido por un brevísimo momento antes de volver a mi cara. Morgan me había dicho que parecía una sirena (en el buen sentido) con el vestido, que

era largo hasta el suelo y estaba cubierto de lentejuelas de color azul turquesa, que destellaban en verde al moverse. Mi ritmo cardíaco se aceleró y olvidé todo lo que había planeado decir.

Se apartó de detrás de su escritorio, vino hasta la parte delantera y se apoyó en el borde. Estaba tan guapo con su esmoquin que me daban ganas de llorar, pero, a diferencia de La Sirenita, mi maquillaje no era resistente al agua y no creía que los ojos de panda ayudaran a mi causa. Sonreí tímidamente, pero me encontré con una mirada gélida.

—¿Qué puedo hacer por ti, Faith? —preguntó.

Me estremecí ante su tono frío. —Solo quería explicarte las cosas y aclarar el ambiente.

—Escuché todo lo que necesitaba oír anoche —se levantó y caminó hacia la puerta—. Acabemos con esta fiesta para que pueda terminar las cosas y volver a Nueva York.

¿Acabar con ella? La fiesta de Silver Bells era uno de los momentos destacados de la temporada en Christmas Mountain y yo había querido que Adam la viviera conmigo. Pero ese sueño se había hecho añicos después de que escuchara a Connor.

—¿Había algo más que quisieras decir o hacer? ¿Tienes un cuchillo, quizás?

Fruncí el ceño, sin entender. —¿Un cuchillo?

Asintió. —Sí, para apuñalarme por la espalda.

—No, mejor me voy —dije, con un nudo en el estómago. Mientras caminaba por el pasillo, le oí hablando por teléfono otra vez.

—¿Hola, Tiff? Perdona por eso, no, no era nada importante.

Al volver al vestíbulo me tropecé con Ruby.

—Connor me contó lo que pasó —dijo mientras me abrazaba—. ¿Estás bien?

—No realmente —cogí una copa de champán de un camarero que pasaba—. Pero, si esta va a ser la última fiesta de Silver Bells, voy a intentar disfrutarla.

Me abrí paso entre la multitud, sonriendo y riendo, pero a pesar de mi declaración a Ruby, sentía como si me clavaran un puñal en el corazón cada vez que alguien me felicitaba por la fiesta o elogiaba

Silver Bells. Envidiaba su ignorante felicidad respecto a lo que estaba a punto de ocurrir.

Jake, un atractivo ranchero con el que había salido un par de veces, se acercó a mí. —¿Te apetece bailar, señorita?

—¿Por qué no? —Me reí de su falso acento sureño y de cómo fingió tocarse un sombrero de vaquero inexistente, y dejé que me guiara a la pista de baile. Cuando empezamos a bailar, la música cambió a una canción más lenta, y Jake sonrió, deslizando sus brazos alrededor de mi cintura. En ese mismo momento, me di cuenta de que Adam estaba de pie en la entrada, apoyado contra el marco de la puerta con los brazos cruzados. Estaba tan concentrada observando a Adam que cuando Jake me hizo girar para el final, di un paso atrás demasiado rápido y le pisé el pie, hundiendo mi tacón plateado en su bota. Pobre Jake. Mientras saltaba cómicamente (siempre había sido dado a exagerar), me disculpé profusamente y volví a cruzar miradas con Adam, que tenía una sonrisa satisfecha en la cara.

Me volví hacia Jake. —¿Estás bien? Lo siento muchísimo.

Se enderezó. —Estoy bien, es solo un pie, ¿no? Tengo otro de repuesto.

Se fue cojeando de la pista de baile, y miré alrededor, pero Adam había desaparecido. Me dirigí hacia la barra y pedí una copa de champán.

—¿Adam Kline, puedes venir al frente? —preguntó Harmony, golpeando el micrófono—. Ah, ahora funciona. ¿Y Faith Sterling? Por favor, venid arriba.

Después de un largo sorbo de champán, me dirigí al frente donde Harmony estaba de pie.

—Señoras y señores, como es tradición en Silver Bells, los trineos están esperando fuera para llevaros en un mágico paseo a la luz de la luna por el bosque. El primer trineo será para nuestro propietario, Adam Kline, y nuestra gerente, Faith Sterling.

Le lancé una mirada severa a Harmony, pero ella me sonrió y me hizo un gesto con la mano. Definitivamente *no* captó lo que quería decir con esa mirada.

—Por favor, recordad vuestros abrigos ya que hace M.U.C.H.O F.R.Í.O ahí fuera esta noche —dijo Harmony—. Se servirá chocolate caliente y vino caliente a vuestro regreso para entrar en calor, seguido de mucho más baile. ¡Disfrutad, todos!

Para mi sorpresa, Adam puso su mano en la parte baja de mi espalda. —Después de ti.

Estar sentada junto a Adam en el trineo, bajo una manta de terciopelo rojo, habría sido totalmente romántico si esto hubiera sido hace un día. En su lugar, me sentía irritada y no podía dejar de preguntarme de qué habían estado hablando él y Tiffany por teléfono. Estuvo en silencio hasta que el trineo quedó fuera del alcance del oído de la multitud, que vitoreaba y silbaba mientras nos alejábamos.

—Mira, Adam...

—No puedo creer que me hayas hecho esto, Faith. ¿Cómo has podido actuar a mis espaldas de esa manera?

—Adam...

—He sido sincero contigo desde el principio sobre que iba a vender el negocio y actuaste como si estuvieras dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudar —dijo, con la mandíbula pulsando mientras negaba con la cabeza—. En cambio, me estabas apuñalando por la espalda. Nunca me he sentido tan traicionado en mi vida.

—¿Nunca te has sentido tan traicionado? —pregunté, con una risa sin alegría—. Eso sí que tiene gracia. ¿Y qué hay de mí? Estás vendiendo el negocio que amo. No, peor... —me giré para mirarlo de frente—. ¿Cómo has podido traicionar así a tu padre?

Supe tan pronto como las palabras salieron de mi boca que había ido demasiado lejos, pero si no lo hubiera sabido, la expresión de Adam me dijo todo lo que necesitaba saber. La luz pareció apagarse en sus ojos y se hundió en el asiento.

—Eso es un golpe bajo.

—¿La verdad duele? —dije, en voz baja, dejando salir todos los sentimientos contenidos y la montaña rusa de emociones de los últimos días.

—Muchas cosas duelen. Verte bailar con el vaquero Roy ahí dentro lo demuestra. ¿Qué pasó ahí de todos modos? ¿Te dijo algo que decepcionó la visión perfecta que tenías de su vida? ¿Te dijo algo incorrecto? ¿No tenías un cuchillo a mano, así que lo apuñalaste con tu tacón?

Entrecerré los ojos. —¿Te fijaste en mis zapatos?

—¿En serio, Faith? ¿Eso es lo que sacas de esta conversación?

—¿Una charla? —me reí, sonando como una villana de Disney, con la voz cada vez más aguda—. ¿A esto lo llamas charla? Puede que esto sea lo que tú y *Tiffany* llamáis una charla, disfrutando del drama y la tensión, pero yo lo llamaría una discusión en toda regla. —Al pronunciar su nombre, mi labio se curvó automáticamente, como si hubiera chupado un limón.

—¿Qué tiene que ver Tiffany con todo esto?

—¿A quién le importa? No soy nada importante.

Me miró como si me hubiera vuelto loca. —¿Qué?

—Le dijiste por teléfono que yo no era nada importante. Pues gracias por eso, Adam. Al menos ahora puedes volver a tu precioso Manhattan y al Baile Navideño del Plaza con Tiffany.

Una rama baja bajo la que pasamos eligió ese momento para romperse por el peso de la nieve y descargar su carga sobre mi cabeza. Los ojos de Adam centellearon y la comisura de su boca se crispó. Mientras la nieve se derretía y goteaba por mi cara, él apartó la mirada.

—No voy a ir al Baile Navideño del Plaza con Tiffany.

Me limpié la nieve de la cara, dándome cuenta demasiado tarde de que iba a lucir ojos de panda después de todo. —¿Perdona?

Levantó las cejas. —¿Lo estás?

Totalmente confundida, le fulminé con la mirada. —¿Estoy qué?

—Arrepentida.

—He dicho 'perdona' como en 'disculpa' porque no he oído lo que has dicho.

Suspiró. —Lo sé, estaba siendo irónico.

Llegamos a la tienda de Silver Bells Luxury Tours. Mientras Adam me ayudaba a bajar del trineo, abrí la boca para hablar, para disculparme de verdad, pero la voz de Harmony me interrumpió.

—Adam, hay una llamada para ti —me miró disculpándose antes de continuar—. Es Tiffany. Ha estado intentando contactar contigo en tu móvil, pero no has respondido.

Adam me lanzó una última mirada antes de abrir las puertas y desaparecer dentro. Mientras le veía alejarse de mí sin mirar atrás, me di cuenta de que, aunque afirmara no ir al baile con ella, acababa de elegir una llamada telefónica con Tiffany en lugar de hablar conmigo, lo que sentí como una puñalada en el corazón. Había sobrevivido a la pérdida de dos de las personas más importantes en mi vida, pero no estaba segura de poder soportar perder a Adam. Sin embargo, no tenía elección, porque él obviamente había tomado su decisión, partiéndome el corazón en dos.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Al mirar a Miles a la mañana siguiente, sentí la misma curvatura involuntaria de mis labios que había tenido con Tiffany anoche. Adam había invitado a Miles a Silver Bells para conocer al equipo, pero al entrar y encontrarme con Miles y sus diseñadores, les había oído hablar sobre quitar las decoraciones navideñas tan pronto como firmara el papeleo.

¿Cuál era la prisa? ¿No podía dejarlas puestas hasta Navidad?

Miles me saludó con un gesto mientras yo atravesaba el vestíbulo. —Faith, ¿cómo estás? ¿No es emocionante? Oye, ¿qué es lo que dicen sobre el equipo, eh? No hay...

—¿No hay "yo" en equipo? —dije, mirándole impasible y recordándome a mí misma que trabajar para Miles era ahora mi trabajo.

Él sonrió radiante. —¡Eso es! Pero hay una "t" y tomaré el mío con dos de azúcar, gracias.

Mientras me alejaba, murmuré entre dientes: —Pero "equipo" rima con "grito", que es lo que me apetece hacer.

Adam convocó una reunión de personal y mientras los empleados de Silver Bells se reunían, miré de una persona a otra y luego a otra más. Me había encantado trabajar con esta gente durante el último año. Me sentía mal porque no tenían ni idea de que sus vidas estaban a punto de dar un vuelco.

Después de un breve discurso sobre la difícil decisión de vender —el hecho de que no hubiera puesto los ojos en blanco debería haberme convertido en santa—, dijo: —Sin más preámbulos, me gustaría presentaros al nuevo propietario de Silver Bells, Miles Wilson.

Adam se echó hacia atrás para dejar espacio a Miles, quien se colocó frente al escritorio de Harmony, sonriendo. Ni una sola persona aplaudió, incluida yo.

—Hola, *a todos* —dijo, sonando como un presentador de concursos—. Hoy es un gran día para todos nosotros, ya que tomo el relevo de Adam. Ahora, sé que han circulado muchos rumores, así que permitidme aclarar las cosas. Silver Bells no cambiará en absoluto... —Hizo una pausa, mientras unos tímidos aplausos surgían de algunos miembros del personal, y Harmony me miró con curiosidad. Me encogí de hombros—. No, ¡Silver Bells cambiará completamente!

Varias mandíbulas se desencajaron y lancé puñales con la mirada a la nuca de Adam.

—Este pequeño negocio ya ha cumplido su ciclo y ahora es el momento de que se jubile y dé paso a algo nuevo y emocionante. Mañana por la mañana, Adam me cederá oficialmente las riendas antes de volar de regreso a Nueva York. ¡Entonces comenzarán las obras para construir un resort spa de lujo Wilson! —Le gustaban sus pausas dramáticas, pero cuando se produjo un silencio sepulcral, frunció el ceño y continuó—. Pero no os preocupéis, habrá muchos puestos de trabajo para todos, y más además, y traerá muchos más ingresos a la ciudad. Así que todos ganamos. Ahora, ¿hay alguna pregunta?

Harmony levantó la mano. —¿Está diciendo que Silver Bells Luxury Tours ni siquiera estará abierto durante la Navidad?

Miles sonrió, del modo en que un tiburón de dibujos animados sonríe a su presa. —Estoy diciendo que Silver Bells ni siquiera *existirá* para Navidad. Es hora de algo nuevo, más grande y mejor. Como gesto de buena voluntad, todos los miembros del personal podrán utilizar las instalaciones del spa de última generación con un

diez por ciento de descuento. No puedo ser más generoso que eso, ¿verdad? ¿Mmm?

Señal para mi puesta de ojos en blanco interna.

Con la reunión terminada, se podía oír un bajo murmullo de desacuerdo, mientras los miembros del personal susurraban entre ellos en evidente estado de shock. Podía ver a Adam y Miles conversando profundamente en la esquina, antes de que Miles gesticulara hacia el vestíbulo y luego se marchara con aires, sí, *con aires*, hacia la oficina de Adam. Adam se pasó los dedos por el pelo y me miró, antes de asentir con la cabeza hacia la puerta en un gesto de "sígueme". Hasta nuestra discusión de ayer habría seguido a Adam hasta el fin del mundo, pero ahora quería correr en dirección opuesta. A medida que me acercaba a la oficina, podía oír voces alteradas.

—¿Qué les pasa a esta gente? Les ofrezco trabajo y lo único que hacen es quejarse. Deberían considerarse afortunados cuando podría despedir a cada uno de ellos. En serio, Adam, suponía que habías preparado el terreno, allanado el camino para que la transición fuera lo más fluida posible.

—Miles, si pudiera...

—Supongo que es todo lo que puedo esperar de la gente de pueblo pequeño. Sin imaginación. Sin visión. Todos atrapados en una distorsión temporal como una versión nevada de *La casa de la pradera*. Pues más les vale rezar para que no los eche a todos.

Miles hizo una pausa para tomar aire mientras yo llamaba a la puerta.

—Pasa, Faith —Adam no me miró a los ojos—. Cierra la puerta.

Miles recuperó el aliento y comenzó de nuevo.

—No, no cierres la puerta. No la cierres en absoluto. Que sepan lo disgustado que estoy por su ingratitud. Tan desagradecidos cuando hay más de unas cuantas personas trabajando aquí que podrían usar un spa de salud, si entiendes a lo que me refiero.

Me crucé de brazos.

—¿Qué está insinuando exactamente?

—Digamos que no estaban al final de la cola del desayuno —Miles me señaló con el dedo y luego levantó los brazos—. Ahora,

necesito ir a tumbarme en algún lugar oscuro.

Mi mandíbula se abrió de golpe y el silencio flotó en el aire después de que Miles se marchara. Me giré hacia Adam, incrédula por lo que nos estaba dejando, pero realmente no había nada más que añadir a lo que ya se había dicho entre nosotros. Se sentó en la esquina de su escritorio, un gesto ya tan familiar que sentí que me picaban los ojos.

—Faith, no quiero volver a la ciudad con malos sentimientos entre nosotros —su tono sonaba sincero aunque su rostro apenas mostraba emoción mientras extendía una mano—. ¿Sin rencores?

—Claro —tomé su mano extendida y la estreché, pero cualquier calidez que hubiera existido entre nosotros había desaparecido. Esto era un negocio, y lo sabía—. Sin rencores. Buena suerte con la asociación. Adiós, Adam.

Contuve las lágrimas mientras caminaba por el pasillo, sabiendo que no podía derrumbarme en el trabajo aunque mi corazón se sintiera como un dolor sordo en el pecho. Me sentía como una muerta andante, con las piernas tan pesadas que bien podría haber estado encadenada.

No había forma de que pudiera trabajar para Miles, no después de haber tenido primero al Sr. Kline como jefe y luego a Adam, aunque fuera por poco tiempo. A pesar de su plan de venta, Adam se había volcado en Silver Bells, abrazando hasta la última tradición anticuada. Había hecho que el trabajo fuera divertido y Miles... bueno, Miles requeriría un grado épico de paciencia, además de ignorar cada comentario desagradable que saliera de su boca. Sí, eso no iba a suceder.

Una papelera que normalmente estaba junto a la fotocopiadora aparentemente había sido volcada durante la épica rabieta de Miles. Me detuve para recogerla. Mientras enderezaba la tapa, algo dentro llamó mi atención. El muérdago de la Sra. Kline había sido arrugado y tirado, las bayas dobladas sobre sí mismas, y las hojas arrugadas y marcadas.

Adam. Las lágrimas picaron mis ojos ante el pensamiento de que Adam lo había tirado. Pero en mi corazón sabía que él no era una persona mezquina o enojada. El escenario más probable era que el

equipo de Miles hubiera comenzado su demolición de decoraciones navideñas, incluso antes de que hubiera firmado el contrato. Una aterradora vista previa de cómo sería el trabajo.

Abrí la puerta del vestíbulo y entré para recibir una andanada de preguntas que me lanzaban. Harmony se apresuró al frente de la fila, con lágrimas corriendo por su cara, una caja de pañuelos en la mano. Me ofreció uno, pero negué con la cabeza, decidida a no darle a Miles la satisfacción. Hice una nota mental para preguntarle a Harmony dónde compraba su maquillaje: ¡ella no tenía ojos de panda!

Sentí una ráfaga de aire cuando la puerta del baño se abrió detrás de mí, y Miles se acercó y se detuvo a mi lado. Harmony se apresuró a ofrecerle un pañuelo, pero, al darse cuenta de que era el enemigo, lo retiró de nuevo y se dio la vuelta, alejándose ofendida.

—Qué reina del drama. En serio, gente —dijo, elevando la voz—. Es. Solo. Un. Pequeño. Cambio. Controlaos. O adaptaos o marchaos.

Decidí entonces y allí que prefería marcharme. ¿Quizás eso era lo que debería hacer? No podía trabajar bajo el mando de Miles, ¿verdad? Tal vez necesitaba presentar mi renuncia tan pronto como Bernice confirmara que podía empezar en "Todo es Cuesta Abajo Desde Aquí". Pero, ¿cómo me despediría alguna vez de Silver Bells?

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LLEGUÉ a mi apartamento con el corazón dolorido y terriblemente preocupada por dejar Silver Bells, o la versión que pronto sería reinventada del negocio. Quería meterme en la cama, pero entonces pensé en lo que diría la señora King. Me diría que si no podía entender algo, debería hacer algo que tuviera sentido para mí.

Sí, solo había una cosa que me animaría y eso sería hornear galletas con forma de árbol de Navidad como las que mi madre y yo solíamos hacer. Reuní los ingredientes y me puse manos a la obra. Mientras caía la noche, encendí velas que proyectaron un resplandor reconfortante en la cocina. No necesitaba mucha luz porque podría hacer estas galletas con los ojos vendados.

Mientras batía la mantequilla y el azúcar, miré por la ventana la nieve que caía. Era una escena mágica, una en la que normalmente me regocijaría. Pero después de la reunión de hoy con Adam y Miles, una lluvia torrencial y truenos habrían encajado mejor con mi estado de ánimo.

¡Toc-toc-toc!

Mi corazón se detuvo al oír los golpes y mi cabeza se giró hacia la puerta principal. Mi primer pensamiento fue Adam. Menuda negación. Lo más probable es que fuera un vendedor a pesar del cartel de "No admitimos vendedores, gracias" que había comprado por internet y colocado fuera de mi puerta. Suspiro.

¡Toc-toc-toc!

Iba a ignorar los golpes en la puerta, pero cuando sonaron por segunda vez, pensé que era hora de decirle al vendedor que abriera los ojos y leyera el cartel y dejara de molestarme en casa. Dejé la cuchara de madera y me sequé las manos con un paño. Realmente no estaba de humor para hablar, pero respiré hondo para poder ser paciente ya que quería la paz mundial y todo eso.

—Compré el cartel por una razón... —Mi voz se apagó mientras abría la puerta del todo, con una ráfaga de viento helado arremolinándose alrededor de mis tobillos. Mis ojos se abrieron como platos al mirar unos ojos marrones almendrados que se parecían exactamente a los míos (bueno, con algunas arrugas de risa añadidas)—. ¡Mamá! ¿Qué haces aquí? Se supone que deberías estar en Florida.

—Oh, bien. Estás viva —dijo mamá, mientras me besaba en la mejilla, con copos de nieve en su pelo como confeti sobre una novia —. No lo habría adivinado considerando que ni te molestas en devolverle las llamadas a tu propia madre.

—Lo siento mucho, mamá —dije, avergonzada—. He estado intentando...

Mamá me miró, arqueando su ceja izquierda.

—Bueno, he visto suficientes episodios de *CSI* para saber que el primer lugar donde buscas a una persona desaparecida es el último sitio donde la vieron. Supuse que sería aquí.

Me puse la mano sobre la boca.

—No puedo creer que simplemente cogieras un avión y vinieras a Montana. Ha sido un caos aquí. Tenía la intención de devolverte la llamada y luego, bueno, ya sabes —le cogí el abrigo y luego señalé hacia la cocina, siguiéndola.

—Tuve suerte de llegar —dijo mamá, observando con la mirada la mesa cubierta de harina y el bol de mezcla—. Cerraron el aeropuerto justo después de que aterrizáramos debido al tiempo, lo que no puedo reprocharles. Estaba en la playa en Florida todo el día de ayer. Así que, ¿esto? No es exactamente mi clima favorito. Pero, pensé que aquí había una crisis, así que no podía quedarme lejos. Y parece que tenía razón.

Puse el hervidor y saqué dos tazas de café.

—¿Qué quieres decir?

—¿Galletas de árbol de Navidad? ¿Luz de velas? Esto es exactamente lo que solía hacer por ti cuando eras una niña pequeña y algo te había disgustado. —Esperó mientras el hervidor llegaba a ebullición, siendo el único sonido durante unos momentos. Vertí agua caliente sobre el café molido y en las tazas, añadiendo un chorrito de leche para mamá y nata y azúcar para mí.

Me senté, colocando las dos tazas humeantes sobre la mesa, y observé cómo mamá cogía la cuchara de madera y continuaba batiendo la mantequilla y el azúcar. Trabajó en silencio durante un par de minutos y finalmente me lanzó una mirada.

—¿Me lo vas a contar? ¿O me harás adivinarlo?

—Es trabajo —dije, deseando que fuera *solo* el trabajo el problema. Metí el dedo en el bol con la masa de galletas y luego lo lamí. Algunas tradiciones son buenas para siempre—. Van a cerrar Silver Bells y construir un lujoso balneario. Firman los contratos mañana y después se acabó, no habrá más Silver Bells Luxury Tours.

—¿Eso es tan malo? —preguntó mamá.

—¡Sí! —respondí, con más énfasis del que pretendía. ¿Por qué esperaba que mi madre lo entendiera? Era la señora King quien siempre parecía comprender mis problemas.

Mamá se estiró por encima de la mesa y me acarició la mejilla.

—Estás tan pálida, cariño. ¿Quizás esto sea lo mejor? Podrías volver a Florida conmigo, tomar algo de sol, absorber un poco de vitamina D. Tu padrastro y yo estaríamos encantados de tenerte con nosotros hasta que te asentaras —dio un sorbo a su café—. He estado muy preocupada por ti, Faith. Cuando no devolviste mis llamadas tuve que venir a ver por mí misma que estabas bien, y menos mal que lo hice porque claramente no lo estás.

Suspiré.

—Mamá, es por ti y por Charles que me mantuve alejada, pero ahora que he vuelto solo quiero vivir aquí. No me mires así —tomé la mano de mamá por encima de la mesa—. No vosotros dos personalmente, sino el divorcio. Sé que ya era adulta, pero hay algo en que tus padres se divorcien que te hace sentir como una niña

otra vez, y sinceramente no sabía cómo manejarlo. Os quiero a papá y a ti por igual, y sentía que me estaban partiendo en dos. Volver a casa fue lo mejor que pude hacer, porque me ayudó a dejar de evitar todos esos sentimientos contradictorios que tenía hasta que fui lo suficientemente fuerte para aceptar la separación.

Mamá miró la mesa.

—Y aun así, aquí estás, haciendo galletas con forma de árbol de Navidad.

—He sido feliz aquí, mamá. Cuando regresé, la señora King me tomó bajo su ala. En cierto modo, fue una figura materna para mí.

—Pero ya tienes...

—No lo digas —hice una pausa, con los ojos llenándose de lágrimas—. Sé que ya tengo una madre, pero estás ocupada lidiando con tus propias cosas, y ella fue un refugio seguro para mí. Y luego me presentó a Larry Kline.

Mamá resopló.

—¿Y supongo que él fue una figura paterna para ti?

Suspiré.

—No es así, mamá. Me dio trabajo en Silver Bells, y eso fue lo que me ayudó a superar la muerte de la señora King. Estaba devastada cuando murió. Era la mujer más amable y vibrante que jamás había conocido. No te pongas celosa, tú siempre dijiste lo mismo.

Mamá abrió la boca para hablar, pero pareció pensarlo mejor y volvió a cerrarla.

—Y las cosas fueron terribles después de su fallecimiento. El señor Kline me enseñó a dirigir Silver Bells, me enseñó todo lo que había que saber sobre ello, sobre la Navidad, y ahora se ha ido y van a convertir el mejor lugar del mundo en un *balneario*! —me froté la frente, pensando que el problema del trabajo era bastante malo, pero también había perdido a Adam. El primer chico con el que había conectado tan profundamente. Mi corazón se encogió.

Mamá arrugó la nariz.

—Bueno, un balneario no es algo malo. Me encantan los balnearios.

Puse los ojos en blanco.

—Mamá, lo más cerca que estoy de un balneario es cuando abro el lavavajillas. Yo creo en alimentar el alma, no mimar el cuerpo.

—¿No puedes hacer ambas cosas? —rio, sosteniendo su taza entre las palmas—. ¿Te he contado alguna vez por qué te pusimos Faith? Es porque habíamos intentado e intentado quedarme embarazada y cuanto más tiempo pasaba, más disgustada me ponía. Pero papá nunca se rindió, y me dijo que solo tenía que tener fe. Y entonces tuve a Faith. A ti.

—Recuerdo esa historia —dije, sonriendo—. Pero siempre es agradable volver a escucharla.

—Eso es lo que necesitas ahora mismo... fe. Justo como lo que yo necesitaba cuando papá me dijo que tuviera fe.

Mis ojos se humedecieron.

—¿Todavía quieres a papá?

Me miró un momento y luego asintió. —Claro que lo sé. Tu padre es un buen hombre, Faith, y tuvimos un matrimonio feliz durante muchos años. Pero a veces las personas se distancian. Nunca me arrepentiré del tiempo que pasamos juntos, ¿cómo podría? Gracias a eso te tenemos a ti —me acarició el dorso de la mano—. Sabes que tienes personas que te quieren, cariño. No necesitas a la Sra. King o al Sr. Kline para ser fuerte. Ya tienes esa fuerza dentro de ti.

—Gracias, mamá —dije, sintiendo cómo el consuelo se extendía por todo mi ser.

—Entiendo que eran importantes para ti, créeme. Yo también he perdido a personas que quiero, y es lo más doloroso del mundo. Pero personas como Melody King y Larry Kline dejan un pequeño trozo de sus corazones con las personas que quieren cuando se marchan. Pero tu fuerza está en ti.

Sonreí entre lágrimas. Era cierto que llevaba un trozo de ambos conmigo y sentía que me animaban ahora. —Me han ofrecido otro trabajo en una estación de esquí más arriba en la montaña. Hablé con la propietaria cuando terminé de trabajar hoy, y me ha hecho una gran oferta. Es un ascenso importante para mí, y viene con un aumento de sueldo significativo. He tenido miedo de aceptarlo... hasta ahora —me levanté y abracé a mamá—. Me alegro de que hayas venido, mamá. Te he echado de menos.

Me mantuvo a la distancia de sus brazos y me miró. —Entonces, ¿todo ha encajado en su sitio?

Asentí.

—¿Entonces por qué sigues con ese aspecto tan devastado?

—Esta conversación va a necesitar algo más que café —dije, abriendo el congelador, sacando un cartón de helado de pistacho y cogiendo dos cuencos antes de sentarme de nuevo. Iba a ser una noche larga—. Larry tenía un hijo llamado Adam —empecé.

Y entonces se lo conté todo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

La temporada navideña debería ser la época del año en la que uno se siente más vivo, y Silver Bells normalmente esparcía magia extra en el aire, pero mientras entraba a trabajar a la mañana siguiente, habría preferido lanzarme de cara contra el montón de nieve que había fuera de la puerta principal de madera. Anoche, un cuenco de helado se había convertido en dos mientras le contaba a mi madre todo sobre Adam, y para cuando terminé de llorar sobre el helado de pistacho, era más de las dos de la madrugada.

Me sentía tan agotada que era un milagro que pudiera mantener los ojos abiertos.

Harmony no estaba en su escritorio cuando entré, así que fui a la cafetería e hice dos cafés (el mío con una dosis extra de cafeína para espabilarme) y luego me senté en el escritorio de Harmony a esperarla. Una caja de cartón en el suelo junto a su silla llamó mi atención: la etiqueta decía *True Grit.*

—Eres un ángel, gracias —sollozó Harmony, con los ojos rojos e hinchados mientras regresaba a su escritorio y recogía la taza de café que le había traído.

Señalé la caja con la cabeza. —¿Qué hay ahí dentro?

Harmony puso los ojos en blanco. —Viles la ha traído a primera hora y me ha pedido... tacha eso, me ha *ordenado* preparar unas bolsitas de obsequios para la gran inauguración del spa.

—¿Viles? —me reí incrédula, pudiendo ver que Harmony estaba tan encantada con Miles como yo. Para nada. Vi cómo Harmony abría la caja y saqué una pequeña bolsa—. ¿True Grit, repleto de hidratantes y un toque de exfoliantes para un acabado verdaderamente suave?

—Ahórramelo —Harmony puso los ojos en blanco, me quitó el sobre y se lo acercó a la cara—. True Grit, porque a todos nos gusta un poco de rudeza.

Nuestras miradas se encontraron y ambas estallamos en carcajadas. Bueno, al menos las lágrimas de Harmony esta vez eran de risa. Abrí un sobre y exprimí la pegajosa sustancia marrón.

—¿Qué es esta cosa? ¿Barro con grava? —pregunté, frotando la muestra en el dorso de mi mano—. ¡Ay! Esa porquería me ha arrancado una capa de piel. —Cogí uno de los pañuelos de Harmony y me lo limpié—. ¿Y dónde está Miles?

—Viles —dijo Harmony, corrigiéndome.

Sonreí. —¿Dónde está Viles ahora? ¿Todavía con Adam, poniendo los puntos sobre las íes y cruzando las tes?

—No, se ha ido, menos mal. Su reunión terminó poco después de que yo llegara. Viles salió de aquí sin siquiera reconocer mi presencia. Un anticipo de lo que viene, me temo. —Abrió otra caja y sacó un pequeño tubo dorado—. Destaca entre la multitud bronceada con esta loción autobronceadora y reclama tu lugar en la playa.

—¿Qué playa? —pregunté, y ambas miramos por la ventana la nieve que caía y el telón de fondo montañoso. El hombre parecía no conocer a su público objetivo. Lo que sea. No es que me importara el éxito de su spa. Pensé en el sobre para Miles que estaba dentro de mi bolso—. Tengo algo que contarte —dije.

—¿Qué? Por favor, dime que es algo que me va a animar.

—Bueno... —miré la caja de pañuelos en el escritorio para asegurarme de que estaba al alcance de Harmony—. En realidad, he aceptado la oferta de Bernice en It's All Downhill From Here. Quiere que empiece lo antes posible, así que voy a presentar mi renuncia.

—¿Te vas? ¿Es que el barro con grava no significa nada para ti?

—Lo siento —dije, poniéndole cara de pena comprensiva—. Espero que Miles... perdón, *Viles*, me libere hoy sin tener que cumplir las dos semanas de preaviso, ya que este es el último día que Silver Bells estará abierto. Todavía no puedo creer que no lo mantenga abierto hasta Navidad.

—No puedo creer que te vayas de Silver Bells —dijo, empezando a hipar. Sus ojos se llenaron de lágrimas y le acerqué la caja de pañuelos.

—Silver Bells me está dejando a mí —contesté, dándole un abrazo y apartándome cuando se sonó la nariz con tanta fuerza que sonó como una sirena de niebla.

—¿Es esto lo que realmente quieres? O sea, sé que te encanta tal y como está, pero ¿sería tan malo convertirlo en un spa? —Harmony ni siquiera parecía creer en sus propias palabras, y mucho menos sonaba mínimamente convincente.

Negué con la cabeza. —No, no es lo que quiero en absoluto. Pero lo que quiero no puede suceder, así que esta es la mejor opción para mí. El negocio de Bernice es encantador. Es decir, no es Silver Bells, pero es un lugar estupendo. Y tenía tantas ideas para él y ella parecía valorar mis aportaciones, lo que me entusiasmaba. Un spa simplemente no es para mí.

—¿Esto no es lo tuyo? —preguntó, deslizando otra caja por el escritorio hacia mí.

—Magnetiza con Magnet-Eyez, las pestañas postizas que utilizan pequeños imanes para adherirse a las naturales —dije, leyendo las instrucciones. Luego saqué una pequeña caja transparente y la abrí.

Harmony hizo una mueca. —Puaj, parecen arañas.

—¿Te imaginas a alguien con estas besando a alguien que tiene un piercing en el labio? —pregunté, mientras una situación ridícula pasaba por mi cabeza—. Las pestañas magnéticas podrían migrar de su ojo al labio de la otra persona, y acabarían pareciendo Charlie Chaplin.

Harmony sostuvo las tiras de pelo sobre su labio como un bigote, lo que me hizo estallar en carcajadas.

—Paso de las pestañas magnéticas. —Abracé a Harmony de nuevo y luego me puse de pie—. Ya que Miles no está, será mejor

que hable con Adam sobre mi dimisión.

Ella asintió mientras yo caminaba hacia la oficina de Adam con el corazón encogido. Ya sería bastante difícil despedirme de Harmony, pero al menos ella y yo seguiríamos en contacto. Ahora tenía que despedirme de Adam para siempre y no estaba segura de cómo iba a conseguirlo.



Llamé a la puerta del despacho de Adam y esperé a que respondiera. Normalmente entraría sin más, pero las cosas habían estado tan tensas entre nosotros que sentía que necesitaba permiso para entrar.

—Adelante —llamó.

Cuando abrí la puerta, lo encontré sentado detrás de su escritorio, pero en lugar de su habitual traje de negocios a medida, llevaba un festivo jersey rojo y vaqueros. Por un momento, el nudo en mi garganta me impidió hablar.

Me sonrió. —Buenos días, Faith.

Mis pies permanecieron clavados en su sitio mientras me aclaraba la garganta. —Buenos días, Adam. Perdona, es solo que... tu jersey me ha desconcertado un poco, eso es todo.

Él miró su atuendo, la lana roja salpicada de copos de nieve, el dobladillo blanco tejido para que pareciera una profunda ventisca. —¿No te gusta? Pensaba que la Navidad era lo tuyo.

Asentí. —Sí, me gusta, pero te pareces tanto a tu padre sentado ahí, con ese jersey. Me ha sorprendido, eso es todo. —Tragué saliva con fuerza para deshacer el nudo en mi garganta, que amenazaba con manifestarse en forma de lágrimas. Ahora me tocaba a mí revisitar mi Navidad pasada.

Adam se levantó y caminó hasta la parte delantera de su escritorio, acomodándose en su sitio habitual. —¿Qué puedo hacer por ti, Faith?

Su sonrisa y su actitud relajada me confundieron, ya que había sido tan frío conmigo las últimas veces que lo había visto. Sentí el

fuerte impulso de disculparme, lanzarme a sus brazos y besarlo. Pero de alguna manera me resistí.

—Esperaba que Miles estuviera aquí —dije.

Adam levantó una ceja y se cruzó de brazos. —¿Ah, sí? Bueno, por lo que he oído, debes de ser la única que espera ver a Miles. Es como un gusto adquirido.

Quería sonreír, pero temía que la sonrisa se transformara en llanto, y de ninguna manera quería que la última imagen que Adam tuviera de mí se pareciera a una fuente. Así que saqué la carta de mi bolso y se la entregué. Su mano rozó la mía al tomar el sobre, enviando un delicioso escalofrío por mi columna vertebral, una columna que necesitaba recordar que tenía si iba a seguir adelante con este plan.

—¿Qué es esto? —preguntó, leyendo el nombre de Miles en el frente.

—Esperaba que Viles, eh, quiero decir, Miles, estuviera aquí para poder entregársela.

La boca de Adam se crispó. —¿Y?

Esto era más difícil de lo que esperaba, por todas las razones equivocadas. Los ojos de Adam sonreían aunque su boca no estuviera curvada hacia arriba. ¿Significaba eso que *disfrutaba* de mi incomodidad?

Me aclaré la garganta. —La carta es mi dimisión. La dirigí a Viles, ejem, *Miles*. —La boca de Adam volvió a crisparse—. Ya sabes, puesto que ahora es mi jefe. Pero Harmony dijo que se marchó después de vuestra reunión, así que pensé que debería entregártela a ti. Esperaba que me permitiera irme sin el preaviso habitual, ya que Silver Bells cierra después de hoy.

Adam dejó la carta en el escritorio a su lado y volvió a centrar su atención en mí.

Respiré hondo. —Me encantaba Silver Bells, pero ha llegado el momento de marcharme. Nunca fue lo mismo sin tu padre, y esperábamos... —me interrumpí, sin estar segura de si podría continuar sin llorar—. Esperábamos que cuando vinieras aquí continuaras donde el Sr. Kline lo dejó. Pero sé que fue ingenuo por nuestra parte.

Asintió, pareciendo entender lo que estaba diciendo.

—En fin, las cosas no salieron así, y me esforcé mucho para que te enamoraras de Silver Bells, pero una cosa que he aprendido es que no se puede apresurar el amor.

—*No, solo hay que esperar*.

Fruncí el ceño. —¿Perdona?

Sonrió. —Phil Collins, pensé que te gustaba citar letras de canciones.

Negué con la cabeza, molesta por su frivolidad cuando yo estaba tan visiblemente angustiada. —El amor no puede forzarse y lo siento por haberte presionado tanto y tener expectativas de que mantuvieras el negocio. No eres tu padre, y fue injusto por mi parte no tener en cuenta lo que tú querías. Te has vuelto urbanita.

—¿Urbanita?

—Sí, no lo digo de forma negativa. —Lo último que quería era ofender a Adam, precisamente hoy—. Solo quiero decir que te has acostumbrado al ajetreo de la vida en Manhattan, así que supongo que volver aquí fue un shock para tu sistema. A algunas personas no les gusta lo tranquilo, pintoresco y encantador.

Adam se levantó y caminó hacia la ventana, mirando el paisaje nevado. —Oh, ha tenido sus momentos, créeme —dijo—. Además, *tú* te fuiste y volviste, así que este pueblo claramente tiene sus méritos. —Se apartó de la ventana y se sentó contra el alféizar, mirándome.

—Sí, pero eso fue diferente, Adam. Tuve que alejarme del divorcio de mis padres, necesitaba escapar, y volver aquí fue como ponerme un viejo jersey favorito que había olvidado que tenía. Era reconfortante, seguro y cálido.

Sonrió ampliamente. —¿Cálido? ¿En Christmas Mountain?

Puse los ojos en blanco, preguntándome por qué estaba tan animado cuando esto era tan difícil. —No estoy hablando del clima, estoy hablando de la gente, del sentido de comunidad, de las tradiciones.

Asintió. —Lo sé, solo estoy bromeando contigo.

Le miré y me golpeó de nuevo cuánto iba a echar de menos sus bromas. Echarle de menos a *él*. —Lo primero que quería hacer era

entregarte esa carta —señalé con la cabeza hacia el sobre en el escritorio de Adam—. Quería venir a despedirme de ti. Sé que nos conocemos desde hace solo unas semanas, pero siento que nos hemos vuelto cercanos.

Su mirada se desvió hacia la entrada, donde habíamos compartido nuestro primer beso.

—Llegué a considerarte no solo como mi jefe, sino también como mi amigo —parpadeé para contener las lágrimas.

Adam miró mi mano por un momento, antes de levantarse y caminar hacia mí. Cuando se acercó, di un paso atrás, sabiendo que si me decía algo amable, me derrumbaría y lloraría.

—¿Es así como me ves, Faith?

Miré sus ojos. —¿Eh?

Se acercó más, parándose directamente frente a mí, y tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. —¿Solo me ves como tu jefe y tu amigo?

Miré sus ojos azules confundida. —Adam, ayer dejaste abundantemente claro que soy tu empleada y nada más. Pero para responder a tu pregunta, no, no es así como te veo. Si pudiera retirar todo lo que dije e hice para sabotear a tus posibles compradores, lo haría. Estuvo mal por mi parte.

—Lo estuvo —dijo él.

—Pero quiero que sepas que no fue por malicia. Quería tanto a Silver Bells que me resultó difícil dejarlo ir —dije, tomando un gran respiro para decir lo que necesitaba a continuación—. De alguna manera, me enamoré de ti, Adam. Saber cuánto te he herido me mata, y si pudiera retirar todo lo haría. Pero no puedo, y lo sé. Así que, por favor, déjame simplemente despedirme de ti y de Silver Bells y dejar las cosas en buenos términos.

No dijo nada, así que le rodeé con mis brazos por última vez y le abracé fuerte, antes de soltarle y dirigirme a la puerta. —Adiós, Adam.

Él llegó a la puerta abierta antes que yo y la cerró.

—Um, se supone que debes esperar a hacer eso hasta que yo esté al otro lado.

Me dedicó media sonrisa y volvió al escritorio, donde se sentó en su lugar habitual. Señaló una de las sillas, así que me senté, sintiéndome aún más confundida.

—El día de ayer fue bastante revelador para mí, Faith. Cuando vi lo disgustado que estaba Miles por la *ingratitud* del personal de aquí —dijo, imitando la voz de Miles y agitando los brazos con un gesto extravagante, haciéndome reír a pesar de mí misma—, me di cuenta de lo mal que encajaría aquí. Podía imaginar a mi padre en la Gruta-de-Santa-en-el-cielo mirándome, negando con la cabeza ante lo que dejé que pasara con su arduo trabajo.

Me quedé sentada en silencio, esperando a que continuara.

—Me fui a la cama anoche, pero algo me mantenía despierto. Ese berrinche realmente me había molestado, lo cual era ridículo porque el negocio, esencialmente, ya no era mío, y como nuevo propietario, Miles podía tener todos los berrinches que quisiera. Y sin embargo, algo no estaba bien.

Me mordí el labio, preguntándome a dónde quería llegar con esto.

—Tenía todo lo que quería —extendió los brazos y se encogió de hombros—. Había vendido el negocio por suficiente dinero para comprar mi parte de la sociedad y podía volver a Manhattan con todos los cabos atados. Era perfecto excepto que... no lo era.

—¿No lo era?

—Así que, después de dar vueltas durante unas horas, me levanté, me vestí y subí hasta El Árbol de los Deseos.

Abrí los ojos como platos. —La última vez que fuiste a El Árbol de Compartir, estabas *muy* reacio a ir. ¡Además, nevó muchísimo anoche! —dije, pensando que era un comentario bastante tonto.

Sonrió. —Ni que lo digas. En fin, necesitaba hablar con mi padre. —Caminó de nuevo hacia la ventana y miró afuera, antes de volverse hacia mí—. ¿Puedes recordar lo que me dijiste cuando apareció el búho, Faith?

Asentí, con los ojos llenándoseme de lágrimas. —Dije que tu padre te había perdonado.

Regresó al borde del escritorio. —Exactamente. Y hace un momento, cuando entraste, ¿me dijiste que te recordaba a él?

Asentí de nuevo.

Tomó mis manos entre las suyas, frotando distraídamente sus pulgares sobre mis muñecas. —Entonces, si te recuerdo tanto a él, ¿por qué es difícil creer que también soy una persona que sabe perdonar?

—Adam, yo no...

—Déjame terminar, Faith. Había muchos más adornos en el árbol esta vez, pero el adorno de '*Twas the Night Before Christmas*' que me diste para colgar por mi padre estaba allí, justo al frente, y al mirarlo, me di cuenta.

—¿El adorno te golpeó? —pregunté. Ahora estaba *realmente* confundida.

Negó con la cabeza. —No, Faith. La verdad me golpeó. Papá no había construido Silver Bells para él mismo, lo había construido para mí —dijo.

—Pero tú ni siquiera estabas aquí, Adam. Estabas en Nueva York.

—Lo sé. Había dejado atrás Christmas Mountain y lo había borrado de mi mente. —Asintió de nuevo—. Fue algo que dijeron los Johnson lo que sembró la semilla, aunque solo era una idea en el fondo de mi mente. No podía quitarme la sensación de que había algo que me estaba perdiendo. Me contaron que querían Silver Bells para que algún día, sus hijos y nietos pudieran dirigirlo.

—Pero los rechazaste. No tenían suficiente dinero para tu precio de compra.

—Sí, lo sé. Pero hay más. También estaba enfadado contigo, y dolido. No, no te disculpes otra vez.

Cerré la boca.

—Allí de pie, mirando ese adorno, las últimas semanas pasaron por mi mente como una película: los paseos en trineo, encontrar a Rudy, el día en la Gruta de Papá Noel, y sí, incluso lo ridículo de vestirme como un elfo, el desfile de perros, y todos ellos, todos los mejores momentos, los momentos que me hicieron sonreír, los había pasado contigo, Faith. Por fin había encontrado la magia que mi padre había dejado para *mí*.

Se me hizo un nudo en la garganta. —¿De verdad?

—Así que en vez de irme a casa, volví aquí por esto. —Cogió una caja que yo había traído hace unas semanas cuando decoré su oficina. El sello estaba roto. Abrió la tapa y me entregó un dibujo infantil.

El dibujo era de una escena de nieve hecha con tiza sobre papel negro, la tiza estaba difuminada, dándole una calidad casi brumosa. Miré a Adam. —Es bonito.

Señaló el papel. —Mira otra vez. ¿Qué ves?

—Es una casa, con humo saliendo de la chimenea, ¿y una bandeja de galletas enfriándose en el alféizar de la ventana?

Asintió y me entregó otro dibujo.

—¿Y esto parece una juguetería?

Puso otro dibujo en mi mano.

—Y este es más grande, con lo que parece ser... —entrecerré los ojos—. ¿Una hoguera? Puedo verla a través de las ventanas, oh, y Papá Noel de pie en la entrada.

Adam tomó los dibujos y los colocó en círculo con la imagen de Papá Noel en el centro.

Ahogué un grito. —¡Oh! Eso se parece exactamente a...

—La Cabaña de Papá Noel, la Cocina de Cookie y el Taller de los Elfos —dio la vuelta a las imágenes una por una para que pudiera leer lo que estaba escrito en el reverso.

—El Pueblo de Papá Noel en el Bosque, Adam Kline, siete años.

Miré fijamente a Adam, abriendo mucho los ojos. —Después de que te fuiste a Nueva York, tu padre dio vida a tus dibujos. Es increíble.

Me entregó otro dibujo de una flecha clavada en un árbol, con las palabras "Cabaña de Papá Noel" escritas en ella. —Ese es el cartel que te pedí que repintaras el primer día. ¿Y esto? —Me entregó otro dibujo—. Este es el trineo de Papá Noel. Y esto también estaba en la caja.

Levanté el sonajero plateado, con el nombre de Adam, su peso y fecha de nacimiento grabados. —¡Silver Bells! —exclamé—. Construyó todo este negocio para ti.

—Sí, me ha llevado bastante tiempo entenderlo —sacudió la cabeza, con las comisuras de sus labios temblando—. Solía contarles

cuentos a mamá y papá todas las noches en los días previos a Navidad. Tan pronto como llegaba el uno de diciembre, los cuentos para dormir se sustituían por mis historias navideñas, donde describía todo lo que sucedía en la Cabaña de Papá Noel. Papá se unía y describíamos este mundo mágico lleno de elfos y renos, y Papá Noel, y luego, cuando empezaba a tener sueño, mis padres me leían "*Era la noche antes de Navidad*" hasta que me quedaba dormido.

Adam sonrió con lágrimas en los ojos, pero yo de repente estaba furiosa.

—¿Te diste cuenta de esto anoche y aun así viniste aquí esta mañana con *Viles*, que es tan *vil*? Lo siento, pero Harmony tiene razón en que es *vil* y ¿firmaste el contrato de todos modos? Él puso su corazón y alma en Silver Bells por ti, por esa parte de ti que de alguna manera habías olvidado. ¿Cómo puedes dejar que algo tan especial vaya a parar a un hombre que usa barro como exfoliante facial?

—Faith... —Tomó mis manos de nuevo y se inclinó hacia mí—. *No* firmé. Decidí anoche vender mi apartamento de Manhattan en su lugar. Voy a volver a Christmas Mountain.

Parpadee. —¿En serio?

—Sí, voy a mantener Silver Bells exactamente como mi padre lo concibió —Me devolvió la carta que había estado sobre su escritorio —. Por supuesto, Miles tuvo un ataque de rabia, despotricando sobre cómo no se podía confiar en la gente de pueblo para dirigir un negocio de verdad. —Adam sonrió—. Así que le dije: Es. Solo. Un. Pequeño. Cambio. Miles.

Mi boca se abrió. —¿De verdad hiciste eso?

Asintió, mirándome esperanzado. —¿Gestionarás el lugar por mí?

Era mucho para asimilar. —Me alegra muchísimo que Silver Bells no vaya a desaparecer. Muchas gracias por la oferta, pero tengo que rechazarla.

Frunció el ceño. —¿Qué?

—He aceptado la oferta de trabajo de Bernice en It's All Downhill From Here. Empiezo tan pronto como pueda dejar esto y estoy emocionada por ello. Silver Bells ha sido mi manta de confort. Ya es

hora de que me valga por mí misma. Pero —dije, mirando detrás de mí por el pasillo en dirección al escritorio de Harmony—, conozco a alguien que sería genial dirigiendo este lugar, aunque la empresa de pañuelos seguro que echará de menos sus pedidos al por mayor.

—Te entiendo y te apoyo.

Por supuesto que lo hacía. Ese era el tipo de chico que era. —Cada uno debe hacer lo que es correcto para sí mismo. Yo también debería haberte apoyado desde el principio.

Me entregó una hoja de papel. —Lee esto, pero antes de que lo hagas, debes saber que la primera vez que nos besamos todo cambió para mí. Había venido aquí para vender un negocio, no para enamorarme, pero lo hice. Has sido lo único en lo que puedo pensar, Faith.

Mis ojos se humedecieron de nuevo.

—Cuando ocurrió aquello con Connor, por supuesto que me dolió, pero ahora me doy cuenta de que fue más que eso. Creo que fue una excusa para enfadarme contigo y que fuera más fácil volver a Manhattan. Porque alejarme de ti sería algo imposible para mí, Faith. Ese beso cambió mi vida.

DESPLEGUÉ la hoja de papel y comencé a leer.

FUE el beso antes de Navidad, cuando todo comenzó,
Bajo el viejo muérdago, una mujer, un hombre.
El oropel colgaba, el árbol lucía bien,
Y él solo la tenía a ella en su mente.

LA PAREJA se acurrucaba en los brazos del otro,
Mientras Adam caía rendido ante los encantos de Faith.
Pero poco sabía él que ese era solo el comienzo,
Aquel beso bajo el muérdago que capturó su corazón.

LOS PASEOS en trineo que compartieron, los renos que encontraron,
Solo acercaron más a la pareja, cómo hacía latir su corazón.

Ella lo llevó al Árbol Solidario una noche,
Le hizo ver cómo había perdido completamente el rumbo.

Pero por más que lo intentara, no podía evitar enamorarse,
Incluso cuando estaba enfadado en el baile de Silver Bells.
Solo era una excusa, para evitar que su corazón se rompiera,
Porque seguro la perdería con la elección que estaba tomando.

Así que tomó una decisión, viviría el sueño,
Que tuvo de niño, y que su padre había visto.
Di que no es demasiado tarde, que podría haber una manera,
De que seas mía si prometo quedarme.

Ni siquiera intenté detener las lágrimas que corrían por mis mejillas. Me lancé a sus brazos y él me abrazó fuerte, mucho más fuerte de lo que jamás me habían abrazado, como si todo lo que sentíamos el uno por el otro estuviera en ese abrazo. Adam se quedaba en Christmas Mountain. Apenas podía creerlo mientras enterraba mi cara en su pecho, su jersey rojo haciéndome cosquillas en la piel. Me reí.

Me acunó las mejillas. —Te quiero, Faith.

—Yo también te quiero, Adam —susurré.

Y entonces nos besamos junto al escritorio y desde algún lugar del exterior escuché un débil pero familiar *jo-jo-jo*, que me hizo apartarme de Adam. Levanté la mirada hacia sus ojos azul hielo que brillaban de asombro, haciéndome preguntarme si él también lo había oído. Pero no dijimos nada, simplemente sonrió y me besó de nuevo, con campanillas de plata tintineando en la distancia.

EPÍLOGO

Ser la novia del jefe tenía ciertos privilegios, como no tener que dar dos semanas de preaviso en Silver Bells. Adam ascendió de inmediato a Harmony, que oscilaba entre llorar porque me iba y chillar porque había recibido un ascenso. Por muy triste que estuviera por marcharme, estaba realmente emocionada por empezar en It's All Downhill From Here.

Miré alrededor de mi nueva oficina y sonreí. A diferencia de mi pequeña (pero muy querida) oficina en Silver Bells, esta era grande y luminosa, y tenía las vistas más magníficas desde la montaña, y por supuesto, más espacio significaba más sitio para decoraciones navideñas, aunque ya fuera la mañana de Navidad.

Bailé mientras daba los últimos toques a mi árbol, cantando alegremente, *"Santa Claus is coming to town."* Sonreí, recordando la última vez que había escuchado esa canción, lo que parecía una eternidad atrás. Tantas cosas habían cambiado desde entonces.

Resultó que Adam *era* Papá Noel. Había salvado Silver Bells y, posteriormente, a mí. Me llevó tiempo darme cuenta de que no necesitaba que me salvaran en absoluto. Llevaba a Melody King y Larry Kline en mi corazón, pero podía valerme por mí misma.

Me aparté para examinar mi obra. Me había llevado la mayor parte de la mañana organizarlo todo, pero ahora que tenía mi

escritorio y todas mis pertenencias aquí, además de las decoraciones, finalmente parecía mi oficina.

Oí una tos detrás de mí y me di la vuelta. —Adam Kline, ¿te pasas la Navidad merodeando en la puerta de todas las chicas? —pregunté.

Estaba de pie en la puerta abierta, con aspecto relajado y feliz. Volvía a llevar traje, pero había desaparecido la corbata al estilo de Nueva York y en su lugar lucía una versión con rayas de bastón de caramelo. Me acerqué a él y se la enderecé, antes de ponerme de puntillas y besarle en la mejilla.

Me sonrió. —¿Estás lista?

Miré alrededor de mi oficina y asentí. —Creo que sí, aunque tengo que decir que me alegro de que sea el día de Navidad, porque estoy agotada.

—¿No demasiado cansada para la cena de Navidad, espero?

Negué con la cabeza. —Definitivamente no. También estoy deseando que llegue La Extravagancia Navideña.

Adam iba a llevarme a cenar a Silver Bells y sería la primera vez que pisaría el lugar como visitante y no como empleada. Estaba emocionada por verlo desde una perspectiva diferente, y feliz de seguir formando parte del lugar que había desempeñado un papel tan importante en mi vida.

—Bien, porque hay gente esperándote. —Me sostuvo el abrigo para que me lo pusiera, y luego me envolvió la bufanda alrededor del cuello—. El vuelo de tu padrastro acaba de aterrizar, así que pronto estará allí con tu madre. Morgan y Dallas han dicho que se pasarán, junto con su hermano, y también Ruby. El novio de Harmony irá a encontrarse con ella, aunque me ha pedido que te diga que están discutiendo otra vez.

—¿Lo están?

Levantó las manos. —No quiero saber nada más.

Puse los ojos en blanco. —De verdad que no.

Se puso serio mientras deslizaba sus brazos alrededor de mí. —Gracias, Faith.

Le sonreí. —¿Por qué?

—Por todo —dijo, mirándome a los ojos.

Sin necesidad de más palabras, supe exactamente a qué se refería. —Ha sido un placer.

Me besó en la cabeza. —Hoy estaba pensando de nuevo en los Johnson.

—¿Ah, sí? ¿Entre viaje y viaje transportando mis cosas hasta aquí?

Asintió con la cabeza. —Tenían buena idea. Me gustaría que *nuestros* hijos, y un día nuestros nietos, se hicieran cargo de Silver Bells.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras asentía, demasiado emocionada para decir más.

—Ah, antes de que se me olvide... —Sacó algo de su bolsillo, cogió el martillo y uno de los clavos que había estado utilizando antes para colgar cuadros. Se dirigió a la puerta y colocó nuestro viejo ramito de muérdago sobre ella, clavándolo con suavidad, con sus hojas todavía dobladas y arrugadas, y sus bayas aún aplastadas.

Me reí. —Tiene un aspecto un poco deteriorado, ¿no?

Adam me atrajo bajo el muérdago con él y me rodeó con sus brazos. —No importa lo grandes que sean los desafíos, algunas cosas están destinadas a sobrevivir.

Y entonces bajó sus labios hasta los míos y compartimos un beso largo y prolongado que prometía que nuestro futuro sería alegre y brillante.

FIN

NAVIDAD CON EL POSADERO

Susan Hatler

Para ti, estimado lector.
Que tu temporada navideña
sea alegre y radiante.

CAPÍTULO UNO

Salí del taxi y entré en un paraíso invernal que me hizo darme cuenta de que *no* debería haber llevado tacones a Christmas Mountain, Montana, en diciembre. Gran error. Este clima no era amigo de mis imitaciones de Christian Louboutin, eso estaba claro.

Mientras la parte superior de mis pies empezaba a congelarse y el taxista sacaba mi equipaje del maletero, me quedé de pie en la acera contemplando la extensión de decoraciones navideñas en la calle principal y pensé *vaya*. Era evidente que este pequeño pueblo se llamaba Christmas Mountain por una razón.

A solo dos semanas de Navidad, había coronas, lazos y luces centelleantes por doquier, complementando la nieve blanca que bordeaba ambos lados de la acera. Di gracias a mis estrellas de la suerte por haber comprado botas de nieve y haberlas metido en mi equipaje antes de salir de Nueva York, sabiendo que viajar tan lejos en esta naturaleza salvaje —como lo había llamado mi jefe— no requeriría atuendo de ciudad. Desafortunadamente, no había tenido tiempo de sacar mis nuevas botas de la caja ni de preparar un conjunto apropiado para este clima gracias a haber pasado otra noche en vela en el trabajo.

¿Qué más podía hacer? Había propuesto un nuevo concepto para *Fourteen Days Till Forever* que me había traído aquí para examinar Christmas Mountain como posible lugar para grabar una temporada.

Las tres primeras temporadas de nuestro reality de citas se habían realizado en Bora Bora, St. Barts y la Isla Grande de Hawái. El programa había sido un gran éxito hasta ahora, con todo el mundo y sus madres siguiendo a nuestras tres parejas felizmente casadas en las redes sociales. Como productora de este programa súper popular, le hice una propuesta al productor ejecutivo para hacer algo fresco para la cuarta temporada: un pequeño pueblo americano y nieve.

Toneladas de ideas me vinieron anoche y no pude dormir hasta que cada última idea para aumentar la audiencia quedó plasmada en papel. El último chico con el que había salido me dejó diciendo que era una adicta al trabajo, como si eso fuera algo malo. El trabajo significaba seguridad, algo que nunca había tenido mientras crecía. A los veintiocho años, todavía anhelaba un lugar permanente al que llamar hogar, y si lograba que esta nueva idea funcionara, finalmente lo tendría.

Así que pasaría las próximas dos semanas aquí en Christmas Mountain investigando para el programa. Si aprobaban mi localización, estaría mirando a una bonificación sustancial. ¿Me importaba tener que trabajar durante las vacaciones? Era un poco fastidioso, pero no es como si tuviera una familia que visitar. Una punzada de tristeza atravesó mi corazón ante ese triste hecho. Pero me obligué a centrarme en conseguir esta bonificación y comprar mi propio apartamento.

Me giré para preguntarle al taxista dónde podía encontrar el mejor café del pueblo antes de dirigirme al Sugar Plum Inn para registrarme, pero cuando me incliné para mirar a través de la ventanilla abierta del pasajero, arrancó con un alegre 'que tengas un buen día'.

—Tendré un buen día cuando pueda llegar a la posada y calentar mis pies —dije, mirando alrededor—. Pero primero lo primero... — Necesitaba cafeína antes de quedarme dormida aquí mismo en la acera.

—¿Necesitas ayuda, querida? —preguntó una mujer, mirándome con perplejidad antes de notar el equipaje a mis pies—. Soy Addie Wilcox —dijo, extendiendo su mano.

—Lacey Lane —dije, tomando su mano enguantada con la mía—. Encantada de conocerte.

—¿Estás buscando algún sitio donde alojarte? —preguntó.

Negué con la cabeza, sorprendida por su amabilidad. —Solo un café expreso.

Ella asintió. —Quieres ir a la pastelería Jingle Bells. Su café es excelente, pero, lo más importante, también puedes conseguir uno de sus famosos rollos de canela.

Mi estómago rugió. Me había comido los pretzels que repartía la aerolínea, pero nada más para comer. —Un rollo de canela suena delicioso ahora mismo.

—Los rollos de la pastelería Jingle Bells son simplemente para morirse. Te encantarán. Te acompañaría yo misma, pero llego tarde a una cita para el pelo en el C.M. Salon.

—No hay problema. —Levanté las palmas y luego las junté en posición de oración—. Ya has sido de gran ayuda. Vuelo largo. Necesito la dosis de cafeína.

Sonrió y luego inclinó la cabeza. —¿Estás en el pueblo por placer?

—Negocios —dije, agarrando el asa de mi maleta.

—¿Qué tipo de trabajo haces? —preguntó, parpadeando hacia mí intensamente—. Si no te importa que te pregunte...

—Estoy en el negocio del entretenimiento.

—¿Revista? —indagó, levantando las cejas.

Hmm... Esta señora Addie Wilcox parecía bastante entrometida. Pero una entrometida inofensiva. —Soy productora de *Fourteen Days Till Forever*, el...

—¡Reality de citas! —exclamó, con un fuerte chillido—. Ese es mi programa de televisión favorito. Nunca me pierdo un episodio.

Sonreí. —Nos encanta oír eso.

—Tengo una pregunta para ti, Lacey —se inclinó hacia mí, poniendo una mano en mi brazo—. ¿Puedes decirme si Gabrielle realmente despidió a Jeremy en el episodio siete de la temporada pasada por su pasado? Nunca me dio la impresión de que estuviera diciendo la verdad.

¡Ja! Eso es porque Jeremy había sido colocado para darle drama al programa y nunca fue un verdadero candidato a soltero.

—La escuché decir eso, igual que tú —dije, sinceramente, mientras guardaba para mí el secreto de nuestro programa.

—Mmm... —se dio un golpecito en la mejilla justo cuando su móvil sonó en su bolso—. Es mi alarma. Ahora sí que llego tarde. ¿Puedo preguntar dónde te alojas, Lacey?

—En el Sugar Plum Inn —dije.

Asintió con la cabeza. —El lugar de Randall y Betty Curtis. Te encantará.

—Me alegra saberlo —dije, mientras se alejaba de mí con un gesto de despedida—. Gracias de nuevo.

Asintió. —¡Hasta luego!

Saqué una grabadora de mi bolso y hablé al micrófono. "Dos minutos en Christmas Mountain y ya he conocido a una de las habitantes del pueblo. Súper amable, ambiente de pueblo pequeño. Addie Wilcox se entusiasmó con el programa y recomendó la pastelería Jingle Bells para tomar café y bollos de canela. Azúcar y cafeína son justo lo que necesito ahora mismo y justo lo que nuestros concursantes necesitarán durante el rodaje. Esto va a funcionar", dije, manteniendo una actitud positiva mientras guardaba la grabadora en mi bolso y me dirigía hacia el alegre toldo con las grandes campanas doradas a ambos lados de su cartel comercial.

—Es un pueblecito pintoresco, escondido en las Montañas Rocosas. A los espectadores les encantará —había dicho entusiasmada cuando le presenté la idea a mi jefe, Melvin Pennington. Mi amiga Carol Bennett se había mudado aquí el año pasado, que fue como este pequeño pueblo de montaña apareció en mi radar.

Tiré del asa de mi maleta negra comprada en rebajas mientras caminaba en dirección a las tiendas, pero me di cuenta bastante rápido de que las ruedas en la parte inferior de la maleta estaban hechas para calles de ciudad y no para las calles heladas y nevadas de Montana.

Gruñendo, consideré tener que cargar con la bolsa mientras luchaba con el peso de todos mis diversos aparatos eléctricos que

llevaba dentro: plancha para el pelo (para cuando quería parecer profesional), mi rizador (para cuando quería verme mona), mi secador (porque no quería congelarme saliendo afuera con el pelo mojado) y mi portátil, mi tableta, mi tableta de repuesto, y la variedad de cargadores y cables que iban con todos ellos. Quizás había hecho un equipaje excesivo, pero es mejor estar preparada.

Al otro extremo de la calle principal, divisé una magnífica montaña que se elevaba proporcionando un telón de fondo impresionante. La cima de la montaña estaba cargada de nieve blanca prístina, haciéndola parecer un pastel glaseado con niveles inferiores oscuros que semejaban un bizcocho de chocolate. Pequeñas casas (al menos parecían pequeñas desde donde yo estaba) salpicaban la montaña. Pensé en lo pacífico que debe ser vivir allí arriba, mirando hacia el pueblo. Cadenas de cables zigzagueaban sobre la cinta de carretera, colgando luces multicolores. No podía esperar a que cayera el atardecer para verlas iluminarse como un arcoíris brillante conectando ambos lados de la carretera.

Mientras caminaba por la acera, me maravillé con los nombres de las tiendas, y la niña pequeña dentro de mí no pudo evitar emocionarse al pensar que este era definitivamente el lugar para rodar la próxima temporada. Divisé la pastelería Jingle Bells, el café The Sleigh, y una tienda de muebles llamada Parker's, que parecía compartir el mismo espacio comercial con un salón de belleza, qué concepto más extraño. Sonreí, pensando que todo era tan pintoresco que los concursantes del programa no podrían evitar enamorarse, tanto del pueblo como entre ellos. Con esta nueva localización, ¡la cuarta temporada sería el mayor éxito hasta la fecha!

Mientras deambulaba, ideas para escenas me venían a la cabeza. Imaginé a los concursantes riendo mientras se lanzaban bolas de nieve unos a otros, y parejas paseando del brazo por la calle festivamente iluminada mientras admiraban las encantadoras tiendas. Serían todos gorros de lana y manoplas, con la mujer quitándose la bufanda para envolver el cuello de un muñeco de nieve recién construido, y su cita quitándose su bufanda y

envolviéndola alrededor del cuello de ella para que se mantuviera caliente mientras le besaba tiernamente la punta de la nariz...

¡Ring-ring! ¡Ring-ring! ¡Ring-ring!

Sacudí la cabeza, las visiones de la escena imaginada del programa evaporándose mientras salía de mi ensimismamiento y me di cuenta de que mi teléfono estaba sonando. Me quité uno de los guantes con los dientes antes de hurgar en mi bolsillo para encontrar el móvil. Miré la pantalla, que decía: MELVIN

Pulsé el botón de RESPONDER y saludé a mi jefe, —Hola, Mel. ¿Cómo estás?

—Depende. ¿Cómo va todo por ahí?

Sonreí. —Es perfecto. Deberías verlo.

—No es lo mío. Dame sol, mar y sangría cualquier día. Puedes quedarte con la nieve para los concursantes. Cuando se emita, lo veré desde la cubierta de mi yate —soltó una risa ronca, resultado de demasiados puros y whiskis caros.

—Me parece bien —dije, sintiéndome un poco decepcionada de que no vendría al rodaje si la idea fuera aprobada. Por otra parte, Mel podía ser un poco intenso. Quizás sería mejor que se mantuviera alejado. Pero le debía mucho por darle una oportunidad a una desconocida como yo hace tres años y no quería decepcionarle.

—Mel, voy a llamarte por videollamada. Tienes que ver este lugar. Es como la Navidad hecha realidad. Me dirijo a tomar un café a un sitio llamado Jingle Bells Bakery. En serio —dije, antes de finalizar la llamada.

Volví a marcar el número de Mel y un momento después su rostro llenó la pantalla cuando contestó.

—Bien, Mel. Voy a girarte para que puedas ver la calle principal y la plaza del pueblo. ¿Estás preparado para esto? —presioné el botón para voltear la pantalla para que Mel pudiera ver el panorama mientras yo caminaba, arrastrando mi maleta con una mano mientras sostenía el teléfono para mostrarle a mi jefe el paisaje—. Este pueblo es la personificación de la Navidad. A los espectadores les va a encantar.

—¿Prancer's Pancake House? —preguntó, dejando escapar una risa ronca—. ¡Los índices de audiencia se van a disparar!

Me reí. —Muchas de las tiendas parecen estar relacionadas con la Navidad de una forma u otra. Vi un cartel de Silver Bell's Luxury Tours al bajar del taxi. Cuando me registre en el hostal, tendré que preguntar por ello.

—Encuentra los lugares más encantadores que puedas, Lacey —dijo, haciendo una pausa y dando audiblemente una calada a su puro—. Cuanto más fantasioso sea el pueblo, más espectadores sintonizarán, y todo se trata de los índices de audiencia.

—Claro, los índices de audiencia —dije, sabiendo que esa era nuestra prioridad comercial. Pero encontrar la ubicación perfecta para que los concursantes se enamoraran era igualmente importante para mí—. Voy a entrar ahora a Jingle Bells Bakery. Te llamaré más tar... —Mi voz se cortó cuando mi hombro chocó repentinamente contra una escalera metálica que estaba en mi camino y el teléfono salió volando de mi mano.

A mi lado, escuché un fuerte *golpe* seguido de un gruñido, y un destello de mezclilla pasó por el rabillo de mi ojo. Jadeé horrorizada cuando mi cerebro procesó lo que acababa de suceder: un hombre había estado subido en la escalera. Yo había chocado contra la escalera (que en mi opinión estaba demasiado salida en la acera). El hombre había caído en una maceta gigante de flores de pascua. Vaya.

—¡Oh, no! —exclamé, extendiendo mi mano hacia el hombre que estaba tumbado hacia atrás con la cabeza contra el escaparate de la panadería. La productora que había en mí no pudo evitar anotar mentalmente que esto sería una escena intrigante entre dos concursantes—. Aquí, déjame ayudarte a levantarte.

—Podrías haber dicho simplemente hola —dijo el hombre, antes de tomar mi mano y ponerse de pie. Una generosa cantidad de nieve cubría sus hombros y su gorro. ¿Quizás por mi culpa?

—Lo siento, es que yo... —Levanté las pestañas para explicar mi torpeza y me detuve en seco cuando miré directamente a unos ojos azul profundo que parecían penetrar en mi alma. Un hormigueo recorrió mi vientre. Oh, vaya. Me mordí el labio inferior, observando el resto del apuesto rostro del hombre, notando el cabello rubio que asomaba por debajo de un gorro azul marino—. Um, sí, lo siento.

—¿Eres nueva en el pueblo? —preguntó.

—Estoy de visita —dije, dándome cuenta de que su mano aún sostenía la mía. ¿O era yo quien sostenía su mano? Vaya, ¿*eso* era en lo que me estaba enfocando cuando casi mato al tipo? —¿Estás bien?

—Nada parece estar roto —dijo, con las comisuras de sus ojos arrugándose—. Supongo que eres de la ciudad.

Incliné la cabeza. —¿Por qué dices eso?

—Caminabas a toda velocidad mientras hacías una videollamada y...

—Espera un momento. —Parpadeé y entonces recordé que había colgado a Mel. O eso, o seguía en línea dondequiera que hubiera aterrizado mi teléfono. ¡Ay! —Mi teléfono...

Solté la mano del hombre y examiné la acera, pero mi móvil no se veía por ninguna parte. ¿Dónde se habría metido? Había estado intentando impresionar a mi jefe con una idea fabulosa, no que me despidieran por mi tendencia a la torpeza. Una mujer de pelo oscuro pasó por la acera y me dirigió una sonrisa comprensiva que decía que lo había visto todo. Genial. Diez minutos en el pueblo y ya había montado un espectáculo. *Para nada* era esa mi intención.

—Aquí tienes —dijo el hombre (alias: mi víctima), sacudiéndose la nieve de los hombros y luego extendiéndome su otra mano—. Lo encontré en la capucha de mi chaqueta. Debe de ser tuyo.

—¡Sí, gracias! —exclamé, con las mejillas ardiendo mientras tomaba el móvil de su mano—. Y sí, realmente soy de la ciudad.

—No me digas —dijo, con las comisuras de su boca temblando.

Espera, ¿se estaba riendo de mí? Fruncí el ceño.

—¿Estás intentando insinuar que las personas de la ciudad cometen más errores que las de un pueblo pequeño? —pregunté, levantando una ceja y esperando que mostrara remordimiento por esa sonrisita en su apuesto rostro—. Ya me he disculpado.

—No pareces demasiado arrepentida con ese ceño fruncido —dijo, lo que me molestó, sobre todo porque probablemente tenía razón.

—Bueno, tú no has aceptado mi disculpa, ¿verdad?

La comisura de su boca se elevó. —Nueva York. ¿Acierto?

Se me cayó la mandíbula de asombro. —¿Qué estás insinuando?

—Solo pregunto porque...

—¿Porque eres un prejuicioso? —pregunté, enderezándome el abrigo y luego levantando el asa de mi maleta por enésima vez desde que había llegado—. Mira, el hecho de que estuviera hablando por teléfono y caminando rápido no significa que sea de Nueva York.

—Yo solo...

—Vale, soy de Nueva York —dije, alzando las manos porque no había forma de evitar ese hecho—. Puede que haya chocado contra tu escalera por accidente. Un accidente, por cierto, es como se llama cuando algo *no* se hace a propósito, ¿sabes? Pero me siento mal por haberte tirado sobre la maceta de flores de Pascua, así que, de nuevo, lo siento.

Metió las manos en los bolsillos delanteros. —Se nota.

Mis ojos se encendieron. ¿Por qué no podía simplemente aceptar mis disculpas como una persona amable? ¿Por qué insistía en burlarse de mí mientras se veía tan atractivo?

—Mira, estoy cansada —dije, levantando la palma de la mano—. Pensaba que necesitaba un café, pero ahora solo quiero descansar. Ríete de mi evidente remordimiento todo lo que quieras, pero ¿podrías decirme dónde puedo encontrar el Sugar Plum Inn?

—El Sugar Plum Inn está justo allí —dijo, apoyándose en la escalera con un gesto casi imperceptible de su cabeza—. Gira a la izquierda en la plaza del pueblo y está calle arriba, pasando Las Cascadas.

—Muchas gracias —dije, dándole un firme asentimiento mientras apretaba el asa de mi maleta y me giraba para subir por la calle—. De nuevo, lo siento.

—Espera —dijo, sin aceptar aún mi enésima disculpa. En cambio, me sorprendió acercándose a mí y cogiendo mi maleta—. De hecho, voy en esa dirección.

—¿Tú también te alojas en el hotel? —pregunté, notando que la idea me emocionaba un poco.

Negó con la cabeza. —Voy a visitar a mis padres.

—¿A tus padres? —pregunté, parpadeando.

—Son los dueños del Sugar Plum Inn —dijo, lanzándome una mirada de reojo—. Y... trabajo allí.

—¿Ah, sí? —pregunté, parpadeando.

—Jacob Curtis —dijo, extendiendo su mano.

—Lacey Lane —dije, tomando su mano, y una pequeña descarga me recorrió al sentir nuevamente su mano en la mía.

—Sí, lo sé. De Nueva York. Te estábamos esperando.

Mis mejillas se encendieron. Así que *por eso* me había preguntado si era de Nueva York. Lo sabía porque yo era una huésped del hotel, no porque se estuviera burlando de mí por caminar rápido y hablar por teléfono. Me sentí como una tonta... ¡espera, mi teléfono!

Giré el móvil en mi otra mano, pulsé el botón y vi la cara de Mel mirándome. Contemplé la pantalla mientras subía por la calle. —Mel, ¿sigues ahí?

—Sí —dijo, echando humo de puro hacia la lente—. Y si ese pequeño intercambio es una indicación del conflicto y la tensión que vamos a grabar en ese pueblo, entonces esta temporada va a ser un éxito rotundo. Ponte a trabajar, Lacey. Cuento contigo.

—Sí, señor —dije, colgando el teléfono.

—Bienvenida a Christmas Mountain —dijo Jacob, mientras nos acercábamos a la puerta principal del encantador hotel—. Espero que disfrutes de tu estancia.

—Gracias —dije, volviéndome hacia él. Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba y mi estómago dio una voltereta que me mareó. ¿Qué estaba pasando?

Vale, sí, Jacob Curtis era atractivo. Nadie con ojos podía negar ese hecho. Pero yo *no* estaba aquí para babear por el hijo de los dueños del hotel. Puede que trabajara en el hotel donde me alojaría durante las próximas dos semanas mientras hacía mi investigación para el programa, pero eso no significaba que le permitiría distraerme. Estaba aquí para hacer mi trabajo, y nada más. Fin de la historia.

CAPÍTULO DOS

MIENTRAS JACOB CURTIS estaba detrás del mostrador de recepción, registrándome en el Sugar Plum Inn, me sentía inquieta y no podía entender por qué. Quizá era porque me había disculpado un millón de veces por tirarlo de la escalera y ni una sola vez había aceptado mis disculpas. Es decir, no es como si fuera por ahí tirando de escaleras a chicos altos y atractivos con ojos increíbles por diversión.

Aunque esa perspectiva no carecía de atractivo...

—Mira, de verdad siento haberte tirado sobre esa maceta de flores de pascua —solté de repente, como si disculparme con Jacob se hubiera convertido en un hábito al que no podía resistirme—. Es que estaba tan emocionada por lo único que es este encantador pueblo. Quiero decir, ¿cómo no iba a estarlo? Es increíblemente festivo.

—Lo festivo es lo que mejor hacemos aquí —dijo Jacob, una vez más sin aceptar mis disculpas. En cambio, me miró de arriba abajo con una ceja curiosa. No de la forma en que lo haría un tipo espeluznante en un bar, sino más bien como sorprendido por mi atuendo.

Bajé la mirada hacia mi blusa de seda rosa, mis pantalones negros y mis tacones. Me cambiaría a ropa más abrigada en cuanto llegara a mi habitación. Al menos mis pies empezaban a hormiguear desde que habíamos entrado del frío glacial. Un avance.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en el hotel? —preguntó, escribiendo en el ordenador detrás del mostrador.

—¿Ya estás intentando deshacerte de mí? —bromeé, tratando de tomarle el pelo como él había hecho conmigo.

En lugar de reírse, pareció confundido. —¿Por qué querría deshacerme de ti?

—No sé... —Deseando no haber intentado hacer una broma con alguien a quien claramente no le caía bien, miré alrededor de la habitación. Había una acogedora zona de estar con gruesos sofás de cuero y una chimenea de piedra que llegaba del suelo al techo. Los huéspedes sentados en los sofás vestían vaqueros, jerséis y botas. También parecían abrigados. Qué envidia.

—Has reservado tu habitación por dos semanas, hasta el veintitrés de diciembre. ¿Es correcto?

—Sí —dije, mirando de reojo a Jacob mientras tecleaba en su teclado. Sus ojos azules estaban fijos en la pantalla y su boca se contraía de una forma adorable mientras trabajaba. Sería un concursante interesante para el programa si decidíamos hacer audiciones locales—. Entonces, ¿qué hacías subido a esa escalera antes de que chocara contigo? —pregunté.

—Cambiando una bombilla para un amigo. —Metió la mano en el bolsillo delantero de su camisa de franela azul y negra e hizo una mueca de dolor, antes de sacar una bombilla verde rota. Noté un fino rasguño rojo en su muñeca.

—¿Es de la caída? ¡Lo siento muchísimo! —solté, sintiéndome fatal.

Metió la mano en su bolsillo otra vez y sacó los restos de una bombilla. —Supongo que ya no podré utilizar esto.

Rebusqué en mi bolso y saqué un paquete de pañuelos. —Toma, puedes envolver los fragmentos en esto por seguridad.

—Gracias. —Su dedo rozó el mío al aceptar el pañuelo que le ofrecía.

Un hormigueo cálido recorrió mi piel donde me había tocado y sentí mariposas bailando en mi estómago. ¿Tenía un flechazo con el hijo del dueño del hotel? Eso no sería para nada una buena idea.

Junté mis manos, intentando borrar el efecto que parecía tener en mí.

Señaló con la cabeza mi maleta. —¿Qué trae a una chica de ciudad a la Montaña de la Navidad?

No sabía si sentirme ofendida o halagada porque preguntara, pero ¿hacía calor aquí? Me desabroché el abrigo y lo coloqué sobre mi brazo.

—Soy productora de *Catorce Días Hasta la Eternidad* —dije, esperando ansiosamente una reacción entusiasta similar a la que Addie Wilcox había tenido antes. La expresión de Jacob permaneció impasible—. ¿Es un programa de citas reality? —insistí.

Negó con la cabeza. —No veo mucha televisión.

¿Por qué no me sorprendía? —Vale, pues es un programa donde organizamos que personas con intereses comunes tengan citas fabulosas durante dos semanas en un entorno hermoso, con la esperanza de que se enamoren.

—¿Y eso es todo?

Eso me dolió un poco, tenía que admitirlo.

—Bueno, obviamente hay más cosas en el programa que eso, pero... esa es la esencia.

Jacob siguió tecleando en el teclado. —¿Qué pasó con eso de que dos personas se conozcan y pasen tiempo juntas a la antigua usanza?

Me quedé desconcertada. En Nueva York, los hombres con los que había salido estaban impresionados de que yo produjera un programa de éxito. Y no hablaban en absoluto del romance a la antigua. De hecho, el último chico con el que había salido estaba totalmente centrado en acelerar las cosas. Incluso había hecho que su asistente llamara para programar nuestras citas y había roto conmigo mediante un mensaje de texto.

—Bueno... —me quedé sin palabras, algo insólito en mí—. La vida es muy ajetreada, ¿sabes? Todo el mundo siempre está trabajando y es difícil conocer gente nueva.

—Tú y yo nos conocimos, ¿no?

—No estamos saliendo —señalé, notando que el argumento no se sentía como una victoria.

—Quizás algunas personas están demasiado ocupadas para conocer a otras. Están demasiado ocupadas para *darse cuenta*.

Su desafío me desconcertó y no supe cómo responder. Así que hice lo que siempre hago cuando me pongo nerviosa... empecé a hablar demasiado.

—En fin, elegimos, bueno, en realidad, yo elegí investigar Christmas Mountain porque un pequeño pueblo de montaña suena romántico. Mi amiga, Carol Bennett, ¿quizás la conozcas? Es dueña de Rudolph's Reads y se mudó aquí el año pasado. Cuando publicó fotos de este pueblo en internet, pensé que sería el lugar perfecto para rodar la próxima temporada de *Catorce días hasta la eternidad*. Quiero decir, ¿qué localización podría ser más pintoresca que esta? —hice un gesto abarcando el vestíbulo y la zona de estar de la posada—. Seguro que aquí formamos relaciones exitosas.

—Claro, este es un pueblo estupendo para el romance. Con los eventos locales, incluyendo Silver Bells Luxury Tours, hay mucha magia que ocurre aquí —Jacob levantó un hombro—. Pero ¿qué pasa cuando los concursantes de vuestro programa vuelven a sus vidas normales en sus pueblos normales, y no hay nieve, ni luces de Navidad ni Christmas Mountain? ¿Qué ocurre entonces?

—¿Estás sugiriendo que nuestras parejas solo pueden estar enamoradas mientras están en el programa? —pregunté, con la boca abierta ante tal sugerencia—. Para tu información, nuestra pareja ganadora de la temporada pasada ya ha intercambiado votos matrimoniales y tienen tres millones de seguidores en redes sociales.

Sus ojos azules me miraron fijamente. —¿Qué tienen que ver los seguidores en redes sociales con su relación?

—Su amor es inspirador para otros —dije, usando un tono que mostraba que la razón era obvia.

—¿Todas las parejas lo consiguen una vez que las cámaras se apagan? —preguntó.

Suspiré, deseando poder discrepar con él por alguna razón. —No todas lo consiguen.

Asintió con la cabeza. —No me digas.

—Quizás algunas personas son demasiado irritantes para que una relación funcione —reflexioné, esperando que captara mi

indirecta. Mi réplica fue un poco desagradable, pero él estaba insultando mi trabajo, del que me siento muy orgullosa—. En fin, durante las próximas dos semanas echaré un vistazo a Christmas Mountain. Pero tengo que decir que hasta ahora creo que la ubicación es ideal.

—Aquí tienes la llave de tu habitación —dijo, entregándome una larga llave de bronce que tenía un cabezal morado con joyas en forma de tres ciruelas de azúcar unidas.

—Gracias —dije, sintiéndome molesta porque no parecía pensar que tener el programa aquí fuera una buena idea. Me alejé unos pasos de él y miré por la enorme ventana en la parte frontal de la posada. La vista daba al pueblo con sus luces centelleantes y la majestuosa montaña que se alzaba detrás. Respiré hondo—. Imagina esto, Jacob.

—¿Qué? —preguntó, acercándose a mi lado.

Señalé hacia la hilera de tiendas en la calle principal. —Grabamos a las parejas en una de esas cafeterías tan monas. Se sientan uno frente al otro y sus miradas se encuentran por encima de dos tazas de chocolate caliente humeante.

Me miró. —¿Chocolate?

—Sí, a todo el mundo le encanta el chocolate —dije, mientras nuevas ideas surgían en mi cabeza—. Y... tendré que consultarlo con mi jefe por temas de seguros y demás, pero podríamos organizar una especie de mini olimpiadas de invierno. Estoy pensando en esquí y snowboard con clases de un instructor residente de la estación de esquí —dije, mirándole.

Sus ojos azules se encontraron con los míos. —¿Te gusta esquiar?

—¿A mí? Nunca lo he probado.

—Tal vez deberías intentarlo —dijo.

—Interpretaré eso como que te gusta la idea —dije, lanzándole una mirada coqueta de soslayo—. Las clases serán buenas para este pueblo, incluyendo la posada —dije, volviendo a mirar por la ventana, queriendo convencerle de que grabar el programa aquí era una idea maravillosa—. El programa traerá mucho negocio a este

pueblo, ¿sabes? No serán solo los concursantes los que se alojen aquí. Todo el equipo de producción también necesitará alojamiento.

Hizo un ruido. —Suena a aglomeración.

—Como una gran fiesta —dije, sonriéndole e intentando dar un giro positivo a su comentario, ya que obviamente aún no le había convencido. Aquellos ojos azules se intensificaron, haciendo que mi estómago diera un pequeño vuelco, así que me giré para mirar por la ventana otra vez—. Rodar el programa aquí será una gran experiencia para el pueblo y los visitantes. ¿Conoces a algún monitor de esquí que no le importe salir en cámara o tendría que traerlos desde la ciudad? —pregunté.

Un silencio sepulcral fue lo que siguió.

Abrí la boca mientras me giraba hacia Jacob, pero él ya no estaba allí. ¿Qué demonios...?

Eché un vistazo por la habitación, pero no se le veía por ninguna parte. No solo no había visto con buenos ojos mi idea de rodar el programa aquí, sino que ni siquiera había terminado de escuchar mi propuesta. Fruncí el ceño. Un hombre con el que había salido en la ciudad me había dado plantón, pero nunca me habían dejado *literalmente* plantada por un tío que estaba a mi lado y que se había esfumado en el aire.

No es que Jacob y yo estuviéramos saliendo... ni que yo quisiera tener una cita con él.

Con un suspiro, agarré el asa de mi maleta y me dirigí a mi habitación. *Realmente* necesitaba una siesta para borrar a Jacob de mi mente. Desafortunadamente, una vez que me dejé caer en la cama con la cabeza sobre la almohada, no podía pensar en otra cosa que no fuera él.

CAPÍTULO TRES

Después de intentar echar una siesta durante una hora, finalmente me di por vencida. Me cambié a ropa de invierno, estrené mis botas nuevas y bajé las escaleras. Al llegar al último escalón, vi la ventana donde Jacob y yo habíamos estado cuando desapareció repentinamente. Todavía no podía creer que me hubiera dejado plantada. ¿Estaba *tan* en contra de grabar un programa de éxito en su pueblo?

Alcé las cejas mientras bajaba al suelo de madera. No importaba lo que pensara Jacob Curtis. Tenía la certeza de que el programa funcionaría bien aquí y traería mucha atención y negocio a este encantador pueblo. Además, la reacción de Jacob tenía que ser una anomalía. Addie Wilcox ciertamente se había mostrado entusiasmada con la posibilidad.

El calor de la chimenea y un toque de canela me envolvieron al entrar en la zona de asientos. Sobre la chimenea había una guirnalda roja y verde con bolas doradas entrelazadas. Más arriba, sobre la repisa, descansaba un reloj de cuco antiguo con una puerta sobre la esfera y una campana debajo, flanqueado por dos muñecos —un anciano y una anciana— que estaban preparados con mazos de madera para presumiblemente golpear la campana cada hora. Fotografías enmarcadas cubrían la repisa a ambos lados del reloj. Qué dulce.

Las paredes a ambos lados de la chimenea estaban revestidas de pino, dando a toda la habitación la sensación de una acogedora cabaña de madera. Miré hacia el mostrador de recepción donde Jacob me había registrado antes, que estaba contra la pared del fondo junto a la puerta principal, pero ahora había una mujer sentada allí. Un pequeño árbol de Navidad se erguía en un extremo del mostrador, pero el elemento principal de la sala que captó mi atención fue el enorme árbol que ocupaba una esquina. El árbol estaba decorado en los mismos colores que la guirnalda, pero a una escala mucho más grandiosa, con espumillón grueso y lujoso y luces centelleantes que daban vida al árbol mientras los colores bailaban.

Una alfombra roja cubría la mayor parte del suelo y la crucé mientras caminaba hacia el mostrador de recepción, admirando el patrón de pequeñas hojas verdes de acebo que serpenteaba por toda ella. Me acerqué a la mujer detrás del mostrador, que parecía tener mi edad. Su cabello rubio estaba recogido en una cola alta y llevaba un jersey rojo con vaqueros. Cuando me acerqué, asomó la cabeza por encima del mostrador y me sonrió.

—¡Hola! Bienvenida al Sugar Plum Inn. Tú debes ser Lacey, ¿verdad?

—Sí —dije, preguntándome si era la persona con la que había hablado cuando hice mi reserva. Si era así, había sonado mucho mayor por teléfono—. Y tú eres... ¿la señora Curtis?

Se rio. —Bueno, en realidad prefiero señorita. Probablemente estés pensando en mi madre. Soy Ruby Curtis, la hija de Betty.

Eso la convertía en la hermana de Jacob. Interesante.

Me llevé la mano al pecho. —Lo siento, no me di cuenta...

—No pasa nada. —Ruby desestimó mi disculpa con un gesto—. ¿Qué tal tu vuelo? ¿Y tu viaje desde el aeropuerto? Mamá dijo que vas a grabar un programa de televisión aquí. ¡Qué emocionante!

—Esperando grabar un programa de televisión, pero gracias. Es emocionante —dije, pensando que *esta* era la reacción que había estado esperando de todos—. Estoy deseando investigar este pueblo para ver si funcionará grabar una temporada aquí. Me encanta cómo todo parece estar salpicado de Navidad.

—En este pueblo lo nuestro es la Navidad. —Sonrió, apoyó los codos en el mostrador y puso su barbilla entre las manos—. Ahora, dime la verdad. ¿Conoces a muchos famosos?

—No, solo a gente normal. Bueno, hasta que terminan el programa, claro —dije, cubriéndome la boca para ahogar un bostezo —. Entonces se convierten en celebridades por derecho propio.

—¿Dónde están mis modales? —Ruby se levantó y caminó hasta la parte delantera del mostrador—. No debería estar acribillándote a preguntas cuando debes de estar agotada por el viaje. ¿Hay algo que pueda hacer para que disfrutes más de tu estancia?

Abrí la boca para hablar y bostecé de nuevo. —De hecho... ¿Sabes dónde puedo conseguir un café?

—¡Por supuesto! En la cocina. Sígueme. —Ruby me guio por un pasillo más allá de las escaleras, mientras yo la seguía de cerca y ella me explicaba que no había ascensor porque sus padres no habían querido estropear el encanto antiguo del lugar—. Aquí estamos...

—Todo este hostal es precioso —dije al entrar en la cocina. La habitación era grande, con una isla de encimera oscura de madera maciza y encimeras gris pizarra en el resto de la cocina. En la esquina de la habitación, junto a la enorme ventana que iba del suelo al techo, había un árbol de Navidad, decorado de la misma manera que el de la sala de estar cerca del vestíbulo.

—Este árbol es más grande que el que tengo en mi apartamento —dije, pensando que quizá debería actualizar el pequeño árbol artificial que sacaba año tras año.

Ruby asintió. —Según el libro de mi familia, cuanto más grande sea el árbol, mejor es.

Me reí. —Empiezo a darme cuenta.

Echó café molido en la máquina de espresso y lo prensó. —Tu reserva indicaba que te gustaría hacer un recorrido por el pueblo. Puedo hacerlo ahora si quieres, antes de que oscurezca. O podríamos dejarlo para mañana si estás cansada.

Reflexioné por un momento. *Estaba* cansada y la cama aún me resultaba tentadora, con sus mullidas almohadas y colchas rojo intenso. Por otro lado, quería ver el pueblo para localizar algunos

lugares para rodar. Le había prometido a Mel algunas fotos para el final del día.

—Si tienes tiempo para una visita ahora, sería estupendo. Esta dosis de cafeína me dará nuevas energías, gracias —dije, inhalando el delicioso aroma del espresso mientras el rico líquido marrón goteaba en una taza beige—. Aunque si estás muy ocupada, podría salir a echar un vistazo yo sola y...

—¡No puedes hacer eso! Eres una chica de ciudad. Se han reportado osos bajando de la montaña hacia el pueblo, y si no vas con alguien local entonces...

Abrí los ojos como platos. —¿Estás de broma, verdad?

—Sí, claro que estoy bromeando —dijo, soltando una risita—. Solo un poco de humor montañés. Pero hablando en serio, te daré un gran recorrido por el pueblo y...

¡Riing! ¡Riing! ¡Riing!

El móvil de Ruby empezó a sonar y ella rebuscó en el bolsillo de sus vaqueros, disculpándose con un gesto mientras me entregaba una taza de café con leche espumosa por encima y se dirigía hacia el pasillo.

—Lo siento mucho —dijo, regresando con una mirada de disculpa —. No voy a poder darte ese recorrido. Lo siento, pero uno de mis perros se ha escapado y necesito encontrarlo.

—¡Oh, no! ¿Cuántos perros tienes?

Ruby negó con la cabeza. —No es *mi* perro exactamente. Soy propietaria del Divine Doggie Spa and Training.

—¿Tu propio negocio?

Asintió. —Ribbons se ha escapado y no es la primera vez. Necesito encontrarlo o lo del tentempié para osos no será ninguna broma.

—¿El perro se llama Ribbons?

Asintió. —Es un San Bernardo de dos años, al que deberían haber llamado Houdini. Siempre se escapa de nosotros y también de su dueño. Por suerte, todo el mundo en el pueblo lo conoce, así que espero que alguien lo agarre y lo retenga hasta que llegue.

Di un sorbo a mi café con leche y dejé la taza en la encimera. —Te ayudaré a localizarlo. Cuatro ojos ven mejor que dos.

—No, de verdad, está bien —negó con la cabeza y levantó las manos—. Estás en el pueblo para ver los lugares de interés y yo me encargo de esto, en serio. Muy amable por ofrecerte, de todos modos. Si no está en el pueblo, saltaré sobre una moto de nieve y me adentraré en el bosque para buscarlo, y solo tiene un asiento.

—¿Moto de nieve? —pregunté.

Asintió. —Supongo que no tienes muchas razones para montar en moto de nieve en la ciudad, ¿no?

Negué con la cabeza. —No demasiadas.

Se rio. —Bienvenida a Montana.

—Gracias, y buena suerte —dije, esperando que encontrara al perro antes de que oscureciera—. ¿Podemos hacer la visita mañana?

Tecleó en la pantalla de su móvil. —Espera un segundo... sí, ya tengo respuesta. Aún puedes hacer la visita hoy. Mi hermano te enseñará los alrededores.

—¿Tu hermano? —pregunté, viniendo a mi mente aquellos hermosos ojos azules.

—Le he enviado un mensaje para avisarle de que tenía una emergencia y le he pedido que me sustituya en la visita. Bajará en un segundo.

Levanté las palmas. —No, está bien. Puedo esperar hasta mañana.

Hizo un gesto con la mano. —No seas tonta.

Estiré los brazos por encima de la cabeza y di un bostezo exagerado. —Parece que el café no ha funcionado. Debería echar una siesta. Pero gracias por la oferta.

—¿Te preocupa molestarle? —preguntó Ruby, negando con la cabeza—. Vosotros los neoyorquinos sois demasiado educados. De verdad, las visitas son parte de nuestro trabajo en la posada. Tendrá serios problemas con mi madre si no te da el recorrido.

Ah, así que por eso había accedido a enseñarme los alrededores. Amenaza de castigo.

Retrocedí hacia la salida. —No, en serio, Ruby. Gracias, pero te veré maña...

—¡Aquí está! —exclamó, acercándose a Jacob cuando entró en la cocina. Le rodeó con un brazo y lo apretó—. Lacey, este es mi

hermano, Jacob. Él te dará el gran recorrido por Christmas Mountain. Jacob, esta es Lacey.

La comisura de su boca se elevó. —Ya nos conocemos.

Y ahí estaba mi *fantasma*, luciendo guapo con el pelo aún húmedo por la ducha. Es justo mi suerte quedar atrapada en una visita con la única persona del pueblo que parecía odiar la posibilidad de que grabáramos aquí. Y la única persona que hacía que mis piernas flaquearan como lo estaban haciendo ahora mismo.

—Eh, sí, ya nos conocemos —dije, apoyándome en el mostrador para sostenerme debido a mis repentinas piernas de gelatina. Dado que me había dejado plantada antes, decidí ofrecerle una salida fácil para que no se sintiera obligado a mostrarme los alrededores—. Sinceramente, puedo esperar hasta mañana para hacer la visita contigo, Ruby. Seguro que Jacob tiene cosas mejores que hacer que enseñarme el lugar.

—En realidad, he despejado el resto de mi día —dijo.

Me mordí el labio inferior. —¿Lo has hecho?

—Sí. Soy todo tuyo.

¿Todo mío? Odiaba que fuera una proposición que no quería rechazar.

CAPÍTULO CUATRO

En la cocina del Sugar Plum Inn se hizo un silencio muy incómodo mientras yo vacilaba entre mirar mi taza de café vacía, el techo, y lanzar miradas entre Ruby y Jacob. Realmente no quería hacer un drama de que Jacob hubiera desaparecido antes. Pero se situaba entre una de mis experiencias más extrañas de la vida.

Ruby le lanzó a Jacob una mirada extraña. —¿Cómo y cuándo conociste a Lacey?

Jacob fijó su mirada en la mía. —Me tiró de una escalera hace un rato. Me lanzó de cabeza a un tiesto de cactus.

Tomé aire. —Eran flor de Pascua...

Él se encogió de hombros. —Se sintieron más punzantes.

Ruby se rio. —Parece que el ego de Jacob también recibió una buena paliza.

—Gracias, hermanita —dijo él, con la voz goteando sarcasmo—. ¿No tienes una emergencia a la que acudir?

—¡Los lazos! —exclamó, llevándose las manos a ambas mejillas antes de arrastrar los pies hacia la salida—. Tienes suerte de que deba irme. Pero volveremos a esta conversación más tarde.

—No puedo esperar —dijo Jacob.

—Tened cuidado, vosotros dos —gritó Ruby por encima del hombro antes de salir corriendo por la puerta, dejándome a solas con el hombre que me había dado plantón.

Me giré hacia Jacob. —Así que...

—Así que —dijo él, con las comisuras de su boca temblando.

—¿Hablas en serio sobre darme el gran tour? —pregunté.

—Es lo que has pedido.

—Parte de tu trabajo. Vale. Lo entiendo.

Alzó una ceja. —¿Hay algún problema?

Sí. —No.

Fui a pasar de largo junto a él, pero me puso una mano en el brazo deteniéndome.

—¿Qué? —pregunté, girándome hacia él. Levanté las pestañas para encontrar su mirada fija en la mía a solo un paso de distancia. Se me cortó la respiración. Mientras nos mirábamos, el aire entre nosotros se espesó hasta hacerse casi palpable. Sus ojos azules escrutaban los míos mientras los segundos pasaban en silencio. Sentí un impulso fuerte y repentino de cerrar la distancia entre nosotros y besarle.

Sus ojos se oscurecieron. —Mira, siento haber desaparecido antes.

—Lo entiendo —dije, encogiéndome de hombros ligeramente—. Odias la idea de que grabemos aquí.

—No es por eso por lo que me fui —dijo, con tono bajo mientras me apretaba el brazo.

Parpadéé. —¿Por qué entonces?

Hizo una larga pausa. —Algo que tenía que resolver.

Esperé a que me explicara más, pero no lo hizo.

—Disculpas aceptadas —dije, decidiendo que no podía quedarme tan cerca de él sin hacer algún movimiento y eso *no* sería una buena idea—. Deberíamos irnos.

Asintió, mirando mi brazo antes de soltarme. —Después de ti.

—Gracias —dije, deseando no echar de menos la sensación de su mano en mi brazo. Me recordé a mí misma que necesitaba mantenerme concentrada y no dejar que el atractivo hijo de la propietaria me distrajera de mi trabajo. Al alejarme de él, capté el intenso aroma de su jabón terroso e inhalé profundamente. Oh, qué delicia.

Jacob se acercó a mi lado, lanzándome una mirada de reojo. —¿Está todo bien?

—Por supuesto —dije, aclarándome la garganta mientras caminábamos por el pasillo hacia la sala de estar y el vestíbulo—. Solo pensaba en el trabajo.

Hizo un pequeño ruido. —Haces eso muy a menudo.

Asentí. —Bueno, es por lo que estoy aquí.

—Touché.

—Por una vez cede —solté una pequeña risa, sintiendo que parte de la tensión entre nosotros se disipaba.

—¿Hay algo en particular que te interese ver primero? —preguntó, rozando su brazo con el mío mientras se adelantaba hacia la puerta principal para abrirla.

—Quizás puedas enseñarme algunos de los lugares más bonitos del pueblo —dije, pasando junto a él y respirando ese aroma a jabón terroso—. Ya sabes, el tipo de cosas que harían suspirar a los espectadores.

Alzó las cejas. —No tengo ni idea de qué haría *suspirar* a los espectadores —dijo, usando los dedos para hacer comillas en el aire alrededor de la palabra "suspirar".

Puse los ojos en blanco, ciñéndome la chaqueta mientras salíamos al aire frío. —Simplemente enséñame los lugares más bonitos.

—Todo Christmas Mountain es bonito. Incluso más ahora.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Qué quería decir con eso?

Tragué saliva. —¿Más bonito? ¿Cómo?

—La nieve —dijo con tono inexpresivo, pero había un brillo en su mirada.

Mis mejillas se acaloraron. —Ah, claro. Por supuesto.

—Demos un paseo. Si ves algo que te guste, te daré algunos datos sobre ello, te enseñaré el interior, ese tipo de cosas. ¿Te parece bien? —preguntó mientras pasábamos por la plaza del pueblo.

—Sí, funciona —dije, mirándole mientras se subía la cremallera de la chaqueta hasta arriba, lo que le daba un aspecto tan acogedor que daban ganas de acurrucarse—. Gracias, Jacob.

—Es un placer —dijo, guiñándome un ojo.

Necesitando distraerme de él, levanté la cámara de mi móvil y tomé un par de fotos de la calle principal con la espectacular vista de la montaña detrás. Christmas Mountain definitivamente sería un buen escenario para el rodaje. Tan majestuoso y espectacular.

—Bueno, pues... —miré alrededor, sintiéndome como una niña en una tienda de golosinas, porque había tantas opciones para explorar: la juguetería, la panadería, la tienda de aventuras...

—¿Qué te apetece? —preguntó, como si me leyera la mente.

Señalé el salón/tienda de muebles que había visto al llegar. —¿Qué tal el Salón C.M. barra Muebles Parker?

Levantó las cejas. —¿Eso es lo que quieres conocer?

—El lugar es una anomalía —asentí, observando el árbol de Navidad brillantemente iluminado en el escaparate junto con la mujer que estaba ajustando las luces y el espumillón alrededor—. Quiero decir, ¿cómo acabó una peluquería con una tienda de muebles pegada?

Paseamos por la calle principal mientras Jacob me ponía al día sobre la confusión en el contrato de alquiler de hace dos años que hizo que ambos negocios se mudaran al mismo local al mismo tiempo mientras el propietario estaba fuera del país en un safari africano.

Levanté mi cámara y tomé otra foto. —¿Cómo puede ocurrir algo así?

—Ni idea. Pero Morgan... —saludó con la mano a la mujer dentro del escaparate, quien sonrió y devolvió el saludo—. Ella y Dallas, el fabricante de muebles, se negaron a renunciar a sus contratos de alquiler. Montaron sus negocios uno al lado del otro, cada uno pensando que el otro cedería primero y buscaría otro local.

—¿Y ninguno de los dos lo hizo? —aventuré.

Sonrió. —No, en lugar de eso se enamoraron.

Mi corazón dio un vuelco. —¿En serio?

Asintió. —Todavía siguen juntos.

Aplaudí. —*Sabía* que este pueblo era perfecto para el programa.

Su sonrisa se desvaneció. —¿Qué te gustaría ver después?

—¿Está bien si echamos un vistazo a la Panadería Jingle Bells? Hoy conocí a una mujer llamada Addie Wilcox, que me habló de sus famosos rollos de canela.

—Addie tiene buen gusto.

—¿Conoces a Addie?

—Por supuesto. Pueblo pequeño, ¿recuerdas?

Negué con la cabeza. —¿Conoces a todos los que viven aquí?

Se encogió de hombros. —No a todos. Pero fui al colegio con la hija de Addie, Macy.

—¿Una antigua novia? —solté, sintiendo unos celos irracionales.

Me miró de reojo, negando con la cabeza. —No, en realidad salió con el hermano mayor de Morgan en el instituto.

—¿El hermano de la dueña de la peluquería? —pregunté, sintiéndome extrañamente feliz por esta noticia—. Vaya. Qué pequeño es este pueblo.

Cruzamos la calle con Jacob dando grandes zancadas. Por suerte, mis nuevas botas parecían funcionar bien sobre el pavimento helado mientras me apresuraba para seguirle el ritmo.

—Perdona, olvidé que eres una chica de ciudad —dijo en tono burlón mientras reducía el paso—. Aquí en Montana estamos acostumbrados a caminar sobre la nieve.

—También nieva en Nueva York —le alcancé, mirando su brazo y pensando que si empezaba a caerme podría agarrarme a ese fuerte bíceps. Me pregunté si a Jacob le gustaría esa idea tanto como a mí.

Para, Lacey. *Para*. ¿Por qué estaba fantaseando con mi guía turístico? Claramente había pasado demasiado tiempo desde mi última cita decente. Eso debía ser lo que me pasaba.

Cuando llegamos a la pastelería, miré por la ventana y vi que estaba llena de gente. Jacob sugirió que volviéramos otro día cuando hubiera menos gente. Asentí de acuerdo, pero entonces un cliente abrió la puerta y salió, llegando a mi nariz el aroma a canela que hizo que mi estómago rugiera. Mmm.

—Es una pena que no podamos envasar ese aroma durante la grabación —reflexioné.

Jacob negó con la cabeza. —¿Me atrevo a preguntar?

—¿No sería genial si pudiéramos enviar ese aroma a canela a través de la televisión durante el programa para dar a los espectadores otra sensación de este lugar? Les *encantaría*. Es tan... navideño.

Me miró de reojo. —Un aroma artificial no se acercaría al auténtico.

—*Bah, humbug* —dije, arrugando la nariz.

—¿Me estás comparando con Ebenezer Scrooge? —preguntó, elevando la comisura de su boca.

—Si el zapato te calza —bromeé, mirándole de reojo.

—Ya veo cómo es la cosa —dijo, sonriéndome.

—Imagina esta escena, Jacob —dije, levantando las manos—. Una mujer sale de la pastelería con una bolsa de papel llena de pasteles. Saca uno, le da un mordisco y, no sé, gotas de compota de manzana se le caen en la barbilla. Su cita le limpia la compota con el dedo, le mira a los ojos y luego la besa mientras la nieve cae a su alrededor.

Suspiro. Sonreí, sintiéndome bastante orgullosa de esa pequeña escena que había creado.

—Ay —dijo Jacob.

Pensé que podría haberse hecho daño, pero me giré y le encontré apoyado contra la pared de la pastelería con una expresión divertida. —¿Ay? —pregunté.

Asintió. —Sí. La compota de manzana puede estar muy caliente en esos pasteles.

Le miré incrédula. —¿Ahí es donde va tu mente?

Se encogió de hombros. —Quizás el hombre pueda llevar a la mujer a urgencias para que le pongan pomada para quemaduras.

—Enhorabuena por arruinar mi escena —dije, preguntándome por qué inconscientemente le había imaginado a él como el héroe y a mí como la heroína en ese pequeño escenario. Sí, claro.

Se apartó de la pared y señaló calle abajo. —Sigamos.

Le miré. —No puedo esperar.

—Te llevaré a donde ocurre lo bueno. —Se detuvo para dejar pasar a un coche y luego puso una mano en la parte baja de mi espalda mientras cruzábamos la calle hacia un edificio sencillo. Los

escaparates estaban llenos de fotos, la mayoría en blanco y negro, pero algunas en color desvaído. No tenía el encanto de la calle principal.

—¿Qué es esto? ¿La cárcel del condado?

—Ya lo verás. —Sonrió y abrió la puerta—. Después de ti.

Entré, observando el interior oscuro, las paredes con paneles y la moqueta verde. Los escritorios de madera parecían desgastados y había una larga mesa de nogal en la sala de conferencias. Este *no* parecía un buen lugar para una escena romántica.

—¿Es esto un museo? —pregunté, arrugando la nariz por el olor a polvo.

—No exactamente, aunque algunas personas me llaman dinosaurio —dijo una voz femenina.

Di un salto hacia atrás, llevándome una mano al pecho.

La mujer que se acercaba a mí llevaba una camisa roja y amarilla y tendía su mano. —Soy Doreen Halifax. Bienvenida a The Christmas Mountain Herald.

—Lacey Lane —dije, estrechando su mano y preguntándome por qué Jacob pensaba que el periódico local sería un buen lugar para grabar una escena. Bastante soso, desafortunadamente.

Jacob le estrechó la mano después. —Perdona por la intrusión, Doreen. Quería que Lacey viniera al único lugar donde se puede averiguar cualquier cosa sobre Christmas Mountain.

Doreen le guiñó un ojo. —Jacob tiene razón, Lacey. Nada ocurre en este pueblo sin que nos enteremos.

—¿Es así? —pregunté, con mi curiosidad despertada.

Jacob le explicó sobre mi programa y una expresión de desconcierto cruzó el rostro de la mujer.

—¿Un programa de telerrealidad en Christmas Mountain? No estoy segura de eso —dijo Doreen, cogiendo un lápiz y un bloc de notas.

Genial. Otra aguafiestas sobre grabar aquí. Justo lo que no necesitaba.

—Ahora mismo, solo estamos considerando grabar la próxima temporada aquí —dije, queriendo asegurarme de que no publicara un anuncio por error—. Nada se ha confirmado.

—Entonces, ¿no está segura de si este pueblo es lo suficientemente bueno para usted? —preguntó Doreen.

—No, no es eso en absoluto —dije, tratando de pensar rápido. Desde luego no quería insultar al pueblo ni a nadie en él. ¡Uf!—. Solo estoy aquí para recabar información sobre este maravilloso pueblo para solicitar la aprobación del lugar.

—Podría ser perturbador para el pueblo tener calles bloqueadas para la grabación —dijo Doreen.

—¿Ve *Catorce días hasta la eternidad*? —pregunté, cruzando los dedos con la esperanza de que pudiera ser fan y cambiara de opinión.

—No enciendo mucho la televisión —dijo, justo cuando sonó el teléfono en su escritorio. Se dirigió hacia allí y levantó el auricular—. Buena suerte, Lacey.

—Gracias —dije, mientras contestaba al teléfono.

—¿Lista para irnos? —preguntó Jacob, sujetando la puerta abierta.

Una vez fuera, respiré hondo el aire fresco. —¿Estás intentando meterme en problemas?

Negó con la cabeza. —No, te estoy mostrando el corazón y el alma del pueblo. Si quieres historias románticas, Doreen las ha visto todas.

—Me costaría encontrar algo de romance ahí dentro. Olía a col.

Jacob se rio. —Parte del encanto. Es uno de nuestros establecimientos más antiguos.

—Créeme, se notaba que era antiguo.

Me dio un codazo. —Piensa en ello como un monumento del pueblo.

—Necesito algo que atraiga a los espectadores —dije, intentando dejar atrás el Christmas Mountain Herald (y su olor)—. ¿Podemos ir a la Casa de Tortitas Prancer? ¿Tomar un chocolate caliente o algo?

—Claro —dijo, con la boca curvándose en una sonrisa conocedora.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —dijo él.

—Hmm... —no podía evitar preguntarme qué estaba pensando. Esa sonrisa en su cara me decía que algo pasaba. Solo esperaba que este próximo lugar fuera mejor que el último.



La Casa de Tortitas Prancer estaba a más de una manzana de distancia de la maloliente oficina del Herald y se encontraba cerca de la posada pero al otro lado de las cataratas. Al entrar, el calor me envolvió los hombros como una manta confortable. El sonido de la risa provenía de un grupo de personas sentadas en una mesa, y un debate ruidoso pero amistoso se desarrollaba en otra.

Los villancicos sonaban a través de un altavoz detrás del mostrador y el olor a sirope de arce era fenomenal. Eché un vistazo al menú, mis ojos pasando por los gofres, tortitas, crepes y un sinfín de coberturas para acompañarlos. Fue el Delicioso Latte de Lauren lo que me llamó la atención. Me vendría bien otra dosis de cafeína justo ahora.

Fui a sacar una silla en la única mesa vacía, pero Jacob siguió caminando así que le seguí, preguntándome si habría más mesas en la parte de atrás o algo. Mis esperanzas se desvanecieron cuando entramos en la cocina, un espacio pequeño y estrecho que resultaba demasiado caluroso con mi grande y esponjoso abrigo.

Una mujer más o menos de mi edad, que llevaba un delantal con motivos de renos, se acercó a nosotros, secándose las manos con un paño mientras se dirigía a Jacob.

Él le sonrió. —Lauren, esta es Lacey.

—Hola, Lacey —dijo, estrechándome la mano calurosamente—. Encantada de conocerla.

—Igualmente —respondí, admirando sus uñas pintadas con copos de nieve.

—Oh —dijo, girando la mano para mirar sus uñas—. Lilly y yo fuimos al salón C.M. a hacernos la manicura.

—¿Lilly? —pregunté.

—Otra camarera de aquí —dijo, dirigiendo la mirada a Jacob—. ¿Lo de siempre?

—Sí —contestó él.

—¿Algo para ti? —me preguntó, volviéndose hacia mí.

—Me encantaría un Latte Delicioso de Lauren y una tortita —dije, notando que la bebida debía llevar su nombre.

—Excelente elección —dijo, guiñándome un ojo.

—Gracias —dije, preparándome para salir de la cocina. Pero Jacob empezó a charlar con Lauren, que no parecía muy entusiasmada con el programa.

Mientras les escuchaba discutir sobre formas "más naturales" de conocer a una pareja, quedé absorta observando el esmero con el que batía la masa de las tortitas antes de verterla en la plancha. Inclinaba la sartén de un lado a otro hasta que la tortita tomó forma de corazón. Preparó un plato con esa esponjosa delicia y luego vertió un sirope rojo vibrante por encima, escribiendo mi nombre dentro del corazón. Impresionante.

Una vez que volvimos a la parte delantera y nos sentamos, me giré hacia Jacob. —¿Puedo hacerte una pregunta?

Dio un sorbo a su café. —Claro.

—¿Buscas a propósito personas que odian la idea del programa? —pregunté.

—Solo intento mantenerlo real —dijo.

—Con mucho empeño, por lo que he notado —dije hincando el tenedor en mi tortita y cerrando los ojos de puro placer al probar ese postre ligero como una pluma—. Tienes suerte de haberme traído a un sitio con tan buena comida.

Su boca se curvó hacia arriba. —¿Ah, sí?

—Grabar un programa de televisión es emocionante. La mayoría de la gente, elegida al azar en la calle, estaría de acuerdo. Pero tú...

—No veo mucha televisión. Lo siento.

—Parece que hay algo más —dije, ya que se estaba esforzando por presentarme a personas a las que no les gusta la idea.

Se encogió de hombros, dando otro sorbo a su café.

—Esa es tu versión y te mantienes firme en ella —dije, poniendo los ojos en blanco y rindiéndome—. Entonces, Jacob, si no ves la

televisión, ¿qué *te* gusta hacer en tu tiempo libre?

—Tengo varios proyectos que me mantienen ocupado —dijo, viéndose tan relajado y a gusto en esta cafetería que no pude evitar imaginarlo como uno de los concursantes. Ciertamente parecía una estrella con esos ojos azules y ese pelo rubio despeinado—. Leo mucho. Me ayuda a desconectar.

—¿Qué tipo de libros? —pregunté.

—Actualmente estoy releyendo un viejo favorito, de hecho. *Matar a un ruiseñor.*

Mi pecho estalló de sorpresa. —Me encanta ese libro.

Él citó el libro y yo terminé la cita por él. Ambos sonreímos.

Mientras disfrutábamos de nuestras tortitas y bebidas calientes, seguimos hablando del libro y de otros libros que nos gustaban hasta que perdí la noción del tiempo. Al final de la comida, me dolían las mejillas de tanto reír. Cuando Lauren finalmente dejó la cuenta, Jacob y yo alargamos la mano para cogerla al mismo tiempo. Su mano rozó la mía, enviando hormigueos por mi piel. Retiré mi temblorosa mano.

Puesto que él me había ganado con la cuenta, le hice prometer que me dejaría pagar la próxima. También me di cuenta de que el final del recorrido se había sentido más como el final de una cita. Una *buena* cita. Después de charlar con Jacob a solas, ahora quería conocer aún más cosas sobre él.

CAPÍTULO CINCO

Después de la calidez de Prancer's Pancake House, salir al frío me provocó escalofríos por toda la espalda. O quizás fue por estar tan cerca de Jacob. En cualquier caso, fui a abrocharme el abrigo y metí la pata porque la cremallera se atascó. Oh, no. Forcejeé con ella, pero tenía las manos frías y no conseguía aflojarla.

—¿Quieres ayuda? —preguntó Jacob.

Mis mejillas se encendieron. —Y yo que pensaba que estaba siendo discreta.

—Nos pasa a todos —dijo, acercándose a mí. Agarró la cremallera, separó con cuidado la tela de los dientes metálicos y luego la subió lentamente hasta mi barbilla, sin apartar sus ojos de los míos. Mi corazón se aceleró. Pensamientos locos cruzaron mi mente, como qué se sentiría besarle. Al mismo tiempo que imaginaba cómo sería presionar mis labios contra los suyos, otra parte de mi cerebro se dio cuenta de que Jacob me estaba diciendo algo.

Parpadeé. —Lo siento. ¿Qué?

—Te preguntaba qué te gustaría hacer ahora...

No creía que "besarte" fuera una respuesta apropiada, pero me sorprendió que no estuviera deseando terminar su jornada laboral. —¿Estás dispuesto a continuar con la visita?

—A menos que tengas otro sitio donde estar.

—No, para nada —dije, aguantando un bostezo. Mi cuerpo anhelaba dormir, pero me convencí de que continuar la visita sería bueno para mi informe—. ¿Podemos ver la pista de patinaje?

—Por supuesto —dijo, volviéndose hacia mí con expresión seria —. Con todas las protecciones que llevan para patinar hoy en día, amortiguará el dolor si vuelves a derribarme.

Me reí. —Ja, ja. Muy gracioso. Además, solo necesito *ver* la pista, no patinar allí.

—Me temo que podrías decepcionarte —dijo, rozando su brazo con el mío mientras caminábamos por la acera—. No es nada parecido a la que tenéis en el Rockefeller Center.

Mi mirada se dirigió rápidamente a la suya. —¿Has estado en Nueva York?

—No —dijo.

Me detuve y me llevé la mano al corazón. —¿Me estás diciendo que viste la pista de patinaje frente al Rockefeller Center en una *televisión*?

—Técnicamente, la vi en la gran pantalla de un autocine.

—Eso cuenta, Jacob. No te vas a librar por un tecnicismo.

—Ya lo he hecho —dijo, mostrándose orgulloso de su lógica—. Vi mi película favorita en esta *pantalla*, que, por cierto, no debe confundirse con una tele.

Puse los ojos en blanco. —¿Y cuál es tu película favorita?

—Adivina.

—Mmm. —Me exprimí el cerebro buscando una película que incluyera una pista de patinaje—. ¿*Solo en casa 2*?

Negó con la cabeza. —*Elf*.

Solté una carcajada. —¿*Elf*, la de Will Ferrell?

Asintió. —La *mejor* película navideña de la historia.

—No puedo contradecirte en eso —dije, sorprendida de que nos gustara la misma película. Mientras seguíamos caminando, charlamos sobre películas navideñas y surgió el inevitable debate sobre si *Die Hard* contaba como una o no. Tras mucha discusión, decidimos que una película navideña debería contener elfos, trineos y, por supuesto, al mismísimo Papá Noel.

—Bien, ya hemos llegado —dijo Jacob.

Miré la pista, mi boca se estiró en una sonrisa. —Tienes razón, no es la pista del Rockefeller Center. Es mejor.

La pista de patinaje Snowflake puede que sea solo una fracción del tamaño de la pista de Nueva York, pero era adorable y mágica. Luces de hadas iluminaban la pista y se reflejaban en el hielo. Junto a la zona de asientos había un par de pequeñas cabañas de troncos que servían, a juzgar por el olor, vino caliente, chocolate y... ¿qué era ese otro aroma? ¡Por supuesto, canela! Supuse que probablemente también habría deliciosos dulces recién hechos.

—¿Has patinado aquí antes?

—Desde que era niño —dijo.

—Es precioso —dije, mirando hacia la montaña que se alzaba sobre este encantador pueblo de manera protectora. Las luces salpicaban entre los árboles mientras el sol comenzaba a desvanecerse.

—¿Qué me dices, Lacey?

—¿Qué me dices de qué? —pregunté, volviendo la mirada hacia Jacob.

Señaló con la cabeza hacia la pista. —Yo lo haré si tú lo haces...

—Solo si hacemos una carrera —bromeé, sintiendo de repente el impulso de patinar.

—Puede que llegues a arrepentirte de esa oferta —dijo, con los ojos brillantes mientras ponía una mano en la parte baja de mi espalda. Caminamos hacia el mostrador de alquiler, pero Jacob siguió de largo.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Soy tu guía, ¿recuerdas? —Me lanzó una mirada de reojo, elevando la comisura de su boca—. Esto es parte de la visita por si tus enamorados estrellas de televisión patinan aquí.

—Sí, pero el mostrador de alquiler está allí —señalé.

Hizo un gesto hacia el mostrador. —Eso no es lo suficientemente bueno para tus futuras parejas famosas.

—¿Ah, no? —pregunté, preguntándome qué se traería entre manos.

—Vamos a ver al maestro para conseguir nuestros patines. Vamos, por aquí.

Más allá del mostrador de alquiler había un edificio de madera. Podía oír los sonidos de golpecitos y raspados procedentes del interior. Jacob apartó la cortina de cuentas que cubría la puerta abierta, y pequeños Papá Noel y muñecos de nieve tintinearon alegremente unos contra otros al volver a su sitio detrás de nosotros.

—¿Señor Clauson? —llamó Jacob, bastante alto. Pero cuando el señor Clauson apareció desde detrás del banco de trabajo, pude ver por qué. Parecía tener cien años. Jacob le saludó en voz alta y despacio, y el anciano inclinó la cabeza como intentando oír mejor.

—Señor Clauson, me gustaría presentarle a Lacey Lane. Está de visita desde Nueva York para conocer Christmas Mountain para un programa de televisión que produce. Le estoy mostrando el verdadero pueblo, y no hay nadie que represente más a Christmas Mountain que usted. ¿Tengo razón?

El señor Clauson sonrió mostrando todos los dientes. —Así es.

—Encantada de conocerle —dije, haciendo un pequeño saludo con la mano—. ¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—Llevo aquí casi tanto tiempo como la montaña que tenemos detrás. —Se rio con ganas, lo que se convirtió en tos—. Disculpe. Bien, ¿qué puedo hacer por vosotros?

—Estamos echando un vistazo, para hacernos una idea del lugar.

El señor Clauson arrugó el rostro. —¿Un peeling químico para la cara? He leído sobre esos en las revistas de la señora Clauson y suenan horrorosos.

Abrí los ojos como platos cuando se volvió hacia mí.

—¿Por qué una joven tan guapa como tú querría andar tocándose la cara? Pasa un tiempo en Christmas Mountain y tu piel brillará mejor que con esas tonterías de peelings. Te lo puedo asegurar.

—Gracias por el consejo —dije, esforzándome por contener la risa que burbujeaba en mi pecho ante la salida del señor Clauson. No me atreví a mirar a Jacob porque por el rabillo del ojo noté que sus hombros también temblaban.

—No, ella ha venido a echar un vistazo —dijo Jacob, aumentando el volumen—. Es productora de un programa de televisión y están

pensando en grabar una temporada aquí.

El anciano pareció aliviado. —Ah, la televisión. Eso sí que es algo útil.

—¡Ja! —Me giré hacia Jacob, sonriendo profusamente.

La comisura de la boca de Jacob se elevó y me dedicó una segunda mirada.

—¿Vais a dar una vuelta por el hielo? —preguntó el señor Clauson.

—Nos encantaría. —Asentí. Ya adoraba a este anciano. ¡Qué personaje; teníamos que incluirlo en el programa!

—Bueno, entonces necesitaréis un par de patines. Aquí, dejad que os consiga vuestro propio par.

Me volví hacia Jacob. —¿Los de alquiler?

—Alquiler especial —dijo Jacob, manteniendo el volumen alto—. El señor Clauson hace patines preciosos, todos a mano. Cada par que se presta allí fuera... —Señaló con la cabeza hacia el puesto de patines en el exterior—. Pues bien, todos han sido hechos a mano aquí mismo.

El señor Clauson asintió. —Así es, llevo haciéndolo desde que era un renacuajo. Ahora, ¿qué número calzas, querida?

Se agachó para medirme el pie, pero la escasa iluminación y su vista cansada le dificultaban la tarea. Jacob tomó suavemente la cinta métrica de sus manos.

—¿Por qué no te tomas un descanso y yo me encargo de esto? Sabes que sé lo que hago, porque tuve al mejor maestro.

El Sr. Clauson se dirigió arrastrando los pies hacia la puerta. —Así es, Jacob. Así es.

Cuando la caseta quedó vacía, Jacob se arrodilló, tomó mi pie en su mano y lo sacó con cuidado de la bota de nieve. Apoyó mi pie contra su muslo cubierto de vaqueros y comenzó a tomar medidas, anotando una serie de números en su mano.

Como seguía de pie, perdí un poco el equilibrio e instintivamente puse la mano sobre su cabeza para estabilizarme. Mis dedos sintieron su suave pelo rubio antes de que la retirara. Volví a tambalearme y él puso ambas manos en mis caderas para sujetarme.

Alzó la mirada hacia mí. —Prometiste no derribarme, ¿recuerdas?

Mi boca se extendió en una lenta sonrisa. —Yo *nunca* prometí eso.

Sonrió y luego se levantó, llevando las medidas al Sr. Clauson. Unos momentos después regresó, sosteniendo un hermoso patín de cuero blanco. Mientras se arrodillaba y deslizaba mi pie dentro del patín, mi imaginación se desbordó. De repente (en mi cabeza, por supuesto), me transformé en una princesa de las nieves mientras mi príncipe de la nieve me calzaba mis propios patines mágicos.

Mi corazón se aceleró y sacudí la cabeza para disipar ese pensamiento. Este lugar ciertamente sabía cómo hechizarme. Con suerte, haría lo mismo con las estrellas del programa.

Jacob se sentó en un banco de madera y se ató unos patines bastante usados. —Tengo estos desde hace años. Este fue el primer par que hice bajo la atenta mirada del Sr. Clauson.

Los miré con suspicacia. —Parecen muy usados. ¿Patinas a menudo?

—En ocasiones —se encogió de hombros, y nos dirigimos a la pista, quitamos los protectores de las cuchillas y pisamos el hielo. Algunas personas se deslizaban con gracia alrededor, y me quité el abrigo, sabiendo que entre el pánico y el esfuerzo pronto entraría en calor.

—Ve tú a patinar, mientras yo, eh, encuentro mis pies de hielo —dije.

—De acuerdo —dijo, alejándose con elegancia. Dio un par de vueltas en el tiempo que me llevó dar solo unos pocos pasos. Pero cuando se deslizó hasta detenerse frente a mí, salpicándome con hielo, solté el borde y me alejé lentamente de la barrera.

Jacob parecía divertido. —Has patinado antes, ¿verdad?

Puse las manos en mis caderas. —Sí... estoy un poco oxidada, eso es to-idoooo! —La última palabra salió como un chillido mientras mis brazos se agitaban como un molino intentando mantener el equilibrio. Jacob estiró el brazo y me estabilizó, y mi estómago dio un pequeño vuelco.

—Gracias —dije, sintiendo el peso de su brazo a mi alrededor—. Puede que haya pasado más tiempo del que creía desde la última

vez que pisé el hielo.

—Bastante más tiempo —bromeó.

Fui a darle un golpecito juguetón pero volví a tambalearme.

Jacob me agarró la mano para estabilizarme. —¿Estás lista?

—Creo que ahora puedo mantener el equilibrio —dije, con el corazón latiendo fuertemente en mi pecho.

—Vale —soltó mi mano y comenzó a deslizarse hacia atrás, animándome a patinar hacia él. Lo estaba haciendo bastante bien hasta que un adolescente pasó volando junto a mí, sobresaltándome, y volví a agitar los brazos, extendiendo la mano para que Jacob me salvara. Alcanzó mi mano y esta vez no la soltó.

Mientras patinábamos, me pregunté si le gustaba sujetar mi mano o si simplemente no quería que me cayera de bruces. Probablemente lo segundo. Al final, no lo hice tan mal y solo me caí tres veces, casi arrastrando a Jacob conmigo en cada una de ellas. Pero cuando mis tobillos empezaron a doler, supe que era hora de terminar por hoy. Jacob mantuvo mi mano sujeta hasta que llegamos al borde.

—Aquí estás, sana y salva —dijo.

—Gracias —dije, levantando las pestañas para encontrarlo mirándome desde unos centímetros de distancia. El viento sopló un mechón de mi pelo sobre mi mejilla y pude ver mi aliento salir en una pequeña bocanada blanca que se disipó.

Su mirada sostenía la mía mientras colocaba el mechón detrás de mi oreja, sus dedos rozando mi mejilla y provocando que pequeñas mariposas se instalaran en mi estómago. ¿Iba a besarme? Contuve la respiración y me incliné ligeramente hacia delante...

—¡Jacob! ¿Cómo *estás*? —preguntó una voz femenina.

Retrocedí, perdiendo el equilibrio una vez más. Me giré para ver a una hermosa rubia que se apresuraba hacia donde Jacob estaba de pie, a un par de metros de mí ahora.

—Hola... ¿Cómo estás? —preguntó él.

—Mejor ahora que he visto tu guapo rostro —dijo ella, acercándose a él y estrechándolo en un fuerte abrazo. Le besó en ambas mejillas—. Me alegro tanto de verte. ¿No te alegras de verme?

Él se rio. —Por supuesto.

Sin siquiera mirarme, ella se inclinó de nuevo y le besó la mejilla por segunda vez. —Tienes mi número. *Úsalo* —dijo, alejándose y mirándole coquetamente por encima del hombro.

Me invadió una sensación extraña. ¿Estaba Jacob saliendo con esta mujer? ¿Estaba saliendo con muchas mujeres? No es que fuera asunto mío. Me senté en un banco, sintiéndome irritada mientras tiraba de mis botas, que el señor Clauson me había regalado.

Jacob se sentó en el banco frente al mío y comenzó a desatarse las botas.

—¿Por qué no me has presentado a tu amiga? —pregunté, intentando que no se notara mi irritación—. Quedaría genial ante la cámara.

Sí, por encima de mi cadáver.

Jacob pareció avergonzado. —¿Sería terrible si te dijera que no puedo recordar su nombre?

—Tú... —Mi voz se apagó al darme cuenta de que entonces no podía estar saliendo con ella. Me invadió una sensación de alivio, lo que no tenía sentido ya que solo había pasado un día con este chico y la mitad había sido bastante desagradable.

Él negó con la cabeza. —Vergonzoso, ¿eh?

—Alivio cómico para una escena —sonreí, secretamente encantada, y recordándome a mí misma que no tenía ningún derecho a sentir celos. Tenía dos semanas en Christmas Mountain por trabajo, no para un romance invernal. Aunque el segundo pensamiento empezaba a resultarme igualmente atractivo.

CAPÍTULO SEIS

Regresamos al Sugar Plum Inn en un cómodo silencio. Contemplé todas las escenas festivas a mi alrededor mientras caía la oscuridad y las luces de colores salpicaban los edificios. Mi primer día en Christmas Mountain había sido mágico y ahora más que nunca quería rodar la cuarta temporada aquí. No podía esperar para informar a Mel sobre mis descubrimientos. Cuando miré a Jacob, estaba sonriendo.

—¿Qué? —pregunté.

Se encogió de hombros. —Me gusta observar tu reacción ante Christmas Mountain. Hay una razón por la que la mayoría de los que nacemos aquí nos quedamos, y aquellos que se marchan siempre acaban regresando tarde o temprano. Es un lugar especial para vivir.

Asentí. —Christmas Mountain tiene un aire mágico.

Me dio un codazo juguetón. —¿Estás cayendo bajo el hechizo, Lacey?

Tragué saliva. —Te refieres al del pueblo, ¿verdad?

Alzó las cejas. —¿A qué más podría referirme?

—Solo comprobaba —dije, soltando el aire que había estado conteniendo—. Estaba pensando en las increíbles tortitas de Prancer's Pancake House. Es decir, ¿quién no se enamoraría de ellas?

Sus ojos brillaron. —Son bastante especiales, ¿verdad? Lo que Lauren no puede hacer con una plancha no merece la pena

conocerse.

Me adelanté a él y luego me giré para mirarlo, caminando hacia atrás. —¡Ya lo creo! La forma en que hizo ese corazón fue nada menos que espectacular. —Solté un grito cuando mi pie resbaló de la acera. Mientras caía hacia atrás con los brazos agitándose, me imaginé aterrizando como un ángel de nieve deforme en la calle. En su lugar, unos brazos firmes me atraparon.

Los ojos azules de Jacob estaban serenos. —¿Estás bien?

—Esto me enseñará a no emocionarme tanto —dije, con la cara ardiendo. No estaba segura si era porque acababa de resbalar torpemente o porque Jacob seguía sujetándome por los brazos, a pesar de que ya tenía ambos pies firmemente plantados en el suelo —. Sí, estoy bien. Gracias a ti.

La comisura de su boca se elevó. —Si hubiera habido una maceta de cactus detrás de ti, tal vez lo habría reconsiderado.

—Eran poinsettias —dije, saboreando el estar en sus brazos.

—Si tú lo dices —respondió, soltándome mientras empezábamos a caminar de nuevo.

Me moría por preguntarle sobre la mujer de la pista de patinaje, pero no estaba segura de cómo abordarlo sin parecer que estaba entrometiéndome. O interesada. Ambas cosas, por supuesto, eran ciertas.

—Entonces, ¿la señora de la pista de patinaje nació y se crió en Christmas Mountain? —solté de golpe. Tanto para no meterme en sus asuntos.

—¿Quién?

—¿La mujer increíblemente despampanante? —insistí.

Sus cejas se juntaron y me lanzó una mirada de reojo.

Solté un suspiro corto. —La mujer que quiere que la *llames*.

Agachó un poco la cabeza. —Ah, claro.

—Claro —dije, preguntándome cómo aquella mujer tan agresiva había podido escaparse de su mente.

—No, no es de aquí. Viene todos los inviernos de vacaciones —dijo, señalando hacia las laderas—. Su familia tiene un alojamiento en la montaña.

—¿Y? —le animé.

Su frente se arrugó. —¿Y qué?

Le di un codazo juguetón. —¿Hay algo entre vosotros dos? Te lo pregunto puramente por motivos de investigación, claro.

Me dirigió una mirada que no supe interpretar y finalmente negó con la cabeza. —No.

Mi boca se abrió. —¿Por qué no? Está *muy* interesada en ti.

—Vamos, Lacey. —Jacob metió las manos profundamente en los bolsillos de su chaqueta. No llevaba guantes y debía tener las manos congeladas. Supuse que normalmente no se paseaba por la Calle Mayor mientras enseñaba el pueblo a productoras de televisión, así que sus largas piernas generalmente le llevarían a casa antes de que el frío tuviera oportunidad de asentarse.

Aceleré un poco el paso. —Es guapísima.

Se puso a caminar a mi lado. —No es mi tipo.

Mi corazón dio un vuelco, pero mantuve la expresión neutra. —Parece el tipo de todos los hombres.

—¿Crees que soy tan superficial?

Me mordí el labio. —Supongo que no sería tu tipo si ya estás con alguien...

—Déjame enseñarte algo. —Señaló un banco de madera al lado del camino—. ¿Ves esta dedicatoria?

Me senté, pasé la mano por una placa de latón en el respaldo y leí las letras grabadas: "En memoria de Chuck y Nora, que pasaron toda su vida amándose el uno al otro y a Christmas Mountain".

Se sentó a mi lado y apoyó los codos en las rodillas. —Chuck y Nora protagonizaron una de las mayores historias de amor de Christmas Mountain. Nacieron en el mismo hospital con solo un día de diferencia y vivieron puerta con puerta cuando eran niños. Eran inseparables. Desde el día en que se casaron, nunca pasaron una noche separados.

—Vaya. Y... ¿qué pasó?

Sus ojos azules me miraron. —Después de setenta y cinco años de matrimonio, murieron con un día de diferencia.

Mis ojos se humedecieron. —Oh, eso es trágico.

Negó con la cabeza. —Lo que habría sido trágico es que alguno de ellos se hubiera conformado con una cara bonita sin conexión. En

cambio, vivieron sus vidas con su alma gemela hasta que llegó el momento de partir. Es como si no pudieran sobrevivir el uno sin el otro. —Guardó silencio un momento—. Ese es mi tipo.

Abrí los ojos como platos. —Pero un amor así es poco común, ¿no?

—Que sea poco común solo lo hace más especial —dijo, juntando las puntas de los dedos—. Demasiadas personas salen porque no quieren estar solas. Lo entiendo, de verdad, pero el problema es que *conformarse* con una relación significaría perderse lo auténtico.

Pensé en mi propia experiencia. —Aun así, creo que un amor como ese es poco común. Es decir, ¿conoces otras historias de amor como la de Chuck y Nora? ¿En serio?

Asintió y sonrió. —Sí. Mi madre y mi padre.

Me recosté en el banco, intrigada. A pesar del frío, estas historias de amor verdadero me estaban calentando el corazón mejor que cualquier manta eléctrica. —Cuéntame sobre ellos.

Se incorporó y se reclinó en el banco. Su hombro rozó el mío, enviando un escalofrío por mi brazo. —Mis padres se conocieron en una producción local de El Cascanueces. Era una excursión escolar obligatoria y mi padre estaba allí a regañadientes porque pensaba que el ballet era solo para chicas.

—Eso es ridículo.

—No obstante, no estaba muy contento de estar allí —dijo Jacob, riendo—. Pero me contó que cuando vio a mamá sentada un par de filas por delante, fue amor a primera vista. Cambió de sitio con la mejor amiga de ella para sentarse a su lado durante el resto del espectáculo. Cuando salieron, ya había comenzado un gran amor.

Me llevé una mano al pecho. —Eso es muy romántico.

—Su primera cita oficial fue al ballet El Cascanueces, por supuesto. La escena favorita de mamá era la Danza del Hada de Azúcar. Desde entonces, papá llama a mi madre su "hada de azúcar". Cuando decidieron abrir la posada juntos, papá la llamó The Sugar Plum Inn en honor a mamá.

Dejé escapar un suspiro nostálgico. —Así que el nombre de su negocio les recuerda su amor cada día. Eso es definitivamente un amor por el que vale la pena esperar.

La emoción se arremolinaba en los ojos de Jacob. —Papá dice que cada vez que mamá contesta el teléfono y dice el nombre de la posada, se miran y piensan en cómo se conocieron.

Mis ojos se humedecieron. —Es una historia preciosa.

Asintió. —Mis padres son mi modelo a seguir. Cualquier cosa menos que lo que ellos tienen nunca sería suficiente para mí.

Ambos permanecimos en silencio durante un momento.

—¿Has estado enamorado alguna vez, Jacob? —pregunté, lanzándole una mirada.

Miró a lo lejos. —Una vez, quizás. Pensé que era amor, pero... no duró. —Se volvió hacia mí—. ¿Y tú?

Me tocaba a mí mirar a lo lejos. —He salido con gente, de vez en cuando. Pero...

—¿Pero?

No pude sostenerle la mirada. —Supongo que he... aprendido a no necesitar demasiado a nadie. Mi ex me llamaba adicta al trabajo.

—¿Es eso lo que eres? —preguntó él.

—Supongo —dije, encogiéndome de hombros—. En realidad crecí... en el sistema de acogida. Ni que decir tiene que eso me hizo volverme muy autosuficiente. El trabajo es lo único que me hace sentir segura. Me he mudado tanto en mi vida que estoy ahorrando para tener mi propio piso. Si aprueban este proyecto, tendré suficiente para la entrada.

Cerré los ojos, sin poder creer todo lo que acababa de revelar. ¿Qué me pasaba? Haber crecido en hogares de acogida era algo en lo que ni siquiera me gustaba pensar, y mucho menos hablar de ello o compartirlo con un completo desconocido. Me preparé para lo que Jacob pudiera decir o pensar de mí ahora.

Tocó mi mano enguantada. —¿Puedo preguntar qué les pasó a tus padres? Si no quieres contármelo, lo entenderé.

De alguna manera, le creí. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras reunía el valor para responder.

—Nunca conocí a mi padre biológico, si se le puede llamar así —dije, sintiendo la palabra "padre" extraña en mi lengua—. Viví con mi madre hasta los siete años aproximadamente. Tenía problemas con las drogas y con el robo relacionado con conseguir dinero para

drogas. Nada estable. Después de que me alejaran de mi madre muchas veces por negligencia, finalmente me metieron en el sistema.

—Lo siento, Lacey.

Lo miré, intentando averiguar si pensaba menos de mí. Pero no había juicio en sus ojos azules, solo amabilidad. Solté un largo suspiro. —Una de las razones por las que amo mi trabajo es que cada vez que nuestras parejas encuentran el amor, me da esperanza de que el "vivieron felices para siempre" existe... que al menos es posible —dije, mientras un escalofrío me recorría.

—Un punto válido —se levantó, ofreciéndome su mano para ayudarme a ponerme de pie. Puse mi mano en la suya y él la apretó mientras me levantaba. Mantuvo mi mano durante unos segundos mientras empezábamos a caminar, pero luego la soltó y metió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

Era solo un corto paseo de vuelta a la posada, y agradecí el calor del fuego cuando Jacob abrió la puerta y se apartó para dejarme pasar.

—¿Ruby? —llamó Jacob mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba en uno de los ganchos junto a la puerta. Cogió mi chaqueta y la colgó junto a la suya, lo que me pareció tan natural que me sorprendió—. ¿Has vuelto?

Un ruido extraño nos llegó a ambos al mismo tiempo, y Jacob siguió el sonido con una sonrisa en la cara. Caminó hacia el sofá frente al fuego y me hizo señas para que me acercara en silencio. Ruby estaba tumbada en el sofá, con la boca bien abierta mientras roncaba.

—¿Eso es...?

Asintió. —Sí. Cinta adhesiva en su pelo.

Mientras Jacob intentaba quitarle el trozo de cinta suavemente del pelo, ella volvió a roncar y gritó "¡Cintas!" mientras dormía.

Los carteles del perro perdido estaban esparcidos por el suelo donde debían haberse caído de su regazo, y el rollo de cinta adhesiva seguía agarrado en la mano derecha de Ruby.

Jacob deslizó un brazo bajo las rodillas de su hermana y el otro bajo sus hombros y me susurró: —¿Podrías recoger esos carteles

mientras llevo a Ruby a la cama en el despacho?

Se dirigió hacia las escaleras y observé su espalda mientras se alejaba, deseando tener un hermano que me cuidara con tanta dulzura. A decir verdad, me hizo darme cuenta de lo sola que estaba realmente. Sería maravilloso tener a Jacob —corrección, a alguien *como* Jacob— en mi vida.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Jacob no había respondido a mi pregunta sobre si tenía a alguien en su vida ahora mismo. No pude evitar sentirme un poco desanimada ante ese pensamiento.

CAPÍTULO SIETE

DESPUÉS DE ANOTAR observaciones sobre la salida de hoy hasta que mis ojos ya no pudieron mantenerse abiertos, me metí en la cama. Mi cabeza tocó la almohada y suspiré aliviada mientras esperaba que llegara el dulce sueño. Llevaba despierta cuarenta horas y era un milagro que no me hubiera desmayado ya.

Mi mente se volvió nebulosa. El sueño parecía tan cercano y entonces unos ojos azules aparecieron en mi mente, haciendo que mi estómago revoloteara. Jacob era diferente a cualquier chico que hubiera conocido antes. Su media sonrisa amenazaba con deshacerme. Sus historias sobre el amor verdadero me inspiraban. Me pregunté cómo podría incorporar esas historias al programa de televisión. Mañana. Habría tiempo para estos pensamientos mañana...

¡PING!

¿Me habré imaginado ese ruido?

¡PING!

¿Era mi móvil?

¡PING! ¡PING! ¡PING!

Mis ojos se abrieron de golpe. La pantalla de mi móvil se iluminó desde su lugar en la mesita de noche. Sí, mi teléfono. Gemí y lo cogí, viendo que tenía otro mensaje de texto de Mel.

Lacey, ¿cómo va la búsqueda de localizaciones?

Lacey, ¿has encontrado ya el ritmo adecuado para los créditos iniciales?

Lacey, ¿puedes enviarme fotos o metraje del pueblo para que pueda trabajar en algunas de las escenas?

Después de leer varios mensajes más como estos, silencié el móvil y me giré de costado. Mantuve la espalda hacia la mesita de noche para no molestarme cada vez que la pantalla se iluminara si enviaba más mensajes. Pero después de unos diez minutos apretando los ojos e intentando forzarme a dormir, me di la vuelta en la cama para ponerme más cómoda, solo para encontrarme con la pantalla iluminándose por centésima vez.

Necesito esas tomas YA.

Oh, oh, había omitido el "Lacey" al principio del mensaje, lo que significaba que se estaba irritando. Mel tenía un típico temperamento del mundo del espectáculo y si no se salía con la suya, montaba una de esas rabietas por las que era bien conocido en Nueva York.

Mis dedos volaron por la pantalla mientras le respondía: *Mel, hola, ha sido un día largo y estoy agotada. Te enviaré las tomas por la mañana, ¿vale?*

¡PING!

¿Día largo? ¡No sabes lo que significa la palabra largo! Llevo en esta oficina desde las seis de la mañana y aún no he terminado. NECESITO esas tomas.

Parecía que Mel había olvidado (convenientemente) que yo había salido hacia el aeropuerto a las cuatro de la madrugada después de no dormir nada. Claramente, podría darle guerra en un concurso de "quién ha tenido el día más largo".

Suspiré, irritada, y aparté las mantas de la cama. Dormir no iba a ser posible ahora mismo, así que bien podría darle a Mel lo que quería. Saqué las piernas de la cama y me senté, frotándome los ojos para quitarme el sueño.

Tenía la garganta seca, así que necesitaba beber algo y recordé que Ruby me había dicho que podía usar la cocina en cualquier momento. Me puse un jersey rojo sobre la parte superior del pijama y me pregunté si debería ponerme un pantalón, pero decidí que los

shorts del pijama servirían. Tenía la sensación de que la gente de Christmas Mountain se acostaba temprano y se levantaba temprano, así que dudaba que me encontrara con alguien. Me puse unos calcetines esponjosos de color púrpura y me dirigí a la puerta.

Al abrirla, oí un ruido extraño que venía de arriba. Asomándome por la barandilla, miré hacia abajo y vi que las luces y el fuego estaban apagados, aunque el calor residual de la chimenea todavía me calentaba mientras subía. Me quedé escuchando un momento y ahí estaba de nuevo: el sonido rítmico de... *algo*. Mmm. No estaba segura de qué podría estar causando ese sonido. La curiosidad pudo más que yo y decidí renunciar al chocolate caliente en favor de ser entrometida. Así que subí las estrechas escaleras que conducían a lo que supuse que era el ático.

¿Quizás alguno de la familia estaba buscando algo en ese espacio polvoriento poco utilizado? ¿Como más adornos navideños o leña para el fuego? Me imaginé telarañas y cajas viejas, pero cuando llegué al final de las escaleras, ¡miré a través de la puerta lo que probablemente era el apartamento más acogedor de la posada!

Las paredes del ático eran de pino, y había bancos de trabajo distribuidos por todo el espacio abierto con puertas que conducían a otras habitaciones. Montones de madera estaban apilados en las esquinas de esta habitación y algunas piezas más largas estaban apoyadas contra las paredes. Varias herramientas descansaban sobre las mesas y en cajas. En cada banco de trabajo había lo que parecían ser juguetes en diversas fases de montaje: un soldadito de juguete por aquí, un tambor de madera por allá, y todos los juguetes tradicionales que esperarías encontrar en un viejo cuento de hadas.

Pero lo que hacía que la habitación fuera tan acogedora era el pequeño rincón en el extremo más alejado. Un sillón orejero se encontraba frente a una estufa de leña, que proyectaba un cálido resplandor por toda la habitación. Una suave alfombra color crema descansaba en el suelo frente al sillón. Una versión más pequeña del árbol de Navidad de la planta baja se erguía en una esquina, y las luces de colores centelleaban y brillaban mientras parpadeaban. Una pequeña estantería se encontraba al lado del sillón, con libros

apilados, aunque no podía ver ninguno de los títulos. ¡Era como el propio taller de Papá Noel!

Sin embargo, mis ojos se abrieron cuando me di cuenta de que no estaba sola. Divisé la espalda de Jacob mientras estaba sentado en uno de los bancos de trabajo, de espaldas a mí, lijando rítmicamente algo que quedaba fuera de mi vista.

Me balanceé de un pie a otro, dividida entre hacer notar mi presencia y seguir observando a Jacob, que ahora pasaba la mano por la madera lisa. Era evidente que se había duchado después de acostar a Ruby porque su pelo todavía estaba húmedo y llevaba una camiseta diferente a la que había llevado bajo su chaqueta hoy. No pude evitar pensar que podría necesitar otra ducha antes de acostarse porque pequeñas virutas de madera danzaban en el aire antes de posarse en su pelo.

Intrigada por lo que estaba haciendo, di un paso adelante para ver mejor. Cuando levanté el pie, este golpeó un pequeño trozo de madera y accidentalmente lo pateé a través de la habitación.

¡Plaf!

Los ojos de Jacob se dirigieron hacia donde el trozo de madera golpeó la pared y su mirada se disparó hacia mí.

Agité los dedos. —Eh, hola.

—Lacey —su rostro mostró sorpresa y su ceño se arrugó—. ¿Está todo bien?

—Todo genial —mis hombros se tensaron cuando se me ocurrió que podría estar molesto conmigo por invadir su espacio privado. Vaya—. Bueno, ya sabes, aparte de un poco de torpeza.

Su boca se curvó en una sonrisa. —Pensaba que ya estarías roque a estas horas —dijo.

—Esta es una de esas desafortunadas situaciones en las que estoy tan cansada que *no puedo* dormir —dije, sintiéndome avergonzada de que me hubiera pillado espiándole. Me giré para marcharme—. Siento molest...

—Pasa —se levantó y me hizo señas para que me acercara al banco donde había estado trabajando.

—¿Seguro? —pregunté, sin querer entrometerme.

—Por supuesto —dijo, indicándome que entrara más.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento y me acerqué para ver lo que había estado haciendo. Un largo trozo de madera descansaba sobre la mesa con un extremo curvado elegantemente hacia arriba, mientras que otra pieza idéntica se apoyaba contra la pared junto al banco. Varios listones de madera estaban apilados al lado.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Es un trineo —Jacob cogió el trozo de madera que estaba apoyado contra la pared y lo colocó junto al que estaba en el banco. Luego cogió algunos de los listones y los colocó uno al lado del otro entre las dos piezas curvadas—. ¿Ves? Este será el asiento, y estas dos piezas más largas de madera son los patines. Lo estoy haciendo para venderlo en la tienda de Silver Bells Luxury Tours.

—¿Es esa la tienda con las letras doradas en el escaparate? —pregunté, viéndole asentir. Me acerqué más y me coloqué a su lado —. Es precioso, Jacob. No sabía que fabricabas cosas de madera. Eres muy hábil.

Sonrió. —Gracias. Cuando tengo una pieza de madera hermosa, el objeto casi se hace solo.

—Pero, ¿no es toda la madera igual?

—No, para nada. Déjame enseñarte —cogió el patín que había estado lijando, se colocó a mi lado y lo depositó. Luego tomó mi mano, la colocó contra la madera y deslizó mis dedos por la superficie lisa—. Esto es arce.

Mi estómago dio un pequeño vuelco. Oh, *vaya*. Deseaba tanto que volviera a hacer eso.

—¿Notas lo suave que se siente la madera al tacto? —me preguntó, con su boca junto a mi oído.

—Ajá —dije, apenas capaz de formar esas sílabas.

Siguió moviendo mi mano por la superficie hasta que mi brazo quedó extendido y su cuerpo presionado contra mi costado para mantener el contacto con mi mano. Apenas podía respirar, y no era por el intenso olor a madera y serrín de la habitación. Entrelazando sus dedos con los míos, comenzó a tirar de mi mano en la dirección opuesta.

Luego soltó mi mano, cogió otro trozo de madera y lo colocó sobre la mesa junto al arce. De nuevo, tomó mi mano y la posó

sobre la madera.

—Esto es roble. No lo he lijado, pero ¿notas cómo se siente ligeramente diferente? Esos pequeños matices de texturas provienen de los nudos —. Nuestras manos flotaron sobre una marca más oscura en la madera y la rodearon; el nudo, ligeramente más áspero al tacto, rozaba mi palma—. Estos nudos son imperfecciones en la madera, pero son imperfecciones naturales, así que solo realzan su belleza. ¿No crees?

Tragué saliva con dificultad y asentí. —L-las imperfecciones pueden ser buenas.

Jacob sostuvo mi mano un momento más y luego lentamente desenredó sus dedos de los míos, dejando el roble de nuevo en su sitio.

Me sentí un poco mareada, respiré profundamente y enseguida tosí al inhalar una bocanada de serrín. Qué vergüenza. Seguí tosiendo contra mi codo mientras Jacob me ofrecía una botella de agua. Bebí profundamente, consciente de que sus labios probablemente habían estado en el borde antes que los míos. Ese pensamiento pudo haberme hecho tambalear un poco.

—Gracias —dije, aclarándome la garganta—. ¿Te dedicas a hacer esto para ganarte la vida? ¿Además de trabajar en la posada? —pregunté, mirando todas las diferentes piezas que había hecho. Parecía una mezcla ecléctica de artículos.

Negó con la cabeza. —No, hago esto para relajarme. Es mi tiempo libre. Algunas personas ven la tele... yo hago cosas.

Le miré para ver si estaba bromeando, pero parecía serio. Fruncí los labios mientras consideraba lo que me estaba diciendo.

Se encogió de hombros. —Este es mi escape, mi cueva de hombre, si quieres. Vengo aquí para desestresarme o para tomarme un respiro.

Me reí, sobre todo para liberarme del hechizo que había lanzado sobre mí. —Muchos hombres van al gimnasio para desestresarse.

Para mi alivio, él también se rio. —Salgo a correr y entreno con pesas. Además, hago bastante ejercicio ayudando en la posada. Te sorprendería cuánto ejercicio supone cortar leña.

Miré sus bíceps bajo la tela tensa de su camisa y asentí.

—Hacer cosas lleva tiempo y es lento. Pero sacar la belleza de la madera y convertirla en algo que será valorado y disfrutado, bueno, eso merece cada minuto.

—Suena como una buena afición —dije, deambulando por el ático, más para poner distancia física entre nosotros que por cualquier otra razón. Si me quedaba demasiado cerca, podría ceder ante el fuerte impulso que tenía de besarle.

Pasé la mano por la superficie de una mesa que tenía el comienzo de un corazón tallado. —¿Cuál es el objeto más especial que has hecho? Debe haber una cosa que siempre permanecerá contigo.

Asintió sin dudarlo. —La hay.

Miré alrededor de la habitación. En toda honestidad, era difícil elegir un solo objeto hermoso entre tantos. Había mesas y sillas, un cabecero e incluso una mecedora con elaborados tallados en el respaldo.

—Entonces, ¿qué es? ¿Me lo enseñarás?

—Ya lo has visto.

Fruncí el ceño. —¿Lo he visto?

Sonrió. —Sí, te has sentado en él.

Abrí mucho los ojos. —¡El banco de Chuck y Nora! ¿Tú lo hiciste?

—Sí. Iba a ser un regalo por su setenta y seis aniversario de boda, para ponerlo en su jardín, pero...

Mis ojos se humedecieron. —¿Pero murieron antes de que pudieras dárselo?

Asintió con la cabeza. —Decidimos colocarlo en la calle principal para que la gente pudiera descansar y recordarles.

Me conmovió. —Eso es precioso, Jacob.

Apretó los labios, pero no dijo nada.

—Oye, Jacob —dije, mordiéndome el labio inferior—. No has contestado a mi pregunta de antes.

Me miró con curiosidad. —¿Qué pregunta era?

Mi mirada sostuvo la suya y se me secó la garganta. —¿Hay alguien especial en tu vida?

—¿Es esto una investigación para tu programa? —preguntó.

Tragué saliva. —Por supuesto.

—En ese caso... —Dio un paso hacia mí, colocando un mechón de pelo detrás de mi oreja mientras todo el aire abandonaba mis pulmones—. Deberías saber que... no hago entrevistas para la televisión.

—Oh —dije, mientras su dedo rozaba el punto sensible detrás de mi oreja, provocándome escalofríos por toda la piel. Glups.

—Pero estoy soltero —dijo, con sus ojos azules pareciendo mirar directamente dentro de mí—. Si eso es lo que querías saber.

Un silencio cayó entre nosotros mientras nos mirábamos. De repente, me sentí demasiado expuesta.

—Debería irme a dormir —dije, dando un paso atrás. Él se quedó donde estaba, dejándome retroceder hacia la puerta con piernas temblorosas—. Buenas noches, Jacob —dije.

—Dulces sueños, Lacey —respondió.

Con eso, escapé por la puerta con el corazón latiendo a toda velocidad mientras descendía las escaleras, conteniendo la respiración hasta que estuve a salvo en mi habitación con la puerta cerrada tras de mí. Sentía como si algo acabara de suceder entre nosotros y no tenía ni idea de lo que significaba. Pero esa noche tuve sueños y todos protagonizados por Jacob, quien me colocaba el pelo detrás de la oreja una y otra vez, seguido de un largo beso que me derretía hasta la médula.

CAPÍTULO OCHO

A LA MAÑANA SIGUIENTE, me desperté con una sonrisa y me acurruqué en mi almohada, recordando el sueño en el que había estado inmersa momentos antes. Jacob y yo estábamos de pie frente al fuego en la sala de estar de abajo cuando oímos un ruido extraño. Alzamos la mirada y vimos muérdago creciendo y extendiéndose por el techo. No me pareció algo extraño en absoluto. Al contrario, sentí asombro y emoción ante la planta verde que crecía.

Sumergida de nuevo en mi sueño, sí que me pareció un poco raro que en lugar de estar trabajando en Prancer's Pancake House, Lauren estuviera en la habitación con nosotros, agitando una sartén en la esquina haciendo que el muérdago formara un corazón sobre nuestras cabezas. Pero sonreí cuando Jacob tomó mi rostro entre sus manos y me besó, lenta y tiernamente, y *muy* plenamente en los labios.

¡Eh-Eh-Eh-Eh!

El repentino estruendo de mi despertador hizo que abriera los ojos de golpe y me incorporara en la cama. ¿Dónde estaba? Este no era el dormitorio de mi apartamento de Nueva York. Vale, espera. Vuelo en avión. Sugar Plum Inn de Christmas Mountain. Todo empezaba a aclararse, lo que explicaba por qué mi conversación con Jacob anoche en su taller había invadido mi cerebro. Me estremecí al recordar haberle preguntado si estaba soltero (dos veces). ¿Por qué

demonios había hecho eso? Aquello no tenía nada que ver con mi trabajo o la razón por la que estaba en Christmas Mountain.

Sintiéndome ridícula por haber hecho una pregunta tan personal, estuve mucho tiempo bajo la ducha, dejando que el agua caliente corriera sobre mí y esperando que el gel de canela borrara los recuerdos de mi humillante pregunta y de aquel sueño tan poco realista. Finalmente, éxito. Al cerrar el agua, el recuerdo fantasma de los labios de Jacob sobre los míos atravesó mi mente. Escalofrío.

—No, sigues desconcentrada —dije, limpiando el vaho del espejo y mirando fijamente mi reflejo. Empecé a secarme el pelo con el secador mientras me lanzaba una mirada severa en el espejo.

—Lacey, sabes que este interés por Jacob es una locura, ¿verdad? —me pregunté, mientras mi reflejo me devolvía una expresión inexpresiva—. Estás aquí por trabajo y por una bonificación muy importante. Salir con alguien podría haber sido aceptable excepto que: 1) Jacob vive en Montana; 2) Tú vives en Nueva York; y 3) Solo estarás aquí dos semanas. Así que deja de actuar como una veinteañera enamorada, céntrate en tu trabajo y deja de pensar en Jacob Curtis.

Suspiré, sabiendo que iba a ser muy difícil olvidarme de él mientras prácticamente viviéramos bajo el mismo techo. Pasé el cepillo por mis ya secas mechas y me hice un gesto resolutivo a mí misma en el espejo. Era hora de centrarme en la razón por la que había venido aquí.

Mientras bajaba de puntillas las escaleras, podía oír a Ruby y a Jacob hablando en la oficina, y su voz hizo que me revoloteara el estómago. No está bien, Lacey. No está bien. Me apresuré desde las escaleras hasta la puerta principal y salí antes de que cualquiera de los dos pudiera verme. Comprobar por mi cuenta posibles localizaciones para el rodaje sería más seguro, así podría dejar los recuerdos del muérdago para los concursantes.

El paseo hasta Main Street se me hizo extraño sin Jacob. Después de pasar la mayor parte del día juntos, nuestras bromas se habían vuelto fáciles y cómodas. Sumado al hecho de que no tenía ni idea de adónde iba o qué quería ver, el día ya se estaba volviendo

decepcionante y solo eran —comprobé la hora en mi móvil— poco más de las nueve de la mañana.

Después de parar en Prancer's Pancake House para comprar un Lauren's Luscious Latte para llevar, deambulé por las calles laterales y miré a través del escaparate de una pequeña y pintoresca tienda llamada Christmas Curiosities. Bebí un sorbo de mi café y observé el pequeño tren rojo y verde que avanzaba alrededor del árbol de Navidad expuesto, y los inusuales adornos de madera que decoraban las ramas. Un petirrojo de madera me llamó la atención, con el pecho escarlata e hinchado contra la nieve que decoraba la rama sobre la que estaba posado.

Empujé la puerta y entré, mitad queriendo ver si había algo que pudiera utilizarse para el programa, mitad queriendo comprar el petirrojo para mi propio apartamento en casa. La dependienta me sonrió desde detrás del mostrador, y le devolví la sonrisa, cogiendo el pequeño pájaro y dándole la vuelta a la etiqueta para ver el precio: *Diseños J.C.* Fruncí el ceño, algo resonaba en el fondo de mi mente mientras llevaba el artículo al mostrador para pagarlo.

La joven cogió el petirrojo y lo envolvió en papel de seda brillante.

—Tienes buen gusto. Todos los adornos de madera están hechos aquí mismo en Christmas Mountain por uno de nuestros residentes.

—¿Qué residente, si puedo preguntar?

—Se llama Jacob...

—¿Curtis? —completé.

Asintió.

—¿Le conoces?

No tan bien como a mis sueños les gustaría.

—Sí, me alojo en el Sugar Plum Inn —dije, cogiendo la pequeña bolsa que me ofrecía.

—La familia que dirige la posada es encantadora. Son personas muy cordiales —dijo.

—Me he dado cuenta —dije, pensando en Ruby corriendo tras el perro perdido de alguien y en Jacob llevando a su hermana a la oficina para que durmiera.

—Que tengas un día maravilloso —me dijo.

—Gracias —respondí, dirigiéndome hacia la puerta.

Fuera, la nieve empezó a caer y hundí las manos en los bolsillos mientras me dirigía de vuelta a la calle principal. En Nueva York, disfrutaba caminando sola por las calles. ¿Por qué echaba de menos la compañía de alguien a quien acababa de conocer?

Al pasar por la librería llamada Rudolph's Reads, recordé la conversación que Jacob y yo habíamos tenido sobre libros. Sonreí, rememorando cómo habíamos citado frases de nuestro libro favorito y cómo habíamos terminado las frases del otro mientras comentábamos la trama.

Mi amiga Carol había regresado a Christmas Mountain el año pasado y había comprado esta librería, que había sido su lugar favorito de pequeña. Había estado tan ocupada con el trabajo que no tuve tiempo de avisarle que venía, pero decidí entrar.

Una campanilla tintineó nuevamente cuando abrí la puerta y la voz familiar de Carol llegó flotando desde el fondo de la tienda:

—¡Estaré ahí en un minuto!

—No hay problema —dije, deambulando, pasando mis manos por los lomos de los libros y respirando el aroma de los volúmenes antiguos. Un gato atigrado con rayas negras pasó junto a mí meneando la cola.

—¡Como que me llamo Carol...! ¡Lacey Lane! —exclamó, antes de cruzar corriendo la habitación y darme un fuerte abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Me alegro tanto de verte —dije, dándole un apretón—. ¿Es tuyo este gato?

—Ese es Hemi, diminutivo de Hemingway. Es la mascota de la tienda —respondió.

—Qué mono —dije, antes de mantenerla a distancia y observarla. Tenía el mismo brillo de satisfacción que parecían tener muchas otras personas de Christmas Mountain. Este lugar realmente obraba su magia en todos los que vivían aquí—. Estoy aquí por trabajo. Explorando el lugar para un posible rodaje de temporada.

—Idea interesante —dijo, con los ojos abiertos de emoción.

Me moría por ponerme al día con los cotilleos (o sea: enterarme de todo sobre Jacob).

—¿Cómo está Tim?

Su rostro se iluminó.

—Está genial, gracias por preguntar.

—Me alegro de oírlo —dije, sonriéndole y queriendo preguntar por Jacob, pero quizás este no era el mejor lugar—. ¿Tienes tiempo para tomar un café o un brunch? Invito yo...

—Lo siento, cielo, pero tengo una sala llena de mujeres ahí atrás y necesito atender la tienda aquí también —señaló con la cabeza hacia una puerta en la parte trasera de la tienda—. Hoy hay club de lectura.

Justo en ese momento, un grito de risa llegó desde detrás de la puerta, seguido de exclamaciones de deleite y luego risitas.

—No siempre somos el grupo más silencioso —dijo Carol, sonriendo—. Oye, ¿por qué no vienes y conoces a todas? Me encantaría presentarte.

Dudé.

—No sé...

—Les he hablado a todas de mi fabulosa amiga de Nueva York y estarían muy emocionadas de conocerte en persona —dijo, pero yo seguía dudando—. Además, ¿sabes?, esto sería una investigación estupenda para el programa. Conocer a los lugareños y todo eso, ¿verdad?

—Mmm —dije, sabiendo que no podía resistirme a una oportunidad fantástica para el programa. Además, me encantaban los libros. Quizás también conseguiría algunas buenas recomendaciones—. Vale. Me apunto.

—Estupendo —dijo, guiándome a través de la puerta hacia la parte trasera y hasta una acogedora sala llena de sillones y con una chimenea encendida.

—Señoras, *esta* es mi buena amiga, Lacey Lane. Es de quien os he hablado, la de Nueva York, y está aquí de visita por...

Vi a Carol girarse hacia mí y forcé una sonrisa.

—Casi dos semanas.

—Lacey, estas son todas —dijo Carol, con un gesto de cabeza.

Un mar de rostros sonrientes (y, aunque me avergonzaba admitirlo, impresionados) me saludó y yo hice un gesto tímido con la

mano.

—Hola a todas.

—Bienvenida, Lacey. Siéntate —dijo una mujer, señalando un viejo y cómodo sillón.

—Gracias —dije, recostándome en el acogedor sillón.

—Esto es emocionante. No todos los días tenemos una celebridad en el pueblo —dijo la mujer.

Esbocé una pequeña sonrisa, ya que me resultaba difícil acostumbrarme a que la gente pensara que era una celebridad. Vale, mi nombre aparecía en los créditos, pero la atención solía dirigirse al reparto, y todas estas caras entusiastas me resultaban un poco abrumadoras.

—Lacey, esta es Harmony —dijo Carol, señalando a la mujer que había hablado.

La mujer rubia en el sillón de terciopelo hizo un pequeño saludo con la mano. —Esa soy yo.

—Harmony es la gerente de Silver Bells Luxury Tours.

El rostro de Harmony se iluminó mientras asentía. —Me ascendieron el año pasado cuando nuestra gerente, Faith Sterling, fue contratada en *It's All Downhill From Here*.

—¿Es la estación de esquí de la que me has hablado, verdad? —pregunté, dirigiendo una mirada de reojo a Carol. Ella asintió y me volví hacia Harmony—. Encantada de conocerte —dije, sonriéndole.

—Igualmente. —Los ojos azules de Harmony brillaban bajo su flequillo rubio. Tenía la sonrisa más grande y amistosa que había visto jamás, y me cayó bien al instante.

—Me encanta tu programa. Si Carol me hubiera dicho que venías al pueblo, habría bailado de alegría. —Meneó las caderas para demostrarlo.

Me reí, encontrando contagiosa la exuberancia de Harmony. —En defensa de Carol, fue un viaje de última hora, así que no tenía ni idea.

Carol señaló hacia una mujer de ojos marrones y cabello rubio recogido en un moño apretado. —Y esta es Macy Wilcox. Macy hace las galletas más deliciosas del pueblo. Su negocio, Macy's Morsels,

ofrece servicio a las mejores tiendas y empresas de aquí y de los pueblos cercanos.

—Encantada de conocerte —dijo Macy, mostrando sus profundos hoyuelos mientras me miraba tímidamente, claramente mucho más introvertida que la extrovertida Harmony.

—Me sorprende oír de un negocio sin una connotación navideña en su nombre —dije, tomando nota mental.

Todos se rieron, incluida Macy, quien se encogió de hombros. —Aunque me encanta la Navidad.

—Y esta es Giselle —dijo Carol, volviéndose hacia una mujer que parecía callada y estudiosa, pero tras sus gafas de montura de asta, sus ojos brillaban con picardía—. Es nuestra escritora residente, que vive una vida recluida en una pequeña cabaña de madera en la montaña mientras escribe la gran novela americana.

—Me haces parecer una ermitaña, Carol —dijo Giselle, soltando una risa estruendosa que reconocí de cuando estaba fuera antes—. En serio, solo me permiten salir para comer o si estoy atascada en una escena particularmente difícil.

—Básicamente, eso es todos los días —bromeó Harmony.

—Y no tan recluida —añadió Giselle, con una risita.

—A menos que tenga una fecha límite —dijo Carol, arqueando las cejas.

—En esos momentos ni siquiera contesta al móvil —dijo Harmony, y el grupo se rió de buen humor.

—¿Giselle? ¿Es francés? —pregunté.

Negó con la cabeza, su cabello castaño claro soltándose de su coleta. —Ja. Ya me gustaría. En realidad, me pusieron el nombre de una tía lejana que era mucho más exótica que yo. ¿Yo? Me conformo con mi pequeño pueblo de montaña, un teclado y una taza de café.

Todas nos reímos, incluida Giselle. El sentimiento de amistad en el grupo era maravilloso. Miré a la señora sentada junto a mí y sonreí. Estaba recostada en su silla, totalmente relajada y tranquila.

—Hola, soy Amanda —dijo, usando la voz más calmada y relajante que había escuchado jamás.

—Amanda es masajista —dijo Carol, poniendo una mano en mi hombro—. Tiene una sala en el Salón C.M. donde ejerce. Es

increíble.

—Sí, hago que mis clientes se duerman —me dijo, riendo. Podía imaginarla perfectamente haciendo ese trabajo, porque su voz ya me estaba arrullando a un estado mental acogedor.

—Suena celestial —dije.

—Lo es totalmente —dijo Carol, mirándome con los ojos bien abiertos—. Te recomiendo encarecidamente que vayas allí. Es genial para deshacerte de tensiones no deseadas.

Me pregunté interiormente si Amanda podría ayudarme a deshacerme de mi tensión no deseada, concretamente mi obsesión con el hijo del posadero.

—Esta es Nina... —Carol señaló a la chica alta y delgada, que tenía una preciosa piel color café con leche—. Trabaja en el Club de Campo de Christmas Mountain y también a tiempo parcial dando clases de esquí en la montaña.

Nina me saludó moviendo los dedos. —Hola, Lacey.

Le devolví la sonrisa. —Encantada de conocerte, Nina.

—Y por último, esta es Brooke, quien...

—Todavía intenta encontrar un nombre para el club de lectura —terminó Brooke, volviéndose hacia mí de manera muy profesional—. Acabamos de formar este necesitadísimo club de lectura y no tenemos nombre. ¡Oh, qué horror! Hola, ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias —dije, pensando que a Mel le encantaría su personalidad centrada.

—Brooke es profesora en el instituto local —explicó Carol.

—Que está intentando mantener a los chicos cuerdos y centrados hasta las vacaciones de Navidad —dijo Brooke—. Lo siento, es una época bastante estresante para mí intentando calificar todos los exámenes y revisar los informes de lectura. Normalmente no doy tanto miedo. Es solo que no conseguimos encontrar un buen nombre para el club de lectura y me está volviendo loca.

Me reí. —¿Un nombre para el club de lectura?

Las siete mujeres asintieron al unísono.

—¿Quizás podrías sugerir algo? —me animó Carol.

Pensé un momento, y entonces mis ojos se posaron en la portada del libro que todas sostenían. *Ni de broma le dejaré marchar*

- *un romance invernal*. Una novela romántica desenfadada. Me recordó a Jacob cogiéndome de la mano en la pista, y poniéndome la bota de patinaje como una Cenicienta moderna. Luego recordé mi sueño y el corazón que se había formado.

—¿Qué tal El Club de Lectura del Muérdago? —propuse.

Las mujeres se miraron entre sí buscando confirmación, antes de que una a una empezaran a asentir y sonreír.

—Vale, vamos a someterlo a votación —dijo Carol, levantando la mano—. ¿Todas a favor del nombre?

Seis manos adicionales se alzaron en el aire, y así nació El Club de Lectura del Muérdago.

—Tienes que unirte a nosotras, Lacey —dijo Macy, en voz baja pero con firmeza.

—Deberíamos votar esa sugerencia —Carol se aclaró la garganta y levantó la mano—. ¿Todas a favor de que Lacey se una al club?

Se elevó un murmullo de emoción y todas las manos se alzaron.

—Lo siento, chicas —dije, negando con la cabeza—. Me encantan los libros, pero solo estaré aquí un par de semanas y luego volveré a Nueva York.

Carol se encogió de hombros. —Para eso están las videoconferencias. Puedes unirte a distancia después de irte. Pero mientras tanto, nos reunimos cada semana aquí. ¡Trae un pastel y estás dentro!

—Supongo que está decidido —dije, mientras me invadía una sensación cálida. Me sentía genuinamente conmovida. Me había llevado meses construir mi amistad con Carol cuando nos conocimos en Nueva York, pero aquí en este pequeño pueblo de Montana, sentía como si acabara de hacer seis nuevas amigas para toda la vida.

CAPÍTULO NUEVE

JACOB VOLVIÓ A PROTAGONIZAR MIS SUEÑOS, dándome otra noche de sueño intranquilo. Esta vez estábamos patinando sobre hielo bajo un cielo lleno de estrellas, y las estrellas eran todas verdes y rojas como luces navideñas. A pesar de mis sueños, Jacob y yo no nos habíamos cruzado ayer, principalmente porque había evitado la posada. En su lugar, exploré por mi cuenta, tomé un millón de fotos y envié una extensa actualización a Mel. Mi mente estaba completamente centrada en el trabajo de nuevo. Bueno, al menos durante mis horas de vigilia.

Me vestí a toda prisa, decidida a escabullirme de la posada otra vez sin ser vista por Jacob. Bajé las escaleras, me apresuré hacia la entrada, abrí la puerta principal... y al otro lado, justo frente a mí, estaba Jacob.

Sus mejillas estaban sonrosadas por el frío y llevaba una pila de leña recién cortada en los brazos, con un aroma a bosque que llegó hasta mi nariz. Mi corazón se enterneció.

—Buenos días, Lacey —dijo.

—Hola, Jacob —dije, haciendo un gesto educado con la cabeza mientras pasaba junto a mí.

—¿Adónde vas esta mañana? —preguntó, hablando por encima del hombro mientras cruzaba la habitación y colocaba la leña en un recipiente junto a la chimenea.

—Solo explorando. Conociendo el pueblo —dije, observándole mientras se sacudía las manos y volvía hacia mí.

—¿Tuviste un día productivo ayer? —preguntó, mostrándose curioso.

Asentí. —Pasé bastante tiempo en Rudolph's Reads.

—Es un lugar estupendo —dijo.

—Mi amiga Carol me presentó a su club de lectura, y acabé quedándome y charlando con ellos durante el resto de la reunión. Fueron muy amables —dije, soltando las palabras tan rápido que me sorprendió no haber tartamudeado—. Después estuve entrando y saliendo de las tiendas un rato y luego cuando...

—¿Está todo bien? —preguntó Jacob, poniendo una mano en mi antebrazo y calmándome al instante—. ¿Vas a mil por hora?

—Lo siento —dije, con las mejillas ardiendo—. Mi exploración fue... productiva.

—Bien. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y luego frunció el ceño—. Había planeado darte otra visita guiada ayer. Pero desapareciste sin decir palabra.

Me mordí el labio inferior. —Cuando bajé estabas en la parte de atrás hablando con Ruby, así que no quería molestaros...

Frunció el ceño. —Tú nunca me molestarías.

¿Nunca? Glups. —Bueno, no quería *interrumpiros*.

—Nunca consideraría que me interrumpes —dijo, con voz suave —. ¿He hecho algo que te haya molestado, Lacey?

Negué con la cabeza. —No, claro que no.

—¿Qué pasa entonces? —Soltó un suspiro y se pasó una mano por el pelo rubio—. No es que tengas que hacer otra visita conmigo. Solo estaba... sorprendido de que no mencionaras que te ibas.

—Estoy segura de que tienes cosas más interesantes que hacer que cuidar de mí —dije, mordiéndome el labio inferior.

Me dirigió una mirada muy extraña. —Si prefieres recorrer el lugar por tu cuenta, está bien, dejaré de molest...

—No, no es eso en absoluto —dije, negando con la cabeza.

—Pensé que lo habíamos pasado bien durante la visita del otro día —dijo, metiendo las manos en los bolsillos.

—Así fue —dije rápidamente, dando un paso hacia él—. Has sido genial.

—¿Entonces qué? —preguntó, sus ojos azules parecían tan sinceros.

Suspiré. —Lo siento. Tienes razón. Lo pasamos bien y lo estropeé. Honestamente, estoy segura de que una visita contigo me habría enseñado más de lo que aprendí por mi cuenta.

Permaneció en silencio un momento. —De acuerdo, bueno, avísame si quieres y cuándo quieres otra visita. Sin presiones.

—¡Cuándo! —solté, dejando escapar una risita—. Quiero decir, si no estás ocupado me encantaría hacer un tour.

Eso era totalmente cierto. Porque, eh, sería muchísimo mejor para mi investigación.

—Tengo que encender la chimenea, pero estoy libre en quince minutos —dijo—. ¿Te parece bien?

—Claro, iré a por un café y nos vemos aquí de nuevo?

—Es un plan —dijo, tocándome el codo antes de volver a los troncos que había dejado en el suelo.

Después de comprar un café para llevar y un rollo de canela en la Pastelería Jingle Bells —oh, qué delicia—, me comí mi desayuno durante el paseo de vuelta a la posada. Cuando regresé, Jacob estaba fuera, en la entrada, con un abrigo grueso y el gorro azul marino que le había visto cuando nos conocimos.

—¿Estás listo? —pregunté, tirando mi basura en una papelera metálica verde con una imagen de Papá Noel.

—Sí —dijo, poniéndose a mi lado en la acera—. He pensado que podría llevarte hasta El Árbol de los Deseos. ¿Qué te parece?

—Guía el camino —dije, activándose mi "lado de productora" cuando le oí mencionar el destino. Había leído algunos párrafos sobre El Árbol de los Deseos en el folleto que había en mi mesita de noche y lo había marcado como posible localización para el rodaje.

Jacob miró mis botas blancas de nieve. —¿Has traído botas de montaña contigo? Puede estar resbaladizo cerca del árbol, y hay escaleras que subir para llegar a las Cataratas.

—La verdad es que solo tengo estas botas de nieve —dije, omitiendo que empezaban a apretarme un poco.

—Espera un momento. Iré a ver si Ruby tiene un par extra por ahí.

Un par de minutos después regresó con unas botas de senderismo resistentes. —Estas funcionarán mejor.

—Gracias... —Mi voz se apagó mientras le veía arrodillarse.

—Levanta —dijo, quitándome suavemente la bota. Colocó la bota de montaña bajo mi pie y me la puse mientras observaba cómo ataba los cordones.

—Podría acostumbrarme a este servicio especial —dije, sintiéndome mimada igual que cuando me ayudó a ponerme los patines de hielo. También me conmovió que recordara mi talla.

—En la Posada Sugar Plum nos esforzamos por complacer —dijo, arrugándosele las comisuras de los ojos al dedicarme una sonrisa. Tomó mis botas peludas y las dejó justo dentro de la puerta—. Vamos a llevarte a El Árbol de los Deseos.

Cualquier incomodidad que tuviéramos desapareció mientras caminábamos calle abajo, charlando sobre mi visita a la librería. Subimos las escaleras junto a las Cataratas en busca de este árbol especial del que tanto había oído hablar y me di cuenta de lo acertado que había estado con las botas, ya que la acera parecía particularmente helada hoy. Incluso sin las botas de nieve, resbalaba y me deslizaba por todas partes, lo que me dio una excusa para agarrarme al brazo que me había ofrecido.

Cuando llegamos a lo alto de las escaleras, el camino se niveló y noté la barandilla entre el sendero y las Cataratas, que protegía a los visitantes de caer por el borde —¡menudo susto! Nos encontramos con un viejo banco de madera.

—Este banco tenía un nombre, ¿verdad? —pregunté, recordando que había leído algo sobre ello en el folleto de la posada.

Me lanzó una mirada de reojo. —El Banco de los Besos.

Mi estómago se calentó. —Oh. Bueno, ese es prácticamente el nombre perfecto para un programa de citas, ¿no?

—No sabría decirte —dijo, deteniéndose junto al banco—. No soy muy de tele, ¿recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? —bromeé, dedicándole una pequeña sonrisa. ¿Íbamos a sentarnos en el Banco de los Besos? No me

atreví a preguntar la historia detrás del nombre.

—Ese es El Árbol de los Deseos —dijo Jacob, señalando hacia el camino donde se encontraba el árbol más hermoso que jamás había visto.

Majestuoso y enorme, El Árbol de los Deseos parecía un grandioso árbol de Navidad que se elevaba hacia el cielo. Mientras el sol brillaba, sus rayos iluminaban los cientos de adornos y abalorios que colgaban de sus ramas, haciéndolos centellear.

—Me... he quedado sin palabras.

Sonrió. —Este es un icono de la Montaña Navideña.

—Es precioso —pasé la mano por el respaldo del banco de madera antes de sentarme y me giré hacia Jacob—. ¿Lo has...?

—¿Hecho yo? —preguntó, leyéndome el pensamiento mientras se sentaba a mi lado. Negó con la cabeza—. No, esto estaba aquí mucho antes que yo. Este banco se remonta a generaciones atrás.

—Cuéntame la historia de este lugar —dije, respirando el aire limpio de la montaña y dejando escapar un suspiro de satisfacción.

Señaló hacia el árbol. —¿Ves todos esos adornos?

Asentí. —Sí.

—Cada uno de ellos fue colocado en recuerdo de alguien. La mayoría de las veces, ponemos un adorno para recordar a alguien que ya no está con nosotros. *Compartimos* nuestros pensamientos y amor con ellos, de ahí el nombre.

—Qué tradición tan maravillosa —dije, observando todos los adornos, cada uno tan único.

—Llevo haciendo esto desde que tengo memoria —dijo, sacando una pequeña caja de su bolsillo y abriéndola. Dentro había un pequeño trineo de madera, pintado y salpicado con purpurina roja. Levantó el hermoso adorno hacia mí—. Hice este en memoria de mi abuelo.

Tomé el pequeño adorno de madera y lo sostuve en alto, admirando su exquisito detalle. —Esto es muy especial, Jacob.

—Mi abuelo me enseñó todo lo que sé sobre carpintería. Esta es una réplica del primer trineo que hicimos juntos —miró el adorno, acercando su cabeza tanto a la mía que si hubiera girado un par de centímetros a la derecha, podría haberle besado.

Trabajo, Lacey. Concéntrate en el trabajo.

—¿Ves los pequeños trozos de purpurina? —preguntó.

Asentí. —Los veo.

—Cuando era niño, el abuelo espolvoreaba una pequeña cantidad de purpurina sobre cada trineo que hacía. Me decía que era polvo mágico para mantener a salvo a quien montara ese trineo. Anoche, puse esa purpurina aquí como polvo mágico para mantener a *él* a salvo... hasta que nos volvamos a encontrar.

Se me hizo un nudo en la garganta. —Qué detalle tan bonito. Es maravilloso que le tuvieras en tu vida.

Me miró. —Era el mejor.

Esperé a que colgara el adorno en el árbol, pero en lugar de eso abrió la pequeña caja de nuevo. Miré dentro y observé cómo Jacob sacaba otro adorno. Cuando vi lo que era, me llevé la mano a la boca. —¡Oh!

—Hice esto para ti —dijo, colocando el pequeño objeto de madera en la palma de mi mano.

Mis ojos se humedecieron mientras examinaba el pequeño par de botas de nieve pintadas de blanco, con piel sintética cubriendo la parte superior, que estaban sobre un montón de nieve espolvoreada con purpurina iridiscente blanca. El adorno era pequeño y perfecto. Me encantó.

—Jacob, es precioso. ¿Cuándo lo hiciste?

Sonrió, obviamente complacido con mi reacción. —Anoche. Como una especie de ofrenda de paz por lo que fuera que hubiera hecho para disgustarte.

—No hiciste nada en absoluto —dije, poniendo una mano en su brazo y luego volviendo mi atención a las pequeñas botas—. Debería haberte pedido que me enseñaras el lugar de nuevo. Quería hacerlo, pero...

Esperó un minuto. —Pero, ¿qué?

No podía decirle exactamente que había estado pensando en él de una manera muy "bajo el muérdago", así que volví a centrarme en el adorno. —No tengo a nadie en cuyo honor colgar este adorno.

Sus ojos azules se llenaron de emoción. —¿Hay alguien especial en casa a quien eches de menos?

Negué con la cabeza. —No. A veces me siento más segura así —confesé.

Se formó una arruga entre sus cejas. —¿No tienes a alguien con quien contar?

—Tengo un par de amigas con las que quedo para comer de vez en cuando —Miré hacia el árbol y sentí todo el amor que emanaba de sus ramas—. Lo pasamos bien juntas, pero soy bastante autosuficiente. Ver lo unido que estás con tu hermana me hace darme cuenta de lo que ha faltado en mi vida. Pero no todo el mundo tiene la suerte que tú tienes.

Nos quedamos en silencio por un momento.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Oh, estoy bien —dije, agitando la mano con desdén. Estaba acostumbrada a quedarme fuera de las celebraciones familiares. Le di vueltas y más vueltas al adorno en mi mano, con pequeños brillantes que se adherían a mis guantes. Aunque se suponía que debía colgarlo en el árbol, casi no quería desprenderme de él.

—Tengo una idea —Se puso de pie y me tendió la mano para ayudarme a levantarme—. ¿Por qué no cuelgas el adorno como promesa de encontrar a esa persona especial a quien puedas amar y en quien puedas confiar?

—Como Chuck y Nora —dije, tomando su mano y levantándome. Caminamos hacia el árbol y no pasó desapercibido para mí que Jacob seguía sujetando mi mano—. Tú primero —le dije.

—¿Qué tal juntos? —preguntó.

Asentí. Mientras Jacob colgaba su trineo, elegí una rama y coloqué mis botas brillantes en una de las ramas inferiores, pensando en encontrar mi verdadero amor. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Es decir, ¿por qué no sería posible que yo encontrara el amor? Las parejas de mi programa lo conseguían. Bueno, a veces.

Como si percibiera cómo me sentía, Jacob deslizó su brazo alrededor de mi cintura y me atrajo hacia un abrazo. Con mi rostro enterrado en su pecho, respiré su aroma a bosque y una sensación de calidez me envolvió. Permanecimos así durante mucho tiempo, abrazados junto al Árbol de los Deseos, con el sonido de los adornos tintineando con la brisa y la cascada rugiendo detrás de nosotros.

Y no había otro lugar donde prefiriera estar.

CAPÍTULO DIEZ

Pasé los siguientes días explorando Christmas Mountain por mi cuenta y encontré muchas nuevas localizaciones que serían maravillosas para grabar. Cada día que pasaba parecía confirmar aún más mi opinión de que filmar una temporada de *Catorce días hasta el amor eterno* aquí sería increíble para los concursantes y los espectadores. Había estado buscando estudios en la ciudad que pudiera permitirme después de recibir mi bonificación (es decir, el anticipo) de Mel tras la aprobación de la localización. Había reducido mis opciones a uno, un apartamento luminoso, brillante y cálido en una buena zona, un lugar al que por fin podría llamar hogar en la ciudad.

Lo que no había previsto era lo mucho que *este* pequeño pueblo de montaña iba a gustarme.

Tomar un Delicioso Café de Lauren por las mañanas se estaba convirtiendo en un hábito que no quería abandonar. Pero en poco más de una semana, volvería a la ciudad para Navidad. Quizás me ofrecería como voluntaria en ese comedor social como hice el año pasado. Ya tenían mi cheque de donación y los turnos de voluntarios estaban cubiertos, pero siempre podría volver a comprobarlo, ya que no tenía planes.

Todo lo contrario que en el Sugar Plum Inn, donde estaban planeando un festín para su familia y los huéspedes. Estar en la

posada se sentía como volver a casa cada noche. De hecho, todo este pueblo me había recibido con los brazos abiertos. Pero solo estaba aquí por un trabajo temporal. Me dije a mí misma que volvería a ver a todos —Lauren, Carol, el club de lectura, el señor y la señora Curtis, Ruby, Jacob y más— otra vez durante el rodaje. La idea no alivió el dolor en mi pecho.

Como era viernes por la noche, le dije a Mel que apagaría mi móvil durante el fin de semana. Esto era nuevo para mí, pero había trabajado duro y merecía un par de días para mí misma. No hubo ni una sola cena sin que mi teléfono sonara o pitara. Aunque la señora Curtis (la madre de Jacob y Ruby) había descartado mis disculpas con un gesto, trabajar durante una comida de repente me parecía muy inapropiado.

La nieve caía con fuerza mientras me apresuraba a entrar por la puerta principal de la posada, más tarde de lo que había planeado. Entré, me quité el abrigo y coloqué mis botas junto al fuego. Miré alrededor y noté que el comedor estaba vacío. En ese momento, la señora Curtis apareció desde la cocina y tomó mi abrigo, sacudiéndole la nieve antes de colgarlo en un gancho.

—Siento llegar tarde a la cena, señora Curtis —dije.

—No te preocupes, Lacey. Te he guardado algo caliente. Y por favor, llámame Betty.

Me lo había dicho más de una vez, pero los hábitos eran difíciles de romper después de criarme en hogares de acogida estrictos que me habían enseñado a ser tanto respetuosa como un poco temerosa de los adultos.

—Gracias... Betty —dije, sintiéndome algo reconfortada por la amabilidad en los ojos azules que me miraban. Ojos azules iguales a los de Jacob.

—¿Has tenido un buen día? —me preguntó.

—Sí, simplemente perdí la noción del tiempo en una pequeña cabaña de troncos a las afueras del pueblo. Era un lugar precioso. Será un sitio maravilloso para grabar una escena del programa.

—Trabajas muy duro, Lacey. Ahora es hora de comer. —Betty sonrió y me hizo pasar al comedor, señalando una mesa preparada para dos. Luego desapareció en la cocina y regresó con dos platos

humeantes. Colocó uno frente a mí y luego se sentó en la silla opuesta con el otro plato delante de ella.

Me quedé consternada. —¿No me esperaste, señora Cu... quiero decir, Betty?

Ella negó con la cabeza. —No, querida, comí un poco antes con los otros huéspedes. Pero no se consigue una figura tan estupenda como la mía limitándose a una sola cena. —Se rio, dando unas palmaditas a sus generosas caderas—. Además, todos han salido esta noche, así que pensé en hacerte compañía. A menos que necesites trabajar.

Me di una palmadita en el bolsillo donde guardaba el teléfono. —El móvil está apagado y no volveré a trabajar hasta el lunes. Me encantaría la compañía.

Sonrió. —Me alegra oírlo, trabajas demasiado.

—Me encanta mi trabajo —dije, lanzándome al pastel de pollo y jamón que tenía delante, escapándose una nube de vapor cuando mi cuchillo atravesó el increíble hojaldre. De repente estaba hambrienta y durante unos momentos comimos en silencio mientras yo hacía sonidos de apreciación, porque realmente estaba delicioso.

—Entonces, ¿cómo fue el resto de tu día, Lacey? ¿Aparte del Trago del Oso?

—¿Trago del Oso? —repetí, sintiéndome de repente un poco temerosa de estar sola.

Se rio. —Llamamos a esa cabaña de troncos Trago del Oso porque si vieras un oso pardo allí arriba, tragar saliva es lo único que podrías hacer. Es una broma interna, no te preocupes. Normalmente no hay osos por allí, pero mantiene a los turistas alerta.

Suspiré aliviada. —¡Uf! Estaba pensando que necesitaría un guardaespaldas cuando saliera.

Ella arqueó una ceja. —Entonces, ¿no tienes tu propio guardaespaldas personal esperándote en Nueva York?

Me reí. —¿Te refieres a un novio? No, no hay nadie, solo yo.

Masticó pensativa y luego asintió. —Sí, Jacob mencionó que estabas sola. Dijo que tu madre ha estado fuera de tu vida desde que eras pequeña, ¿no?

Asentí, sintiendo una puñalada de tristeza atravesando mi corazón.

—Espero que no te importe que te lo haya contado, querida. Solo estaba diciendo lo fuerte que eres al haber tenido que apañártelas sola durante la mayor parte de tu vida.

—Es sorprendente lo fuerte que te vuelves cuando no tienes otra opción —dije, sintiendo que no había hecho nada especial, simplemente había tenido mala suerte en el departamento de padres.

—Te sorprendería cuántas personas simplemente se rinden cuando las cosas se ponen difíciles. Pero tú has perseverado. Eso dice mucho de tu carácter —dijo con firmeza. Luego se secó la esquina de sus húmedos ojos con una servilleta.

—Gracias —dije, apreciando su amabilidad aunque me resultaba incómodo cuando alguien parecía sentir lástima por mí, como si fuera una extraña o algo así.

—Lacey, tengo la impresión de que Jacob está... bueno, encariñado contigo —dijo, mirándome a los ojos.

—Seguro que solo está siendo amable —dije, con las mejillas ardiendo. Pero entonces recordé cómo me había abrazado junto al Árbol de los Deseos. Sin duda, aquello había sido más que un gesto amistoso.

—No te avergüences, querida. Es todo un partidazo, ¿sabes? —dijo, con un brillo en los ojos—. Su padre te diría que Jacob ha salido a él, pero ambas sabemos de quién ha heredado su aspecto y personalidad, ¿eh?

No pude evitar unirme a ella mientras reía con ganas. Jacob y Ruby eran realmente afortunados de tener una madre como Betty Curtis. Aquella mujer rebosaba humor y amabilidad.

Se secó ambos ojos con una esquina de su servilleta. —No soy de las que dan consejos, ¿sabes? Dios sabe que no siempre he acertado en todo.

—Pareces tener la vida ideal —observé.

—Bueno, entonces mis consejos pueden ser más atractivos de lo que pensaba. Solo creo que deberías abrir tu corazón y tu mente a cualquier posibilidad. No te limites.

Incliné la cabeza. —¿Cualquier posibilidad?

—No deberías descartar cosas por la distancia. Eso es todo lo que digo.

—En realidad, he hecho algunas amistades aquí esta semana, lo cual es una locura cuando piensas en la distancia entre Christmas Mountain y Nueva York...

—Dos mil trescientas millas —dijo, como si hubiera calculado el tiempo de conducción.

Dejé de masticar y miré fijamente a Betty. —Esa es una estimación bastante específica.

Me miró con un ligero rubor coloreando sus mejillas. —¿Qué puedo decir? Somos una familia a la que le gusta la geografía.

—Ya veo —dije, preguntándome si estaba intentando hacer de casamentera entre Jacob y yo. ¿De verdad quería que su hijo saliera con alguien a larga distancia cuando había muchas mujeres aquí que estarían interesadas en él? Como la mujer de la pista de patinaje sobre hielo, por ejemplo—. Bueno, dos mil trescientas millas es mucho, pero por suerte existe la videoconferencia para el club de lectura.

—Oh, sí. Jacob me dice que te topaste con el club de lectura de Carol, ¿verdad? —preguntó, como para aclarar.

Asentí. —Conocía a Carol en Nueva York. De hecho, fue ella quien me habló de Christmas Mountain.

—Qué bien —dijo Betty, terminando lo último de su comida.

—Todo el mundo en el club de lectura fue súper amable durante la reunión —dije, recordando cómo me había sentido bienvenida de inmediato. De hecho, me sentí bienvenida desde el momento en que entré en esta posada—. Ruby y Jacob son unos anfitriones tan cálidos y amables con los huéspedes. Deberías estar orgullosa de ambos.

Su rostro se iluminó. —Lo estoy, querida, ciertamente lo estoy.

—¿Cómo era Jacob de niño? —pregunté, mirándola para ver si me estaba entrometiendo demasiado. Pero si su sonrisa era un indicativo, no parecía importarle mi pregunta en absoluto—. Quiero decir, es tan dulce, paciente y considerado. ¿Siempre fue así?

—Era un alma bondadosa desde el día en que nació —asintió, radiante—. Recuerdo un año, cuando los niños eran pequeños, la hermana de la mejor amiga de Ruby murió en un trágico accidente. Ruby estaba devastada y Jacob se encerró en su guarida arriba. Pensamos que estaba disgustado por el accidente, que lo estaba, por supuesto. Pero cuando finalmente salió, le dio a Ruby un pequeño colgante que había hecho con madera. Tenía la forma de una niña pequeña con alas en la espalda, para que Ruby pudiera mantener a la dulce Grace cerca de su corazón. Todavía lo lleva a veces.

Betty se detuvo, sumida en sus pensamientos, y yo sentí que estaba a punto de llorar por el detalle de Jacob. En un mundo que a veces parecía lleno de personas egoístas, Jacob era de los que daban en la vida. Sentí un impulso repentino de hacer algo especial para él a cambio.

Y tenía *justo* lo que necesitaba en mente.

CAPÍTULO ONCE

DESPUÉS DE LA CENA, me excusé tan pronto como terminé el irresistible crumble de manzana con natillas que siguió al pastel. Agradecí a Betty su hospitalidad y luego subí discretamente. Quería empezar con mi regalo para Jacob y necesitaba un par de horas a solas para hacerlo.

Ya en mi acogedora habitación, abrí mi portátil y hice clic en un archivo que había guardado como "Tomas descartadas de Christmas Mountain", y sonreí mientras imagen tras imagen llenaban la pantalla. Comencé a montar una presentación con las fotos que había tomado durante mi estancia en Christmas Mountain. Estas no eran las tomas que le había enviado a Mel, sino las que habían capturado el espíritu tras bastidores del pueblo.

Mientras desplazaba el archivo, me di cuenta de que muchas de las fotos eran de Jacob. Mi mirada se detuvo en una foto del lugar donde Jacob había caído en la maceta de poinsettias cuando lo tiré de la escalera. La siguiente era una foto que había tomado del pequeño petirrojo de madera en el escaparate de la tienda, antes incluso de descubrir que Jacob lo había hecho.

Apenas llevaba una semana en Christmas Mountain, pero los recuerdos que había acumulado eran increíbles: una toma de mis botas peludas junto al fuego, una foto de mi tortita en forma de corazón que Lauren me había preparado en Prancer's Pancake House

y, ¡oh, *qué mono*!, había una foto que Lauren había tomado con mi cámara de Jacob y yo enfrascados en una conversación sobre libros. Mi corazón se enterneció al notar la expresión en el rostro de Jacob mientras escuchaba lo que fuera que yo estuviera diciendo. Amplié la imagen y me acerqué a su cara, formándoseme un nudo en la garganta al ver la ternura de su mirada mientras me contemplaba con absoluta atención.

La siguiente fotografía me emocionó por diferentes motivos; era un primer plano de la placa de Chuck y Nora, con nieve aferrada a las esquinas de la placa de latón, y las sencillas palabras contando la historia de toda una vida de amor. Una pequeña punzada tiró de mi corazón, haciéndome comprender que yo quería ese mismo tipo de amor con mi verdadera alma gemela. También me di cuenta de que era la magia de Christmas Mountain la que me hacía preguntarme si encontrar a mi alma gemela sería posible.

Me llevó poco más de una hora terminar de organizar el resto de las fotografías, pero finalmente estuvieron listas. Cerré mi portátil y miré la hora en mi móvil. ¿Sería demasiado tarde para subir y dárselo a Jacob ahora? Estaba emocionada por ver la expresión en su cara cuando le sorprendiera, pero no quería despertarlo si estaba dormido.

Definitivamente debería esperar hasta mañana. Eso sería lo racional.

Dos segundos después, me puse de pie de un salto y me escabullí por la puerta. Subí las escaleras con mariposas en el estómago, sintiéndome un poco ridícula caminando de puntillas hacia el apartamento del ático de Jacob a estas horas de la noche. La puerta de su apartamento estaba cerrada esta vez. Para mi alivio, vi una luz que brillaba por debajo de la puerta. Respirando hondo, llamé suavemente a la puerta y esperé.

Se oyó un crujido desde el otro lado de la puerta y unos segundos después la puerta se abrió. Jacob estaba allí con una camiseta térmica de manga larga color gris oscuro y pantalones a juego. Sus ojos se abrieron de par en par y su boca se entreabrió un poco. Quizás había sido una idea estúpida.

Empecé a darme la vuelta...

—¡Lacey! —exclamó, acabando con cualquier posibilidad de que me hubiera vuelto invisible por arte de magia debido a la vergüenza —. ¿Qué haces aquí?

—¿A estas horas? —pregunté, avergonzada.

—Sí. No —dijo, de repente un poco nervioso.

La comisura de mi boca se elevó. —Si te sirve de consuelo, en Nueva York es más tarde y es ahora cuando las cosas realmente empiezan un viernes por la noche.

—Bueno saberlo —dijo, riéndose mientras sus hombros se relajaban—. Es una agradable sorpresa. Acabo de llegar hace un rato de ayudar a la señora Gallimore con su puerta principal. Se atascaba y no podía salir.

—Aquí no hay problemas de ese tipo —bromeé.

—¿Te gustaría entrar? —preguntó, formándose una pequeña arruga entre sus cejas.

Asentí, sintiéndome tímida mientras él se apartaba para dejarme pasar. Mientras Jacob cerraba la puerta, eché un vistazo a la zona de estar en la esquina de la habitación, completa con sofá y mueble para el televisor. Mis ojos se abrieron de par en par cuando vi que su televisor estaba encendido.

—Vaya, vaya, vaya —dije, colocando el portátil en la mesa de centro y girándome hacia él con una mano en la cadera—. ¿Quién iba a pensar que el señor Jacob Curtis *sí que* ve la televisión después de todo? —me burlé con buen humor, pero los ojos de Jacob se abrieron como platos y tuve la sensación de que había dicho algo inadecuado.

Intentó agarrar el mando a distancia justo cuando terminaba el anuncio, y empezó la sintonía de *Catorce días hasta la eternidad*.

Se me cayó la mandíbula. —¿Qué demonios...?

Levantó las manos. —Me has pillado.

—¿Estás viendo mi programa? ¿En serio? —pregunté, sintiéndome avergonzada. Me encantaba ayudar a los concursantes a encontrar el amor, pero estas relaciones eran incipientes comparadas con las de Chuck y Nora o Betty y Randall Curtis—. ¡Me dijiste que odias este tipo de programas!

—Yo, eh... —Se encogió de hombros, sin mirarme directamente a los ojos mientras se sentaba, haciéndome un gesto para que me uniera a él en el sofá—. Solo estaba echando un vistazo rápido al programa para ver en qué consiste tu trabajo y qué podría esperarle a Christmas Mountain.

Entrecerré los ojos y volví a mirar la televisión. Una hermosa morena llamada Chantelle cabalgaba por una playa, su bufanda blanca de gasa flotaba en la brisa del océano y caía a los pies de un hombre alto, moreno y guapo llamado Byron, quien la recogía y la pasaba entre sus manos antes de acercársela a la nariz e inhalar el aroma del perfume de Chantelle, con los ojos cerrados en éxtasis.

—¿Un vistazo rápido? ¡Este es el episodio final de la tercera temporada! Jacob Curtis, ¿has visto las tres temporadas de mi programa? —pregunté, riendo con alegría al ver la expresión afligida en su rostro cuando se dio cuenta de que le había pillado.

—Tal vez este sea el primer episodio que he puesto —dijo lanzándome un cojín.

Atrapé el cojín, extendiéndolo hacia él. —Toma, puede que lo necesites para esconderte detrás cuando te pongas sentimental con las escenas románticas —le tomé el pelo.

—Vale, lo cogeré —metió el cojín detrás de su cabeza antes de hacerme callar para poder oír lo que se estaba diciendo.

—¿Me estás mandando callar para no perderte nada? —pregunté.

—Puramente con fines de investigación —dijo, imitando consciente o inconscientemente una frase que yo había utilizado cuando le pregunté por su vida amorosa.

—Investiga todo lo que quieras —dije, hundiéndome en el cojín del sofá.

Nos quedamos en silencio mientras la escena se desarrollaba. Esta pareja había sido una de las que no había funcionado. Deseaba que estuviéramos viendo uno de los episodios anteriores. Aunque mi propia vida amorosa había sido seriamente deficiente, debido a mis compromisos laborales —o, según mi ex, mi resistencia a confiar en que alguien me cuidara—, los amores y vidas de los concursantes habían llenado ese vacío y me habían dado el romance que anhelaba.

—¿Te gusta esta escena?

Se encogió de hombros. —No quiero criticar tu trabajo.

—Vamos, recibimos comentarios constantemente —dije, aunque me encontré preparándome para su opinión.

—Bueno, ¿quién monta a caballo por una playa llevando un vestido blanco así? —preguntó, con tono burlón—. ¿Y ese tío lleva pantalones blancos a juego? Parecen vaqueros.

—¡Los eligió vestuario! —dije, sacando el cojín de debajo de su cabeza y golpeándole en el brazo con él.

—¡Ay! —exclamó, mostrando una amplia sonrisa mientras apartaba el brazo—. No hace falta que juegues tan brusco. Solo digo que los vaqueros se inventaron para los cowboys, ¿no? Muéstrame dónde en la historia del mundo has visto a un vaquero pasar días a caballo llevando vaqueros blancos.

—Bueno, menos mal que *tú* no llevabas blanco cuando te conocí, o habría sido imposible encontrarte cubierto de nieve cuando te caíste —bromeé.

Podría haberme ofendido por las bromas de Jacob sobre mi programa, pero sabía que ese hombre no tenía ni un hueso malicioso en el cuerpo. Además, estaba disfrutando de nuestro intercambio.

—¿Dónde se rodó este? —preguntó, señalando con la cabeza la pantalla mientras Byron ayudaba a Chantelle a bajar del caballo, sujetándola por su diminuta cintura.

—En la Isla Grande de Hawái —respondí con orgullo.

—¿Crees que las hawaianas llevarían ese vestido flotante y totalmente poco práctico para montar a caballo? —preguntó, riéndose mientras yo le daba otro manotazo.

—Hawái es uno de los lugares más bonitos donde hemos rodado —dije, secándome las lágrimas de tanto reírme—. Pasamos un día filmando en las cataratas Akaka y fue impresionante. Seguro que lo viste en el episodio tres...

—Dos, fue en el episodio dos —dijo él.

—¡Te pillé! —sonreí, encantada con su expresión al darse cuenta de que había mencionado el episodio equivocado para que admitiera que había visto todos los capítulos.

—Muy astuta, Lacey —dijo, pasando su brazo a mi alrededor—. Aunque las cataratas Akaka no tienen nada que hacer frente a Christmas Falls. Tendré que llevarte de excursión detrás de las cataratas para que veas a qué me refiero.

—Me encantaría —dije, mientras un delicioso escalofrío me recorría la columna.

Los créditos empezaron a aparecer y con ellos llegó mi parte favorita, donde mostrábamos fragmentos de cada episodio que conducían a los momentos finales del viaje de una pareja. Estábamos sentados muy juntos en el sofá de Jacob y apoyé mi cabeza en su hombro, perdida en el momento.

Puso su mano en la parte posterior de mi cabeza, frotando suavemente sus dedos contra mi cuero cabelludo. —Me alegro de que hayas subido esta noche.

—Yo también... Eso me recuerda... —me incorporé de repente y cogí mi portátil—. He hecho algo para ti.

Mientras las instantáneas de los últimos días pasaban por mi pantalla, Jacob se quedó en silencio, con su expresión volviéndose seria a medida que observaba cada foto. Detuvo la presentación en la foto de su adorno de petirrojo en el escaparate de la tienda y amplió la imagen.

Se volvió hacia mí. —¿Hiciste una foto del adorno que yo hice?

—Me sentí atraída por él —dije, mordiéndome el labio inferior—. Cuando descubrí que lo habías hecho tú, ni siquiera me sorprendió. Tenía todo el sentido.

—Lacey... —extendió la mano y apartó un mechón de pelo de mi cara, colocándolo detrás de mi oreja.

—¿Te ha gustado la presentación? —pregunté.

—Es lo más bonito que nadie ha hecho nunca por mí —susurró, antes de inclinarse hacia mí. Se detuvo con su boca a escasos centímetros de la mía—. Gracias.

—De nada —dije, levantando las pestañas y mirando fijamente a esos preciosos ojos azules.

Los ojos de Jacob buscaron los míos y luego, muy lentamente, cerró la distancia entre nosotros y me besó suavemente en los labios. Mi estómago dio una voltereta y una manta cálida pareció

envolverme cuando me besó por segunda vez, su boca reclamando la mía con un poco más de urgencia.

La sintonía de *Fourteen Days Till Forever* alcanzó un crescendo en el fondo, alertándome de que las últimas fotos del final estaban a punto de mostrarse. Esta parte era la que más les gustaba a los fans.

Me eché un poco hacia atrás. —Te estás perdiendo la mejor parte —susurré.

Su mirada se dirigió hacia la televisión antes de volver a mí. —No, no me la estoy perdiendo. Estoy concentrado en la mejor parte justo aquí... y no está en la tele.

Mientras Byron se arrodillaba y le proponía matrimonio, besé a Jacob una y otra vez, sin prestar atención al programa... *mi* programa. Porque un romance de la vida real se estaba desarrollando lejos de la pantalla, y aunque esto no era un reality show, *era* real, *mi* realidad, y por mucho que hubiera intentado luchar contra ellos, ya no podía negar mis sentimientos por Jacob.

CAPÍTULO DOCE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, me desperté con un dolor en el cuello que definitivamente *no* se sentía bien. Abrí los ojos, sintiéndome confundida mientras parpadeaba y asimilaba el entorno desconocido. Un sonido suave y rítmico procedía de algún lugar encima de mí y levanté la cabeza con cuidado, consciente del dolor que me recorría el lado izquierdo del cuello.

Mis ojos se abrieron de par en par al darme cuenta de lo que era ese sonido: la respiración de Jacob. Al girar la cabeza para mirar hacia abajo (¡ay!), vi que mi almohada —que había sido sorprendentemente cómoda— era, de hecho, el regazo de Jacob.

Me incorporé lentamente con toda la intención de escabullirme antes de que Jacob se despertara, pero cuando lo sentí moverse, supe que era demasiado tarde. Levanté las pestañas y vi que me estaba mirando.

—Buenos días, dormilona —dijo.

—Buenos días —respondí, llevándome una mano a la cabeza para alisar mi pelo, que debía de ser un desastre—. Lo siento, pero debí quedarme dormida mientras veíamos *Matar a un ruiseñor*.

Me acarició la línea de la mandíbula con el dedo. —¿Por qué tienes que disculparte por eso?

—No es precisamente como me veo mejor.

—Estás preciosa —dijo, con las comisuras de la boca levantándose—. Aunque, por cómo te has encogido al girarte para mirarme, supongo que no fue una noche de sueño cómoda.

—Mmm... —Dormiría sobre piedras para despertarme así junto a él, pero no iba a admitírselo. En su lugar, negué con la cabeza—. Estaba cómoda. Solo tengo una pequeña contractura en el cuello.

Él extendió la mano para frotar el nudo en mi músculo del cuello. —¿Aquí?

—Mm-hmm —respondí, claramente sin ganas de formar frases completas esta mañana.

—Después de ver tu programa, anoche pensé en algunas nuevas localizaciones. Si estás libre hoy, iba a sugerirte mostrarte otro lugar.

—Entonces, ¿ahora estás de acuerdo con que filme aquí?

Se rio. —No he dicho eso...

—Debieron gustarte los pantalones blancos más de lo que pensaba —dije, incorporándome y estirando el cuello—. Eso está mucho mejor. Gracias.

—Ha sido un placer. ¿Qué me dices de la excursión?

—Estoy libre todo el fin de semana. Le dije a mi jefe que no trabajaría este fin de semana. Incluso apagué mi móvil.

—Impresionante —dijo, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja—. Eso es nuevo para ti, ¿verdad? Es decir, *nunca* haces eso.

Me encogí de hombros. —Bueno, ya sabes lo que dicen. Todo trabajo y nada de diversión hace que Lacey sea una chica aburrida.

—Se me ocurren muchas palabras para describirte, Lacey Lane, pero aburrida no es una de ellas —dijo.

Mi estómago dio un pequeño vuelco. Abrí la boca para preguntarle qué palabras *usaría* para describirme cuando se levantó y me tendió la mano.

—¿Nos vemos abajo en media hora? —preguntó, mientras colocaba mi mano en la suya—. Podemos desayunar antes de salir.

Asentí, poniéndome de pie. —Por supuesto. ¿Adónde me llevas, de todos modos?

Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme salir. —Es una sorpresa.

~

Después de una ducha rápida, bajé las escaleras y llegué a la puerta del comedor donde Jacob me estaba esperando. El comedor estaba vacío y las mesas ya estaban preparadas para la comida.

—Oh, no. Nos hemos perdido el desayuno —dije, sin poder creer que me hubiera quedado dormida hasta tan tarde. Siempre me despertaba temprano para aprovechar al máximo mi jornada laboral.

—No te preocupes —Jacob me tomó de la mano, guiándome hacia la cocina—. Una ventaja de ser el hijo de los propietarios —dijo, empujando la puerta.

Cuando entramos en la cocina, vi un hervidero de actividad. Me quedé fascinada ante la escena festiva y acogedora que tenía delante. Randall Curtis se tambaleaba sobre una escalera en la esquina de la habitación, mientras cantaba al ritmo de un villancico que sonaba desde un altavoz. Me llevé una mano a la mejilla, esperando que no se cayera.

—Papá, te dije que yo lo haría —dijo Jacob, corriendo hacia el otro lado de la habitación.

—Aquí estás —dijo el señor Curtis, bajando y entregándole a su hijo un trozo de guirnalda verde y roja, que tenía pequeños petirrojos posados sobre ramas de acebo.

—Entendido —Jacob cogió el espumillón y subió un par de peldaños.

El señor Curtis me sonrió cálidamente. —Buenos días, señorita. ¿Puedo ofrecerle algo? Me temo que se ha perdido el desayuno caliente, pero hay un montón de bollería. Mi mujer ha estado horneando sin parar.

Negué con la cabeza, avergonzada por haber llegado tan tarde. —No, gracias, señor Curtis. Es culpa mía por haberme quedado dormida.

Jacob me lanzó una mirada desde el otro lado de la habitación, haciendo que mis mejillas se encendieran.

—Mi mujer jamás permitiría que un huésped se quedara con hambre. Por favor, sírvase —señaló hacia la mesa al fondo de la

cocina, donde había platos rojos apilados con pasteles.

El aroma a canela inundó mi nariz, y asentí, de repente hambrienta. Escogí un rollito de canela y cerré los ojos de placer cuando el pastel, aún caliente, se deshizo en mi boca.

Jacob terminó de colgar el espumillón y luego se unió a mí en la mesa, con dos tazas humeantes de café. Le sonreí agradecida antes de envolver la taza con mis manos mientras daba el primer sorbo. Abrí la boca para preguntarle dónde planeaba llevarme hoy cuando la puerta se abrió y Ruby asomó la cabeza.

Miró alrededor de la habitación y articuló en silencio: —¿Mamá?

Jacob negó con la cabeza. —No está aquí.

—¡Genial! —Ruby abrió más la puerta y entró, cargando bolsas de compras. Dejó caer las bolsas sobre la mesa y se quitó el gorro, sacudiendo su pelo rubio—. Hace un frío que pela ahí fuera, ¡no literalmente pero casi! Oh, rollitos de canela, qué rico —cogió uno y puso los ojos en blanco de placer—. Justo lo que necesitaba.

—¿Son para mí? —preguntó el señor Curtis, señalando con la cabeza las bolsas.

—Sí, de nada —dijo Ruby, dedicándole una sonrisa.

Él le lanzó un beso al aire, antes de volverse hacia mí. —Ruby es mucho mejor comprando regalos de Navidad que yo. Le doy una idea vaga y mi tarjeta de crédito, y ella hace las compras por mí.

Mis ojos se abrieron como platos, sorprendida de cómo se había abierto conmigo sobre algo tan personal.

—No te preocupes, Lacey —dijo, riendo—. Todos saben que Ruby elige los regalos. Creo que lo prefieren así.

Jacob intentó mirar dentro de las bolsas. —¿Hay algo ahí para mí? —preguntó.

Ruby rebuscó en una de las bolsas y sacó una caja, que agitó delante de la cara de su hermano, antes de volver a meterla y alejar la bolsa del alcance de Jacob.

—¿Te quedas a desayunar, cariño? —preguntó el señor Curtis.

Ruby negó con la cabeza. —Gracias, papá. Pero Ribbons sigue suelto y tengo que encontrarlo. Ese perro me va a dar un infarto uno de estos días.

—Te ayudaré a buscarlo, Ruby —me ofrecí, lanzando una mirada de disculpa a Jacob, pero Ruby negó con la cabeza.

—Gracias Lacey, pero yo me encargo. Conozco todos sus escondites habituales. Solo es cuestión de averiguar en cuál se ha metido. Todo el mundo en el pueblo está acostumbrado a sus travesuras y seguro que alguien le está dando de comer y posiblemente alojamiento —dio otro mordisco a su rollito de canela antes de dejarlo de mala gana en el plato—. Será mejor que me ponga en marcha. Os veo luego.

Estábamos disfrutando de los pasteles recién horneados y el café caliente y humeante cuando el señor Curtis anunció que iba en busca de más adornos, dejándonos a Jacob y a mí solos en la cocina.

—Ruby no vive en la posada, ¿verdad? —pregunté.

Jacob negó con la cabeza. —Tiene un adosado. Su compañera de piso es Morgan Reed, que es dueña del Salón C.M. en la calle principal.

—¿Está saliendo con alguien? —pregunté, curiosa por saber por qué no la había visto con nadie desde que llegué.

Él negó con la cabeza. —Demasiado ocupada con el trabajo. Aunque creo que en secreto está colada por alguien.

Mis oídos se aguzaron. —¿Por quién?

Se acercó más. —El hermano mayor de Morgan. Siempre he notado algo entre ellos, pero hasta ahora... ninguno de los dos ha hecho ningún movimiento —dijo, encogiéndose de hombros.

—Deberíamos llevarlos a los dos al programa. Quizá podría convencer a Mel —dije, levantando las manos como si creara un marco—. Pareja local encuentra el amor justo donde siempre ha estado.

Se rio. —No creo que sea posible.

—Entonces quizá *nosotros* deberíamos ir en la próxima temporada —dije, soltando una risita para que supiera que estaba bromeando. Más o menos.

Se inclinó sobre la mesa hasta que su cara estaba a unos centímetros de la mía. —No necesitamos montar un espectáculo —susurró y luego bajó sus labios hacia los míos.

Mi corazón se derritió y esa misma sensación de confort me invadió. El beso fue suave y dulce, y su boca sabía a canela. Mmm, delicioso.

—No os preocupéis por mí, queridos, solo estoy de paso —dijo Betty, mientras se contoneaba por el comedor hacia la cocina.

Me separé de Jacob e intenté esconderme detrás de mi taza de café, sin saber qué estaba más caliente... el café o mis mejillas después de que la madre de Jacob nos pillara. Qué vergüenza. Pero él solo se rio, con un aire algo orgulloso, lo que me derritió el corazón aún más.

CAPÍTULO TRECE

Ruby tenía razón... hacía un frío *tremendo* fuera. Agradecí mis capas abrigadas y las botas de montaña de Ruby, que me había dicho que me quedara hasta que me marchara de Christmas Mountain, ya que tenía varios pares más. La nieve caía como finas motas de algodón blanco. Levanté la cara hacia el cielo, intentando atrapar un copo de nieve con la lengua.

Jacob se rio. —¿Qué estás haciendo?

No hablé hasta que un gran copo de nieve aterrizó en mi lengua. Cerré los ojos durante un segundo o dos antes de abrirlos y sonreír a Jacob. —Pidiendo un deseo.

—¿Un deseo?

Extendí los brazos. —¿Nunca has pedido un deseo a un copo de nieve?

Negó con la cabeza. —Nunca.

—Pruébalo. Es divertido —dije, sacando la lengua otra vez—. Es una tradición —añadí, aunque sonó como "es una dadisión" porque por mucho que lo intentes, hablar con elocuencia con la lengua fuera simplemente no era posible.

—¿Es algo de Nueva York? —preguntó, con las comisuras de los labios temblando—. Desde luego no es una tradición de Christmas Mountain.

—No, es una... —cerré la boca, intentando recordar dónde lo había escuchado por primera vez. Un recuerdo de mi madre inundó mi mente, de cuando era pequeña y aún vivía con ella. Me lo enseñó y me dijo que era lo que hacían todos los niños guays. Visiones de nosotras bailaron por mi cabeza. Estábamos riendo y haciéndonos fotos mientras yo giraba en la calle fuera del apartamento con los brazos extendidos y la lengua fuera.

Jacob me tocó el brazo, arrancándome de la visión en mi cabeza, y di un respingo.

—¿Estás bien, Lacey? —preguntó.

—¿Mmm? Sí... —incliné la cabeza, preguntándome, no por primera vez, dónde podría estar ella y cómo estaría—. Solo estoy... pidiendo deseos.

Tomó mi cara entre sus manos y me besó suavemente. —¿Qué has deseado?

Escondí la cara en su mejilla. —Si te lo dijera, no se cumpliría. ¿No sabes nada sobre los deseos?

—Estoy aprendiendo —dijo, entrelazando sus dedos en mi pelo.

Tras un beso más, empezamos a caminar de nuevo. Jacob me tomó de la mano. Me encantaba cómo el mundo se quedaba en silencio cuando nevaba; los coches pasaban sin hacer ruido, y las voces se amortiguaban, como si el mundo se estuviese acomodando bajo la acogedora manta blanca que lo cubría todo. Incluso nuestros pasos eran silenciosos en la nieve recién caída, el crujido de la nieve asentada mezclándose con todos los demás sonidos.

Me di cuenta de que estaba sonriendo para mis adentros cuando me empezaron a doler las mejillas. Abrí mucho la boca para relajar los músculos de la cara.

—¿Estás intentando pedir un deseo muy grande? —preguntó, sonriendo.

Negué con la cabeza. —No, es que estoy feliz.

—Sé lo que se siente. —Me miró de reojo y luego miró hacia adelante de nuevo. Juntó las manos enguantadas—. Aquí estamos —dijo.

Me detuve y miré hacia arriba, y no pude evitar sentirme confundida. El último lugar que visitamos juntos fue El Árbol

Compartido, que había sido tan mágico. Así que, la vista del Colegio de Primaria de Christmas Mountain... Bueno, era un bonito edificio de ladrillo, pero un colegio no era tan emocionante.

—¿Esto es lo que querías que viera? —pregunté.

Asintió. —Querías ver el Christmas Mountain *real*, así que ¿qué mejor lugar para empezar que el sitio que alberga a las futuras generaciones?

—Mmm...

Se rio. —¿Qué?

—No me gustaba demasiado el colegio cuando era niña. Solo digo.

—Quizás sea porque no estabas en Christmas Mountain —dijo, levantando las cejas—. Dale una oportunidad. Hoy tienen un ensayo general para el espectáculo de Navidad, y todo el pueblo participa. Es uno de los momentos más destacados del año.

Cuando abrió las puertas dobles, una oleada de ruido me golpeó y me pregunté cómo pensaba que el colegio sería relevante para un programa de citas. Pero, para ser sincera, sentía un poco de curiosidad por ver el colegio donde él había crecido y era fin de semana, así que técnicamente no se suponía que estuviera trabajando. Entramos en el edificio y descubrimos que el ruido venía de detrás de un segundo juego de puertas.

—¿Estás lista? —preguntó.

Asentí, intrigada a pesar de mis malos recuerdos de mis propios días escolares. Niños burlándose de mí porque mi ropa estaba desgastada (y a veces sucia). Nunca me sentí como si perteneciera allí. Jacob abrió las puertas y una oleada de ruido nos invadió. En realidad, decir oleada suena demasiado suave; el ruido nos golpeó como un martillo. Hice una mueca, pero a medida que mis oídos se adaptaban al alto volumen, comencé a distinguir sonidos individuales, siendo el predominante la risa.

Una niña pequeña, que no podía tener más de seis años, se lanzó hacia Jacob y le rodeó las piernas con sus brazos. Él se rio y le revolvió el pelo, y luego se inclinó para cogerla mientras nos presentaba.

—Mia, esta es Lacey. Lacey, te presento a Mia.

La niña me miró con ojos grandes y extendió la mano para tocar mi pelo. —Es usted muy guapa, y su pelo parece el de Dorothy.

Parpadeé. —¿Es una amiga del colegio?

—El Mago de Oz —aclaró Jacob, viéndome asentir—. Es la película favorita de Mia, así que tómalo como un gran cumplido.

—Pues muchas gracias, Mia. Tu pelo también es precioso, como oro hilado.

Mia se rio, y luego se retorció para salir de los brazos de Jacob. Después corrió de vuelta a su profesora, quien, me di cuenta, se sonrojaba mientras saludaba a Jacob con la mano. Él parecía ajeno al efecto que tenía en las chicas jóvenes y mayores.

—Es adorable —dije.

—Fui al colegio con sus padres, que fueron novios desde el instituto —dijo Jacob.

—Vaya. Qué romántico —dije, pensando que historias como esta serían perfectas para entrelazar en la historia romántica de Christmas Mountain. Oh, espera. Se suponía que no debía estar pensando en el trabajo. Las viejas costumbres son realmente difíciles de abandonar.

Jacob me guió hacia el escenario, donde se había montado una brillante escena nevada.

—Los niños están haciendo una obra que escribió la señorita Stecher —dijo, asintiendo en dirección a la bonita profesora que había saludado a Jacob momentos antes, y ella se sonrojó de nuevo —. Trata sobre encontrar la magia en las cosas más sencillas.

Subí las escaleras y me monté en el escenario con él. —Suena encantador.

Me sonrió, con una extraña mirada en sus ojos que no pude descifrar del todo. Luego se volvió hacia la escenografía y los accesorios en el escenario. Era un montaje precioso. El suelo era una franja del tul blanco más suave, unido a un enorme tablero de madera, y salpicado con purpurina brillante que destellaba cuando la luz lo captaba, igual que el sol sobre la nieve recién caída.

Formas de madera suavemente curvadas salpicaban la falsa nieve, pintadas de blanco y cubiertas con la misma purpurina iridiscente que el suelo. Lo que parecían un millón de pequeños

copos de nieve colgaban de cuerdas que pendían del techo, y a un lado del escenario había un trineo de tamaño infantil, pintado de rojo y dorado, con un saco de regalos envueltos brillantemente en la parte trasera.

Mientras Jacob pasaba sus manos críticas por las curvas de la madera, mi primer pensamiento fue *"Madera afortunada"*, y el segundo fue darme cuenta de que probablemente él mismo había creado esta escenografía.

La profesora dio palmadas, llamando a los niños. Como si fuera una señal, Jacob saltó del frente del escenario y levantó las manos para ayudarme a bajar. Mientras me sujetaba por la cintura y me atraía hacia sus brazos, resistí la tentación de besarle, ya que estábamos rodeados de docenas de niños entusiasmados. Señaló hacia la parte trasera del salón, y nos quedamos de pie observando cómo los niños subían las escaleras hasta el brillante escenario con diversos atuendos: algunos con gorros y bufandas de lana, otros vestidos de muñecos de nieve, y la pequeña Mia ahora vestida con un traje raído y andrajoso que la hacía parecer a la pequeña huérfana Annie.

Abrí la boca para hablar, pero Jacob colocó suavemente su dedo sobre mis labios y señaló hacia el escenario cuando un piano comenzó a tocar algunos acordes. La pequeña Mia ocupó el centro del escenario y comenzó a cantar, con una voz realmente potente para alguien tan pequeño.

Pensaba que estaba sola, sin un lugar al que llamar hogar,
Hasta que encontré amigos que me acogieron,
Sin mamá aquí para abrazarme, sentía tanto frío,
Pero me has enseñado que puedo volver a amar sin miedo.

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta. La voz de Mia era tan pura y hermosa que se me saltaron las lágrimas, pero fueron las palabras las que realmente tocaron mi corazón. Los otros niños, incluidos los muñecos de nieve, estallaron en una alegre canción, diciéndole a la pequeña huérfana Mia que ahora era una de ellos, y

que el hogar podía estar en cualquier lugar donde se sintiera querida.

Después de que terminó la canción, Jacob y yo aplaudimos. Luego Jacob volvió a saludar a la profesora antes de salir, alejándonos del calor de la escuela y regresando a la nieve. Le pregunté si había ayudado con las decoraciones y admitió que sí. Dijo que la profesora era una antigua amiga del colegio. Entonces sacó un termo de chocolate caliente de su mochila, junto con una bolsa de papel que contenía dos de los pasteles de frambuesa que su madre había preparado para el desayuno. Encontramos un muro bajo y nos sentamos uno al lado del otro, compartiendo el chocolate de una misma taza.

—Esa fue una canción preciosa. Sé que solo es fantasía, pero desearía haber encontrado un círculo de amigos que me acogiera cuando era niña. Quizás me habría convertido en una persona diferente, más confiada.

Jacob giró la cabeza hacia el cielo y sacó la lengua, intentando atrapar un copo de nieve.

Me reí. —¿Qué estás haciendo?

—Pidiendo un deseo —dijo, antes de inclinarse y besarme la punta de la nariz.

—Creía que no te gustaba mi pequeño ritual —bromeé.

Asintió hacia la escuela. —Puedes encontrar magia en las cosas más sencillas —dijo, haciendo eco al tema de la obra escolar.

Cogí un montón de nieve y comencé a moldearla en una bola. —¿Puedo contarte un secreto? En realidad no creo en la magia. Creo que algunas personas están destinadas a encontrar el amor, y otras no.

Me tomó de la mano. —Eso es un pensamiento triste. Déjame contarte *yo* un secreto.

—¿Qué? —pregunté.

—Yo *sí* creo en la magia.

Mis ojos se humedecieron. —¿De verdad?

Asintió. —Creo que hay suficiente amor en este mundo para todos. —Se inclinó y me besó suavemente en los labios—. Especialmente para ti.

Cerré los ojos y me acurruqué en su cuello. —¿Y qué hay de ti, Jacob?

—¿Yo? —preguntó.

—Mmhmm.

—Siempre he creído que tendría la misma historia de amor que mis padres. Cualquier otra cosa sería inaceptable. He esperado todos estos años sabiendo que tú... —Hizo una pausa y se aclaró la garganta. Luego su voz bajó a un susurro cuando dijo—: Sabiendo que la mujer adecuada llegaría en el momento oportuno.

Mi estómago dio un vuelco. ¿Quería decir que yo era la mujer adecuada para él?

Me mordí el labio inferior. —Admiro tu fe. He sido independiente durante tanto tiempo que la idea de depender de otra persona me aterroriza.

Apartó un mechón de pelo de mi cara. —¿Y sin embargo produces un programa donde las parejas se encuentran y se enamoran?

Asentí. —Eso es cierto para ellos. En realidad, solo para algunos de ellos como señalaste. Pero eso no significa que vaya a suceder en mi vida.

Se bajó del muro hasta quedar frente a mí, acunando mi rostro. —¿Qué voy a hacer contigo?

Miré sus ojos. —¿Conmigo?

Asintió, su expresión suavizándose. —Algo me sucedió en el momento en que te vi por primera vez desde un macetero de flores de pascua.

Mi corazón revoloteó. —¿Quisiste tirarme de una escalera como venganza?

La comisura de su boca se elevó. —Eso suena divertido.

—¡Oye! —dije, dándole un golpecito juguetón en el brazo.

—Fue idea tuya —dijo, riendo. Luego me tocó la mejilla—. Pero, en serio. ¿Recuerdas aquel primer día en la posada cuando estábamos hablando junto a la ventana? Y desaparecí.

Se me hizo un nudo en el estómago. —Dijiste que tenías algo que resolver.

Asintió, tomando aire profundamente. —Mis sentimientos.

Incliné la cabeza. —No lo entiendo.

—Mi padre siempre me ha dicho que para él fue amor a primera vista con mi madre, pero nunca entendí realmente lo que eso significaba. Nunca me había pasado. Hasta ese día.

Se me humedecieron los ojos. —Cuando desapareciste, pensé que significaba que no te gustaba.

—Todo lo contrario, solo que... me pilló por sorpresa —dijo, acunando mi rostro entre sus manos—. Eres mi Nora —añadió, simplemente.

Vale, eso fue todo. Una lágrima se deslizó por mi mejilla y no pude hacer nada para evitarlo.

Sorbí. —¿Quieres hablar de sorpresas? Nunca me sentí como si perteneciera a ningún lugar hasta que llegué a este pequeño pueblo de montaña. Tú y todos los que he conocido aquí habéis sido una sorpresa... no, un *shock* para mí.

—¿Por qué? —preguntó, atrayéndome contra él y rodeándome con sus brazos.

Mi corazón se encogió. —He estado sola tanto tiempo que no quería arriesgarme a que me rompieran el corazón.

—Lacey, yo nunca te haría daño —dijo, con voz firme.

—No puedes asegurar eso, Jacob. La gente se rompe el corazón constantemente —dije, sabiendo que no podía confiar realmente en él a menos que quisiera asumir ese riesgo—. ¿Cómo sabes que no te romperé el corazón a ti?

Se formó una arruga entre sus cejas. —Supongo que no lo sé.

—Bueno, entonces —dije, empezando a dar un paso atrás, pero él me sujetó con fuerza.

—Te diré una cosa —dijo, mirándome fijamente a los ojos—. Si no lo intentara con todas mis fuerzas, sé que lo lamentaría toda mi vida. Me he enamorado completamente de ti, Lacey.

Las sirenas sonaron en mi cabeza. Todo en mí gritaba que debía huir ahora y rápido.

—Yo también me he enamorado de ti —dije, con mi mundo girando y sus brazos manteniéndome estable—. También me estoy enamorando de tu familia. —Levanté las pestañas y miré sus ojos—. ¿Es una tontería?

—No, no lo es. —Negó con la cabeza y me atrajo hacia él, acariciando mi pelo. Apoyó su mejilla sobre mi cabeza—. Creo que ellos sienten lo mismo por ti.

Me quedé con la mejilla contra su suave chaqueta, dejando que me acariciara el pelo mientras todo tipo de advertencias resonaban en mi cabeza.

Esto nunca podría funcionar.

Yo era una chica de ciudad.

Él era un chico de pueblo.

Llevábamos vidas completamente diferentes y en estados diferentes.

Respiré hondo. Aunque el optimismo de Jacob era encantador de escuchar, no podía creer en un final feliz para mí. Me habían abandonado antes y había sido muy difícil superar esa soledad y construir una vida por mi cuenta. Si las cosas no funcionaran entre nosotros y lo perdiera, si perdiera a su maravillosa familia, me destrozaría. Pero él sonaba tan seguro que no quería decirle cómo me sentía. Al menos por un momento, quería fingir que tenía razón.

CAPÍTULO CATORCE

Al día siguiente, necesitaba tiempo y espacio para aclarar mis ideas. Después de que Jacob y yo nos reveláramos nuestros sentimientos, mi mente daba vueltas y no podía concentrarme en nada, un hecho que quedó demostrado cuando pasé treinta minutos intentando alisar mi pelo, solo para descubrir que no había encendido la plancha. Suspiro.

Tenía el impulso de refugiarme en el trabajo, pero me recordé a mí misma que se suponía que debía tomarme el fin de semana libre y era domingo. Vale, llegaría a un compromiso y esperaría hasta la tarde. Carol me había llamado anoche para decirme que el club de lectura se reunía hoy, lo cual era perfecto. Justo ahora, lo que realmente necesitaba era algo de tiempo con chicas.

El frío helador se sentía como un anestésico, tanto para mi confusión como para mis dedos de los pies. Para cuando llegué a Rudolph's Reads, literalmente no podía sentir mis pies. Brrrr.

Cuando empujé la puerta de entrada, me golpeó la misma risa estruendosa que antes, haciéndome sonreír. Esto iba a ser exactamente lo que necesitaba. No estaba del todo en la etapa en la que sentía que podía confiar en las otras chicas, pero una charla femenina sonaba abundante en la habitación trasera de la librería de Carol.

—¡Lacey, estás aquí! —Carol se levantó cuando entré en la sala trasera y se estiró por encima de las sillas para darme un abrazo. Luego me indicó que tomara la única silla vacía. El club de lectura era ciertamente popular.

—¿Sidra caliente, alguien? —llamó Nina, blandiendo un cucharón.

—Me encantaría, gracias. —Me acomodé en la silla y acepté agradecida la taza de sidra caliente que Nina me entregó. Envolviendo mis manos alrededor de la taza, respiré profundamente, cerrando los ojos ante el aroma especiado.

—Es una suerte que Harmony no haya hecho la sidra o estarías intoxicada solo con los vapores —bromeó Nina, mientras Harmony ponía los ojos en blanco antes de dar un sorbo a su taza.

—Podría estar bebiendo zumo de manzana con esto —dijo Harmony, riendo en represalia—. ¿Qué tal la tuya, Lacey?

Di un sorbo, el líquido cálido y especiado rodando por mi lengua y luego calentando mi garganta. —Es deliciosa. La mejor sidra que he probado —dije, sinceramente.

—¿Todavía sales a alguno de nuestros sitios de moda en Nueva York, Lacey? —preguntó Carol.

Negué con la cabeza. —Una vez que termina el rodaje del día, normalmente estoy agotada y lo que más me gusta es irme a la cama.

—Y despertar con el sonido del Océano Pacífico en tus oídos, si recuerdo correctamente la última temporada —dijo Harmony, sonando tan entusiasta como cuando la conocí por primera vez. Su pelo rubio estaba peinado hacia atrás y se inclinó hacia delante en su silla, moviendo las cejas como si esperara mi respuesta.

Me reí. —Bueno, he visto algunos lugares bastante impresionantes, sí. Pero en serio, no creo que ninguno de ellos pueda compararse con Christmas Mountain.

Esperaba a medias que todas murmuraran algo como "oh, está bien, supongo, pero me gustaría visitar tal o cual sitio", pero todas asintieron de acuerdo. Claramente amaban su pueblo. ¿Y quién no lo haría?

—¿Cuál de nuestras atracciones te ha cautivado más? —preguntó Giselle, la escritora, observándome detenidamente con un destello

travieso en sus ojos.

—Me encantó El Árbol de los Deseos. Es muy conmovedor y el sonido de la cascada solo añade a la magia.

Las chicas se miraron unas a otras, sonriendo.

Mis cejas se elevaron. —¿Qué me he perdido?

—Creo que se refieren más bien a cierta persona, en lugar de un lugar, Lacey —dijo Carol, lanzándome una mirada significativa.

Todas las cabezas giraron en mi dirección, y sentí que mis mejillas se calentaban. —Oh, ya veo... Bueno, he estado tan ocupada trabajando que realmente no he tenido tiempo de conocer a mucha gente.

Se produjeron sonrisas conocedoras y luego, para mi alivio, Carol cambió de tema.

—Vale, ¿quién quiere empezar con el asunto del libro hoy? ¿Macy? ¿Tienes alguna recomendación para nuestra próxima lectura?

Cuando la conversación giró hacia todo lo literario, suspiré aliviada. Por un lado, podría agradecer los consejos de las chicas sobre Jacob. Después de todo, muchas de ellas probablemente lo conocían desde hace gran parte de sus vidas. Pero por otro lado, no quería que pensaran que era una forastera teniendo un romance pasajero con un chico local.

Macy levantó un libro con la imagen de un stiletto rosa fucsia en la portada, y las chicas soltaron un colectivo «uuuuuh» y comentaron lo sexy que parecía. Me quedé escuchándolas, sonriendo ante las bromas amistosas que circulaban por la habitación.

Una ráfaga de aire frío se coló de repente por debajo de la puerta, seguida rápidamente por Ruby, con la cara algo enrojecida y ligeramente disgustada.

—Hola, Ruby —dijo Carol—. ¿Qué ocurre?

—Es Ribbons —contestó.

—¿Se ha escapado otra vez? —preguntó Carol.

—Sí —respondió Ruby.

—Te juro que ese perro es el mejor artista del escape que he conocido en mi vida —dijo Carol, negando con la cabeza—. ¿Cuándo

se escapó?

Ruby aceptó la taza de sidra que Nina le ofreció y dio un sorbo, antes de desenrollarse la bufanda del cuello y soltar un suspiro.

—Ah, hola, Lacey —dijo, pareciendo darse cuenta de mi presencia por primera vez—. Siempre es un placer verte.

Se me enterneció el corazón. —Gracias, Ruby.

Volviéndose hacia Carol, dijo: —Ribbons se escapó el mismo día que Lacey llegó al pueblo. Por eso no pude enseñarle el lugar a Lacey. Tuve que pedirle a Jacob que le hiciera de guía para poder ir a buscar a ese perro travieso.

—Siento que aún no le hayas encontrado —dije, mordiéndome el labio inferior.

—Qué triste —dijo Giselle—. Adoras a ese perro, Rubes.

Ruby asintió. —Así es, por eso estoy corriendo por todo el pueblo buscándole. Más que una correa, ese perro necesita un candado y una cadena para mantenerlo a salvo.

—Eh, ¿os acordáis cuando Rudy desapareció el año pasado? *Aquello* sí que fue una misión de búsqueda y rescate en toda regla —dijo Harmony, negando con la cabeza y sonriendo ante el recuerdo.

Fruncí el ceño. —¿Rudy?

Harmony asintió. —Sí, su nombre completo es Rudolph. Es el reno líder de Silver Bells y se escapó un día. Tuvimos prácticamente a todo el pueblo buscándole.

—¿Silver Bells? Es la empresa de tours de lujo, ¿verdad? Tenía pensado ir allí esta tarde para echarle un vistazo. ¿Cómo es?

—Es mágico —dijo Giselle—. Deberías conseguir que... *alguien*... te lleve a dar un paseo en trineo. Atravesarás un país de las maravillas invernal y terminarás en la Gruta de Papá Noel...

—¡Y también puedes comer galletas de verdad hechas por los elfos! —interrumpió Harmony.

Entrecerré los ojos, sin estar segura de si me estaban tomando el pelo o no.

Giselle pareció notar mi confusión y se rio. —En serio, a todas nos encanta el tour y cada Navidad nos reunimos para subir allí en

una salida de chicas. No sería Navidad sin una visita para ver a Papá Noel en su gruta.

—Interesante... —sonreí y luego vi a Ruby por el rabillo del ojo. Tenía el ceño fruncido y una expresión distante. Puse un brazo alrededor de Ruby—. No te preocupes, Ruby. Ribbons aparecerá. Dijiste que siempre lo hace, ¿verdad? Como comentaste antes, ese San Bernardo seguramente está profundamente dormido frente al fuego de alguien en este mismo momento, esperando a que lo encuentres y lo lleves de vuelta a casa.

—Gracias, Lacey —dijo Ruby, dirigiéndome una mirada cansada.

Me anoté mentalmente preguntarle a Jacob si podría llevarme a Silver Bells antes de marcharme. Quizás podríamos ir cuando no estuviera ocupada trabajando, para poder disfrutar del paseo en trineo como turista y no como productora. Me recosté, y una cálida sensación invadió mi pecho. Estaba bastante segura de que no era por la deliciosa sidra.

Nunca había formado parte de nada en mi vida. Nunca había tenido una familia ni tampoco un grupo cercano de amigos. Sin embargo, entre Jacob y su familia, y el club de lectura, realmente estaba empezando a sentir que... bueno, que pertenecía a algo. Se me formó un nudo en el estómago al pensar que pronto me iría y todo esto terminaría.



—Lo siento, chicas, pero se nos ha acabado el tiempo para el club de lectura hoy y sé que algunas tenéis otras cosas que hacer antes de que termine el fin de semana —dijo Giselle, levantando el libro de bolsillo con un stiletto rosa fuerte en la portada—. Si estamos todas de acuerdo, leeremos la elección de Macy, *Shoe and Tell*. Debería ser bonito, Macy. Somos un club de lectura de alto nivel.

Macy se rio.

—Es una novela romántica dulce, sobre un zapatero y una mujer rica que normalmente lleva tacones de diseñador, pero no puede

encontrar el par perfecto así que le pide al zapatero que le haga un par único.

—Y déjame adivinar, *¿ellos* acaban siendo la hermosa pareja, en su lugar? —bromeó Giselle.

Al mencionar los zapatos, me estremecí. Recordé a Jacob sosteniendo suavemente mi tobillo mientras ajustaba mi pie en el patín de hielo. Mis pensamientos fueron interrumpidos por un persistente golpeteo que venía desde la parte delantera de la tienda.

Carol asomó la cabeza por la puerta, dijo algo a la persona que estaba fuera, y luego cerró la puerta otra vez.

—Es Jacob Curtis.

—¡Uuuuh! —cantaron las chicas al unísono—. Lacey...

Me mordí el labio inferior. ¡Estas chicas ciertamente hacían su parte de "uuuuh"!

—¿Por qué pensáis que viene a verme a mí? Quizás quiera ver a su hermana.

—Buen intento, pero preguntó si estabas aquí y a qué hora terminaba el club de lectura —dijo Carol.

Mi corazón dio un pequeño vuelco.

—Oh...

—Dijo que te esperaría fuera —dijo Carol, con los ojos iluminándose mientras se frotaba las manos—. Dijo que tiene una sorpresa para ti.

—¡Uuuuh! —cantaron las chicas de nuevo.

—Me pregunto qué será —dije, negando con la cabeza ante ellas, aunque no pude evitar sonreír. Recogí mi abrigo y mi bolso, besé a Carol en la mejilla, y luego me despedí de todas las demás. Me apresuré hacia la puerta, golpeándome dolorosamente la cadera contra el mostrador en mi prisa.

Ups. Tanto por si quería parecer indiferente.

Vi a Jacob a través de la ventana y mi estómago bailó. Un pinchazo de arrepentimiento siguió porque pronto regresaría a la ciudad y lo dejaría atrás. Mis pasos se ralentizaron mientras me acercaba a la ventana y lo estudié mientras él miraba hacia otro lado. Como de costumbre, unos vaqueros desgastados se aferraban a sus largas y musculosas piernas, y una gruesa chaqueta negra

acolchada abrazaba su figura, con el cuello levantado contra el frío, y un gorro azul marino sobre su pelo rubio. Estaba quitando nieve de la acera. Se veía tan guapo que era difícil creer que fuera mi... ¿qué? No mi novio, ya que pronto me iría. ¿Era solo un chico con el que estaba saliendo? Eso tampoco se sentía correcto. Qué lío.

La puerta tintineó cuando la abrí.

—Hola, Jacob.

Sonrió.

—Hola. Espero no haber interrumpido nada...

—No, está bien. Estábamos terminando.

Asintió.

—Ah, genial.

—Um, ¿Carol dijo que tenías una sorpresa para mí? —pregunté.

Extendió los brazos.

—¡Ta-chán... yo soy la sorpresa! ¿Qué tal?

Levanté una ceja hacia él.

—¿En serio?

Sonrió.

—Vale, yo no soy la sorpresa real.

—No tienes que traerme una sorpresa —dije, negando con la cabeza.

—Bueno saberlo —dijo, metiendo las manos en los bolsillos delanteros y de repente pareciendo un poco tímido—. ¿Qué vas a hacer esta tarde? ¿Algún plan?

Había pensado trabajar, pero con Jacob aquí delante de mí, incliné la cabeza.

—Ningún plan en firme. De hecho, estaba pensando en subir a la Gruta de Santa. Necesito encontrar más localizaciones para el programa, y esa parece una buena candidata.

—La Gruta de Santa es una tradición muy querida en este pueblo, pero hemos perdido el último tour de hoy. Pero tengo la siguiente mejor cosa... —hizo una pausa para conseguir efecto dramático—. ¿Qué te parece *esto*? ¡Sorpresa!

Le vi sacar algo que tenía escondido a su espalda y solté un grito ahogado. Era el trineo que le había ayudado a hacer la otra noche en su taller en el apartamento del ático. Sentí mariposas en el

estómago al recordar cómo me había sujetado las manos para deslizarlas por la madera.

—Vaya, Jacob. Lo has terminado. Es precioso.

Parecía ridículamente complacido con mi entusiasmo y lo colocó sobre los patines, sujetando la cuerda trenzada roja y verde que estaba atada a la parte delantera.

—Creo que es el mejor que he hecho hasta ahora. Así que, ¿qué tal si combinamos negocios con placer y llevamos el trineo justo al norte de la Gruta de Santa? Hay unas bajadas estupendas por allí que son perfectas para deslizarse, y da la casualidad de que tu guía para esta tarde —alias *un servidor*— es un experto en trineos. Estarás en muy buenas manos —levantó las cejas al decir la última frase, y un delicioso escalofrío me recorrió la espalda.

—Eso suena maravilloso —me reí y junté las manos—. Vale, pero de verdad tengo que trabajar un poco.

—Pensaba que te habías tomado el fin de semana libre —dijo.

—Mi móvil ha estado apagado desde el viernes por la noche y ahora es domingo por la tarde. Créeme, eso es tomarme el fin de semana libre. Pero estoy deseando investigar un poco más, para que no me despidan.

—Bueno, eso suena bien —deslizó su brazo sobre mi hombro mientras empezábamos a caminar—. Si te despiden, no tendrás que volver a la ciudad y podrás quedarte aquí en Christmas Mountain. No es un mal sitio para vivir, ¿sabes? Pregúntale a cualquiera de los habitantes del pueblo.

—¿Ah, sí? —bromeé, mientras la idea de vivir aquí pasaba fugaz por mi mente—. Así que, si me mudo, seguramente me despedirían. ¿Y entonces de qué viviría? No tendría trabajo, ¿recuerdas?

Echó un vistazo al trineo. —Podrías ser mi fabricante jefe de trineos.

Le lancé una mirada de reojo. —¿Me vas a pagar con tortitas de Prancer?

—Trato hecho.

—Ahora sí que es una oferta a la que no puedo resistirme —me reí, aliviada de que la conversación se mantuviera en un tono desenfadado. Quería disfrutar de la tarde sin angustias, y temía que

si empezábamos a hablar seriamente sobre mi vuelta a casa, podría echarme a llorar.

Jacob se ofreció a llevarnos en coche hasta el lugar para deslizarnos, pero preferí caminar, así que nos dirigimos hacia la montaña, deteniéndonos de vez en cuando para que yo pudiera hacer fotos y vídeos para enviar en mi próximo informe a Mel. Sin embargo, no era una caminata fácil, y el hecho de no haber ido al gimnasio durante un par de semanas hizo que pronto me dolieran los músculos de las piernas.

—Oh, vaya —jadeé, inclinándome para recuperar el aliento—. ¿Falta mucho? Ya debemos haber escalado el equivalente al Kilimanjaro.

Jacob sonrió. —¿Quizás a mitad de camino? ¿Un poco menos? Me ofrecí a conducir, Señorita Independiente.

Asentí, todavía tratando de recuperar el aliento. —Bueno, deberías haber insistido, haberme cargado sobre tu hombro o algo así. *No* estaba preparada para esto.

Cerré los ojos para tomar aire profundamente y de repente sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies cuando Jacob me cargó sobre su hombro, al estilo bombero.

—¿Así? —me gritó.

—¡No, no, me retracto! —me reí, pataleando sin efecto alguno, con gritos de *voy a romperte la espalda* entre risitas.

Para su mérito, Jacob me llevó durante bastante tiempo antes de devolverme al suelo firme. Unos minutos después, estábamos rodeados de abetos de un verde intenso, con sus ramas cargadas por la nieve del día anterior, y el sol invernal hacía que el hielo brillara como diamantes.

—Vale, creo que es hora de probar este bebé. ¿Estás lista? —Jacob giró el trineo para que quedara orientado hacia abajo por donde acabábamos de subir

—Me apunto, pero ten en cuenta que soy novata —dije.

Él tomó asiento en la parte trasera, dando unas palmaditas en el banco frente a él. Estaba nerviosa, pero la idea de deslizarme silenciosamente por la montaña nevada con los brazos de Jacob

rodeándome era demasiado tentadora para rechazarla, así que sonreí y me senté entre sus fuertes muslos.

—¿Lista? —Sus labios estaban cerca de mi oído y me estremecí. Si giraba la cara hacia la izquierda podría besarle, si no estuviera tan aterrorizada por el paseo en trineo.

—Todo lo lista que puedo estar —conseguí decir, y juraría que le oí reírse.

—Vale, allá vamos. —Empujó el suelo con sus pies calzados con botas y el trineo avanzó poco a poco. Empujó una y otra vez hasta que la pendiente se hizo más pronunciada y ganamos velocidad. Chillé mientras los árboles pasaban rápidamente a nuestro lado, sintiéndome a la vez aterrorizada y eufórica. Me recosté contra el fuerte pecho de Jacob mientras él nos dirigía hábilmente cuesta abajo, usando las cuerdas que sostenía en sus manos.

—Vamos a girar, así que inclínate en la misma dirección, Lacey. No intentes enderezarte.

—¡De acuerdo! —asentí, con el aire frío golpeando mis mejillas mientras él nos dirigía hacia la izquierda. Todos mis instintos me decían que intentara corregir el equilibrio y me incliné demasiado hacia el otro lado. El trineo se descontroló y volcó, enviándonos a Jacob y a mí por los aires.

Caí en la nieve con un golpe que me dejó sin aliento. Me llevó unos segundos darme cuenta de que ya no volábamos en el trineo. Me incorporé lentamente, sintiéndome un poco aturdida.

—¿Lacey? ¿Estás bien? —La voz de Jacob tenía un tono urgente, así que me levanté rápidamente, preocupada de que él estuviera herido.

Pero cuando le vi, mis ojos se agrandaron. Jacob había sido lanzado cerca de un árbol y, por una casualidad, la trabilla de su cinturón se había enganchado en el extremo de una rama, dejándole incapaz de moverse.

—Eh, ¿estás bien? —pregunté.

Sonrió. —Solo estoy colgando el rato.

Me incliné y me reí tan fuerte que las lágrimas rodaron por mi cara.

Finalmente, conseguí desengancharle, todavía riendo, y él comenzó a perseguirme por la nieve. Grité y corrí, muy poco elegantemente, hasta que tropecé con la cuerda del trineo y caí. Jacob se lanzó sobre la nieve a mi lado.

Me di la vuelta para quedar frente a él, adorando la enorme sonrisa en su cara. Se incorporó apoyándose en sus codos y me quitó suavemente algo de nieve de la nariz. Extendí la mano para hacer lo mismo y nuestras miradas se encontraron, la suya bajando lentamente hasta mis labios antes de acercar su rostro al mío. Nuestras bocas se tocaron, muy suavemente, cuando oí una extraña respiración pesada que venía de detrás de mí.

—¿Qué demonios...? —gritó Jacob, cuando una lluvia de nieve nos envolvió, seguida por dos gigantescas patas peludas que inmovilizaron a Jacob de espaldas.

—¡Es un perro! —exclamé, alejándome del caos hacia un lugar seguro.

—¡Ribbons! Aquí estás —dijo Jacob, mientras el enorme San Bernardo le lamía la cara alegremente.

CAPÍTULO QUINCE

—Dios mío, este perro pesa muchísimo —dije, gruñendo, mientras Jacob y yo intentábamos convencer a Ribbons de que subiera por el camino hacia la puerta principal de la posada.

—Y es terco —dijo Jacob, empujando el trasero peludo de Ribbons mientras yo intentaba guiarlo por el collar—. Quizás le sugiera a Ruby que deje resbalar las tijeras la próxima vez que lo peine. Pesaría una tonelada menos sin todo... este... pelo... desgreñado.

En ese momento, Ribbons decidió sentarse justo allí en la nieve frente a la puerta principal, y Jacob tuvo que literalmente levantar al perro sobre sus patas de nuevo.

—Quizás solo esté cansado, pobrecito —dije.

Jacob me lanzó una mirada. —¿Cansado? Más bien repleto de pasteles de alguna cocina donde ha estado escondido. Nadie puede resistirse a sus grandes ojos de cachorro, así que le dan golosinas todo el tiempo.

—Aww. ¿Estás molesto porque tienes competencia por ser el chico más dulce del pueblo? —le tomé el pelo, riendo y luego gritando cuando Ribbons eligió ese momento para sacudirse, enviando una nube de nieve en polvo sobre mí.

—Eso te pasa por hacerte la graciosa —replicó.

—¿Crees que soy graciosa? —pregunté, pestañeando coquetamente.

Jacob abrió la boca justo cuando la puerta principal se abrió y Ruby apareció en el umbral.

—¡Ribbons! —exclamó—. ¿Dónde has estado escondido?

—Espera —dije, mientras Ruby se movía como si estuviera a punto de salir corriendo a la nieve con los calcetines puestos. Agarré el collar de Ribbons de nuevo y comencé a guiarlo hacia ella.

—Está bien, Ruby, nosotros nos encargamos. Te congelarás si sales sin zapatos.

—No pasa nada, *yo* me encargo. Ribbons, ven aquí, chico —dijo, apresurándose hacia él.

Ribbons le echó un vistazo y dio media vuelta, saltando calle arriba, mirando hacia atrás cada pocos pasos para ver si ella le seguía en este nuevo y divertido juego.

—¡Ribbons! —gritamos todos al mismo tiempo, lo que solo hizo que el perro meneara el rabo con más fuerza.

—Iremos tras él, hermanita. No tienes puestas tus botas —dijo Jacob, extendiendo la mano para coger la correa que Ruby sujetaba.

—No —dijo ella, apartando su mano, calzándose un par de botas mientras empezaba a moverse en dirección a Ribbons. Sus cejas se juntaron—. Es mi problema. Yo me encargaré.

Jacob la vio alejarse corriendo y se encogió de hombros. —Y pensábamos que Ribbons era terco. No es nada comparado con mi hermana —dijo, dirigiéndome una mirada.

Hice una mueca. —Supongo que a veces es difícil pedir ayuda.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Me quité los guantes y soplé en mis manos. Ahora que habíamos dejado de movernos, estaba empezando a tener frío. —¿Qué tal un café? —sugerí.

Sus ojos se iluminaron. —¿Me estás invitando a una cita?

—Si eso es lo que hace falta para llevarte allí. Tú. Yo. Café —dije, encantada de cómo siempre nos tomábamos el pelo—. Cita.

—Bueno, cuando lo planteas así, la invitación es irresistible —dijo, poniendo una mano en su corazón.

Me reí. —Perfecto. Vamos.

La Pastelería Jingle Bells estaba abarrotada cuando llegamos, como parecía estarlo tan a menudo, así que decidimos pedir nuestros cafés para llevar. Mientras hacíamos cola, zapateé para mantener mis pies calientes.

—¿Sigues teniendo frío? ¿Quieres mi chaqueta? —preguntó Jacob.

Negué con la cabeza, conmovida por su ofrecimiento. —No, pero gracias. La necesitas tanto como yo.

—Soy un hombre de montaña, ¿recuerdas? Estoy hecho de un material más resistente que los urbanitas a los que estás acostumbrada. —Flexionó sus bíceps de forma cómica, y no pude evitar derretirme un poquito al imaginar sus brazos alrededor de mí.

Abrí la boca para contestar con una ingeniosa réplica sobre cómo necesitaba una barba larga para ser un hombre de montaña-

—¡Jacob Curtis! Ay, Dios mío. ¿Cómo *estás*? —dijo una mujer.

Jacob se dio la vuelta y una sonrisa se extendió por su rostro. —Hola, Miranda.

Si tenía intención de decir algo más, se perdió en el hombro de una chaqueta de esquí muy moderna cuando una mujer le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia ella. Miranda era alta y esbelta, con botas de tacón de diez centímetros.

Di un paso atrás, sintiéndome de repente pequeña e invisible. Para empeorar las cosas, yo era la siguiente en la cola, y con Jacob tan absorto en su, um, *amiga*, no sabía qué quería beber. Jugué sobre seguro y pedí dos Conejitos Navideños (o sea: cafés con leche de vainilla) para llevar, y luego me quedé allí sintiéndome tonta mientras esperaba a que ella terminara de deshacerse en halagos sobre él.

Finalmente, Jacob dio un paso atrás. —Lacey, esta es una vieja amiga, Miranda. Miranda, esta es Lacey.

Miranda extendió la mano, tan segura de sí misma que ni un atisbo de celos habría pasado por su mente. —Antigua *novia*, quiere decir, aunque lo de antigua sobra si no te importa, Jakey. Lacey es un nombre bonito.

¿Jakey? ¿Antigua novia? Obviamente, sabía que había tenido novias en el pasado, y ni siquiera era como si aún tuvieran algo,

pero aun así, esa mujer de ojos verdes parecía una amenaza.

—Gracias. —Sonreí, estreché su mano y luego le entregué a Jacob su café—. Te he pedido un Conejito Navideño. No estaba segura de lo que querías ya que estabas *ocupado* —dije, con un nudo en el estómago—. Voy a volver a la posada. Encantada de conocerla, Miranda.

—Igualmente —dijo ella, saludando con la mano.

—Espera, Lacey. —Jacob se volvió hacia Miranda y la besó en la mejilla—. Tengo que irme. Deberíamos ponernos al día en algún momento.

Cuando se movió en mi dirección, Miranda lo agarró del brazo. —¿Qué tal mañana por la noche? No tengo ningún plan y sería genial pasar tiempo juntos. A solas. Podríamos ir a nuestro lugar favorito, ¿recuerdas? —preguntó.

Esperé a que Jacob dijera gracias, pero no, gracias.

En cambio, dijo: —Claro, vale.

Miranda le lanzó un beso, me saludó con la mano y luego se marchó en dirección contraria.

****

Jacob me alcanzó en la acera en unas cuantas zancadas largas y se puso a caminar a mi lado. —Gracias por el café, lo necesitaba.

—¿Lo necesitabas? —pregunté.

Dio un sorbo. —Claro. Hasta los hombres de montaña sienten frío.

Fruncí el ceño. —Ah.

Me miró con curiosidad. —¿Estás bien?

Asentí. —Sí, estoy bien.

—Vale —dijo, arrugando la frente—. ¿Damos un paseo hasta el banco?

Me encogí de hombros y crucé la calle hacia el banco de Chuck y Nora. Sintiendo cien tipos de celos, me senté y di un largo sorbo a mi bebida.

Se sentó a mi lado. —¿Qué haces?

Me encogí de hombros. —Bueno, normalmente uno se sienta en un banco cuando camina hasta él.

Las comisuras de su boca se crisparon. —Es cierto. Pero en realidad me refería al Banco de los Besos cerca del Árbol de los Deseos. No al banco de Chuck y Nora al lado de la calle principal.

—Oh —dije.

—¿Vamos? —Extendió su mano, ayudándome a ponerme de pie y luego cogiendo mi vaso vacío. Cruzó la calle corriendo para tirar nuestros vasos a la basura. Después regresó a mi lado y caminamos en silencio de nuevo, aunque sí le pillé mirándome de reojo varias veces. Pero no podía decirle cómo realmente *odiaba* la idea de que fuera a cenar con su exnovia. Era demasiado guapa.

¿Celosa, Lacey?

Sí, bueno, no podía evitarlo.

Miranda tenía un pasado con Jacob y potencialmente podría tener un futuro con él, ya que casualmente estaba ubicada en el mismo pueblo, a diferencia de una servidora. Dejé escapar un largo suspiro. Caminamos en silencio por la calle y subimos las escaleras hasta el banco, principalmente porque me faltaba el aliento intentando seguir el ritmo de sus largas zancadas. Una voz rebelde en mi cabeza me decía que Miranda no tendría ningún problema para seguirle el paso con sus piernas largas.

Aun así, en cuanto llegamos, sentí que mi ánimo mejoraba un poco. El sonido de las cataratas calmaba mi alma, y El Árbol de los Deseos tintineaba y resplandecía con la fría brisa invernal. Cada rama estaba literalmente llena de amor, y la energía suave pero poderosa se sentía palpable.

Nos sentamos y suspiré, estirando las piernas frente a mí.

—Ese ha sido un gran suspiro.

Sonreí. —Es que me encanta este lugar. Me tranquiliza. ¿Suena tonto?

Negó con la cabeza. —Para nada. A menudo vengo aquí para despejarme.

—Entiendo por qué —dije, queriendo presionarle para obtener más información sobre Miranda. Interiormente, me decía que su relación pertenecía al pasado, pero iban a verse mañana por la noche, lo que era futuro. Finalmente, mi curiosidad pudo más, ya

que no es que yo fuera una santa—. Así que, cuéntame sobre Miranda.

—No hay mucho que contar. Salimos durante un tiempo justo después de la universidad. Pero nunca estuvo satisfecha viviendo en un pueblo pequeño... un lugar perdido, como ella lo llamaba. De hecho, nunca estaba satisfecha con casi nada. —Suspiró—. Ni con nadie.

—Vaya —dije, encontrando difícil creer que cualquier mujer no pudiera estar satisfecha con Jacob.

—Tenía esperanzas de vivir en la gran ciudad, así que empezó a pasar cada vez más tiempo lejos de Christmas Mountain. Un fin de semana aquí, una semana allá. No me malinterpretes, es una persona encantadora y las cosas entre nosotros fueron geniales durante un tiempo pero...

—¿Pero qué?

Se encogió de hombros. —No fue suficiente. Yo empecé a dedicar más tiempo a mis artesanías y ella tenía aspiraciones más altas. Tomamos caminos separados, de forma amistosa.

—¿Cómo podía no amar este lugar? —pregunté, recostándome y mirando a mi alrededor. Contemplé la hermosa montaña, el pueblo que se sentía como un hogar y la calidez de la gente que había conocido, y me pregunté qué más se podía desear.

Tomó mi mano. —Bueno, algunas personas prefieren la carrera glamurosa y las luces brillantes de la ciudad, ¿no?

—Supongo —dije, con el estómago revuelto—. Entonces, ¿cómo terminó?

Se encogió de hombros. —Me dio un ultimátum: Christmas Mountain o ella. Y el resto, como dicen, es historia.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. —¿Alguna vez te arrepentiste de tu elección?

—Nunca —dijo, negando con la cabeza—. Ella y yo lo pasamos bien. Nos queríamos mucho, pero si hubiera sido la persona adecuada para mí, se habría conformado con Christmas Mountain, y conmigo. Pero no lo era, lo que me vino bien una vez que superé el desamor inicial. No puedo imaginarme queriendo vivir en ningún otro lugar.

—¿Ni siquiera consideraste mudarte a la ciudad por ella? —pregunté, sabiendo que esta pregunta parecía una locura ya que yo pronto regresaría a Nueva York.

—No en serio. —Se volvió hacia mí, sus ojos escudriñando los míos. Por un momento pensé que iba a besarme. En cambio, negó con la cabeza—. Este es mi hogar.

Ay. Me encogí.

—Había otras cosas que no funcionaban en nuestra relación. Cuando miro a mis padres, o a Chuck y Nora, veo lo que es el amor verdadero... más fácil que lo que ella y yo teníamos. Obviamente, hay momentos en los que hay que trabajar en la relación. No digo que siempre vaya a ser un camino de rosas. Pero los momentos *buenos* deberían fluir sin estar llenos de ultimátums, exigencias y drama. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí, lo sé.

Me miró con una sonrisa irónica en su rostro. —¿Y tú qué? Cuéntame sobre tu vida y amores en la Gran Manzana.

Me reí. —Bueno, amores... no hay mucho que contar. O más bien, *nada* que contar. Nunca he tenido una relación que durara más de unos pocos meses.

—¿Por qué no?

—El trabajo ha sido mi prioridad. Consigo mi dosis de romance a través del programa. Me encanta crear estas oportunidades y luego ver cómo florece el amor entre dos personas. Me hace feliz ver cómo sus sueños se hacen realidad.

—¿Y qué hay de tus sueños? —preguntó, apretándome las manos.

El luminoso y alegre apartamento tipo estudio apareció en mi mente. —Siempre he soñado con tener mi propio lugar. Sé que la mayoría de la gente alquila en la ciudad y yo alquilo ahora. Pero quiero... no, *necesito* la seguridad de poseer mi propio apartamento.

—¿Ese es tu sueño?

—Sí —dije, apretándole la mano—. Desde que tengo uso de razón, he tenido este dolor en el pecho, o esta preocupación, por que me echaran y tuviera que mudarme. Probablemente por

haberme mudado tanto de niña y estoy harta de tener que mudarme más.

—Puedo entenderlo —dijo, pasando su brazo a mi alrededor y acercándome más a él.

Apoyé mi cabeza en su hombro. —He estado ahorrando para la entrada, para poder comprar algo. Un lugar del que sé que nunca tendré que irme. Un lugar al que llamar hogar.

Jacob permaneció en silencio, haciéndome preguntarme qué estaría pensando.

—Si aprueban esta localización para el rodaje, entonces mi bonificación será suficiente para comprar mi sueño —dije, con lágrimas ardiendo en mis ojos—. He trabajado tan duro para llegar a este punto. He pasado más noches en vela de las que puedo contar, pero valdrá la pena por esa seguridad.

Levantó mi barbilla. —Lacey...

—Nunca he tenido eso antes —admití, mirando esos ojos profundos y expresivos—. Nunca he estado en un hogar que fuera seguro. Cada vez que me acostumbraba a un hogar, a una familia, me trasladaban a otro hogar y otra familia. No tengo padres, nadie que me quiera.

—Ahora sí tienes —dijo, tan bajito que ni siquiera estaba segura de haberle oído correctamente—. Te quiero, Lacey.

Mi corazón revoloteó en mi pecho. Vale, ahora no había forma de malinterpretar lo que había dicho. Cuando vi esa mirada tierna en sus ojos, supe que tampoco me había imaginado las cosas.

—Yo también te quiero —susurré, levantando la barbilla—. Me encanta todo lo que eres, incluso que no quieras que mi programa se filme aquí.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó, soltando un suspiro.

Me incliné hacia él, con mi boca a un susurro de la suya. —Porque es parte de quien eres.

Me acarició la mejilla. —Me siento fatal sabiendo ahora que tu sueño depende de ello.

Algo me inquietaba, pero no podía descifrar qué era. Y, para ser honesta, en este momento realmente no me importaba. Solo quería una cosa. Me incliné hacia delante y besé al hombre del que me

había enamorado. A pesar del frío, el beso fue tierno y dulce. El pequeño agujero en mi pecho sintió una oleada de intenso calor y luego el agujero desapareció, dejando mi pecho irradiando alegría.

Nos besamos durante un largo rato hasta que el arrastrar de pies nos separó. Una mujer se aclaró la garganta mientras pasaba cogida de la mano de otra mujer, y ambas intercambiaron sonrisas cómplices. Vaya. Me había perdido en el momento y había olvidado que estábamos en público. Quería protestar diciendo que *se llamaba* el Banco de los Besos, después de todo.

La pareja colgó adornos en el árbol y luego siguió por el sendero, deteniéndose cerca de las cascadas para apoyarse en la barandilla.

Me volví hacia Jacob, quien se encogió de hombros. —Lo volvería a hacer sin dudar —dijo.

—Eres terrible —bromeé, recostándome en el banco y poniendo mi mano en la suya—. Lo siento, Jacob. El hecho de que viva en Nueva York debe ser como un déjà vu para ti después de lo que pasó con Miranda.

Se encogió de hombros. —No fui suficiente para ella. No la culpo, nunca lo he hecho.

—No puedo creer que te dejara marchar —dije, pensando en voz alta.

Apartó un mechón de pelo de mi cara. —Gracias por el cumplido.

Cerré los ojos ante su contacto, deseando besarle de nuevo, pero resistiéndome.

—Entonces, en tu programa tenéis "momentos", ¿verdad? —dijo Jacob, levantando las manos y gesticulando—. En ciertos puntos de la escena, aparece el "momento" con un título que dice "qué vergüenza" o el momento de "mi corazón late desbocado", ¿no?

—Sí —asentí, conmovida de que lo recordara.

—¿Cómo llamarías a este momento? —preguntó.

Levanté las cejas. —¿Te refieres a nosotros? ¿Ahora mismo?

—Exacto —dijo, con la comisura de los labios curvándose hacia arriba—. ¿Qué título le pondrías, profesionalmente hablando?

Mi cara se iluminó con una sonrisa. —Mmm... tendría que llamarlo el momento de "Mi trasero está entumecido por estar sentada en un banco helado".

Negó con la cabeza. —En serio, though. Si estuviéramos en tu programa, y dos del reparto...

—Concursantes. Reparto hace que parezca que está preparado —corregí.

Inclinó ligeramente la cabeza. —Disculpas. Si esta fuera una escena del programa grabada aquí y dos de los *concursantes* acabaran de sincerarse el uno con el otro, ¿cómo lo llamarías?

Cerré los ojos para pensar. —Lo llamaría el momento del "Árbol de las Confesiones".

—No está mal —dijo Jacob, levantándose. Se acercó al árbol y tocó una de las ramas, la que sostenía el adorno de las botas de nieve que yo había puesto en el árbol—. ¿Recuerdas por qué colgaste este adorno?

—Sí, lo recuerdo —me levanté, caminé hacia él y deslicé mis brazos alrededor de su cuello. Luego tomé aire para darme valor—. Colgué el adorno por la promesa de encontrar a la única persona a quien podría amar y en quien confiar.

—Lacey, ¿crees que...?

Lo que fuera a decir se perdió cuando presioné mis labios contra los suyos. Nos sumergimos en un tierno beso que me debilitó las piernas mientras sus brazos rodeaban mi cintura. Mientras Jacob me sostenía entre sus brazos, la preocupación de estar sola se desprendió de mis hombros y se alejó flotando en la brisa fresca.

Este momento era perfecto, con el sonido de la cascada detrás de nosotros, el tintineo de los adornos y el ronroneo grave de un Hummer. Espera, ¿qué?

Abrí los ojos de golpe y me giré justo cuando una reluciente limusina Hummer negra se detuvo al pie de las escaleras. Un conductor saltó fuera y se apresuró hacia la puerta trasera del lado del pasajero para abrirla. Un par de botas de cowboy de piel de serpiente azul crujieron en la nieve al salir del coche y se me cayó el alma a los pies.

—¿Mel? —llamé. Con una rápida mirada a Jacob, me apresuré a bajar las escaleras.

—Cuidado, está resbaladizo —dijo Jacob, descendiendo a mi lado al mismo ritmo.

Mi jefe salió del coche, con un abrigo de piel ridículamente caro sobre los hombros y un grueso puro colgando de su labio.

—¿Mel? —preguntó Jacob, saltando junto a mí desde el último escalón.

—Mi jefe —dije, con todos los nervios de mi cuerpo en alerta roja.

Mel me miró a mí, luego a Jacob y de nuevo a mí. —¿Así que estás viva?

—Usted prefiere el sol y la sangría —dije sin mucho sentido mientras mi cerebro procesaba el hecho de que mi jefe había volado hasta aquí—. Mel, ¿q-qué está haciendo aquí? —pregunté.

Me lanzó una mirada fulminante. —No tuve elección. Has ignorado todas mis llamadas y mensajes durante días. Pensé que te habías caído por el lado de una montaña o que te había devorado un puma. Pero parece que me equivocaba.

Miró significativamente a Jacob, a quien sentí tensarse a mi lado. Me sentí horrorizada. Mel tenía razón. Había estado tan absorta con Jacob y Christmas Mountain que realmente no había dedicado un segundo pensamiento al trabajo. Incluso había apagado mi teléfono.

—Mel, lo siento muchísimo —dije, esperando totalmente no estar despedida. Mi estómago se tensó mientras imaginaba cómo mi luminoso y brillante apartamento tipo estudio se esfumaba ante mis ojos—. Sé que dije que me tomaría el fin de semana libre, pero he estado ocupada buscando localizaciones. Y este aire de montaña, uf, me agota, así que tan pronto como regreso a mi habitación prácticamente me desmayo de cansancio.

Era consciente de que estaba divagando y Mel también lo sabía, porque levantó su mano con anillo de oro para hacerme callar.

—Eso no es suficiente, Lacey. No es suficiente en absoluto.

Mel parecía furioso. El miedo me recorrió en oleadas calientes y tumultuosas. De repente, temí por mi vida. Era como si me estuviera ahogando y quisiera un salvavidas, pero ninguno estaba al alcance. ¿Estaba a punto de ser despedida? La expresión en el rostro de Mel decía que sí. Esto *no* era nada bueno.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Se produjo un silencio incómodo al pie de las escaleras de Las Cataratas y lo único que se movía eran las nubes de vaho que salían de Mel, Jacob y de mí. En realidad, el aliento de Mel iba y venía mucho más rápido que el mío o el de Jacob. No estaba segura si era por la ira o por el impacto de encontrarse en temperaturas gélidas. Esperemos que sea lo segundo.

Mel era estrictamente un hombre de "sol, mar y arena". Jamás imaginé que vendría hasta aquí a buscarme ni en un millón de años. La fatalidad y la desgracia parecían perspectivas inminentes para mi vida en este preciso momento. Debería decir algo, cualquier cosa, que pudiera resucitar mi carrera, pero estaba demasiado aturdida para hablar.

Finalmente, Jacob tosió intencionadamente a mi lado, dándome un pequeño codazo en el brazo.

Di un respingo, saliendo de mi estado de shock.

—¡Presentaciones! —solté, como si hubiera tenido una gran idea. Esto. Era. Un. Completo. Desastre. Me aclaré la garganta—. Jacob, este es mi jefe, Melvin Pennington. Mel, este es Jacob Curtis, guía turístico extraordinario de la Posada Sugar Plum donde me alojo.

—Encantado de conocerle —Jacob extendió su mano hacia Mel.

Mientras la mano de Jacob pendía en el aire, se produjo un silencio incómodo y estaba bastante segura de que oí caer una aguja

de pino antes de que Mel finalmente estrechara la mano de Jacob.

—¿Guía turístico? —preguntó Mel.

Jacob asintió—. Sí, señor. He estado mostrándole los alrededores a Lacey.

Una de las cejas de Mel se disparó hasta la línea del cabello—. Ya lo veo.

Por una vez, Jacob parecía haberse quedado sin palabras. Sospechaba que tenía más que ver con el hecho de que no sabía qué pensar de este extraño hombre de la ciudad, pero a medida que el silencio se prolongaba más y más, supe que tenía que intervenir.

—Como sabes por mis informes, he visto algunos lugares increíbles, Mel. La Montaña de Navidad tiene muchos sitios preciosos que quedarán genial en cámara.

Mel gruñó—. Eso está por verse. No han llegado informes en tres días. ¿Para qué exactamente te envié aquí, Lacey? No fue para unas vacaciones, un año sabático en la nieve.

Jacob abrió la boca como si fuera a decir algo, pero le presioné el brazo para detenerlo.

—Por supuesto que no, Mel —dije rápidamente—. Solo era el fin de semana y... —Mis ojos se abrieron cada vez más mientras observaba cómo el ceño de Mel se fruncía cada vez más. Finalmente, agité una mano para restarle importancia—. Olvida todo eso ahora que estás aquí. Mejor que un informe será que veas en persona que este es el lugar ideal para la próxima temporada.

Por el rabillo del ojo, vi a Jacob hacer una mueca. Sabía que le preocupaba que su pueblo fuera explotado por los índices de audiencia, pero agradecí que no expresara su opinión en este momento.

—¿Qué te gustaría ver primero, Mel? —pregunté, forzando mi voz para que sonara animada.

Hizo un ruido, pero luego miró hacia lo alto de las escaleras, al Árbol Compartido—. ¿Qué pasa con ese árbol? Es como un árbol de Navidad pero hecho un completo desastre.

Los músculos de la mandíbula de Jacob se tensaron—. El Árbol Compartido es una tradición de larga data en Montaña de Navidad, Mel-

Mel le lanzó una mirada.

—vin, Melvin. Los residentes del pueblo y los turistas vienen aquí para colgar adornos en Navidad por los seres queridos que han perdido. Para Nochebuena las ramas están completamente llenas; es nuestra manera de incluir a aquellos que han fallecido en nuestras festividades.

—¿Un árbol para conmemorar a gente muerta? No es exactamente lo que yo llamaría romántico —Los ojos de Mel miraron hacia el cielo. Comenzó a pasear con aquellas botas de vaquero, acariciándose la perilla con la mano derecha mientras parecía pensar —. Aun así, *es* un árbol interesante.

—Realmente lo es —dije, sintiendo crecer la tensión de Jacob a mi lado.

—Esto es lo que necesito —dijo Mel, con brusquedad—. Anota esto. ¿Estás anotando esto, Lacey? Anota esto.

Mel siempre se repetía cuando se aferraba a una idea, así que busqué apresuradamente mi móvil y abrí la aplicación de notas.

—Lista —dije.

Mel levantó un dedo índice enguantado en piel. —Hay un lugar que vi cerca de la iglesia, un espacio abierto...

—¿La plaza del pueblo? —preguntó Jacob.

—La plaza del pueblo —afirmó Mel con firmeza, como si él mismo lo hubiera pensado—. Ahí es donde debería estar el árbol. Lacey, hay que trasladarlo allí. Y rápido, tengo al equipo en espera para venir aquí y comenzar a grabar.

Tecleé en mi móvil, con el pulso acelerado mientras procesaba lo que Mel estaba diciendo. Estaba aprobando la localización. Iba a conseguir mi bonus. El apartamento de mis sueños. Empezaba a sentirme un poco mareada.

—Esa cosa también tendrá que trasladarse, por supuesto, esa otra... *cosa*. —Chasqueó los dedos repetidamente, queriendo que alguno de nosotros completara el nombre correcto de la "cosa".

—El Banco de los Besos —dijo Jacob, con tono inexpresivo.

—El Banco de los Besos será trasladado a la plaza del pueblo y colocado junto al árbol —dijo Mel, de manera autoritaria como si

estuviera haciendo un anuncio formal—. ¿Has apuntado todo eso, Lacey?

Me mordí el labio, sin querer dar malas noticias. —Ya hay un árbol de Navidad en la plaza del pueblo.

Mel le dirigió a Jacob una mirada que decía que la había fastidiado a lo grande y que no estaba nada contento con ese hecho. —Hay un espacio vacío cerca de la iglesia *sin* árbol.

—¿El quiosco de música? —preguntó Jacob.

—El quiosco de música —dijo Mel, agitando la mano como si le diera igual cómo se llamara la zona—. El árbol y el banco se trasladarán junto al quiosco. Necesitamos que vestuario traiga disfraces. Muchos cuadros escoceses y franela, muy estilo leñador.

—Cuadros, franela, estilo leñador —repetí, mirando a Jacob de reojo.

El músculo de la mandíbula de Jacob se contraía ahora. También flexionaba las manos. No era buena señal.

—¡Jerséis rojos! —declaró Mel, juntando las manos—. Con renos y Papá Noel. Es Navidad, después de todo. ¿Puedes ocuparte de eso, Lacey?

—Jerséis rojos, renos, Papá Noel —repetí, pensando que todo esto empezaba a sonar demasiado artificial. Mi mente trabajaba a toda velocidad, intentando encontrar la manera adecuada de explicárselo.

—Al quiosco de música —dijo Mel, avanzando por la acera.

Le seguí con pasos rápidos, esperando que las botas de vaquero de Mel tuvieran algún tipo de agarre en la suela para el ritmo tan acelerado que llevaba.

Jacob nos seguía por detrás, con aspecto totalmente desconcertado por este abrumador torbellino de hombre que había descendido sobre su hermoso pueblecito.

Me miró, con una arruga entre las cejas.

Jacob se había preocupado de que su pueblo fuera explotado por audiencia y ahora yo empezaba a sentirme como la mayor hipócrita del mundo porque parecía que eso era exactamente lo que estaba ocurriendo. Tenía que decir algo, lo que fuera.

—Eh, ¿Mel? —dije.

Miró con furia al árbol mientras pasábamos por la plaza del pueblo, como si hubiera hecho algo malo por existir. Eh, ¿hola? La iluminación del árbol era una tradición del pueblo. Había esperado incluir eso en el programa.

—¿Mel? —repetí.

Se detuvo en el quiosco y levantó ambas manos para crear un 'marco de foto' mientras examinaba la zona. —¿Qué?

Estaba acostumbrada a sus formas bruscas, especialmente cuando estaba bajo los efectos de su 'genio creativo', como a él le gustaba llamarlo, pero Jacob parecía horrorizado.

—Lo siento —articulé sin voz a Jacob, que me dirigió una mirada que no supe interpretar. Suspiro—. Eh, ¿Mel? Necesitas ir más despacio. ¿Podemos volver al Árbol de Compartir?

Mel se giró en la dirección opuesta a la que habíamos venido. —¿Volver? No. ¿Por qué deberíamos hacerlo? Ya lo he visto, y no voy a arriesgar vida ni extremidades para subir hasta allí.

Bufé exasperada. —No, me refería figuradamente. Mel, ¡para!

La mayoría de las personas temían a Mel y no se atreverían a interrumpirle, pero yo sabía por experiencia que cuando entraba en este estado acelerado, había que contenerle. Funcionó, y dejó de caminar para mirarme.

—¿Qué es tan importante? —preguntó, en un tono que indicaba que no tenía que gritar.

Levanté mi teléfono para mirar mis notas. —Dijiste algo sobre trasladar el árbol al quiosco de música, lo que parece... fuera de lugar para la tradición. ¿Puedes explicarme por qué llegaríamos a tales extremos? Solo para que pueda, eh, compartir tu visión.

—Tienes que rellenar los espacios en blanco, Lacey. El Árbol del Cuidado...

—Del Compartir —dijo Jacob, con la voz cargada de emoción—. Se llama El Árbol del Compartir.

Mel le miró como si le viera por primera vez.

—Cuidado *suena* mejor —dijo, como si estuviera explicando un simple problema de matemáticas a un niño de primaria. Caminó alrededor de Jacob, evaluándolo desde todos los ángulos—. Deberías

presentarte como concursante para el programa. ¿Has pensado alguna vez en dejarte barba?

Jacob miró a Mel con expresión vacía.

Nunca he tenido tantas ganas de hundirme la cara en la palma de la mano.

—¿Podemos seguir con los detalles del programa? —sugerí.

Mel respiró hondo. —Bien, esto es lo que quiero. El Árbol del Cuidado será reubicado, los disfraces están empezados, un par de concursantes locales por aquí y por allá...

—Mel, no podemos reubicar el árbol —dije, finalmente plantándome—. El Árbol del Cuidado... —me estremecí, asegurándome a mí misma que era mi trabajo llamar al árbol por el nombre que mi jefe quería—. Es una tradición muy querida en Christmas Mountain. Es un árbol real, plantado firmemente en la tierra. En cuanto a los jerséis de personajes, quizás deberíamos reconsiderarlos, ya que no queremos parecer demasiado artificiales, ¿verdad?

—Meros detalles. —Mel descartó mis preocupaciones con un gesto de la mano.

—Aun así, algo a tener en cuenta —dije, queriendo guiar a Mel en la dirección correcta sin hacer que perdiera interés en esta localización porque, ¿hola? ¡Prima importante!

—¿Qué es eso? ¿Esa cosa de madera? En el suelo. ¿Qué es eso? —preguntó Mel, repitiéndose mientras señalaba el trineo en el que Jacob y yo habíamos estado montando antes.

—Es un trineo —dije.

—Déjame ver. —Mel chasqueó los dedos y extendió la mano, y yo rápidamente me apresuré a cogerlo y llevárselo.

—Aquí tienes. —Lo sostuve para Mel, preocupada de que si Jacob ayudaba, pudiera accidentalmente dejarlo caer sobre el pie de Mel. Sé que yo también tenía cierta tentación de hacerlo.

—Esto es encantador, muy de pueblo pequeño. ¿Dónde puedo conseguir más?

—De mí. Los hago por encargo —dijo Jacob, sonando menos molesto por primera vez desde que Mel llegó.

—¡Perfecto! Consígueme veinticuatro para finales de semana.

—Un momento. —Jacob se pasó una mano por el pelo—. No puedes conseguir veinticuatro de estos trineos tan rápido. Están hechos a mano, no son imitaciones baratas.

Mel estudió a Jacob por un momento, y luego se encogió de hombros. —Lacey, anota esto. Busca en internet la forma más rápida de conseguir dos docenas de trineos para el viernes. Menciona mi nombre, diles que son para el programa y probablemente los proporcionarán sin coste alguno.

Miré a Jacob, que frunció los labios como si hubiera tragado algo amargo.

—Mel, creo que parte del encanto de grabar en Christmas Mountain es precisamente ese ambiente artesanal, de pueblo pequeño, sin prisas. Exactamente como es. Esto... —moví el brazo para señalar todo lo que nos rodeaba—. Esto es lo que los espectadores amarán.

Mel me miró fijamente, con el puro colgando de su labio.

—Los concursantes no podrán evitar enamorarse. Este lugar es mágico. Te atrapa con su hechizo. Esta será nuestra mejor temporada hasta ahora. La gente, el paisaje, las tradiciones... son lo que hace a Christmas Mountain tan especial. No los trineos rápidos y los jerséis de Papá Noel.

Mel me estudió por un momento. —Lacey, llevas suficiente tiempo en este negocio como para saber que todo gira en torno a los índices de audiencia. Y yo llevo en el negocio más tiempo, lo que significa que sé lo que hace que los índices de audiencia suban y bajen. Y cuando los índices bajan, también baja el número de empleados.

Jacob soltó un suspiro audible y dio un paso atrás.

Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer. Si me marchaba con Jacob, mi trabajo estaría en juego, pero si seguía los planes de Mel, sentía que estaría traicionando a Jacob.

Mel notó mi vacilación y entrecerró los ojos. —¿Sabes? Si esta temporada atrae a los espectadores como creo que lo hará, te espera un gran ascenso además de tu bonificación, Lacey. Después de todo, tú encontraste el lugar, así que su éxito descansará sobre tus hombros.

Me quedé entre Jacob y Mel. Ambos hombres estaban en silencio, y los dos me miraban expectantes. Entonces me di cuenta de que no había elección que hacer. Estaba aquí para hacer un trabajo. Nunca le había prometido nada a Jacob respecto a la filmación. Mel conocía este negocio y me acogió cuando yo no sabía nada. Nunca me había abandonado y yo no iba a defraudarle.

—De acuerdo, Mel —dije, incapaz de mirar a Jacob a los ojos. Saqué mi móvil de nuevo y abrí la aplicación de notas—. Empieza desde el principio con tu visión.

Mientras Mel comenzaba a hablar, me giré hacia Jacob, esperando que comprendiera, pero él ya estaba fuera del alcance de mi voz y caminaba a grandes zancadas hacia la posada sin mí.

CAPÍTULO DIECISIETE

Cerré la puerta del Sugar Plum Inn tras de mí y me apoyé contra ella, dejando escapar un gran suspiro. Si hubiera estado en mi habitación, me habría deslizado por la madera hasta quedar sentada en el suelo, y probablemente me habría quedado allí hasta la mañana.

Las últimas horas con Mel me habían agotado. En Nueva York, A.N. (como en Nueva York, Antes de la Montaña Navideña), estaba acostumbrada a este ritmo frenético y acelerado de *Catorce días hasta la eternidad* y todo lo que conllevaba. Pero estar aquí en Christmas Mountain me había hecho darme cuenta de que la vida era mucho más agradable para mí cuando iba más despacio.

Mel había insistido en ir a todas partes en su enorme Hummer, así que destacábamos como un pulgar dolorido, haciéndome estremecer. Su extravagancia era aceptada e incluso celebrada en la ciudad, pero aquí solo me sentía avergonzada por su exhibicionismo. Parecía una actuación, un espectáculo para los espectadores, algo que no encajaba en esta comunidad de personas encantadoras y con los pies en la tierra.

Algunos de los lugares que quería mostrarle estaban prácticamente uno al lado del otro, pero aun así él insistía en que el coche nos llevara esas pocas manzanas.

—No voy a arruinar estas botas, Lacey. Y hablando de zapatos... —Había mirado mis pies que todavía llevaban las botas de montaña de Ruby—. Deberías pensar en mejorar tu estilo una vez que comiencen las grabaciones —Había empezado a reírse entonces—. Ahora mismo, lo único que puedo decir es que realmente pareces pertenecer aquí.

Me había mordido la lengua para no decir: «Ojalá».

Finalmente, después de horas dando vueltas, entrando y saliendo de la limusina, y escuchando los desgarradores planes de Mel para cambiar las cosas en este pueblo—*necesitamos trasladar la pista de hielo al Pueblo de Santa, ¿qué me importa si el pueblo está en un bosque? Cortad algunos árboles para hacer espacio*—tenía un fuerte dolor de cabeza y, por si fuera poco, las piernas me dolían.

Me separé de la puerta y me quité el abrigo antes de agacharme para desatar las botas poco elegantes que a Mel le disgustaban.

—¿Día duro? —vino una voz femenina familiar.

—¡Ruby! —exclamé, casi cayéndome mientras forcejeaba con los cordones, y me puse de pie.

—Casi me da un infarto. No te había visto.

Sonrió. —Esa era la intención.

Mi rostro decayó. —¿He hecho algo que te ha molestado?

Negó con la cabeza. —No me escondo de ti... sino del mundo. Me estoy escondiendo del mundo.

Asentí, acercándome al sillón para sentarme cerca de Ruby. Levanté mis manos para calentarlas frente al fuego. —Puedo relacionarme con eso.

—Entonces, ¿tenía razón? ¿*Fue* un día duro? —preguntó.

—Se podría decir que sí —dije, apoyando la cabeza contra el respaldo del sillón, que (por el lado positivo) era más cómodo que la puerta de entrada—. Mi jefe, Mel, está en la ciudad.

Esa última frase debería haber sido seguida por un dramático *chan-chan-chaaan*, porque Mel invitaba al drama dondequiera que fuese.

Ruby estiró el brazo por encima de la mesa de café y levantó una tetera, alzándola para preguntar si quería un poco.

Asentí. —Me encantaría una taza, gracias.

Ruby se levantó y cogió una taza limpia del armario antes de llenarla con el líquido caliente hasta arriba y luego deslizar aquella delicia con aroma a especias por la mesa.

—Te ves como yo me siento —dijo.

—No estoy segura de que eso sea un cumplido —bromeé, aceptando la bebida y levantándola para ver la luz del fuego bailando. El primer sorbo calentó mi garganta y todo mi interior, reconfortándome como una manta cómoda—. Gracias, Ruby. Necesitaba esto.

—Es un placer —dijo, dedicándome media sonrisa.

Ninguna de las dos habló durante varios minutos. Apoyé mis pies cubiertos con calcetines en el otomana frente a mí, y me di cuenta de que me sentía como en casa aquí, no solo en la posada sino en este pueblo. Incluso había perdido una llamada de Harmony del club de lectura, que había dejado un alegre mensaje de voz preguntándome cómo me había ido el día. Pensar en mi vida en Nueva York me hacía sentir triste y un poco sola por tener tantos conocidos pero ningún amigo de verdad. Al menos hasta que vine aquí.

—Cuéntame sobre tu día, Ruby. Parece que no fue mucho mejor que el mío.

—Oh, no es nada —dijo ella, frunciendo el ceño mientras tomaba un sorbo de su té especiado—. No, eso no es cierto. En realidad, es todo. Ribbons sigue desaparecido y no tengo ni idea de dónde más buscar.

Me sentí culpable. Había estado tan absorta en mis propios problemas que me había olvidado por completo del San Bernardo desaparecido.

—¿No pudiste atraparlo cuando se escapó? Pobre Ribbons... —me callé al ver la expresión afligida en el rostro de Ruby—. Estoy segura de que está bien y siendo mimado en algún sitio, pero debe ser horrible para ti no saber dónde está. Déjame ayudarte a encontrarlo, Rubes.

Ella negó con la cabeza, su rostro adoptando una expresión decidida. Era una mirada que conocía bien, porque la había visto en el espejo muchas, muchas veces.

—Es mi culpa que se escapara, así que me corresponde a mí encontrarlo.

Me sentí ligeramente irritada, no, *frustrada* con Ruby porque conocía bien esa terquedad, esa independencia y la creencia de que tenías que hacerlo todo tú misma. Era algo que yo había cultivado durante años, pero en mi caso había nacido de la necesidad.

—Ruby, literalmente estás rodeada de personas que estarían encantadas de ayudarte a buscar a Ribbons —dije con suavidad, sabiendo por experiencia propia lo difícil que sería para ella ceder el control.

—Lo sé —dijo en voz baja.

—Entonces, déjanos ayudar. Podemos organizar un grupo de búsqueda y cada uno puede encargarse de una zona diferente. Como hiciste con... ¿cómo se llamaba, el reno que desapareció?

—Rudy —respondió, sonriendo ante el recuerdo.

—Cierto, Rudy. Todos colaboraron entonces, así que deja que todos colaboren y ayuden con Ribbons. Pareces agotada, y debe estar preocupándote terriblemente.

—No es tan sencillo —dijo ella.

—No me digas. —Solté una risa sin humor—. Estás hablando con la reina de la independencia y la terquedad. Puedes quitar esa cara de *sorpresa*, porque es simplemente obstinación. Pero lo entiendo, de verdad.

Me trasladé al sofá para poder sentarme junto a ella. Iba a cogerle la mano pero no estaba segura de cómo se sentiría al respecto, así que no lo hice. En su lugar, me senté en ángulo frente a ella.

—Ruby, no tienes ni idea de la suerte que tienes al estar rodeada de tantas personas maravillosas y cariñosas —le dije, sintiendo un poco de envidia de su vida—. No es así para mí en Nueva York.

Ruby suspiró. —Nunca he estado en Nueva York.

—Es una gran ciudad. Hay muchísimo que hacer, mucha cultura y oportunidades. Pero también es rápida y furiosa. Parece que la vida pasa en un suspiro y a pesar de que hay un montón de personas viviendo allí, puede ser un lugar muy solitario.

Sus ojos se abrieron de par en par. —No puedes estar sola, Lacey. Tienes todo ese rollo del reality show y montones de gente a tu alrededor todo el tiempo.

—Tengo gente a mi alrededor, tienes razón. Y me encanta mi trabajo. Pero las personas con las que trabajo son compañeros, no verdaderos amigos, y no son familia. Ruby, haría cualquier cosa por tener lo que tú tienes aquí. Apuesto a que podrías caminar por la calle principal y pedirle ayuda a cualquier persona, y dejarían lo que estuvieran haciendo para ayudarte. ¿Tengo razón?

Sonrió. No podía negarlo.

—¿Entonces? Déjales entrar —dije, dándole una sonrisa alentadora—. No tienes que manejar cada problema por tu cuenta. Créeme, es duro ser tu propia isla y mantener a la gente a distancia. Lo he hecho toda mi vida, y es agotador y solitario.

—¿No tienes familia en Nueva York? —preguntó.

Hice una pausa, sintiéndome insegura sobre cuánto compartir con Ruby. Me di cuenta de que si estaba intentando ayudarla a abrirse y dejar entrar a la gente, entonces yo necesitaba hacer lo mismo.

—Pasé mi vida entrando y saliendo de hogares de acogida —solté, ya que esta era solo la segunda vez que hablaba con alguien, aparte de los trabajadores sociales, sobre mi pasado—. Cada vez que me enviaban a una nueva casa estaba llena de esperanza, creyendo que serían mi familia para siempre. Pero nunca fueron más que un alojamiento temporal. Después de cada fracaso, lenta pero seguramente, construí un muro alrededor de mi corazón. Tuve que ser independiente y hermética para sobrevivir.

—Lo siento, Lacey. Eso suena realmente duro.

—Me dejó sintiéndome muy sola. Pero tú... —hice una pausa, esta vez poniendo mi mano sobre la suya—, tienes a tu familia para siempre y a tus amigos para siempre, así que déjalos entrar, déjanos entrar a *nosotros*. ¿De acuerdo?

Sus ojos brillaron y luego su boca se curvó hacia arriba, su rostro iluminándose como el sol atravesando las nubes. Me rodeó con sus brazos y me abrazó, y después de un momento de sorpresa inicial, le devolví el abrazo.

—Gracias, Lacey. Ojalá no tuvieras que volver a Nueva York. Te voy a echar de menos.

Sentí que me escocían los ojos. A decir verdad, después de experimentar todo el amor y apoyo en Christmas Mountain, ya no quería estar sola. La idea de volver a Nueva York y dejar atrás a todas estas personas maravillosas era casi más de lo que podía soportar.

—Yo también te voy a echar de menos, Ruby.



Subir las escaleras de la posada parecía interminable y mis piernas se sentían como plomo. No estaba segura si era porque mis piernas estaban agotadas de correr con Mel, o si mis piernas eran reacias a llevarme más cerca del taller de Jacob, que era adonde necesitaba ir. Lo último que había visto de él era su espalda alejándose mientras me dejaba con Mel, y a juzgar por sus decididas zancadas, no parecía contento.

No me quedaba mucho tiempo en Christmas Mountain, y no podía soportar la idea de pasarlo en malos términos con Jacob. Así que, me obligué a enfrentar la situación y subí, acercándome cada vez más al sonido de serruchado que venía de detrás de su puerta cerrada.

Tomando aire profundamente, llamé a la puerta. Pero no hubo interrupción en los sonidos laboriosos que venían de dentro. Me preocupaba que no significara que Jacob no me hubiera oído, es posible que hubiera elegido ignorarme. Levanté la mano para llamar de nuevo, pero dudé... si *me había* ignorado, volver a llamar solo le molestaría más.

Pero ¿y si *no* me había oído después de todo, y quería hablar conmigo tanto como yo quería hablar con él? ¿Y si su marcha era un paso atrás para darme espacio para hacer mi trabajo? No era de extrañar que no saliera mucho con chicos. ¡Era más agotador que un día con Mel!

Al oír un ruido, miré por encima de mi hombro para ver si Ruby venía subiendo las escaleras detrás de mí, pero la escalera estaba vacía. Vaya. Qué raro. Me giré para llamar de nuevo, solo para encontrarme cara a cara con Jacob, con los nudillos a medio centímetro de golpear su muy apuesto nariz.

—Oh, eh, hola —dije, intentando sonreír con naturalidad, pero se sintió más como una mueca.

—Hola —dijo él, con tono gélido.

Vale, así que probablemente no me estaba dando espacio por el bien de mi carrera. Bueno saberlo.

—Solo pasaba por aquí y...

Un atisbo de sonrisa apareció en la comisura de sus labios. —¿Solo pasabas por aquí? Mi puerta está en lo alto de una escalera muy estrecha que solo conduce a mí.

—Me has pillado —dije, pensando que optar por el humor al menos había acabado con su tono gélido—. Quizás me gusta subir escaleras estrechas solo por diversión —sugerí.

—¿Te gusta?

—Bueno, no —dije, porque no había forma de evitar ese hecho. Finalmente me encogí de hombros—. En realidad quería hablar contigo.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó, retrocediendo y haciéndome un gesto para que entrara. Quitó algunos libros del sillón orejero, sacudió algunas virutas de madera, y luego se sentó en un taburete que sacó de debajo de su banco de trabajo.

Me senté, la estufa de leña proporcionaba un cálido resplandor. Señalé hacia el banco de trabajo. —¿Otro trineo?

Asintió. —Tengo un par de encargos que terminar para Nochebuena, pero me distraigo constantemente —dijo, curvando su boca hacia arriba, lo que me hizo sonreír también.

—¿Te distraes, eh? ¿Por quién?

—Por Ribbons. Ese pobre perro todavía está desapa... —La última parte de su frase se perdió tras el cojín que le lancé juguetonamente. Él lo recogió y me lo devolvió.

Me lo abracé al pecho, sintiendo necesidad de consuelo. —Me siento mal por Ribbons. Ruby, Morgan y el novio de Morgan, Dallas,

fueron a buscarlo.

—Eso he oído. —Jacob se levantó y se dirigió al banco de trabajo —. ¿Vienes a ayudarme?

—Claro —dije, uniéndome a él en el banco de trabajo, sintiéndome contenta de tener algo que hacer.

Tomó mis manos, colocó papel de lija debajo de ellas y las movió lentamente a lo largo de la madera. —Siempre hay que lijar a favor del grano, nunca en contra —murmuró, con su boca cerca de mi oído.

—Vale... —cerré los ojos, saboreando tenerlo tan cerca de mí.

—Lo estás haciendo bien —dijo, retrocediendo un paso y pasándose la mano por el pelo—. Mira, Lacey. Siento lo de antes. No debería haberme ido así, pero estaba...

—¿Frustrado? —sugerí, sintiéndome un poco frustrada yo también porque ya no me estaba sujetando, aunque solo hubiera sido para lijar.

—Sí. Me sorprendió que permitieras que ese tipo te hablara así.

Me enderecé. —No es *un* tipo cualquiera, Jacob. Es mi jefe.

—Me da igual si es el rey de Funwertdome. No debería tratarte así.

Abrí los ojos como platos. —¿El rey de *dónde*?

Se encogió de hombros. —Era un lugar inventado sobre el que solía escribir historias cuando era niño. Mira, el caso es...

—El caso es que es mi jefe, así que no tengo elección.

Jacob me miró fijamente. —Pero *sí* tienes la opción de trabajar para él o no.

Podía sentir cómo me estaba irritando, lo que era exactamente lo contrario de cómo quería sentirme. —¿Y qué? ¿Crees que debería dejar mi trabajo? ¿Quedarme sin empleo? ¿Renunciar a todo por lo que he trabajado tan duro?

Jacob se encogió de hombros. —Si es lo que hace falta.

Puse la mano en la cadera. —¿Te das cuenta de que esto es el mundo real, verdad? No un reino inventado de cuando eras un niño.

Frunció el ceño. —Vivo en el mundo real, Lacey.

—No, no lo haces —dije, con las palabras afiladas en mi lengua —. Tú vives en este mundo perfecto con familia y amigos en esta

preciosa posada en este pueblo especial. No tienes ni idea de lo que es valerse por uno mismo en una ciudad enorme, compitiendo siempre por mantener mi trabajo. Porque, déjame decirte, un solo error y hay cientos de personas dispuestas a ponerse en mi lugar.

—O en tus botas peludas —murmuró.

—Esto es serio —dije, mirándole fijamente y preguntándome cómo podía hacer una broma ahora mismo—. No necesito que te burles de cómo me visto o que me des lecciones sobre mi carrera. En el *mundo real*, la gente que se preocupa por ti apoya tus decisiones de vida. Esa gente está a tu lado y no se burla de un calzado de moda.

La boca de Jacob se contrajo.

Se estaba riendo de mí. Me ardieron los ojos y me lancé hacia la puerta.

—Lacey, espera. —Corrió hacia la puerta y puso una mano suave en mi brazo—. Por favor.

Le observé retroceder hacia la estufa de leña, suplicándome con los ojos que le siguiera. Sentí que la ira retrocedía y volvía el cansancio mientras me hundía en el sillón, apoyando la cabeza contra el lateral alado.

—Lo siento —dijo, entregándome la manta que estaba colgada en el respaldo del sillón—. Solo intentaba aligerar el ambiente.

Me subí la manta hasta la barbilla. —Ha sido un día largo.

Jacob me alisó el pelo, colocando un mechón detrás de mi oreja. —No voy a disculparme por odiar la forma en que te habla, pero es tu vida. Estoy aquí para ti, Lacey. Quiero que sepas que te apoyo. ¿De acuerdo?

Asentí, sin confiar en mí misma para hablar.

—También ha sido un día largo para mí. —Se movió del taburete al suelo frente a mí, se deslizó bajo la manta y sujetó mis manos en mi regazo—. Estoy sufriendo, Lacey, sabiendo que pronto volverás a Nueva York. No quiero imaginar la vida sin ti aquí en Christmas Mountain.

—Para mí también es difícil pensarlo —admití, mirando aquellos sinceros ojos azules.

Me tocó la mejilla y cuando se acercó a mí, me incliné hacia él y cerré los ojos mientras nuestros labios se encontraban. Fue el beso más dulce que jamás había conocido. Mi corazón se encogió con la idea de que lo que acababa de empezar entre nosotros podría terminar pronto. Mientras me besaba de nuevo, me sentí como aquella niña perdida que crecía con la esperanza de que no la decepcionaran una y otra vez.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Después de mostrarle a Mel mis propuestas de localizaciones para el rodaje durante toda la semana, desperté el día antes de Nochebuena con una sensación inquietante en el estómago. Hoy era mi penúltimo día en Christmas Mountain. Esta noche, embarcaría en el jet privado con Mel para volver a casa, a Nueva York. La palabra "casa" resonó en mi mente varias veces.

Anoche Mel me entregó un cheque de bonificación firmado personalmente, lo que me impulsó a abrazarle. Pareció avergonzado por mi muestra de agradecimiento, pero me dio unas palmaditas en la espalda diciendo que sabía que podía hacerlo. El cumplido me hizo sentir bien. Había llamado a la agente inmobiliaria sobre el estudio que me interesaba y me dijo que todavía estaba disponible. Programó una visita conmigo para el día después de Navidad. Mi sueño finalmente se estaba haciendo realidad.

Entonces, ¿por qué no estaba eufórica?

Después de quedarme hasta tarde hablando con Jacob, había regresado a mi habitación y luego pasé toda la noche dando vueltas. Tantos sueños confusos pasaron por mi mente. Jacob, el Sugar Plum Inn, El Club de Lectura Mistletoe, e incluso Ribbons hicieron su aparición. Cada sueño, sin embargo, terminaba con una despedida.

La ansiedad me invadió mientras me obligaba a salir de la cama y entrar en la ducha. Sabía que hoy todo giraría en torno a Mel.

Cualquier día con mi jefe era un desafío, pero hoy prometía ser *brutalmente* intenso ya que ni siquiera sabía lo que tenía planeado, y tendría que improvisar sobre la marcha. Me había enviado un mensaje anoche diciéndome que debía estar en el árbol de Navidad en la plaza del pueblo a mediodía y estar preparada, lo que significaba que debía estar lista para cualquier cosa.

Cuando salí de la ducha, se me hizo un nudo en el estómago y no tenía ganas de desayunar. Tenía un par de horas antes de que necesitara estar en la plaza del pueblo, así que decidí hacer la mayor parte de mi equipaje. Me ardían los ojos mientras metía mi ropa en la maleta, sin querer creer que a última hora de esta noche estaría de vuelta en Nueva York.

Este pintoresco pueblecito se había convertido en mi hogar lejos de casa. Me mordí el labio inferior, sabiendo que era más que eso. Christmas Mountain se sentía como mi *verdadero* hogar. Me dolía el corazón al pensar que tenía que despedirme de este pueblo tan especial y de su gente cálida y acogedora.

Cuando finalmente bajé, el comedor estaba vacío. Algunos de los huéspedes se habían marchado para llegar a casa a tiempo para Navidad, y los otros ya debían haber comido. Betty no estaba por ninguna parte. Había mucha comida dispuesta y sabía que siempre era bienvenida a servirme lo que quisiera de la cocina, pero el apetito me había abandonado. Así que agarré una taza de café y me dirigí al sofá junto a la chimenea.

Mientras estaba sentada mirando las llamas, la puerta de la oficina se abrió y Betty salió, vestida con un hermoso abrigo rojo y un sombrero elegante a juego. Incluso llevaba pintalabios.

—¿Tienes una cita importante, Betty? —pregunté, sonriendo.

Se acomodó el sombrero y sonrió. —De hecho, sí. Tu gran productor de cine ha anunciado que todos deberían acudir a la plaza del pueblo a mediodía para un anuncio importante. Quiero asegurarme de conseguir un asiento en primera fila. O al menos un buen sitio donde estar de pie. No todos los días tenemos a una celebridad en el pueblo. —Se llevó la mano a la boca, avergonzada —. Excepto tú, querida, pero ya te has convertido en parte de la familia.

Mi corazón se enterneció. —Gracias, Betty. Eso significa mucho para mí. Pero no te impresiones demasiado con Mel. No es exactamente Steven Spielberg.

Betty se rio. —¡Oh, cielos! Espero que no. No queremos ninguno de esos dinosaurios correteando por Christmas Mountain. Tendríamos que llamarlos *Brookelanchasaurus*. ¿O serían *Brookelanchasauri*? Nunca sé cómo pluralizar correctamente los animales.

—No te preocupes. Entiendo a qué te refieres. —Me reí, preguntándome si Betty habría probado el vino caliente antes del mediodía. Unos momentos después, fruncí el ceño—. Entonces, cuando dices que Mel ha convocado a todos en la plaza del pueblo, ¿te refieres a todo el pueblo?

Asintió, enderezando su sombrero frente al espejo sobre la chimenea. —Hasta el último de nosotros ha sido invitado. Incluso hubo un anuncio en El Heraldo de Christmas Mountain. Al parecer, quiere "consultar" con nosotros sobre su gran anuncio. Imagínate, una gran estrella como él queriendo "consultar" con nosotros, los habitantes del pueblo.

Fruncí el ceño. Nunca había visto a Mel consultar nada con nadie. Charlamos durante unos minutos y luego Betty salió por la puerta antes de que yo terminara mi café. Respiré profundamente, sabiendo que estaba posponiendo lo inevitable. Normalmente llegaba temprano a mis citas de trabajo. Pero por alguna razón, ésta la estaba temiendo enormemente.

A las doce menos cuarto, salí del Sugar Plum Inn, ciñéndome bien el abrigo. Brrr. Hacía un frío tremendo hoy. Bajé por la calle y cuando me acerqué al árbol de Navidad, mis ojos se abrieron de par en par ante el mar de gente que se extendía frente a mí. Ni siquiera sabía que hubiera tanta gente viviendo en Christmas Mountain. Había un murmullo de emoción en el ambiente, y pude ver que habían instalado un gran micrófono frente al árbol. Mientras me aproximaba, una mano me tocó el codo y mi corazón dio un vuelco, pensando que era Jacob. Pero cuando me giré, era solo Mel.

—Estás apurando mucho, Lacey —dijo.

Le miré parpadeando. —Dijiste a las doce y apenas son las on...

—¿De dónde ha salido toda esta gente? ¿No decías que era un pueblo pequeño? Da igual— No esperó mi respuesta mientras se dirigía con paso firme hacia el micrófono.

Busqué desesperadamente a Jacob. Estaba rodeada de gente encantadora, pero él era a quien realmente quería ver. Escudriñé entre la multitud, pero no había ni rastro de él y mi corazón se hundió. Sabía que seguía molesto por la forma gruñona en que Mel me habla, y en el fondo no podía culparle. Pero sentía que estaba atrapada entre aguantarme (a lo que me había acostumbrado bastante) y mantener mi trabajo, mi trabajo *soñado*, o hablar claro y que me despidieran. No era una decisión difícil.

—¡Lacey, hola! Esperaba que estuvieras aquí— La esbelta figura de Macy se perdía dentro del acolchado anorak que llevaba puesto, y su pelo estaba escondido bajo la capucha—. Se supone que debería estar trabajando, pero cuando recibimos esta invitación simplemente *tenía* que venir. Oh, esto es tan emocionante.

No pude evitar sonreír ante su energía, que había sido contagiosa desde la primera vez que la conocí en el club de lectura de Rudolph's Reads. Macy y el grupo me habían hecho sentir muy bienvenida. Me dio un rápido abrazo y luego la vi desaparecer entre la multitud.

Volví a examinar la multitud buscando a Jacob. Seguía sin haber señales de él.

—Eh— dijo Ruby, acercándose a mí con una correa en la mano que estaba atada a un gran San Bernardo—. Mira a quién he encontrado gracias a toda la ayuda que me convenciste que aceptara.

—Oh, eso es maravilloso, Ruby— dije, dando una palmadita en la cabeza al travieso perro—. ¿Dónde lo encontraste?

—Lo vi a través de la ventana frontal de la casa victoriana de Coraline. Estaba en el sofá, Lacey. Y no parecían precisamente sofás baratos.

—No llegué a conocer a Coraline— dije, sintiendo que de alguna manera me había perdido algo importante.

—Posee muchas propiedades en Christmas Mountain, incluida la mayor parte de Main Street. Es toda una personaje, además.

Siempre marchándose a alguna aventura. Hace un par de años fue un safari africano y el año pasado visitó las pirámides egipcias.

—Parece que realmente vive su vida— dije, preguntándome si yo estaba viviendo realmente la mía.

—¿Estás bien?— preguntó.

—Claro.— Asentí, aunque me sentía lejos de estar bien. Todos en este pueblo me habían acogido como a una más. Ruby se sentía como la hermana que nunca tuve y pasar tiempo con ella en la posada cada día casi me hacía sentir como si viviéramos juntas. Parpadeando para contener las lágrimas que amenazaban con salir, forcé una sonrisa—. Debería buscar a Mel.

—Bueno, buena suerte. Te veré más tarde antes de tu vuelo— dijo, llamando a Ribbons que había soltado la correa de su mano y había salido corriendo entre la multitud.

—Lacey, ¿estás bien?— preguntó Carol, poniendo una mano en mi brazo.

Me giré, miré en sus ojos preocupados y casi estallé en lágrimas. Ella había sido mi única amiga verdadera en Nueva York y fue a través de ella que encontré Christmas Mountain.

—Estoy bien— dije, intentando que sonara convincente.

—Bueno, es que pareces...

—Perfectamente bien. No hay de qué preocuparse.— Solo mi corazón rompiéndose por dejar este mágico pueblo de montaña.

—De acuerdo, si estás segura— dijo, sin parecer completamente convencida—. Escucha, sé que te vas esta noche, pero ¿crees que podrías venir a la librería esta tarde y tomar una última taza de té? ¿Una última reunión improvisada en persona? Nos encantaría tener un último encuentro contigo antes de que vuelvas a casa y todas te hemos conseguido un pequeño detalle para que nos recuerdes.

Se me humedecieron los ojos mientras asentía. —Por supuesto, no me lo perdería.

Ella sonrió y me dio un abrazo. —Ha sido maravilloso verte.

Cuando ella también había desaparecido, miré a mi alrededor de nuevo. Era casi mediodía y realmente pensaba que Jacob estaría aquí para apoyarme. Ya debería haber recibido la «invitación del pueblo». Aparte de cualquier otra cosa, no podía imaginar que Betty

no se lo hubiera contado. La vi al frente de la multitud y me dirigí hacia ella.

—Betty, te has hecho con un sitio privilegiado.

Me abrazó. —Por supuesto. Tengo mi cámara lista. ¿Estás bien, querida? —preguntó, mirándome a los ojos con preocupación.

Asentí. —Es que voy a echar de menos este lugar, y a todos vosotros.

Me dio un abrazo y luego se apartó, manteniéndome a distancia de un brazo. —Y nosotros también te echaremos de menos, querida, todos nosotros.

Se me humedecieron los ojos y asentí. —¿Está... está Jacob aquí?

Negó con la cabeza. —Está terminando la segunda entrevista con esa empresa de Nueva York. Dice que es solo un trámite y que ya le han hecho una oferta de trabajo. ¿Te alegra que vaya a reunirse contigo en la ciudad?

—Yo... eh... —Todo tipo de emociones pasaron por mi mente y fui incapaz de formar palabras para expresarlas. Culpa por alejar a Jacob de su familia. Emoción ante la idea de que estuviera en Nueva York. Mariposas en el estómago porque este hombre maravilloso quería estar conmigo tanto que estaba dispuesto a dejar atrás el pueblo y la gente que amaba.

—¿Estás bien, querida?

Vaya, si me dieran un bastón de caramelo cada vez que alguien me pregunta eso. —Bien —conseguí articular.

Un fuerte silbido atravesó el aire cuando Mel encendió el micrófono, y él hizo una mueca antes de ladrarle a uno del equipo: —Arregla este acoplamiento *ya*.

Como si fuera una señal, un joven se apresuró a acercarse y giró una perilla, antes de devolverle el micrófono a Mel y luego moverse hacia un lado del escenario.

—Buenas tardes, señoras y señores. Soy Melvin Pennington y me gustaría agradecerles que hayan venido hoy a esta reunión.

La multitud vitoreó entre gritos de: «¡Buenas tardes!».

—Como estoy seguro de que ya sabéis, vamos a poner Christmas Mountain en el mapa rodando la próxima temporada de *Catorce días*

hasta la eternidad justo aquí en este pequeño pueblo —Hizo una pausa, esperando los aplausos, que tardaron en llegar pero finalmente surgieron.

Hubo un vitoreo especialmente fuerte de Addie Wilcox, quien me saludó con los dedos.

Le dediqué una sonrisa, manteniendo mis manos juntas frente a mí. Incluso echaría de menos a Addie Wilcox, a pesar de haberla conocido solo una vez. La dulce y entrometida Addie, con quien me había topado aquel primer día mientras se dirigía a su cita en la peluquería.

Mel tosió y continuó. —Por supuesto, necesitaremos hacer algunos cambios por aquí para que esta temporada sea más apropiada para la televisión, lo que estoy seguro entenderéis.

Murmullos recorrieron la multitud. —¿Qué tipo de cambios? —preguntó Addie.

—Solo algunas mejoras sutiles para que todo funcione bien ante la cámara.

Me encogí. No había manera de que esta gente considerara una mejora el mover El Árbol de Compartir —o El Árbol de Cariño, si hablabas con Mel— y replantarlo junto al quiosco de música. Tampoco les culpaba. A diferencia de tantos lugares que habían sacrificado su encanto en aras del comercialismo, Christmas Mountain había conservado todo lo que lo hacía encantador.

—Para contaros más sobre nuestra propuesta, dad la bienvenida a la productora de *Catorce días hasta la eternidad*, Lacey Lane.

Di un respingo cuando sonaron fuertes aplausos con muchos vítores de «Lacey» provenientes tanto de voces familiares como desconocidas. Subí los escalones y me uní a Mel en el micrófono, sintiendo que se me formaba un nudo en el estómago. ¿Por qué Mel me necesitaba aquí cuando no me había informado de sus planes?

Me dio unas palmaditas en la espalda, algo que *nunca* hacía, y mientras lo hacía me susurró: —Les gustas, Lacey. Simplemente sigue la corriente con lo que diga.

—Buenas tardes a todos —dije, hablando por el micrófono que el joven me había entregado. Sonreí y saludé a algunas caras que reconocía, cegada por el flash de la cámara de Betty Curtis. Todavía

quería que Jacob estuviera aquí para apoyarme, pero cuando recordé dónde estaba, un tsunami de emociones me invadió.

—Tenemos algunos cambios emocionantes que compartir con vosotros y nos encantaría recibir vuestras opiniones, porque vuestro apoyo será crucial para el éxito del programa.

Se me formó un nudo en la garganta mientras pensaba en la larga lista de cambios que quería hacer antes del rodaje. Noté que Carol me miraba frunciendo el ceño con confusión, lo que me hizo sentir de repente como una extraña en este pueblo.

Mel tomó el micrófono. —Para empezar, nos *encanta* la idea de El Árbol Compartido, *muy* romántico, *muy* tradicional. Pero...

Cerré los ojos y le supliqué mentalmente que no dijera lo que pensaba que iba a decir.

—Vamos a necesitar trasladar el árbol.

Un silencio atónito cayó sobre la multitud sorprendida.

—Es poco práctico donde está ubicado actualmente, y francamente, sería una pesadilla grabar allí. A cargo del programa, traeremos maquinaria pesada para desenterrarlo.

Un jadeo recorrió la multitud.

Me estremecí.

—Recolocaremos el árbol allí junto al quiosco. *Mucho* más práctico para filmar y está cerca de las cafeterías, para que el equipo pueda cargarse de cafeína mientras filmamos. Podríamos instalar un pequeño puesto junto al quiosco para vender las camisetas del programa y funcionará mucho mejor.

Betty bajó su cámara y miró de Mel a mí, y luego de nuevo a él como si no pudiera creer lo que oía. Sí, sabía cómo se sentía.

—Hablando de cafeterías, utilizaremos la casa de los tortitas en bastantes escenas.

Vi cómo los ojos de Lauren se abrían de par en par.

—Pero necesitaremos hacer una reforma —dijo, en un tono que indicaba que obviamente no había más remedio—. La decoración de allí parece más vieja que la montaña.

Negué con la cabeza y me cubrí la boca con la mano, pero no antes de ver la cara devastada de Lauren. Esto. Era. Una. Pesadilla.

—Mantendremos el cromo, pero los asientos de cuero rojo tienen que desaparecer —consultó su tableta para más notas, mientras yo deseaba que la tierra se abriera y me tragara—. Ah, sí, la pista de patinaje Copo de Nieve. Es un gran nombre. Lo mantendremos —dijo, como si controlara esa decisión—. Conozco una empresa, un proveedor líder de patines, que está entusiasmada por participar, así que derribaremos las cabañas de madera y pondremos una tienda moderna de patines en su lugar. A nuestro cargo, por supuesto. ¿Empezáis a entender las mejoras y cómo beneficiarán al pueblo?

No me atreví a buscar al viejo señor Clauson, que había pasado las últimas décadas fabricando hermosos patines artesanales en las "cabañas" junto a la pista. Podía sentir cómo la tensión en mis hombros aumentaba con cada sugerencia que hacía, pero esto parecía nada comparado con la conmoción que se agitaba entre la multitud. Por primera vez, me alegré de que Jacob no estuviera aquí para presenciar esta atrocidad.

—¿Y supongo que también querréis trasladar la cascada? —gritó una voz sarcástica.

Las cejas de Mel se juntaron, obviamente confundido sobre cuál podría ser el problema. —Cascada, cascada... sí, aquí está. Bueno, obviamente, no podemos mover *toda* una cascada, así que proponemos construir una mini Cascada Navideña artificial que imitará a la real. De esta manera se podrá calentar la piscina del fondo y será más fácil de usar para los concursantes. La mini Cascada será una inversión por nuestra parte, que dejaremos atrás para que todos la disfruten a un coste muy razonable. Utilizaremos sonidos grabados de cascada para que parezca auténtica, y luego usaremos algunas tomas borrosas de la falsa para añadir ambiente.

El nivel de ruido estaba aumentando y la tensión en mis hombros me estaba provocando dolor de cabeza.

—Lo que tenéis que recordar es lo beneficioso que será esto para el pueblo —intentó Mel apaciguar a la multitud, pero solo pareció irritarles más—. Vamos a escuchar lo que Lacey tiene que decir. Ella os tranquilizará asegurándoos que estos cambios son positivos y que pronto los aceptaréis. Lacey...

¿Tenía que hablar después de todo eso? Glup.

—Sí, escuchemos a Lacey —exclamó Harmony, aplaudiendo.

Carol empezó a aplaudir y un ligero aplauso surgió entre la multitud.

Sintiendo que la multitud no me odiaba (todavía), algo que parecía a punto de cambiar, tomé una profunda bocanada de aire, consciente de lo que tenía que hacer.

—Buenas tardes a todos —dije, mirando a la multitud y viendo tantas caras conocidas—. Primero, me gustaría decir que he trabajado con Mel durante tres temporadas de *Catorce días hasta la eternidad*. Es un buen hombre y un excelente productor ejecutivo.

—Gracias, Lacey —dijo Mel, dedicándole a la multitud una sonrisa que decía: "¿Veis? Os lo dije".

—Él sabe lo que haría que este programa tuviera éxito desde el punto de vista comercial —dije, sabiendo que todo esto era cierto y que no estaba mintiendo. También sería mejor si se quedara en silencio entre bastidores como solía hacer. ¿Qué le hacía unirse a mí esta vez? Suspiré y miré a la multitud, queriendo ser sincera con ellos y también conmigo misma.

Cuando volví a mirar, allí en la primera fila estaba Jacob. Su mirada se encontró con la mía y mi estómago dio una pequeña voltereta, seguida rápidamente por un dolor. Jacob no llevaba cuadros ni franela. En su lugar, llevaba su gruesa chaqueta y su gorro azul marino, con ese pelo rubio asomando por debajo. Y estaba aquí para apoyarme, aunque no estuviera de acuerdo.

Gracias a Betty, también sabía que se mudaba a Nueva York para que pudiéramos ver hacia dónde irían las cosas entre nosotros. Se me humedecieron los ojos ante ese magnífico gesto. Espera, si Jacob estaba en su segunda entrevista y ya tenía una oferta, ¿por qué no me había contado nada de esto?

—¿Lacey? —dijo Mel, lanzándome una mirada severa—. Dile a los habitantes del pueblo cómo los cambios que estoy sugiriendo son buenos para el programa y para este pueblo.

—Mel tiene razón —dije, mientras mi cerebro intentaba procesar por qué Jacob no me contaría que se mudaba de este pueblo que tanto amaba. Nunca querría dejar a las personas que quería, pero lo estaba haciendo por mí. Sabía que era un chico de pueblo pequeño

que nunca dejaría Christmas Mountain por ninguna otra razón—. Las sugerencias de Mel serían buenas para el programa y harían que la temporada tuviera éxito —dije.

Un murmullo recorrió la multitud mientras la gente parecía reflexionar sobre esto.

—Perfecto —dijo Mel, entusiasmado.

Con el micrófono agarrado en mi mano, me quedé de pie en el quiosco y contemplé las decoraciones festivas de la calle principal y la majestuosa montaña que se elevaba detrás. Algo me inquietaba en el fondo de mi mente y mi mirada se dirigió a Jacob, que me observaba con una expresión solemne en su rostro. Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba y me hizo un gesto de asentimiento.

Y entonces lo entendí.

Jacob no me había contado sobre la oferta de trabajo porque no quería que yo perdiera mi sueño. No podía haber otra razón. Mi corazón se abrió y entonces lo supe. En este pequeño y especial pueblo de montaña, por fin había encontrado a mi alma gemela.

—Como he dicho, los cambios propuestos por Mel harían que la próxima temporada fuera exitosa —dije, levantando el dedo y girándome en su dirección—. Pero no es la única manera de hacer que el programa tenga éxito. Hay muchas opciones.

—¿Las hay? —dijo Mel, consultando sus notas.

—Las ideas están justo aquí, Mel —dije, señalando mi sien, y la multitud se rio—. Por ejemplo, El Árbol Compartido ha existido desde siempre, en su ubicación actual. ¿Por qué no hacer que los espectadores formen parte de esta querida tradición?

—No estoy seguro de a qué te refieres —dijo Mel.

—Podríamos hacer réplicas de El Árbol Compartido del tamaño de una mesa de centro —dije, pensando improvisadamente en lo que me habría hecho sentir menos sola estos últimos años—. E invitamos a nuestros fans a montar uno en sus casas y colgar adornos cada año en memoria o en honor de sus seres queridos. O... con la esperanza y la fe de encontrar a un ser querido, justo como me pasó a mí este año junto a las cataratas.

La multitud estalló en murmullos y "Ohhhs".

—Mel mencionó Prancer's Pancake House. La decoración es parte de su encanto, pero el verdadero corazón de ese restaurante está en la cocina. Podríamos grabar a Lauren, preparando esos deliciosos panqueques y poniendo un corazón en casi todo para que cada cliente sepa que se preocupan por ellos. ¿Verdad, Lauren? —pregunté.

Lauren asintió, y musitó un *gracias*.

Me volví hacia Mel y noté que su cara estaba adquiriendo un alarmante tono rosado. Sin embargo, no podía parar ahora.

—¿Y la pista de patinaje? El señor Clauson ha estado fabricando patines artesanales desde antes de que cualquiera de nosotros naciera. Los visitantes vienen de todas partes para comprarlos y patinar en la pista. Traer una gran corporación destruiría ese encanto de pueblo pequeño.

—En cuanto a las cataratas, podríamos grabar escenas pequeñas e íntimas entre los concursantes allí. Así, los espectadores verán cómo es estar realmente en ese lugar. Es acogedor y mágico, lleno de maravilla y amor.

—A los espectadores les gusta el espectáculo, el glamour y el brillo, Lacey. Sabes que eso es lo que atrae audiencia.

Negué con la cabeza. —Los espectadores quieren sentirse inspirados. Puedes llegar a ellos incluso mejor con verdad y honestidad en un pueblo especial como este.

Murmullos de acuerdo resonaron entre la multitud.

—Quizás incluso atraeríamos a nuevos espectadores que normalmente no ven mucha televisión —dije, guiñándole un ojo a Jacob. Sabía que estaba renunciando a la carrera por la que tanto había trabajado y a mi sueño de tener mi propio apartamento, pero quizás era hora de un nuevo sueño—. He viajado a lugares increíbles, pero para mí nada se compara con Christmas Mountain. De hecho, me quedo aquí —solté de repente.

Mel dio un paso más cerca de mí. —¿Cómo puedes quedarte aquí? ¿Qué pasa con la próxima temporada? Has trabajado tan duro por esta oportunidad.

—Realmente lo he hecho —dije, dándome cuenta de que estaba teniendo esta conversación en público. Pero parecía que todos

conocían los asuntos de todos en este pequeño pueblo, así que ¿por qué debería ser yo diferente?—. He estado trabajando duro, días, noches y fines de semana para poder tener finalmente un lugar al que llamar hogar. ¿Y sabes qué? Encontré ese sentimiento de hogar aquí en Christmas Mountain.

Se produjo un largo silencio mientras Mel me miraba boquiabierto, abriendo y cerrando la boca como un pez.

Entonces una sola persona empezó a aplaudir, el sonido resonando en el aire, y mi mirada se dirigió hacia Jacob, sabiendo que había sido él quien había empezado. Mis sospechas se confirmaron cuando vi sus manos juntándose. Pronto, todos se unieron y el pueblo entero estaba aplaudiendo y vitoreando.

—Este es el hogar que siempre he deseado —dije, colocando una mano en mi corazón—. He aprendido que la única seguridad que necesito es ser yo misma y rodearme de amabilidad.

—¡Bienvenida a casa, Lacey! —gritó Betty por encima de los aplausos y vítores.

—Lo siento, Mel —dije, entregándole el micrófono al joven y moviéndome hacia el frente del escenario. Al igual que en el auditorio de la escuela, Jacob levantó sus manos y me bajó hasta sus brazos.

—¿Te quedas? —preguntó, con sus ojos azules brillantes.

—Me quedo —dije, asintiendo.

—Acabo de aceptar un trabajo en Nueva York —dijo, negando con la cabeza—. Iba a decírtelo antes de tu vuelo, chica de ciudad. Parece que tendré que llamar para avisarles que no iré.

—Parece que sí —asentí, riendo—. ¿Sabes qué más? Hay algo que no sabes sobre mí y que ni siquiera yo sabía sobre mí misma.

—¿Qué es? —preguntó, acercándome a él.

—En el fondo, soy una chica de pueblo —dije, poniéndome de puntillas y plantando un firme beso en sus labios. La boca de Jacob capturó la mía y una calidez llenó mi corazón.

—Ejem —se escuchó la voz de Mel detrás de mí.

—¡Oh, Mel! —exclamé, dando un paso atrás. Casi había olvidado que seguía en medio de una multitud.

—Supongo que esta es la razón por la que te quedas en Christmas Mountain —dijo Mel, señalando a Jacob.

—No —dije, negando con la cabeza firmemente.

—¿No? —dijeron Mel y Jacob al unísono.

Negué con la cabeza. —Todo en mí sabe que pertenezco aquí. Por eso me quedo. Jacob es solo un bonus. Un bonus muy grande.

—Recuerdo haberte dado un bonus muy grande —dijo Mel, intencionadamente.

—Lo siento mucho, Mel —dije, levantando las manos—. Aún no he cobrado el cheque. Está en mi maleta en la posada y te lo devolveré antes de que te vayas.

Él negó con la cabeza. —No creo.

—Mel, realmente agradezco las oportunidades que me has dado. Más de lo que imaginas. Fuiste la primera persona que creyó en mí. Pero no sería correcto quedarme con un bonus que no me he ganado.

—Entonces tendrás que ganártelo —dijo, como si fuera obvio.

Señalé hacia el escenario. —¿No me has oído? No produciré el programa a tu manera. No creo en ello. Los aspectos reales y auténticos de un pueblo pequeño son lo que me parece correcto y esa es la única forma en la que estaría dispuesta a continuar con el trabajo.

—Me gustaron las ideas que mencionaste en el escenario —dijo Mel, encendiendo un puro—. ¿Por qué tardaste tanto en hablar y contarme sobre ellas?

—Y-yo... —Vale, ahora era mi turno de abrir y cerrar la boca como un pez—. Supongo que no quería decepcionarte.

—Hay que ser fiel a tu visión —dijo Mel, exhalando una larga bocanada de humo—. Si hay algo que te he enseñado es que debes ser fiel a tu visión —repitió.

—Pero ¿qué hay de ti siendo fiel a tu visión? —pregunté.

—¿Estás de broma? —preguntó, soltando una carcajada estruendosa—. Voy a estar en un yate en las Bermudas mientras tú filmas esta temporada.

Mi pulso se aceleró al darme cuenta de lo que parecía estar diciendo.

—¿Y puedo vivir aquí? ¿Trabajar en el programa desde aquí? ¿Qué pasará con la próxima temporada?

—Una temporada cada vez, Lacey. Una temporada cada vez —dijo.

Y con eso, le rodeé con mis brazos. —Gracias, Mel. Siempre has creído en mí.

—Sigo haciéndolo, pequeña —dijo, asintiendo hacia Jacob y luego hacia mí—. Ahora que esto está resuelto, tengo un avión que coger. Espero un informe por la mañana, Lacey.

—Mañana es Nochebuena —protesté, lo que parecía exigir demasiado después de todo lo que acababa de conceder—. Te lo entregaré el día después de Navidad —propuse.

—Ni un día más tarde. —La mano enguantada en cuero de Mel formó una pistola y disparó en mi dirección antes de empezar a alejarse.

Me giré hacia Jacob, quien noté que había sido acompañado por su madre y Ruby. El señor Curtis debía estar atendiendo la recepción en la posada. Jugueteé con mis manos. —Supongo que voy a prolongar mi estancia en la posada —dije, mirándolos.

—Y te unirás a nosotros para cenar en Nochebuena y el día de Navidad —dijo Betty, como si el asunto estuviera zanjado.

—Me encantaría —dije.

Jacob extendió su mano y la tomé. Juntos, todos nos dirigimos de vuelta a la Posada Sugar Plum.

~

El día de Navidad, caminaba de un lado a otro sobre la gruesa alfombra roja de la Posada Sugar Plum, sintiendo demasiada ansiedad considerando que acababa de tener la cena de pavo más increíble de mi vida con las personas más maravillosas. Debería estar feliz. Encantada. Sin embargo, mi estómago burbujeaba de preocupación.

—Comienza la cuenta atrás de veinte minutos hasta que mamá y papá pongan la producción televisiva de El Cascanueces, una

tradición querida de los Curtis en Navidad que me alegra que puedas compartir con nosotros —dijo Jacob, al entrar en la sala de estar—. Reclamo el sitio en el sofá de dos plazas junto a ti.

—Suena bien —dije, con un asentimiento. Acaricié la pulsera de dijes que las señoras del club de lectura me habían regalado el otro día. Todas tenían la misma pulsera, con un dije de libro y otro de muérdago.

Empecé a morderme las uñas mientras aceleraba mi paso de un lado a otro frente al árbol.

—Vas a desgastar la alfombra —dijo Jacob.

—Ja, ja —dije, deseando poder sentirme tan tranquila como él.

—No te pongas nerviosa, Lacey —dijo, interponiéndose en mi camino y atrapándome en sus brazos—. Todo saldrá bien. Ya verás.

—¿Cómo puedes tener tanta confianza? —me derrumbé contra él y durante unos dos segundos todo se sintió mejor. Luego sacudí la cabeza, me moví alrededor de él y empecé a pasear de nuevo—. No sabes que saldrá bien, Jacob. Solo estás adivinando.

Contó con los dedos y dijo: —La pareja nunca puso el adosado oficialmente en el mercado. Eres la única que ha hecho una oferta. Y has ofrecido un precio justo. ¿Ves?

—Eso no me hace sentir ni un *ápice* mejor —dije, sacudiendo la cabeza.

—Vaya, cariño, hablas griego —dijo.

—Solo en circunstancias extremas —dije, extendiendo las manos y deteniéndome—. ¿Por qué demonios no ha vuelto Ruby todavía con su respuesta a mi oferta?

—¿Quizás Ribbons se ha perdido otra vez? —sugirió.

Puse las manos en las caderas. —Estás lleno de chistes hoy, ¿no?

—Solo no quiero que te preocupes —dijo.

—¿Cómo no voy a hacerlo? —caminé hacia él—. Este adosado es perfecto para mí. Es una unidad de dos dormitorios, así que podría usar el segundo como despacho. Y también tiene un pequeño rincón donde podría poner mi mesa de trabajo si decido alquilar la segunda habitación. Muchas opciones.

—Cierto —dijo, poniendo sus manos en mis codos—. Pero aun así...

—Está en una zona preciosa de la ciudad y justo al lado de Ruby —señalé, con mi ansiedad empezando a aumentar aún más—. Si necesito pedir una taza de azúcar, ella está ahí. Si se le acaban los granos de café, yo puedo estar ahí para ella. ¿Club de lectura? ¿Noches de chicas? ¿Un paseo por la nieve? Estamos justo la una al lado de la otra.

Jacob se rascó la cabeza. —Empiezo a preguntarme dónde encajo yo.

—Obviamente no para calmarme —dije, decidiendo que pasear liberaba algo de tensión, así que era hora de empezar a moverme de nuevo.

—Espera un momento. Tengo justo lo que necesitas para calmarte —dijo, levantando un dedo y luego desapareciendo de la habitación.

—Me ha dejado plantada otra vez —dije, sacudiendo la cabeza—. Y esta vez cuando más le necesitaba.

Jacob regresó con un gran ramo de flores de pascua en un jarrón de cristal con una cinta de cuadros rojos, verdes y blancos atada alrededor del cuello en forma de lazo. —¡Feliz aniversario!

—¡Oh! —me llevé una mano a la boca y me apresuré hacia él—. ¿Para mí?

Asintió, con una sonrisa. —Estas son tus flores de aniversario de dos semanas.

—Pero nos conocimos hace dieciséis días —dije, tocando uno de los pétalos.

—Así que llego con dos días de retraso —dijo, encogiéndose de hombros—. Me aseguraré de ser puntual para nuestro primer mes y nuestro primer año, y siempre traeré flores de pascua, en honor a cómo nos conocimos.

Me reí. —¿Crees que es romántico seguir recordando que te empujé contra una maceta de flores de pascua? —pregunté, dedicándole una sonrisa tonta.

—De hecho, sí —dijo, dejando las flores sobre la mesa de centro —. Porque fue entonces cuando miré por primera vez tus ojos y supe que eras mi Nora.

—Jacob Curtis, eres lo más dulce —dije, rodeando su cuello con mis brazos y presionando mis labios contra los suyos en un beso suave y tierno que hizo que mis piernas se convirtieran en gelatina.

—Ejem, vosotros dos —dijo el señor Curtis, aclarándose la garganta mientras se dejaba caer en el sofá y cogía el mando a distancia de la tele—. El programa empieza en menos siete minutos.

—Galletas recién salidas del horno —dijo la señora Curtis, entrando en la zona del salón y colocando un plato de galletas de avena en la mesa de centro junto a mis flores—. ¡Qué ramo tan bonito! ¿Quién las ha traído?

—Se las he dado a Lacey, ya que me tiró a una maceta de flores de pascua —dijo Jacob, en un tono inexpresivo.

—¡Su escalera estaba demasiado apartada en la acera! —protesté, con los ojos abiertos de horror. Adoraba a Betty y a Randall y *no* quería que pensaran que tiraría a su hijo a una maceta solo por diversión. Por Dios.

—A veces las cosas salen mejor de lo esperado, querida —dijo la señora Curtis, tomando asiento en el sofá junto a su marido.

Jacob me lanzó una mirada de triunfo. —Mamá piensa que fue genial que me tiraras a una maceta de flores.

—Dije que lo sentía varias veces, aunque nunca aceptaste ninguna de mis disculpas —dije, cruzando los brazos.

—Acepto tus disculpas, Lacey —dijo, deslizando un brazo alrededor de mi cintura y mirándome de una manera adorable.

—¿Ves? No ha sido tan difícil —dije, apoyando la cabeza contra su pecho y dándole un abrazo. Entonces mi mirada se posó en una foto enmarcada en la repisa de la chimenea.

En la repisa —entre docenas de fotos familiares enmarcadas y fotos de varios invitados— había una foto mía del otro día en el escenario del quiosco sosteniendo un micrófono. En el fondo de mi mente, recordé el flash de la cámara de Betty, como haría cualquier madre. —Esa soy yo —solté.

—Estamos orgullosos de ti, Lacey. Es impresionante que hayas organizado un programa de televisión entero. Yo no tendría ni idea de cómo hacer algo así —dijo Betty.

—Eso significa mucho para mí —dije, llevándome una mano al pecho y cubriendo mi corazón.

—¡Tengo noticias! —exclamó Ruby irrumpiendo por la puerta principal, levantando los papeles que tenía en la mano—. ¿Quién quiere oír las noticias?

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho y Jacob apareció instantáneamente a mi lado, con su brazo firmemente alrededor de mi cintura. —¿Han respondido tus vecinos a mi oferta? —pregunté.

Ruby asintió, haciendo un redoble en el aire...

—Vamos, hermana —dijo Jacob, con tono urgente.

El señor y la señora Curtis comenzaron a hacer redobles en sus rodillas, aumentando aún más la tensión en mi pecho hasta que pensé que mi corazón podría explotar.

—¡Tu oferta para el adosado de dos dormitorios y dos baños y medio ha sido... aceptada! —dijo Ruby, entregándome el contrato firmado—. Ahora eres la orgullosa propietaria de este adosado en Mistletoe Lane, pendiente de la aprobación de la inspección y todo eso.

—¿La han aceptado? ¿Tengo una casa propia? —pregunté, con el corazón casi saliéndose de mi pecho mientras mis ojos se humedecían y miraba alrededor de la habitación a todas las caras felices que me devolvían la mirada—. Tengo una casa propia.

—Enhorabuena —dijeron todos al unísono.

—Ahora vamos a empezar con el programa —dijo el señor Curtis.

—Prepáralo, cariño —dijo la señora Curtis.

—¡Oh, galletas! —dijo Ruby, metiéndose una galleta de avena en la boca.

Jacob me llevó a la esquina de la habitación al otro lado del gigantesco árbol de Navidad y se giró para mirarme de frente. —¿Estás feliz, cariño?

—Llena de alegría —dije, sonriendo a través de mis lágrimas.

—Te lo mereces —dijo, atrayéndome a sus brazos y luego señalando algo que colgaba sobre nosotros.

—¿Qué demonios...? —exclamé, mirando hacia arriba a un enorme corazón de muérdago que se parecía al de mis sueños.

¿Cómo era posible? Y aquí estábamos, justo debajo—. ¿De dónde ha salido ese corazón de muérdago?

—¿Recuerdas aquella noche que te quedaste dormida en mi regazo? —preguntó.

Asentí. —Sí.

—No parabas de murmurar algo sobre un corazón de muérdago. Me inspiró para hacer uno y colgarlo —dijo, acariciando mi mejilla.

—Tengo una confesión —dije, elevando la comisura de mis labios —. Estaba soñando contigo besándome bajo un corazón de muérdago.

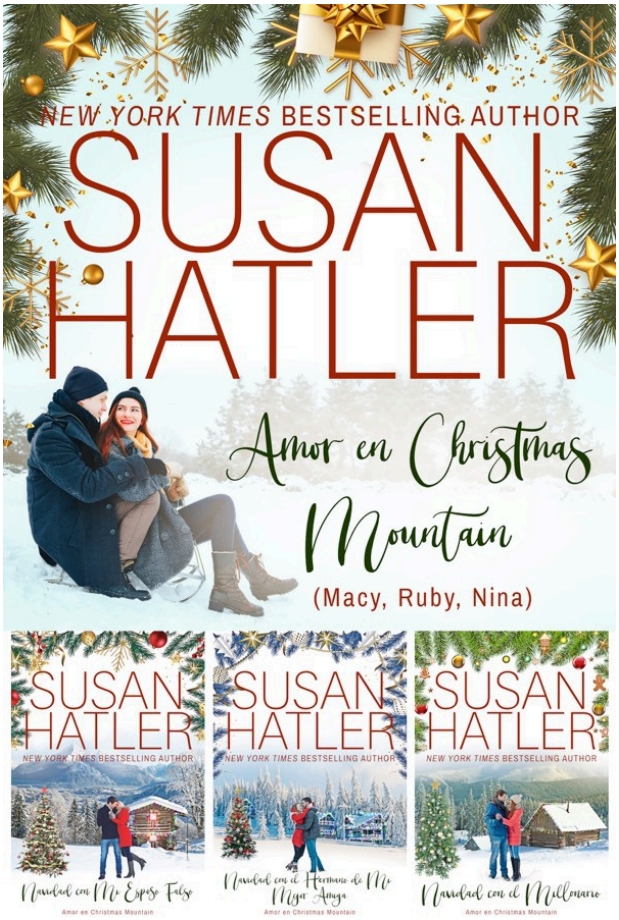
—Bueno, entonces... —me sonrió—. Es hora de hacer realidad tus sueños.

Mientras miraba esos preciosos ojos azules, él bajó la cabeza y presionó sus labios contra los míos. Una cálida sensación me invadió, la sensación de pertenencia y amor mientras visiones de dulces danzaban en mi cabeza.

Fin

AMOR EN CHRISTMAS MOUNTAIN COLECCIÓN (MACY, RUBY, NINA)

Si te ha gustado pasar un rato con estos personajes, asegúrate de leer las historias de Macy y Ruby y Nina en:



[Amor en Christmas Mountain Colección (Macy, Ruby, Nina)]
(Ediciones especiales de Susan Hatler, Libro 10)

**** FÁCIL REGISTRO PARA EL LECTOR EXCLUSIVO DE SUSAN NEWSLETTER: SUSANHATLER.COM/NEWSLETTERES ****

SOBRE LA AUTORA



SUSAN HATLER es una autora superventas del *New York Times* que escribe romance contemporáneo humorístico y emocional y novelas para adultos jóvenes. Muchos de los libros de Susan han sido traducidos al alemán, español, francés, y italiano. Optimista por naturaleza, cree que la vida es increíble, la gente es fascinante, y la imaginación es interminable. Le encanta pasar tiempo con sus personajes y espera que a ti también te guste.

FÁCIL REGISTRO PARA EL LECTOR EXCLUSIVO DE SUSAN NEWSLETTER:
SUSANHATLER.COM/NEWSLETTERES

Puedes contactar con Susan aquí:

Facebook: facebook.com/authorsusanhatler
YouTube: youtube.com/@susanhatler
Instagram: instagram.com/susanhatler
TikTok: tiktok.com/@susanhatlerauthor

Twitter: twitter.com/susanhatler
Sitio web: susanhatler.com/espanol

LIBROS DE SUSAN HATLER

La Serie: Mejor una Cita que Nunca

Amor a Primera Cita
Verdad o Cita
Mi Ultima Cita a Ciegas
Salva la Cita
Giros de una Cita
Licencia para Citas
Conducida a Citas
Arriba con la Cita
Déjà Cita
Cita y Corre

La Serie: Bahía de la Luna Azul

La Posada de las Segundas Oportunidades
Promesa de Mujeres Hermanadas
La Estrella de los Deseos
La Casita de Campo más Acogedora
La cabaña de Navidad
La isla de lo inesperado
La boutique de bodas
El emporio de Navidad

LIBROS DE SUSAN HATLER

La Serie: Cita para Rehacer

La Cita Millonaria
La Doble Cita Desastre
La Cita de al Lado
Cita al Rescate
Cita a la Moda
Érase una Vez una Cita
La Cita Isleña
Una Cita Falsa con el CFO
La Cita Accidental
La Cita de Mis Sueños

La Serie: La susurradora de bodas

La joya de boda
El ramo de boda
Mi cita de boda
La apuesta de boda
La promesa de boda

LIBROS DE SUSAN HATLER

La Serie: Amor en Christmas Mountain

Navidad con el Chico Malo
Navidad con el Jefe
Navidad con el Posadero
Navidad con Mi Esposo Falso
Navidad con el Hermano de Mi Mejor Amiga
Navidad con el Millonario
Navidad con el Doctor de al Lado
Navidad con el Padre Soltero
Navidad con Mi Ex

La Serie: Sueños en Montana

Un fantástico festival
Una cautivadora cena
Una brillante boutique
Una memorable montaña
Una bonita boda
Una especial excursión
Una sensacional sorpresa
Una novedosa Navidad
